



Universidad
Mariana

Pastoral Universitaria

**Pastoral Universitaria te invita
a vivir este tiempo especial
con tu familia**

**Celebraciones litúrgicas, cine, música y lectura,
para estos días santos al alcance de tu mano.**

Lunes Santo

DÍA DE LOS AMIGOS

*Como Jesús,
conéctate con tus amigos*

- En este día, sorprende con una llamada a un amigo, compañero o familiar, con quien no has hablado en mucho tiempo
- Consulta en tu correo institucional otros recursos para la ocasión



Lectura:

Maestro de Maestros
Esperanza para los momentos difíciles.



Música:

bit.ly/playlist-semana-santa



Películas:

Bella:

<https://youtu.be/P9RkuaM1mig>

O todo o nada:

<https://youtu.be/sQv8db9xsks>

Como flechas - netflix

Manos milagrosas - netflix

Martes Santo

DÍA DEL SILENCIO



Lectura:

La Fuerza de Silencio
La Paz Interior



Música:

bit.ly/playlist-semana-santa



Películas:

Padre Pio:

<https://youtu.be/62chJVNhU6A>

Chiara Badano:

<https://youtu.be/4rRliw01nSM>

Indivisible - netflix

Dios no está muerto 3 - netflix

Miércoles Santo

DÍA DE LA FAMILIA



Lectura:

Padres brillantes, maestros fascinantes



Películas:

Mamá se fue de viaje:

<https://youtu.be/MwmHGp0vb3g>

Milagro en la celda 7- netflix

Como flechas- netflix

Cuarto de Guerra- netflix

A prueba de Fuego- netflix

Jueves Santo

DÍA DEL AMOR

4:00 p.m. - 5:00 p.m. **Santa Eucaristía**

Presidida por Monseñor Enrique Prado Bolaños

Viernes Santo

DÍA DEL SACRIFICIO

3: 00 p.m. - 5: 00 p.m. **Pasión del Señor**

Presidida por Monseñor Enrique Prado Bolaños

Sábado Santo

DÍA DE LA VIDA

7:30 p.m - 8:30 p.m **Vigilia Pascual**

Presidida por Monseñor Enrique Prado Bolaños

Domingo de Pascua

10-00 a.m. **Santa Eucaristía**

Presidida por Monseñor Enrique Prado Bolaños

Puede seguir la transmisión de las Celebraciones Litúrgicas a través de:
CNC, Telepasto, facebook: Universidad Mariana





Viacrucis Familiar

"Quien no toma su cruz y me sigue, no es digno de mi" (Mateo 10,38)

EN EL NOMBRE DEL PADRE Y DEL HIJO Y DEL ESPÍRITU SANTO.

R. AMEN.

El Vía-crucis es un ejercicio piadoso y comprometido. Queremos seguir a Jesucristo en su camino del Calvario. Queremos comulgar con sus padecimientos para conocerlo mejor y para participar en su resurrección. Queremos a su vez comprometernos con todos aquellos que hoy continúan soportando cruces o siguen clavados en la cruz. Cristo aún camina con la cruz a cuestas entre nosotros. No es que la cruz de Cristo sea muy grande, es que Cristo está en todas las cruces. Hay caminos de cruz en Jerusalén, en Roma, en todas las ciudades y pueblos, en todas las familias y comunidades de la sociedad.

El camino de la cruz es tan grande que nunca le agotaremos, y es tan piadoso que nunca nos cansaremos; comprendemos y no acabamos de comprender. El misterio no está en la cruz, sino en el que está crucificado en ella. La cruz sola es maldición, la cruz con Cristo es fuente de bendición.

ACTO DE CONTRICIÓN

Jesús, mi Señor y Redentor, yo me arrepiento de todos los pecados que he cometido hasta hoy, y me pesa de todo corazón, porque con ellos ofendí a un Dios tan bueno.

Propongo firmemente no volver a pecar y confío que por tu infinita misericordia me has de conceder el perdón de mis culpas y me has de llevar a la vida eterna. Amén



Viacrucis Familiar



"Quien no toma su cruz y me sigue, no es digno de mi" (Mateo 10,38)

I ESTACION: JESÚS ES CONDENADO A MUERTE

**- TE ADORAMOS, OH CRISTO, Y TE BENDECIMOS.
R/PORQUE CON TU SANTA CRUZ REDIMISTE AL MUNDO**

"Llegada la mañana todos los príncipes de los sacerdotes, los ancianos del pueblo, tuvieron consejo contra Jesús para matarlo, y atado lo llevaron al procurador Pilato" (Mt 27, 1-2)

EL MATRIMONIO CONDENADO

Cristo fue condenado. Porque quiso y porque nos quiso. Fue condenado con falsas acusaciones. Le condenaron porque no respetaba las tradiciones, Él que había dicho que no había venido a destruir, sino a perfeccionar. Le condenaron porque se oponía al Cesar, Él que había dicho que había que dar al Cesar lo que era del Cesar. No importaba, le condenaron a muerte.

Hoy la institución matrimonial también es condenada. Se le califica y se le condena como una realidad del pasado. Algo que ya no sirve para hoy. No son pocos los que dicen que el matrimonio no es válido para hoy y se unen libremente, dispuestos a separarse cuando surja la primera dificultad. Se condena al matrimonio porque, dicen, impone una convivencia diaria que quita la libertad al individuo. Se condena al matrimonio, porque no quieren comprometerse "para siempre". Se condena al matrimonio porque se considera a los hijos como a una carga y no como un gozo.

¿Por qué suceden estas cosas? ¿No será porque los cristianos no hemos sabido presentar una imagen atractiva de nuestros matrimonios?

ORACIÓN: Señor Jesús, que pasaste treinta años de tu vida en familia. Ayúdanos a imitar en nuestros hogares las virtudes de la familia de Nazaret y saber presentar a los hombres la auténtica imagen de la familia cristiana. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

Padre nuestro. Ave María, Gloria...

– Señor, pequé. – Tened piedad y misericordia de mí.



Viacrucis Familiar



"Quien no toma su cruz y me sigue, no es digno de mi" (Mateo 10,38)

II, ESTACIÓN; JESÚS CARGA CON LA CRUZ

- TE ADORAMOS, OH CRISTO, Y TE BENDECIMOS
- PORQUE CON TU SANTA CRUZ REDIMISTE AL MUNDO

"Entonces se lo entregó para que lo crucificasen. Tomaron, pues, a Jesús, que llevando la cruz, salió al sitio llamado Calvario, que en hebreo se dice Gólgota" (Jn 19, 16-17).

EL MATRIMONIO TIENE QUE TOMAR LA CRUZ DE LA CONVIVENCIA DIARIA.

Cristo Jesús, después de ser brutalmente azotado y coronado de espinas, tiene que cargar con su cruz, es decir, con nuestras cruces. Con pocas fuerzas, pero con mucho amor.

El matrimonio es una comunidad de vida y amor. En él todo ha de ser compartido: lo que tenemos, lo que hacemos y lo que somos. Y compartirlo con gozo. Pero con el tiempo aparecen los defectos disimulados, ocultos, "perdonados en el noviazgo". Estar juntos día y noche, un día y otro día, un año y otro año puede ser para algunos una pesada cruz. Es la cruz de la convivencia diaria, de la pesada rutina. Una cruz que en algunos casos se hace dura y difícil. Pero esa cruz también redime y salva.

ORACIÓN: Ayúdanos, Señor, a cargar con la cruz de cada día, a saber descubrir la grandeza de las cosas pequeñas, a no olvidar que "quien es fiel en lo poco, lo será también en lo mucho". Por Cristo nuestro Señor. Amén.

Padre nuestro, Ave María, Gloria...

- Señor, pequé. - Tened piedad y misericordia de mí.



Viacrucis Familiar



"Quien no toma su cruz y me sigue, no es digno de mi" (Mateo 10,38)

III. ESTACIÓN: JESÚS CAE POR PRIMERA VEZ

- TE ADORAMOS, OH CRISTO, Y TE BENDECIMOS
- PORQUE CON TU SANTA CRUZ REDIMISTE AL MUNDO

Dijo Jesús: El que quiera venir detrás de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y sígame, pues el que quiera salvar su vida la perderá: pero el que pierda su vida, ese la salvará (Mt 16,24)

PRIMERA CAÍDA DE LOS MATRIMONIOS: LAS SOSPECHAS, LOS CELOS.

Todavía no habían salido de Jerusalén y Cristo ya no puede con el madero de la cruz. Y cae en tierra. Cae en el suelo con la cruz encima. Sobre su figura derrumbada la mirada amenazadora e indiferente de los verdugos.

Inevitablemente pasan los primeros años del matrimonio. Con el paso del tiempo se pagan las primeras ilusiones. Se ven las cosas con menos pasión y con menos ilusión. El color rosa de los primeros momentos da paso al color gris-morado de la realidad monótona de cada día. En muchos casos el amor se enfría y se debilita. Aparecen la soledad, las lágrimas silenciosas, las caras largas. Es el momento del amor herido. Y surgen inevitablemente las sospechas, los celos que tanto hacen sufrir.

Esta suele ser la primera caída de muchos esposos, que un día de prometieron felicidad y fidelidad eterna, y ahora parece que aquellas promesas no se ven cumplidas.

ORACIÓN: Señor, danos tu gracia y tu ayuda para que en nuestros hogares mantengamos siempre firme la ilusión de los primeros días y para que el amor de los esposos sea cada día más firme y estable. Por Cristo nuestro Señor. Amén. Padre nuestro. – Señor, pequé. – Tened piedad y misericordia de mí.

Padre nuestro, Ave María, Gloria...

– Señor, pequé. – Tened piedad y misericordia de mí.



Viacrucis Familiar



"Quien no toma su cruz y me sigue, no es digno de mi" (Mateo 10,38)

IV. ESTACIÓN: JESÚS ENCUENTRA A SU MADRE

- TE ADORAMOS, OH CRISTO, Y TE BENDECIMOS**
- PORQUE CON TU SANTA CRUZ REDIMISTE AL MUNDO**

Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi salvador, porque ha mirado la humillación de su esclava Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes en mí (Lc 1, 45-49).

EL DOLOR DE LA MADRE ANTE LOS HIJOS.

María estaba preparada para el dolor. Cuando presentó a su hijo en el Templo de Jerusalén a los pocos días de nacer le dijeron que "una espada le atravesaría el alma". María había sufrido en Belén, en Egipto, en Nazaret, en la pobreza, en tantas ocasiones.

Pero ver a hijo cargado con la cruz, coronado de espinas, ensangrentado era distinto. Era el dolor de una madre por sus hijos que había sido prendido en la oscuridad de una noche, juzgado sin garantías legales, condenado a muerte como un vulgar malhechor, y que iba camino del patíbulo cargado con una cruz de madera. Era ciertamente un dolor profundo como ningún otro.

Hoy son muchas las madres que sufren por sus hijos: es el dolor de una madre ante su hijo deficiente físico o psíquico, ante el hijo que prometía mucho y se vuelve un calavera, ante el hijo que no encuentra trabajo, ante el hijo que se encamina por los senderos de la droga o de la delincuencia. Siempre será la madre la que más sufra y la sufra en silencio.

ORACIÓN: Señor Jesús, que tuviste a tu lado a tu Madre en el momento supremo del camino al Calvario, ayuda a cuantas madres sufren en silencio por sus hijos, dales fortaleza y valentía para sobrellevar su dolor y hazlas el valor del sufrimiento. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

Padre nuestro. Ave María. Gloria...

– Señor, pequé. – Tened piedad y misericordia de mí.



Viacrucis Familiar



"Quien no toma su cruz y me sigue, no es digno de mi" (Mateo 10,38)

V ESTACIÓN: EL CIRENEO AYUDA A JESÚS A LLEVAR LA CRUZ

- **TE ADORAMOS, OH CRISTO, Y TE BENDECIMOS**
- **PORQUE CON TU SANTA CRUZ REDIMISTE AL MUNDO**

Cuando le llevaban a crucificar, echaron mano de un tal Simón de Cirene, que venía del campo y le obligaron a ayudarlo a llevar la cruz (Lc 23, 26).

LOS ESPOSOS TIENEN QUE SER MUTUAMENTE CIRINEOS.

Los verdugos no tenían compasión. Querían que Jesús no se les muriera por el camino y llegara vivo al calvario. Querían clavarlo en la cruz y que muriera crucificado. Querían completar su obra. Por eso, y para que no se les muriera por el camino -no por compasión- buscan un hombre para que lo ayudara a llevar la cruz. Y encontraron a Simón de Cierne. Él no sabía quien era el hombre de la cruz. De haberlo sabido lo hubiera hecho encantado.

Nadie en la vida está libre de una cruz. Cada cual lleva la suya, aunque no lo parezca. Aunque traten de escaparse de ella. También la hay en los esposos. Cada familia lleva su propia cruz. Será diferente, pero será cruz. Para unos la cruz es el agobio económico, para otros el paro. Para unos la cruz serán los hijos, para otros la enfermedad. Lo cierto es que no hay familia sin cruz.

Pero en el matrimonio todo es común, todo debe ser compartido por los esposos. Para los dos maderos a veces pesados de la cruz matrimonial – la que sea- debe haber cuatro hombros dispuestos a compartir el peso de la cruz. Los esposos deben ser cirineos el uno para el otro. Sólo así serán de verdad comunidad matrimonial.

ORACIÓN: Señor Jesús, que en el camino del Calvario tuviste en Simón de Cirene una ayuda para llevar la cruz, haz que los esposos sean cirineos el uno para el otro; que ambos esposos sepan ayudarse a llevar la cruz de cada día. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

Padre nuestro, Ave María, Gloria...

– Señor, pequé. – Tened piedad y misericordia de mí.



Viacrucis Familiar



"Quien no toma su cruz y me sigue, no es digno de mi" (Mateo 10,38)

VI. ESTACIÓN: LA VERÓNICA LIMPIA EL ROSTRO DE JESÚS

- TE ADORAMOS, OH CRISTO, Y TE BENDECIMOS**
- PORQUE CON TU SANTA CRUZ REDIMISTE AL MUNDO**

**"Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me distéis de beber"
(Mt, 25,35).**

LA MADRE LIMPIA LA CARA DE TODOS LOS SUYOS.

Cristo cargado con la cruz, sigue su camino hacia la cumbre del Calvario. Su cara está manchada de sangre y de polvo. Su cabeza coronada de espinas. Apenas puede ver. Ha perdido la belleza. A ambos lados del camino el gentío mira. Una mujer valiente, desafiando el "qué dirán" sale de las filas, atraviesa la calle, se acerca a Jesús y le limpia con un paño el rostro desfigurado. Le alivia por unos momentos el dolor. Dice la tradición que en el paño de aquella mujer quedó marcada para siempre la imagen de Jesús.

¡Cuántas veces en la vida de familia hay caras marcadas por las arrugas, por el cansancio, por el duro trabajo, por la enfermedad, por las contradicciones y problemas, por el dolor!

Es el momento en que haya alguien dispuesto a limpiar, a ayudar, a compartir, a entregarse. Unas veces -las más- será la madre. Otras tendrá que serlo el marido. Pero siempre será necesario que alguien, como la Verónica, esté dispuesto a limpiar el dolor ajeno. Alguien dispuesto a sacrificarse para que los demás puedan aliviar su dolor.

ORACIÓN: Señor Jesús, que camino del Calvario tuviste el consuelo de que una mujer te limpiara el rostro; ayuda a los esposos para que estén siempre atentos al dolor que pueda haber en su hogar para ayudar y compartir, para aliviar y consolar. Por Cristo Señor Nuestro. Amén.

Padre nuestro, Ave María, Gloria...

- Señor, pequé. - Tened piedad y misericordia de mí.



Viacrucis Familiar



"Quien no toma su cruz y me sigue, no es digno de mi" (Mateo 10,38)

VII ESTACIÓN: JESÚS CAE POR SEGUNDA VEZ

**-TE ADORAMOS, OH CRISTO, Y TE BENDECIMOS
-PORQUE CON TU SANTA CRUZ REDIMISTE AL MUNDO**

Quiénes son mi madre y mis parientes? Y extendiendo su mano sobre sus discípulos dijo Jesús: he aquí a mi madre y a mis parientes quienquiera que haga la voluntad de mi Padre (Mt 12, 48-50).

SEGUNDA CAÍDA DE LOS ESPOSOS: EL PROBLEMA DE LOS HIJOS.

Jesús, ya a las afuera de Jerusalén, vuelve a caer. La ayuda del cirineo no era suficiente. Le faltaban las fuerzas y cae de nuevo en tierra aplastado por el madero de la cruz.

Los hijos son muchas veces, más que una alegría, un problema serio. Hoy más que nunca. Para muchos padres son una pesada carga, que les lleva a volver a caer en el desánimo y en el desaliento.

Unas veces es una enfermedad del hijo lo que preocupa y angustia. Otras, las más, son los malos pasos que dan, su rebeldía, el paro. Incluso, la delincuencia y la droga.

¡Cuántos disgustos nos dan a veces!

Hay momentos en los que incluso parece que nos arrepentimos de haberlos traído al mundo. Nos pesan, como a Jesús le pesaba la cruz. Nos hacen sufrir, nos hacen caer en el desconsuelo y la desesperación.

ORACIÓN: Señor Jesús que caíste en tierra por segunda vez aplastado por el peso del madero de la cruz, ayuda a los padres que sufren el dolor y el desconsuelo que les producen muchas veces sus propios hijos. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

Padre nuestro, Ave María, Gloria...

– Señor, pequé. – Tened piedad y misericordia de mí.



Viacrucis Familiar



"Quien no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí" (Mateo 10,38)

VIII ESTACIÓN: JESÚS CONSUELA A LAS MUJERES

- TE ADORAMOS, OH CRISTO, Y TE BENDECIMOS
- PORQUE CON TU SANTA CRUZ REDIMISTE AL MUNDO

"Le seguía una gran multitud del pueblo y de mujeres, que se lamentaban y lloraban por Él. Vuelto hacia ellas les dijo: Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad más bien por vosotras mismas y por vuestros hijos" (Lc 23, 27-28).

EL LLANTO POR LOS HIJOS.

En el camino del Calvario que recorrió Jesús, no todo fueron ofensas para Él. Sabemos que un pequeño grupo de mujeres, viendo cuanto sufría y viendo el dolor de su madre, lloraban por Él. Fue como una lejana caricia. Jesús se paró ante ellas y con voz casi sin fuerzas, les dijo: "No lloréis por mí, llorad más bien por vosotras y por vuestros hijos".

Junto a los días de afecto y cariño, junto a los días apacibles y buenos, junto a las alegrías que muchas veces proporcionan los hijos, existen también otros días de sufrimiento y dolor. Son los momentos en que hay que tragarse las lágrimas de la soledad, son los momentos en los que el llanto brota espontáneo. Son los momentos del dolor por los hijos que traen suspensos en sus estudios, del dolor por el hijo al que despiden del trabajo, el dolor por el hijo que con frecuencia llega a casa bebido y encamina su vida por los senderos del alcohol. ¡Hay veces en que hacen sufrir tanto que se llora por ellos!

El camino de las lágrimas es un camino muy recorrido por las madres. ¿Qué madre no ha llorado alguna vez por su hijo?

ORACIÓN: Señor Jesús, que camino del Calvario consolaste a unas mujeres que lloraban por ti; consuela hoy a las madres que lloran por sus hijos. Dales ánimo y valor. Por Cristo nuestro Señor. Amén

Padre nuestro, Ave María, Gloria...

– Señor, pequé. – Tened piedad y misericordia de mí.



Viacrucis Familiar



"Quien no toma su cruz y me sigue, no es digno de mi" (Mateo 10,38)

IX ESTACIÓN: JESÚS CAE POR TERCERA VEZ

- **TE ADORAMOS, OH CRISTO, Y TE BENDECIMOS**
- **PORQUE CON TU SANTA CRUZ REDIMISTE AL MUNDO**

"Les he dicho esto para que tengan paz conmigo. En el mundo tendrán tribulaciones, pero confíen: yo he vencido al mundo" (Jn 16, 33).

TERCERA CAÍDA EN EL MATRIMONIO: LA ENFERMEDAD.

Ya faltaba poco para llegar a la cumbre del Calvario. Apenas unos metros. Pero Jesús no podía más. Estaba desangrado. Había llegado al límite de sus fuerzas, no podía más y cae al suelo bajo el madero de la cruz por tercera vez.

En la vida de las familias no hay problemas insolubles, cuando hay salud y fuerzas para afrontarlos. "Mientras haya salud...", solemos decir. Pero, cuando menos lo esperamos, surge la enfermedad, la operación difícil, el accidente laboral o de tráfico, el tumor que tanto nos asusta. Y todo se nos derrumba a nuestro alrededor. Nos faltan las fuerzas. Nos dan ganas de revelarnos. "¿Por qué a mí, Señor? ¿Por qué nos tenía que tocar a nosotros?".

La cruz se hace demasiado pesada para nuestros hombros. Y caemos bajo el peso del dolor. Surge la desesperación, se reniega de todo y de todos. También se reniega de Dios que nos permite tales desgracias. Esta caída, la de renegar de Dios, es una caída de muchas familias.

Oración: Señor Jesús, que caíste en tierra por tercera vez bajo el peso de la cruz. Ayuda a los matrimonios que sufren la cruz de la enfermedad, ayúdales a comprender que el dolor es el camino y el medio de la redención. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

Padre nuestro, Ave María, Gloria...

– Señor, pequé. – Tened piedad y misericordia de mí.



Viacrucis Familiar



"Quien no toma su cruz y me sigue, no es digno de mi" (Mateo 10,38)

X. JESÚS ES DESPOJADO DE SUS VESTIDURAS

**-TE ADORAMOS, OH CRISTO, Y TE BENDECIMOS
-PORQUE CON TU SANTA CRUZ REDIMISTE AL MUNDO**

"Cuando los soldados crucificaron a Jesús, tomaron sus vestidos, haciendo cuatro partes, una para cada soldado y la túnica"(Jn 19,23)

LOS PADRES TIENEN QUE DESPOJARSE DE SU AUTORITARISMO Y SU PATERNALISMO.

Por fin llegan al Calvario. Jesús consigue llegar con vida a la cumbre del pequeño monte. Pero aún quedaba algo. La pasión de Cristo fue total. No quedó en su cuerpo ni en su espíritu un solo rincón sin dolor. Allí lo desnudan y se ve envuelto en la burla y en el desprecio de las gentes.

Mientras los hijos son pequeños, sus padres les arropan y protegen constantemente. Se les protege quizás demasiado. Se les miman.

Pero pasan los años y los hijos crecen, se hacen mayores. Quieren independizarse de sus padres, se alejan del hogar. Incluso, a veces, se rebelan contra la autoridad y la protección de sus padres. Y entonces surge el drama en muchas familias. Olvidan muchas veces los padres que sus hijos ya son mayores, que pueden volar por sí mismos, que tienen derecho a una cierta independencia y autonomía. Los padres no saben desprenderse del paternalismo y autoritarismo. Olvidan que su autoridad debe tener ya unos límites. Y sufren.

ORACIÓN: Señor Jesús que fuiste desnudado en el monte del Calvario; ayuda a los padres en la difícil tarea de despojarse de su autoritarismo y paternalismo con que anulan, sin desearlo, la personalidad de sus hijos. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

-Padre nuestro, Ave María, Gloria...

- Señor, pequé. – Tened piedad y misericordia de mí.



Viacrucis Familiar



"Quien no toma su cruz y me sigue, no es digno de mi" (Mateo 10,38)

XI ESTACIÓN: JESÚS ES CLAVADO EN LA CRUZ

**-TE ADORAMOS, OH CRISTO, Y TE BENDECIMOS
-PORQUE CON TU SANTA CRUZ REDIMISTE AL MUNDO**

"Cuando llegaron al lugar llamado Calvario, le crucificaron allí con dos malhechores Jesús decía: padre, perdónales porque no saben lo que hacen" (Lc 23, 33).

LA CRUZ DE LA ANCIANIDAD.

Y cuando llegaron a la cima del monte, después de desnudarlo, le clavaron en la cruz. Las manos y los pies. Dolor sobre dolor. Después lo levantaron y quedó colgado, suspendido entre el cielo y la tierra. Allí sirviendo de diversión para unos, de llanto para otros y de salvación para todos.

Al llegar a la cima de los años, al subir la cuesta de los muchos días, desnudándonos de agilidad y fortaleza, nos vamos haciendo viejos. Para suavizar la realidad decimos que nos hacemos mayores. Pero los años pesan. Es la pesada cruz de la edad, de la ancianidad.

Unos la sobrellevan con cierta dignidad, otros con aceptación cristiana. Muchos reniegan por haber llegado tan pronto a la cumbre de la vida.

Pidamos a Cristo clavado en la cruz por todos los que cargan con la pesada cruz de los muchos años, para que no pierdan nunca la esperanza.

ORACIÓN: Señor Jesús, que fuiste clavado de manos y pies en una cruz; te pedimos por todos aquellos ancianos que cargan con la pesada cruz de los años. Ayúdales a sobrellevar las incomodidades de la edad y a que mantengan siempre firme la esperanza. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

Padre nuestro, Ave María, Gloria...

– Señor, pequé. – Tened piedad y misericordia de mí.



Viacrucis Familiar



"Quien no toma su cruz y me sigue, no es digno de mi" (Mateo 10,38)

XII ESTACIÓN: JESÚS MUERE EN LA CRUZ

**-TE ADORAMOS, OH CRISTO, Y TE BENDECIMOS
-PORQUE CON TU SANTA CRUZ REDIMISTE AL MUNDO**

"Después de probar el vinagre, Jesús dijo: Todo está cumplido, e inclinándose la cabeza entregó el espíritu" (Jn 19,30).

LA VIUDEZ: LA MUERTE DE UNO DE LOS ESPOSOS.

Ha llegado el temido final. Cristo está clavado en la cruz y desde ella entrega su vida y la entrega por amor. Perdona a sus verdugos, nos entrega a su Madre, pide agua, dice que su obra está consumada. Y muere. Las sombras y las tinieblas cubren el Calvario. Hay gente que comienza a crecer. El centurión romano dice que ese hombre era Dios. Se cumple la profecía de Jesús: "Cuando sea elevado, atraeré a todos a mí". Todo, por lejano que nos parezca, llega en la vida. Unas cosas antes, otras después. Pero al final siempre está la muerte cierta, segura, cruel. Y tarde o temprano siempre acaba haciendo acto de presencia. Cuando muere alguien en una familia, muere algo para todos. Pero cuando muere uno de los esposos, es el otro quien más muere con él. Entonces aparecen como únicos compañeros de la viudez la sombra, el vacío, el desamparo, la soledad. Y eso nadie podrá volver a llenarlo del todo. Después sólo quedan los recuerdos, las lágrimas y las oraciones.

Pidamos a Cristo muerto en la cruz por tantos viudos, para que sean atendidos y no se encuentren solos.

ORACIÓN: Señor Jesús que moriste en la cruz y dejaste a tu Madre triste y sola; te pedimos por todos los viudos y viudas que perdieron al compañero de su vida. Hazte presente en sus vidas para que nunca se encuentren solos. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

Padre nuestro, Ave María, Gloria...

- Señor, pequé. - Tened piedad y misericordia de mí.



Viacrucis Familiar



"Quien no toma su cruz y me sigue, no es digno de mi" (Mateo 10,38)

XIII ESTACIÓN: JESÚS ES BAJADO DE LA CRUZ

-TE ADORAMOS, OH CRISTO, Y TE BENDECIMOS - PORQUE CON TU SANTA CRUZ REDIMISTE AL MUNDO

"Al caer la tarde vino un hombre rico de Arimatea, llamado José, que era discípulo de Jesús tomó su cuerpo y lo envolvió en una sábana limpia" (Mt 27, 57.59).

CUANDO LOS HIJOS SE MUEREN

La escena tenía que hacer llorar hasta las piedras. María, traspasada de dolor, recoge durante unos instantes en su regazo el cadáver de su hijo. Aquel cuerpo destrozado, aunque no lo pareciera, era el de su hijo. Aquel hijo que ella había cobijado tantas veces de niño. Aquel hijo que ella había visto crecer. Aquel que "todo lo había hecho bien", estaba ahora muerto en sus brazos.

Algunos padres viven la terrible experiencia de ver morir a un hijo. Los accidentes, la enfermedad incurable, el tumor maligno, el infarto. Cerrar los ojos a un hijo es una de las experiencias más duras y crueles de la vida. Algo que sólo puede entender quien ha tenido la desgracia de vivirla en su propia carne.

Algunos padres han bebido este amargo trago. Estos son los únicos que están en condiciones de saber cómo fue el dolor de María al tener en su regazo el cuerpo muerto de su Hijo.

ORACIÓN: Virgen María que viste morir a tu hijo en una cruz y lo recogiste después en tus brazos; ayuda a las familias que pasan por el amargo trance de perder un hijo. Dales fortaleza y esperanza. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

Padre nuestro, Ave María, Gloria...

– Señor, pequé. – Tened piedad y misericordia de mí.



Viacrucis Familiar



"Quien no toma su cruz y me sigue, no es digno de mi" (Mateo 10,38)

XIV ESTACIÓN: JESÚS ES SEPULTADO

-TE ADORAMOS, OH CRISTO, Y TE BENDECIMOS - PORQUE CON TU SANTA CRUZ REDIMISTE AL MUNDO

“ un huerto cerca del sitio donde fue crucificado Jesús, y en él un sepulcro nuevo, en el cual aún nadie había sido enterrado y pusieron allí a Jesús”
(Jn 19, 41-42).

LA MUERTE DEL QUE QUEDA

El cuerpo de Jesús fue colocado en un sepulcro nuevo, excavado en la piedra, pero prestado. El que era dueño de cielos y tierra, muere más pobre que nadie. No tuvo ni tierra para su sepultura. Para descansar el sueño de la muerte le tuvieron que prestar un sepulcro. ¡Hasta ese despojo y entrega llegó Jesús!

La muerte, tarde o temprano, ya lo sabemos, nos llegará a todos. Aquí no valen resistencias, ni grandezas humanas. Cada uno deberá asumir su propia muerte.

Pero para un cristiano no hay lugar para la desesperanza. La esperanza cristiana borra toda sombra de duda, anula el impulso de la desesperación. Cristo nos dijo que si el “grano de trigo no muere, quedará infecundo”, y que “quien crea en Él, aunque muera, vivirá para siempre”.

Pidamos desde lo hondo de nuestro corazón al Señor que nos infunda fe en sus palabras y la esperanza en una vida eterna, a la que todos estamos llamados.

Oración: Señor Jesús que dijiste: “Yo soy la resurrección y la vida. Quien cree en mí, aunque haya muerto, vivirá para siempre”. Infunde en nuestros corazones la firme esperanza de la vida eterna. Ayúdanos a comprender que, aunque caminamos hacia una muerte segura, ese es el paso que nos conduce a una vida que no tendrá fin. Por Cristo nuestro Señor.

Padre nuestro, Ave María, Gloria...

– Señor, pequé. – Tened piedad y misericordia de mí.



Viacrucis Familiar



"Quien no toma su cruz y me sigue, no es digno de mi" (Mateo 10,38)

XV ESTACIÓN: LA RESURRECCIÓN DE JESÚS

**-TE ADORAMOS, OH CRISTO, Y TE BENDECIMOS.
- QUE POR TU SANTA CRUZ REDIMISTE AL MUNDO.**

"El primer día de la semana, muy temprano, fueron las mujeres al sepulcro, llevando los perfumes que habían preparado.

Pero se encontraron con una novedad: la piedra que cerraba el sepulcro había sido removida, y al entrar no encontraron el cuerpo del Señor Jesús. No sabían qué pensar, pero en ese momento vieron a su lado a dos hombres con ropas fulgurantes.

Estaban tan asustadas que no se atrevían a levantar los ojos del suelo. Pero ellos les dijeron: «¿Por qué buscan entre los muertos al que vive? No está aquí. Resucitó. Acuérdense de lo que les dijo cuando todavía estaba en Galilea.» (San Lucas, 24, 1-6)

DE LAS PRESENCIAS AL GOZO DE LAS AUSENCIAS

Señor: te habías ido. Y te has quedado. Te habías ido y sigues presente. Te creíamos ausente y cada día te podemos seguir compartiendo a la mesa en la fracción del pan.

Ahora tus discípulos entienden tu pasado. Recién ahora entienden, comentan y viven las experiencias compartidas contigo durante tres años. Ahora estás más presente que antes. Antes, ellos no comprendían, a veces les parecías raro, demasiado exigente. Además tenías caminos que desconcertaban. Parecías no estar en la línea de lo que todos hacían.



Viacrucis Familiar



"Quien no toma su cruz y me sigue, no es digno de mi" (Mateo 10,38)

Señor, al verte a Ti resucitado, estamos pensando en nosotros mismos. También nosotros, igual que Tú, nos iremos. Los hijos, los nietos nos verán como ausentes. Dirán: "el vacío de nuestros padres..." el vacío que dejaron los abuelos..." Pero estamos seguros que esos vacíos poco a poco empezarán de nuevo a llenarse de presencias. Será la presencia del recuerdo. El recuerdo de nuestro amor. El recuerdo de nuestros sacrificios por ellos. El recuerdo de nuestros esfuerzos en la lucha por la vida. Esos recuerdos se harán presencias. "Casi no lo puedo creer... Si parece que se siente aún su presencia entre nosotros..." Todo nos habla de ellos."

Recordarán, Señor, nuestro amor fiel y eterno de esposos, que es nuestro mejor regalo y nuestra mejor herencia como padres. Recordarán nuestros momentos duros, difíciles. Pero también nuestra capacidad de buscar caminos y respuestas honestas. Recordarán nuestro amor de padres.

Señor: seremos recuerdo, forma humana de hacer que aquellos a quienes se ama no mueran nunca del todo. Por eso seguiremos vivos junto a Ti, compartiendo tu presencia, y seguiremos vivos, en la presencia y el gozo del recuerdo humano.

Señor: que cuando nuestros hijos nos recuerden aprendan de nuestro amor un amor indisoluble hasta la muerte y más allá de la muerte.

Señor: que cuando nuestros hijos llenen sus vidas con nuestro recuerdo, sientan como tus Discípulos, la ilusión y las ganas de hacer algo bello en la vida.

Señor: que cuando nuestros nietos nos recuerden, para ellos paz en sus corazones, aliento en sus espíritus y siempre una llamada a la esperanza humana y cristiana.



Viacrucis Familiar



"Quien no toma su cruz y me sigue, no es digno de mi" (Mateo 10,38)

REFLEXIÓN FINAL

El Vía Crucis termina con la muerte y sepultura de Jesús. Pero esa muerte no fue sino el paso para la resurrección. Él dijo: "Si el grano de trigo no muere, no producirá fruto". La muerte de Cristo produjo fruto abundante, el fruto del amor y del perdón. Un perdón que nos viene a todos los hombres gracias a esta muerte.

Hemos intentado con este sencillo Vía Crucis descubrir los viacrucis que existen en tantos hogares de nuestro tiempo. En ellos sigue sufriendo y muriendo el Señor. Pidámosle que también para estas familias que llegue pronto el Domingo de Resurrección.

**El Señor nos bendiga y nos
guarde; nos muestre su rostro y
tenga misericordia de nosotros.**

**Nos mire benignamente y nos
conceda la paz.**

**En el nombre del Padre, y del Hijo,
y del Espíritu Santo. Amén.**



Viacrucis Familiar



"Quien no toma su cruz y me sigue, no es digno de mi" (Mateo 10,38)



**Pastoral
Universitaria
Mariana**



CARDENAL ROBERT SARAH

CON NICOLAS DIAT

La
FUERZA
DEL
SILENCIO

FRENTE A LA DICTADURA DEL RUIDO



PALABRA

Cardenal Robert Sarah

con Nicolas Diat

La fuerza del silencio

Frente a la dictadura del ruido



Título original: La force du silence By Cardinal Sarah with Nicolas Diat

© Librairie Arthème Fayard, 2016

© Ediciones Palabra, S.A. 2017

Paseo de la Castellana, 210 - 28046 MADRID (España)

Telf.: (34) 91 350 77 20 - (34) 91 350 77 39

www.palabra.es

palabra@palabra.es

© Traducción: Gloria Esteban Villar

Diseño de portada: Roxanne Mei Lum

Fotografía de portada: El Panteón, Roma (© IStockphoto)

Diseño de ePub: Rodrigo Pérez Fernández

ISBN: 978-84-9061-533-1

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares de Copyright.

ÍNDICE

Prológo

I. El silencio frente al ruido del mundo

II. Dios no habla, pero su voz es nítida

III. El silencio, el misterio y lo sagrado

IV. El silencio de Dios Ante el azote del mal

V. Como un grito en el desierto El encuentro en la Grande Chartreuse

Epílogo

Bibliografía

*A Benedicto XVI, buen amigo de Dios,
maestro de silencio y oración.*

*A Mons. Raymond-Marie Tchidimbo,
antiguo arzobispo de Conakri, preso
y víctima de una dictadura sangrienta.*

*A todos los cartujos desconocidos
que llevan casi un milenio buscando a Dios.*

*Así pues, ¿qué nos grita esa avidez y esa impotencia,
sino que hubo otrora en el hombre una verdadera dicha,
de la cual solo le queda ahora la señal y el rastro
totalmente vacío, y que él trata inútilmente de llenar
con todo lo que lo rodea, buscando en las cosas ausentes
el auxilio que no consigue de las presentes, auxilio del cual
son todas incapaces, porque el abismo infinito solo puede ser
llenado por un objeto infinito e inmutable,
es decir, por Dios mismo?*

Blaise Pascal, Pensamientos

*¡Oh, dialecto de mi aldea interior,
dulce hablar de mis campos imaginarios,
jerga ribereña de mi río invisible,
lengua de mi país, de mi patria espiritual!
¡Oh, idioma más querido que el francés,
oh, mi silencio! Yo te hablo y te recito.
Mil veces te canto para deleite de mi alma
y como a órganos triunfales te oigo resonar.*

Jean Mogin, Pâtures du silence

PROLÓGO

¿Por qué ha querido el cardenal Sarah dedicar un libro al silencio? Hablamos por primera vez de este gran tema en abril de 2015. Volvíamos a Roma después de pasar unos días en la abadía de Lagrasse.

En este magnífico monasterio, entre Carcasona y Narbona, el cardenal visitó a su amigo el hermano Vincent. Destrozado por una esclerosis múltiple, el joven religioso sabía que estaba llegando al final de su vida. Inmovilizado en plena juventud, clavado al lecho de la enfermería, condenado a implacables protocolos médicos, hasta el aliento más débil le suponía un ímprobo esfuerzo. El hermano Vincent-Marie de la Resurrección vivía ya en esta tierra inmerso en el gran silencio del Cielo.

El primer encuentro tuvo lugar el 25 de octubre de 2014. Ese día marcó profundamente al cardenal Sarah, quien descubrió de inmediato a un alma ardiente, a un santo escondido, a un buen amigo de Dios. Imposible olvidar la fuerza espiritual del hermano Vincent, su silencio, la belleza de su sonrisa, la emoción del cardenal, las lágrimas, el pudor, los sentimientos encontrados... El hermano Vincent era incapaz de pronunciar una sola frase, pues la enfermedad había acabado privándole del uso de la palabra. Solamente podía alzar la mirada hacia el cardenal. Solamente era capaz de mirarlo fijamente, dulcemente, amorosamente. Los ojos teñidos de púrpura del hermano Vincent tenían ya el color de la

eternidad.

Ese día soleado de otoño, al salir de la pequeña habitación donde los canónigos y los enfermeros se turnaban incansablemente con una abnegación extraordinaria, el padre Emmanuel-Marie, abad de Lagrasse, nos llevó a los jardines del monasterio, junto a la iglesia. Necesitábamos recobrar el aliento para aceptar la voluntad silenciosa de Dios, ese plan oculto que se llevaba inexorablemente a un religioso joven y bueno, con el cuerpo martirizado, a orillas desconocidas.

El cardenal regresó varias veces para orar junto a su amigo el hermano Vincent. El estado del enfermo no paraba de deteriorarse, pero la calidad del silencio que sellaba el diálogo de un ilustre prelado y un sencillo canónigo crecía de un modo cada vez más sobrenatural. Cuando se encontraba en Roma, el cardenal llamaba con frecuencia al hermano. Uno hablaba con dulzura y el otro guardaba silencio. Unos días antes de morir, el cardenal Sarah habló una vez más con el hermano Vincent. Pudo escuchar su respiración, ronca y discordante, los embates del dolor, los últimos esfuerzos de su corazón, y darle su bendición.

El domingo 10 de abril de 2016, cuando el cardenal Sarah asistía en Argenteuil a la clausura de la exposición de la túnica sagrada de Cristo, el hermano Vincent entregó su alma a Dios rodeado del padre Emmanuel-Marie y de su familia. ¿Se puede comprender el misterio del hermano Vincent? Después de tantas pruebas, el final del camino fue apacible. Los rayos del paraíso atravesaron sin ruido las ventanas de su habitación.

Durante sus últimos meses de vida el joven enfermo rezó mucho por el cardenal. Los canónigos que se ocupaban en todo momento del hermano están convencidos de que siguió con vida algunos meses más para cuidar mejor de Robert Sarah. El hermano Vincent

sabía que los lobos estaban al acecho, que su amigo le necesitaba, que contaba con él.

Esta amistad nació en el silencio, creció en el silencio y continúa existiendo en el silencio.

Los encuentros con el hermano Vincent eran una pizca de eternidad. Nunca dudamos de la importancia de cada minuto que pasamos junto a él. El silencio permitía elevar cualquier sentimiento a su estado más perfecto. Cuando teníamos que dejar la abadía, sabíamos que el silencio de Vincent nos haría más fuertes para enfrentarnos a los ruidos del mundo.

Ese domingo primaveral en que el hermano Vincent se reunió con los ángeles del Cielo el cardenal quiso ir a Lagrasse. Reinaba una enorme quietud en todo el monasterio. El silencio del hermano habitaba los lugares que le eran familiares. Aunque no resultaba nada fácil pasar junto a la enfermería desierta...

En el coro de la iglesia donde el cuerpo del hermano reposó varios días sonaba la hermosa oración de los canónigos.

Un cardenal africano acababa de llegar para enterrar a un joven religioso con quien jamás pudo conversar. El niño de la sabana guineana hablaba en silencio con un joven santo francés: una amistad única e inquebrantable.

Sin el hermano Vincent, *La fuerza del silencio* no habría existido nunca. Fue él quien nos mostró cómo el silencio en el que le había sumergido la enfermedad permitía penetrar aún más profundamente en la verdad de las cosas. Las razones de Dios suelen ser misteriosas. ¿Por qué quiso probar con tanta dureza a un joven feliz que no pedía nada? ¿Por qué una enfermedad tan cruel,

tan violenta, tan dolorosa? ¿Por qué ese encuentro sublime entre un cardenal llegado a las cimas de la Iglesia y un enfermo encerrado en su cuarto? El silencio dio el toque final a esta historia. El silencio tuvo la última palabra. El silencio fue el ascensor hacia el Cielo.

¿Quién buscaba al hermano Vincent? ¿Quién vino a llevárselo sin una sola palabra? Dios.

Para el hermano Vincent-Marie de la Resurrección el programa era sencillo. Se resumía en tres palabras: Dios o nada.

Hay otra etapa que marca esta amistad espiritual. De no ser por el hermano Vincent, de no ser por el padre Emmanuel-Marie, nunca habríamos ido a la Gran Cartuja.

Cuando germinó la idea de pedir al padre general de la Orden cartuja que participara en este libro, el proyecto nos parecía casi imposible. El cardenal no quería perturbar el silencio de la Gran Cartuja y las palabras del padre general son contadas.

Aun así, el miércoles 3 de febrero de 2016, a primera hora de la tarde, nuestro tren se detuvo en la estación de Chambéry...

Un cielo gris se aferraba a las montañas que rodean el pueblo. La tristeza del invierno parecía encastrar el paisaje y a los hombres en un pegamento viscoso. Cerca del macizo de la Chartreuse se desató una tormenta de nieve que cubrió el valle de un blanco perfecto. Pasada la puerta del Puente, en el célebre camino de san Bruno, el camino se hace difícilmente practicable.

Junto a los altos muros del monasterio nos cruzamos con el maestro de novicios, el padre Seraphico, y varios monjes jóvenes que volvían del espaciamento. Al pasar el coche del cardenal, se

volvieron para dirigirle un discreto saludo. Luego el automóvil se detuvo delante de un largo edificio solemne y austero: habíamos llegado a la Gran Cartuja. Los copos de nieve se arremolinaban y el viento se precipitaba entre los pinos, pero el silencio envolvía ya nuestros corazones. Atravesamos lentamente el patio de honor para dirigirnos al gran pabellón de los priores, construido por dom Innocent le Masson en el siglo XVII, que se abre al imponente claustro de servicios.

El 74º reverendo Padre general de la Orden de los cartujos, dom Dysmas de Lassus, recibió al cardenal con una sencillez especialmente conmovedora.

En el corazón de esta geografía mística toma cuerpo desde el año 1084 el sueño de soledad y de silencio de san Bruno. En *La Grande Chartreuse, au-delà du silence*, Nathalie Nabert habla de una aleación sin igual: «La espiritualidad cartujana nace del encuentro de un alma y un lugar, de la coincidencia entre un deseo de vida retirada en Dios y un paisaje, *Cartusie solitudinem*, tal y como la describen los textos antiguos, en el que el aislamiento y la belleza salvaje llamaban a una soledad aún mayor, lejos de “las sombras fugitivas del siglo”, que permite pasar “de la tempestad de este mundo al descanso seguro y tranquilo del puerto”: así es como Bruno de Colonia, en el atardecer de su vida, habla de ese deseo imperioso en la carta dirigida a su amigo Raúl le Verd para llamarlo al desierto».

Enseguida, tras una conversación que no superó los cinco minutos, llegamos a nuestras celdas. Desde la ventana de la habitación donde me instalé podía contemplar el monasterio, revestido de su manto blanco, acurrucado en la imponente vertiente del Grand Som, más bello que todas las imágenes que han construido el mito inalterable de la Gran Cartuja. La larga y

solemne sucesión de edificios formaba una línea impecable; y luego, más abajo, las casas de obediencias.

Raramente se pueden atravesar las puertas de la ciudadela. En este lugar inspirado se entrecruzan la larga tradición de las órdenes eremíticas, las tragedias de la historia y la belleza de la creación. Pero esto no es nada al lado de la profundidad de las realidades espirituales: la Gran Cartuja es un mundo donde las almas se han abandonado en Dios y para Dios.

A las cinco y media, las vísperas congregaron a los cartujos en la iglesia conventual, íntima y sombría. Para llegar a ella había que atravesar pasillos interminables, fríos, solemnes, en los que yo no paraba de pensar en las generaciones de cartujos que habían apresurado el paso para asistir al oficio. La Gran Cartuja es la casa de los siglos, la casa sin voz, la casa santa.

Recordaba también el desalojo turbulento y cargado de odio de los religiosos acaecido el 29 de abril de 1903, después de que se aprobara la ley de Émile Combes relativa a la expulsión de las congregaciones religiosas, que revivía las lúgubres horas de la Revolución y la salida forzosa de los cartujos en 1792. Conviene reflexionar sobre esta profanación y sobre la entrada en el antiguo monasterio –después de hacer pedazos las pesadas puertas de entrada– de un batallón de infantería, seguido de dos escuadrones de dragones y cientos de zapadores. Magistrados y soldados penetraron en la iglesia; uno a uno, fueron levantando a los padres de sus sillas del coro y los condujeron afuera de los muros. Los enemigos del silencio de Dios triunfaron rodeados de vergüenza. De un lado, los partidarios encarnizados de un mundo liberado de su Creador; de otro, los fieles y pobres cartujos cuya única riqueza era el hermoso silencio del Cielo.

Esa tarde de febrero de 2016, desde la tribuna principal,

contemplaba las sombras blancas, encapuchadas, que iban ocupando sus sillas. Los padres no tardaron en abrir los enormes antifonarios que les permiten seguir las partituras de los textos vespertinos. La luz fue haciéndose cada vez más débil mientras se sucedían los cantos de los salmos; el cardenal, situado junto a dom Dysmas, volvía con cuidado las páginas de aquellos antiguos libros para seguir la oración. Detrás de él, la tribuna que separaba las sillas de los padres de coro de las de los hermanos conversos dibujaba en la penumbra una gran cruz que parecía otorgar aún mayor dignidad a una oscuridad sobrecogedora.

El canto llano de los cartujos imprime una pausa, una profundidad, una piedad dulce y rugosa a la vez. Al acabar las vísperas, los monjes entonaron la espléndida *Salve Regina*. Desde el siglo XII los cartujos cantan todos los días esta antifona a la Virgen. Hoy apenas quedan monasterios donde sigan resonando sus notas.

Fuera había caído la noche y las débiles luces del monasterio acababan de detener el tiempo. Tan solo rompía el silencio el rodar de los cúmulos de nieve que caían de los tejados. De lo hondo del estrecho valle parecía subir la niebla y los negros flancos montañosos formaban un decorado grandioso y triste.

Los monjes volvieron a sus celdas. Después de recorrer los inmensos pasillos del claustro del cementerio, cada uno regresó al *cubiculum* donde pasan una parte tan importante de su existencia terrenal. El silencio de la Gran Cartuja recuperaba sus derechos imprescriptibles. Mientras recorríamos la galería de los mapas, cuyos muros adornan las imágenes de las cartujas de toda Europa, era fácil comprender hasta qué punto la Orden de san Bruno ha sabido dispersarse para satisfacer la sed de tantos religiosos que han querido encontrar el Cielo, lejos de los ruidos del mundo.

Mientras la tierra duerme o se distrae, el oficio nocturno es el corazón ardiente de la vida cartujana. En la primera página del antifonario que dom Dysmas había preparado antes de mi llegada pude leer este preámbulo: *Antiphonarium nocturnum, ad usum sacri ordinis cartusiensis*. Eran las doce y cuarto y los monjes apagaban las pocas lamparillas encendidas en la iglesia. Una oscuridad perfecta cubría el templo cuando los cartujos entonaron las primeras oraciones. La noche permitía observar con más nitidez que nunca el punto de tintes rojizos de la lámpara del Santísimo Sacramento. El ruido de la madera de las antiguas sillas de nogal parecía mezclarse con las voces de los monjes. Los salmos se encadenaban con el ritmo lento del canto gregoriano, cuya falta de pureza podrían reprocharles quienes frecuentan las abadías benedictinas. Pero la oración nocturna se presta mal a consideraciones meramente estéticas. La liturgia se despliega en una penumbra que busca a Dios. Están las voces de los cartujos y un silencio perfecto.

Hacia las dos y media de la madrugada sonaron las campanas del ángelus. Los monjes salieron de la iglesia uno a uno. ¿Qué es el oficio nocturno: una locura o una maravilla? En todas las cartujas del mundo la noche prepara el día y el día prepara la noche. No olvidemos nunca las palabras de san Bruno, dulces y enérgicas, en su carta a Raúl le Verd: «Aquí, por el esfuerzo del combate, concede Dios a sus atletas la esperada recompensa: la paz que el mundo ignora y el gozo en el Espíritu Santo».

El prefecto de la Congregación para el Culto divino y la Disciplina de los sacramentos quedó hondamente conmovido por los dos oficios nocturnos que marcaron su estancia. El cardenal comparte con Isaac de Nínive este hermoso pensamiento de sus *Discursos ascéticos*: «La oración ofrecida durante la noche es muy

potente, más que la diurna. Esta es la razón por la cual todos los justos han orado de noche, luchando contra la pesadez del cuerpo y la dulzura del sueño. Por esto Satanás teme el trabajo de la vigilia y busca con todos los medios obstaculizar a los ascetas, como en el caso de Antonio el Grande, del beato Pablo, de Arsenio y de otros padres de Egipto. Sin embargo, los santos han perseverado con obstinación en la vigilia y han triunfado sobre el diablo. ¿Qué solitario, dotado de otras virtudes, no hubiera sido considerado un inepto si hubiese descuidado las vigiliass? Ya que la vigilia es la luz de la conciencia, exalta la mente y concentra el pensamiento. A través de ella, el intelecto levanta vuelo y fija la mirada sobre las realidades espirituales mientras, rejuveneciendo gracias a la oración, brilla de esplendor».

Según el cardenal, la noche caldea de calor el corazón del hombre. Quien vela de noche sale de sí mismo para hallar mejor a Dios. El silencio de la noche es el más indicado para acabar con la dictadura del ruido. Cuando la oscuridad desciende sobre la tierra, la ascesis del silencio puede adquirir contornos más nítidos. Las palabras del salmista son terminantes: «De noche (...) me acuerdo de Dios, y gimo; medito, y mi espíritu desfallece. Tú tienes en vigilia los párpados de mis ojos. Estoy turbado, no puedo hablar. Pienso en los días de antaño, recuerdo los años remotos. De noche repito mi canto, lo medito en mi corazón y mi espíritu se pregunta» (*Sal 76, 3-7*).

Antes de marcharnos, el cardenal quiso recogerse en el cementerio. Atravesamos el monasterio, con sus largas y magníficas galerías que parecen laberintos esculpidos por la oración. El claustro principal mide 216 metros de norte a sur y 23 de este a oeste, es decir, un cuadrilátero de 478 metros. Los cimientos de este conjunto gótico datan del siglo XII: desde entonces reina en él un silencio permanente. En los desiertos

cartujos el cementerio ocupa el centro del claustro.

En las tumbas no había nombre, ni fecha, ni palabras de recuerdo. De un lado, las cruces de piedra para los generales de la Orden; del otro, las cruces de madera para los padres y los hermanos conversos. A los cartujos se los sepulta en la tierra, sin ataúd, sin lápida: no hay señal distintiva que recuerde una existencia propia. Le pregunté a dom Dysmas de Lassus dónde estaban las cruces de los monjes con los que había convivido y a los que había visto morir. Dom Dysmas ya no lo sabía. «Los vientos y el musgo han hecho su labor», declaró. Solo era capaz de localizar la tumba de dom André Poisson, su ante-predecesor, fallecido en abril de 2005. El anciano general murió por la noche, solo, en su celda: se fue al Cielo para reunirse con todos los hijos de san Bruno y la vasta cohorte de ermitaños.

Desde 1084, los cartujos no quieren dejar ninguna huella. Solo Dios importa. *Stat Crux dum volvitur orbis*: el mundo gira, la Cruz permanece.

Antes de marcharse, bajo un sol resplandeciente y el cielo de un azul inmaculado, el cardenal bendijo las tumbas.

Instantes después salíamos de la Gran Cartuja. El monje benedictino que había venido a buscarnos nos dijo: *Se van ustedes del paraíso...*

«Cuando a los sabios se les agota la sabiduría, conviene escuchar a los niños», escribe George Bernanos en *Diálogo de carmelitas*. Los cartujos son a la vez sabios y niños.

A lo largo de este año de trabajo, la brújula fiable de nuestra reflexión han sido estas palabras del *Diario de un cura rural* de

Bernanos: «El silencio interior –el que Dios bendice– no me ha aislado jamás de los otros seres. Al contrario: me parece que penetran en mi interior y les recibo como en el umbral de mi casa (...). Por desgracia, no me es posible ofrecer más que un precario refugio, pero imagino el silencio de ciertas almas como inmensos lugares de asilo. Los pobres pecadores, cansados y sin fuerzas, entran a tientas, se duermen y vuelven a marcharse, consolados, sin conservar recuerdo alguno del gran templo invisible donde han descargado un instante su lastre».

En *Le Silence comme introduction à la métaphysique*, el filósofo Joseph Rassam afirma: «En nosotros el silencio es ese lenguaje sin palabras del ser finito que, por su propio peso, atrae y arrastra nuestro movimiento hacia el Ser infinito. El pensamiento no accede a la afirmación de Dios por su solo poder, sino por su docilidad a la luz procedente del ser recibido y acogido como un don. El acto de silencio que define esta acogida lleva consigo la oración, es decir, el movimiento por el cual el alma se eleva a Dios». Para Rassam, como para el cardenal Sarah, «si bien la palabra caracteriza al hombre, el silencio es lo que lo define, porque la palabra hablada solo adquiere sentido en virtud de ese silencio». Este es el hermoso y significativo mensaje de *La fuerza del silencio*.

El 16 de abril de 2013, a las pocas semanas de su elección, el papa Francisco recordaba: «Persiguieron a los profetas y, después de haberlos matado, les construyeron “una hermosa tumba” y solo después los veneraron (...). También entre nosotros hay esa resistencia al Espíritu Santo». En este mundo el hombre que habla del silencio puede conocer las mismas espirales. La admiración, el rechazo, la condena se encadenan y se desencadenan.

Las palabras de quienes guardan silencio son a veces auténticas

profecías, pero son también luces que los hombres pretenden apagar.

Con este libro el cardenal Robert Sarah no tiene otro objetivo que el que se encuentra resumido en este pensamiento: «El silencio cuesta, pero hace al hombre capaz de dejarse guiar por Dios. Del silencio nace el silencio. A través del Dios silencioso podemos acceder al silencio. Y el hombre no deja de sorprenderse de la luz que brilla entonces. El silencio es más importante que cualquier otra obra humana. Porque manifiesta a Dios. La verdadera revolución procede del silencio: nos conduce hacia Dios y hacia los demás para ponernos humilde y generosamente a su servicio» (Pensamiento 68, *La fuerza del silencio*).

¿Qué virtud espera el cardenal Sarah de la lectura de este libro? La humildad. Desde esta perspectiva, puede hacer suyo el espíritu del cardenal Rafael Merry del Val: una vez retirado de los asuntos públicos de la Iglesia, el antiguo secretario de Estado de san Pío X compuso una hermosa *Letanía de la humildad* que recitaba todos los días después de celebrar misa:

¡Oh Jesús!, manso y humilde de corazón,
escúchame:

- del deseo de ser reconocido, líbrame, Señor
- del deseo de ser estimado, líbrame, Señor
- del deseo de ser amado, líbrame, Señor
- del deseo de ser ensalzado, líbrame, Señor
- del deseo de ser alabado, líbrame, Señor
- del deseo de ser preferido, líbrame, Señor
- del deseo de ser consultado, líbrame, Señor
- del deseo de ser aprobado, líbrame, Señor
- del deseo de quedar bien, líbrame, Señor

—del deseo de recibir honores, líbrame, Señor
—del temor de ser criticado, líbrame, Señor
—del temor de ser juzgado, líbrame, Señor
—del temor de ser atacado, líbrame, Señor
—del temor de ser humillado, líbrame, Señor
—del temor de ser despreciado, líbrame, Señor
—del temor de ser señalado, líbrame, Señor
—del temor de perder la fama, líbrame, Señor
—del temor de ser reprendido, líbrame, Señor
—del temor de ser calumniado, líbrame, Señor
—del temor de ser olvidado, líbrame, Señor
—del temor de ser ridiculizado, líbrame, Señor
—del temor de la injusticia, líbrame, Señor
—del temor de ser sospechado, líbrame, Señor.

Jesús, concédeme la gracia de desear:

—que los demás sean más amados que yo
—que los demás sean más estimados que yo
—que en la opinión del mundo otros sean engrandecidos y yo humillado
—que los demás sean preferidos y yo abandonado
—que los demás sean alabados y yo menospreciado
—que los demás sean elegidos en vez de mí en todo
—que los demás sean más santos que yo, siendo que yo me santifique debidamente.

De ser desconocido y pobre, Señor, me alegraré.

De estar desprovisto de perfecciones naturales de cuerpo y de espíritu, Señor, me alegraré.

De que no se piense en mí, Señor, me alegraré.

De que se me ocupe en los empleos más bajos, Señor, me alegraré.

De que ni se dignen usarme, Señor, me alegraré.

De que no se me pida mi opinión, Señor, me alegraré.

De que se me deje en el último lugar, Señor, me alegraré.

De que no me hagan cumplidos, Señor, me alegraré.

De que me reprobren a tiempo y a destiempo, Señor, me alegraré.

Bienaventurados los que son perseguidos por causa de la justicia,

porque suyo es el Reino de los Cielos.

NICOLAS DIAT

Roma, 2 de septiembre de 2016

I EL SILENCIO FRENTEAL RUIDO DEL MUNDO

En el silencio es donde suceden los grandes acontecimientos. No en el tumultuoso derroche del acontecer externo, sino en la augusta claridad de la visión interior, en el sigiloso movimiento de las decisiones, en el sacrificio oculto y en la abnegación; es decir, cuando el corazón, tocado por el amor, convoca la libertad de espíritu para entrar en acción, y su seno es fecundado para dar fruto. Los poderes silenciosos son los auténticamente creativos. Pues bien, al más silencioso de los acontecimientos, al que en el más profundo silencio y alejado de todo bullicio proviene de Dios, queremos dirigir ahora nuestra mirada.

ROMANO GUARDINI, *El Señor*

—NICOLAS DIAT: *En Voix cartusienne [Voz cartujana], el cartujo dom Augustin Guillerand dice con elocuencia que «la soledad y el silencio son huéspedes del alma. El alma que los posee los lleva consigo a todas partes. Quien carece de ellos no los encuentra en ningún sitio. Para entrar en el silencio no basta con detener el movimiento de los labios y el movimiento de los pensamientos. No se trata de callar. Callar es una condición del silencio, pero no es el silencio. El silencio es una palabra, el silencio es un pensamiento. Es una palabra y es un pensamiento*

que reúnen todas las palabras y todos los pensamientos». ¿Cómo hay que entender esta idea tan espléndida?

CARDENAL ROBERT SARAH

1. – La pregunta fundamental es la siguiente: ¿cómo puede el hombre ser realmente imagen de Dios? El hombre tiene que entrar en el silencio.

Envolviéndose en el silencio igual que Dios, que habita en un gran silencio, el hombre se acerca al Cielo; o, más bien, deja que Dios se manifieste en él.

Solo hallamos a Dios en el silencio eterno en el que vive. ¿Alguna vez ha oído usted la voz de Dios del mismo modo que oye la mía?

La voz de Dios es silenciosa. De hecho, el hombre tiene que tender también a convertirse en silencio. Refiriéndose a Adán en el paraíso decía san Agustín: «*Vivebat fruens Deo, ex quo bono erat bonus* – Vivía gozando de Dios, con cuyo bien era él bueno». Viviendo con el Dios y en el Dios silencioso también nosotros nos hacemos silenciosos. En su libro *Quiero ver a Dios*, el padre Marie-Eugène escribe: «Para el espiritual que ha gustado a Dios, silencio y Dios parecen identificarse, porque Dios habla en el silencio, y solo el silencio parece poder expresar a Dios. De ahí que para encontrar a Dios ¿adónde irá uno sino a las profundidades más silenciosas de sí mismo, a esas regiones tan ocultas que nada las puede turbar? Cuando ha llegado a ellas, preserva, con un esmero celoso, ese silencio que Dios regala. Lo defiende contra toda agitación, hasta de sus propias potencias».

2. – En el corazón del hombre existe un silencio innato, pues

Dios habita en lo más íntimo de cada persona. Dios es silencio y ese silencio divino habita en el hombre. En Dios estamos inseparablemente unidos al silencio. La Iglesia puede afirmar que la humanidad es hija de un Dios silencioso, porque los hombres son hijos del silencio.

3. – Dios nos sostiene y, si guardamos silencio, vivimos con Él en todo momento. Nada nos permitirá descubrir mejor a Dios que su silencio grabado en el centro de nuestro ser. ¿Cómo vamos a encontrar a Dios si no cultivamos ese silencio? Al hombre le gusta viajar, crear, hacer grandes descubrimientos; y se queda fuera de sí mismo, lejos de Dios, que vive en silencio dentro de su alma. Quiero recordar la importancia de cultivar el silencio para estar realmente con Él. Citando el libro del Deuteronomio, san Pablo explica que no encontraremos a Dios atravesando los mares, porque Él está en nuestro corazón: «No digas en tu corazón: ¿quién subirá al Cielo? –esto es, para bajar a Cristo–; o ¿quién bajará al abismo?, esto es, para subir a Cristo de entre los muertos. ¿Qué dice, en cambio? Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón. Se refiere a la palabra de la fe que predicamos. Porque si confieras con tu boca: *Jesús es Señor*, y crees en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, te salvarás» (*Rm* 10, 6-9; *Dt* 30, 12-14. 16).

4. – Las gracias divinas se derraman sobre el hombre a través de la Sagrada Escritura escuchada y meditada en silencio. Es en la fe, y no recorriendo países lejanos ni cruzando mares y continentes, donde podemos encontrar y contemplar a Dios. En realidad, llegaremos a Dios escudriñando durante horas y horas las Sagradas Escrituras después de haber resistido los embates del Príncipe de este mundo.

Dom Augustin Guillerand no equivoca el camino: lo que los

hombres poseen dentro de ellos no lo encuentran fuera en ninguna parte. Si el silencio no habita en el hombre, si la soledad no es el estado en el que ese silencio se deja forjar, la criatura se halla privada de Dios. No hay otro lugar en el mundo donde Él esté más presente que el corazón humano. Ese corazón es la verdadera morada de Dios, el templo del silencio.

5. – Ningún profeta ha encontrado jamás a Dios sin retirarse a la soledad y el silencio. Moisés, Elías y Juan el Bautista hallaron a Dios en el silencio del desierto. También hoy los monjes buscan a Dios en la soledad y el silencio. No me refiero únicamente a una soledad o un movimiento geográfico, sino a un estado interior. Tampoco basta con callar. Hay que convertirse en silencio.

Y es que Dios se encuentra en el hombre antes que en el desierto, antes que en la soledad y el silencio. El auténtico desierto está en nuestro interior, en nuestra alma.

Si lo entendemos así, somos capaces de comprender que el silencio es indispensable para encontrar a Dios. El Padre aguarda a sus hijos en sus propios corazones.

6. – Es preciso salir del tumulto interior para hallar a Dios. Pese a la agitación, a los negocios, a los placeres fáciles, Dios continúa silenciosamente presente. Está dentro de nosotros como un pensamiento, una palabra y una presencia cuyas fuentes secretas se esconden en Él, inaccesibles a la mirada de los hombres.

La soledad es el mejor estado para escuchar el silencio de Dios. Para quien quiere encontrar el silencio, la soledad es el monte que debe escalar. Cuando un hombre se aísla dentro de un monasterio, lo que busca por encima de todo es el silencio. Y, sin embargo, el

objeto de su búsqueda está dentro de él. En su corazón habita ya la presencia silenciosa de Dios. El silencio que perseguimos confusamente se halla en nuestro propio corazón y nos revela a Dios.

Por desgracia, las fuerzas mundanas que pretenden forjar al hombre moderno eliminan metódicamente el silencio.

No dudo al afirmar que los falsos sacerdotes de la modernidad que entablan cierta forma de combate con el silencio han perdido la batalla. Porque se puede seguir en silencio en medio de los mayores desórdenes, de la agitación más abyecta; en medio de la algarabía y los aullidos de esas máquinas infernales que invitan al funcionalismo y al activismo arrancándonos de toda dimensión trascendente y de toda vida interior.

—Para muchos místicos la fecundidad del silencio y la soledad es semejante a la de la palabra pronunciada en la creación del mundo. ¿Cómo explica usted este gran misterio?

7. – La palabra no es solamente un sonido: es una persona y es una presencia. Dios es la palabra eterna, el *logos*. Eso es lo que afirma san Juan de la Cruz en sus *Avisos espirituales* cuando escribe: «Una palabra habló el Padre, que fue su Hijo, y esta habla siempre en eterno silencio, y en silencio ha de ser oída del alma». El libro de la Sabiduría incoa esta misma interpretación cuando se refiere a la manera en que Dios interviene para liberar al pueblo elegido de su cautividad en Egipto. Esta acción inolvidable tuvo lugar durante la noche: «Cuando un sereno silencio lo envolvía todo y la noche estaba a la mitad de su curso, tu omnipotente Palabra desde los tronos reales se lanzó» (*Sb* 18, 14-15). Más tarde, la tradición litúrgica cristiana entenderá este versículo como una prefiguración de la Encarnación silenciosa del Verbo eterno en el

portal de Belén. El himno de la Presentación del Señor en el templo canta también este Advenimiento: «Esto que comienza aquí sin ruido, la ofrenda del grano por el fruto, ¿quién de nosotros lo puede comprender?». En sus *Homilías sobre el evangelio de san Mateo*, san Juan Crisóstomo no duda en recomendar encarecidamente: «Vemos que Jesús ha salido de nosotros y de nuestra sustancia humana, y que ha nacido de Madre virgen: pero no entendemos cómo puede haberse realizado ese prodigio. No nos cansemos intentando descubrirlo: aceptemos más bien con humildad lo que Dios nos ha revelado, sin escudriñar con curiosidad en lo que Dios nos tiene escondido. Acojámoslo en el silencio de la fe».

8. – Dios lo hace todo, actúa en cualquier circunstancia y obra todas nuestras transformaciones interiores. Pero solo si le esperamos en el recogimiento y el silencio.

Es en el silencio, y no en el tumulto ni en el ruido, cuando Dios penetra en las profundidades más íntimas de nuestro ser. En *Quiero ver a Dios*, el padre Marie-Eugène escribía elocuentemente: «Nos sorprende esta ley divina. ¡Va tan en contra de nuestra experiencia de las leyes naturales del mundo! Aquí, en la tierra, toda transformación profunda, todo cambio exterior produce cierta agitación y se hace en el bullicio. El río no podría alcanzar el océano, que es su meta, más que por el movimiento de sus aguas, que se dirigen a él rumorosas». Si nos fijamos en las grandes obras, en las acciones más poderosas, en las transformaciones interiores más extraordinarias y espléndidas que Dios obra en el hombre, no cabe sino constatar que trabaja en silencio. El bautismo obra una maravillosa creación en el alma del niño o del adulto que recibe este sacramento en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Al nuevo bautizado se le sumerge dentro del nombre de la Trinidad, se le inserta en el Dios Trinitario. Se le concede una

nueva vida que le permite llevar a cabo los actos divinos de los hijos de Dios. Nosotros escuchamos las palabras del sacerdote: *Yo te bautizo...*, vemos correr el agua por la cabeza del niño; pero de esa inmersión en la vida íntima de la Trinidad, de la gracia y de la creación que requiere nada menos que la acción personal y omnipotente de Dios, no hemos visto nada. Dios ha pronunciado su Verbo en el alma en silencio. En esa misma oscuridad silenciosa suelen acontecer los sucesivos desarrollos de la gracia.

9. – En junio de 2012, durante una espléndida *lectio divina* celebrada en la basílica de San Juan de Letrán, Benedicto XVI explicó la realidad y el profundo sentido del bautismo: «Hemos escuchado que las últimas palabras del Señor a sus discípulos en esta tierra fueron: *Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (Mt 28, 19)*. Haced discípulos y bautizad (...). ¿Por qué es necesario estar bautizados? Una primera puerta se abre si leemos atentamente estas palabras del Señor. La elección de la palabra “en el nombre del Padre” en el texto griego es muy importante: el Señor dice “*eis*” y no “*en*”, es decir, no *en nombre* de la Trinidad, como nosotros decimos que un viceprefecto habla *en nombre* del prefecto, o un embajador habla *en nombre* del Gobierno. No; dice: *eis to onoma*, o sea, una inmersión en el nombre de la Trinidad, ser insertados en el nombre de la Trinidad, una inter-penetración del ser de Dios y de nuestro ser, un ser inmerso en el Dios Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, como en el matrimonio, por ejemplo, dos personas llegan a ser una carne, convirtiéndose en una nueva y única realidad, con un nuevo y único nombre (...). Estar bautizados quiere decir estar unidos a Dios; en una existencia única y nueva pertenecemos a Dios, estamos inmersos en Dios mismo».

Ocurre lo mismo en la ordenación sacerdotal. En silencio, por

medio del sacramento del orden un hombre se convierte no solo en *Alter Christus*, otro Cristo, sino más bien en *Ipse Christus*, el mismo Cristo. En ese momento, exteriormente no vemos nada; pero en el silencio, en lo hondo del ser, se opera una identificación con Cristo auténtica y real. En su *Tratado sobre los misterios* san Ambrosio nos exhorta así: «Viste allí a los diáconos, los presbíteros, el obispo. No pienses solo en lo visible de estas personas, sino en la gracia de su ministerio». Exteriormente, los sacerdotes seguimos siendo miserables pecadores; pero, en realidad, somos «transustanciados» y configurados con el propio Cristo. En el acto de la transustanciación el sacerdote desempeña el papel de Cristo.

10. – La transustanciación del pan y del vino en el cuerpo y la sangre de Cristo, que es la transformación más increíble y prodigiosa, sucede en medio del silencio sagrado más sublime. Escuchamos al sacerdote pronunciar las palabras de la consagración, pero el prodigio de la transustanciación tiene lugar de forma imperceptible, como todas las obras de Dios más espectaculares. El silencio es la ley de los planes divinos.

11. – El ser de Dios se halla presente en nosotros desde siempre en un silencio absoluto. Y su propio silencio permite al hombre relacionarse con la Palabra que habita en el fondo de su corazón. Por eso en el desierto no hablamos. Escuchamos en silencio: el hombre entra en el silencio que es Dios.

—¿Cómo definir el silencio en su acepción más sencilla, es decir, el silencio de la vida diaria? Según el diccionario, el silencio es «la actitud del que se abstiene de hablar». Designa «la falta de ruido, de agitación, el estado de un lugar en el que no se

percibe ningún sonido». ¿El silencio solo puede definirse mediante la negación? La ausencia de palabras, de ruido, de sonidos ¿es siempre silencio? Y, por otra parte, ¿no resulta paradójico intentar «hablar» del silencio en la vida diaria?

12. – El silencio no es una ausencia; al contrario: se trata de la manifestación de una presencia, la presencia más intensa que existe. El descrédito que la sociedad moderna atribuye al silencio es el síntoma de una enfermedad grave e inquietante. En esta vida lo verdaderamente importante ocurre en silencio. La sangre corre por nuestras venas sin hacer ruido, y solo en el silencio somos capaces de escuchar los latidos del corazón.

13. – El 4 de julio de 2010, en una homilía dedicada al octavo centenario del nacimiento del papa Celestino V, Benedicto XVI insistía con gravedad en el hecho de que «vivimos en una sociedad en la que cada espacio, cada momento, parece que deba *llenarse* de iniciativas, de actividades, de ruidos; con frecuencia ni siquiera hay tiempo para escuchar y para dialogar. No tengamos miedo de hacer silencio fuera y dentro de nosotros si queremos ser capaces no solo de percibir la voz de Dios, sino también la voz de quien está a nuestro lado, la voz de los demás». Tanto Benedicto XVI como Juan Pablo II han dotado al silencio de una dimensión positiva. En realidad, aunque se asocia a la soledad y el desierto, el silencio no significa en absoluto el repliegue en uno mismo, ni un vacío o un mutismo, al igual que la verdadera palabra no es mera cháchara: es una condición para hacerse presente a Dios, al prójimo y a uno mismo.

¿Cómo podemos entender bien el silencio exterior? «Dios es amigo del silencio. Mira cómo la naturaleza, los árboles, las flores, la hierba crecen en silencio; mira las estrellas, la luna y el sol, cómo se mueven, en silencio», dijo poéticamente santa Teresa de Calcuta

en su discurso de recepción del Premio Nobel de la Paz en 1979.

14. – Para captar el carácter tan sumamente valioso del silencio en la vida diaria, resulta muy elocuente el episodio de la visita de Jesús a Marta y María recogido por san Lucas (*Lc* 10, 38-42): «Marta, Marta, tú te preocupas y te inquietas por muchas cosas». Jesús no le reprocha a Marta su ajetreo en la cocina –había que comer–, sino su actitud interior de disipación reflejada en el enfado con su hermana. Desde Orígenes, algunos comentaristas han tenido tendencia a intensificar el contraste entre las dos mujeres, hasta el punto de ver en ellas la imagen de una vida activa demasiado dispersa frente a la de la vida contemplativa vivida en el silencio, la escucha y la oración interior. No obstante, da la impresión de que, en realidad, Jesús está trazando los contornos de una pedagogía espiritual: tenemos que procurar siempre ser María antes de convertirnos en Marta; de otra manera, corremos el riesgo de enfangarnos en un activismo y una agitación cuyas desagradables consecuencias nos ofrece con bastante claridad el relato evangélico: el pánico, el temor a trabajar en solitario, una actitud interior disipada, el enfado de Marta con María, el sentimiento de que Dios nos deja solos sin intervenir de un modo eficaz. Por eso le dice Jesús a Marta: «María ha escogido la mejor parte». Le recuerda la importancia de moderar y acallar su alma (cfr. *Sal* 131, 2) para permanecer a la escucha de su corazón. Cristo la invita con ternura a detenerse para volverse hacia su propio corazón, lugar de auténtica acogida y morada de la ternura silenciosa de Dios, de la que la había alejado la actividad a la que se entregaba de forma ruidosa. Toda acción debe ir precedida de una intensa vida de oración, de contemplación, de búsqueda y escucha de la voluntad de Dios.

En su carta apostólica *Novo millennio ineunte* escribe Juan

Pablo II: «Es importante que lo que nos proponamos, con la ayuda de Dios, esté fundado en la contemplación y en la oración. El nuestro es un tiempo de continuo movimiento, que a menudo desemboca en el activismo, con el riesgo fácil del *hacer por hacer*. Tenemos que resistir a esta tentación, buscando *ser* antes que *hacer*». Ese es el íntimo e inalterable deseo del monje. Pero es también la aspiración más profunda de toda persona que busca al Padre Eterno. Porque el hombre solo puede encontrar a Dios de verdad en el silencio y la soledad interior y exterior.

15. – Cuanto más nos revestimos de gloria y honores, cuanto mayor es nuestra dignidad, cuanto más investidos estamos de responsabilidades públicas, de prestigio y de cargas temporales como laicos, sacerdotes u obispos, más necesidad tenemos de avanzar en la humildad y de cultivar cuidadosamente la dimensión sagrada de nuestra vida interior, procurando constantemente ver el rostro de Dios en la oración, la meditación, la contemplación y la ascesis. Puede ocurrir que un sacerdote bueno y piadoso, una vez elevado a la dignidad episcopal, caiga enseguida en la mediocridad y el deseo de triunfar en los asuntos mundanos. Abrumado por el peso de las funciones de que está investido, movido por el deseo de hacerse ver, preocupado por su poder, su autoridad y las necesidades materiales de su cargo, se va ahogando poco a poco. Tanto él como sus obras manifiestan el deseo de ascender, el anhelo de prestigio y una degradación espiritual. A él y al rebaño del que le ha hecho guardián el Espíritu Santo con el fin de que apaciente a la Iglesia de Dios les hace mucho daño que compre a Dios con la sangre de su propio Hijo. Todos corremos el peligro de dejarnos monopolizar por los asuntos y los afanes mundanos si descuidamos la vida interior, la oración, la meditación, el cara a cara diario con Dios, la ascesis que necesitan todo contemplativo y toda persona que quiera ver al Padre Eterno y vivir con Él.

16. – Recordemos lo que escribía san Gregorio Magno en una carta dirigida a Teoctista, hermana del emperador bizantino Flavio Mauricio Tiberio, que aparece recogida en el *Registrum Epistolarum*. Víctima de la tensión entre la vida monástica y su carga pontificia, con todo lo que esta conllevaba de responsabilidades sociales y políticas, hablaba con amargura de sus dificultades para armonizar la contemplación y la acción: «He perdido las grandes alegrías de mi quietud y, cuanto más me hundo interiormente, más arriba parezco exteriormente. Y sufro de verme apartado del rostro de mi Creador. Me he esforzado día a día por vivir lejos del mundo, lejos de la carne, por apartar de los ojos de mi alma todas las imágenes corporales y contemplar las alegrías del Cielo (...). He corrido a sentarme a los pies del Señor junto a María, a atrapar las palabras de su boca, y ahora me veo obligado a ocuparme de tareas externas junto a Marta, a ir de tarea en tarea (...). “Los derribaste cuando se levantaban” (*Sal 72, 18*). No dijo: *Los derribaste después de que se levantaran*, sino *cuando se levantaban*, porque todos los malvados caen interiormente cuando, colmados de honores temporales, por fuera parecen ascender. Su ascenso es la causa de su ruina. No obstante, hay muchos hombres que saben dominar estos ascensos exteriores sin que provoquen en ellos ningún hundimiento interior. Por eso escribe: “Dios no desprecia a los poderosos, porque Él es poderoso” (*Jb 36, 5*)».

San Gregorio hace hincapié en la contradicción que está viviendo: desea armonizar la vida contemplativa y la vida activa, simbolizadas en Marta y María. La fuerte tensión entre el silencio, la paz monástica y sus nuevas cargas temporales solo puede resolverse intensificando la vida interior y la estrecha relación con Dios.

17. – En el mismo sentido, comentando a san Lucas, en la carta

que san Bruno escribe a Raúl le Verd le dice con la delicadeza que le caracteriza: «¡Cuánta utilidad y gozo divino traen consigo la soledad y el silencio del desierto a quien los ama! Solo lo conocen quienes lo han experimentado. Aquí pueden los hombres esforzados recogerse en su interior cuanto quieran, morar consigo, cultivar sin cesar los gérmenes de las virtudes y alimentarse felizmente de los frutos del paraíso. Aquí se adquiere aquel ojo limpio, cuya serena mirada hiere de amores al Esposo y cuya limpia puridad permite ver a Dios. Aquí se vive un ocio activo, se reposa en una sosegada actividad. Aquí concede Dios a sus atletas, por el esfuerzo del combate, la ansiada recompensa: la paz que el mundo ignora y el gozo en el Espíritu Santo. Esta es aquella *parte mejor* que eligió María y nunca le será quitada.

»¡Ojalá, hermano carísimo, la amases tú por encima de todo y al calor de sus abrazos te inflamases en el amor divino! Si su llama prendiese una vez en tu alma, pronto te haría despreciar la gloria del mundo con toda su halagadora y falsa seducción. No sentirías ninguna dificultad en abandonar las riquezas, fuente de preocupaciones y pesada carga para el alma, sino que más bien experimentarías verdadero fastidio por los placeres, tan nocivos al cuerpo como al alma. ¿Qué mayor perversidad, en efecto, qué más contrario a la razón, a la justicia y a la misma naturaleza que amar más a la criatura que al Creador, correr tras lo perecedero, olvidando lo eterno, y anteponer los bienes terrenos a los celestiales? Porque, ¿qué hay tan justo y tan útil, qué hay tan innato y conforme con la naturaleza humana como amar el bien? ¿Y qué mayor bien que Dios? Más aún, ¿existe algún otro bien fuera de Dios? Así pues, el alma santa con alguna experiencia del atractivo, esplendor y hermosura incomparable del tal bien, arde en la llama del amor y exclama: “siento sed del Dios fuerte y vivo, ¿cuándo iré a ver el rostro del Señor?”».

Es el deseo de ver a Dios lo que nos empuja a amar la soledad y el silencio. Porque Dios habita el silencio. Se envuelve en el silencio.

Esta experiencia de una vida interior y de un amor vivido en intimidad con Dios ha seguido siendo imprescindible en cualquier época para encontrar la verdadera felicidad.

18. – Para definir los contornos de nuestras acciones futuras conviene hacer silencio a diario. La vida contemplativa no es el único estado en el que el hombre tiene que esforzarse para dejar su corazón en silencio.

En la vida diaria, sea profana, civil o religiosa, es necesario el silencio exterior. En *El signo de Jonás*, Thomas Merton escribía: «Su necesidad es especialmente patente en este mundo tan lleno de ruido y de necias palabras. Hace falta silencio para protestar y reparar la destrucción y los estragos provocados por el *pecado* del ruido. Es cierto que el silencio no es una virtud, ni el ruido un pecado, pero el tumulto, la confusión y el ruido constantes de la sociedad moderna o de ciertas liturgias eucarísticas africanas son la expresión de la atmósfera de sus pecados más graves, de su impiedad, de su desesperación. Un mundo de propaganda, de debates interminables, de invectivas, de críticas, o de mero parloteo, es un mundo en que la vida no merece la pena ser vivida. La misa se convierte en un jaleo confuso, las oraciones en un ruido exterior o interior: la repetición apresurada y maquinal del rosario.

»El oficio divino recitado sin recogimiento, sin entusiasmo ni fervor, o de manera irregular y esporádica, entibia el corazón y mata la virginidad de nuestro amor a Dios. Poco a poco nuestro ministerio sacerdotal puede convertirse en el trabajo de un pocero que horada pozos de agua muerta. Viviendo en un mundo de ruido

y superficialidad decepcionamos a Dios y no somos capaces de escuchar la tristeza y las quejas de su corazón. Así dice Yahvé: “Me acuerdo de ti, del cariño de tu juventud, del amor de tu desposorio, cuando me seguías por el desierto, por tierra sin sembrar (...). Mi pueblo ha cometido dos males: me abandonaron a mí, fuente de aguas vivas, y se cavaron aljibes, aljibes agrietados, que no retienen el agua” (*Jr* 2, 2.13).

»Si bien es cierto que tenemos que saber soportar el ruido y proteger extraordinariamente nuestra vida interior en medio de la agitación –continúa Thomas Merton–, no es menos cierto que no conviene resignarse a vivir en una comunidad constantemente agobiada por la actividad e inundada por el ruido de las máquinas, de la publicidad, de la radio y de la televisión, que no paran de hablar. ¿Qué hay que hacer? Quienes aman a Dios tienen que procurar preservar o crear una atmósfera en la que poder encontrarle. En los hogares de los cristianos ha de haber sosiego, porque tanto sus cuerpos como sus casas son templos de Dios. Si hace falta, eliminad la televisión; no todos, pero sí los que se toman en serio esta clase de cosas (...). Que quienes quieren silencio se unan a otros que compartan sus gustos y se ayuden entre ellos a hacer reinar el silencio y la paz. Que acostumbren a sus hijos a no gritar. Los niños son silenciosos por naturaleza, siempre que se les deje en paz, porque si se les enerva desde la cuna se convertirán en ciudadanos de un Estado donde todo el mundo grita. Facilitad a la gente lugares a los que retirarse para estar tranquilos, para relajar su espíritu y su corazón en presencia de Dios: capillas en el campo y en la ciudad, salas de lectura, ermitas. Casas donde puedan hacer retiros sin un bombardeo constante de “ejercicios” ruidosos: hasta las oraciones del viacrucis las decimos a gritos; cuando celebramos el misterio de la muerte de Cristo por nuestros pecados, gritamos igual que la muchedumbre alterada e impía de Jerusalén envenenada por los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del

pueblo.

»Para muchos –concluye el trapense– abandonar esas fuentes de ruido sería la manifestación de una importante renuncia y de una hermosa disciplina: comprenden que necesitan silencio, pero no se atreven a sumergirse en él por miedo a quienes tienen al lado».

La sociedad moderna ya no puede prescindir de la dictadura del ruido, que nos adormece sumergiéndonos en la ilusión de una falsa democracia mientras nos arranca la libertad con la violencia sutil del demonio, padre de la mentira: «Si vosotros permanecéis en mi palabra, sois en verdad discípulos míos, conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres» (*Jn 8, 31-32*).

19. – El silencio interior pone fin a los juicios, a las pasiones y los deseos. Una vez poseamos el silencio interior, podremos llevarlo con nosotros al mundo y orar en todas partes. Pero, igual que el ascetismo interior no puede lograrse sin mortificaciones concretas, es absurdo hablar de silencio interior sin silencio exterior.

En el silencio, cada uno de nosotros halla una exigencia. El hombre domina el tiempo de la acción si sabe entrar en el silencio. La vida de silencio tiene que preceder a la vida activa.

20. – El silencio de la vida diaria es condición indispensable para vivir con los demás. Sin capacidad de silencio es imposible que el hombre entienda su propio entorno, que lo ame y lo asuma. La caridad nace del silencio. Nace de un corazón silencioso capaz de escuchar, de comprender y acoger. El silencio es una condición de la alteridad y una necesidad para entenderse a uno mismo. Sin silencio no hay descanso, ni serenidad, ni vida interior. El silencio

es amistad y es amor, es armonía interior y paz. El silencio y la paz laten con un solo corazón.

El ruido de la cotidianeidad siempre despierta en el hombre cierta agitación. Nunca es sereno ni lleva a comprender al otro. ¡Cuánta razón tenía Pascal cuando escribió: «Toda la desdicha de los hombres proviene de una sola causa: no saben permanecer en reposo, en un cuarto»!

En el nivel exclusivamente físico, el hombre solo puede hallar reposo en el silencio. Las cosas más hermosas de la vida tienen lugar en el silencio. Somos capaces de leer o escribir cuando tenemos silencio.

Es imposible imaginar ni por un instante una vida de oración al margen del silencio.

21. – ¿Cómo se puede hallar el silencio hoy en día, en un mundo ajetreado y ultratecnificado? El ruido cansa y tenemos la sensación de que el silencio se ha vuelto un oasis inalcanzable. ¿Cuántos se ven obligados a trabajar entre un fárrago de cosas que les angustia y los deshumaniza? Las ciudades se han convertido en infiernos ruidosos en los que ni siquiera a la noche se le ahorran las agresiones sonoras.

Sin ruido, el hombre posmoderno cae en una inquietud sorda y lacerante. Está acostumbrado a un ruido de fondo constante que le aturde y le proporciona consuelo.

Sin ruido, el hombre está destemplado, febril, perdido. El ruido, como una droga de la que se hubiera hecho dependiente, le da seguridad. Con su apariencia festiva, es un torbellino que impide mirarse a la cara. La agitación se convierte en un tranquilizante, un

sedante, una bomba de morfina, una forma de sueño, de onirismo inconsistente. Ese ruido, sin embargo, es una medicina peligrosa e ilusoria, una mentira diabólica que impide al hombre enfrentarse a su vacío interior. El despertar solo puede ser brutal.

22. – En *Je veux voir Dieu* [Quiero ver a Dios], el padre Marie-Eugène escribe: «Nosotros vivimos en la fiebre del movimiento y de la actividad. El mal no está solamente en la organización de la vida moderna, en la prisa que esa vida impone a nuestros actos, en la rapidez y facilidad que esa misma vida garantiza a nuestros desplazamientos. Hay un mal más profundo que se encuentra en la fiebre y en el nerviosismo de los temperamentos. Ya no se sabe esperar ni estar en silencio. Y, sin embargo, parece que se busca el silencio y la soledad; se abandona el ambiente familiar para buscar nuevos horizontes, otra atmósfera. Frecuentemente no es más que para divertirse con nuevas impresiones. Cualesquiera que sean los cambios de los tiempos, Dios permanece el mismo: *Tu autem idem Ipse es*, y siempre en el silencio pronuncia su Verbo y el alma en él ha de recibirlo. La ley del silencio se nos impone como a santa Teresa. La fiebre y el nerviosismo del temperamento moderno la hacen más imperiosa y nos obligan a un esfuerzo más enérgico para respetarla y someternos a ella».

Los sonidos y las pasiones nos apartan de nosotros mismos, mientras que el silencio siempre obliga al hombre a interrogarse sobre su propia vida.

23. – La humanidad tiene que adoptar alguna medida de resistencia. ¿Qué será de nuestro mundo si no busca espacios de silencio? El reposo interior y la armonía solo pueden derivar del silencio: sin él no existe la vida. Los mayores misterios del mundo nacen y crecen en el silencio. ¿Cómo se desarrolla la naturaleza? En

el silencio más absoluto. Un árbol crece en silencio y los manantiales de agua brotan del silencio de la tierra. El sol que se alza sobre la tierra, deslumbrante y grandioso, nos da calor en silencio. Lo extraordinario siempre es silencioso.

El niño crece en silencio en el vientre de su madre. Cuando un recién nacido duerme en la cuna, a sus padres les gusta mirarlo con la mirada, sin decir nada, para no despertarlo: es un espectáculo que solo se puede contemplar en silencio, maravillados ante el misterio del hombre en su pureza original.

24. – Las maravillas de la creación son silenciosas y solo podemos admirarlas en silencio. También el arte es fruto del silencio. ¿Hay otra forma de contemplar un cuadro o una escultura, la belleza de un color o la proporción de una forma, que no sea en silencio? La buena música se escucha en silencio. El asombro, la admiración y el silencio están conectados. La música vulgar y de mal gusto se interpreta en medio del barullo, los alaridos, el alboroto y una agitación diabólica y extenuante. No se escucha: ensordece al hombre, lo embriaga de vacío, de confusión y de desesperanza.

No experimentamos los mismos sentimientos, la misma pureza, la misma elegancia, la misma elevación del espíritu y del alma cuando escuchamos en silencio a Mozart, Berlioz, Beethoven o el canto gregoriano. Entonces el hombre entra en una dimensión sagrada y en una liturgia celestial, en el umbral de la misma pureza. Esta música, gracias a su carácter expresivo, a su capacidad de convertir las almas, hace vibrar el corazón del hombre al unísono con el de Dios. Es una música que recupera su sacralidad y su origen divino.

Según dom Mocquereau, monje benedictino de la abadía de

Solesmes, «Platón nos ha dejado una definición de la música admirable: es el arte que, ajustando la voz, se inserta en el alma y le inspira el gusto por la virtud. Para él, la melodía más bella es la que expresa con mayor perfección las buenas cualidades del alma. Las musas, añadía, nos han dado la armonía cuyos movimientos no se asemejan a los de nuestras almas para servir a frívolos placeres, sino para ayudarnos a dominar conforme a ella los movimientos desordenados de nuestra alma; como nos han dado también el ritmo para remodelar las formas desprovistas de medida y de gracia de la mayoría de los hombres. Esta es la sublime visión que los griegos tenían de la música».

25. – Los sentimientos que brotan de un corazón silencioso se expresan en la armonía y el silencio. Las cosas importantes de la existencia humana se viven en el silencio, bajo la mirada de Dios.

El silencio es la mayor libertad del hombre. Ninguna dictadura, ninguna guerra, ninguna barbarie pueden privar de este tesoro divino.

—Escuchándole se entiende que, aunque el silencio puede consistir en la ausencia de palabras, es ante todo la actitud del que escucha. Escuchar es acoger al otro en el corazón. ¿No dice Salomón en el primer libro de los Reyes (3, 5-15): «dame, Señor, un corazón que escuche»? No pide riquezas, ni la vida de sus enemigos, ni poder, sino un corazón silencioso para oír a Dios.

26. – El rey Salomón pide a Dios ser un hombre silencioso, es decir, un verdadero hijo de Dios. No quiere riquezas, ni gloria, ni la victoria sobre el enemigo, sino un corazón que escuche. El mundo moderno, en un movimiento inverso, transforma al que escucha en un ser inferior. Con fatídica arrogancia, la modernidad enaltece al

hombre embriagado de imágenes y de eslóganes estridentes, matando al hombre interior.

27. – La regla del Carmelo ordena: «Evítese con cuidado el mucho hablar; porque (...) en el mucho hablar no faltará pecado». En efecto, el apóstol Santiago enseña la importancia de la mortificación de la lengua: «Si alguno no peca de palabra, ese es un hombre perfecto, capaz también de refrenar su cuerpo. Si ponemos freno en la boca a los caballos para que nos obedezcan, dirigimos todo su cuerpo. Mirad también las naves: aunque sean tan grandes y las empujen vientos fuertes, un pequeño timón las dirige adonde quiere la voluntad del piloto. Del mismo modo, la lengua es un miembro pequeño, pero va presumiendo de grandes cosas. ¡Mirad qué poco fuego basta para quemar un gran bosque! Así también la lengua es un fuego, un mundo de iniquidad; es ella, de entre nuestros miembros, la que contamina todo el cuerpo y, encendida por el infierno, inflama el curso de nuestra vida desde el nacimiento. Todo género de fieras, aves, reptiles y animales marinos puede domarse y de hecho ha sido domado por el hombre; sin embargo, ningún hombre es capaz de domar su lengua. Es un mal siempre inquieto y está llena de veneno mortífero. Con ella bendecimos a quien es Señor y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, hechos a semejanza de Dios. De la misma boca salen la bendición y la maldición. Esto, hermanos míos, no debe ser así» (St 3, 2-10).

Santiago compara la lengua con el timón de una nave. Un pedazo de madera permite guiar toda la embarcación. El hombre que domina su lengua controla su vida, como el marinero domina la nave. Y al contrario: el hombre que habla demasiado es un navío borracho. Sí: la palabrería, esa tendencia malsana a exteriorizar todos los tesoros del alma exhibiéndolos a tiempo y a destiempo,

hace mucho daño a la vida espiritual. Su movimiento parte en dirección inversa a la de la vida espiritual que se interioriza y profundiza constantemente para acercarse a Dios. Arrastrado hacia afuera por la necesidad de contarlo todo, el charlatán se halla lejos de Dios y de cualquier actividad profunda. Toda su vida recorre sus labios y se vierte en torrentes de palabras que llevan consigo los frutos cada vez más pobres de su pensamiento y su alma. No le queda tiempo para recogerse, para pensar, para vivir en profundidad. Con la agitación que crea en torno a él, impide a los demás el trabajo y el recogimiento fecundos. El charlatán, vano y superficial, es un ser peligroso. La costumbre tan extendida hoy de testimoniar en público gracias divinas concedidas en lo más íntimo del hombre, lo expone a la superficialidad, a la autoviolación de la amistad interior con Dios y a la vanidad.

28. – Tenemos que aprender, dice Thomas Merton, que «la inviolabilidad de nuestro santuario espiritual, del centro de nuestra alma, depende de nuestra discreción. La discreción es el complemento intelectual de una intención pura de guardar en secreto, también para uno mismo, todo lo bueno. Si queremos encontrar a Dios en el fondo de nuestra alma, hay que dejar fuera el mundo entero, incluidos nosotros mismos». Si queremos encontrar a Dios en nuestra alma y quedarnos ahí con Él, es desastroso intentar comunicárselo a los demás tal y como le vemos. Podremos hacerlo después, con la gracia que Él nos concede en silencio y con el resplandor y la transparencia de nuestra vida.

El verdadero testimonio lo damos con el ejemplo silencioso, puro y radiante de nuestra vida.

29. – Hoy la palabra fácil y la imagen vulgar son las dueñas de muchas vidas. Tengo la sensación de que el hombre moderno no

sabe detener el flujo ininterrumpido de palabras sentenciosas, falsamente morales, y el deseo bulímico de iconos adulterados.

El silencio de los labios parece algo imposible para el hombre de Occidente. También los medios de comunicación tientan a las sociedades africanas y asiáticas empujándolas a perderse en una jungla superabundante de palabras, imágenes y ruidos. Las pantallas luminosas necesitan un alimento pantagruélico para distraer a la humanidad y destruir las conciencias. El hecho de callar reviste la apariencia de debilidad, ignorancia o falta de voluntad. En el régimen moderno el hombre silencioso se convierte en aquel que no sabe defenderse. Es un sub-hombre. El hombre que se dice fuerte es, por el contrario, un ser de palabras. Arrasa y ahoga al otro en el torrente de su discurso.

30. – El hombre silencioso ya no es signo de contradicción: es solo un hombre que sobra. El que habla posee importancia y valor, mientras que el que calla solamente recibe poca consideración. El hombre silencioso queda reducido a la nada. El simple hecho de hablar aporta valor. ¿Que las palabras no tienen sentido? No importa, el ruido ha adquirido la nobleza que antes poseía el silencio.

Al hombre que habla se le aplaude; el silencioso es un pobre mendigo hacia el que ni siquiera merece la pena alzar la mirada.

31. – Nunca dejaré de dar las gracias a los sacerdotes buenos y santos que entregan generosamente la vida entera por el reino de Dios. Pero denunciaré sin descanso a los que son infieles a las promesas de su ordenación. Para darse a conocer o para imponer su propia visión, tanto en el plano teológico como en el pastoral, hablan y hablan sin parar. Son clérigos que repiten las mismas

banalidades. No podría asegurar que Dios habite en ellos. ¿Quién es capaz de descubrir en el desbordamiento de su interioridad una fuente nacida de las profundidades divinas? Pero ellos hablan, y a los medios les gusta escucharles para hacerse eco de sus necesidades, sobre todo si se manifiestan a favor de las nuevas ideologías posthumanistas en materia de sexualidad, familia y matrimonio. Para estos clérigos, la idea que Dios tiene de la vida conyugal es un *ideal evangélico*. El matrimonio ya no es una exigencia y un querer de Dios cuyo modelo está expresado en el vínculo nupcial entre Cristo y la Iglesia. La presunción y la arrogancia de algunos teólogos les lleva incluso a exponer opiniones personales difícilmente conciliables con la Revelación, la tradición, el magisterio multiseccular de la Iglesia y la enseñanza de Cristo. Y así, poderosamente respaldados por el ruido mediático, llegan incluso a cuestionar el pensamiento de Dios.

¿No se habrán hecho realidad las palabras proféticas de Pablo VI citadas por Jean Guittou en su libro *Pablo VI secreto*? «Hay un gran descontento en este momento en la Iglesia y lo que están cuestionando es la fe (...). Lo que me alarma cuando reflexiono sobre el mundo católico es que en el interior del catolicismo parece dominar a veces un pensamiento de tipo no católico y puede llegar a ocurrir que este pensamiento no católico en el interior del catolicismo se convierta mañana en el más fuerte, pero nunca representará el pensamiento de la Iglesia. Es necesario que subsista un pequeño rebaño, por pequeño que sea».

Urge volver a escuchar la voz de san Pablo en su segunda carta a los corintios: «Porque no somos como tantos otros que adulteran la palabra de Dios, sino que con sinceridad, como de parte de Dios y delante de Dios, hablamos en Cristo». «Por eso, teniendo este ministerio por la misericordia que se nos hizo, no desfallecemos (...), no procediendo con astucia ni falsificando la palabra de Dios,

sino recomendándonos a nosotros mismos ante toda conciencia humana por la manifestación de la verdad delante de Dios» (2 Co 2, 17 y 4, 1-4).

San Ignacio de Antioquía pedía a los sacerdotes que exhortaran a los cristianos a correr «todos a una con el pensamiento y sentir de Dios, pues Jesucristo, vivir nuestro del que nada ha de ser capaz de separarnos, es el pensamiento del Padre, al modo que también los obispos, establecidos por los confines de la tierra, están en el pensamiento y sentir de Jesucristo». Todos los obispos tienen la grave responsabilidad de ser y representar el pensamiento de Cristo. Los que extravían a las ovejas que Jesús les ha confiado serán implacable y severamente juzgados por Dios.

32. – En su carta a los efesios, san Ignacio habla con mucha severidad del silencio y la fidelidad a la doctrina. «Es mejor guardar silencio y ser, que hablar y no ser. Es bueno enseñar, si el que habla lo practica. Ahora bien, hay un maestro que habló y lo que dijo sucedió; sí, e incluso las cosas que hizo en silencio son dignas del Padre. El que posee la palabra de Jesús es capaz de prestar atención a su silencio, para que pueda ser hecho perfecto; para que por medio de su palabra pueda actuar y por medio de su silencio pueda ser conocido. No hay nada escondido del Señor, sino que incluso nuestros secretos están cerca de Él. Hagamos todas las cosas considerando que Él vive en nosotros, para que podamos ser sus templos, y Él mismo pueda estar en nosotros como nuestro Dios. Esto es así, y será manifestado a nuestra vista por el amor que debidamente le tenemos a Él. No nos engañemos, hermanos. Los que corrompen las familias no van a heredar el reino de Dios. Así pues, si a los que hacen estas cosas según la carne se les da muerte, cuánto más si un hombre, con mala doctrina, corrompe la fe de Dios por la cual Jesucristo fue crucificado. Este hombre,

habiéndose corrompido a sí mismo, irá al fuego que nunca se apaga; y lo mismo irán los que le escuchan y hacen caso de él».

33. – Hoy hay muchas personas ebrias de palabras, personas constantemente agitadas, incapaces de callar y de respetar a los demás. Han perdido el sosiego y la dignidad. El sabio Ben Sirac recomienda a menudo la sobriedad, la prudencia y las buenas maneras cuando estamos en sociedad. Para no dañar nuestra alma ni la de los demás, para que nuestra conducta o nuestras palabras no nos lleven a graves caídas, son necesarias la medida y la moderación. Y le preocupa de un modo especial nuestra actitud en las comidas. «Gozo del corazón y alegría y deleite del alma es el vino bebido a tiempo y con medida (...). El vino bebido en exceso es amargura del alma, y también provocación y ruina. La embriaguez aumenta la ira del necio hasta caer, disminuye las fuerzas y produce heridas» (*Si 31, 36.39-40*). La respuesta de san Alberto de Jerusalén, autor de la regla del Carmelo, es clara. Para evitar caer es preciso guardar silencio y confiar en la sabiduría, las inspiraciones y la acción silenciosa de Dios. No hay que «ultrajar al Espíritu de la gracia». La conquista del silencio posee el acre sabor de las batallas ascéticas, pero Dios ha querido ese combate asequible para el hombre.

34. – Si el silencio no la precede, la palabra corre el serio peligro de ser más bien un parloteo inútil. «En la serenidad y la confianza estará vuestra fuerza», dice Isaías (*Is 30, 15*). El profeta reprocha al pueblo de Israel su activismo idólatra, su efervescente pasión política, hecha de alianzas de intereses o de estrategia militar, unas veces con Egipto, otras con Asiria. El pueblo de Israel ya no confía en Dios. Isaías llama a la conversión, a la calma y la serenidad. El silencio actúa en connivencia con la fe en Dios. Hay que dejar a un lado el nerviosismo y las falsas excusas y arrojarse

silenciosamente en brazos de Dios. La esperanza y la fuerza del hombre residen en su silenciosa apuesta por Dios. Pero los hombres de la antigüedad no escucharon a Isaías. Para huir a Egipto confiaron en los carros, los caballos y el poder militar egipcio. Fue una estrepitosa locura que condujo al caos. El pueblo elegido tendría que haber puesto su vida solamente en manos de Dios y guardar silencio. Nuestro porvenir está en sus manos, y no en la ruidosa locura de las negociaciones humanas, por útiles que puedan parecer. También hoy nuestras estrategias pastorales sin exigencias, sin una llamada a la conversión, sin un regreso radical a Dios, son caminos que conducen a la nada; juegos políticos que no pueden llevarnos a Dios crucificado, nuestro verdadero Libertador.

El hombre moderno es capaz de todo tipo de ruidos, de guerras y de falsas declaraciones solemnes en medio de un caos infernal porque ha excluido a Dios de su vida, de sus combates y de su gigantesca ambición de transformar el mundo en su propio beneficio egoísta.

35. – Los que no se dan a conocer y guardan silencio son verdaderos hombres. Estoy convencido de que las grandes figuras rara vez recurren a las palabras fáciles: trazan un camino con la elocuencia de sus silencios y con el rigor de una vida inseparablemente unida al *pensamiento de Jesucristo*. Y es maravilloso que nos conozcan por nuestro silencio.

En el amanecer de este nuevo milenio, los que callan son los más útiles a la sociedad: seres de silencio e interioridad, viven la auténtica dimensión del hombre. El alma humana no se expresa solo con palabras.

36. – En nuestras sociedades consumistas el hombre nunca deja

de pavonearse, pero descuida su alma. Exhibe la coraza y la ropa refulgentes que emplean los mitos y son propios de ellos.

37. – En la Iglesia, sin subestimar la obra de los misioneros y el mérito de su sacrificio, los monjes y las monjas representan la máxima fuerza espiritual. Los contemplativos son la principal fuerza evangelizadora y misionera, el órgano más importante y más valioso que transmite la vida y mantiene la energía esencial de todo el cuerpo. Dios elige a personas a las que confía la misión de consagrar su existencia a la oración, a la adoración, a la penitencia, al sufrimiento y los sacrificios cotidianos aceptados en nombre de sus hermanos, para gloria de Dios, a fin de completar en su carne lo que falta a los padecimientos de Cristo en bien de su Cuerpo, que es la Iglesia. Son seres de silencio. Están constantemente delante de Dios. De día y de noche cantan la alabanza de su nombre en representación de la Iglesia y de la humanidad. No les oímos porque contemplan al Invisible y sostienen la obra de Dios.

38. – Los hombres y las mujeres que oran en el silencio, en la noche y en la soledad, son las columnas que sostienen la Iglesia de Cristo. En esta época de confusión los contemplativos se consumen en la ofrenda generosa de su vida por una existencia más fiel a las promesas del Hijo de Dios. El verdadero misionero, decía san Juan Pablo II, es el contemplativo en acción.

39. – Desde su renuncia, Benedicto XVI, envuelto en el silencio de un monasterio en los jardines del Vaticano, es una réplica de los monjes. Como los contemplativos, sirve a la Iglesia consagrando sus últimas fuerzas y el amor de su corazón a la oración, la contemplación y la adoración de Dios. El papa emérito permanece delante del Señor por la salvación de las almas y para la sola gloria

de Dios.

40. – Aun así, al cabo de dos milenios, ¡qué sorprendente paradoja ver a tantos teólogos charlatanes, a tantos papas ruidosos, a tantos sucesores de los apóstoles pretenciosos e infatuados de sus razonamientos! No obstante, la Iglesia, fundada sobre Pedro y la roca del Gólgota, es inquebrantable.

41. – Cristo vivió treinta años en silencio. Más tarde, durante su vida pública, se retiró al desierto para escuchar al Padre y hablar con Él. El mundo tiene una necesidad vital de hombres que se retiren al desierto. Porque Dios habla en el silencio.

42. – Callar y dominar los labios y la lengua es una tarea difícil, abrasadora y árida. Pero hay que sepultarse cada vez más en las realidades interiores capaces de moldear eficazmente el mundo. El hombre tiene que presentarse en silencio ante Dios y decirle: Dios mío, ya que me has concedido el conocimiento y el deseo de perfección, guíame siempre hacia el absoluto del Amor. Haz que crezca en el amor, porque Tú eres el artesano sabio que no deja ninguna obra inacabada, siempre que el barro de la criatura no oponga ningún obstáculo, ningún rechazo. Me entrego sin palabras a ti, Señor. Quiero ser dócil y maleable como el barro en tus manos de hábil y benévolo alfarero.

—¿Qué caracteriza a eso que podríamos llamar el silencio de la mirada?

43. – Desde hace unos años, el hombre sufre la constante agresión de las imágenes, de las luces y los colores que le ciegan.

Las imágenes malsanas y provocadoras de la pornografía, de una violencia brutal y de todas las obscenidades mundanas que agreden la pureza del corazón colándose por la puerta de su mirada allanan su morada interior.

44. – La mirada que debería ver y contemplar lo esencial se vuelve hacia lo artificial. Nuestros ojos confunden el día y la noche, porque toda nuestra vida se halla inmersa en una luz permanente. En las ciudades, encendidas por miles de señales luminosas, la mirada ha dejado de distinguir la oscuridad que proporciona descanso y las conciencias ya no conocen el pecado. Hace mucho tiempo que la humanidad ha perdido la conciencia de la gravedad del pecado y del desorden que su presencia introduce en la vida personal, eclesial y social. Han pasado cincuenta años desde que el beato Pablo VI, en su homilía del 20 de septiembre de 1964, reconociera este drama: «No encontraréis ya en el lenguaje de la gente de bien actual, en los libros, en las cosas que hablan de los hombres, la tremenda palabra que, por otro lado, es tan frecuente en el mundo religioso, en el nuestro, particularmente en el cercano a Dios: la palabra *pecado*. Los hombres, en los juicios de hoy, no son considerados pecadores. Son catalogados como sanos, enfermos, malos, buenos, fuertes, débiles, ricos, pobres, sabios, ignorantes; pero la palabra pecado no se encuentra jamás. Y no retorna porque, distanciado el intelecto humano de la sabiduría divina, se ha perdido el concepto de pecado. Una de las palabras más penetrantes y graves del Sumo Pontífice Pío XII, de venerable memoria, es esta: “El mundo moderno ha perdido el sentido del pecado”; es decir, la ruptura de la relación con Dios, causada por el pecado». También san Juan Pablo II se hace eco de ello en su exhortación apostólica postsinodal *Reconciliatio et paenitentia*, de 2 de diciembre de 1984.

45. – Lejos de Dios y de las luces que brotan de la verdadera Luz, el hombre no es capaz de ver las estrellas, hasta tal punto son las ciudades antorchas incandescentes que abrasan nuestras pupilas. La vida moderna impide que demos reposo a nuestra mirada. A nuestros ojos, con los párpados constantemente abiertos, se les impone un espectáculo permanente. La dictadura de la imagen que sumerge nuestra mirada en un continuo torbellino aborrece el silencio. El hombre se ve en la obligación de buscar realidades siempre novedosas que aumentan su afán de posesión; pero sus ojos están enrojecidos, aturcidos y enfermos. Los espectáculos artificiales y las pantallas luminosas ininterrumpidas quieren embelesar la inteligencia y el alma. En las prisiones luminosas del mundo moderno el hombre se aleja de sí mismo y de Dios. Está atado a lo efímero y cada vez más lejos de lo esencial.

46. – El silencio de la mirada consiste en saber cerrar los ojos para contemplar a Dios que está dentro de nosotros, en las regiones profundas e íntimas de nuestro abismo personal. Las imágenes son una droga de la que no podemos prescindir, porque están presentes por todas partes y en todo momento. Los ojos se encuentran enfermos, embriagados, y ya no pueden cerrarse. También hay que taparse los oídos, porque las imágenes sonoras los atacan y los ofenden, tanto a ellos como a nuestra inteligencia y nuestra imaginación. Nos resulta difícil no escuchar a este mundo en permanente gesticulación que quiere ensordecernos y aturdirnos para hacer de nosotros restos de un naufragio estrellados contra los arrecifes, vulgares desechos inútiles arrastrados hasta la orilla.

47. – La tiranía de la imagen obliga al hombre a renunciar al silencio de los ojos. La humanidad ha retornado a la triste profecía de Isaías recogida por Jesús: «Viendo no ven, y oyendo no oyen ni entienden (...). Porque se ha embotado el corazón de este pueblo,

han hecho duros sus oídos y han cerrado sus ojos; no sea que vean con los ojos, y oigan con los oídos, y entiendan con el corazón y se conviertan, y yo los sane» (Mt 13, 13.15).

—*¿Corre el silencio del corazón los mismos peligros?*

48. – El silencio del corazón es el más misterioso: podemos decidir no hablar y callar, podemos cerrar los ojos para no ver nada, pero sobre el corazón nuestro dominio es menor. Arde en él un fuego en el que las pasiones, la ira, el rencor y la violencia son difícilmente controlables. Al amor humano le cuesta configurarse según el amor de Dios. En el corazón desembocan torrentes incontrolables y al hombre le resulta muy difícil recobrar el silencio interior. Se deja consumir a regañadientes por la zarza ardiente que llamea constantemente dentro de él, en las profundidades de su corazón, sin forzar su libertad ni su conformidad.

49. – Si el hombre consigue «injertar» su corazón en el corazón de Dios, recibiendo las fuerzas divinas, caminará hacia el silencio.

50. – ¿Cómo consiguió san Juan pegar su corazón al de Jesús? Se limitó a inclinarse hacia Él y recostarse a su lado, como el perro fiel se tumba a los pies de su amo. Este acercamiento físico es mucho más que corporal: se trata de una inserción espiritual y de una comunión íntima que permiten a san Juan experimentar los mismos sentimientos de Jesús. Aquel a quien Cristo *amaba* es el apóstol que mejor ha descrito las profundidades insondables del corazón del Hijo de Dios.

51. – La ruta que lleva al silencio del corazón también se recorre en silencio. Ese es el gran misterio: el silencio se alcanza en

silencio y crece en silencio.

52. – El silencio del corazón consiste en acallar poco a poco nuestros miserables sentimientos humanos para hacernos capaces de tener los mismos sentimientos de Jesús. El silencio del corazón es el silencio de las pasiones. Hay que morir a uno mismo para unirse en silencio al Hijo de Dios. Buscad, dice san Pablo, «no el propio interés, sino el de los demás. Tened entre vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús» (Flp 2, 4-5).

—En El amor más grande, la Madre Teresa escribió: «Jesús nos enseñó el modo de orar y también nos dijo que aprendiéramos de Él a ser mansos y humildes de corazón. Pero no llegaremos a ser nada de eso a menos que conozcamos lo que es el silencio. La humildad y la oración se desarrollan de un oído, de una mente y de una lengua que han vivido en silencio con Dios, porque en el silencio del corazón es donde habla Él». Cuando diferenciamos el silencio exterior del interior, nos damos cuenta de que, si el silencio exterior fomenta el interior, el silencio de la palabra, del gesto o de la actividad cobra todo su sentido en la búsqueda de Dios. Esta búsqueda solo es posible dentro de un corazón silencioso...

53. – La Madre Teresa poseía un estrecho conocimiento del silencio. Como santa Teresa de Jesús, san Juan de la Cruz y santa Teresa de Lisieux, vivió la dura experiencia del silencio de Dios. Era mujer de silencio porque era mujer de oración, y estaba constantemente junto a Dios. Quería permanecer en el silencio de Dios. Esta religiosa, muy poco aficionada a hablar, huía de la tempestad del ruido mundano. La Madre Teresa gozaba de una estima extraordinaria en el mundo entero y conservaba el espíritu de infancia. Imitaba a Cristo en su silencio, su humildad, su

pobreza, su mansedumbre y su caridad. Le gustaba pasar horas enteras delante de Jesús presente en la Eucaristía. Para ella, orar significaba amar con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas; significaba entregar todo su ser y todo su tiempo al Señor. La ofrenda más hermosa que deseaba hacer de sí misma y de todas sus actividades en favor de los pobres era consagrar prolongados momentos de su día a un encuentro de corazón a corazón con Dios, de modo que esos instantes de intimidad permitieran a su corazón inflamarse de un amor sin reservas. Como Jesús, su corazón tenía siempre sed de Amor. En todas las capillas de las Hermanas Misioneras de la Caridad está inscrito el grito de Jesús: *Tengo sed*.

54. – Por lo que a mí respecta, sé que los momentos más importantes de mi jornada son esas horas inigualables que paso arrodillado en la oscuridad ante el Santísimo Sacramento del Cuerpo y la Sangre de nuestro Señor Jesucristo. Es como si estuviera sumergido en Dios y rodeado por todas partes de su presencia. Querría pertenecerle solo a Él y hundirme en la pureza de su Amor. Y, sin embargo, me doy cuenta de lo pobre que soy, de lo lejos que estoy de amar al Señor como Él me ha amado hasta entregarse por mí.

55. – Me vienen a la memoria las firmes y emotivas palabras que la Madre Teresa dirigió a un joven sacerdote, Angelo Comastri, hoy cardenal arcipreste de la basílica de San Pedro en Roma, cuyo libro *Dio scrive dritto* contiene un espléndido mensaje. Este es el relato de su conmovedor encuentro con la santa, que transcribo con intensa emoción. «Llamé por teléfono a la casa general de las hermanas misioneras de la caridad para entrevistarme con la Madre Teresa de Calcuta, pero la respuesta fue tajante: *Imposible ver a la Madre: sus compromisos no se lo permiten*. De todas formas me

presenté allí. La hermana que vino a abrirme me preguntó amablemente: *¿Qué desea? Querría ver un momento a la Madre Teresa.* Ella me contestó sorprendida: *¡Cuánto lo siento! No puede ser...* No me moví de allí, dándole a entender que no me iría sin haber visto a la Madre Teresa.

»La hermana desapareció durante unos instantes y regresó acompañada de la Madre, quien me invitó a sentarme en una salita próxima a la capilla. En el entretanto, pude reponerme un poco y conseguí decir: *Madre, soy un sacerdote muy joven: ¡estoy dando mis primeros pasos! Venía a pedirle que me acompañe con su oración.* La Madre me miró tierna y dulcemente y, sonriendo, me dijo: *Siempre rezo por los sacerdotes. Rezaré también por usted.* Luego me tendió una medalla de María Inmaculada, la depositó en mi mano y me preguntó: *¿Cuánto tiempo dedica al día a la oración?* Me quedé sorprendido y algo desconcertado. Después de hacer memoria, repuse: *Madre, celebro misa todos los días, todos los días rezo el breviario. Como bien sabe, ¡en nuestra época esto es una heroicidad!* [era 1969]. *También rezo todos los días el Rosario y lo hago con gusto, porque lo aprendí de mi madre*». La Madre Teresa apretó con sus manos rugosas el rosario que llevaba siempre consigo; luego clavó en mí aquellos ojos llenos de luz y de amor y me dijo: *No basta con eso, hijo mío. No basta con eso, porque el amor no puede reducirse al mínimo indispensable: ¡el amor exige el máximo!* En ese momento no entendí las palabras de Madre Teresa y, casi justificándome, contesté: *Madre, en realidad lo que quería preguntarle era qué actos de caridad hace usted.* Inmediatamente, su rostro se volvió severo y la Madre me dijo con voz firme: *¿Cree usted que yo podría vivir la caridad si no le pidiera cada día a Jesús que llene mi corazón de su amor? ¿Cree usted que podría recorrer las calles en busca de los pobres si Jesús no comunicara a mi alma el fuego de la caridad?* Me sentí muy pequeño... Miré a la Madre Teresa con honda admiración y el

deseo sincero de penetrar en el misterio de su alma, tan llena de la presencia de Dios. Ella, subrayando cada una de sus palabras, añadió: *Lea atentamente el evangelio y verá cómo también Jesús, por la oración, sacrificaba la caridad. ¿Y sabe por qué? Para enseñarnos que sin Dios somos demasiado pobres para ayudar a los pobres.* En esa época veíamos a muchos sacerdotes y religiosos abandonar la oración para hacer una inmersión –así lo llamaban– en el campo social. Las palabras de la Madre Teresa fueron para mí como un rayo de sol; y en mi fuero interno repetí lentamente: *Sin Dios somos demasiado pobres para ayudar a los pobres».*

56. – Dediquemos mucho tiempo a Dios, a la oración y a la adoración. Alimentémonos abundante e ininterrumpidamente de la palabra de Dios. A nuestro corazón, cuya dureza conocemos, le hace falta mucho tiempo para amansarse, para humillarse en el contacto con la Hostia y empaparse del amor de Dios.

57. – No hay nada más pequeño, más dulce y más silencioso que Cristo presente en la Hostia. Ese trocito de pan encarna la humildad y el silencio perfecto de Dios, su ternura y su amor por nosotros. Si queremos crecer y llenarnos del amor de Dios, tenemos que afianzar nuestra vida sobre tres grandes realidades: la Cruz, la Hostia y la Virgen – *crux, hostia et virgo...* Son tres misterios que Dios ha entregado al mundo para edificar, fecundar y santificar nuestra vida interior y conducirnos hacia Jesús. Tres misterios que se deben contemplar en silencio.

58. – Hay circunstancias exteriores que fomentan por fuerza el silencio interior. Tenemos que facilitar todo lo posible el mejor entorno para hallar en nosotros el silencio que nos permita la íntima comunión con Dios. Cristo recomienda con mucha claridad esta

búsqueda de intimidad: «cuando te pongas a orar, entra en tu aposento y, con la puerta cerrada, ora a tu Padre, que está en lo oculto; y tu Padre, que ve en lo oculto, te recompensará» (Mt 6, 6). Nuestro verdadero aposento somos nosotros mismos. A los hombres se les invita a entrar en sí mismos para quedarse a solas con Dios.

Jesús no deja nunca de darnos ejemplo: «en aquellos días salió al monte a orar y pasó toda la noche en oración a Dios» (Lc 6, 12). Así es como nos muestra las condiciones favorables para una oración silenciosa.

Delante de Dios, en el silencio, nos hacemos mansos y humildes de corazón. La mansedumbre y la humildad de Dios nos penetran y entablamos un auténtico diálogo con Él. La humildad es una condición y una consecuencia del silencio. El silencio necesita mansedumbre y humildad y, al mismo tiempo, nos abre a esas dos cualidades. Dios es el ser más humilde, más manso y silencioso. El silencio es el único medio para entrar en el gran misterio de Dios.

Estoy convencido de que el silencio es una liberación divina que unifica y sitúa al hombre en el centro de sí mismo, en las profundidades de los misterios de Dios. En el silencio el hombre es absorbido por lo divino y los movimientos del mundo dejan de tomar posesión del alma. En el silencio partimos de Dios y llegamos a Dios.

—Las condiciones exteriores que facilitan el silencio dependen de cada uno y varían según las circunstancias de la vida. Aun así, ¿qué debemos hacer para entrar dentro de nosotros mismos?

59. – En la vida de oración hace falta un apoyo, porque siempre corremos el riesgo de alejarnos de nosotros mismos, saturados de

ruidos, de sueños y recuerdos.

El mejor instrumento es la lectura silenciosa y asidua de la Biblia. Los evangelios sitúan al hombre frente a Cristo, frente a su vida y sus sentimientos. Nos ayudan a contemplar y a meditar la vida de Jesús, desde su nacimiento en el portal de Belén hasta su muerte y resurrección. De este modo nos mezclaremos con su vida. En el silencio que nos coloca de cara a su palabra, Dios está cerca de nosotros; no nos deja: le miramos y nos mira. Ese cara a cara nos inunda con su luz y nos empapa de su presencia. Estamos el uno frente al otro y nos acogemos mutuamente en el silencio interior.

60. – El Evangelio nos habla de la importancia de desconfiar de los entusiasmos estériles, de las vivas pasiones y de los clamores ideológicos o políticos. El domingo de Ramos, cuando Jesús baja de Betania a Jerusalén, recibe una grandiosa y solemne acogida. El pueblo extiende a sus pies mantos y ramos, aclamando al Hijo de David. Todos gritan: «¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor, el Rey de Israel!» (*Jn 12, 13*). Todos dan testimonio de la resurrección de Lázaro, enterrado en su sepulcro. Por eso la multitud recibe a Cristo con gran pompa. Jerusalén queda conmovida por el ruido de esa entrada triunfal, por ese recibimiento excepcionalmente festivo. Todos se preguntan: «¿Quién es este?» (*Mt 21, 10*). Fiel a su costumbre, Jesús entra en el Templo y cura a los cojos y a los ciegos que están allí (*Mt 21, 14*). Sus milagros provocan la indignación de los príncipes de los sacerdotes y los escribas. Pero a Jesús le gusta escuchar el clamor de los corazones inocentes de los niños, pues está escrito que de su boca saldrán las alabanzas a Dios (*Mt 21, 16*). Acabadas las fiestas, se hace tarde y, por curioso que pueda parecer, no ve a nadie que le ofrezca hospitalidad o le dé de comer. Jesús abandona la ciudad y vuelve a Betania para pasar la noche con sus discípulos.

El Hijo de Dios, recibido triunfalmente, no encontró un solo hombre que le abriera la puerta. También hoy, en nuestros días, ¡qué superficiales, qué inconsistentes son nuestra acogida, nuestro amor y nuestras alabanzas, como si fueran un simple barniz religioso!

Hoy nos conformamos con cumplir unos ritos sin ninguna incidencia en nuestra vida concreta, porque los vivimos sin recogimiento, sin interioridad y sin autenticidad. Los habitantes de Jerusalén no comprendieron la hondura de la visita del Hijo de Dios: el pueblo, entregado a sus pasiones y a sus ambiciones políticas, se comportó de un modo ostentoso, superficial y ruidoso.

Presas de tantas convulsiones mundanas, no fueron capaces de entender el misterio de la visita del Rey Mesías, el Rey que trae la paz a las naciones, como anunció el profeta Zacarías: «Regocíjate, hija de Sión, grita de júbilo, hija de Jerusalén, mira, tu rey viene hacia ti, es justo y victorioso, montado sobre un asno, sobre un borrico, cría de asna. Destrozarán los carros de Efraím, los caballos de Jerusalén; serán rotos los arcos de guerra, anunciará la paz a las naciones y su dominio se extenderá de mar a mar y desde el Río hasta los confines de la tierra» (*Za* 9, 9-10). Los habitantes de Jerusalén quieren un jefe mesiánico y no saben percibir la grandeza silenciosa del mensaje de Jesús. El pueblo no acoge a Cristo en su alma: se entrega a una mera demostración de fuerza desmesurada y cargada de adornos. Lo más difícil es amar a Jesús en espíritu y en verdad para acogerlo en el corazón y en las profundidades del ser.

La auténtica acogida es silenciosa. No es diplomática, ni teatral, ni sentimental.

61. – También hoy, cuando aclamamos a Cristo en las fiestas litúrgicas importantes, debemos procurar encarecidamente que

nuestra alegría no sea ficticia. Muchas veces los hombres no ofrecen al Hijo de Dios la posibilidad de habitar en sus corazones.

En la *Imitación de Cristo* encontramos estas espléndidas palabras: «Sé, pues, alma fiel, y prepara tu corazón a este Esposo, para que quiera venirse a ti y morar contigo; porque él dice así: *Si alguno me ama, guardará mi palabra, vendremos a él, y moraremos en él.* Da, pues, lugar a Cristo, y a todo lo demás cierra la entrada. Si a Cristo tuvieres, estarás rico y te bastará. Él será tu proveedor y fiel procurador en todo, de manera que no tendrás necesidad de esperar en los hombres (...). Pon en Dios toda tu esperanza, y sea él tu temor y tu amor. Él responderá por ti y lo hará como mejor convenga (...).

»No tendrás jamás reposo hasta que estés íntimamente unido con Cristo.

»En el Altísimo esté tu pensamiento; y tu oración diríjase sin cesar a Cristo. Si no sabes contemplar las cosas altas y celestiales, descansa en su pasión, y mora muy gustoso en sus sacratísimas llagas. Sufre con Cristo y por Cristo, si quieres reinar con Cristo.

»Si una vez entrases perfectamente en lo interior de Jesucristo, y gustases un poco de su encendido amor, entonces no tendrías cuidado de tu provecho o daño propio, antes te holgarías más de las injurias que te hiciesen; porque el amor de Jesús hace al hombre despreciarse a sí mismo».

No obstante, tras los primeros esfuerzos, quizá constatemos que no poseemos del todo el silencio. Porque, una vez atravesada la puerta de la oración, los hombres descubren una agitada turba de pensamientos, de sentimientos y aversiones que les cuesta mucho acallar.

Estas multitudes ruidosas e insistentes se adhieren a nuestra alma. Puede ser que decidamos rezar y nos demos cuenta de que nos resulta imposible concentrarnos en nuestra vida interior. Hay mil cosas que nos alteran y nos distraen. El jaleo interior hace imposible el silencio. Hasta la pasión más pequeña que agitaba nuestro corazón antes de una oración puede aniquilar ese momento de silencio. El ruido triunfa y el silencio se escapa...

62. – ¿Cómo conseguiremos dominar nuestro propio silencio interior? La única respuesta está en la ascesis, en la renuncia de uno mismo y en la humildad. Si el hombre no se aniquila a sí mismo, si sigue siendo como es, se queda fuera de Dios.

63. – Cuando quieren contemplar a Dios, los orientales se arrodillan y se postran rostro en tierra para mostrar una humillación voluntaria y una respetuosa reverencia. Sin un intenso deseo de despojarse de uno mismo, de hacerse pequeño ante el Padre Eterno, no es posible ningún diálogo con Dios. Y, sin el dominio de nuestro propio silencio, no podemos encontrarnos con los demás. Si seguimos siendo nosotros, nos invaden los ruidos, las fantasías y las rabietas.

64. – La lectura debe ayudarnos a concentrarnos en la oración. No olvidemos ese vínculo decisivo entre la oración y la Palabra de Dios. ¿Cómo vamos a *representarnos al Señor a nuestro lado* si no le buscamos allí donde se manifiesta? La oración consiste en imaginar en silencio la vida concreta y diaria de Jesús. No se trata de recordar un suceso histórico, sino de procurar que el Hijo de Dios entre silenciosamente en nuestro corazón.

Por eso es fundamental mantenerse en presencia de Dios, de

modo que Él pueda encontrarnos disponibles e introducirnos en el gran silencio interior que le permite encarnarse en nosotros, transformarnos en Él. Y en ese silencio que no está vacío, sino lleno del Espíritu Santo, el hombre podrá escuchar cómo de su corazón brota como un susurro: ¡*Abbá*, Padre! (*Rm* 8, 15). La oración consiste en conseguir callar, escuchar a Dios y saber oír los gemidos inefables del Espíritu Santo que habita en nosotros y grita en silencio.

65. – Nuestros contemporáneos tienen la impresión de que la oración consiste en contarle cosas a Dios, en gritar y en debatirse ante Él. Pero la oración es algo más sencillo: consiste en escuchar hablar a Dios silenciosamente en nuestro corazón. ¿Por qué no nos fijamos en cómo ora Jesús? ¿Por qué no le suplicamos como los apóstoles: «Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos» (*Lc* 11, 1)? ¿Por qué buscamos fuera modelos y ejemplos de oración en un intento de convencernos de que la turbación, el ruido y el desorden son señales de la efusión y la presencia del Espíritu de Jesús? Cristo es el único maestro que puede enseñarnos a orar; y orar es amar a Jesús y morar con Él en el silencio y la soledad interior.

66. – En sus *Discursos ascéticos*, escribe Isaac de Nínive: «Ama el silencio por encima de todo. Porque te permite dar fruto. La lengua es incapaz de explicarse. Esforcémonos ante todo en callar. A través del silencio nacerá en nosotros lo que nos conduzca a ello. Si obras así, no sabría decirte cuánta luz se derramará sobre ti (...). Grande es el hombre que con la paciencia de sus miembros se ha habituado a estar únicamente en el interior de su alma. Si pones en el platillo de la balanza todas las obras de la vida monástica y en el otro el silencio, verás cómo este pesa mucho más».

En el silencio el hombre solamente adquiere su dignidad y su grandeza si se arrodilla para escuchar y adorar a Dios. En el silencio del abajamiento y de la aniquilación de uno mismo, acallando el tumulto de la carne, logrando domar las imágenes ruidosas; manteniendo a distancia los sueños, la imaginación y el estruendo de un mundo que no deja de girar como un torbellino, para purificarse de todo lo que arruina el alma y la aleja de la contemplación: así es como el hombre se vuelve capaz de mirar y amar a Dios. En las *Enéadas* decía Plotino: «Para elevarse a esa contemplación del alma universal, el alma tiene que ser digna de ella por su nobleza; debe haberse emancipado del error y hurtado a los objetos que fascinan las miradas de las almas vulgares: tiene que haberse sumergido en un profundo recogimiento y hacer callar en torno a sí, no solo la agitación del cuerpo que la envuelve y el tumulto de las sensaciones, sino asimismo cuanto la rodea. Que todo enmudezca, pues: tierra, mar, aire, el mismo cielo».

67. – En *Otro modo de ver al hombre*, Maurice Zundel parece profundizar en la idea de Plotino. «Toda nuestra existencia está incluida en esta alternativa: o estoy en mí o estoy en Dios. No hay término medio. Cuando dejo de dar conmigo, es que Dios está realmente presente en mí. Cuando me pierdo de vista, es que le miro a Él. Cuando ya no oigo, es que le escucho a Él, y entonces el Bien, en todos los ámbitos, consiste justamente en perderme en Él. El programa es sencillo, pero su concreción es difícil, porque no podemos decretar un encuentro ni fijar la hora en que ha de brotar el amor. No hay camino que desemboque infaliblemente en un intercambio de intimidades. No hay nada más libre, más imprevisto ni más gratuito. Todo lo que podemos hacer es apartar los obstáculos que hacen imposible ese intercambio, y se resumen en el ruido que hacemos con nosotros mismos y a nuestro alrededor. La única posibilidad de salir de nosotros mismos es neutralizar nuestra

atención, apartar apaciblemente nuestros oídos de toda esa mezcla confusa de apetitos y de reivindicaciones, apagar la corriente psíquica que alimenta este tumulto, a través de un recogimiento en el que se ahonda cada vez más el vacío que nos hace disponibles. Cuando se ha instaurado el silencio total, es que se anuncia ya la Presencia que llena el espacio engendrado por la retirada del yo».

68. – El silencio cuesta, pero hace al hombre capaz de dejarse guiar por Dios. Del silencio nace el silencio. A través del Dios silencioso podemos acceder al silencio. Y el hombre no deja de sorprenderse de la luz que brilla entonces.

El silencio es más importante que cualquier otra obra humana. Porque manifiesta a Dios. La verdadera revolución procede del silencio: nos conduce hacia Dios y hacia los demás para ponernos humilde y generosamente a su servicio.

—En sus Écrits monastiques [Escritos monásticos], escribe el padre Jérôme: «El silencio es como una inmensa ola del océano que, después de arrastrar la barca hacia una tierra desconocida, la deposita en una orilla que siempre causa temor y en la que reina la sola presencia del Infinito». ¿Cómo se definiría el silencio contemplativo?

69. – Puede ser que el silencio contemplativo nos asuste: es como una ola inmensa que nos arrastra sin hundirnos y nos hace encallar en orillas temibles. Y es que entonces el hombre se encuentra ante la aterradora inmensidad del misterio. Creo que es imposible acercarse a la majestad de Dios sin temblar de miedo y estupor. Nuestros antepasados solían sentirse físicamente alterados por un intenso temor, expresión conjunta de admiración, respeto y un pavor religioso ante el horno abrasador de la trascendencia de

Dios.

70. – El silencio de Dios es una marca de fuego candente en el hombre que se acerca a él. A través del silencio divino el hombre se vuelve hasta cierto punto un extranjero en este mundo. Se aleja de la tierra y de sí mismo. El silencio nos empuja hacia esa tierra desconocida que es Dios. Y esa tierra se convierte en nuestra verdadera patria. Por medio del silencio regresamos a nuestro origen celestial, donde únicamente reinan la calma, la paz, el reposo, la contemplación y la adoración silentes del rostro radiante de Dios.

71. – Todos los grandes santos han vivido esta experiencia incomparable. Cuando sus oraciones los han conducido hasta el umbral del silencio del Padre Eterno, descubren lo cercano e inmenso que se vuelve Dios. Enmudecen ante el Padre. Cuanto más se han elevado hacia Dios, más silenciosos han sido. San Felipe Neri o santa Teresa de Lisieux se enfrentaron a una realidad que no eran capaces de alcanzar, pero vieron con sus propios ojos el Infinito y el esplendor del amor. Esa inmensidad los arrastró a un gran silencio de adoración y de paz interior.

72. – El silencio contemplativo es el silencio junto a Dios. Un silencio que consiste en adherirse a Él, presentarse y mostrarse ante Él, ofrecerse a Él, hacerse nada en Él, adorarle, amarle, escucharle, oírle y descansar en Él. Ese es el silencio de la eternidad, la unión del alma con Dios.

73. – En uno de sus sermones, el teólogo y místico Juan Taulero, discípulo del Maestro Eckhart, decía: «María se recluyó; la

sierva de Dios debe recluirse si desea sentir realmente en ella ese nacimiento, absteniéndose no solo de las dispersiones momentáneas que puedan causarle algún daño, sino también de las prácticas meramente sensibles de las virtudes. Debe hacerse el silencio y la quietud en ella, debe recluirse en sí misma, ocultarse en el Espíritu para sustraerse a los sentidos, escapar de ellos y convertirse en un lugar de silencio y sosiego interior. A ese sosiego del espíritu se refiere el cántico de la Misa que comienza: *Dum medium silentium fieret*. En un silencio absoluto, estando todo inmerso en el mayor silencio y la noche en mitad de su curso, entonces, oh Señor, la palabra omnipotente dejó su trono para acampar en nuestra tienda. En el cénit del silencio, todas las cosas quedan sumergidas en la calma; solo entonces se hace sentir la realidad de esta Palabra. Porque, si quieres que Dios hable, hace falta que tú calles».

Cristo aconseja con frecuencia el aislamiento si queremos orar. Puede tratarse de un lugar alejado, en soledad, para estar a solas con el Único. Pero la cuestión del marco exterior no puede eludir el problema de la interioridad. Es importante crear ese aposento interior donde el hombre se encuentra con Dios en un verdadero cara a cara. Esa labor espiritual requiere un esfuerzo para abstenerse de toda dispersión, lo cual conlleva una ascesis interior. La búsqueda del silencio interior es un perfeccionamiento que requiere repetidos esfuerzos. Dentro de nosotros suele haber una imaginación y una agitación peligrosas. Es preciso ocultarse en el Espíritu para sustraerse a los sentidos y escapar de ellos. El Espíritu Santo es la condición primera del silencio.

74. – Nuestro mundo ha dejado de escuchar a Dios, porque no deja de hablar a un ritmo y a una velocidad letales para no decir nada. La civilización moderna no sabe estar callada. Vive en permanente monólogo. La sociedad posmoderna rechaza el pasado

y considera el presente un vil objeto de consumo: contempla el futuro entre los rayos de un progreso casi obsesivo. Su sueño, convertido en triste realidad, ha sido encerrar el silencio en un calabozo húmedo y oscuro. A partir de entonces se instaura una dictadura de la palabra, una dictadura del énfasis verbal. En ese escenario sombrío solo queda una llaga purulenta de palabras mecánicas, sin relieve, sin verdad y sin fundamento. Muchas veces la verdad no es más que una creación mediática engañosa y consolidada por imágenes y testimonios inventados.

Entonces la palabra de Dios se desvanece, inaccesible e inaudible. La posmodernidad representa una ofensa y una agresión permanentes contra el silencio divino. De la noche a la mañana, de la mañana a la noche, el silencio ha perdido cualquier derecho: el ruido quiere impedir que Dios hable. En ese infierno de ruido, el hombre se desintegra y se pierde: se fragmenta en multitud de inquietudes, fantasmas y temores. Para salir de esos túneles deprimentes depende desesperadamente de un ruido que le aporte algún consuelo. El ruido es un ansiolítico engañoso, falso y adictivo. El drama de nuestro mundo nunca se entiende mejor que en la violencia de un ruido vacío de sentido que odia obstinadamente el silencio. Nuestra época abomina de aquello a lo que nos conduce el silencio: encontrar a Dios, maravillarse y arrodillarse ante Él.

75. – Hasta en los colegios ha desaparecido el silencio. ¿Acaso se puede estudiar rodeados de ruido? ¿Se puede leer, se puede formar la inteligencia, se pueden estructurar el pensamiento y los contornos del ser interior, rodeados de ruido? ¿Cómo podemos abrirnos al misterio de Dios, a los valores espirituales y a nuestra grandeza humana, si estamos rodeados de un constante alboroto?

El silencio contemplativo es una llama pequeña y frágil en

medio de un océano encrespado. El fuego del silencio es débil porque supone un incordio para un mundo ajetreado.

76. – Hoy son demasiado pocos los cristianos dispuestos a entrar en sí mismos para mirarse y dejarse mirar por Dios. Insisto: son demasiado pocos los que están dispuestos a presentarse ante Dios en el silencio para acabar abrasándose en ese maravilloso cara a cara.

Al matar el silencio, el hombre asesina a Dios. ¿Qué puede ayudar al hombre a callar? El móvil suena constantemente; los dedos y el espíritu están siempre ocupados enviando mensajes... Quizá el gusto por la oración sea el principal combate de nuestra época. Acuartelado en regimientos de ruidos absolutamente lamentables, ¿acaso está dispuesto el hombre a retornar al silencio? La muerte del silencio es aparente: Dios siempre nos ayudará a redescubrirlo.

—En su Cántico espiritual, san Juan de la Cruz nos habla de la música callada que compone el Amado en el alma que se une a Él. ¿Qué propuesta de definición podríamos aportar para el sonido del silencio?

77. – ¿Cómo se puede explicar con palabras la *música silenciosa*? Esa musicalidad es necesariamente un sonido humilde y débil que solo Dios escucha. Son las notas que toca el arpa de nuestro corazón cuando está consumido por el amor.

78. – Es importante dejar que el Espíritu Santo penetre hasta el fondo de las regiones más profundas del alma. En ese espacio secreto habita y actúa Dios; obra para llevar a cabo nuestra unión

con Él. Mientras el hombre no alcance a reconocer el gran silencio de Dios en lo más hondo de su corazón, mientras no alcance a comprender ese misterioso espacio de lo Eterno en su carne, no podrá acceder a una auténtica transformación espiritual y humana. Este es el verdadero sonido del silencio: no podemos escuchar al Verbo si previamente no hemos sido transformados por el silencio de Dios.

79. – El alma tiene que escuchar la voz del silencio. Tiene que aceptar unirse al silencio para dejar que Dios penetre en ella. ¿Cómo podemos dejar que Dios entre en nosotros? Ese es el porqué y la auténtica gracia del silencio.

80. – En el silencio se da una colaboración entre el hombre y Dios. La casa de Dios es lo más hondo del alma humana. Podemos facilitar la acción de Dios guardando el silencio interior más perfecto. Y somos capaces de hallar ese silencio si estamos atentos a la voz del silencio. Incluso en un entorno hostil podemos encontrar a Dios en nosotros si procuramos escuchar el silencio que Él graba en nuestra alma.

81. – Un corazón en silencio es una melodía para el corazón de Dios. La lámpara se consume sin ruido ante el sagrario y el incienso asciende en silencio hasta el trono de Dios: ese es el sonido del silencio del amor.

82. – El sonido del silencio en Dios nos permite aprender la primera nota de ese cántico que es el canto de los Cielos. «El lenguaje que Dios más oye solo es el callado amor», dice de modo espléndido Juan de la Cruz en sus *Dichos de luz y amor*.

83. – El amor silencioso que arde sin consumirse y no dice nada es el amor más grande. Cuando nos apartamos del ruido para buscar a Dios, a Él le agrada escuchar nuestra disponibilidad. ¿Cuál es el silencio que quiere oír Dios? ¿Cuáles son la voz y la música que le agradan? El amor silencioso que no dice nada y se deja hacer. Como la ofrenda y el humo de los perfumes que ascienden hasta la presencia de Dios con las oraciones de los santos (*Ap 8, 1-4*).

84. – La vida palpable de los monjes es un amor silencioso, un amor de oblación, un amor consumado. Dios recibe ese holocausto silencioso. Los holocaustos no hacen ruido. Arden largo rato y en silencio ante la majestad divina, y su perfume alegra el corazón de Dios.

Dios no escucha nada más que este amor silencioso, humilde y suave.

85. – En la escuela del Espíritu Santo aprendemos a oír a Dios en el silencio, que es el lenguaje del amor auténtico y que solo Él puede escuchar. «Aunque aquella música es callada en cuanto a los sentidos y potencias naturales, es soledad muy sonora para las potencias espirituales; porque, estando ellas solas y vacías de todas las formas y aprehensiones naturales, pueden recibir bien el sentido espiritual sonorosísimamente en el espíritu de la excelencia de Dios en sí y en sus criaturas», escribe Juan de la Cruz en su *Cántico*.

86. – En su sermón sobre el nacimiento de san Juan Bautista, consagrado a la voz y al Verbo, haciéndose eco de una actitud plena de humildad y modestia –«es preciso que Él crezca y yo disminuya»–, san Agustín no duda en afirmar: «Es preciso que disminuyan todas las voces cuando nos acercamos a ver a Cristo.

Cuanto más se nos descubre la sabiduría, menos necesitas la voz: la voz aparece en los profetas, en los apóstoles, en los salmos y en el evangelio. ¡Viene el Verbo que era al comienzo, ese Verbo que era Dios! Así, la voz cesa gradualmente, a medida que el alma progresa hacia Cristo (...). Pues Dios tiene un lenguaje secreto, a muchos les habla al corazón; y hay un potente sonido en el gran silencio del corazón: *Yo soy tu salvación*».

87. – Cuanto más avanza el hombre hacia el misterio de Dios, más se queda sin palabras. El hombre se envuelve en una fuerza de amor y enmudece de estupor y de asombro. Delante de Dios desaparecemos atrapados en el silencio supremo.

88. – La sabiduría de Dios ha engendrado en todos los hombres un inmenso Amor que alimenta el pequeño silencio del corazón humano. El estupor frente al silencio divino nos cierra la boca, como el oficiante cuando, desempeñando ante Dios sus funciones sacerdotales, quema el incienso en la presencia divina y adora sin palabras. No hay nada más importante en el mundo que el silencio de Dios. Ningún ruido humano, ni siquiera ese ruido tan suave del Evangelio, es capaz de expresar el maravilloso silencio de Dios.

89. – Ante Dios, ante su silencio, todo desaparece: ni los apóstoles, ni siquiera los evangelistas, son nada frente al silencio del Cielo. En esta tierra, el ruido más hermoso es el Evangelio; pero, por sublime y esencial que sea, queda reducido a un simple sonido al lado del gran silencio de lo Eterno.

90. – Con su encarnación Cristo asume los límites humanos. Ante el silencio de Dios nos enfrentamos al amor absoluto. Y ese

gran silencio explica también la libertad concedida al hombre. El único poder de Dios es amar en silencio. Es incapaz de cualquier fuerza opresiva. Porque Dios es Amor y el Amor no puede obligar, forzar ni presionar para que se le devuelva el amor.

San Agustín y san Juan de la Cruz vivieron la experiencia del desierto, físico o interior. Palparon una pequeña parte del gran silencio de Dios y fueron como absorbidos, inmersos en el silencio divino y en la hoguera de su amor.

91. – En los manuscritos de santa Teresa del Niño Jesús encontramos esta reflexión: «Si el fuego y el hierro tuviesen conocimiento, y este último dijese al otro: *atráeme*, ¿no demostraría que desea identificarse con el fuego, de manera que este le penetre y le embeba de su ardiente substancia hasta parecer una cosa con él?». Esto es lo que le ocurre al que se acerca al silencio de Dios: él mismo se convierte en silencio.

92. – Los que son más espirituales suelen callar y dejar que sus días transcurran en el silencio. Viven dentro de la manifestación del misterio. Viven dentro de aquello que los saca de sí mismos para hacerles penetrar en el misterio de Dios.

—Por otro lado, existe también lo que podríamos llamar la ascesis del silencio. En su Discurso ascético escribió Isaac de Nínive: «Con el tiempo, de la ascesis del silencio brota en el corazón una complacencia que fuerza al cuerpo a permanecer pacientemente en la hesiquia. Y acuden abundantes las lágrimas. Primero con pena, luego con arrobos, el corazón percibe entonces lo que entrevé en lo hondo de la contemplación. Se purifica y se convierte en un niño. Y cuando entra en oración, brotan las

lágrimas».

93. – La ascesis del silencio alcanza su grado más perfecto en la vida de quienes han saboreado ese encuentro con Dios a través de la contemplación de su rostro. Es una forma de desnudez y pobreza. Solo a ese precio se logra acceder a la verdadera gloria. La ascesis del silencio permite que, haciéndonos pequeños como niños, entremos en el misterio de Dios.

En el silencio divino las únicas palabras que existen son las lágrimas, porque se llega a lo más hondo del alma del hombre, a esa región del ser donde reside Dios; su silencio es una inmensidad que exige una ascesis inicialmente dolorosa y que conlleva una faceta pascual, una faceta de Viernes Santo. Hace que las lágrimas se deslicen por nuestro rostro. No obstante, no tardamos en experimentar cómo la sencillez de la ascesis engendra la pureza, el éxtasis y la alegría de la contemplación.

94. – El despojamiento del silencio hace al hombre semejante a un niño puro, pero frágil, inocente y necesitado. El silencio nos moldea del mismo modo que el herrero al metal.

95. – El silencio, esfuerzo del hombre, va de la mano de la esperanza, virtud teologal. En realidad, el poder divino de la virtud teologal eleva y orienta el alcance humano y ascético del silencio. Aparece entonces una segunda virtud moral: la fortaleza. Su misión consiste en apartar cualquier obstáculo que impide a la voluntad obedecer a la razón. La fortaleza es activa y ofensiva. Hay que empeñarse en cultivar esta virtud que frena cuanto puede evitar que el hombre viva en dependencia de Dios. El silencio y la esperanza son dos condiciones que permiten a la fortaleza hallar su alimento.

Gracias a esta ascesis del silencio es posible entender y apreciar mejor las luces de estas palabras bíblicas: «en el mucho hablar no faltan culpas» (*Pr* 10, 19); «quien vigila su boca, guarda su vida, quien abre demasiado los labios, se desencaja» (*Pr* 13, 3); «el prolijo en palabras se hace detestable» (*Si* 20, 8); «os digo que de toda palabra vana que hablen los hombres darán cuenta en el día del Juicio» (*Mt* 12, 36); «pon a tu boca puertas y cerrojos. Haz a tu boca balanza y pesos justos. Pon atención de no resbalar con la lengua, no sea que caigas ante los enemigos que te acechan» (*Si* 28, 29-30).

96. – La ascesis del silencio es una medicina necesaria: una medicina en ocasiones dolorosa, pero eficaz. Mediante el silencio rompemos con el mal para dirigirnos al bien. El ruido carece de control, igual que un navío sin capitán en un mar encrespado; mientras que el silencio es un paraíso, como un océano sin límites. El silencio es también un gran timón capaz de conducirnos a buen puerto. Elegir el silencio es elegir lo mejor. El hombre que ama el silencio tiene la posibilidad de conducir su vida sabia y eficazmente.

97. – En *Silence cartusien* [Silencio cartujano], dom Augustin Guillerand escribe: «El sufrimiento del silencio puede ser también el sello de Dios en el alma». El silencio es una conquista dulce y violenta de Dios. Ausencia de palabras, despojamiento, pobreza: esta es la ascesis del silencio, la que nos devuelve a la pureza de los justos.

—*El cartujo dom Jean-Baptiste Porion dice, en Amour et silence* [Amor y silencio]: «Si la lengua enmudece, si los sentidos se sosiegan, si la imaginación, la memoria, las criaturas callan y

buscan la soledad –si no en torno a ellas, sí al menos en lo íntimo del alma–, el corazón solo hará poco ruido. Silencio de los afectos, de las antipatías; silencio de los deseos en lo que tienen de demasiado ardientes; silencio del fervor en lo que tiene de indiscreción; silencio del entusiasmo en lo que tiene de exceso; silencio hasta en los suspiros (...). Silencio del amor en lo que tiene de exaltación. El silencio del amor es el amor en el silencio (...). ¡Es el silencio ante Dios, ante la belleza, la bondad, la perfección! Un silencio en el que no hay nada incómodo, forzado; ese silencio no perjudica a la ternura, al vigor de ese amor, más de lo que el reconocimiento de los pecados perjudica al silencio de la humildad; no más que lo que el batir de las alas del ángel – como dice el profeta– perjudica al silencio de su obediencia; que lo que el fiat perjudica al silencio de Getsemaní; que lo que el Sanctus eterno perjudica al silencio de los serafines». ¿Cómo definiríamos, pues, el silencio del amor?

98. – El silencio es la condición del amor y conduce al amor. El amor solo se expresa plenamente renunciando a la palabra, al ruido, a la agitación y a la sobreexcitación. Su máxima expresión se da en una muerte silenciosa y totalmente entregada, porque no existe mayor prueba de amor que la de dar la vida por los amigos (cfr. *Jn* 15, 13). El silencio del amor es la culminación y la meta de quien ha concedido al silencio el primer puesto en su vida. Llega como una maravillosa recompensa cuando el hombre logra acallar las antipatías, las pasiones y el frenesí de su corazón.

99. – El amor que no dice nada y no exige nada conduce al amor supremo, el amor silencioso de Dios. El silencio del amor es el silencio perfecto ante Dios que reúne toda la bondad, toda la belleza y toda la perfección.

100. – El amor silencioso solo puede crecer en la humildad. Existe un vínculo esencial entre la humildad y el amor silencioso. En Dios, esta coincidencia se hace apremiante y visible. El Padre en quien creemos es infinitamente humilde, silencioso, carente de todo afán de prestigio. ¿No escribe san Pablo a los filipenses: «Tened entre vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús, el cual, siendo de condición divina, no consideró como presa codiciable el ser igual a Dios, sino que se anonadó a sí mismo tomando la forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y, mostrándose igual que los demás hombres, se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (*Flp 2, 5-8*)? Dios estuvo en la Cruz «como oveja muda ante sus esquiladores, no abrió la boca» (*Is 53, 7*). El Amor siempre es humilde, silencioso y contemplativo, y se arrodilla ante el ser amado. Jesús ilustra esta realidad cuando la tarde del jueves santo se deja ver de rodillas lavando los pies de sus apóstoles. El lavatorio de los pies es una revelación, una manifestación de lo que Dios es. Dios es Amor: Amor humilde, sacerdotal y sacrificial; y la humildad de Dios es la hondura de Dios.

101. – El silencio del amor se asemeja al ruido de las alas de los ángeles cuando ponen por obra las órdenes de Dios. Ese silencio es un amor obediente al propio silencio de Dios. El silencio del amor coincide con una culminación: el encuentro de dos silencios, el silencio humano y el silencio de Dios, que caminan juntos. Getsemaní y el Calvario representan en Cristo la unión más excelsa de estos dos silencios.

102. – El Eclesiastés contiene unos versículos espléndidos: «Todo tiene su momento y hay un tiempo para cada cosa bajo el cielo: tiempo de nacer y tiempo de morir, tiempo de plantar y tiempo de arrancar lo plantado, tiempo de matar y tiempo de curar,

tiempo de derruir y tiempo de construir, tiempo de llorar y tiempo de reír, tiempo de llevar luto y tiempo de bailar, tiempo de tirar piedras y tiempo de recoger piedras, tiempo de abrazar y tiempo de dejarse de abrazos, tiempo de buscar y tiempo de perderse, tiempo de guardar y tiempo de desechar, tiempo de rasgar y tiempo de coser, tiempo de callar y tiempo de hablar, tiempo de amar y tiempo de odiar, tiempo de guerra y tiempo de paz» (Qo 3, 1-8).

El silencio del amor nace de quien ha sabido atravesar todas estas etapas para experimentar solamente el silencio de Dios.

—En la carta a su amigo Raoul le Verd, deán del cabildo de la catedral de Reims, san Bruno escribió: «¡Cuánta utilidad y gozo divino traen consigo la soledad y el silencio del desierto a quien los ama! Solo lo conocen quienes lo han experimentado». ¿Cuál es el vínculo real entre la soledad y el silencio del desierto?

103. – Mi sed de ver a Dios y de escucharle me ha llevado a experimentar a menudo la soledad y el silencio del desierto. Cuando era arzobispo de Conakri solía aislarme en un lugar desierto, empapándome de la soledad y el silencio. Es cierto que estaba rodeado de vegetación. Oía gorjear a los pájaros. Pero me creaba un desierto interior, sin agua ni alimento. No había ninguna presencia humana. Vivía en ayuno y oración, alimentándome únicamente de la Eucaristía y de la Palabra de Dios.

El desierto es el lugar del hambre, de la sed y la lucha espiritual. Tiene una importancia vital retirarse al desierto para combatir la dictadura de un mundo repleto de ídolos y estragado de técnica y bienes materiales; un mundo controlado y manipulado por los medios; un mundo que huye de Dios refugiándose en el ruido. Hay que ayudar a este mundo moderno a pasar por la experiencia del desierto. Allí tomamos distancia respecto a los acontecimientos

cotidianos. Podemos huir del ruido y de la superficialidad. El desierto es el lugar del Absoluto, el lugar de la libertad. No es fruto del azar que el monoteísmo haya nacido en el desierto. El desierto es monoteísta: nos protege de la multiplicidad de ídolos fabricados por los hombres. En ese sentido, el desierto es el territorio de la gracia. En él, alejado de sus preocupaciones, encuentra el hombre a su creador y a su Dios.

104. – Las cosas importantes comienzan en el desierto, en el silencio, en la pobreza y el abandono. Fíjese en Moisés, en Elías, en Juan el Bautista y en el propio Jesús. Dios nos conduce al desierto para hablarnos de corazón a corazón (cfr. *Os* 2, 16-25). Pero el desierto no es solamente el lugar donde los hombres pueden vivir la prueba física del hambre, la sed y la indigencia total. Es también la tierra de la tentación en la que se manifiesta el poder de Satanás. Hasta allí nos suele conducir el demonio para hacer que brillen ante nosotros todos los esplendores del mundo y para convencernos de que haríamos mal en renunciar a ellos.

Al entrar en el desierto, Jesús se expone y se opone con firmeza al poder de seducción de Satanás, prolongando así el acontecimiento de su bautismo y su encarnación. No se conforma con descender a las aguas profundas del Jordán. Cristo descende también hasta el fondo de la miseria humana; hasta el interior de las regiones del amor hecho pedazos, de las relaciones destruidas; hasta el interior de las dictaduras carnales más depravadas y de las soledades de un mundo marcado por el pecado. El desierto nos enseña a luchar contra el mal y contra todas nuestras inclinaciones torcidas, para recobrar nuestra dignidad de hijos de Dios. Es imposible entrar en el misterio de Dios sin entrar en la soledad y el silencio de nuestro desierto interior.

105. – Todos los profetas marcharon al desierto para encontrar a Dios. La experiencia de Dios es inseparable de la experiencia del desierto.

106. – También san Juan Bautista vivió treinta años en el desierto: «Mientras tanto, el niño iba creciendo y se fortalecía en el espíritu, y habitaba en el desierto hasta el tiempo en que debía darse a conocer a Israel» (Lc 1, 80). Juan el Bautista construyó su relación con Dios en el lugar de mayor silencio. El desierto conduce al silencio y el silencio arrastra a la más honda intimidad de Dios.

—Es inevitable que el contemplativo que ha llegado hasta Dios en esa noche serena del desierto interior y exterior no aspire solo a los claustros más recogidos, sino a ermitas apartadas y austeras: se trata de sólidas realidades basadas en experiencias cuyo valor resulta innegable. Pero, ¿es absolutamente necesario vivir en el desierto o en los monasterios para ser contemplativo?

107. – En pleno corazón del mundo y en medio de la vida ordinaria, Dios abre para todos caminos que conducen a una existencia más radical de contemplación y santidad. El padre Marie-Eugène lo decía así en *Je veux voir Dieu* [Quiero ver a Dios]: «Son muy numerosos los espirituales para quienes la vida en soledad no puede ser sino un sueño irrealizable. A quienes están casados, tienen a su cargo la familia, y los deberes que dimanan de su situación les imponen una tarea cotidiana muy absorbente en medio de la agitación del mundo. Otros tienen una vocación de apostolado exterior y se encuentran ocupados en múltiples obras que su celo ha creado o que, al menos, debe mantener. Hubiesen podido dudar, en otro tiempo, entre la vida solitaria y la que es suya. Ahora ya no es tiempo para ello. Por otra parte, han delimitado su elección por la obediencia a la luz de su vocación. Se

encuentran comprometidos por obligaciones a las que, de hecho, no pueden sustraerse y que Dios les impone, para que las cumplan con fidelidad.

»Esta actividad apostólica, necesaria para la extensión del reino de Dios y el cumplimiento de los más sagrados deberes de familia, ¿será incompatible con las exigencias de la contemplación y de una vida espiritual muy elevada? Las almas, que siguen estando ávidas de Dios y sienten que sus deseos se hacen más ardientes en la actividad desbordante que les imponen los más auténticos de sus deberes de estado, ¿estarán condenadas a no llegar nunca a la plenitud divina a que aspiran, porque Dios las ha apartado de la soledad del desierto? No podemos creerlo, porque es la misma Sabiduría quien llama a todo el mundo a las fuentes de agua viva y quien les impone esos deberes exteriores. La Sabiduría es una y armoniosa en sus llamamientos y en sus exigencias. “Soplo del poder de Dios”, fuerte y suave, se goza de los obstáculos para derramarse a través de los tiempos en las almas santas y hacer de estas amigos de Dios y profetas (*Sb* 7, 25.27)».

108. – Si la soledad del desierto fuese absolutamente necesaria para el desarrollo de la contemplación, habría que concluir que todos los que no pueden acceder a ella y los que no han podido soportarla son incapaces de alcanzar la santidad, reservada a unos cuantos privilegiados. Los ejemplos de santa Faustina Kowalska, san Juan Bosco, san Josemaría Escrivá de Balaguer, santa Teresa de Calcuta y san Juan Pablo II demuestran que todos los hombres están llamados a la contemplación, al amor perfecto y a la santidad. A cada uno de nosotros nos toca situarnos al alcance del Dios silencioso, que nos aguarda dentro del profundo desierto de nuestro corazón, alejándonos del tumulto y el alboroto.

En sus *Oeuvres spirituels* [*Obras espirituales*], el padre Jérôme

afirma: «Hacen mucho bien quienes, con el peso de su silencio, actúan de diques y rompeolas frenando todo alboroto procedente de fuera o de dentro. Gracias a ellos el agua se mantiene siempre en calma, no se rompen las amarras de las barcas ni chocan sus cascos».

109. – La elección del silencio es un don para la humanidad. Los hombres y las mujeres que entran en el silencio se entregan en holocausto por sus hermanos. El mundo exterior es como un río que se desborda, se precipita por una pendiente y amenaza con destrozarlo todo a su paso. Para controlar esa fuerza es necesario levantar diques. Y el silencio es ese dique potente que domina las aguas turbulentas del mundo, protege de los ruidos y de toda clase de distracciones. El silencio es una barrera que devuelve al hombre una dignidad. Los monasterios y los grandes espirituales protegen a la humanidad de las amenazas que pesan sobre ella. ¡Cuántos hombres deberían imitarlos para hacer del silencio una barrera eficaz!

110. – Las personas que viven inmersas en el ruido son como motas de polvo barridas por el viento; esclavas de un tumulto que destruye su relación con Dios. Por el contrario, quienes aman el silencio y la soledad caminan paso a paso hacia Dios: saben cómo romper las espirales infernales del ruido, igual que los domadores consiguen calmar a los leones rugientes.

111. – San Cipriano de Cartago escribe en la *Epístola a Donato* (3-4): «Cuando yacía postrado en las tinieblas de la noche, cuando zozobraba en medio del mar borrascoso de este mundo y andaba vacilante en el camino del error sin saber qué sería de mi vida, desviado de la luz de la verdad, imaginaba que sería difícil y duro,

en mi situación, lo que me prometía la divina misericordia: que uno pudiera renacer y que –animado de una nueva vida por el baño del agua de salvación– dejara lo que había sido y cambiara el hombre viejo de espíritu y mente, aunque permaneciera en el mismo cuerpo humano. ¿Cómo es posible, me decía, tal transformación? Esto me decía una y mil veces a mí mismo. Pues, como me hallaba retenido y enredado en tantos errores de mi vida anterior, de los que no creía poder desprenderme, yo mismo condescendía con mis vicios inveterados y, desesperando de enmendarme, fomentaba mis males como hechos naturales en mí». El hombre debe elegir: Dios o nada, el silencio o el ruido.

112. – Sin las amarras del silencio, la vida es un triste movimiento, una barquichuela permanentemente azotada por la violencia del oleaje. El silencio es el muro exterior que hemos de construir para proteger un edificio interior.

113. – En realidad, es Dios quien construye la barrera que nos protege del tumulto, de los ataques exteriores y de las tempestades de este mundo. Así nos lo asegura el profeta Isaías: «Aquel día se cantará este cántico en la tierra de Judá: “Tenemos una ciudad fortificada. [El Señor] ha levantado como defensa muros y antemuros”» (Is 26, 1). Al abrigo de esa muralla vivimos en el silencio y en el corazón de Dios; y nuestra mirada está constantemente vuelta hacia Él, porque queremos verle.

¿Por qué *muros y antemuros*? Porque el hombre, en el principio, estaba destinado a vivir con Dios. Pero al ceder ante el pecado no fue expulsado solamente del paraíso, sino de dentro de sí mismo, y quedó expuesto a la intemperie y las tinieblas. Con su encarnación Dios ha venido a abolir las consecuencias del pecado original y a devolver al hombre su destino y su vocación primera. Al encarnarse

y asumir nuestra condición humana, Jesús ha permitido al hombre retomar el camino de la interioridad. Es Cristo quien, con su venida a la tierra, vuelve a traer al hombre desterrado las alegrías de la contemplación, de la *lux interna*. Cristo es, de algún modo, el muro que protege el edificio espiritual que es la Iglesia. Pero es también el muro exterior que protege nuestro edificio interior.

«Adviértase –comenta san Gregorio– cómo a ese muro del edificio espiritual se le llama exterior. En efecto, el muro que se construye para proteger un edificio suele situarse de ordinario no en el interior, sino en el exterior. ¿De dónde, pues, la necesidad de decir que es exterior, si de ordinario ese muro no se construye nunca en el interior? Porque es indispensable hacerlo así si se quiere que el muro levantado por fuera defienda lo que hay dentro. ¿No se está refiriendo este término a la Encarnación del Señor? Pues, si para nosotros Dios es un muro interior, Dios hecho hombre es un muro exterior. De ahí que diga el profeta: “Has salido a salvar a tu pueblo, a salvar a tu Ungido” (*Ha* 3, 13). Y, en efecto, ese muro, es decir, el Señor encarnado, no sería para nosotros un muro si no se hallara fuera, pues no nos protegería por dentro si no estuviera por fuera».

114. – Por su parte, el *Silence cartusien* de dom Augustin Guillerand contiene estas maravillosas palabras: «Entre nosotros, los cartujos, las palabras que no pronunciamos se convierten en oraciones. Ahí reside nuestra fuerza y solo podemos hacer algún bien a través de ese gran instrumento que es el silencio. Hablamos a Dios de aquellos con quienes no hablamos». Continúa: «No debemos tener miedo ni de nosotros mismos ni de los demás. Hay que mirar la vida real cara a cara. Esa mirada profunda y prolongada nos dará a Dios: porque Dios está en el fondo de todo. Ese es el querer (o el amor) que buscamos. Es ahí donde nos llama

Dios. Y solo se llega allí después de un largo viaje que nos separa de las criaturas y de nosotros mismos (...). En este mundo el amor silencioso es la ciencia y la luz supremas». Y concluye: «En el silencio, la tristeza es mirarse a uno mismo; la alegría es mirar a Dios. Por qué el silencio: hay que salir de uno mismo, pensar en Dios y no en uno mismo».

115. – No cabe duda alguna de que el silencio conduce a Dios, siempre que el hombre deje de mirarse a sí mismo. Porque la experiencia del silencio contiene una trampa: el narcisismo y el egoísmo.

116. – El silencio contemplativo es un silencio de adoración y de escucha del hombre que se presenta ante Dios. Presentarse en silencio ante Dios es orar. La oración nos exige conseguir hacer el silencio para oír y escuchar a Dios.

El silencio requiere una disponibilidad total a la voluntad de Dios. El hombre tiene que estar completamente vuelto hacia Él y hacia sus hermanos. El silencio es una conquista y una dádiva: en él los ojos de Dios se convierten en los nuestros y el corazón de Dios en una marca en nuestro corazón. No podemos quedarnos ante el fuego del silencio sin quemarnos.

Los amigos de Dios y quienes le aman son irradiados por Él. Cuanto más callan, más aman a Dios. Cuanto más se vacían de sí mismos, más se llenan de Dios. Cuanto más conversan con Dios, cara a cara, más brillan sus rostros con la luz y el resplandor de Dios, como Moisés al salir de la tienda de la reunión (*Ex 34, 29-35*).

117. – Hay almas que reivindican la soledad para encontrarse a sí mismas; y hay almas que la buscan para entregarse a Dios y a los demás.

118. – En el silencio, la alegría de Dios se convierte en nuestra alegría. Estar en silencio ante Dios es casi parecerse a Dios.

119. – «La vida –comenta dom Guillerand con rotundidad– son unos cuantos minutos que pasamos juntos a la espera del gran encuentro definitivo en la patria donde no existe más que un minuto..., pero un minuto eterno. Y, si nos ejercitamos un poco, podemos comenzar a vivirla aquí a través del silencio y la soledad».

El silencio y la soledad son un pequeño anticipo de esa eternidad en la que estaremos constantemente en presencia de Dios, irradiados por Él, el más silencioso porque es el más Enamorado.

120. – El silencio y la soledad son cosas muy simples, igual que Dios es infinitamente simple. En *Amour et silence* [Amor y silencio], dom Jean-Baptiste Porion escribe: «Es el Señor mismo quien nos invita a ello: *Sed sencillos como las palomas (Mt 10, 16)*. El hombre es un ser complicado y, por desgracia, da la impresión de empeñarse en complicarse aún más en su relación con Dios. Dios, por el contrario, es la simplicidad absoluta. Cuanto más nos complicamos, más nos alejamos de Dios; en la medida en que nos volvemos sencillos, podemos acercarnos a Él».

El silencio es un paraíso, pero el hombre no lo ve de forma inmediata. Está lleno de contradicciones. Ante Dios hemos de ser como niños. Y, sin embargo, empleamos multitud de medios para hacer difícil, oscura y hasta inexistente nuestra relación con Él. El

hombre ha perdido la sencillez de la infancia. Por eso le cuesta tanto el silencio. Y lo rechaza hasta tal punto que quiere convertirse en Dios.

En el silencio el hombre no puede ser una falsa divinidad, sino limitarse a permanecer en un luminoso cara a cara con Dios.

—En sus Confesiones, san Agustín nos confía su propia experiencia con estas maravillosas palabras: «¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y he aquí que Tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te buscaba. Y deforme como era me lanzaba sobre estas cosas hermosas que Tú creaste. Tú estabas conmigo, mas yo no estaba contigo. Me retenían lejos de ti aquellas cosas que, si no estuvieran en ti, no serían. Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y disipaste mi ceguera. Exhalaste tu perfume y respiré, y suspiro por ti. Te degusté, y siento hambre y sed. Me tocaste, y abraséme por obtener tu paz». ¿Dónde se encuentran, en definitiva, las moradas de la soledad y el silencio?

121. – Es Jesús mismo quien enseña a los hombres cuáles son las auténticas moradas de la soledad y el silencio. Esas moradas son, en primer lugar, la intimidad de nuestro aposento después de cerrar la puerta para estar a solas, en lo secreto de un diálogo íntimo con Dios. Son la penumbra de una capilla, lugar de soledad, de silencio y de intimidad, donde nos aguarda la Presencia de todas las presencias: Jesús-Eucaristía. Y son también los templos, los lugares santos y los monasterios creados para permitirnos consagrar unos días al Señor. Son, por último, las casas de Dios, nuestras iglesias, cuando los sacerdotes y los fieles se esmeran en respetar su carácter sagrado para que no se conviertan en museos, en salas de espectáculos o de conciertos, y continúen siendo lugares santos dedicados exclusivamente a la oración y a Dios.

122. – No dudemos en conceder un lugar privilegiado a nuestra oración silenciosa diaria en la soledad de nuestro aposento. En perfecta simbiosis con los claustros de los monasterios, hemos de vivir una relación íntima con Dios dentro del templo de nuestro aposento; hemos de librar con la oración y el silencio el buen combate de la fe. Hoy, en este mundo pagano hinchado de ídolos que alardea de los pecados más abominables, es Dios quien, por boca del profeta Isaías, nos pide que entremos en nuestro aposento para ponernos a resguardo de toda contaminación y de toda servidumbre del pecado; pero, sobre todo, para orar con intensidad por nuestra conversión: «Anda, pueblo mío, entra en tus moradas, cierra tus puertas tras de ti; escóndete un instante. Porque el Señor sale de su sede, para pedir cuentas del pecado de los que habitan la tierra (...). A no ser que se acoja a mi protección, que haga la paz conmigo, que conmigo haga la paz» (*Is 26, 20-21; 27, 5*). Podremos ser verdaderos contemplativos, viviremos en paz con Dios, si hacemos de nuestras casas templos de Dios.

123. – El trayecto que hay que recorrer para llegar a los límites de nuestro territorio interior es tan largo y tan empinado que hace necesarias las paradas que brindan esas casas cuyas columnas intangibles son el silencio y la soledad. La intimidad sagrada de una capilla, de una habitación o del claustro de un monasterio es símbolo de la pureza del paraíso. En ese bendito lugar, la soledad y el silencio alcanzan una forma de perfección estética y espiritual.

124. – Si caminamos hacia Dios, llega un momento en que la palabra se vuelve inútil y pierde interés, porque lo único que importa es la contemplación. Por eso la vida monástica permite contemplar a Dios mejor que cualquier otra realidad. El silencio de los monasterios ofrece el mejor estuche de este mundo al hombre que quiere elevarse hacia Aquel que le aguarda.

En *Amour et silence*, dom Jean-Baptiste Porion dice con enorme acierto: «Toda vida es misteriosa en su principio y en su proceso. La vida contemplativa es la vida más profunda y la más auténtica. Por eso es también la más oculta y la más inexplicable. Demasiado simple y demasiado espiritual para que las palabras humanas sean capaces de expresarla en su totalidad (...). La entrada en el claustro es convertirse, es decir, girarse: dar la espalda al mundo y volverse hacia Dios. Ese es el principio tanto de la vida cartujana como de toda vida religiosa. Quienes son conducidos a la soledad por una llamada divina han escuchado la palabra evangélica: *Poenitentiam agite. Vade, vende quod habes* [Haced penitencia. Id y vende lo que tienes]. Y han empezado por hacer el esfuerzo de desprenderse de la criatura para romper las cadenas de nuestra servidumbre. Estos actos de desprendimiento y sometimiento nunca dejarán de ser necesarios. Siempre habremos de luchar contra nuestra naturaleza caída. *Militia est vita hominis super terram* – La vida del hombre sobre la tierra es lucha».

125. – El claustro materializa la *fuga mundi*, la huida del mundo para encontrar la soledad y el silencio. Representa el fin del tumulto, de la luz artificial, de las tristes drogas que son el ruido y la codicia de poseer cada vez más bienes, para mirar al cielo. El hombre que entra en un monasterio busca el silencio para encontrar a Dios. Quiere amar a Dios por encima de todo, como su único bien y su única riqueza: «Para poder amar mucho a Dios en el Cielo – dice san Alfonso María de Liguori en su *Discurso para la novena de Navidad*– es necesario, en primer lugar, amarlo mucho en la tierra. El grado de nuestro amor a Dios, al final de nuestra vida, será la medida de nuestro amor de Dios durante la eternidad. ¿Queremos tener la certeza de no separarnos de este soberano Bien en la vida presente? Estrechémosle cada vez más por los vínculos de nuestro amor, diciéndole con la esposa del Cantar de los Cantares:

“Encontré al amor de mi alma: lo abracé y no lo solté”. ¿Cómo ha apresado la esposa sagrada a su amado? “Es con el brazo de la caridad con lo que se apresa a Dios”, afirma san Ambrosio. Dichoso aquel que pueda escribir con san Pablo: “Que los ricos posean sus riquezas, que los reyes posean sus reinos: pero para nosotros ¡nuestra gloria, nuestra riqueza y nuestro reino es Cristo!”. Y con san Ignacio: “Dame solo tu amor y tu gracia, eso me basta”. Haz que te ame y que yo sea amado por ti; no deseo ni desearé otra cosa».

En el discurso pronunciado el 12 de septiembre de 2008 en el Colegio de los Bernardinos de París, Benedicto XVI expresó mejor que ningún otro papa el hermoso misterio de la vida contemplativa: «Comenzamos indicando que, en el resquebrajamiento de las estructuras y seguridades antiguas, la actitud de fondo de los monjes era el *quaerere Deum*: la búsqueda de Dios. Podríamos decir que esta es la actitud verdaderamente filosófica: mirar más allá de las cosas penúltimas y lanzarse a la búsqueda de las últimas, las verdaderas».

126. – El monje emprende un camino empinado y largo; no obstante, ya sabe cuál es su destino: la palabra de la Biblia en la que escucha a Dios. A partir de ahí, debe esforzarse por comprenderle para poder dirigirse hacia Él. De este modo, el recorrido de los monjes, por imposible que resulte medir su progreso, se lleva a cabo en el corazón de la Palabra recibida y meditada a través de la liturgia. En esta búsqueda de Dios el monje se ve firmemente atrapado por el silencio de Cristo en su Pasión: es Él quien le arrastra.

Desde luego, hay una parte de renuncia que consiste en un despojamiento en Dios, en la predisposición a la escucha y a la adoración silenciosas. Se trata de un largo trayecto hacia Él a la luz

de la Palabra de la Biblia. El silencio siempre es enemigo de las visiones superficiales, de las mundanidades y los artificios.

127. – El mundo puede perseguir al hombre hasta cualquier lugar donde se esconda, incluidos el silencio y la soledad de un claustro. El orgullo, las pasiones y la hipocresía pretenden recuperar sus derechos más perversos sobre el alma. Entonces, agazaparse en el silencio y en el corazón de Dios, con la Biblia abierta sobre nuestras cabezas –como las alas del Espíritu Santo–, es el mejor antídoto, el único necesario para expulsar de nuestro territorio interior lo inútil, lo superfluo, lo mundano e incluso nuestro propio yo.

128. – La tradición monástica llama *silencio mayor* al clima nocturno de paz que debe reinar, generalmente desde completas hasta prima, tanto en el espacio comunitario como en cada celda, para estar a solas con uno mismo y con Dios. Pero cualquier persona debería crear y construir su propio claustro interior, *un muro y antemuro*, un desierto privado en el que encontrar a Dios en la soledad y el silencio.

129. – En sus *Écrits monastiques*, el padre Jérôme revela lo que para él es una evidencia: «Tener derecho –y un derecho reconocido por ser un derecho religioso– a refugiarse en el silencio: ¡qué privilegio! Un derecho, por otra parte, que solo es privilegio si se tiene el valor de ejercitarlo». El silencio es el privilegio de los valientes. Tal vez caigan y pierdan la esperanza, pero el silencio siempre será capaz de volver a levantarlos, porque conlleva una presencia y un origen divinos. El silencio es una conversión que nunca se logra fácilmente.

130. – Dom Guillerand escribe en su *Silence cartusien*: «Quiero acostumbrarme a ver en la oscuridad donde la luz se hace más tenue para alcanzarme sin herirme; a escuchar ese silencio donde habla la voz que lo dice todo sin palabras; a amar ese Amor que se entrega iluminándome y hablándome de esa forma que está por encima de mí, más cercana a la luz y la verdad».

131. – Físicamente, los rostros de los hombres de silencio son distintos de los que están desfigurados por los ruidos del placer y los artificios de un mundo sin Dios. Sus rasgos, sus miradas y sus sonrisas se hallan marcados por la fuerza del silencio. Los grandes monjes están acostumbrados a mirar en la oscuridad y siempre pueden encontrar la luz que es Dios. Porque Dios está escondido, *Deus absconditus*, envuelto en un velo que solo el silencio es capaz de correr. La oscuridad del silencio permite al hombre fijar la mirada en Dios. El silencio es misterio; y el misterio más grande, Dios, permanece en silencio. Me gusta recordar estas palabras del poeta Patrice de la Tour du Pin: «En toda vida, el silencio dice Dios. Todo cuanto es se estremece por ser suyo. Sed la voz del silencio que obra, mima la vida, es ella la que alaba a Dios».

132. – La vida monástica, la vida de los hombres de soledad y de silencio, es un ascenso a las alturas, no un reposo en las alturas. Los monjes no dejan de ascender cada vez más alto, porque Dios es cada vez mayor. Jamás podremos alcanzarle en esta tierra. Pero nada mejor que la soledad y el silencio para acompañarnos en nuestro viaje terrenal hacia Él.

133. – No solo en los claustros se puede buscar a Dios. A san Agustín lo arrancaron brutalmente de su monasterio para consagrarlo obispo de Hipona. Abrumado por una carga episcopal

extenuante, agobiado por sus múltiples obligaciones pastorales, su actividad episcopal le resulta más de una vez una *sarcina episcopalis*. Este término popular del lenguaje militar designa el equipaje del soldado, el *macuto*. Y el *macuto* que el obispo de Hipona debe cargarse a diario a la espalda es especialmente pesado. Pese a un ministerio monopolizador y a tantos asuntos seculares que afrontar, Agustín encuentra un tiempo de silencio y soledad para leer, estudiar, meditar las Sagradas Escrituras, orar mucho, redactar sus obras dogmáticas, ocuparse de la catequesis y la enseñanza. El ejemplo de Agustín pertenece a la Iglesia: no a una Iglesia abstracta o ideal, sino a la comunidad de Hipona cuyos rostros y arrugas, cuyas miserias y sufrimientos conoce bien. Con ella reza, ayuna, sufre y camina hacia esa conversión diaria, imprescindible para vivir plenamente por Dios, con Dios y en Dios. Agustín traslada la experiencia de esta comunidad en sus comentarios a los salmos, donde le encontramos en toda su esencia: «Desde que el Cuerpo de Cristo ha comenzado a gemir en sus angustias, hasta el fin del mundo, en que pasarán estas torturas, este hombre está gimiendo y clamando a Dios».

Ese Dios que le desea, ese Dios presente en sus hermanos, ese Dios presente en lo más íntimo de su alma, es el mismo al que confía en abrazar –más allá de toda búsqueda teológica– en la oración silenciosa. Hacia Él tiende todo su ser, abrasado por el Amor. ¡Cuántas veces ha oteado el horizonte para verle acercarse, para reposar en Él y gozar de su Presencia! Agustín se describe a sí mismo como un hombre en la tienda de Dios, «llevado por el júbilo del sonido interior, arrebatado por su dulzura», por las notas divinas que acallan los ruidos de la carne y de la sangre y lo encaminan hacia la Casa de Dios. Pero sabe que el éxtasis solo dura un instante. Y a diario vuelve a caer en las miserias humanas. Gime en la debilidad de su carne. No obstante, lo arrastra una espera, la razón misma de su viaje. «Canta y camina», repite Agustín: Dios

está al final del camino, y él nota ya la presión de su mano...

—*¿El silencio es el exilio de la palabra? En su vida personal, ¿alguna vez le han resultado las palabras demasiado molestas, demasiado pesadas, demasiado ruidosas?*

134. – Todos necesitamos cultivar el silencio y rodearlo con una barrera interior.

En mi oración y en mi vida interior siempre he sentido la necesidad de un silencio más profundo y completo. Ese sigilo no se traduce en pensar en mí mismo, sino en volver hacia Dios mi mirada, mi ser y mi alma. Los días de soledad, de silencio y de ayuno absoluto han sido un gran apoyo. Una gracia increíble, una lenta purificación y un encuentro personal con un Dios que quería arrastrarme poco a poco hacia una vida interior más densa para entablar con Él una relación de intimidad. Los días de soledad, silencio y ayuno, con el único alimento de la Palabra de Dios, permiten al hombre cimentar su vida sobre lo esencial.

Sabía que así podía adquirir un vigor y una frescura espirituales semejantes a los del árbol plantado junto al agua, que extiende sus raíces a la corriente. Ese árbol no teme que llegue el calor y sus hojas permanecen lozanas; no se inquieta en años de sequía ni deja de dar frutos (*Jr 17, 7-8*). El silencio y el desarrollo de mi vida interior son una necesidad absoluta: las almas consagradas y los sacerdotes no deben olvidarlo nunca.

135. – En *Ensayo para contribuir a una gramática del asentimiento*, el beato John Henry Newman dirige amargos reproches como estos a los sacerdotes: «El silencio conserva el calor interior del fervor religioso. Este calor manifiesta la vida del

Espíritu Santo en nosotros. El silencio permite alimentar y mantener encendido el fuego divino en nosotros (...). La vida del Espíritu requiere vigilancia. Si queremos dar testimonio de la presencia del Espíritu Santo en el mundo, debemos alimentar especialmente y con el mayor esmero el fuego interior. No es de extrañar que muchos sacerdotes se hayan convertido en envoltorios sin alma, hombres que hablan mucho y comparten multitud de experiencias, pero en quienes se ha extinguido el fuego del Espíritu de Dios, y solo expresan ideas insignificantes o sentimientos insulsos. A veces da la impresión de que no estamos del todo seguros de que el Espíritu de Dios sea capaz de tocar el corazón humano: nos creemos en la obligación de remediar esa deficiencia y de convencer a los demás de su poder con abundancia de palabras. Pero es precisamente esa incredulidad charlatana la que extingue el fuego (...). Para quienes ejercemos un apostolado, la mayor tentación es el exceso de palabras, que debilitan nuestra fe y nos hacen tibios. El silencio es una disciplina sagrada, centinela del Espíritu Santo».

San Juan es particularmente claro a este respecto: «Si me amáis, guardaréis mis mandamientos; y yo rogaré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros siempre: el Espíritu de la verdad, al que el mundo no puede recibir porque no le ve ni le conoce; vosotros le conocéis porque permanece a vuestro lado y está en vosotros. No os dejaré huérfanos, yo volveré a vosotros» (Jn 14, 15-18).

Después de su Ascensión, Cristo no dejó huérfanos a los hombres. Como al principio de la creación, igual que una brisa ligera, «el soplo de Dios se cernía sobre las aguas»; así puso el Hijo de Dios a la humanidad en manos del Espíritu Santo, que derrama el amor del Padre y reparte en silencio su luz y su sabiduría. Por eso es absolutamente imposible dejarse guiar por el Espíritu Santo en

medio del ruido y la agitación del mundo.

Sin duda alguna, a Cristo le aflige ver y escuchar cómo algunos sacerdotes y obispos que deberían garantizar la integridad de la enseñanza del Evangelio y de la doctrina repiten palabras y escritos que rebajan el rigor del Evangelio con afirmaciones deliberadamente ambiguas y confusas. A esos sacerdotes y a esos prelados que dan la impresión de llevar la contraria a la enseñanza tradicional de la Iglesia en materia de doctrina y moral no está de más recordarles las severas palabras de Cristo: «Os digo que todo pecado y blasfemia se les perdonará a los hombres; pero la blasfemia contra el Espíritu Santo no será perdonada. A cualquiera que diga una palabra contra el Hijo del Hombre, se le perdonará; pero al que hable contra el Espíritu Santo no se le perdonará ni en este mundo ni en el venidero»; «será reo de delito eterno», añade Marcos (*Mt* 12, 31-32; *Lc* 12, 10; *Mc* 3, 29).

Es verdad que tenemos el deber de buscar nuevos caminos pastorales. Pero en su *Comentario sobre el evangelio de san Juan* advierte santo Tomás de Aquino: «Si buscas, pues, por dónde has de ir, acoge en ti a Cristo, porque Él es el camino: este es el camino, caminad por él. Y san Agustín dice: “Camina a través del hombre y llegarás a Dios”. Es mejor andar por el camino, aunque sea cojeando, que caminar rápidamente fuera de camino. Porque el que va cojeando por el camino, aunque adelante poco, se va acercando al término; pero el que anda fuera del camino, cuanto más corre, tanto más se va alejando del término. Si buscas adónde has de ir, adhiérete a Cristo, porque Él es la verdad a la que deseamos llegar».

La afirmación de Newman acerca de los sacerdotes que se han apropiado de la palabra de Dios, de los sacramentos y la liturgia demuestra claramente que existe un estrecho vínculo entre el silencio y la fidelidad al Espíritu Santo. Sin la ascesis del silencio

los pastores se convierten en hombres irrelevantes, prisioneros de una verborrea tediosa y patética. Sin la vida del Espíritu Santo y sin el silencio, la enseñanza del sacerdote no es más que palabrería confusa, desprovista de consistencia. La palabra del sacerdote debe ser expresión del alma y signo de la presencia divina.

La reflexión de Newman vale para todos los hombres. Cuanto más cerca estamos del Espíritu Santo, más silenciosos somos; y, cuanto más nos alejamos de Él, más charlatanes.

Todo sacerdote y todo obispo tendría que poder decir con san Agustín: *Voce Ecclesiae loquor*: mi voz es la voz de la Iglesia (*Sermo* 129, 4); y, por tanto, la voz de Jesucristo. Así, con finura y eficacia, tiene que asumir toda su responsabilidad de pastor y guía. Ningún sacerdote, ningún obispo tiene que olvidar que en el día terrible del Juicio es él quien debe responder ante Dios de los pecados de aquellos a quienes no supo sanar por culpa de su negligencia.

Escribe con gravedad san Agustín en una carta: «El honor de este siglo pasa (...). [Los honores] no servirán de defensa en el tribunal de Cristo. No pretendo pasar estos tiempos borrascosos en los honores eclesiásticos; pienso que he de dar cuenta de las ovejas a mí confiadas al Príncipe de todos los pastores. Es menester, hermano, que me perdones en atención a este temor mío. Porque mucho temo».

136. – La falta de respeto y de silencio es una blasfemia contra el Espíritu Santo. Si practica la disciplina del silencio, el sacerdote sabe someterse al Espíritu Santo. Cuando los portavoces de Dios no dejan que el Espíritu Santo hable en ellos, es inevitable que conviertan la gracia divina en una mera y detestable habilidad humana.

137. – El sacerdote es un hombre de silencio. Tiene que estar siempre a la escucha de Dios. La verdadera fuerza pastoral y misionera solo puede nacer de la oración silenciosa. Sin silencio el sacerdocio se corrompe. El sacerdote tiene que estar en las manos del Espíritu Santo. Si se aleja del Espíritu, se verá condenado a llevar a cabo un trabajo puramente humano.

138. – Verdaderamente, el Espíritu Santo sigue siendo el *Dios desconocido*, que da título al libro del sacerdote jesuita Victor Dillard, muerto en Dachau el 12 de enero de 1945. En *Au Dieu inconnu* iniciaba su reflexión con esta espléndida oración, que es una súplica, un grito dirigido al Espíritu Santo, pidiéndole que se dé a conocer, que se deje agarrar, tocar y revele su rostro. Porque tenemos un hondo deseo de verle: «Señor, haced que vea... No sé ni siquiera cómo llamaros, cómo decir: Espíritu Santo o Santo Espíritu... Trato de cogeros, de aislaros dentro de la divinidad en la que estoy inmerso. Pero la mano extendida no agarra nada y, sin darme cuenta, voy cayendo de rodillas delante del Padre, o inclinándome hacia mi Cristo interior, más familiar. Mi cuerpo se detiene. Los sentidos reclaman su ración de imágenes para permitirle al alma volar hacia vos. Y vos no le dais más que extraños alimentos materiales: una paloma, lenguas de fuego, el viento. Nada hay en esto que permita la cálida intimidad de una oración entre dos, humana, familiar. Es que estáis demasiado cerca de mí. Yo necesitaría un poco de distancia para miraros, delimitaros y delimitarme yo también frente a vos, satisfacer mi necesidad de contornos nítidos para entender nuestra unión».

La oración del padre Dillard es un reflejo de lo difícil que le resulta al creyente representarse la originalidad de la persona divina del Espíritu Santo. No obstante, en el corazón de la celebración eucarística se le invoca repetidamente para que santifique al pueblo

de Dios y todas las cosas, para que venga a convertir o a llevar a cabo la transustanciación, es decir, la transformación de la sustancia del pan y del vino en la del cuerpo y la sangre de Jesucristo en la Eucaristía.

139. – Cristo nos ha dado el gran silencio del Espíritu Santo. ¿Cómo olvidarlo? Si los hombres se alejan del fuego devorador del silencio del Espíritu, acaban siempre adorando a los ídolos. Hay que alimentar el fuego silencioso de Pentecostés. Sin el silencio del Espíritu, los hombres son envoltorios vacíos.

140. – El silencio no es el exilio de la palabra. Es el amor de la Palabra única. La abundancia de palabras, por el contrario, es el síntoma de la duda. La incredulidad siempre es charlatana.

141. – Solemos olvidar que a Cristo le gustaba guardar silencio. Marchaba al desierto no para exiliarse, sino para encontrar a Dios. Y en el momento más crucial de su vida, mientras los gritos brotaban por doquier cubriéndole de mentiras y calumnias, cuando el sumo sacerdote le preguntó: ¿No dices nada?, Jesús optó por el silencio.

Existe una auténtica amnesia que nos impide saber que el silencio es sagrado porque en él reside Dios. ¿Cómo redescubrir el significado del silencio en cuanto manifestación de Dios? Ahí está el drama del mundo moderno: el hombre se aleja de Dios porque ha dejado de creer en el valor del silencio.

142. – Sin el silencio, Dios desaparece en medio del ruido. Y ese ruido se vuelve tanto más obsesivo cuanto más ausente se halla Dios. El mundo está perdido si no redescubre el silencio. Entonces

la tierra se precipita en la nada.

—¿Existe el silencio de escucha? Puede resultar paradójico querer comprender al otro guardando silencio...

143. – Para escuchar hay que callar. Y no me refiero solamente a obligarse a un silencio físico que no interrumpa el discurso del otro, sino al silencio interior, es decir, a un silencio que no tiene como único objetivo acoger la palabra del otro; y también a un corazón rebosante de amor humilde y rico en capacidad de atención, en la acogida amistosa, en el anonadamiento voluntario, reforzado por la conciencia de nuestra pobreza.

El silencio de escucha es atención, es don de uno mismo y señal de elegancia moral. Debe ser expresión de la conciencia de nuestra humildad para aceptar recibir del otro un don que Dios nos hace. Porque el otro siempre es una riqueza y un don precioso que Dios nos ofrece para crecer en humildad, en humanidad y en nobleza.

Creo que la relación humana más imperfecta es precisamente aquella en la que falta el silencio de atención.

144. – Hay que imponer silencio al quehacer del pensamiento, calmar la agitación del corazón, el tumulto de las preocupaciones, y eliminar toda distracción artificial. No hay nada que permita comprender mejor la escucha que la relación entre el silencio y la escucha, la atención y el don. San Juan escribe en su prólogo: «Y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la recibieron» (*Jn 1, 5*). El silencio de escucha es un encuentro silencioso de corazón a corazón.

¿Cómo puede el corazón acoger plenamente al otro si no es en

el silencio? Este no encuentra explicación a través de la inteligencia, sino del alma.

145. – De un modo semejante, la música se escucha plenamente cuando todo se calla alrededor de nosotros y dentro de nosotros, del modo más absoluto, con los ojos cerrados. No soy capaz de expresar mejor ese silencio de escucha que evocando el hechizo del órgano cuando llena la iglesia con su canto. Entonces escuchamos sin ver nada de lo que acontece en lo alto de la tribuna donde está situado: su sonido llega desde una oscuridad maternal y, bajo las bóvedas inertes y sombrías, nos envuelve como un sudario.

No hay duda de que el silencio de escucha más sublime se produce cuando la propia palabra, sin perder nada de su vitalidad, se presenta silenciosamente en la lectura, ese encuentro entre una palabra privada de sonido y un destinatario totalmente volcado hacia el interior de sí mismo en una perfecta soledad de acogida.

—¿Qué decir del silencio de la memoria? Y no me refiero al silencio de la enfermedad, cuando el hombre pierde sus recuerdos y sus referencias.

146. – La memoria es una palabra fecundada por el Espíritu Santo. Es un enterramiento, un suelo arado en el que el hombre deposita la semilla de la palabra, que echa raíces y brota en silencio desarrollando una nueva vida más abundante y portadora de esperanza.

Muerta en el silencio de la escucha, la palabra vuelve a florecer bajo el sol del Espíritu Santo que la despierta a la vida. Asimilada y fecundada en la oración, aparece como un ser nuevo cargado de copiosos frutos: si el grano de trigo no muere, queda infecundo. La

muerte de la semilla es la vida de la planta. Y la planta, el único ser de la naturaleza que es a la vez silencioso y animado, se presenta ante nosotros como la imagen más perfecta de lo que ocurre en los momentos que siguen a la escucha silenciosa.

La tradición especulativa de la *lectio divina*, que ha recorrido el cristianismo desde Orígenes hasta nuestros días, hace que la *lectio* vaya seguida de la *meditatio*, y la *meditatio* de la *oratio*. Reservada por naturaleza a un estado en el que nos dirigimos a Dios, la lección de la *lectio divina* es un perfecto reflejo de las riquezas del silencio.

147. – El silencio de la memoria es la paz del alma y del corazón. El silencio de la memoria es un hombre libre e íntegro.

—*En su Diario de un cura rural, Georges Bernanos escribe: «¡Guardar silencio! ¡Qué palabras más extrañas, cuando es el silencio quien nos guarda!». ¿Cómo comprender esta manifestación de irracionalidad de los hombres frente al silencio?*

148. – El padre Jérôme ha intentado dar respuesta a esta cuestión. En sus *Écrits monastiques* escribe: «El silencio es un misterio; o, para ser más exactos, la actitud de las personas con respecto al silencio conlleva un problema casi misterioso. Todas las personas sensatas admiran el silencio; todas están convencidas de su utilidad; pero casi nunca quieren dar un paso más». Continúa el monje trapense: «Para practicar la caridad: hacerse violencia, frenarse, no exponer a los demás a esos ruidos capaces de agitar los espíritus: porque esa agitación, sencillamente, aparta de Dios».

El ruido nos rodea y nos asedia. El ruido de nuestras ciudades siempre activas, ruido de coches, de aviones, de las máquinas de fuera y de dentro de nuestras casas. Junto a ese ruido que se nos

impone, están los ruidos que producimos o elegimos nosotros. Tal es la banda sonora de nuestra vida ordinaria. Ese ruido suele tener de manera inconsciente una función que no nos atrevemos a confesar: enmascarar y ahogar ese otro ruido que ocupa e invade nuestra interioridad. Es imposible no sorprenderse ante los esfuerzos que dedicamos sin tregua a ahogar los silencios de Dios.

149. – El ruido es un allanamiento del alma, la ruina *silenciosa* de la interioridad. El hombre tiende siempre a quedarse fuera de sí mismo. Aun así, debemos regresar una y otra vez a la ciudadela interior.

150. – Ese ruido lo descubrimos dolorosamente cuando decidimos detenernos para entrar en oración. Muchas veces nuestro templo interior se halla invadido por un inmenso jaleo. El mundo moderno ha multiplicado los ruidos más tóxicos, otros tantos enemigos acérrimos de la paz del corazón. En un mundo secularizado, materialista y hedonista, en el que las guerras, las bombas y el tableteo de las metralletas, la violencia y la barbarie son moneda corriente; en el que las agresiones a la dignidad de la persona humana, la familia y la vida alcanzan al propio ser del hombre, el respeto al silencio se ha convertido en la menor preocupación de la humanidad. Y, sin embargo, Dios se esconde en el silencio.

151. – En una conferencia dedicada al silencio, el hermano carmelita Philippe de Jésus-Marie decía con elocuencia: «Presentimos que nuestra alma es originariamente un espacio de silencio, un lugar virgen, un templo en el que Dios quiere morar en paz con nosotros. Pero, cuando nos presentamos en el umbral de ese templo íntimo gracias a un movimiento de recogimiento,

descubrimos extrañas cacofonías que hacen de este templo de oración una caja de resonancia en la que acaban repercutiendo todos los aspectos de nuestra vida, en la que se manifiestan todos nuestros temores y angustias, nuestros deseos y nuestras emociones más variadas. Entonces lo fundamental ya no es sobre todo el ruido exterior, sino el silencio de los pensamientos». Por desgracia, la experiencia que describe el hermano Philippe de Jesús-Marie es hoy una realidad ampliamente compartida, especialmente en el mundo occidental, pero también fuera de él.

Algún día, más allá del ruido invasivo que teje perversamente tantas vidas, lo que importará es escuchar de nuevo «un susurro de brisa suave», la voz de Dios que volverá a decirnos: «¿Qué te trae aquí, Elías?» (1 R 19, 12-13).

152. – En el *Castillo interior*, Teresa de Ávila describe con notable precisión esta experiencia universal: «No parece sino que están en ella [en la cabeza] muchos ríos caudalosos y, por otra parte, que estas aguas se despeñan; muchos pajarillos y silbos, y no en los oídos, sino en lo superior de la cabeza, adonde dicen que está lo superior del alma».

153. – El hermano carmelita Philippe de Jesús-Marie escribe: «En el tiempo de oración hay que renunciar completamente a coger en marcha los trenes y los barcos que van pasando. Para ello es fundamental no identificarnos con esos pensamientos, sino ser conscientes de que se llegan a nosotros, que no son nosotros, que se despliegan sobre el telón de fondo de nuestro silencio interior (...). Todo lo que se nos pide ante Él es permanecer en el silencio: esa es la alabanza más hermosa que podemos dirigirle».

Todos nos subimos a «los trenes y los barcos que pasan».

Muchas veces entramos con ellos en las capillas y en las iglesias. Puede ser incluso que no seamos del todo conscientes del ruido que nos acompaña en la casa de Dios.

154. – Sé que es muy difícil dejar a un lado los mil problemas que pueden acosarnos y perturbar nuestro silencio. ¿Cómo vamos a pedirle a una madre con un hijo gravemente enfermo que mantenga a raya los dolorosos pensamientos que no dejan de asaltarle? ¿Cómo vamos a pedirle a un hombre que acaba de perder a su esposa tras una larga enfermedad que retire el manto de la tristeza que le rompe el corazón para recuperar cierto nivel de silencio?

Por difícil que sea la vida diaria, Dios no está menos presente en cada uno de nosotros. Es un Dios paciente, fiel y misericordioso, que nunca se cansa de esperar. Quizá lo más arduo sea entrar en nosotros mismos, hacer silencio, volvernos hacia el Padre, arrepentirnos y decir: «¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan abundante mientras yo aquí me muero de hambre! Me levantaré e iré a mi padre y le diré: “Padre, he pecado contra el Cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; trátame como a uno de tus jornaleros”. Y levantándose se puso en camino hacia la casa de su padre» (Lc 15, 17-20). El camino hacia el Cielo consiste en volver a encontrar nuestra interioridad silenciosa en la que Dios habita y nos espera escrutando el horizonte.

155. – En una conferencia sobre *El sonido del silencio en el santo desierto*, el hermano carmelita Jean-Gabriel de l’Enfant-Jésus decía: «Cuando leemos a los fundadores de los santos del desierto, podemos sentirnos tentados de creer que la vida del desierto está repleta de dulces coloquios con Dios, sin otra preocupación que esa *ociosidad santa* que, como dice san Juan de la Cruz en su *Cántico espiritual*, caracteriza la contemplación amorosa (...). No obstante,

lo más habitual es que el eremita se enfrente a las tinieblas de su alma de pecador. El silencio y la soledad son el terreno de una batalla espiritual contra sus tres enemigos: el mundo, el demonio y el hombre viejo (o “la carne” en el sentido paulino), el más tenaz de los tres, según san Juan de la Cruz».

Hay que proteger como un tesoro el silencio de todo ruido parásito. El ruido de nuestro “yo”, que nunca deja de reivindicar sus derechos y nos sumerge en una preocupación excesiva por nosotros mismos. El ruido de nuestra memoria que nos arrastra al pasado, el de los recuerdos y las faltas. El ruido de las tentaciones o de la tibieza, del espíritu de gula, lujuria, avaricia, ira, tristeza, vanidad, orgullo; de todo lo que es materia del combate espiritual que el hombre tiene que librar a diario. Para acallar esos ruidos parásitos, para consumirlo todo en el fuego de la dulce llama del Espíritu Santo, el mejor antídoto es el silencio.

156. – Existe una forma de gloria del silencio. San Ignacio de Loyola no duda en escribir en sus *Ejercicios espirituales*: «Cuanto más nuestra ánima se halla sola y apartada, se hace más apta para acercarse y llegar a su Criador y Señor».

157. – El silencio nunca hace exhibición de fastos y pompas: está hecho solamente a imagen de Dios. El silencio nunca nos ciega como esos ruidos de galas y oropeles, porque es un simple reflejo del amor divino.

158. – En su libro *Para un examen de sí mismo recomendado a este tiempo*, el filósofo Soren Kierkegaard resume el problema de un modo explícito y brillante: «Si de toda esta situación cristiana actual cabe decir que es una enfermedad y yo soy el médico, si

alguien me preguntara: “a su parecer, ¿cuál es el remedio?”, mi respuesta sería: “lo que es absolutamente de primera necesidad se llama *silencio*. Silencio, silencio, dadnos de nuevo el silencio. Así se escucha mejor la Palabra de Dios. Pues si es preciso proclamarla a gritos, entonces deja de ser la Palabra de Dios. Por tanto, ¡silencio! Oh, todo es ruido. Y al igual que se dice de un trago excitante que revuelve la sangre, así también en nuestro tiempo todo acontecimiento, aun el más banal, hasta el grito más tonto, solo busca agitar los sentidos o conmover a la multitud, el público, el ruido. Y ese ser poco razonable que lleva el nombre de “hombre” se pasa las noches inventando nuevos medios para aumentar el ruido, para propagar más rápidamente el alboroto y la estupidez. Sí, estamos a punto de lograr la inversión total: ahora que los medios de comunicación casi han alcanzado la cumbre de rapidez y una amplitud sin límites, nos hallamos al mismo tiempo en el punto más bajo de falta de significación de las comunicaciones. Tan grande es la prisa actual para gritar todo sobre todos, tan grande la extensión de la habladuría. Oh, por favor: silencio».

159. – Lo que más le cuesta al hombre es buscar a Dios en el silencio. Esta luz silenciosa no es una palabra humana, sino una luz humilde y pobre.

II DIOS NO HABLA, PERO SU VOZ ES NÍTIDA

¡Dichosa y muy dichosa el alma que merece ser conducida a Dios y por Dios, de suerte que, por la unidad del Espíritu en Dios, ama solo a Dios y ningún bien personal, y solo se ama a sí misma en Dios! (...) ¡«Que sean uno como nosotros»! (Jn 17, 11). Tal es el fin, tal es la consumación, la perfección, la paz, la alegría del Señor, la alegría en el Espíritu Santo; tal es el silencio en el Cielo (Ap 8, 1).

Guillermo de Saint-Thierry,
Carta a los hermanos de Mont Dei

—En El signo de Jonás, Thomas Merton afirma con elocuencia que «el problema del lenguaje es el problema del pecado. El problema del silencio es también un problema de amor. ¿Cómo puede el hombre saber si debe escribir o no, si debe hablar o no, si sus palabras y su silencio son buenos o malos, si engendran la vida o la muerte, si no comprende las dos divisiones del lenguaje: la división de Babel donde, a causa de su orgullo, los hombres quedaron separados por el lenguaje, y la división de las lenguas de fuego de Pentecostés, cuando el Espíritu Santo concedió a quienes conocían un solo dialecto hablar todas las lenguas de la tierra y devolver a todos los hombres la unidad para que “todos sean uno, como Tú, Padre, en mí y yo en ti” (Jn 17,

21-22)? Esos hombres se convirtieron, por obra del Espíritu Santo, en un fuego que abrasó toda Jerusalén (cfr. Jr 20, 9). Y Dios se manifestó a través de ellos. El Dios que habita en silencio dentro de nosotros es la única razón que nos autoriza a hablar, pero es también el que justifica una palabra densa, divina, en la medida en que esta nace del silencio y no tarda en devolver el silencio al alma».

¿Cómo entender el misterio del silencio de Dios, tan difícil de aceptar por tantos hombres de todos los tiempos?

160. – Muchos de nuestros contemporáneos no son capaces de aceptar el silencio de Dios. No admiten que se pueda establecer una comunicación si no es por medio de palabras, gestos o acciones concretas y visibles. Sin embargo, Dios habla con su silencio. El silencio de Dios es una palabra. Su Verbo es soledad.

La soledad de Dios no es una ausencia: es su propio ser, su silenciosa trascendencia.

161. – Thomas Merton piensa que «el silencio de Dios debe mostrarnos cuándo hay que hablar y cuándo hay que callar. Pero la idea del silencio nos resulta insoportable, tal es nuestro temor de perder la confianza y el respeto de los hombres».

Estamos ansiosos de dar una respuesta a tantas dificultades, sufrimientos y desastres como se abaten sobre la humanidad. Olvidamos que el origen de nuestros males es la ilusión de ser algo más que polvo. El hombre que se endiosa no quiere saber que es mortal. El salmo 102 dice que Dios conoce «de qué estamos hechos, recuerda que somos polvo. ¡El hombre! Como el heno son sus días: florece como flor silvestre; sobre él pasa el viento y no subsiste, ni se reconoce más su sitio» (*Sal* 102, 14-16).

Debemos reconocer que Dios es nuestra alegría y que en Él ese polvo nuestro puede convertirse en resplandor. El Amor de Cristo transforma en alegría el inmenso dolor de la humanidad; el secreto de la felicidad consiste en ver todo nuestro sufrimiento a la luz de la victoria de Cristo sobre la muerte. Cualquier sufrimiento contribuye de uno u otro modo a nuestra felicidad.

162. – La propia creación es una palabra silenciosa de Dios. La belleza sin palabras de la naturaleza despliega ante nuestros ojos las abundantes riquezas de un Padre que no deja de estar presente entre los hombres. La palabra divina no es perceptible a oídos demasiado humanos: y, sin embargo, es la palabra más profunda de todas. A nuestros oídos, el sol, la luna y las estrellas guardan un silencio absoluto, pero son una palabra y un mensaje esenciales en nuestra existencia terrenal. Existe un lenguaje de las estrellas que somos incapaces de conocer y entender, pero que Dios comprende perfectamente.

El *Cántico de los tres jóvenes*, el *Himno del universo* extraído del libro de Daniel que cantamos todos los domingos en la oración de la mañana, dan testimonio de que el sol y la luna, las noches y los días, las estrellas, los montes y las cumbres, manantiales, mares y ríos, los animales del mar y las aves bendicen al Señor y proclaman sus alabanzas: «El que es de Dios escucha las palabras de Dios».

¿Por qué los hombres no pueden escuchar la voz de Dios cuando habla a través de la creación? ¿De hecho nos creemos los únicos capaces de hablarle y escucharle? En *Partir antes del alba*, Julien Green escribe: «Dios habla con suma dulzura a los niños y lo que tiene que decirles suele decirlo sin palabras. La creación le proporciona el vocabulario que necesita: las hojas, las nubes, el agua que corre, un punto de luz. Es el lenguaje secreto que no se

aprende en los libros y que los niños conocen bien (...). Los niños son como un pueblo numeroso que ha recibido un secreto incommunicable que se va olvidando poco a poco porque las naciones supuestamente civilizadas se han adueñado de su destino (...). En cuanto a mí, he conocido lo que conocen los niños y ningún razonamiento de este mundo ha podido arrancarme del todo ese algo inefable. Las palabras no pueden describirlo. Se oculta bajo el suelo del lenguaje y allí enterrado sigue mudo».

163. – Estoy convencido de que Dios concede a todo hombre de fe un corazón capaz de escuchar el lenguaje de la creación. Como dice el sabio Ben Sirac, el Padre ha *plantado* su ojo en el corazón del hombre de modo que el creyente vea a Dios, a su prójimo y toda la creación con ojos divinos. Dios ha sellado mi corazón dentro del suyo. Dios habita en mi corazón. Por eso entre el hombre y Dios existe una especie de connivencia, pues comparten el mismo corazón y los mismos ojos: lo que Dios ve y escucha también puede verlo y escucharlo el hombre. Me atrevo a asegurar un amor como este.

164. – En la bajada del monte de los Olivos, Cristo se acercaba a la multitud cuando esta, llena de alegría, comenzó a alabar a Dios en voz alta por los milagros que había visto: «Bendito el Rey que viene en nombre del Señor. Paz en el cielo y gloria en las alturas». Algunos fariseos de entre la muchedumbre le dijeron: «Maestro, reprende a tus discípulos». La respuesta de Cristo a los fariseos resulta especialmente elocuente, pues confirma que la creación también es capaz de alabar a Dios: «Os digo que, si estos callan, gritarán las piedras» (*Lc 19, 40*). Hemos visto cómo la Biblia exhorta a toda la creación a alabar a Dios. Los ríos, las aves, los reptiles, el sol y la luna alaban al Señor. El lenguaje de Dios, como el de la naturaleza, no es inmediatamente perceptible por nuestra

inteligencia, pero no deja de tener una inmensa fuerza que desea comunicarse a los hombres. Entiendo por lenguaje todas las expresiones meramente humanas que unen a los hombres entre ellos. Pero no puedo olvidar el mudo lenguaje de la belleza, de los montes, del mar, de la piedra, del trueno, del fuego y de todas las criaturas que manifiestan a Dios y cantan sus alabanzas.

165. – El silencio de Dios se comprende gracias a la fe, en la meditación de la comunión que puede existir entre Él y los hombres.

El silencio divino es una revelación misteriosa. Dios no es insensible al mal. A primera vista, se podría pensar que Dios permite que el mal destruya a los hombres. Pero, aunque Dios guarde silencio, no sufre menos que nosotros ese mal que desgarrar y desfigura la tierra. Si procuramos estar junto a Él en el silencio, comprenderemos su presencia y su amor.

166. – El silencio de Dios también puede ser un reproche. ¡Cuántas veces parece que no queremos escuchar su lenguaje! Sin embargo, si hay un terremoto o una gran catástrofe natural que provoca incontables dramas humanos, le reprochamos a Dios que calle. El silencio de Dios interroga a la humanidad sobre su capacidad para entrar en el misterio de la vida y la esperanza, en el corazón mismo del sufrimiento y las pruebas. Cuanto más nos negamos a comprender ese silencio, más nos alejamos de Él. Estoy convencido de que el problema del ateísmo contemporáneo consiste antes que nada en una errónea interpretación del silencio de Dios ante las catástrofes y los sufrimientos de los hombres. Si el hombre solo ve en el silencio divino una manifestación del abandono, de la indiferencia o de la impotencia de Dios, difícilmente podrá entrar en ese misterio inefable e inaccesible. Cuanto más rechaza el

hombre el silencio de Dios, más se rebela contra Él.

167. – El silencio de Dios es inaprehensible e inaccesible. Pero el hombre que ora sabe que Él le entiende, del mismo modo que comprendió las últimas palabras de Cristo en la Cruz. La humanidad habla y Dios responde con su silencio.

168. – ¿Cómo entender los largos años de la Shoah y su abominable cortejo de campos de exterminio como el de Auschwitz-Birkenau, donde murieron tantos judíos inocentes? ¿Cómo comprender el silencio de Dios? ¿Por qué decidió no intervenir mientras masacraban a su pueblo? Un judío y filósofo alemán, Hans Jonas, ha intentado dar respuesta a esta pregunta tan dolorosa en su libro *El concepto de Dios después de Auschwitz*: «¿Qué es lo que Auschwitz tiene que añadir a lo que siempre se sabía sobre los extremos de lo horroroso y espantoso que los seres humanos pueden infligir y han infligido desde siempre a otros?». Naturalmente, Hans Jonas pone en cuestión a Dios: «Dios lo permitió. ¿Qué clase de Dios podía permitir eso?». Dios Todopoderoso no intervino para impedir la salvaje masacre de su pueblo. ¿Y por qué la permitió? Responde Hans Jonas: «Para que pueda existir el mundo, Dios renuncia a su propio ser». ¿Qué quiere decir con eso? «Para dar espacio al mundo, el Infinito tuvo que recogerse en sí mismo y así dejar nacer fuera de Él el vacío, la nada, en la cual y a partir de la cual pudo crear el mundo. Sin este recogerse en sí mismo no podría existir nada más al lado de Dios». Su conclusión es fácil de adivinar: «Al hacer esto, Dios, desde el momento de la creación, se convierte en un Dios sufriente, porque tendrá que sufrir por causa del hombre y ser defraudado por él. Será también un Dios preocupado, simplemente porque ha confiado el mundo a agentes distintos de Él, a agentes libres. En definitiva, es un Dios en peligro, un Dios que corre su propio peligro. Entonces

ese Dios no es un Dios todopoderoso. Para que la bondad de Dios sea compatible con la existencia del mal, es necesario que no sea todopoderoso. Más exactamente: es necesario que este Dios haya renunciado al poder. En el simple hecho de admitir la libertad humana reside una renuncia al poder».

169. – No obstante, si Dios no es poderoso, entonces no es Dios. Dios es Todopoderoso y, al mismo tiempo, quiere permitir que el hombre sea realmente libre. Porque la omnipotencia de Dios es la omnipotencia del Amor, y la omnipotencia del Amor es la muerte. El infinito de Dios no es un infinito en el espacio, un océano sin fondo y sin orillas: es un Amor que no tiene límites. La creación es un acto de Amor infinito. Para Hans Jonas el acto de la creación es una especie de «autolimitación» de Dios. Así pueden entenderse su silencio y su dejar hacer. El sufrimiento del hombre se convierte misteriosamente en sufrimiento de Dios. En la naturaleza divina el sufrimiento no es sinónimo de imperfección.

Este problema me trae a la memoria la carta de una madre de familia conmovida por la idea de la vulnerabilidad de Dios: «Cuando mis hijos eran pequeños, quien pensaba por ellos y decidía por ellos era yo. Todo resultaba fácil: lo único que estaba en juego era mi libertad. Pero, en un momento dado, cuando me di cuenta de que mi papel consistía en ir acostumbándolos a elegir, sentí –nada más asumirlo– que me invadía la inquietud. Al dejar que mis hijos tomaran decisiones y, por lo tanto, corrieran riesgos, al mismo tiempo yo también corría el riesgo de ver aparecer otras libertades distintas a la mía. Si con demasiada frecuencia he seguido eligiendo en su lugar, he de confesar que ha sido para ahorrarles el sufrimiento derivado de una elección que más tarde podrían lamentar; pero también, y en la misma medida –si no en mayor medida–, para no arriesgarme a vivir en desacuerdo entre su

elección y lo que a mí me gustaría verles hacer. Faltaba amor por mi parte, porque actuando así lo que quería por encima de todo era protegerme contra un posible sufrimiento: el que he experimentado cada vez que mis hijos han emprendido un camino distinto al que yo consideraba mejor para ellos. Así he conseguido entrever cómo es posible que Dios “Padre” sufra. Nosotros somos sus hijos. Quiere que seamos libres de construirnos a nosotros mismos y el Infinito de su Amor le impide toda coacción. Amor perfecto, sin traza de cálculo, pero que implica la aceptación de un sufrimiento inherente a esa libertad total que quiere para nosotros».

Crear en un Dios silencioso que «sufre» es hacer más misterioso aún el silencio de Dios, pero también más luminoso; es eliminar una falsa claridad para sustituirla por «brillantes tinieblas». Porque no hay que olvidar las palabras del salmo: «¡Que al menos me cubran las tinieblas y la luz se haga noche en torno a mí! Tampoco las tinieblas son para ti oscuras, pues la noche brilla como el día, las tinieblas como la luz» (*Sal* 139, 11-12). Este salmo puede dar fuerzas al hombre cuando le asaltan sus demonios más oscuros y siempre que sienta la tentación de rebelarse contra Dios.

El silencio de Dios es una invitación a guardar nuestro propio silencio para profundizar en el gran misterio del hombre y de sus alegrías, sus penas, su sufrimiento y su muerte.

—¿Qué respuesta dar a quienes más o menos piensan: «a Dios yo no le importo: siempre calla»?

170. – No es fácil dar con el lenguaje apropiado para hablar de un modo respetuoso y fecundo a quienes se sienten abandonados por Dios. Hay que armarse de una comprensión fraternal y de una pedagogía prudente y dejarse llevar por la oración, obra del Espíritu Santo que abre el corazón a la Palabra de Dios. Con simpatía y con

delicadeza, habremos de pedirles que acepten el misterio del silencio divino haciendo un acto de abandono y de fe en la dimensión salvífica del sufrimiento. Cuando el hombre se queda anclado a certezas materialistas y racionalistas, siempre apuesta por este hipotético abandono de Dios. Por su propia naturaleza, el amor implica un salto a lo desconocido. A la modernidad le gusta ver en el silencio de Dios la prueba fácil de su inexistencia: si existen el mal y el sufrimiento, es imposible que exista Dios.

171. – Aún sigo oyendo los sollozos de ese niño musulmán de siete años que, con los ojos anegados en lágrimas, se quejaba así: «¿Existe Alá? ¿Por qué ha permitido que maten a mi padre? ¿Por qué no ha hecho nada para impedir este crimen?». En su misterioso silencio, Dios se manifiesta en las lágrimas vertidas por el niño que sufre, y no en el orden del mundo que justifica esas lágrimas. Dios tiene su propia y misteriosa manera de estar cerca de nosotros en la prueba.

172. – Las manifestaciones exteriores no siempre son la mejor prueba de cercanía. A veces nuestros amigos más cercanos están lejos de nosotros, y eso no les impide querernos de corazón. Los padres no pasan todas las horas de su vida al lado de sus hijos, y eso no significa que se preocupen menos por ellos.

173. – Dios es un Padre que puede parecer lejano. Y, sin embargo, es un Padre que se interesa por nosotros como si estuviera lo más cerca posible de nuestro corazón. A veces nos levanta hasta la cima de la Cruz y nos deja crecer en el sufrimiento para poner a prueba nuestra madurez y nuestra intimidad con Él. Tenemos que asumir el sufrimiento como parte de nuestra humanidad. Contemplar la Cruz nos ayuda a ello. Teilhard de Chardin escribía

en una carta: «Por haber entendido plenamente el sentido de la Cruz ya no nos arriesgamos a que la vida nos parezca triste ni fea. Tan solo hemos llegado a estar aún más atentos a su inaprehensible gravedad». Y en el prólogo al libro que recoge las notas de su hermana, enferma de por vida, escribió: «Margarita, hermana mía, mientras que yo, entregado a las fuerzas positivas del universo, recorría los continentes y los mares, tú, inmóvil, yacente, transformabas en luz, en lo más hondo de ti misma, las peores sombras del mundo. A los ojos del Creador, dime: ¿cuál de los dos habrá obtenido la mejor parte?».

Mirar la Cruz hace nacer en nosotros una oración parecida a la de Jesús: «¡Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu!».

174. – Me parece lógico que el hombre que no ora nunca sea incapaz de comprender la palabra silenciosa de Dios. Cuando estamos enamorados, sin embargo, percibimos hasta el más mínimo gesto del ser amado. Lo mismo ocurre con la oración. Si tenemos la costumbre de orar con frecuencia, podremos captar el significado de los silencios de Dios. Hay señales que solo los novios son capaces de comprender. También el hombre de oración es el único que capta las señales silenciosas de afecto que recibe de Dios.

175. – Dios es un amigo discreto que acude a compartir las alegrías, las penas y las lágrimas sin esperar nada a cambio. Hay que crecer en esa amistad.

—El Apocalipsis de san Juan habla de un modo particularmente poético del «silencio en el Cielo». ¿Cuál es el significado de esos versículos que tantas interpretaciones han suscitado?

176. – En el Cielo no existe la palabra. Allá arriba los bienaventurados se comunican sin palabras. Reina un inmenso silencio de contemplación, de comunión y de amor.

177. – En la patria divina todas las almas están unidas a Dios. Se alimentan de esa visión. Las almas se hallan enteramente poseídas por su amor a Dios en un éxtasis absoluto. Existe un inmenso silencio, porque para estar unidas a Dios las almas no tienen necesidad de palabras. La angustia, las pasiones, los temores, el dolor, las envidias, los odios y las inclinaciones desaparecen. Solo existe ese encuentro de corazón a corazón con Dios. El abrazo entre Dios y las almas es eterno. El Cielo es el corazón de Dios. Y ese corazón siempre será silencio. Dios es la ternura perfecta que no necesita de palabras para propagarse. El paraíso es como un inmenso leño encendido que no se consume jamás, tal es la fuerza con que ese Amor abrasador se difunde. Allá arriba el Amor arde con una llama inocente, con un deseo puro de amar infinitamente y de sumergirse en la profundidad íntima de la Trinidad.

178. – Benedicto XVI expresa con una claridad sobrecogedora la importancia del amor de Dios. Ya en las primeras líneas de su encíclica *Deus caritas est* escribe: «Hemos creído en el amor de Dios: así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva. En su evangelio, Juan expresó este acontecimiento con las siguientes palabras: “Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que todos los que creen en él tengan vida eterna” (*Jn* 3, 16). La fe cristiana, poniendo el amor en el centro, ha asumido lo que era el núcleo de la fe de Israel, dándole al mismo tiempo una nueva profundidad y amplitud. En

efecto, el israelita creyente reza cada día con las palabras del Libro del Deuteronomio que, como bien sabe, compendian el núcleo de su existencia: “Escucha, Israel: El Señor nuestro Dios es solamente uno. Amarás al Señor con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas” (*Dt* 6, 4-5). Jesús, haciendo de ambos un único precepto, ha unido este mandamiento del amor a Dios con el del amor al prójimo, contenido en el Libro del Levítico: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (*Lv* 19, 18; cfr. *Mc* 12, 29-31). Y, puesto que es Dios quien nos ha amado primero (cfr. *1Jn* 4, 10), ahora el amor ya no es solo un *mandamiento*, sino la respuesta al don del amor, con el cual viene a nuestro encuentro».

179. – El Apocalipsis de san Juan contiene algunas descripciones misteriosas. El silencio del Cielo es un silencio de amor, de oración, de ofrenda y adoración: «Y cuando [el Cordero] abrió el séptimo sello se hizo un silencio en el cielo de una media hora (...). Vino otro ángel y se quedó en pie junto al altar con un incensario de oro. Le entregaron muchos perfumes para que los ofreciera, con las oraciones de los santos (...). Y ascendió el humo de los perfumes, con las oraciones de los santos, desde la mano del ángel hasta la presencia de Dios» (*Ap* 8, 1.3-4).

180. – La oración de san Agustín por los difuntos es de una particular belleza: «Si conocieras el don de Dios y lo que es el Cielo. Si pudieras oír el cántico de los ángeles y verme en medio de ellos. Si pudieras ver desarrollarse ante tus ojos los horizontes, los campos y los nuevos senderos que atravieso... Si por un instante pudieras contemplar, como yo, la belleza, ante la cual las bellezas palidecen. ¿Me has amado en el país de las sombras y no te resignas a verme en el de las inmutables realidades? Créeme: cuando la muerte venga a romper las ligaduras como ha roto las que a mí me encadenaban, cuando llegue el día que Dios ha fijado y conoce, y tu

alma venga a este Cielo en que te ha precedido la mía, ese día volverás a verme, sentirás que te sigo amando, que te amé, encontrarás mi corazón con todas sus ternuras purificadas. ¡Volverás a verme en transfiguración, en éxtasis, feliz! Ya no esperando la muerte, sino avanzando contigo, que te llevaré de la mano por senderos nuevos de luz... y de vida... Enjuga tu llanto, no llores si me amas».

181. – Hablar de un «silencio en el Cielo es una aventura realmente osada. Hay viajes en que lo sensato y prudente es dejarse guiar por la experiencia de quienes conocen las realidades y el medio geográficos. ¡Qué aventura tan extraordinaria la de querer reflexionar sobre el silencio del Cielo! Tenemos que encordarnos unos con otros para emprender la ruta de este misterio. Solos únicamente podemos balbucear...

182. – Son muchas las reflexiones de los Padres de la Iglesia sobre estos temas. Ellos sabían que el silencio es la suprema libertad del hombre con Dios. San Gregorio Magno tiene unas palabras extraordinariamente profundas sobre el silencio. En la *Regla pastoral* escribe: «Cuando el espíritu del hombre vive recogido, es a modo de las aguas en reposo, que tienden a las alturas, a subir a la región de donde han bajado; mientras que, si se las suelta, bajan y se derraman inútilmente por el suelo (...). No teniendo el muro del silencio para su reparo, la ciudadela del espíritu se presenta descubierta al adversario».

183. – Pienso a menudo en mi predecesor en la sede de Conakri, monseñor Raymond-Marie Tchidimbo, quien estuvo encerrado nueve años en una sórdida prisión. Le prohibieron hablar con nadie. En ese silencio aparentemente espantoso, durante ese acoso hostil y

deprimente, tuvo que volverse hacia Dios para sobrevivir. El silencio impuesto por sus verdugos se convirtió en su única expresión de amor, su única ofrenda a Dios, su única escalera para subir al Cielo y conversar con Él, cara a cara, como hablan los hombres con el amigo. Misteriosamente, su calabozo le permitió comprender un poco el inmenso silencio del Cielo. Pasó muchos meses a la espera de ser salvajemente asesinado, electrocutado o molido a palos. Pudo comprender que el misterio del mal, el misterio del sufrimiento y el misterio del silencio están íntimamente unidos. Gracias a ese encuentro íntimo con Dios en el silencio, se enfrentó serenamente a las pruebas cotidianas. Sabía que su vida no acabaría en una prisión miserable. Sabía que su prisión era como un campo labrado en el que cada día sembraba su vida como se siembra el grano, plenamente consciente de que quienes siembran con lágrimas cosechan entre cantares. Sabía que estaba en el umbral de la verdadera vida. A pesar del dolor, a pesar de tantas humillaciones físicas y morales, el silencio le dio fuerza, valor, humildad y abnegación.

184. – Por paradójico que parezca, el silencio del condenado a muerte lleva consigo todas las esperanzas. El réprobo entrevé ya en esta tierra el gran silencio del Cielo. El túnel del silencio de las abominaciones conduce a la esperanza del silencio en Dios. Porque lo único que les hace falta a los peores criminales es empujar la puerta del verdadero silencio y posar sus manos sobre las manos silenciosas de Dios: «Tal es el fin, tal es la consumación, la perfección, la paz, la alegría del Señor, la alegría en el Espíritu Santo; tal es el silencio en el Cielo». El silencio de la oración es como un silencio eucarístico, un silencio de adoración, un silencio en Dios.

185. – El 7 de junio de 2012, en la homilía de la misa del

Corpus Christi, Benedicto XVI afirmaba: «Estar todos en silencio prolongado ante el Señor presente en su Sacramento es una de las experiencias más auténticas de nuestro ser Iglesia, que va acompañado de modo complementario con la de celebrar la Eucaristía, escuchando la Palabra de Dios, cantando, acercándose juntos a la mesa del Pan de vida. Comunión y contemplación no se pueden separar, van juntas. Para comulgar verdaderamente con otra persona debo conocerla, saber estar en silencio cerca de ella, escucharla, mirarla con amor. El verdadero amor y la verdadera amistad viven siempre de esta reciprocidad de miradas, de silencios intensos, elocuentes, llenos de respeto y veneración, de manera que el encuentro se viva profundamente, de modo personal y no superficial». Este es el verdadero anticipo del silencio de Dios que todos estamos llamados a conocer.

186. – Quizá baste mirar con sencillez y admiración los rostros de los monjes mayores, arrugados y abrasados por el silencio de Dios, para acercarnos un poco a un misterio tan hermoso. Humanamente, los monjes sufren el maltrato y el desprecio de los hijos del mundo; y, sin embargo, están espiritualmente irradiados y marcados por la belleza de Cristo.

187. – El rostro de la Madre Teresa estaba calcinado por los silencios de Dios, pero transmitía y respiraba amor. A fuerza de pasar muchas horas ante la llama encendida del Sagrado Sacramento, el cara a cara diario con el Señor había bronceado y transformado su rostro.

188. – La estética del silencio no procede de lo humano: es divina. El silencio de Dios es una luz sencilla y sublime, pequeña y grandiosa.

—*Vista desde la tierra, la eternidad puede parecer larga y silenciosa...*

189. – El silencio de la eternidad es consecuencia del amor infinito de Dios. En el Cielo estaremos con Jesús, totalmente poseídos por Dios y bajo la influencia del Espíritu Santo. El hombre ya no será capaz de pronunciar una sola palabra. Ni siquiera la oración será posible: se convertirá en contemplación, en mirada de amor y adoración. El Espíritu Santo abracará las almas que marchen al Cielo: estarán plenamente entregadas al Espíritu.

190. – En este mundo es muy importante permanecer a la escucha de los silencios del Espíritu Santo. San Pablo dice con convicción: «el Espíritu acude en ayuda de nuestra flaqueza, porque no sabemos pedir como conviene, pero el mismo Espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables» (*Rm 8, 26*).

191. – En el Cielo, las almas están unidas a los ángeles y a los santos por medio del Espíritu. Por eso ya no existe la palabra. Es un silencio sin fin, envuelto en el amor de Dios. La liturgia de la eternidad es silenciosa; las almas no tienen otra cosa que hacer que asociarse al coro de los ángeles. Se hallan solamente en contemplación. Aquí en la tierra contemplar es estar ya en silencio. En el Cielo, en la visión de Dios, ese silencio se convierte en un silencio de plenitud. El silencio de la eternidad es un silencio de asombro y admiración. «Después de que mi piel se haya destruido, desde mi carne veré a Dios. Yo lo veré por mí mismo, mis ojos lo contemplarán y no otro» (*Jb 19, 26-27*). De hecho, el silencio de la eternidad está ligado a la plenitud de Dios: es un silencio trinitario.

192. – La Iglesia sabe lo difícil que le resulta al hombre

comprender el silencio de la eternidad. En la tierra hay pocas cosas capaces de hacernos entender la inmensidad del amor divino. En la misa y en la Eucaristía, la consagración y la elevación son un pequeño anticipo del silencio eterno. Si ese silencio alcanza verdadera calidad, somos capaces de entrever el silencio del Cielo.

La adoración del Sagrado Sacramento es un momento en el que la calidad del silencio interior puede permitirnos entrar un poco en el silencio de Dios. La adoración es una pequeña gota de eternidad.

El silencio de la eternidad es un silencio de amor.

—Hay una oración de Kierkegaard que busca penetrar aún más en el silencio de Dios: «No permitas que olvidemos: Tú hablas incluso cuando callas. Danos esta confianza: cuando estemos esperando tu venida, Tú callas por amor y por amor hablas. Así ocurre en el silencio, así ocurre en la palabra: Tú eres siempre el mismo Padre, el mismo corazón paternal, y nos guías con tu voz y nos elevas con tu silencio». También los silencios de Cristo pueden ser difíciles de comprender...

193. – Jesús llega a este mundo en el transcurso de una noche serena y silenciosa, mientras la humanidad duerme. Solo los pastores están despiertos (Lc 2, 8). La soledad y el silencio envuelven su nacimiento. Pasan treinta años sin que nadie le escuche. Cristo vive en Nazaret rodeado de una enorme sencillez, oculto en el silencio y en el humilde taller de José el carpintero (Mt 13, 55). Sin duda, vive en la oración, en la penitencia y en el recogimiento interior. Esta vida oculta de Jesús transcurre a la sombra silenciosa de Dios. El Hijo de María vive constantemente en la visión beatífica, en profunda comunión con el Padre e inseparablemente unido a Él.

194. – El silencio de Jesús es el silencio de Dios Padre. ¿No dijo Jesús a Felipe: «El que me ha visto a mí ha visto al Padre; ¿cómo dices tú: *muéstranos al Padre?* ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí?» (Jn 14, 9-10)? No debemos dejar de repetirnos nunca esta frase de san Juan: significa que la unidad en Jesús de Dios y el hombre manifiesta en el tiempo la unidad eterna del Padre y el Hijo en el Espíritu Santo. El silencio del Padre es el silencio del Hijo, la voz del Hijo es la voz del Padre. Escuchar a Jesús es escuchar al Padre.

195. – En Nazaret Dios estaba junto a Dios constantemente y en silencio. Dios hablaba con Dios en silencio. Cuando los hombres se interrogan sobre ese silencio, penetran en el misterio insondable y silencioso de la Trinidad.

196. – La vida pública de Cristo estuvo enraizada y fundamentada en la oración silenciosa de su vida oculta. El silencio de Cristo, Dios presente en un cuerpo humano, está escondido en el silencio de Dios. Su palabra terrenal se halla habitada por la palabra silenciosa de Dios.

Toda la vida de Jesús está envuelta en el silencio y el misterio. Si el hombre quiere imitar a Cristo, le basta con observar sus silencios.

El silencio del portal, el silencio de Nazaret, el silencio de la Cruz, el silencio de la sepultura sellada son un único silencio. Los silencios de Jesús son silencios de pobreza, de humildad, de abnegación y de abajamiento: es el abismo sin fondo de su *kénosis*, de su anonadamiento (Flp 2, 7).

197. – El silencio de Jesús en el momento del sacrificio supremo es especialmente conmovedor. Habla una sola vez para responder a Pilato cuando este le dice: «¿Eres Rey? ¿Qué has hecho?». «Mi reino no es de este mundo», responde Jesús. En ese reino incluye a Abrahán, a Isaac, a Jacob, a Juan el Bautista, a todos los santos del Cielo, pero también a la comunidad de sus discípulos que forman la Iglesia y, aunque están en el mundo, no son del mundo. Por tres veces insiste Jesús ante Pilato en que su Reino no es de este mundo (*Jn 18, 36*), porque ha comprendido que este desea conocer la verdad y defenderla. Pese a estar convencido de la inocencia de Jesús, Pilato cede ante los gritos de odio y las acusaciones que resuenan. Al enterarse de que Jesús es galileo, decide entregárselo a Herodes Antipas, tetrarca de la provincia de Galilea. Los príncipes de los sacerdotes y los escribas presentes puján aún más alto para obligar a Herodes a dictar sentencia. Sin ningún fundamento, se acusa a Jesús de todos los males. Entre los cargos se cuenta la afirmación sacrílega de Jesús de querer destruir el Templo y ser el Hijo de Dios. Para instigar a Herodes en contra de Jesús, siguen vociferando y afirmando que Cristo y Juan el Bautista se han confabulado para difamarlo por su situación de adulterio con Herodías, esposa de su hermano Filipo.

De hecho, Herodes había tomado por esposa a la mujer de Filipo. Para agravar aún más las cosas, recuerdan los elogios que Jesús ha dirigido a Juan el Bautista y su defensa durante un discurso público (*Mc 11, 9-11*). Es más, Jesús no sentía respeto alguno por el tetrarca, a quien había llegado a ultrajar llamándolo «zorro» (*Lc 13, 32*). Ahí están los príncipes de los sacerdotes y los escribas, que acusan a Jesús con saña y encarnizamiento (*Lc 23, 10*). Herodes y sus cortesanos lo tratan con desprecio y se burlan de él (*Lc 23, 11*). Pero «Jesús no le respondió nada» (*Lc 23, 9*). Jesús no quiere responder a Herodes porque ve en él a un hombre vicioso, disoluto y cruel que tiene horror a la verdad, hasta el punto de ordenar

decapitar a Juan el Bautista, la voz de Jesucristo, por dársela a conocer. ¿Cómo no va a guardar silencio el Señor ante aquel que ha quitado la vida a su propia voz?

Herodes devuelve a Jesús a Pilato, quien convoca de nuevo a los príncipes de los sacerdotes, a los magistrados y al pueblo (*Lc 23, 13*), y les dice: «Me habéis presentado a este hombre como alborotador del pueblo. Mirad: yo le he interrogado delante de vosotros, y no he encontrado en este hombre ningún delito de los que le acusáis; ni tampoco Herodes, porque nos lo ha devuelto; por tanto, nada ha hecho que merezca la muerte. Así que después de castigarle lo soltaré» (*Lc 23, 14-16*). Jesús no responde nada a ninguna de las falsas acusaciones de los príncipes de los sacerdotes y de los ancianos, meros clamores, mera confusión y envidia, y un odio incontrolado (*Mt 27, 14*). Con su silencio, Jesús quiere mostrar cuánto desprecia las mentiras, Él que es la verdad, la luz y el único camino que conduce a la Vida. Su causa no necesita defensa. La verdad y la luz no se defienden: su resplandor es su propia defensa. Por eso dice san Ambrosio: «Acusan al Señor, y calla. Y calla bien, pues no necesita defensa. Ansíen ser defendidos los que temen ser vencidos. Con su silencio, [Jesús] no confirma la acusación, sino que, no rechazándola, la menosprecia».

Pilato, asombrado ante el silencio y la serenidad de Jesús, le dice: «¿No oyes cuántas cosas alegan contra ti?». Jesús se mantiene tan imperturbable, tan sosegado y sereno que podría creerse que no oye los gritos de la multitud, ebria de odio. Pero recordemos que está escrito: «Soy como un sordo, no quiero oír; como un mudo no abro la boca; soy como hombre que no oye, ni tiene réplica en su boca. En ti, Señor, espero. Tú me escuchas, Señor, Dios mío. Por eso digo: “que no se alegren a mi costa; que no se ufanen cuando mi pie vacile”» (*Sal 37, 14-17*).

Y añade Pilato: «¿No respondes nada? Mira de cuántas cosas te acusan» (*Mc* 15, 4). El Señor no contesta, de modo que el procurador está cada vez más admirado (*Mt* 27, 14). No comprende el motivo de un silencio tan extraño. En medio del griterío de los hombres, ebrios de un odio irracional, Pilato se enfrenta al silencio de Dios. Al menos los sacerdotes tuvieron que recordar lo que escribió el profeta Isaías: «Fue maltratado, y él se dejó humillar, y no abrió su boca; como cordero llevado al matadero, y, como oveja muda ante sus esquiladores, no abrió su boca. Por arresto y juicio fue arrebatado. De su linaje ¿quién se ocupará? Pues fue arrancado de la tierra de los vivientes, fue herido de muerte por el pecado de mi pueblo. Su sepulcro fue puesto entre los impíos, y su tumba entre los malvados, aunque él no cometió violencia ni hubo mentira en su boca» (*Is* 53, 7).

Acabamos de acompañar a Jesús frente a Pilato, a Herodes y a la furia de los príncipes de los sacerdotes, de los ancianos y de la muchedumbre. Un suceso que puede parecer sorprendente y escandaloso, pero que contiene para nosotros una doctrina y una enseñanza: en la escuela de Jesús, con el corazón, la inteligencia y la voluntad abiertos de par en par, dejemos que Dios nos introduzca en su silencio y aprendamos a amar y vivir siempre en ese silencio.

198. – Hoy en día los silencios de los mártires cristianos masacrados por los enemigos de Cristo imitan y prolongan los silencios del Hijo de Dios. Todos los mártires de los primeros siglos, igual que los de esta triste época nuestra, han mostrado esa misma dignidad silenciosa. Así el silencio se convierte en la única palabra, el único testimonio, el testamento definitivo. La sangre de los mártires es una semilla, un grito y una oración silenciosa que se eleva hacia Dios.

—Cristo inició su ministerio público retirándose al desierto durante cuarenta días...

199. – Me he referido antes al retiro de Jesús en un desierto espiritual y místico: el de sus treinta primeros años de vida en Nazaret.

Conviene detenerse un instante en su estancia en el desierto de Judea durante los cuarenta días y las cuarenta noches anteriores a su vida pública, como para acumular reservas de silencio con vistas a la gran misión que le llevará a entregar la vida. Los evangelios explican con cuánta frecuencia se retiraba Jesús al desierto en busca de la soledad, la calma y el silencio nocturnos. En esos momentos sentía el dedo de Dios arrastrándolo hacia las regiones donde Él habita, donde se deja ver y dialoga con el hombre como hablan los amigos. El hombre que posee a Dios en su corazón y en su cuerpo está ávido de silencio. Hemos de arrancarnos del mundo, de la multitud y de toda actividad, incluso las de caridad, para pasar muchos ratos en la intimidad de Dios.

200. – Cristo sabe que Dios no está nunca en los ruidos tumultuosos del mundo. No ignora las terribles dificultades que nunca dejarán de entorpecer su camino. Para afrontar la Cruz, todavía lejana, el silencio y la soledad son una necesidad. En Getsemaní, cuando se acerca el final y los apóstoles duermen, incapaces de comprender del todo el drama que tiene lugar, pasa la última noche en el silencio y la oración. El silencio nocturno es el compañero de Jesús en sus últimos instantes. Los fieles tienen que acostumbrarse a orar de noche, como Jesús. Dios lleva a cabo su obra de noche. De noche todo se mueve, todo se transforma y crece gracias a la fuerza de Dios.

201. – El recogimiento silencioso de Cristo es una gran lección para la humanidad. Desde el pesebre hasta la Cruz, el silencio está constantemente presente, porque la cuestión del silencio es una cuestión de amor. El Amor no se expresa con palabras: se encarna y se convierte en un único y mismo Ser con aquel que ama de verdad. Es tanta su fuerza que nos arrastra para que nos entreguemos hasta la muerte, hasta el don humilde, silencioso y puro de nuestra vida.

Si queremos prolongar la obra de Cristo en este mundo, tenemos que amar el silencio, la soledad y la oración.

—¿*La muerte de Jesús es un gran silencio?*

202. – El triunfo de las tinieblas sobre la luz sumerge la tierra durante tres días en un denso silencio y una angustia terrible. El Mesías ha muerto y el silencio de su desaparición parece haber pronunciado la última palabra. Dios mismo se muestra silencioso. Su Hijo se siente solo, abandonado a las angustias de la Cruz: este es el instante más terrible de su vida terrenal. Se halla al borde de la muerte. Jesús ha perdido las fuerzas y la sangre. Y, cuando no es más que un moribundo, extenuado, deja escapar un fuerte grito.

Jesús dejaba el mundo y su Padre no pronuncia una sola palabra de consuelo. Es cierto que la Virgen María, su madre, y san Juan están al pie de la Cruz. Pero esa dulce presencia no le impide gritar con todas las fuerzas que le quedan: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (*Mt 27, 46*). Jesús sufre la aparente ausencia de Dios; sin embargo, la confianza que ha tenido siempre en su Padre no se desvanece. Unas fracciones de segundo después de ese grito de dolor, ora por última vez al Todopoderoso por sus verdugos: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen». Y expira diciendo: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (*Lc 23, 34.46*).

203. – En este mundo el único silencio que hay que buscar es el que pertenece a Dios. Porque solo el silencio de Dios se alza con la victoria. El pesado silencio de la muerte de Cristo no duró mucho y engendró la vida.

204. – El silencio de la muerte de Jesús transforma, purifica y da paz al hombre. Le permite estar en comunión con los sufrimientos y la muerte de Cristo, entrar plenamente en la vida divina. Es el gran silencio de la transfiguración, porque, «si el grano de trigo no muere al caer en tierra, queda infecundo; pero, si muere, produce mucho fruto. El que ama su vida la perderá, y el que aborrece su vida en este mundo la guardará para la vida eterna. Si alguien me sirve, que me siga» (*Jn 12, 24-25*).

205. – San Juan insiste en la soledad y el aislamiento moral de Cristo antes de su Pasión. Está solo desde el principio porque es Dios. Está solo porque nadie puede comprenderle. San Juan afirma que muchos discípulos lo han abandonado, pues su doctrina sobre la Eucaristía y las exigencias del Evangelio les exceden.

Hoy algunos sacerdotes tratan la Eucaristía con absoluto desprecio. Ven la misa como un banquete locuaz en el que los cristianos fieles a la enseñanza de Jesús, los divorciados vueltos a casar, hombres y mujeres en situación de adulterio y turistas no bautizados que participan en celebraciones eucarísticas de multitudes anónimas, pueden recibir sin hacer distinciones el cuerpo y la sangre de Cristo. La Iglesia tiene que estudiar con urgencia la oportunidad eclesial y pastoral de esas multitudinarias celebraciones eucarísticas con millares de asistentes. Existe un inmenso peligro de convertir la Eucaristía, *el gran misterio de la Fe*, en una vulgar verbena, y de profanar el cuerpo y la preciosa sangre de Cristo. Los sacerdotes que distribuyen las sagradas

especies sin conocer a nadie y entregan el Cuerpo de Jesús a cualquiera, sin distinguir cristianos de no cristianos, participan en la profanación del Santo Sacrificio eucarístico. Con cierta complicidad voluntaria, quienes ejercen la autoridad en la Iglesia se hacen culpables al permitir el sacrilegio y la profanación del cuerpo de Cristo en esas gigantescas y ridículas autocelebraciones, donde son muy pocos los que se dan cuenta de que se anuncia «la muerte del Señor hasta que venga».

Algunos sacerdotes infieles a la *memoria* de Jesús insisten más en el aspecto festivo y en la dimensión fraterna de la misa que en el sacrificio cruento de Cristo en la Cruz. La importancia de las disposiciones interiores y la necesidad de reconciliarnos con Dios aceptando dejarnos purificar por el sacramento de la confesión ya no están de moda. Ocultamos cada vez más la advertencia de san Pablo a los corintios: «Cada vez que coméis este pan y bebéis este cáliz, anunciáis la muerte del Señor hasta que venga. Así pues, quien coma el pan o beba el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y la sangre del Señor. Examínese, por tanto, cada uno a sí mismo, y entonces coma del pan y beba del cáliz; porque el que come y bebe sin discernir el cuerpo, come y bebe su propia condenación. Por eso hay entre vosotros muchos enfermos y débiles, y mueren tantos» (1Co 11, 27-30).

¿Cómo podemos recogernos en el silencio y la adoración, igual que María al pie de la Cruz, ante el Dios que muere por nuestros pecados en cada una de nuestras Eucaristías? ¿Cómo podemos permanecer en silencio y en acción de gracias ante el Dios Todopoderoso que sufre la Pasión a causa de nuestras rebeliones, nuestra indiferencia y nuestras infidelidades?

Con demasiada frecuencia vivimos tanto en la superficie de nosotros mismos que no comprendemos lo que celebramos. La falta

de fe en la Eucaristía, presencia real de Cristo, puede llevar al sacrilegio. Jesús queda aislado por el creciente odio de los fariseos, que forman en su contra una coalición cada vez más poderosa, obligando a sus oyentes a separarse de Él. Hoy hay cristianos que se alían para alejar a Dios y su doctrina de quienes buscan sinceramente la verdad. Él se queda cada vez más solo en medio de hombres que le odian o no saben cómo amarle, porque son incapaces de conocerle tal cual es. Pero siempre habrá un pequeño rebaño deseoso de conocerle y amarle.

Es preciso que los hombres vuelvan a descubrir la Pascua que celebramos en cada una de nuestras Eucaristías. La gracia de la Pascua es un profundo silencio, una paz inmensa y un sabor puro en el alma. Es el sabor del Cielo, ajeno a toda exaltación desordenada. La noción de la Pascua no es una embriaguez del espíritu: consiste en el descubrimiento silencioso de Dios. ¡Ojalá cada mañana la misa pudiera ser lo que fue en el Gólgota y en la mañana de Pascua! Ojalá las oraciones pudieran tener la misma luz, ojalá Cristo resucitado pudiera resplandecer siempre en mí en su sencillez pascual...

La Pascua marca el triunfo de la vida sobre la muerte, la victoria del silencio de Cristo sobre el gran fracaso del odio y la mentira. Cristo entra en el silencio eterno. Ahora la Iglesia debe continuar la misión de Jesús a través del sufrimiento y la muerte diaria vivida en el silencio, la oración, la súplica y una gran fidelidad.

206. – En un mundo en el que los gritos y la agitación de todo tipo no dejan de extender su imperio, siempre tendremos una necesidad cada vez mayor de contemplar y aprender a entrar en el silencio de Cristo.

El rechazo del silencio es un rechazo del Amor y la vida que

recibimos de Jesús.

207. – El 2 de mayo de 2010, con motivo de la exposición de la Sábana Santa, el papa Benedicto XVI visitó la catedral de Turín para venerar la reliquia. Allí pronunció una meditación extraordinaria bajo el título *El misterio del Sábado Santo*, en la que asociaba el misterio del Sábado Santo al misterio del silencio: «Se puede decir que la Sábana Santa es el icono de este misterio, icono del Sábado Santo. De hecho, es una tela sepulcral, que envolvió el cadáver de un hombre crucificado y que corresponde en todo a lo que nos dicen los Evangelios sobre Jesús, quien, crucificado hacia mediodía, expiró sobre las tres de la tarde. Al caer la noche, dado que era la Parasceve, es decir, la víspera del sábado solemne de Pascua, José de Arimatea, un rico y autorizado miembro del Sanedrín, pidió valientemente a Poncio Pilato que le permitiera sepultar a Jesús en su sepulcro nuevo, que había mandado excavar en la roca a poca distancia del Gólgota. Obtenido el permiso, compró una sábana y, después de bajar el cuerpo de Jesús de la Cruz, lo envolvió con aquel lienzo y lo depuso en aquella tumba. Así lo refiere el Evangelio de san Marcos y con él concuerdan los demás evangelistas. Desde ese momento, Jesús permaneció en el sepulcro hasta el alba del día después del sábado, y la Sábana Santa de Turín nos ofrece la imagen de cómo era su cuerpo depositado en el sepulcro durante ese tiempo, que cronológicamente fue breve (alrededor de día y medio), pero inmenso, infinito en su valor y significado. El Sábado Santo es el día del ocultamiento de Dios, como se lee en una antigua homilía: “¿Qué es lo que hoy sucede? Un gran silencio envuelve la tierra; un gran silencio y una gran soledad, porque el Rey duerme (...). Dios ha muerto en la carne y ha puesto en conmoción a los infiernos” (*Homilía sobre el Sábado Santo*: PG 43, 439). En el credo profesamos que Jesucristo “padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y

sepultado, descendió a los infiernos y al tercer día resucitó de entre los muertos”.

»Queridos hermanos y hermanas, en nuestro tiempo, especialmente después de atravesar el siglo pasado, la humanidad se ha hecho particularmente sensible al misterio del Sábado Santo. El escondimiento de Dios forma parte de la espiritualidad del hombre contemporáneo, de manera existencial, casi inconsciente, como un vacío en el corazón que ha ido haciéndose cada vez mayor. Al final del siglo XIX, Nietzsche escribió: “¡Dios ha muerto! ¡Y nosotros lo hemos matado!”. Esta famosa expresión, si se analiza bien, está tomada casi al pie de la letra de la tradición cristiana; con frecuencia la repetimos en el vía crucis, quizá sin darnos plenamente cuenta de lo que decimos. Después de las dos guerras mundiales, de los *lagers* y de los *gulags*, de Hiroshima y Nagasaki, nuestra época se ha convertido cada vez más en un Sábado Santo: la oscuridad de este día interpela a todos los que se interrogan sobre la vida; y de manera especial nos interpela a los creyentes.

»También nosotros tenemos que afrontar esta oscuridad. Y, sin embargo, la muerte del Hijo de Dios, de Jesús de Nazaret, tiene un aspecto opuesto, totalmente positivo, fuente de consuelo y de esperanza. Y esto me hace pensar en el hecho de que la Sábana Santa se comporta como un documento *fotográfico*, dotado de un *positivo* y de un *negativo*. Y, en efecto, es precisamente así: el misterio más oscuro de la fe es al mismo tiempo el signo más luminoso de una esperanza que no tiene confines. El Sábado Santo es la *tierra de nadie* entre la muerte y la resurrección, pero en esta «tierra de nadie» ha entrado Uno, el Único que la ha recorrido con los signos de su Pasión por el hombre: *Passio Christi. Passio hominis*. Y la Sábana Santa nos habla exactamente de ese momento, es testigo precisamente de ese intervalo único e irreplicable en la

historia de la humanidad y del universo, en el que Dios, en Jesucristo, compartió no solo nuestro morir, sino también nuestra permanencia en la muerte. La solidaridad más radical.

»En ese *tiempo más allá del tiempo*, Jesucristo “descendió a los infiernos”. ¿Qué significa esta expresión? Quiere decir que Dios, hecho hombre, llegó hasta el punto de entrar en la soledad máxima y absoluta del hombre, adonde no llega ningún rayo de amor, donde reina el abandono total sin ninguna palabra de consuelo: *los infiernos*. Jesucristo, permaneciendo en la muerte, cruzó la puerta de esta soledad última para guiarnos también a nosotros a atravesarla con él. Todos hemos experimentado alguna vez una sensación espantosa de abandono, y lo que más miedo nos da de la muerte es precisamente esto, al igual que de niños tenemos miedo a estar solos en la oscuridad y solo la presencia de una persona que nos ama nos puede tranquilizar. Esto es precisamente lo que sucedió en el Sábado Santo: en el reino de la muerte resonó la voz de Dios. Sucedió lo impensable: es decir, el Amor penetró *en los infiernos*. Hasta en la oscuridad máxima de la soledad humana más absoluta podemos escuchar una voz que nos llama y encontrar una mano que nos toma y nos saca afuera. El ser humano vive por el hecho de que es amado y puede amar; y, si el amor ha penetrado incluso en el espacio de la muerte, entonces hasta allí ha llegado la vida. En la hora de la máxima soledad nunca estaremos solos: *Passio Christi. Passio hominis*. Este es el misterio del Sábado Santo.

»Precisamente desde allí, desde la oscuridad de la muerte del Hijo de Dios, ha surgido la luz de una nueva esperanza: la luz de la Resurrección. Me parece que al contemplar este sagrado lienzo con los ojos de la fe se percibe algo de esta luz. La Sábana Santa ha quedado sumergida en esa oscuridad profunda, pero es al mismo tiempo luminosa; y yo pienso que, si miles y miles de personas

vienen a venerarla, sin contar a quienes la contemplan a través de las imágenes, es porque en ella no ven solo la oscuridad, sino también la luz; más que la derrota de la vida y del amor, ven la victoria, la victoria de la vida sobre la muerte, del amor sobre el odio; ciertamente ven la muerte de Jesús, pero entrevén su resurrección; en el seno de la muerte ahora palpita la vida, pues en ella habita el amor. Este es el poder de la Sábana Santa: del rostro de este *Varón de dolores*, que carga sobre sí la pasión del hombre de todos los tiempos y lugares, incluso nuestras pasiones, nuestros sufrimientos, nuestras dificultades, nuestros pecados –*Passio Christi. Passio hominis*–, emana una solemne majestad, un señorío paradójico.

»Este rostro, estas manos y estos pies, este costado, todo este cuerpo habla, es en sí mismo una palabra que podemos escuchar en silencio. ¿Cómo habla la Sábana Santa? Habla con la sangre, y la sangre es la vida. La Sábana Santa es un icono escrito con sangre; sangre de un hombre flagelado, coronado de espinas, crucificado y herido en el costado derecho. La imagen impresa en la Sábana Santa es la de un muerto, pero la sangre habla de su vida. Cada traza de sangre habla de amor y de vida. Especialmente la gran mancha cercana al costado, hecha de la sangre y del agua que brotaron copiosamente de una gran herida provocada por un golpe de lanza romana, esa sangre y esa agua hablan de vida. Es como un manantial que susurra en el silencio y nosotros podemos oírlo, podemos escucharlo en el silencio del Sábado Santo».

208. – Resulta paradójico que en los evangelios Cristo raramente ordene a sus discípulos guardar silencio, excepto tras la profesión de fe de Pedro (*Mt 16, 20*) y después de la transfiguración (*Mt 17, 1-13*). En su lugar, los conduce al desierto para iniciarlos en el silencio y en el diálogo con Dios. No obstante, sí ordena callar a

las tempestades, a los vientos y a los demonios. Jesús impone y obliga al silencio a todo lo que lleva consigo el mal, el vicio y la muerte.

209. – En una homilía pronunciada en Nazaret el 5 de enero de 1964, afirmaba Pablo VI: «Nazaret es la escuela donde empieza a entenderse la vida de Jesús, es la escuela donde se inicia el conocimiento de su Evangelio. Su primera lección es el silencio. Cómo desearíamos que se renovara y fortaleciera en nosotros el amor al silencio, este admirable e indispensable hábito del espíritu, tan necesario para nosotros, que estamos aturdidos por tanto ruido, tanto tumulto, tantas voces de nuestra ruidosa y en extremo agitada vida moderna. Silencio de Nazaret, enséñanos el recogimiento y la interioridad, enséñanos a estar siempre dispuestos a escuchar las buenas inspiraciones y la doctrina de los verdaderos maestros. Enséñanos la necesidad y el valor de una conveniente formación, del estudio, de la meditación, de una vida interior intensa, de la oración personal que solo Dios ve».

210. – ¿Por qué son los hombres tan ruidosos durante las liturgias, cuando la oración de Cristo fue silenciosa? La palabra del Hijo de Dios nace del corazón y el corazón es silencioso. ¿Por qué no sabemos hablar con un corazón silencioso? El corazón de Jesús no habla: irradia amor, porque su lenguaje procede de las profundidades divinas.

—¿Cabe hablar de los silencios del Espíritu Santo? En Dios o nada explicaba usted que el Espíritu suele ser el gran incomprendido.

211. – El Espíritu Santo carece de rostro y de palabra. Es

silencioso por su naturaleza divina. Actúa en el silencio desde toda la eternidad. Dios habla, Cristo habla, pero el Espíritu Santo se expresa siempre a través de los profetas, los santos y los hombres de Dios.

El Espíritu Santo nunca hace ruido. Conduce a la verdad sin dejar de ser el gran intermediario. En silencio, lleva a la humanidad hasta Cristo repitiendo su enseñanza. Solo en Pentecostés el Espíritu Santo vino con ruido para despertar a la humanidad dormida y arrancarla de su sopor y del pecado: «Al cumplirse el día de Pentecostés, estaban todos juntos en un mismo lugar. Y de repente sobrevino del Cielo un ruido, como de un viento que irrumpe impetuosamente, y llenó toda la casa en que se hallaban. Entonces se les aparecieron unas lenguas como de fuego, que se dividían y se posaban sobre cada uno de ellos. Quedaron todos llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les hacía expresarse» (*Hch 2, 1-5*).

212. – El Espíritu habita en el interior del hombre regenerándolo sin ruido manifiesto. El Espíritu es una fuerza silenciosa. Libre como el viento, sopla de forma imprevisible. Si no lo ahuyentamos, su fuego abrasa el mundo.

213. – San Ireneo escribió en *Contra los herejes*: «El Espíritu Santo habita en el corazón de los creyentes y en el corazón de la Iglesia. Es en ella donde se ha depositado la comunión con Cristo, es decir, el Espíritu Santo».

El mundo de hoy no presta suficiente atención al Espíritu Santo. Si no atienden al Espíritu, los hombres quedan divididos: se dispersan, se aborrecen y se separan como en Babel. Entonces surgen las guerras y proliferan las sectas. Sin el Espíritu, la

incredulidad avanza; con el Espíritu, Dios se hace cercano.

Me entristece ver cuánto abusamos del Espíritu Santo. Llevados por sus fantasías y desafiando a la voluntad que escucha que seamos uno, los hombres, por propia iniciativa, crean sus Iglesias particulares, sus teologías particulares, sus creencias particulares, que no son sino insignificantes opiniones subjetivas. El Espíritu Santo no tiene opinión. Solo repite lo que Cristo nos ha enseñado para alcanzar la verdad plena.

Lo digo con firmeza: la ausencia del Espíritu Santo en la Iglesia crea todas las divisiones. Allí donde está la Iglesia, está el Espíritu Santo. Allí donde está el Espíritu, está la Iglesia.

El Espíritu Santo es vínculo de comunión entre el Padre y el Hijo. Es el aliento de vida que no somos capaces de atrapar. Es invisible, pero está plenamente presente.

214. – Cuando somos dóciles al Espíritu Santo, tenemos la seguridad de caminar hacia la verdad, pues estamos totalmente sometidos a sus inspiraciones. Durante el primer concilio de Jerusalén, gracias al gran silencio del Espíritu, a la oración y al ayuno, los apóstoles tuvieron la audacia de afirmar la verdad de Dios y no la de los hombres (*Hch* 15). Todos los concilios se ponen bajo la protección del Espíritu. En los cónclaves el Espíritu indica a los cardenales cuál es la elección de Dios, y estos deben someterse a su voluntad y no a estrategias políticas humanas. Si contrariamos al Espíritu Santo con nuestros pobres y miserables cálculos humanos, con entrevistas secretas y conciliábulos mediáticos, nos abocamos a la tragedia y nos convertimos en sepultureros de la naturaleza divina de la Iglesia.

215. – Rechazar al Espíritu es una blasfemia y un pecado mortal, porque significa rechazar la verdad. Sin el Espíritu, la Iglesia sufre la amenaza de convertirse en una nueva torre de Babel. Las lenguas diferentes y marginales sepultan el testamento del Hijo de Dios. Hay ideólogos pretenciosos y cínicos que amenazan la verdad de Jesús. La confusión, el relativismo y el caos apuntan a un horizonte funesto.

—*¿Por qué en los evangelios María es tan silenciosa?*

216. – Toda la vida de la madre de Jesús está bañada en el silencio. De los cuatro evangelistas solo Lucas y Juan hacen hablar a la Santísima Virgen.

San Lucas recoge las palabras de María en su relato de la Anunciación: «En el sexto mes fue enviado el ángel Gabriel de parte de Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un varón llamado José, de la casa de David. La virgen se llamaba María. Entró donde ella estaba y le dijo: “Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo”. Ella se turbó al oír estas palabras, y ponderaba qué podía significar este saludo. Y el ángel le dijo: “No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios: concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande y llamado Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará eternamente sobre la casa de Jacob y su Reino no tendrá fin”. María le dijo al ángel: “¿Cómo se hará esto, pues no conozco varón?”. Respondió el ángel: “El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el que nacerá Santo será llamado Hijo de Dios. Y ahí tienes a Isabel, tu pariente, que en su ancianidad ha concebido también un hijo, y la que llamaban estéril está ya en el sexto mes, porque para Dios no hay nada imposible”. Dijo entonces María: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí

según tu palabra”. Y el ángel se retiró» (Lc 1, 26-38).

En *L’Humble Présence* [La humilde presencia], Maurice Zundel afirma que «solo el silencio revela los abismos de la vida». Las grandes obras de Dios son fruto del silencio. Solamente Dios es testigo de ellas y, junto con Él, los que miran desde dentro, los que guardan silencio y viven de la presencia del Verbo silencioso, como la Virgen María. Según Zundel, María se hace discípula del Verbo: «Escucha, se adhiere, se da y se sumerge en sus abismos. Todas las fibras de su ser se hacen eco de esta llamada: “Hazme escuchar tu voz”. María transmite el mensaje del Verbo silencioso. Su carne es la cuna de la Palabra eterna (...). En ella todos los hombres son llamados al mismo destino: convertirse en morada de Dios, del Verbo silencioso. Porque, si es verdad que Dios solo ha creado la naturaleza humana para recibir de ella a la Madre que necesita para nacer, todos los hombres están llamados, mediante la acogida silenciosa del Verbo, a convertirse en Templo del Verbo, en *basílica del silencio*».

217. – De hecho, María es tan silenciosa que los evangelistas apenas hablan de la Madre de Dios, enteramente absorta en la contemplación, la adoración y la oración. María se esconde en su Hijo, solo existe para su Hijo. Desaparece en su Hijo.

218. – San Lucas vuelve a recoger unas palabras de María cuando pierde al Niño Jesús y lo encuentra en el Templo en medio de los doctores de la ley: «Sus padres iban todos los años a Jerusalén para la fiesta de la Pascua. Y cuando tuvo doce años, subieron a la fiesta, como era costumbre. Pasados aquellos días, al regresar, el niño Jesús se quedó en Jerusalén sin que lo advirtiesen sus padres. Suponiendo que iba en la caravana, hicieron un día de camino buscándolo entre los parientes y conocidos y, al no

encontrarlo, volvieron a Jerusalén en su busca. Y al cabo de tres días lo encontraron en el Templo, sentado en medio de los doctores, escuchándoles y preguntándoles. Cuantos le oían quedaban admirados de su sabiduría y de sus respuestas. Al verlo se maravillaron, y le dijo su madre: “Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira que tu padre y yo, angustiados, te buscábamos”. Y él les dijo: “¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que es preciso que me ocupe de las cosas de mi Padre?”. Pero ellos no comprendieron lo que les dijo. Bajó con ellos, vino a Nazaret y les estaba sujeto. Y su madre guardaba todas estas cosas en su corazón. Y Jesús crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres» (Lc 2, 41-52).

San Juan relata una única conversación de María en el episodio de las bodas de Caná: «Al tercer día se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, y estaba allí la madre de Jesús. También fueron invitados a la boda Jesús y sus discípulos. Y, como faltó vino, la madre de Jesús le dijo: “No tienen vino”. Jesús le respondió: “Mujer, ¿qué nos va a ti y a mí? Aún no ha llegado mi hora”. Dijo su madre a los sirvientes: “Haced lo que él os diga”. Había allí seis tinajas de piedra preparadas para las purificaciones de los judíos, cada una con capacidad de unas dos o tres metretas. Jesús les dijo: “Llenad de agua las tinajas”. Y las llenaron hasta arriba. Entonces les dijo: “Sacadlas ahora y llevadlas al maestresala”. Así lo hicieron. Cuando el maestresala probó el agua convertida en vino, sin saber de dónde provenía –aunque los sirvientes que sacaron el agua lo sabían–, llamó al esposo y le dijo: “Todos sirven primero el mejor vino y, cuando ya han bebido bien, el peor; tú, al contrario, has reservado el vino bueno hasta ahora”. Así, en Caná de Galilea hizo Jesús el primero de los signos con el que manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en él. Después de esto bajó a Cafarnaúm con su madre, sus hermanos y sus discípulos; y se quedaron allí unos días» (Jn 2, 1-12).

Los evangelios de Marcos y Mateo no mencionan ni una sola palabra de María.

En el plan de Dios, la Virgen está inseparablemente unida al Verbo. El Verbo es Dios y el Verbo es silencioso. María se halla enteramente bajo la influencia del Espíritu Santo, y el Espíritu no habla. Su actitud es de escucha: está totalmente vuelta hacia la Palabra de Dios. María es aquiescencia, María es obediencia.

María no habla. Solamente desea someterse a Dios, como un niño confiado. Su *fiat* es pleno y alegre. Sabe que la voluntad de Dios le llega a través de Jesús.

A los pies del Niño recién nacido, la madre de Jesús vive en el asombro y el silencio de la alegría. Vive en el dolor y la angustia cuando Herodes amenaza al Niño Dios y al pie de la Cruz. Vive en el silencio del consentimiento, resumido en estas extraordinarias palabras: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra» (*Lc 1, 38*).

219. – Los evangelios no nos dicen cómo se manifestó el dolor de María al pie de la Cruz. El arte representa a la Madre de Dios con el *Stabat Mater Dolorosa*, pero los evangelistas guardan silencio sobre el estado de su alma. No obstante, María está plena e intrínsecamente asociada al misterio de la Redención a través de la Cruz.

El *fiat* de María es un silencio al que la madre de Cristo permanecerá eternamente fiel. Sin ruido, María ofrece al Padre eterno su vida y la de su Hijo. Sin ruido, pronuncia de antemano un *fiat* a la muerte de Jesús. Como madre, contempla la terrible agonía de Jesús y su cuerpo cubierto de heridas y golpes. Está de pie, aferrada a la Cruz, y la sangre de su Hijo corre por su rostro y por

sus brazos. María puede decir con Jesús: «Mi vida (...) nadie me la quita, sino que yo la doy libremente» (Jn 10, 17-18). La Virgen es crucificada y muere místicamente con su Hijo.

Tras la muerte de Cristo, María sostiene a los apóstoles con su oración: les pide que reciban la fuerza y la luz del Espíritu. Con su presencia material, orante y discreta, engendra a la Iglesia y anima a los que acompañaron a su Hijo. Cuando los apóstoles se dispersan, reconstruye la comunidad de los discípulos y edifica la Iglesia en el silencio y la oración. Desde el cenáculo la Iglesia extrae su aliento misionero de la oración y la acogida del Espíritu.

A la luz de Pentecostés, María es la primera en comprender el misterio de la Iglesia. Si Cristo ha nacido en la pobreza, en el silencio de la noche y gracias a la fuerza del Espíritu, la Iglesia no puede nacer en medio de las glorias y los ruidos mundanos. La Esposa de Cristo procede del Espíritu Santo que irrumpe en esa sala del piso alto donde la comunidad ora junto a María.

El *fiat* de María alcanza su plenitud con el nacimiento de la primera Iglesia gracias a la fuerza del Espíritu.

220. – En la audiencia general del 22 de noviembre de 1995, Juan Pablo II afirmó: «El ejemplo de María permite que la Iglesia aprecie mejor el valor del silencio. El silencio de María no es solo sobriedad al hablar, sino sobre todo capacidad sapiencial de recordar y abarcar con una mirada de fe el misterio del Verbo hecho hombre y los acontecimientos de su existencia terrenal. María transmite al pueblo creyente este silencio-acogida de la palabra, esta capacidad de meditar en el misterio de Cristo. En un mundo lleno de ruidos y de mensajes de todo tipo, su testimonio permite apreciar un silencio espiritualmente rico y promueve el espíritu

contemplativo».

221. – «Escucha ese ruido tenue y continuo que es el silencio. Escucha lo que se oye cuando nada se hace oír», escribe Paul Valéry en *Tel quel*. Ese es el lema de la Virgen María. Ese es el lema de una mujer fuerte. Ese es el lema de una mujer silenciosa.

222. – En sus *OEuvres de piété [Obras de piedad]*, Pierre de Bérulle afirma con acierto: «El silencio de la Virgen no es un silencio de tartamudez e impotencia, sino de luz y arrobó; un silencio más elocuente en la alabanza de Dios que la propia elocuencia. Es un reto poderoso y divino en el orden de la gracia».

En mi país, al concluir el rosario del día, solemos entonar este canto a María: «Que tu dulce presencia nos ilumine siempre, Virgen del silencio. Danos tu inmensa paz». A partir de entonces la Virgen vive en casa de san Juan, cumpliendo así el deseo de Jesús en la Cruz. Es fácil suponer que vivió inmersa en el silencio y en una profunda paz. Meditó a menudo la pasión de Jesús, espléndida cima de sus misiones compartidas. Con el paso del tiempo creció en silencio, en recogimiento y contemplación. Oró y ayunó. Aceptó con alegría todo sacrificio para prolongar la pasión de su hijo por la salvación del mundo. Su oración fue un silencio perpetuo en Dios.

III

EL SILENCIO, EL MISTERIO Y LO SAGRADO

Tenemos que aprender que no damos a Dios ningún nombre, de tal modo que creyéramos haberle alabado y honrado como es preciso; pues Dios está por encima de todos los nombres y es inefable.

Maestro Eckhart, *Sermones*

—¿Qué relación ve usted entre el silencio y lo sagrado?

223. – En Occidente la noción de sagrado sufre un maltrato especial. En los países que se pretenden laicos y emancipados de la religión y de Dios ya no hay un vínculo con lo sagrado. Existe cierta mentalidad secular que intenta liberarse de ello. Algunos teólogos afirman que, con su Encarnación, Cristo puso fin a la distinción entre lo sagrado y lo profano. Otros piensan que Dios se ha hecho tan cercano a nosotros que la categoría de sagrado ha quedado superada. Por eso hay en la Iglesia quienes no logran desmarcarse del todo de una pastoral totalmente horizontal centrada en lo social y en la política. Esas afirmaciones y comportamientos contienen mucha ingenuidad y quizá también mucho orgullo.

224. – En junio de 2012, en su homilía de la fiesta del Corpus

Christi, Benedicto XVI afirmaba solemnemente: «Él no ha abolido lo sagrado, sino que lo ha llevado a cumplimiento, inaugurando un nuevo culto, que sí es plenamente espiritual pero que, sin embargo, mientras estamos en camino en el tiempo, se sirve todavía de signos y ritos (...). Gracias a Cristo, la sacralidad es más verdadera, más intensa, y también más exigente».

Se trata de una cuestión muy grave, porque lo que está en juego es nuestra relación con Dios. Ante su grandeza, su majestad y su belleza, es imposible no sentirse poseído por un gozoso y sagrado temor. Si la trascendencia divina no nos hace temblar, es porque hasta nuestra naturaleza humana está dañada. La ligereza, la debilidad y la vanidad de todos esos discursos que pretenden eludir lo sagrado me causan verdadero asombro. Los teólogos iluminados –por llamarlos de algún modo– deberían aprender en la escuela del pueblo de Dios. Hasta los fieles más sencillos saben que las realidades sagradas son uno de sus tesoros más preciados. Adivinan de un modo espontáneo que solo se puede entrar en comunión con Dios con una actitud interior y exterior impregnada de sacralidad. El pueblo tiene razón: sería una arrogancia pretender acceder a Dios sin prescindir de una actitud profana y de un paganismo irreligioso y hedonista.

225. – En África tanto para el pueblo cristiano como para los creyentes de cualquier religión lo sagrado es una evidencia. El desprecio de esa sacralidad que tantos occidentales consideran una actitud infantil y supersticiosa manifiesta el engreimiento de los niños mimados. No me importa afirmar que los hombres de Iglesia que quieren alejarse de lo sagrado hacen daño a la humanidad al privarla de la comunión de amor con Dios.

Dios desea comunicarnos su amistad, su intimidad, pero solo puede hacerlo si nos abrimos a Él con la actitud debida y sincera.

Ante ese Otro que lo es todo, el hombre debe reconocer su pequeñez, su miseria y su nada. Recordemos las palabras de Jesús a santa Catalina de Siena: «Tú eres lo que no es, Yo soy el que es».

226. – Sin una humildad radical expresada en gestos de adoración y en los ritos sagrados no hay amistad posible con Dios.

El silencio manifiesta esa relación de un modo evidente. Para convertirse en silencio de comunión el verdadero silencio cristiano se hace antes silencio sagrado.

227. – Ante la majestad divina enmudecemos. ¿Quién osaría tomar la palabra delante del Todopoderoso? Cuando Dios revela su gloria a Isaías, el profeta clama: «¡Santo, santo, santo!». Isaías emplea la palabra hebrea *quadosh*, que significa a la vez santo y sagrado. Luego exclama: «¡Ay de mí, que estoy perdido!», que se traduce también como «estoy condenado al silencio» (*Is* 6, 5).

228. – Los hombres de todas las culturas y de todas las religiones lo saben: ante Dios estamos perdidos; y, ante su grandeza, nuestras palabras dejan de tener sentido. No están a la altura de lo Infinito. En África, después de los cantos y las danzas, el sacrificio a la divinidad se envuelve en un imponente silencio sagrado.

El silencio sagrado de los cristianos va aún más lejos. No se trata de una prohibición que Dios impone a los hombres para preservar celosamente su poder; al contrario: el Dios verdadero prescribe el silencio sagrado de adoración para comunicarse mejor con nosotros. «¡Silencio ante el Señor Dios!», clama el profeta (*So* 1, 7). E Isaías añade: «¡Escuchadme en silencio!» (*Is* 41, 1).

229. – En su carta apostólica de 1995 *Oriente Lumen*, san Juan Pablo II recuerda: «Todos, tanto creyentes como no creyentes, necesitan aprender un silencio que permita al Otro hablar, cuando quiera y como quiera, y a nosotros comprender esa palabra (...). En esta humilde aceptación del límite creatural frente a la infinita trascendencia de un Dios que no cesa de revelarse como el Dios-Amor veo expresada la actitud de la oración (...). Debemos confesar que todos tenemos necesidad de este silencio penetrado de presencia adorada».

230. – Rechazar ese silencio cargado de temor confiado y de adoración es negarle a Dios la libertad de poseernos con su amor y su presencia. El silencio sagrado permite al hombre ponerse gustosamente a disposición de Dios. Permite abandonar esa actitud arrogante que considera que Dios está a merced de cualquier capricho de sus hijos. ¿Hay alguna criatura capaz de jactarse de poseer al Creador? El silencio sagrado, por el contrario, nos ofrece la posibilidad de apartarnos del mundo profano y del tumulto incesante de nuestras inmensas metrópolis para dejarnos poseer por Dios. El silencio sagrado es el lugar donde podemos encontrarnos con Dios, porque nos dirigimos a Él con la actitud propia del hombre que tiembla y guarda distancia sin dejar de esperar con confianza.

231. – El silencio sagrado es la única reacción verdaderamente humana y cristiana frente a la irrupción de Dios en nuestras vidas. Dios mismo parece enseñarnos que espera de nosotros ese culto de adoración silenciosa y sagrada: «Ensalzadle cuanto podáis, pues siempre os quedaréis cortos, pues su majestad es admirable. Al ensalzarle redoblad vuestras fuerzas, no os canséis, pues nunca alcanzaréis el final. ¿Quién le vio para poder contarle? ¿Quién podrá proclamar su grandeza como es Él?», se pregunta el sabio

Ben Sirac (Si 43, 30-31). Cuando Dios se hace presente, de nuestro corazón solo debe brotar la alabanza. Y al revés: cualquier forma de exhibición con apariencia de espectáculo debe desaparecer. ¿Qué razón hay para hacer manifestación de una acción profana y de una palabra mundana ante su grandeza infinita? «El Señor está en su Templo Santo: calle ante él toda la tierra» (Ha 2, 20). Solo en ese instante puede tomar la iniciativa de salir a nuestro encuentro. Porque Dios es siempre el primero en amar. Nuestro silencio sagrado se convierte en silencio de júbilo, de intimidad y de comunión: «Las palabras pausadas de los sabios se escuchan mejor» (Qo 9, 17).

232. – El silencio nos enseña una regla esencial de la vida espiritual: la familiaridad no favorece la intimidad; al contrario: la distancia debida es condición para la comunión. La humanidad camina hacia el amor a través de la adoración. El silencio sagrado, cargado de presencia adorada, abre a un silencio místico lleno de intimidad amorosa. El yugo culpable de la razón secular nos ha hecho olvidar que lo sagrado y el culto son las únicas puertas de entrada a la vida espiritual.

233. – El silencio sagrado es una ley cardinal de toda celebración litúrgica. En 1978, el teólogo Hans Urs von Balthasar escribía en un artículo publicado en *Communio*: «No existe liturgia de origen humano digna del objeto de su homenaje, que es Dios, ante cuyo trono se postran con el rostro velado los coros celestiales después de depositar coronas y ornamentos en señal de adoración. Querer rendir al que lo ha creado todo –porque esa ha sido su voluntad– el honor que se brinda a toda criatura debe hacer *a priori* doblar la rodilla a una comunidad de pecadores. *Domine, non sum dignus!* Si esta comunidad, reunida para la alabanza y el culto, tuviera otra ingenua intención que no sea la adoración y el don de sí

misma –el desarrollo personal, por ejemplo, o algún proyecto que situara al individuo en pie de igualdad con ese Señor al que está obligado a adorar– cometería un error. Esto es algo que solo se puede abordar con temor y temblor».

234. – ¿Cómo no recordar la liturgia del viernes santo, cuando el celebrante entra en el templo? Se postra en el suelo, ante el altar, y permanece así un buen rato en silencio: un gesto silencioso elocuente. El hombre reconoce su nada y se queda literalmente sin palabras ante el misterio sagrado de la Cruz. En su humildad solo puede prosternarse y adorar. Esa adoración no representa una carga, sino que nos abre a una actitud de abandono y confianza.

235. – A partir de la reforma de Pablo VI y pese a la voluntad de este gran Papa, a veces se ha instalado en la liturgia un aire de familiaridad inoportuna y ruidosa. Bajo el pretexto de intentar hacer a Dios fácil y accesible, hubo quienes quisieron que en la liturgia todo fuese perfectamente inteligible. Esta intención igualitaria puede parecer loable; pero, al reducir el misterio sagrado a buenos sentimientos, impedimos que los fieles se acerquen al Dios verdadero. Con la excusa de la pedagogía, algunos sacerdotes se permiten comentarios interminables, planos y horizontales. Son pastores temerosos de que el silencio ante el Altísimo aleje a los fieles. No obstante, en *Oriente Lumen* Juan Pablo II nos advierte: «Los cristianos de Oriente se dirigen a Dios como Padre, Hijo y Espíritu Santo, personas vivas, tiernamente presentes, a las que expresan una doxología litúrgica solemne y humilde, majestuosa y sencilla. Sin embargo, perciben que a esta presencia nos acercamos sobre todo dejándonos educar en un silencio adorante, porque en el culmen del conocimiento y de la experiencia de Dios está su absoluta trascendencia».

236. – ¿Cómo pretendemos acercarnos a Aquel «que está por encima de todo» adoptando una actitud negligente y despreocupada? En su bellísima homilía *Sobre el cementerio y la Cruz*, ya san Juan Crisóstomo exhortaba a sus fieles a cuidar la procesión de la comunión, pidiéndoles que solo se acercaran con «temor, veneración y reverencia» y manifestando su asombro: «¿No sabéis cómo estaban presentes los ángeles en el sepulcro que ya no tenía cuerpo, en el sepulcro vacío? Y nosotros, que hemos de ir no al sepulcro vacío, sino a la misma mesa en que está el Cordero, ¿nos llegamos con vocerío y desorden?». ¿Qué diría hoy san Juan Crisóstomo al ver nuestras procesiones? Cuántos sacerdotes se acercan al altar del sacrificio charlando, hablando o saludando a los asistentes en lugar de sumirse en un silencio sagrado lleno de reverencia...

237. – ¿Cómo es posible que empecemos nuestras celebraciones eucarísticas borrando a Cristo cargado con su Cruz y arrastrándose bajo el peso de nuestros pecados hacia el lugar del sacrificio? Son muchos los sacerdotes que entran con aire triunfal y suben al altar saludando a derecha e izquierda para hacerse simpáticos. Fíjese en el triste espectáculo de algunas celebraciones eucarísticas. ¿Cuál es el porqué de tanta ligereza y tanta mundanidad en el momento del Santo Sacrificio; de esa actitud profana y superficial ante la extraordinaria gracia sacerdotal que nos permite hacer presente la sustancia del cuerpo y la sangre de Cristo invocando al Espíritu? ¿Por qué hay quienes se sienten obligados a improvisar o a inventar plegarias eucarísticas que enmascaran las palabras divinas bajo un baño de insignificante fervor humano? ¿Acaso no bastan las palabras de Cristo para multiplicar las palabras meramente humanas? ¿Qué necesidad hay de estos caprichos y originalidades subjetivas en un sacrificio tan único y esencial? «Al orar no empleéis muchas palabras como los gentiles, que piensan que por

su locuacidad van a ser escuchados», advierte Jesús (*Mt 6, 7*). Hay muchos cristianos fervorosos, conmovidos por la Pasión y muerte de Cristo en la Cruz, que se han quedado sin fuerzas para quejarse o para lanzar un grito de dolor a esos sacerdotes y obispos que actúan como animadores de espectáculos y se erigen en protagonistas de la Eucaristía. No obstante, esos fieles nos dicen: *No queremos reunirnos con otros hombres alrededor de un hombre: ¡queremos ver a Jesús! Mostrádnoslo con el silencio y la humildad de vuestra oración.*

El silencio sagrado es un bien de los fieles y el clero no debe privarles de él.

238. – En 2011, durante la vigilia de la Jornada Mundial de la Juventud celebrada en Madrid, el papa Benedicto XVI iba a dirigirse a los jóvenes del mundo entero. Se disponía a tomar la palabra cuando se levantó un viento impetuoso y estalló la tormenta. El papa y los jóvenes esperaron a que amainara la tempestad. Cuando por fin el tiempo se hizo más clemente, un maestro de ceremonias entregó al Santo Padre el discurso que estaba previsto. Sin embargo, el papa prefirió dedicar el tiempo que quedaba a lo esencial. En lugar de hablar, invitó a los jóvenes a unirse a él en un silencio de adoración. Arrodillado ante el Sagrado Sacramento, Benedicto XVI rezó con su silencio. Detrás de él había más de un millón de jóvenes calados hasta los huesos y hundidos en el barro; no obstante, en medio de esta inmensa multitud reinaba un silencio sagrado impresionante, cargado literalmente de *presencia adorada*. Es un recuerdo inolvidable, una imagen de la Iglesia reunida en torno al Señor en el gran silencio.

—*Desde otra perspectiva, ¿cuál es el vínculo entre el silencio y el misterio?*

239. – Muchas veces las palabras contienen una ilusión de transparencia, como si nos permitieran comprenderlo todo, dominarlo todo, ordenarlo todo. La modernidad es charlatana porque es orgullosa, cuando no al revés: quizá nuestra charla incesante sea lo que nos hace orgullosos.

Nunca el mundo ha hablado tanto de Dios, de teología, de oración e incluso de mística. No obstante, nuestro lenguaje humano rebaja a un nivel lamentable cualquier cosa que intente decir de Dios. Las palabras deslucen aquello que las supera. Y sin embargo el misterio es, por definición, lo que sobrepasa la razón humana. En su *Teología mística* dice Dionisio Areopagita que, frente a esa realidad que lo trasciende todo, frente al misterio, nos vemos conducidos a esas «tinieblas luminosas del silencio (...), que colma con esplendores más bellos que la belleza las inteligencias que saben cerrar los ojos».

240. – Hay que dirigir a nuestra civilización una seria advertencia. Si nuestras inteligencias ya no saben cerrar los ojos, si ya no sabemos callar, nos privaremos del misterio, de esa luz que trasciende las tinieblas, de esa belleza que trasciende toda belleza. Sin el misterio nos vemos reducidos a la banalidad de las cosas terrenales.

241. – A veces me pregunto si la tristeza de las sociedades urbanas occidentales, ahítas de depresiones, suicidios y sufrimientos morales, no procederá de la pérdida del sentido del misterio. Al perder la capacidad de silencio ante el misterio, los hombres se apartan de las fuentes de la alegría. Se encuentran solos en el mundo, sin nada que los supere y los sostenga. ¡No se me ocurre nada más aterrador! Así se comprende la reflexión de Blaise Pascal en sus *Pensamientos*: «Al contemplar el universo mudo y al

hombre sin luz, abandonado a sí mismo y como perdido en este rincón del mundo, sin saber quién lo puso en él, lo que ha venido a hacer ni lo que le ocurrirá al morir (...), me espanto como el hombre que hubiera sido llevado dormido a una isla desierta y despertara sin saber dónde está y sin medios de escapar».

Sin silencio estamos privados del misterio, condenados al miedo, a la tristeza y a la soledad. ¡Ha llegado el momento de redescubrir ese silencio! El misterio de Dios, su inasequibilidad, es fuente de gozo para cualquier cristiano. Día tras día sentimos la alegría de contemplar a un Dios insondable cuyo misterio no se agotará jamás. La propia eternidad del Cielo será la alegría siempre nueva de profundizar aún más en el misterio divino sin agotarlo jamás. Solo el silencio es capaz de traducir esa alegría: «Callamos porque las palabras de las que nuestras almas desean vivir no se expresan con el lenguaje de la tierra», decía en *Silence cartusien* un cartujo cuyo nombre no sabremos jamás.

242. – Para preservar el misterio hay que protegerlo de la banalidad profana. Ese papel lo desempeña de un modo admirable el silencio. Los tesoros hay que colocarlos fuera del alcance de cualquiera: lo que es valioso siempre está velado. Hasta nuestro cuerpo lo cubrimos con ropa, no porque sea vergonzoso o impuro, sino porque es sagrado y misterioso. En la liturgia el cáliz está velado, el copón y el sagrario están tapados por un velo mientras contienen la Presencia real. El silencio es un velo sonoro que protege el misterio. ¿No es verdad que, cuando queremos pronunciar las palabras más importantes, las frases de amor, bajamos espontáneamente la voz? En otro tiempo, en la liturgia latina las misteriosas palabras del canon y de la consagración, pronunciadas *submissa voce*, con voz sumisa, se envolvían en un velo de silencio.

243. – La carta apostólica de san Juan Pablo II *Oriente Lumen* contiene esta frase espléndida: «Este misterio continuamente se vela, se cubre de silencio, para evitar que, en lugar de Dios, construyamos un ídolo».

Los cristianos corren un serio peligro de convertirse en idólatras si pierden el sentido del silencio. Nuestras palabras nos embriagan, nos encierran en lo creado. Hechizados por el ruido de los discursos humanos y prisioneros de él, nos arriesgamos a construir un culto a nuestra altura, un dios a nuestra imagen. Las palabras llevan consigo la tentación del becerro de oro. Solo el silencio conduce a los hombres más allá de las palabras, hasta el misterio, hasta el culto en espíritu y en verdad. El silencio es una mistagogia, nos hace entrar en el misterio sin desflorarlo. Entiendo por qué Teresa de Lisieux escribía en su *Carta a Céline* el 14 de octubre de 1890: «La virginidad es un profundo silencio». Tenemos que volver a encontrar esa reserva, ese pudor, ese sentido virginal, esa delicadeza silenciosa, para abordar los santos misterios de la liturgia, los grandes misterios de la teología.

Aprendamos a guardar silencio también en lo más hondo del sufrimiento. Hoy son muchos los que unen su aullido al de los lobos para defender una visión de la liturgia de la que pretenden ser los únicos propietarios: esos ideólogos inmolan ruidosamente sobre el altar de sus ídolos a quienes consideran retrógrados. Si Dios lo quiere así, que sus ídolos respiren, pues, el buen aroma del sacrificio de estos últimos.

Creo que el silencio no vela los misterios para ocultarlos, sino para revelarlos. Solo se puede hablar del misterio en silencio. Por eso en la liturgia el lenguaje de los misterios es silencioso.

—Así pues, aunque Dios habla, también su palabra es un

misterio...

244. – En su hermoso libro *Un canto nuevo para el Señor*, el cardenal Joseph Ratzinger recordaba: «Cuando la palabra de Dios se traduce en palabra humana, queda un excedente no dicho e inefable que nos incita a callar». Dios se revela, pero nuestras palabras humanas no sirven para hablar de su inmensidad, su profundidad y su misterio: siempre está más allá de nuestro lenguaje. ¡Qué pequeño sería Dios si le comprendiéramos!

Entiendo que los teólogos estudien este misterio y traduzcan a palabras humanas el fruto de su búsqueda. Pero esas palabras solo serán admisibles si su estudio hunde sus raíces en el silencio y conduce al silencio. Si no, se quedarán en palabrería vana. La teología tiene que volver a encontrar un lenguaje contemplativo. Los exegetas y teólogos que estudian en la escuela de las ciencias profanas corren el peligro de apartarse del misterio de la palabra de Dios. «Mucho habríamos de decir y no acabaríamos nunca; pero, para terminar: “¡Él lo es todo!”», dice la Escritura (*Si* 43, 27).

245. – Para hablar de Dios hay que empezar por callar. Pienso en los predicadores. Una homilía no consiste en una suma de conocimientos teológicos o de interpretaciones exegéticas. En ellas los sacerdotes, marcados por el carácter del sacerdocio, obran de alguna manera como instrumentos misteriosos del Verbo de Dios. Por eso la homilía está exclusivamente reservada a los hombres que han recibido el orden sagrado de sacerdotes y diáconos: no puede delegarse en los laicos, por muy competentes que sean. No se trata de una mera competencia académica ni de una profesión: «Los labios del sacerdote deben custodiar el saber para que en su boca busquen la Ley» (*Ml* 2, 7; *Tt* 1, 7-9; *1 Tm* 3, 13), dice la Escritura. En la homilía la palabra no es una clase, sino el eco de la palabra que enseñó el Maestro en los caminos de Galilea. También los

sacerdotes deben preparar las homilías en el silencio de la oración y la contemplación.

246. – En una entrevista sobre la liturgia, el cardenal Ratzinger no dudaba en afirmar: «Si no comprendemos el lugar del silencio, corremos el peligro de dejar pasar la Palabra de Dios. Por eso necesitamos entrar en esa profundidad del silencio en la que se comunica el misterio mayor que cualquier palabra humana. Este proceso es esencial (...). Dios es ante todo el gran silencio. Hay que prescindir de la multiplicidad de palabras para encontrar la Palabra. Si no existe el silencio que nos permite entrar en su profundidad, las palabras se hacen incomprensibles. Y la liturgia, presencia del gran misterio de Dios, tiene que ser también el lugar donde tengamos la posibilidad de entrar en lo profundo de nuestras almas».

La profundidad del misterio de Dios lleva a hablar a san Agustín en sus *Confesiones* de la experiencia de «los límites de las palabras». Entonces, en silencio, nos llenamos de gozo. Al Dios inefable no lo podemos nombrar: «Si no lo puedes pronunciar, y tampoco lo debes callar, ¿qué queda, sino que te desahogues en el júbilo para que, sin palabras, se regocije tu corazón, y el campo inmenso de las alegrías no quede aprisionado por los límites de las sílabas?», se pregunta el santo doctor.

247. – De esta gozosa experiencia del misterio nace el canto sagrado. El canto de las liturgias cristianas debería alejarse de ciertos cánticos locuaces para volver a encontrar la grandeza contemplativa del canto de los monjes de Oriente y Occidente.

El canto gregoriano no se opone al silencio: nace de él y a él conduce. Diría incluso que está como tejido de silencio. ¡Qué

experiencia tan sobrecogedora la de cantar con los monjes de la Gran Cartuja, en la penumbra de la noche, la *Salve Regina* de las vísperas! Las últimas notas acaban muriendo una a una en medio de un silencio filial, envolviendo nuestra confianza en la Virgen María. Es una experiencia esencial para comprender la reflexión de Joseph Ratzinger en su libro *Un canto nuevo para el Señor*: «Un callar que finalmente convierte lo inefable en santo, y también pide ayuda a las voces del cosmos para que lo no dicho se haga perceptible. Esto significa que la música de Iglesia, emanando de la palabra y del silencio percibido en ella, presupone una constante escucha de toda la plenitud del Logos».

—¿La reforma litúrgica de 1969 de Pablo VI motivó una pérdida del silencio en la liturgia?

248. – Como señalaba el cardenal Godfried Danneels en su conferencia *Una actitud de servicio y no de manipulación* –un título muy sugerente–, «la liturgia occidental, tal como se vive hoy, tiene como principal defecto el ser excesivamente locuaz». Creo que hay que plantearse el tema desde la raíz. No se trata de limitarse a añadir de un modo artificial un poco más de silencio a las liturgias de la Iglesia.

Naturalmente, la liturgia prevé tiempos de silencio que se deben respetar antes de cada oración, antes del *Confiteor*, después de la lectura de la Palabra de Dios y después de la comunión. Esos tiempos permiten que el alma respire. También el ofertorio puede ser un momento de silencio.

249. – Sé que hay muchos sacerdotes jóvenes que se lamentan porque les gustaría que la oración del canon se pronunciara en un profundo silencio. La unidad de toda la asamblea en comunión con

las palabras dichas en un murmullo sagrado era una espléndida señal de una Iglesia contemplativa reunida en torno al sacrificio de su Salvador. En *El espíritu de la liturgia*, el cardenal Ratzinger escribía: «Quien personalmente haya sido testigo de esa unidad de la Iglesia en el silencio de la plegaria eucarística ha experimentado lo que es el silencio lleno de contenido: un silencio que muestra, al mismo tiempo, un grito fuerte y penetrante que se dirige a Dios, una oración llena de espíritu. Aquí verdaderamente todos rezan juntos el canon, si bien mediante esa unión con el cometido particular del oficio sacerdotal. Aquí todos estamos unidos, asumidos por Cristo, guiados por el Espíritu Santo en la oración común ante el Padre, que es el sacrificio verdadero: el amor que reconcilia y une el mundo con Dios».

Con todo, la intención de la reforma litúrgica era loable: los padres conciliares pretendían recuperar la función original de la plegaria eucarística como una gran oración del pueblo ante Dios. Pero también constatamos una fuerte tentación de buscar la variedad introduciendo improvisaciones en el canon. A partir de ahí la liturgia corre el riesgo de una banalización de las palabras de la plegaria eucarística. Por eso creo que el cardenal Ratzinger tenía razón al decir que «para no perder la Palabra es preciso el silencio del canon». En su momento propuso algunas soluciones prácticas y afirmó con convicción que la recitación en voz alta de toda la plegaria eucarística no era el único medio de obtener la participación de todos en ese acto. Debemos trabajar en la búsqueda de una solución más equilibrada y abrir la posibilidad a espacios de silencio en este ámbito.

250. – El silencio es una actitud del alma. No se impone, a riesgo de parecer exagerado, vacío y artificial. En las liturgias de la Iglesia el silencio no puede ser una pausa entre dos ritos: es en sí

mismo un rito, lo envuelve todo. El silencio es la madera sobre la que deben estar talladas todas nuestras liturgias, en las que nada debería romper esa atmósfera silenciosa que es su clima natural.

No obstante, las celebraciones se hacen pesadas porque se desarrollan con una locuacidad ruidosa. La liturgia está enferma. Puede que el síntoma más evidente de esa enfermedad sea la omnipresencia del micrófono, que se ha vuelto tan indispensable que uno se pregunta cómo es posible que los sacerdotes hayan celebrado antes de su invención... A veces tengo la impresión de que los celebrantes temen hasta tal punto la oración interior personal y libre de los fieles que no dejan de hablar desde que empieza la celebración hasta que acaba para no perder el control. Creo que actitudes como esta revelan una honda incomprensión del espíritu del Concilio Vaticano II. Ahora más que nunca debe guiarnos la enseñanza del concilio sobre la liturgia contenida en la *Sacrosanctum Concilium*. Cincuenta años después de su promulgación aún no hemos acabado de explorar su fondo. Es el momento de dejarse enseñar por el concilio en lugar de utilizarlo para justificar nuestras ansias de originalidad.

251. – La intención de la *Sacrosanctum Concilium* era la participación de todos en el misterio que se hace presente en la sagrada liturgia. Si se quiere comprender su propósito, resulta imprescindible recordar que uno de los medios propuestos por el concilio para hacerlo realidad es el silencio sagrado. De hecho, se trata de participar en un misterio sagrado que nos supera infinitamente: el misterio de la muerte de Jesús por Amor al Padre y a nosotros. Los cristianos tienen la imperiosa obligación de abrirse a ese acto tan misterioso que nunca podrán llevar a cabo ellos solos: el sacrificio de Cristo. En la reflexión de los padres conciliares, la liturgia es una acción divina, una *actio Christi*, ante la cual se

apodera de nosotros un silencio de admiración y reverencia. La calidad de nuestro silencio es la medida de la calidad de nuestra participación activa.

252. – En 1985, en su célebre *Informe sobre la fe* con Vittorio Messori, el cardenal Ratzinger subrayaba: «Se ha dispersado el *proprium* litúrgico, que no proviene de lo que nosotros hacemos, sino del hecho de lo que aquí acontece. Algo que todos nosotros juntos somos incapaces de hacer».

253. – El silencio plantea el tema de la esencia de la liturgia. Y esta es mística. Con razón hablan los orientales de *liturgia divina* y de *santos misterios*. Mientras nos acerquemos a ella con un corazón ruidoso, la liturgia parecerá superficial y humana. El silencio litúrgico es una disposición radical y esencial: es una conversión. Etimológicamente, *convertirse* significa *girarse*: volverse hacia Dios. En la liturgia no existe verdadero silencio si en nuestro corazón no nos volvemos hacia el Señor. Pero el verdadero silencio es el de nuestras pasiones, un corazón purificado de inclinaciones carnales, limpio de odios y rencores, orientado hacia la santidad de Dios. Cuanto más resplandece la pureza en el sacerdote, más se convierte este, a través de su unión con Cristo, en «Hostia pura, Hostia santa, Hostia inmaculada», y arrastra a todo el pueblo de Dios a «revestirse del hombre nuevo, que ha sido creado conforme a Dios en justicia y santidad verdaderas» (*Ef* 4, 24).

254. – No basta con prescribir más silencio. Para comprender que la liturgia nos vuelve interiormente hacia el Señor, convendría que, durante las celebraciones, todos juntos, sacerdotes y fieles, nos volviéramos físicamente hacia Oriente, simbolizado en el ábside. Esta costumbre sigue siendo perfectamente legítima y coincide con

la letra y el espíritu del concilio. No son pocos los testimonios de los primeros siglos de la Iglesia. «Cuando nos levantamos para orar, nos volvemos hacia Oriente», dice san Agustín, haciéndose eco de una tradición que, según san Basilio, se remonta a los apóstoles.

Las iglesias se crearon para la oración de las primeras comunidades cristianas y en el siglo IV las Constituciones apostólicas recomendaban que estuvieran *orientadas*. Y, cuando el altar mira a Occidente, como el de San Pedro en Roma, el oficiante debe volverse hacia levante y de cara al pueblo. De modo que «el interés de los Padres no se centraba tanto en la celebración de cara o de espaldas al pueblo (...), sino de cara a Oriente», señala juiciosamente Xavier Accart en su maravilloso libro *Comprender y vivir la liturgia*. Y añade: «Esta orientación física de la oración no es más que la señal de una *orientación interior*. ¿No deja claro Orígenes en sus *Parábolas evangélicas* que esa opción es símbolo del alma que mira hacia el amanecer de la luz verdadera: “De Oriente te llega el favor recibido de Dios; porque de allí procede el hombre cuyo ‘nombre es Oriente’ (Za 6, 12), constituido ‘mediador entre Dios y los hombres’ (1 Tm 2, 5)?”. Se trata de una invitación a “mirar hacia Oriente” (Ba 4, 36), desde donde se eleva para ti el “sol de justicia” (Mt 3, 20), de donde nace para ti la luz, para que no “camines en tinieblas” (Jn 12, 35) y el último día “las tinieblas no te sorprendan”». ¿No invita el sacerdote al pueblo de Dios a seguirlo cuando dice al comienzo de la plegaria eucarística: «Levantemos el corazón», a lo que el pueblo responde: «Lo tenemos levantado hacia el Señor»?

Como prefecto de la Congregación para el Culto divino y la disciplina de los Sacramentos, tengo que recordar una vez más que la celebración *versus orientem* está autorizada por las rúbricas del misal, porque es de tradición apostólica. No hace falta una autorización especial para celebrar con el pueblo y el sacerdote

mirando hacia el Señor. Si materialmente no se puede celebrar *ad orientem*, es imprescindible colocar en el altar una cruz bien visible que nos sirva de referencia a todos. Cristo en la Cruz es el Oriente cristiano.

255. – La celebración de cara a Oriente facilita el silencio. De hecho, para el celebrante la tentación de monopolizar la palabra es menor. Vuelto hacia el Señor está menos expuesto a convertirse en un profesor que se pasa toda la misa dando una clase, reduciendo el altar a un estrado cuyo eje no sería la cruz, sino el micrófono. Sin embargo, vuelto hacia Oriente y hacia la cruz, el celebrante toma conciencia de que es –como suele recordar el papa Francisco– un pastor que camina delante de sus ovejas. El sacerdote recuerda que es un instrumento en las manos de Cristo sacerdote, que debe callar para dejar que penetre la Palabra, que al lado del único Verbo eterno sus palabras humanas son irrisorias. Estoy convencido de que los sacerdotes no empleamos el mismo tono de voz cuando celebramos de cara a Oriente. Nos sentimos mucho menos tentados de convertirnos en espectáculo, ¡de creernos actores!, como dice el papa Francisco.

De este modo es como si toda la asamblea fuera absorbida junto con el sacerdote por el misterio silencioso de la Cruz. Esta manera de celebrar se debería poder practicar regularmente en las parroquias.

Recuperar la entrada en el misterio permitiría experimentar un acercamiento silencioso y contemplativo a la doctrina y a la teología, que no son el resultado del quehacer laborioso de una comunidad encerrada en sí misma en un círculo cerrado, sino la acogida en el silencio de la palabra de Dios que nos precede y nos sale al paso. Como ha recordado el Papa en la bula de convocatoria del Jubileo de la Misericordia, hay que «recuperar el valor del

silencio para meditar la palabra que se nos dirige».

256. – La celebración hacia Oriente acaba con el cara a cara, con el gregarismo, con el *a puerta cerrada*, e impide transformar la liturgia en la autocelebración de una comunidad. Por el contrario, al volvernos hacia el Señor, la liturgia nos permite volvernos hacia el mundo con un impulso nuevo y una auténtica fuerza misionera, para llevarle no nuestra propia experiencia hueca y ruidosa, sino la única Palabra escuchada en el silencio.

257. – Me opongo a que nos dediquemos a enfrentar una liturgia contra otra, o el rito de san Pío V con el del beato Pablo VI. De lo que se trata es de entrar en el gran silencio de la liturgia: hay que aprender a dejarse enriquecer por todas las formas litúrgicas latinas u orientales que privilegian el silencio. Sin este espíritu contemplativo, la liturgia seguirá siendo ocasión de rencorosas rupturas y de enfrentamientos ideológicos, y no un punto de unión y de comunión en el Señor. Urge entrar en ese silencio litúrgico vuelto hacia el Señor que el concilio quiso recuperar. Lo que voy a decir a continuación no contradice mi sometimiento y mi obediencia a la autoridad suprema de la Iglesia.

Mi deseo más profundo y humilde es servir a Dios, a la Iglesia y al Santo Padre con devoción, sinceramente y en unión filial. Pero tengo esta esperanza: si Dios quiere, cuando Él quiera y como Él quiera, se llevará a cabo en la liturgia una reforma de la reforma. Se hará pese al rechinar de dientes, porque lo que está en juego es el futuro de la Iglesia. Maltratar la liturgia es maltratar nuestra relación con Dios y la expresión concreta de nuestra fe cristiana. La Palabra de Dios y la enseñanza doctrinal de la Iglesia siguen escuchándose, pero las almas que desean volverse hacia Dios, ofrecerle un verdadero sacrificio de alabanza y adorarle, ya no se

sienten atraídas por unas liturgias demasiado horizontales, antropocéntricas y festivas, más parecidas a veces a ruidosos y vulgares eventos culturales. Los medios han impregnado totalmente y transformado en espectáculo el santo sacrificio de la misa, memorial de la muerte de Jesús en la Cruz para la salvación de nuestras almas.

El sentido del misterio desaparece detrás de los cambios, de las constantes adaptaciones decididas de forma autónoma e individual para seducir a nuestras modernas mentes profanadoras, marcadas por el pecado, la secularización, el relativismo y el rechazo de Dios. En muchos países occidentales vemos cómo los pobres abandonan la Iglesia católica, tomada al asalto por personas malintencionadas que se creen intelectuales y desprecian a los sencillos y los pobres. Esto es lo que el Santo Padre debe denunciar alto y claro. Porque una Iglesia sin pobres ya no es Iglesia, sino un simple *club*. ¡Cuántos templos vacíos hay hoy en Occidente, cerrados, destruidos o transformados en edificios profanos privados de su sacralidad y de su destino original! Aun así, sé que muchos sacerdotes y muchos fieles viven su fe con un celo extraordinario y pelean cada día para preservar y enriquecer las casas de Dios.

Es urgente recuperar la belleza, la sacralidad y el origen divino de la liturgia con nuestra firme fidelidad a la enseñanza del *Catecismo de la Iglesia Católica*. En una conversación con el padre Emonet, el cardenal Charles Journet afirmaba en tono fatídico: «La liturgia y la catequesis son las dos mordazas de la tenaza con la que el demonio quiere arrancar la fe al pueblo cristiano y apoderarse de la Iglesia para destruirla y aniquilarla definitivamente. Aún hoy el gran dragón está al acecho ante la Mujer, la Iglesia, dispuesto a devorar al Niño». Sí, el diablo quiere que nos enfrentemos entre nosotros en el corazón mismo del sacramento de la unidad y la comunión fraterna. Satanás intenta arrasar con su cola toda la tierra.

Pero Jesús nos devuelve la calma cuando dice a Pedro: «Simón, Simón, mira que Satanás os ha reclamado para cribaros como el trigo. Pero yo he rogado por ti para que tu fe no desfallezca; y tú, cuando te conviertas, confirma a tus hermanos» (Lc 22, 31-32).

—El silencio también aparece citado exhaustivamente en las normas litúrgicas que han pedido muchos papas...

258. – La oración es una conversación, un diálogo con el Dios Trino: mientras que en algunos momentos nos dirigimos a Dios, en otros guardamos silencio para escucharle.

259. – Es cierto que los ritos orientales no prevén momentos de silencio durante la liturgia divina. De hecho, cuando no es el sacerdote quien canta –es decir, cuando ora en silencio, especialmente en la anáfora, la plegaria eucarística, salvo las palabras de la consagración, que se cantan en voz alta–, se puede observar que son el diácono, los coros y también los fieles los que cantan ininterrumpidamente. Aun así, son muy conscientes de la dimensión apofática de la oración que se expresa mediante toda clase de adjetivos y adverbios que califican al Dueño y Soberano del Universo y Salvador de nuestras almas. El prefacio del rito bizantino, por ejemplo, dice: «Señor, nuestro Dios, cuyo poder es incomparable y la gloria incomprensible, cuya misericordia es inconmensurable e inefable su amor por los hombres...». En esencia la liturgia divina es de alguna manera una inmersión en el *Misterio*: se celebra detrás del iconostasio y el sacerdote, de pie ante el altar del sacrificio, suele rezar en silencio. Para los orientales el iconostasio es el velo del misterio. En el caso de los latinos el silencio es como un iconostasio sonoro.

260. – En Occidente no existe ningún rito –romano, mozárabe, cartujano, dominico, ambrosiano– en el que a la oración silenciosa del sacerdote se superpongan de manera ininterrumpida los cantos del coro o de los fieles. La misa latina ha incluido desde siempre unos momentos de silencio absoluto. Hasta la reforma del beato Pablo VI eso era lo que sucedía sobre todo durante el canon, que el celebrante pronunciaba en silencio, *in secreto*, excepto en los raros casos de concelebración sacramental. Es cierto que en algunos lugares se quiso llenar el vacío de algunos minutos de silencio –en realidad, solo aparente– con el sonido del órgano o de cantos polifónicos, pero esta práctica no armonizaba con el espíritu de los ritos.

261. – El Concilio Vaticano II previó mantener un tiempo de silencio durante el sacrificio eucarístico. Por eso la constitución *Sacrosanctum Concilium* decretaba que «para promover la participación activa se fomentarán las aclamaciones del pueblo, las respuestas, la salmodia, las antífonas, los cantos y también las acciones o gestos y posturas corporales. Guárdese, además, a su debido tiempo, un silencio sagrado». La presentación general del Misal Romano del beato Pablo VI, reeditado por san Juan Pablo II en 2002, señalaba muchos momentos de la misa donde se debe observar dicho silencio.

En primer lugar, encontramos este recordatorio genérico: «Debe guardarse también, en el momento en que corresponde, como parte de la celebración, un sagrado silencio. Sin embargo, su naturaleza depende del momento en que se observa en cada celebración. Pues en el acto penitencial y después de la invitación a orar, cada uno se recoge en sí mismo; pero, terminada la lectura o la homilía, todos meditan brevemente lo que escucharon; y, después de la Comunión, alaban a Dios en su corazón y oran. Ya desde antes de la

celebración misma, es laudable que se guarde silencio en la iglesia, en la sacristía, en el *secretarium* y en los lugares más cercanos para que todos se dispongan devota y debidamente para la acción sagrada». Es triste, y casi sacrílego, ver cómo a veces los sacerdotes y los obispos hablan sin parar en la sacristía e incluso durante la procesión de entrada, en lugar de recogerse y contemplar en silencio el misterio de la muerte de Cristo en la Cruz que se disponen a celebrar y que no debería inspirarles sino estupor y temblor.

262. – En el Misal Romano de 1969 está prescrito el silencio durante la preparación penitencial: «El sacerdote invita al acto penitencial que, tras una breve pausa de silencio, realiza toda la comunidad con la fórmula de la confesión general». Y, más adelante, en la colecta: «El sacerdote invita al pueblo a orar; y todos, a una con el sacerdote, permanecen un momento en silencio para hacerse conscientes de estar en la presencia de Dios y formular interiormente sus súplicas». También «la liturgia de la palabra se ha de celebrar de manera que favorezca la meditación y, en consecuencia, hay que evitar toda forma de precipitación que impida el recogimiento. Conviene que haya en ella unos breves momentos de silencio, acomodados a la asamblea, en los que, con la gracia del Espíritu Santo, se perciba en el corazón la palabra de Dios y se prepare la respuesta a través de la oración. Estos momentos de silencio pueden observarse, por ejemplo, antes de que se inicie la misma liturgia de la palabra, después de la primera y la segunda lectura, y una vez concluida la homilía». Estas recomendaciones se aplican igualmente a la homilía, que debe ser acogida y asimilada en un clima de oración; y se convierten en una prescripción dirigida a los fieles para la plegaria eucarística, en la que «el pueblo se unirá al sacerdote en la fe y con el silencio».

Después de la comunión o para prepararse a escuchar la oración de poscomunión volvemos a encontrar la posibilidad de guardar silencio. En la misa celebrada sin participación del pueblo se aconseja al celebrante un momento de silencio: «Terminada la purificación del cáliz, conviene que el sacerdote observe una pausa de silencio».

263. – Por lo tanto, el silencio no está en absoluto ausente de la forma ordinaria del rito romano, al menos si se siguen sus prescripciones y los sacerdotes se inspiran en sus recomendaciones. Desgraciadamente, con demasiada frecuencia olvidamos que en la *actuosa participatio* el concilio incluye también el silencio, que facilita una participación verdaderamente intensa y personal y nos permite escuchar interiormente la palabra del Señor. Sin embargo, hay algunos ritos en los que no encontramos ni rastro de ese silencio. Aparte de la homilía, se debe prescindir de cualquier discurso o presentación de personas durante la celebración de la santa misa.

264. – En nuestros días muchas veces tengo la impresión de que el culto católico ha pasado de la adoración a Dios a la exhibición del sacerdote, los ministros y los fieles. Se ha eliminado la piedad, incluido su nombre. La han suprimido algunos liturgistas que, calificándola de beatería, al mismo tiempo han hecho sufrir al pueblo sus experimentos litúrgicos rechazando las distintas expresiones espontáneas de devoción y adoración. Han conseguido imponer los aplausos, incluso en los funerales, en sustitución del duelo que suele expresarse con lágrimas: ¿no lloró Cristo la muerte de Lázaro? Cuando los aplausos irrumpen en la liturgia es señal segura de que la Iglesia ha perdido la esencia de lo sagrado.

—¿Cuál sería su deseo más ferviente con respecto al lugar del silencio dentro de la liturgia?

265. – Hago una llamada a una verdadera conversión. Procuremos con todas nuestras fuerzas convertirnos en cada una de nuestras celebraciones eucarísticas en una «Hostia pura, Hostia santa, Hostia inmaculada». No tengamos miedo al silencio litúrgico. ¡Cómo me gustaría que los pastores y los fieles entraran gozosos en ese pleno silencio de reverencia sagrada y de amor del Dios inefable! ¡Cómo me gustaría que las iglesias fuesen casas en las que reine el gran silencio que anuncia y revela la presencia adorada de Dios! ¡Cómo me gustaría que los cristianos pudieran experimentar durante la liturgia la fuerza del silencio!

Hay que hacer un esfuerzo por comprender las motivaciones teológicas de la disciplina litúrgica relativa al silencio. Creo que hay dos autores especialmente cualificados que pueden ayudarnos en este campo y acabar de convencernos de que, sin el silencio, la liturgia pierde una parte esencial y necesaria.

Quiero citar, en primer lugar, a monseñor Guido Marini, maestro de las celebraciones litúrgicas pontificias. En *La liturgia: gloria de Dios, santificación de los hombres*, se refiere así al silencio: «Una liturgia bien celebrada, en sus diversas partes, prevé una acertada alternancia de silencio y palabra, donde el silencio anima a la palabra, permite a la voz resonar con extraordinaria profundidad, manteniendo cada expresión oral en el adecuado clima de recogimiento (...). El silencio requerido (...) no hay que considerarlo como si fuera una pausa entre un momento celebrativo y el siguiente. Hay que considerarlo más bien como un verdadero y propio momento ritual, complementario a la palabra, a la oración vocal, al canto, al gesto».

Ya en *El espíritu de la liturgia* señalaba el cardenal Joseph

Ratzinger: «El gran misterio que supera toda palabra nos invita al silencio. Y el silencio, es evidente, pertenece también a la liturgia. Es preciso que este silencio sea pleno, que no sea simplemente ausencia de discurso o de acción. Lo que esperamos de la liturgia es que nos ofrezca este silencio sustancial, positivo, en el que podamos encontrarnos a nosotros mismos. Un silencio que no es una pausa en la que miles de pensamientos y deseos nos asaltan, sino un recogimiento que nos trae paz interior, que nos deja respirar y descubrir lo esencial». Se trata, pues, de un silencio en el que nos limitamos a mirar a Dios, a dejar que Él nos mire y nos envuelva en el misterio de su majestad y de su Amor.

266. – Hemos perdido el significado más hondo del ofertorio: ese momento en el que, como su nombre indica, todo el pueblo cristiano se ofrece no junto con Cristo, sino en Él, a través de su sacrificio, que se realizará en la consagración. El Concilio Vaticano II ha subrayado de un modo admirable este aspecto insistiendo en el sacerdocio bautismal de los laicos, que consiste esencialmente en ofrecernos con Cristo en sacrificio al Padre. Esta enseñanza del concilio aparecía magníficamente plasmada en las antiguas oraciones del ofertorio. Ya he dicho antes que convendría tener la libertad de volver a utilizarlas para entrar silenciosamente en la ofrenda de Cristo. En el siglo VII el pseudo-Germán de París refiere que la procesión de las ofrendas se abría con esta monición: «Que observen todos un silencio espiritual vigilando las puertas de su alma. Que al trazar la señal de la cruz en sus rostros se guarden del tumulto de las palabras y los vicios (...). Que guarden sus labios de toda palabra vulgar para que sus corazones estén vueltos solamente hacia Cristo».

Si el ofertorio se considera únicamente una preparación de los dones, un gesto práctico y prosaico, crecerá la tentación de añadir e

inventar ritos para ocupar lo que se percibe como un vacío. Me parecen lamentables esas largas y ruidosas procesiones de las ofrendas de algunos países africanos, acompañadas de danzas interminables. Los fieles llevan toda clase de productos y objetos que no tienen nada que ver con el sacrificio eucarístico. Estas procesiones se parecen más bien a espectáculos folklóricos que desvirtúan el sacrificio cruento de Cristo en la Cruz y nos alejan del misterio eucarístico; un misterio que se tiene que celebrar con sobriedad y recogimiento, porque también nosotros nos sumergimos en su muerte y en su ofrenda al Padre. Los obispos de mi continente deberían tomar medidas para que la celebración de la misa no se convierta en una autocelebración cultural. La muerte de Dios por amor a nosotros trasciende toda cultura. Desborda toda cultura.

Por eso conviene insistir en el silencio de los laicos durante la plegaria eucarística, tal y como explica monseñor Guido Marini: «Ese silencio no significa inactividad o ausencia de participación. Ese silencio lleva a hacer que todos se introduzcan en (...) el acto de amor con el que Jesús se ofrece al Padre en la Cruz para la salvación del mundo. Ese silencio, verdaderamente sagrado, es el espacio litúrgico en el que hay que decir sí, con toda la fuerza de nuestro ser, al obrar de Cristo, para que llegue a ser también nuestro actuar en la vida cotidiana».

Según el cardenal Ratzinger, por su parte, «las oraciones que el sacerdote hace en silencio le invitan a personalizar su tarea, a entregarse al Señor, también con su mismo yo». Para todos, «el silencio después de la comunión es (...) el momento para un diálogo íntimo con el Señor, que se nos ha dado: para el necesario *comunicarse*, para entrar en el proceso de comunicación sin el cual la comunión exterior se convierte en un puro rito y se convierte en algo estéril». Cuando los fieles han acabado de comulgar el cuerpo

de Cristo, el coro debe dejar de cantar, de modo que cada uno disponga de un tiempo para un coloquio íntimo con el Señor, que acaba de entrar en el templo de nuestro cuerpo.

¡Qué maravilla recibir en el fondo de nuestro corazón al Señor del Universo! «¿No sabéis que sois Templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno destruye el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, que sois vosotros, es santo» (1Co 3, 16-17). Sí, Dios espera de los hombres la santidad de sus vidas, la virtud del silencio, de la humildad y la sencillez.

—Llegados a este punto de nuestra reflexión, ¿cabe hablar del silencio como valor ascético cristiano?

267. – En su significado negativo, el silencio es la ausencia de ruido. Puede ser exterior o interior. El silencio exterior concierne al silencio de las palabras y actos, es decir, la ausencia del ruido de puertas, vehículos, taladros, aviones, del sonoro funcionamiento de las máquinas de fotos, a menudo acompañado del deslumbramiento de los *flashes*, y también de esa espantosa selva de móviles a los que seguimos agarrados durante nuestras liturgias eucarísticas... El silencio virtuoso o místico debe distinguirse, evidentemente, del silencio reprobatorio, de la negativa a dirigirse la palabra, del silencio de omisión por cobardía, egoísmo o dureza de corazón.

268. – El silencio exterior es un ejercicio ascético de dominio del uso de la palabra. Antes de nada, quizá convenga recordar qué es la ascesis, esa palabra que dista mucho de ocupar la cima de nuestra sociedad de consumo y que –para ser sinceros– espanta a nuestros contemporáneos y, muy a menudo, a los cristianos, víctimas de la influencia del espíritu del mundo.

La ascesis es un medio que nos ayuda a quitar de nuestra vida lo que la sobrecarga, es decir, lo que pone trabas a nuestra vida espiritual y constituye un obstáculo para la oración. Sí, es precisamente en la oración donde Dios nos comunica su Vida y manifiesta su presencia en nuestra alma regándola con el caudal de su amor trinitario. Y la oración es, en esencia, silenciosa. La locuacidad, esa tendencia a exteriorizar todos los tesoros del alma dándoles expresión, es sumamente dañina para la vida espiritual. Arrastrado hacia afuera por su necesidad de hablar de todo, el charlatán solo puede estar lejos de Dios, ser superficial e incapaz de cualquier actividad espiritual profunda.

Los libros sapienciales del Antiguo Testamento rebosan de exhortaciones dirigidas a evitar los pecados de la lengua, especialmente la maledicencia y la calumnia (*Pr* 10, 8.11.13). Los libros proféticos, por su parte, se refieren al silencio como la expresión del silencio reverente ante Dios; por eso es una preparación para la teofanía de Dios, es decir, la revelación de su presencia en nuestro mundo (*Lm* 3, 26; *Ha* 2, 20; *Is* 41, 1; *Za* 2, 17). El Nuevo Testamento no le va a la zaga. En él encontramos la carta de Santiago, que sigue siendo un clásico acerca del dominio de la lengua. Además, sabemos que Jesús mismo nos previene contra las malas palabras, expresión de un corazón impuro (*Mt* 15, 19), e incluso contra las palabras ociosas, de las que se nos pedirá cuenta (*Mt* 12, 19).

En realidad, el silencio bueno y auténtico siempre es propio de quien quiere ceder su lugar a otros y, sobre todo, al Otro que lo es Todo: Dios. El ruido exterior, por su parte, caracteriza al individuo que quiere ocupar un lugar demasiado importante, que quiere presumir o exhibirse, o bien llenar su vacío interior, como ocurre en tantos lugares públicos en los que reinan un ruido y un orgullo ensordecedores.

269. – El silencio interior, por su parte, puede estar formado por la ausencia de recuerdos, proyectos, palabras interiores, afanes...; y lo que es más importante: gracias a un acto de la voluntad, puede ser consecuencia de la ausencia de afectos desordenados y de deseos exacerbados. Los Padres de la Iglesia conceden al silencio un lugar eminente en la vida ascética. Pienso en san Ambrosio, san Agustín, san Gregorio Magno, sin hablar de la *Regla* de san Benito de Nursia sobre la *taciturnidad*, o de sus palabras dedicadas al silencio de la noche en el que se hace discípulo de Casiano. A partir de estos maestros, todos los fundadores de las órdenes religiosas medievales, seguidos de los místicos de la Reforma católica, han insistido en la importancia del silencio, más allá incluso de su dimensión ascética y mística.

—*Así pues, ¿el silencio es condición esencial de la oración contemplativa?*

270. – Dice el Evangelio que el Salvador oraba en silencio, sobre todo por la noche, o retirándose a lugares desiertos. El silencio es característico de la meditación de la Palabra de Dios: lo encontramos explícitamente en la actitud de María ante el misterio de su Hijo. La persona más silenciosa del evangelio es san José, de quien el Nuevo Testamento no recoge ni una sola palabra. San Basilio considera el silencio no solo una necesidad ascética de la vida monástica, sino una condición para el encuentro con Dios. El silencio precede y prepara ese momento privilegiado en el que accedemos a Dios, permitiéndole hablar con nosotros cara a cara, como lo haríamos con un amigo.

271. – Al conocimiento de Dios accedemos a través de la causalidad, la analogía, la excelencia, pero también a través de la negación: una vez afirmados los atributos divinos conocidos por la

razón natural –la vía catafática–, hay que negarles su forma de realidad limitada que conocemos en este mundo: la vía apofática. El silencio se inscribe en la vía apofática de acceso a Dios, tan apreciada por los Padres de la Iglesia, especialmente los griegos, que les lleva a reclamar el silencio de los razonamientos frente al misterio de Dios. Pienso en Clemente de Alejandría, en Gregorio Nacianceno y en Gregorio de Nisa.

No es menos cierto que el silencio es ante todo la actitud positiva de aquel que se prepara para acoger a Dios en la escucha. Sí, Dios obra en el silencio. De ahí el célebre comentario de ese gran santo que es san Juan de la Cruz: «Una palabra habló el Padre, que fue su Hijo, y esta habla siempre en eterno silencio, y en silencio ha de ser oída del alma». El libro de la Sabiduría (18, 14), refiriéndose al modo en que Dios interviene para librar al pueblo elegido de su cautividad en Egipto, dice que este hecho memorable sucedió de noche: «Cuando un sereno silencio lo envolvía todo y la noche estaba a la mitad de su curso, tu omnipotente Palabra desde el Cielo, desde los tronos reales, se lanzó sobre aquella tierra». Más tarde este versículo será interpretado por la tradición litúrgica cristiana como una prefiguración de la Encarnación silenciosa del Verbo eterno en el portal de Belén.

Así pues, hay que guardar silencio: y no es una cuestión de ocio, sino de actividad. Si nuestro *móvil interior* comunica siempre, porque estamos *hablando* con otras criaturas, ¿cómo puede llegar hasta nosotros el Creador, cómo puede *llamarnos*? Hemos de purificar nuestra inteligencia de su curiosidad y del capricho de sus planes para abrimos totalmente a las gracias de luz y fuerza que Dios quiere concedernos abundantemente: «Padre, no se haga mi voluntad, sino la tuya». También la *indiferencia* ignaciana es una forma de silencio.

IV EL SILENCIO DE DIOS ANTE EL AZOTE DEL MAL

Para el hombre de hoy, respecto del tiempo de Lutero y de la perspectiva clásica de la fe cristiana, las cosas, en cierto sentido, se han vuelto del revés; es decir, ya no es el hombre quien cree necesitar la justificación ante Dios, sino que piensa que es Dios quien debe justificarse de todas las cosas horribles presentes en el mundo y ante la miseria del ser humano: cosas todas que, en última instancia, dependerían de Él.

Benedicto XVI, *Por medio de la fe. Doctrina de la justificación y experiencia de Dios en la predicación de la Iglesia y en los Ejercicios Espirituales.*
Entrevista inédita con Jacques Servais

—¿Qué relación existe entre el silencio y el mal? ¿Por qué Dios es capaz de guardar silencio ante los acontecimientos dolorosos?

272. – El mal plantea un tema decisivo, un enigma imposible de resolver. En ninguna época de la historia ha habido alguien capaz de dar una respuesta satisfactoria al problema del mal. En su libro *Creer. Invitación a la fe católica para las mujeres y los hombres del siglo XX*, el teólogo Bernard Sesboué escribe: «Cuando nos preguntamos sobre el mal, en realidad no sabemos lo que nos

estamos preguntando. Porque tratamos de entender lo que es incomprensible. El mal es lo irracional por excelencia, lo que es irre recuperable, aquello de lo que la razón verdaderamente no puede dar cuenta. La reflexión sobre el mal no puede ser sino modesta, y no nos quitará nunca totalmente la sed». ¿Qué podemos responder frente al sufrimiento y la muerte de un niño brutalmente arrancado del cariño de sus padres? ¿Por qué tantas vidas mutiladas en los gulags y en los campos de exterminio de los sistemas totalitarios? ¿Por qué nacen niños con terribles minusvalías? ¿Por qué tantas enfermedades horribles y tanto sufrimiento injusto? No hay respuesta para estas preguntas. Nunca podremos afirmar: se ha alzado el velo, el dolor tiene explicación.

273. – El hombre es incapaz de escudriñar la inmensidad del cielo y las decenas de millones de galaxias. Pero sí puede descender hasta las profundidades más insospechadas del dolor.

Su inteligencia puede resolver problemas increíbles. Las proezas tecnológicas de nuestro siglo parecen infinitas: el ojo del hombre cree haberlo visto todo. Ha agotado las fuentes de los ríos y «sacado a la luz lo más oculto» (*Jb* 28, 11). Pero nunca llegaremos a sondear y entender el misterio del mal. La Sabiduría pertenece solo a Dios. La única certeza de este mundo reside en el silencio interior, en una piedad filial, confiada y abandonada. Con frecuencia nos enfrentamos a lo que podríamos llamar el mal inocente, es decir, la realidad del mal inscrita en la naturaleza de las cosas, al margen de toda responsabilidad humana.

274. – La tierra que nos cobija y nos alimenta es una fuerza gigantesca en constante movimiento. Muchas veces da muestras de una brutalidad cruel e implacable. Pienso en las erupciones volcánicas que han destruido ciudades enteras. En el año 79 a. C.,

una potente erupción del Vesubio sepultó totalmente Pompeya bajo un espeso manto de cenizas. ¿Y cómo podría dejar de mencionar los temblores de tierra cuyas secuelas son aún más letales y asoladoras? Recordemos los seísmos de L'Aquila, en Italia, del 6 de abril de 2009; el de Haití el 12 de enero de 2010; el de Nepal en 2015; los terribles tsunamis de Indonesia y Sri Lanka del 26 de diciembre de 2004, y el de Japón el 11 de marzo de 2011, que engulleron edificios y centenares de miles de vidas humanas. Nunca se me olvidará el tifón Haiyan (o Yolanda), que arrasó Filipinas en noviembre de 2013.

Los hombres son víctimas inocentes e inermes de estas fuerzas ciegas de la naturaleza. La rebeldía se acentúa aún más cuando los sufrimientos y las pérdidas humanas no son imputables a nadie; nuestra lógica humana nos lleva inmediatamente a cuestionarnos a Dios. ¿Por qué permite tales estragos y tanto sufrimiento?

275. – Todos los días el mal y el sufrimiento nos asaltan de forma inesperada. Sufrimos también los horrores del odio y de una violencia salvaje consentidos, planeados y ejecutados por la maldad de los hombres e instigados de modo patente por Satanás. Frente al sufrimiento, ante los ataques del mal provocado por la naturaleza o por el hombre, solo Dios puede ayudarnos a mantenernos en pie.

276. – Los cristianos saben que Dios no desea el mal. Y, si ese mal existe, Dios es su primera víctima. El mal existe porque no se recibe su Amor, un Amor ignorado, rechazado y combatido. El mundo, con su armonía y su belleza, solo puede fundarse sobre un diálogo de Amor en el que Dios habla con nosotros y nosotros con Él. Cuando el mal hace daño a Dios, existe una herida divina que hemos de sanar, una herida que no deja de apelar a nuestra generosidad. Así, todo el cristianismo, toda la Revelación, desde el

Génesis, es el grito de la inocencia de Dios. Cuanto más monstruoso es el mal, más evidente se hace que Dios es, en nosotros, la primera víctima.

277. – Al hombre le cuesta entender el mal en la medida en que no le concede las dimensiones propiamente divinas. En su libro *Otra mirada sobre el hombre*, Maurice Zundel escribe: «Y eso significa la Cruz: el mal puede tener proporciones divinas. El mal es finalmente el sufrimiento de Dios: en el mal, Dios es el que sufre y por eso el mal es tan terrible; pero, si Dios es el que sufre, en medio del mal se encuentra entonces el amor que no cesará jamás de acompañarnos y de compartir nuestra suerte, y que será herido antes, dentro, y por nosotros, como en el Gólgota».

Es cierto que no resulta fácil imaginar de qué modo nuestro mal puede afectar a Dios. El propio Job se preguntaba: «Si he pecado, ¿qué te hago a Ti, guardián de los hombres?» (*Jb 7, 20*). ¿Cómo puede golpear el mal a Dios? Imagínese a una madre cuyo hijo está enfermo. Sufre por su hijo por amor e identificación. Una madre perfectamente sana puede vivir la agonía de su hijo más dolorosamente aún que él debido a esa identificación del amor con el ser amado. Su amor es capaz de ello. ¿Alguien puede pensar que el Amor de Dios es menos maternal que el amor de una madre, cuando todo el amor de todas las madres, incluido el de la Santísima Virgen, no es más que una gota en el océano de la ternura maternal de Dios? Por eso ningún hombre recibe un golpe sin que Dios lo reciba también en él, antes que él y por él.

«¿Es que puede una mujer olvidarse de su niño de pecho, no compadecerse del hijo de sus entrañas? ¡Pues, aunque ellas se olvidaran, Yo no te olvidaré! Mira: te he grabado en las palmas de mis manos, tus murallas están siempre ante mí. Tus constructores se apresuran, tus destructores y devastadores escapan de ti» (*Is 49, 15-*

17).

278. – Como el salmista, el hombre de fe se vuelve hacia Dios para decirle: «Hacia ti, Señor, Dios mío, miran mis ojos, en ti busco refugio, no derrames mi vida. Guárdame del lazo que me han tendido, de las trampas de los malhechores» (*Sal* 141, 8-9).

Yo resisto porque Jesucristo, el Hijo de Dios, «resplandor de la gloria e impronta de su sustancia, y que sustenta todas las cosas con su palabra poderosa» (*Hb* 1, 3), me ha precedido en el sufrimiento más atroz. Jesús está unido a los hombres porque es uno de ellos y ha asumido su condición, sus pruebas, sus sufrimientos. Y está unido a Dios porque es su Hijo. Esa situación única de Jesús hace de Él la cabeza de la nueva familia humana, «primogénito entre muchos hermanos» (*Rm* 8, 29). Comparte nuestras pruebas y carga con todos los sufrimientos. A partir de la muerte de Jesús en la Cruz, el hombre solo puede situarse ante el mal al lado de Él, apoyándose firmemente en Él. Debe permanecer al lado de María, la Virgen al pie de la Cruz, para completar en su carne «lo que falta a los sufrimientos de Cristo en beneficio de su cuerpo, que es la Iglesia» (*Col* 1, 24).

279. – Los horrores de los hombres y las obras del diablo son un misterio que la humanidad nunca podrá entender del todo. El mal físico o moral siempre es injusto e infame. Envilece y destruye al hombre. Empaña la imagen de Dios impresa en el hombre.

280. – El hombre se rebela ante el mal. Intenta por todos los medios hacerlo desaparecer. Frente al mal no hay más que una actitud: la lucha y la resistencia. Esto es lo que aconseja san Pedro: «Sed sobrios y vigilad, porque vuestro adversario, el diablo, como

un león rugiente, ronda buscando a quién devorar. Resistidle firmes en la fe» (1 P 5, 8-9).

281. – La oración tiene que ser un modo de resistencia para ahuyentar las dificultades. Permite revestirse de la armadura de Dios. El hombre se vuelve humildemente hacia Él para que intervenga en su favor.

282. – ¿Cómo se enfrentó Cristo al mal? ¿Cómo respondió María al mal? ¿Cómo reaccionó la Virgen María cuando contempló el rostro desfigurado de su Hijo en la Cruz?

Frente a un azote tan brutal del odio y de la violencia, la Virgen se queda sin energías. Está extenuada, rendida, rota. Sin embargo, María posee una inmensa fuerza interior y sigue en pie y en silencio. Se refugia en la oración, la ofrenda personal y la acogida serena de la voluntad misteriosa de Dios en comunión con su Hijo. La madre de Dios ama a un Dios que no hace ruido y que consume la violencia humana en el fuego de su Amor misericordioso. Es entonces cuando oye a su Hijo suplicar a Dios: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen» (Lc 23, 34). La unión de su silencio a las oraciones del Cielo le permite mantenerse en pie junto a la Cruz. María no se rebela, no grita. Asume el sufrimiento por medio de la oración. ¿No se preparó Jesús para vivir la Pasión con una noche de oración en el huerto de Getsemaní y con muchas otras noches, en la soledad del monte o apartado en un lugar desierto?

283 – Solo Cristo puede conceder al hombre la fuerza para afrontar y asumir el mal. Se presenta ante él como el único poder capaz de ayudarlo a vencer el sufrimiento. «Sin mí no podéis hacer nada» (Jn 15, 5). Por la fuerza de la Cruz tiene el poder de salvar al

hombre. El grito más hermoso que existe es un impulso de amor hacia Dios. El sufrimiento es muchas veces la expresión de un amor inmenso. Es redentor. El sufrimiento y el dolor indican que estamos vivos y orientan al médico con más certeza hacia un diagnóstico. Hay que aceptar el sufrimiento y acogerlo en silencio. No hay injusticia en el mundo que no encuentre una respuesta orante en Dios.

Sé que es difícil mantenerse en pie ante el sufrimiento y asumirlo. Sé que nos cuesta aceptar el sufrimiento. Nos volvemos hacia Dios y gritamos: ¿Por qué este cáliz? ¿Por qué tantos horrores y tanta violencia salvaje?

284. – Dios no quiere el mal. Dios no quiere la guerra. Dios no quiere ni la muerte ni el sufrimiento. Dios no quiere la injusticia. Y, sin embargo, permite todos estos males de la tierra. ¿Por qué este misterio?

El Padre desea que asumamos la totalidad de nuestra vida en la tierra. Y el mal forma parte de la condición humana. Ha querido que su propio hijo sufra la experiencia del mal más abyecto para la redención y la salvación del mundo.

—¿Existe esta alternativa: la rebelión o el silencio de la oración?

285. – Dios vela siempre por nosotros. El hombre puede conocer las noches más oscuras, sufrir las peores injurias, enfrentarse a las situaciones más trágicas: Dios está con él. El hombre suele olvidar a menudo que Dios está presente. Si no cree, piensa que Dios no existe. Si esta época y esta atmósfera secularizada han entibiado su fe, se desespera pensando que Dios lo

ha abandonado. Pero el Padre sigue junto a él pese a todo posible rechazo.

286. – El hombre se prepara frente al mal haciendo acopio de todos los medios necesarios para defenderse. Su modo de obrar está justificado, pero a veces provoca males mayores. Nuestra verdadera grandeza reside en la humildad de la fe: cuanto más pura es nuestra fe, más profunda es y más nos acerca a Dios, infinitamente grande. El que está cerca de Dios se hace fuerte: puede vencer al mal que corroe al mundo y es capaz incluso de integrarlo en su oración de intercesión.

287. – El silencio y la oración no son una deserción, sino las armas más poderosas contra el mal. El hombre quiere hacer, cuando debería ante todo ser. En la oración silenciosa el hombre es plenamente hombre. Es como David ante Goliat. Porque la oración es el acto más noble, más sublime y más sólido, y eleva al hombre a la altura de Dios.

288. – La oración es entregarse a Dios como el aroma del incienso que se alza hacia el Trono de Dios para desaparecer en Él. Y Dios se entrega a quienes a Él se entregan. Sé que, en las profundidades más silenciosas de mi corazón, puedo acercarme muy íntimamente a Dios, sean cuales sean las circunstancias y los sufrimientos que me imponga el mal.

San Juan María Vianney, hombre de silencio, gran pastor de almas, plenamente entregado a la Palabra de Dios y al Misterio de la Reconciliación, cuyo rostro estaba transfigurado por la Eucaristía, nos deja la definición más sublime de la oración: «Consideradlo, hijos míos: el tesoro del hombre cristiano no está en

la tierra, sino en el Cielo. Por esto, nuestro pensamiento debe estar siempre orientado hacia allí donde está nuestro tesoro. El hombre tiene un hermoso deber y obligación: orar y amar. Si oráis y amáis, habréis hallado la felicidad en este mundo.

»La oración no es otra cosa que la unión con Dios. Todo aquel que tiene el corazón puro y unido a Dios experimenta en sí mismo como una suavidad y dulzura que embriaga, se siente como rodeado de una luz admirable. En esta íntima unión, Dios y el alma son como dos trozos de cera fundidos en uno solo, que ya nadie puede separar. Es algo muy hermoso esta unión de Dios con su pobre criatura; es una felicidad que supera nuestra comprensión.

»Nosotros nos habíamos hecho indignos de orar, pero Dios, por su bondad, nos ha permitido hablar con Él. Nuestra oración es el incienso que más le agrada.

»Hijos míos, vuestro corazón es pequeño, pero la oración lo dilata y lo hace capaz de amar a Dios. La oración es una degustación anticipada del Cielo, hace que una parte del paraíso baje hasta nosotros. Nunca nos deja sin dulzura; es como una miel que se derrama sobre el alma y lo endulza todo. En la oración hecha debidamente, se funden las penas como la nieve ante el sol».

289. – El silencio no es una forma de pasividad. Permaneciendo en el silencio el hombre puede evitar un mal mayor. Confiar en el Cielo no es desertar de la tierra.

—No, desde luego. Pero, ¿cómo se puede guardar silencio frente a la injusticia? ¿Cómo no gritar nuestra incapacidad para comprenderlo y nuestra rebeldía?

290. – A fuerza de querer dominarlo todo, de situar todo bajo el signo de la rebelión, el hombre corre el riesgo de no poner nada en manos de Dios. Se encuentra solo frente a sus límites y su impotencia. No obstante, el hombre, sin Dios, está perdido. Sin la fe vivida en un silencio confiado, se aparta de su Dios y su Redentor.

291. – Sin Dios es fácil constatar los rotundos fracasos de los debates humanos y las soluciones políticas frente al mal...

¿Cuál es la pedagogía de Dios? En la parábola del trigo y la cizaña, Cristo invita a dejar crecer el trigo y las malas hierbas hasta el momento de la cosecha. Entonces llegará el tiempo en que el bien acabe con el mal. La paciencia perseverante, sostenida por la Providencia, es una aliada en cualquiera de nuestras batallas diarias. El combate contra el mal se libra con tiempo; hay que perseverar y no perder la esperanza. Dios trabaja los corazones y el mal nunca tiene la última palabra. En la noche más oscura Dios actúa en silencio. Hemos de entrar en el tiempo de Dios y en ese gran silencio que es un silencio de Amor, de confianza y de abandono activo. No olvidemos nunca que la oración silenciosa es el acto más sólido y más seguro en la lucha contra el mal.

292. – En la lucha contra la injusticia hay que incluir a Dios. Me gusta decir que nuestras verdaderas armas son el amor y la oración. El silencio de la oración es el mejor equipo de combate. El silencio de la invocación, el silencio de la adoración, el silencio de la espera: estas son las armas más eficaces. Solo el Amor es capaz de extinguir las llamas de la injusticia, porque Dios es Amor. Amar a Dios lo es todo. Lo demás no tiene ningún valor mientras no esté transformado y elevado por el Amor de Cristo. La elección es sencilla: Dios o nada...

293. – El hombre moderno pretende convertirse en señor de su tiempo, en el responsable único de su existencia, su futuro y su bienestar. Quiere planificar su vida y controlar su destino. Se organiza como si Dios no existiera. No tiene necesidad de Él. Sin embargo, Dios invita a la confianza, a la paciencia y a un lento camino hacia la aniquilación del mal, que requiere una larga y ardua batalla. Este combate requiere cuatro columnas afianzadas sobre Dios en la Fe: el silencio, la oración, la penitencia y el ayuno.

—¿La rebeldía es una trampa que nos obliga a optar siempre por el silencio? Sin duda, su experiencia contra el régimen marxista violento y autoritario de Guinea alimenta su reflexión sobre este tema. ¿Qué camino eligió usted frente al dictador Seku Turé?

294. – El hombre de Dios no ambiciona jamás un cargo político. No aspira a ninguna transformación política ni incita a derribar el poder establecido. Su misión es esencialmente moral y espiritual, y busca la renovación interior del hombre, el Amor a Dios y al prójimo. No obstante, ante determinadas derivas ideológicas no se puede permitir el avance del mal. En Guinea creí necesario llamar por su nombre a los horrores y escándalos derivados de la dictadura, pero no quise instigar la rebelión. Mi intención era denunciar las injusticias del régimen sanguinario de Seku Turé y señalar con el dedo los sufrimientos del pueblo y, sobre todo, el desastre económico y social. El país había conquistado su independencia, pero a la población, acorralada y maniatada por las cadenas del miedo y la ignorancia, se la había privado de libertad. Yo pedía un cambio por el bien de todos, de los gobernantes y de los gobernados. Porque mi país dispone de las riquezas humanas y naturales necesarias para hacer felices a sus hijos y ayudarles a vivir con dignidad. Sabía que mis palabras tendrían tanta más

fuerza cuanto más cimentadas estuvieran en una intensa vida de penitencia, de oración y de silencio, enraizada y vivida en Dios.

A veces los dictadores están sinceramente convencidos de que obran bien. Aleksandr Solzhenitsyn explica espléndidamente cómo los dirigentes soviéticos tenían la convicción de estar conduciendo al país hacia el paraíso terrenal. La mala formación de su conciencia y una orientación equivocada de su inteligencia hicieron creer a Seku Turé que estaba llevando el progreso y la prosperidad a Guinea.

295. – La ayuda de la oración silenciosa hace al hombre capaz de describir la realidad en toda su crudeza. Hay que afirmar los principios del Evangelio después de haber encontrado a Dios en el silencio. Al hombre de Dios solo le será legítimo hablar en Su nombre después de haberle encontrado en el silencio del desierto interior y conversado con Él cara a cara, «como se habla con un amigo» (Ex 33, 11). Cuando se ha encontrado de verdad a Dios, es imposible comprometer el Evangelio y los preceptos de la Revelación divina con las posturas políticas e ideológicas de un mundo que se rebela contra las leyes de Dios y de la naturaleza.

296. – Alejados del ruido y de las distracciones fáciles, en la soledad y el silencio, con el único afán de transmitir la voluntad divina, se nos concederá ver con los ojos de Dios y poner nombre a la realidad tal y como Él la entiende y la pronuncia.

297. – No hay verdadera acción ni decisión importante que no vayan precedidas del silencio de la oración.

298. – El peligro actual reside en el activismo desenfrenado del

mundo moderno. Estamos constantemente llamados a combatir, a hacer campaña, a derribar al adversario, a destruirlo. De hecho, se incita al hombre a añadir más mal al mal, cuando habría que dejar crecer la cizaña y el trigo. El silencio nos dará paciencia para aguardar el momento en que las malas hierbas mueran solas. Gracias al silencio, sabremos acompañar al tiempo y esperar con perseverancia la hora de Dios para establecer una alianza con Él y actuar bajo su batuta.

299. – Existe un tiempo de pelear y un tiempo de callar. Si domináramos de verdad la pedagogía del silencio que procede de Dios, tendríamos algo de la paciencia del Cielo.

300. – El diablo invita a la humanidad a la rebelión y el desorden. Con su sarta de astucias, siembra la discordia y nos incita a derramar nuestro odio unos sobre otros. El *garras* siempre está armando ruido y mucho alboroto para impedir que descansemos en Dios. Dentro de la fortaleza del silencio el demonio no sabrá cómo llegar hasta nosotros. Procuremos no multiplicar los errores satisfaciendo nuestras pequeñas pasiones egoístas y rebeldes.

301. – Frente a la injusticia de su arresto, Cristo guarda silencio. Los apóstoles quieren sacar la espada para defender al hijo de Dios. Pero Jesús dice a Pedro: «Envaina tu espada. ¿Acaso no voy a beber el cáliz que el Padre me ha dado?» (*Jn* 18, 11; *Mt* 26, 52).

302. – La Iglesia no debe creer que la eficacia frente a la injusticia reside en la acción militante, política y demagógica. Las batallas humanas solo conducen al enfrentamiento, a la destrucción y la ruina. No son nada comparadas con el silencio infinito del

Padre.

—*Para enfrentarse a los males del mundo, el papa Francisco invita a la Iglesia a ser un hospital de campaña. ¿Cómo interpretar esta imagen desde la perspectiva de nuestra reflexión sobre el silencio?*

303. – Habría que diferenciar la intuición genuina del papa Francisco, generosa y esencialmente pastoral, de la hermenéutica secular y reduccionista de los medios. Por desgracia, esta oposición no es nueva. Ya Benedicto XVI denunció en relación con el Vaticano II el conflicto entre la visión de los Padres conciliares y la hermenéutica mediática, relativista y falsamente progresista. No obstante, hay que reconocer que esta expresión es un *hápax legomenon* en la historia de la eclesiología y de las imágenes de la Iglesia.

La Iglesia es una madre amorosa y fiel. Es una madre antes que una estructura hospitalaria. Es el Cuerpo de Cristo, la Esposa de Cristo. Representa el techo bajo el que se reúne la familia de Dios. Educa, enseña y alimenta, deseosa de la salud física y moral de los fieles: esto es lo que esconde ante todo la imagen de la Iglesia como hospital de campaña. Es el cuerpo místico de Cristo y la familia de Dios en la tierra. *Mater et Magistra*: la Iglesia enseña con plena seguridad las verdades divinas a un mundo que tiene sed del Hijo de Dios, camino, verdad y vida, y redentor de nuestras almas. Es una asamblea de oración, de alabanza y adoración, igual que en el cenáculo: «Todos perseveraban unánimemente en la oración, junto con algunas mujeres y con María, la madre de Jesús, y sus hermanos» (*Hch* 1, 14). María es, por lo tanto, «miembro excelentísimo y enteramente singular de la Iglesia y como tipo y ejemplar acabadísimo de la misma en la fe y en la caridad» (*Lumen gentium*, 53). Es, en definitiva, la madre de los sacerdotes, que

deben continuar la obra de Cristo para la salvación de las almas. Esta obra consiste esencialmente en santificarse y santificar al pueblo de Dios, en orar intensamente y sin desfallecer para reconducir a los hombres hacia Dios, para vivir plenamente y a diario en Él en la Eucaristía.

Sin Eucaristía no podemos vivir ni conceder a Dios el primer puesto en nuestra vida y en nuestras actividades. Al silencio de la indiferencia, los sacerdotes y los fieles deben responder con el silencio de la oración. La enfermedad del desinterés se cura con los sacramentos, la enseñanza y el testimonio de los santos.

304. – La misión social es fundamental, pero la salvación de las almas reviste más importancia que cualquier otro esfuerzo. Salvar no consiste solamente en sanar, sino en llevar a Dios, en convertir, para hacer regresar a los hijos pródigos a la casa del Padre de las misericordias. El papel primordial y fundamental de la Iglesia de hoy sigue siendo la salvación de las almas.

305. – En un mundo secularizado y decadente, si la Iglesia se deja arrastrar por las sirenas materialistas, mediáticas y relativistas, se arriesga a hacer inútil la muerte de Cristo en la Cruz por la salvación de las almas. La misión de la Iglesia no es dar solución a todos los problemas sociales del mundo: debe repetir incansablemente las primeras palabras de Jesús al comienzo de su ministerio público en Galilea: «El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está al llegar; convertíos y creed en el Evangelio» (*Mc* 1, 15).

306. – Pienso que la Iglesia no puede desentenderse de los asuntos que afectan a la vida y a la existencia de los hombres. A

través de sus escuelas y sus universidades, sus dispensarios y hospitales, sus institutos de formación profesional, sus múltiples obras de caridad, participa activamente en la lucha contra la pobreza. Trabaja para «que no sirva de escándalo a la humanidad el que algunos países, generalmente los que tienen una población cristiana sensiblemente mayoritaria, disfruten de la opulencia, mientras otros se ven privados de lo necesario para la vida y viven atormentados por el hambre, las enfermedades y toda clase de miserias. El espíritu de pobreza y de caridad son gloria y testimonio de la Iglesia de Cristo» (*Gaudium et spes*, 88).

307 – La ausencia de Dios en las sociedades modernas ha ahondado el abismo de las tinieblas y la injusticia. Todo lo que Dios espera de nosotros es nuestro consentimiento, nuestra respuesta de amor a su Amor redentor.

308. – La indiferencia hacia Dios constituye la raíz de una forma de rebelión ruidosa. Esta rebelión es una ilusión que consiste en creer que podemos prescindir de Él para vivir mejor en este mundo. A partir de ahí, el silencio de Dios se convierte en un aliado casi objetivo, la prueba tangible de una humanidad sin Creador. Al defender su autonomía respecto de lo divino, el hombre moderno acaba no soportando siquiera el silencio de Dios.

En la rebelión no hay lugar para el silencio: me temo que la interpretación mediática de la visión del *hospital de campaña* participa de esta forma de rebelión.

309. – Antes de acusar a los demás, conviene mirarse a uno mismo. Tenemos una capacidad infinita de arrojar la piedra a la cara del vecino. Haríamos mejor en asumir nuestras propias faltas.

En la oración y el silencio nuestro corazón reluce mucho menos que en el frenesí ciego y autista de la rebelión.

—¿Cómo no rebelarnos en contra de las guerras que tiñen de sangre la humanidad? ¿Por qué Dios guarda silencio ante tantos crímenes? ¿Por qué ese silencio ensordecedor mientras se masacra a tantos niños en medio de conflictos implacables?

310. – La guerra siempre es una empresa inadmisible de destrucción, de aniquilación y devastación. El otro deja de tener valor: se convierte en simple materia condenada a muerte. Cuando un país, un gobierno o una coalición quieren someter y eliminar hombres y naciones, siempre está cerca la barbarie. El odio, los intereses envidiosos, la bulimia de las naciones ricas y poderosas por acaparar las riquezas naturales de los países débiles y pobres haciendo uso de la violencia militar, el deseo de dominio y venganza se hallan en el origen de muchas guerras. El otro pierde el derecho a vivir. Sí, la guerra es una empresa del mal, porque el diablo, que aborrece la piedad, tiene el placer de triunfar. Es imposible no escandalizarse, no horrorizarse por lo que hacen los gobiernos americanos y occidentales en Irak, Libia, Afganistán y Siria. Países y poblaciones destruidas, jefes de Estado asesinados por intereses puramente económicos. En nombre de la diosa Democracia, de un ansia de hegemonía geopolítica o militar, no se duda en entablar una guerra para desestructurar y generar el caos, sobre todo en las regiones más débiles, llenando las carreteras de interminables multitudes de refugiados sin recursos ni futuro.

¡Cuántas familias separadas, destrozadas, reducidas a una pobreza inhumana, obligadas al exilio y al desarraigo cultural! ¡Cuánto sufrimiento en esas vidas de un errar y un huir constantes, cuántas muertes atroces en nombre de esa otra diosa de Occidente que es la Libertad! ¡Cuánta sangre vertida por una supuesta

liberación de los pueblos de las pretendidas cadenas que los mantienen bajo el yugo de la opresión! ¡Cuántas familias diezmadas por la imposición de una noción occidental de la sociedad!

La Iglesia no se libra de estas antecámaras del horror. Se la obliga a desaparecer o a cambiar su doctrina y su enseñanza para facilitar el surgimiento de una religión sin fronteras y de una nueva ética mundial que llaman consensuada, apartada de las sólidas referencias de la verdad revelada y, al mismo tiempo, ambivalente y privada de contenido.

311. – ¿Por qué guarda silencio Dios ante tanto sufrimiento querido, planificado y puesto en práctica por los propios hombres? En África he sido testigo de las atrocidades más indescriptibles. En mi arzobispado di refugio a misioneros y religiosos que huían de Sierra Leona y de Liberia, países apresados por conflictos de una violencia sin precedentes. Llegaban aterrados ante la visión de manos mutiladas, cuerpos destrozados por las minas, rostros desgarrados por verdugos carentes de toda humanidad. Durante varios meses acogí en mi residencia al arzobispo de Freetown, monseñor Joseph Ganda, al nuncio apostólico monseñor Antonio Lucibello y a su secretario. Se habían visto obligados a huir de Freetown, capital de Sierra Leona, después de abandonar Monrovia. Son recuerdos imborrables. Pero a nadie se le ocurrió ni por un instante atribuir esos crímenes a Dios, proclamar la inocencia de los criminales y acusar a Dios de silencio.

312. – Creo que siempre hay que clamar a Dios. Conviene pedir la ayuda y el socorro del Cielo y expresar la angustia, el dolor y la tristeza que habitan nuestro corazón. Los cristianos deben saber que no existe otro medio de llegar a Dios. Cuando he visitado países

inmersos en profundas y violentas crisis, he constatado cuánto puede ayudar la oración a quienes se han quedado sin nada. El silencio es esa última trinchera que nadie puede cruzar, la única habitación donde hallar la paz, el estado en el que el sufrimiento baja por un instante los brazos. El silencio fortalece nuestra debilidad. El silencio nos arma de paciencia. El silencio en Dios devuelve el coraje.

Cuando nos destrocen, nos humillen, nos menosprecien, nos calumnien, guardemos silencio. Ocultémonos en el santo sepulcro de nuestro Señor Jesucristo, lejos del mundo.

Entonces el poder de los verdugos pierde importancia. Aunque los criminales sean capaces de la destrucción más feroz, no pueden forzar la entrada del silencio, del corazón y de la conciencia del hombre. Los latidos de un corazón silencioso, la esperanza, la fe y la confianza en Dios siguen siendo inquebrantables. Fuera el mundo se desmorona en ruinas, pero dentro de nuestra alma Dios vela en el mayor silencio. La guerra, la barbarie y su cortejo de horrores nunca vencerán a Dios, presente en nosotros.

El veneno de la guerra se extingue en el silencio de la oración, en el silencio de la confianza, en el silencio de la esperanza. Hemos de plantar el misterio de la Cruz en el corazón de toda barbarie.

Pienso también en las guerras libradas por la calumnia y la difamación. La palabra puede asesinar, el lenguaje puede matar, pero Dios nos educa en el perdón. Nos enseña a orar por nuestros enemigos. Rodea nuestro corazón de un cerco de ternura para evitar que lo manche el rencor. Y murmura sin cesar: «Los discípulos de mi Hijo bien amado no tienen enemigos. Tampoco tu corazón ha de tener enemigos». Hablo por propia experiencia. He vivido un doloroso asesinato de manos de la calumnia, la difamación y la humillación pública, y he aprendido que, cuando una persona

decide destruirte, no le hacen falta palabras, ni saña, ni hipocresía: la mentira tiene un inmenso poder a la hora de elaborar argumentos, pruebas y falsas verdades. Cuando ese comportamiento procede de hombres de Iglesia y, en especial, de obispos ambiciosos y falsos, el dolor es aún más profundo. Pero los hombres miran las apariencias y Dios mira el corazón (1 S 16, 7). Tengamos en cuenta únicamente su mirada y conservemos la calma y el silencio, pidiendo la gracia de no permitir que nos invadan el rencor, el odio y los sentimientos mezquinos. Mantengámonos firmes en el amor a Dios y a su Iglesia, firmes en la humildad.

La llave del tesoro no es el tesoro. Pero, si entregamos la llave, entregamos el tesoro. La Cruz es una llave especialmente valiosa, aun cuando parezca una locura, un motivo de burla, un escándalo: repugna a nuestra mentalidad y a nuestra búsqueda de soluciones fáciles. Nos gustaría ser felices y vivir en un mundo de paz sin pagar ningún precio a cambio. La Cruz es un misterio asombroso. Es el signo del Amor infinito de Cristo por nosotros. En un sermón de san León Magno sobre la Pasión encontramos estas extraordinarias palabras: «Al ser levantado, amadísimos, Cristo en la Cruz, no os limitéis a ver en Él lo único que veían los impíos aquellos, a quienes se dirige Moisés cuando dice: tu vida estará como suspendida ante tus ojos y temerás día y noche y no creerán en tu vida. Nuestra alma, iluminada por el Espíritu de verdad, recibe con libertad y pureza de corazón la gloria que la Cruz irradia en el Cielo y en la tierra, y entiende con la agudeza interior lo que dijo el Señor al hablar de la proximidad de su pasión: ahora viene la condenación de este mundo; ahora el señor de este mundo va a ser arrojado afuera. Y yo, cuando sea levantado en alto sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí. ¡Oh, admirable poder de la Cruz! ¡Oh, inefable gloria de la pasión!».

313. – En la Cruz, Jesús nos reconcilió con Dios: destruyó la barrera que nos separaba a unos de otros, venció los obstáculos que estorbaban el camino hacia la bienaventuranza eterna. Cristo sufrió por nosotros: nos deja su ejemplo para que sigamos sus pasos. Contemplando la Cruz y haciendo nuestra esta oración, seremos capaces de cualquier diálogo, de cualquier perdón, de cualquier reconciliación.

La tradición del islam místico comparte esta misma convicción. Me gustaría relatarle algo tomado de la leyenda dorada de los santos musulmanes. Un día, Sutura, una buena mujer, fue a visitar a Tierno Bokar, el sabio de Bandiagara: esta aldea de Mali está situada en la meseta del mismo nombre, rodeada de altos acantilados al pie de los cuales viven los dogon, pueblo famoso por su arte austero, su compleja cosmogonía y su hondo sentido de la trascendencia.

«Tierno –le dijo Sutura–, estoy muy irritable. Me molesta hasta lo más insignificante. Querría recibir de ti una bendición o una oración que me haga dulce, amable y paciente». No había acabado de hablar cuando su hijo, un niño de tres años que estaba esperándola en el patio, agarró una tabla y le dio un golpe en la espalda. Ella miró al niño, sonrió y, atrayéndolo hacia ella, dijo dándole un cachete cariñoso: «¡Qué niño más malo! Mira cómo trata a su madre...». «Si tan irritable estás, ¿por qué no te enfadas con tu hijo?», le preguntó Tierno Bokar. «Si no es más que un niño –contestó Sutura–. No sabe lo que hace. Con un niño de esta edad no hay quien se enfade». «Vete a casa, querida Sutura –le dijo Tierno– y, cuando alguien te irrite, acuérdate de la tabla y piensa: “Tenga los años que tenga, esta persona está actuando como un niño de tres años”. Sé indulgente: puedes hacerlo, ya que acabas de serlo con tu hijo cuando te ha dado ese golpe. Obra así y no

volverás a enfadarte. Vivirás feliz y te sentirás mejor. Las bendiciones que desciendan sobre ti serán mucho mayores que las que puedas recibir de mí: serán las bendiciones de Dios y del propio Profeta. Quien soporta y perdona una ofensa –continuó– se parece a una de esas grandes ceibas que ensucian los buitres al posarse en sus ramas. El aspecto repugnante del árbol solo dura una parte del año. Todos los inviernos Dios envía unos cuantos chaparrones que lo limpian de la copa a las raíces y lo revisten de un nuevo follaje. Procura prodigar el amor que sientes por tu hijo a todas las criaturas de Dios. Porque Dios quiere a sus criaturas como un padre a sus hijos. Entonces llegarás a lo más alto de la escala, allí donde, gracias al amor y la caridad, el alma solo ve y valora la ofensa para perdonarla mejor». Las palabras de Tierno supusieron tanto para Sutorá que, a partir de ese día, consideró hijos suyos a todos los que la ofendían y no les respondió más que con dulzura, amor y una paciencia silenciosa y sonriente. Tanto cambió que, al final de su vida, la gente decía: «Paciente como Sutorá». Nunca más hubo nada capaz de enfadarla. Cuando murió, se la consideraba prácticamente una santa.

314. – La Cruz es una gran escuela de contemplación, oración y perdón. Necesitamos aprender a mantenernos de pie y en silencio al pie de la Cruz, contemplando al crucificado como la Virgen María. La Cruz es una montaña que hay que escalar, en cuya cima se nos concede mirar a los hombres y al mundo con los ojos de Dios. Ante ofensas graves que parecen imperdonables, el acto de fe mueve al hombre a contemplar el misterio del calvario. Entonces es capaz de ver en el hecho de la Pasión de Jesús la mayor ofensa posible, pero también el lugar del mayor perdón. En el silencio de su corazón escucha la oración de Jesús, tan difícil de traducir en obras concretas sin la ayuda de la gracia divina: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen» (*Lc 23, 34*).

—En la Biblia, y en el Antiguo Testamento en particular, abundan las guerras y los episodios fratricidas. El silencio casa mal con esos intereses vengativos...

315. – El Antiguo Testamento es la expresión más realista, veraz y auténtica de la verdad del corazón humano. Mientras el hombre siga siendo rudo y poco dócil, mientras continúe lejos de un Dios de misericordia y piedad, mientras no sea transformado, «engendrado de nuevo no de un germen corruptible, sino incorruptible, por medio de la Palabra de Dios, viva y permanente» (1 P 1, 23), se mostrará violento, bárbaro e implacable con el enemigo.

¿Hay alguien hoy en día que se atreva a decir que ama a su enemigo y obra en su interés y por su bien? Aún conservamos el espíritu y la conducta de los hombres del Antiguo Testamento. Y es que «no hay nada nuevo bajo el sol», dice Qohélet en el Eclesiastés (1, 9).

Muchos cristianos y muchos hombres pisoteados por la persecución y la violencia salvajes de los malvados viven la experiencia del Señor Jesús «en los días de su vida en la tierra». El salmo 22 que recitamos en el oficio de lecturas del viernes santo es expresión de nuestra propia experiencia ante la muerte:

Dios mío, Dios mí, ¿por qué me has abandonado?

Lejos estás de mi salvación,

de mis palabras suplicantes.

Dios mío, te invoco de día, y no escuchas;

de noche, y no encuentro descanso.

Pero Tú eres el Santo,

sentado entre las alabanzas de Israel.

En Ti pusieron su esperanza nuestros padres;

esperaron y los liberaste.

A Ti gritaron y fueron salvos,

en Ti confiaron y no quedaron avergonzados.

Pero yo soy un gusano, no un hombre,

oprobio de los hombres,

desprecio del pueblo.

Al verme, todos hacen burla de mí,

tuercen los labios, mueven la cabeza:

«Confió en el Señor: que lo salve Él,

que lo libre, si es que lo ama».

Tú me sacaste del vientre,

me confiaste a los pechos de mi madre.

A ti me encomendaron desde las entrañas maternas;

desde el seno de mi madre Tú eres mi Dios.

No te alejes de mí, que la angustia se acerca

y no hay quien me socorra.

Me rodea una manada de novillos,

me cercan toros de Basán;

abren sus fauces contra mí

como un león que desgarrar y ruge.

Me derramo como el agua,

se dislocan todos mis huesos;

mi corazón se derrite como cera,

se deshace en mis entrañas.

Seca está como una teja mi garganta,

y mi lengua, pegada al paladar;

me echas al polvo de la muerte.

Me rodea una jauría de perros,

me asedia una banda de malvados.

Han taladrado mis manos y mis pies.

Puedo contar todos mis huesos.
Ellos miran, me observan,
se reparten mis ropas,

y echan a suertes mi túnica.
Pero Tú, Señor, no te alejes.
Fuerza mía, date prisa en socorrerme.
Libra mi alma de la espada,
mi única vida de las garras de los perros.
Sálvame de la boca del león,

mi pobre existencia, de los cuernos de los búfalos.
Anunciaré tu Nombre a mis hermanos,
te alabaré en medio de la asamblea.
Los que teméis al Señor, alabadle;
estirpe toda de Jacob, glorificadle,
temedle, estirpe toda de Israel.

316. – Las guerras, la violencia y la barbarie están presentes en toda la historia de Israel. En aquellos tiempos, para sobrevivir era necesario pelear y destruir al enemigo. Resultaba imposible disminuir la violencia. La ley del talión no fue promulgada solamente por la legislación hebrea, sino por numerosas etnias de la cuenca mediterránea. Hammurabi, rey de Babilonia (1792-1750 a. C.), ordenó redactar un código recopilatorio de jurisprudencia y grabarlo sobre una estela de basalto descubierta en Susa.

El Antiguo Testamento recoge muchos episodios violentos; y, al mismo tiempo, es el libro que ensalza la fuerza incomparable de la oración. Al salir de Egipto, después de cruzar el desierto, los hebreos se encuentran con los amalecitas, una poderosa tribu de nómadas edomitas que ocupan el territorio correspondiente al sur de Judea. Según la Biblia, son desde siempre enemigos acérrimos de los hebreos. Durante el combate entre ambos pueblos, Moisés

quiere implicar a Dios en la batalla: es su aliado más seguro. Junto con Aarón y Hur, sube al monte para rogar al Cielo. Mientras reza en silencio y sus dos acompañantes sujetan sus manos manteniéndolas en alto hasta la caída del sol, los hebreos se alzan con la victoria. Pero, en cuanto el cansancio hace que Moisés baje los brazos, son los amalecitas quienes ganan (*Ex 17, 8-16*). En lo oculto de la oración Dios da la victoria a su pueblo. La fuerza del hombre solamente trae consigo triunfos efímeros. La única piedra sólida es el silencio del encuentro de corazón a corazón con Dios.

A partir de David y Salomón, se va operando un gran cambio progresivo. David tenía aún las manos cubiertas de sangre, pero era un hombre de silencio, de oración y de paz. En él se iba configurando la venida del Mesías. Su corazón lleno de misericordia y de respeto por la vida humana se hizo patente en tres ocasiones de modo milagroso. Cuando las circunstancias le permitieron matar a Saúl, por dos veces le perdonó la vida (*1 S 24 y 26*). Perdonó al marido de Abigail, que había maltratado a sus mensajeros (*1 S 25, 14-38*), y lloró amargamente la muerte de Saúl y de su hijo Absalón, quien se rebeló contra él. David tiene un hondo sentido del pecado y el arrepentimiento: su corazón es sincero y está plenamente entregado a Dios. El salmo 50 es un magnífico testimonio de ello.

En el Nuevo Testamento, por su parte, el evangelio de Mateo nos hace escuchar la voz de Raquel poco después del nacimiento de Jesús. Es el momento de la matanza de los niños en Belén. Raquel llora en silencio para recibir esperanza y escuchar el consuelo que viene de Dios: «Una voz se oyó en Ramá, llanto y lamento grande: es Raquel que llora por sus hijos, y no admite consuelo, porque ya no existen» (*Mt 2, 18*). Raquel no quiere secarse las lágrimas, porque no acepta los bálsamos fáciles, las palabras manidas, y no desea convertir la muerte en un asunto de retórica o en una realidad

que las palabras le permitan asumir. Sus lágrimas son el anuncio del llanto de las mujeres de Jerusalén que acompañan al crucificado porque saben que, con su muerte en la Cruz, «Dios, habitando realmente en medio de ellos, será su Dios y enjugará toda lágrima de sus ojos; y no habrá ya muerte, ni llanto, ni lamento, ni dolor, porque todo lo anterior ya pasó» (Ap 21, 3-4).

—Como presidente del Consejo Pontificio *Cor unum*, es decir, responsable de la caridad del papa tanto con Benedicto XVI como con Francisco, se enfrentó usted a muchas catástrofes humanitarias. ¿Cómo podemos no rebelarnos ante dramas como esos?

317. – Siempre he pensado que hay dos clases de horrores. Existe, por un lado, la barbarie querida por los hombres, como los campos de concentración, los gulags, las torturas, las decapitaciones: todas las crueldades de las que, por desgracia, es capaz el hombre. Si el hombre fuese consciente de que el ser humano es imagen de Dios, no podría permitirse llegar a tales extremos. ¿Quién se atrevería a destruir la obra de Dios? El odio del hombre hacia el hombre es una negación de Dios. Matar a un ser humano o a un embrión humano de manera deliberada, voluntaria y calculada es un crimen imperdonable. Porque Dios ha dicho: «No matarás». Y esa ley es absoluta.

Por otra parte, existen los azotes de la naturaleza: los tifones, los terremotos o los tsunamis que colocan al hombre en situaciones de extrema miseria. He conocido a gente que había perdido los frutos del trabajo de toda una vida. Pero la experiencia me ha demostrado que los hombres siempre son lo bastante fuertes para rehacerse frente a estas catástrofes. Espontáneamente, vuelven su corazón hacia Dios y le piden que repare el mal. El hombre se pone en las manos de Dios con más convicción aún porque la vida material ha

quedado reducida a la nada. ¿Por qué gritar, llorar o gemir? El grito más fuerte, las lágrimas que habitan lo más hondo de nuestro dolor, el gemido más quejumbroso es el silencio confiado y el leve suspiro que lo dejan todo en las manos de Dios.

Las palabras que el hombre dirige a Dios en los salmos son espléndidas:

Estoy agotado, abatido del todo;
el temblor de mi corazón es como un rugido.

Señor mío, todas mis ansias te son presentes,
no se te oculta mi gemido (...).

Los que atentan contra mi vida me tienden lazos,
los que buscan mi mal me auguran desgracias,
y todo el día andan propalando calumnias.
Pero yo soy como un sordo, no quiero oír,
como un mudo, no abro la boca;
soy como un hombre que no oye,
ni tiene réplica en su boca.

Mis enemigos están vivos y fuertes,
son muchos los que me odian sin razón;
los que pagan mal por bien
y me acusan porque busco la bondad.
No me abandones, Señor, Dios mío,
no te alejes de mí.
Date prisa en socorrerme,
Señor, salvación mía (*Sal* 38, 9-10; 13-15; 20-23).

318. – Cuando el hombre ejerce la violencia contra el hombre, la reconstrucción siempre es difícil, larga e incierta. Por lo que se refiere al mal, la humanidad es capaz de un refinamiento y una

imaginación sin igual. No obstante, el padre Jacques Mourad, un sacerdote sirio católico a quien el Daesh retuvo como rehén en Siria durante cinco meses, fue capaz de decir al salir de ese infierno: «Dios me ha concedido dos cosas: el silencio y la amabilidad». Estas palabras tan sobrias y ecuanímes me impresionaron mucho.

Sí, el silencio es capaz de permitirnos sobrevivir en las situaciones más precarias. Las torturas, el maltrato y los tormentos, por diabólicos que sean, hallarán un principio de consuelo en el silencio que se vuelve hacia Dios. De un modo misterioso, pero real, Él nos sostiene sufriendo con nosotros. Está inseparablemente unido al hombre en todas sus tribulaciones; rebelarse contra Dios porque calla, cuando sufrimos, es muy distinto de confiarle en silencio nuestro sufrimiento y de ofrecérselo para que lo transforme en instrumento de salvación asociándolo al de Cristo.

319. – Frente al horror no hay respuesta más decisiva que la oración. El hombre debe volver en silencio su mirada hacia Dios, a quien nunca dejan de conmover las lágrimas. Para combatir los poderes del mal es necesaria la lucha humana. Pero el silencio es un instrumento oculto misteriosamente eficaz. ¿Por qué cayeron los *gulags* de la Unión Soviética? Gracias a la oración silenciosa de Juan Pablo II y de la Iglesia entera sostenida por la Virgen de Fátima. Las estrategias políticas sofisticadas no pudieron con el comunismo marxista. La última palabra la tuvo la oración. El silencio del rosario consiguió lo impensable y el bando occidental se quedó atónito...

320. – Hay un tiempo para la acción humana, tantas veces incierta, y un tiempo para el silencio en Dios, siempre victorioso. Yo no creo en la rebelión ideológica ruidosa y reivindicativa, sino en la fecundidad del silencio. La oración y el silencio salvarán el

mundo.

—¿No es la pobreza una situación en la que cuesta mucho guardar silencio?

321 – ¿No eran pobres Jesús, María y José? ¿Y acaso proclamaron su rebeldía contra la pobreza? ¿No son pobres –y, sin embargo, guardan silencio– tantos monjes y monjas, la madre Teresa de Calcuta y sus hermanas misioneras? Y esto no ocurre solo con los consagrados. En África, en Asia y en otros lugares he conocido a pobres de una inmensa nobleza y una dignidad incomparable. Aunque viven en una pobreza material extrema, son hombres que creen firmemente en Dios e irradian alegría, paz y armonía interior. La riqueza del hombre es Dios. La pobreza más terrible e inhumana es la falta de Dios.

322. – La ausencia o el rechazo de Dios constituyen la miseria humana más extrema. No hay nadie en este mundo capaz de colmar el deseo del hombre. Solo Dios sacia, y lo hace infinitamente. En sus *Confesiones* escribe san Agustín: «Nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti (...). ¿Cómo podría yo descansar en ti? ¿Cómo podría conseguir que vengas a mi corazón y lo embriagues para que me olvide de todos mis males y me abrace a ti, mi único Bien? ¿Qué eres tú para mí? No te enojés y déjame hablar: ¿qué soy yo para ti, para que me mandes que te ame, y, si no lo hago, te disgustes conmigo y me amenaces con grandes desgracias? ¿Es que no es suficiente desgracia el no amarte? ¡Ay de mí! Por lo que más quieras, dime: ¿qué eres tú para mí? Díselo a mi alma: “Yo soy tu salvación”. Pero ¡díselo de modo que yo lo oiga! Señor, ahí tienes, delante de ti, los oídos de mi corazón. Ábrelos y dile a mi alma: “Yo soy tu salvación”. Entonces yo saldré disparado tras esa voz y te daré alcance. ¡No me escondas tu rostro! ¡Muera

yo para que no muera mi alma y pueda así verte!».

323. – Me sorprende de qué modo entiende la pobreza el mundo actual, incluidos muchos miembros de la Iglesia católica. En la Biblia la pobreza es siempre una condición que acerca al hombre a Dios. Los pobres de Yahvé pueblan la Biblia. El monaquismo es un impulso que conduce exclusivamente a Dios: el monje vive en pobreza, castidad y obediencia absolutas, y vive de su Palabra en el silencio. El mundo moderno, sin embargo, se ha fijado el insólito objetivo de erradicar la pobreza. Por otra parte, existe una confusión inquietante entre miseria y pobreza. Esta manera de enfocar la realidad no encaja con el lenguaje de la Revelación. La pobreza se corresponde con la idea que Dios tiene del hombre. Dios es pobre y ama a los hombres pobres. Dios es pobre porque Dios es Amor, y el Amor es pobre. El que ama solo puede ser feliz si depende totalmente de la persona amada. Dios es la pobreza absoluta: en Él no hay ni rastro de posesión.

324. – En el Deuteronomio hallamos estas extraordinarias palabras, que permiten comprender el pensamiento y la voluntad divinas: «Debes recordar todo el camino que el Señor, tu Dios, te ha hecho recorrer por el desierto durante estos cuarenta años, para hacerte humilde, para probarte y conocer lo que hay en tu corazón, si guardas o no sus mandamientos. Te humilló y te hizo pasar hambre. Luego te alimentó con el maná, que desconocíais tú y tus padres, para enseñarte que no solo de pan vive el hombre, sino de todo lo que sale de la boca del Señor» (Dt 8, 2-3).

325. – La pobreza es una prueba y un despojamiento impuestos por Dios a quienes quieren vivir en su compañía. Dios desea conocer la verdad de su corazón y su fidelidad a los mandamientos.

La pobreza es señal de amor. Nos libera de todo lo que pesa y entorpece nuestra marcha hacia lo esencial. Nos ayuda en la gran batalla contemporánea por descubrir los verdaderos valores de la vida.

En las batallas importantes hay que fijarse en el joven David, cuando Goliat desafía al ejército de Israel. David se enfrenta a Goliat, el filisteo, que va fuertemente armado. Mide seis codos y un palmo. Un yelmo de bronce cubre su cabeza. Lleva una coraza de escamas que pesa cinco mil siclos de bronce, polainas y una jabalina de bronce a la espalda. Su lanza pesa seiscientos siclos de hierro y delante de él va un escudero. Saúl quiere vestir a David con sus propias vestiduras: le pone un casco de bronce, le coloca la coraza y le ciñe la espada. Pero David no es capaz de andar con tanto peso y dice: «No puedo caminar así». Y se lo quita todo (1 S 17). Si vamos demasiado cargados de riquezas y bienes materiales, si no nos despojamos de las ambiciones y artificios de este mundo, jamás podremos avanzar hacia Dios, hacia lo esencial de nuestra existencia. Sin las virtudes de la pobreza es imposible librar la batalla contra el Príncipe de este mundo.

En el caso de la miseria, sin embargo, la rebeldía es una reacción perfectamente justa. No podemos tolerar la indigencia en la que se halla inmersa parte de la humanidad. Quiero dejar clara la diferencia entre la pobreza, semejanza de Dios, *gloria de la Iglesia*, y la miseria y su cortejo de desgracias, que hacen necesaria la rebeldía. En *Gaudium et spes* esta distinción queda perfectamente explicada: «Cooperen gustosamente y de corazón los cristianos en la edificación del orden internacional con la observancia auténtica de las legítimas libertades y la amistosa fraternidad con todos, tanto más cuanto que la mayor parte de la humanidad sufre todavía tan grandes necesidades, que con razón puede decirse que es el propio Cristo quien en los pobres levanta su voz para despertar la caridad

de sus discípulos. Que no sirva de escándalo a la humanidad el que algunos países, generalmente los que tienen una población cristiana sensiblemente mayoritaria, disfrutan de la opulencia, mientras otros se ven privados de lo necesario para la vida y viven atormentados por el hambre, las enfermedades y toda clase de miserias. El espíritu de pobreza y de caridad son gloria y testimonio de la Iglesia de Cristo» (GS 88, 1).

326. – La pobreza implica el desprendimiento y la separación de todo lo que es superfluo y constituye un obstáculo para el crecimiento de la vida interior. Los monjes son pobres y buscan deshacerse de los oropeles mundanos. No hay mayor pobre que Dios, que vive solamente en el amor.

En la pobreza somos totalmente dependientes del otro.

327. – Si no procuramos eliminar cada aspecto superficial de nuestra vida, nunca estaremos unidos a Dios. Cuando nos desprendemos de todo lo superfluo vamos entrando poco a poco en una forma de silencio. La madre Teresa vivió siempre buscando una inmensa pobreza para encontrar mejor a Dios en el silencio. Su única riqueza consistía en buscar a Dios en su corazón. Podía pasar horas delante del Sagrado Sacramento sin pronunciar una palabra. La religiosa extraía su pobreza del pozo de la humildad de Dios. El Padre no posee nada y la madre Teresa quería imitarle. Quiso que sus hermanas estuviesen absoluta y sinceramente desprendidas de cualquier bien material.

328. – También la Iglesia tiene que apartarse de lenguajes humanos y discursos convencionales para encontrar mejor a Dios en el silencio. En Nazaret Jesús creció en la pobreza más absoluta,

pero contaba ya con la riqueza del silencio en Dios.

Si la Iglesia habla demasiado, cae en una especie de verborrea ideológica.

—¿Cómo definiría lo superfluo, eso que impide encontrar a Dios en el silencio?

329. – Los hombres tienen que intentar no atiborrarse de bienes que no son necesarios. Lo superfluo es lo que el hombre acumula innecesariamente, solo por avidez y avaricia. El cristiano está obligado a imitar a Cristo «que, siendo rico, se hizo pobre por vosotros, para que vosotros seáis ricos por su pobreza» (2 Co 8, 9). Los votos de pobreza de los sacerdotes y los religiosos responden a esta exigencia. No se trata en absoluto de practicar una forma de jansenismo que conduce al odio de uno mismo. «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque suyo es el Reino de los Cielos» (Mt 5, 3). Jesús se refiere al desprendimiento de todas las riquezas superfluas. «A los pobres se les anuncia el Evangelio», proclama Cristo ante Juan Bautista (Lc 7, 22) para manifestar la plena apertura de los pobres al Evangelio y la predilección de Dios hacia ellos.

Por otra parte, en el Apocalipsis escribe san Juan: «Dices: “soy rico, me he enriquecido y de nada tengo necesidad”, y no sabes que eres un desdichado y miserable, pobre, ciego y desnudo» (Ap 3, 17). Dios resiste siempre a los poderosos y concede su gracia a los pobres.

El núcleo de la fe cristiana consiste en la pobreza de un Dios que lo da todo por amor, hasta su propia vida.

Si logramos permanecer con Dios en el silencio, poseemos lo

esencial. No solo de pan vive el hombre, sino de la palabra que sale de la boca de Dios. La civilización materialista que hoy domina Occidente privilegia el beneficio inmediato, el éxito económico y las distracciones banales. En ese *continuum* del rey-dinero, ¿a quién le puede interesar el silencio de Dios? La Iglesia cometería un error fatal si agotara sus fuerzas en configurar un rostro social para el mundo moderno desbocado por el capitalismo de libre comercio. El bien del hombre no es únicamente material.

330. – La gran diferencia entre Dios y el hombre reside en el tema de la posesión. Si el ser humano no posee bienes materiales, se siente como si no tuviera nada, perdido y débil. La mayor parte de nuestros problemas procede de cierta transgresión de la pobreza. El hombre se deja atrapar en las redes de sus más bajos instintos posesivos. Quiere acumular bienes materiales para saciarse y disfrutar de ellos. Pero esos bienes superfluos tapan nuestros ojos, cierran nuestros corazones y minan nuestra energía espiritual. Aun así, hay muchos hombres ricos que viven una excepcional vida espiritual junto a Dios y una generosidad inmensa con los pobres.

Sin duda, debemos recordar con firmeza el derecho legítimo de los pueblos a disponer de los medios de subsistencia material necesarios para vivir. Sé hasta qué punto los que gobiernan en África pisotean este principio. Por eso es urgente evangelizar los corazones, las inteligencias y los comportamientos de todos mis hermanos africanos. En la encíclica *Caritas in veritate*, Benedicto XVI escribe: «Pablo VI ha afirmado que el anuncio de Cristo es el primero y principal factor de desarrollo y nos ha dejado la consigna de caminar por la vía del desarrollo con todo nuestro corazón y con toda nuestra inteligencia, es decir, con el ardor de la caridad y la sabiduría de la verdad. La verdad originaria del amor de Dios (...) abre nuestra vida al don y hace posible esperar en un “desarrollo de

todo el hombre y de todos los hombres”, en el tránsito *de condiciones menos humanas a condiciones más humanas*, que se obtiene venciendo las dificultades que inevitablemente se encuentran a lo largo del camino». Solo el Evangelio podrá sanar nuestras relaciones humanas para constituir sociedades fraternas y solidarias. Dios está en el corazón de cada persona, en el centro de todas nuestras actividades, y también en el corazón de nuestra pobreza y de nuestra miseria.

331. – Si queremos entrar en Dios, tenemos que ser pobres. Porque el Padre no posee nada desde toda la eternidad. Por naturaleza, nos hallamos lejos de la simplicidad infinita de Dios. La ambición humana aborrece la indigencia. El hombre carece de coherencia. Prefiere el ruido de la materia antes que el silencio del amor. No olvidemos nunca la bienaventuranza proclamada por Jesús: «Bienaventurados los pobres, porque suyo es el Reino de Dios» (Lc 6, 20).

—Frente a la injusticia, Albert Camus no apelaba al silencio, sino a la rebelión: «Me rebelo, luego somos», escribía en El hombre rebelde. Y, al mismo tiempo, decía: «¿Qué es un hombre rebelde? Una persona que dice “no”. Pero, si niega, no renuncia». De primeras, es difícil no darle la razón... ¿Son más importantes la rebelión y la llamada a la lucha que el silencio?

332. – En su libro *Otro modo de ver al hombre*, dice Maurice Zundel: «Camus no sabía que, detrás de ese escándalo y de ese infortunio del hombre entregado a un Universo capaz de aplastarle, había un Amor infinito y eterno que no cesa de velar por nosotros, de esperarnos y de llamarnos. Ahora bien, ese Amor no puede hacer nada sin nosotros porque no es más que Amor, y porque ese Amor es esencialmente libertad, una libertad que se dirige a nuestra

libertad y no puede nada sin ella, sin su consentimiento. Camus no pudo resolver el problema del mal desde este lado del velo, pero lo sintió de una manera profunda y lo expresó magníficamente».

Es cierto que, ante un sufrimiento inhumano, puede darse una rebelión sana y justa. Pero, si se trata de una rebelión consciente o inconsciente contra Dios, la lucha es inútil, ilusoria y ridícula. Dios no es responsable de la miseria que los propios hombres han generado.

333. – La rebelión no es forzosamente la actitud más justa. De hecho, estoy convencido de que nunca es una respuesta permanente. En cierto modo, la rebelión constituye un ruido vacío, porque en realidad no contiene ninguna respuesta ni ninguna esperanza.

El hombre rebelde es la obra de un ateo encerrado en sí mismo, sin horizonte y, por lo tanto, sin ninguna salida capaz de darle acceso a lo Invisible que dirige su vida.

334. – Me pregunto a menudo cuál es la paz que puede habitar en el corazón del hombre que rechaza a Dios. En las *Confesiones* escribe san Agustín: «Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti». Sin Dios, el hombre está desgarrado, angustiado, intranquilo, agitado, y no puede lograr el descanso interior. La auténtica vida no está en la rebelión, sino en la adoración silenciosa. Es cierto que no tenemos respuesta al problema del mal; no obstante, nuestra tarea consiste en hacerlo menos insoportable y darle remedio sin orgullo, discretamente, en la medida de nuestras posibilidades, como han hecho santa Teresa de Calcuta y tantos otros santos.

335. – La sociedad mediática va de rebelión sentimental en rebelión moral, como un Sísifo desesperado que escala sin descanso la montaña. Reivindica su rebelión, su odio hacia lo que autodefine como injusto y no igualitario, orgullosa de sus buenos sentimientos que, sin embargo, son lo más fatuo que existe. Cínica y deshonestas, se refugia rastreramente en sus aversiones.

336. – La existencia moderna es una vida apuntalada y totalmente edificada sobre el ruido, el artificio y el trágico rechazo de Dios. Yendo de revoluciones en conquistas, de ideologías en combates políticos, de voluntad desenfrenada de igualdad en culto obsesivo al progreso, el silencio es imposible. Y lo que es peor: las sociedades transparentes profesan un odio implacable al silencio, considerado una derrota abyecta y retrógrada.

337. – Un hombre sin silencio es un hombre extraño a Dios, exiliado en un país lejano, que se queda en la superficie del misterio del hombre y del mundo; pero Dios está en el fondo del hombre, en las regiones silenciosas de su ser. En su libro *Saint Grégoire le Grand. Culture et expériences chrétiennes*, monseñor Dagens explica cuál es la antropología del autor de los *Moralia*. San Gregorio concede un lugar importante a las nociones de interioridad y exterioridad para describir el destino humano: «El hombre – escribe – estaba destinado a vivir en el interior del mundo divino: ese era su lugar de origen. Cuando cae en el pecado, se excluye a sí mismo de ese lugar privilegiado. A partir de ese momento, la exterioridad a la que queda expuesto bajo la forma de pecado, de ceguera y exilio le impide alcanzar la interioridad que añora, es decir, la santidad, la luz, la alegría de estar en su verdadera patria». Al transigir con el pecado, es como la arena del mar: «El movimiento de las olas arrastra afuera la arena del mar, porque con su pecado el hombre, que ha consentido con complacencia el

agitado oleaje de las tentaciones, se ha separado de su propia intimidad saliendo de sí mismo» (*Moralia* 7, 2.2 – PL, 75, 768C).

—¿Cómo puede guardarse silencio ante la enfermedad?

338. – Me gustan de un modo especial estas palabras llenas de luz del salmo 38, cuyo título es *Pequeñez del hombre ante Dios*: «Yo me decía: “Vigilaré mis caminos para no pecar de lengua; pondré mordaza a mi boca mientras esté frente a mí el impío”. Guardé silencio, callé sin provecho; y se recrudeció mi dolor. Mi corazón ardía dentro de mí; en mi meditación se encendía el fuego, hasta que desaté mi lengua: “Señor, hazme saber mi fin, cuál sea la medida de mis días; para saber qué fugaz soy yo. Has dado a mi vida unos pocos palmos, mi existencia es nada delante de Ti. Un soplo es todo hombre en su vigor. Como una sombra el hombre pasa, en vano se afana, amasa fortuna sin saber quién la cosechará. Ahora, Señor, ¿qué puedo esperar? Mi esperanza está en Ti. Líbrame de todos mis delitos; no me espongas a la burla del necio. Me callo, no abriré la boca, pues eres Tú quien hace las cosas. Aparta tus golpes de mí: estoy agotado por la furia de tu mano. Castigas al hombre para corregirle de su culpa; corroes, como polilla, sus tesoros. Solo un soplo es todo hombre. Escucha mi plegaria, Señor, presta oído a mi clamor, no seas sordo a mis lágrimas, pues soy un forastero ante Ti, un peregrino como todos mis padres. Aparta de mí tu mirada para que tome aliento, antes de que me vaya y deje de existir”».

Puede ser que en el sufrimiento nos veamos arrastrados por la exasperación, pero es importante guardar silencio y permanecer ante Dios. La enfermedad, el deterioro físico y psicológico, la fragilidad humana son grandes misterios. El padecimiento del cuerpo es un momento privilegiado para contemplar el misterio de nuestra breve vida, que camina inexorablemente hacia la muerte.

Hay que aprender a rendir la fragilidad de la existencia ante el poder de Dios.

La enfermedad es la ocasión que tiene Dios para calibrar la realidad del hombre. El ser humano es una criatura endeble, pero su creador vela por él en los momentos más difíciles. Existe la falsa creencia de que el dolor físico es un golpe perverso del destino. ¿Por qué el hombre no logra comprender que Dios nunca quiere el mal?

En la enfermedad el hombre se halla desnudo ante Dios. «Para ser más exactos –escribe monseñor Claude Dagens en su libro sobre san Gregorio Magno–, el combate espiritual se caracteriza por una asombrosa paradoja. Cuanto más probado es el hombre en la carne, más se santifica su alma, como si las pruebas exteriores fueran necesarias para provocar el progreso interior. ¿No nos proporciona el santo Job un ejemplo vivo de esa paradoja y de esa interrelación? Derribado exteriormente por las heridas de la carne, se mantiene interiormente en pie gracias a la muralla de su alma. Esa es la pedagogía de Dios: para mover a los hombres al arrepentimiento y la conversión, el Señor los prueba».

339. – Muchas veces los sufrimientos físicos son indispensables para provocar una rectificación espiritual y moral. El hombre probado que se confía a la Bondad divina muestra una fe inmensa en Dios. Manifiesta un coraje silencioso y se pierde en una fervorosa oración a la espera de la respuesta del Todopoderoso. Sé que el vigor de la oración es más fuerte que el trueno y más dulce que la brisa de la mañana. Sé que los relámpagos de la oración son capaces de hacer temblar los cimientos del universo, de mover montañas, de elevar mi ser y el mundo hacia Dios para perdernos en Él.

En la Biblia resulta muy elocuente la espléndida figura de Job. Este hombre santo, rico y rodeado de hijos, ha sido colmado de todos los bienes que el hombre puede desear. Pero la vida de Job da un giro brutal. Varios grupos armados le roban sus siete mil ovejas, sus quinientas yuntas de bueyes y sus tres mil camellos. Se levanta un fuerte viento del desierto y la casa que alberga a sus hijos se derrumba sobre ellos y los mata. Los caldeos se dividen en tres grupos y pasan a cuchillo a sus criados. Y, finalmente, Job cae enfermo. Pese a esta sucesión de desgracias, el amor a Dios de Job sigue siendo inquebrantable. Job proclama con firmeza su inocencia y hace profesión de una fe sólida como una roca que ha sobrevivido a los siglos: «¡Quién me diera poder escribir mis palabras! ¡Quién me diera poderlas grabar sobre bronce! ¡Y con punzón de hierro y plomo esculpir las en la roca para siempre! Bien sé yo que mi defensor vive y que Él, el último, se alzaré sobre el polvo. Y después de que mi piel se haya destruido, desde mi carne veré a Dios. Yo lo veré por mí mismo, mis ojos lo contemplarán y no otro» (*Jb* 19, 23-27).

340. – La enfermedad es una realidad terrible y dolorosa. Es expresión del misterio del hombre, de su fragilidad y, al mismo tiempo, de esa energía interior que le ayuda a ir realizándose superando los obstáculos de la vida. Si conseguimos resistir, si damos pruebas de generosidad y amor, la enfermedad puede convertirse en un camino hacia Dios, un camino de madurez y de edificación interior. Entonces la enfermedad es una oportunidad para constituir en nosotros ese hombre perfecto, plenamente maduro, que hace realidad la plenitud de Cristo.

En el silencio el hombre se da cuenta de que en este mundo los días están contados. En la enfermedad podemos vivir en una sintonía casi perfecta con Dios. El examen de conciencia silencioso,

en el corazón del dolor, permite al hombre contemplar qué ha hecho con su vida y qué le queda por hacer. La enfermedad es una esperanza sublime en el gran silencio de Dios. Si el hombre se rebela contra la enfermedad, va cayendo poco a poco en una desesperación estéril, en un camino sin salida, en un rechazo agresivo y angustioso. No es lo mismo la rebelión que la resistencia, que implica un proceso interior silencioso.

341. – Los grandes enfermos suelen ser hombres que demuestran una paz inquebrantable. Saben que el grave declive del cuerpo ha situado su espíritu en un cara a cara íntimo con las realidades divinas. Suelen ser personas contentas con su suerte. Cuando el común de los mortales imagina una vida triste y fatigosa, los enfermos conservan una absoluta serenidad. El silencio de la mirada de un hombre a punto de marchar ya está habitado por Dios.

Sí, la enfermedad es una manifestación sublime del misterioso silencio de Dios, un silencio amante y cercano al sufrimiento humano. La enfermedad hace escalar al hombre los distintos grados del ser. Le desvela su propio misterio ayudándole a entrar en sí mismo para encontrar allí a Dios, que está en lo más íntimo de su alma.

Así escribe Juan el evangelista: «Había un enfermo que se llamaba Lázaro, de Betania, la aldea de María y de su hermana Marta. María era la que ungió al Señor con perfume y le secó los pies con sus cabellos; su hermano Lázaro había caído enfermo. Entonces las hermanas le enviaron este recado: “Señor, mira, aquel a quien amas está enfermo”. Al oírlo, dijo Jesús: “Esta enfermedad no es de muerte, sino para gloria de Dios, a fin de que por ella sea glorificado el Hijo de Dios”. Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. Aun cuando oyó que estaba enfermo, se quedó dos días más en el mismo lugar. Luego, después de esto, les dijo a sus

discípulos: “Vamos otra vez a Judea”. Le dijeron los discípulos: “Rabbí, hace poco te buscaban los judíos para lapidarte, y ¿vas a volver allí?”. “¿Acaso no son doce las horas del día? –respondió Jesús–. Si alguien camina de día, no tropieza porque ve la luz de este mundo; pero, si alguien camina de noche, tropieza porque no tiene luz”. Dijo esto, y a continuación añadió: “Lázaro, nuestro amigo, está dormido, pero voy a despertarle”. Le dijeron entonces sus discípulos: “Señor, si está dormido se salvará”. Jesús había hablado de su muerte, pero ellos pensaron que hablaba del sueño natural. Entonces Jesús les dijo claramente: “Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de no haber estado allí, para que creáis; pero vayamos adonde está él”. Tomás, el llamado Dídimo, les dijo a los otros discípulos: “Vayamos también nosotros y muramos con él”.

»Al llegar Jesús, encontró que ya llevaba sepultado cuatro días. Betania distaba de Jerusalén como quince estadios. Muchos judíos habían ido a visitar a Marta y María para consolarlas por lo de su hermano. En cuanto Marta oyó que Jesús venía, salió a recibirle; María, en cambio, se quedó sentada en casa. Le dijo Marta a Jesús: “Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano, pero incluso ahora sé que todo cuanto pidas a Dios, Dios te lo concederá”. “Tu hermano resucitará”, le dijo Jesús. Marta le respondió: “Ya sé que resucitará en la resurrección, en el último día”. “Yo soy la Resurrección y la Vida –le dijo Jesús–. El que cree en mí, aunque hubiera muerto, vivirá, y todo el que vive y cree en mí no morirá para siempre. ¿Crees esto?”. “Sí, Señor –le contestó–. Yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido a este mundo”. En cuanto dijo esto, fue a llamar a su hermana María, diciéndole en un aparte: “El Maestro está aquí y te llama”. Ella, en cuanto lo oyó, se levantó enseguida y fue hacia él. Todavía no había llegado Jesús a la aldea, sino que se encontraba aún donde Marta le había salido al encuentro.

»Los judíos que estaban con ella en la casa y la consolaban, al ver que María se levantaba de repente y se marchaba, la siguieron pensando que iba al sepulcro a llorar allí. Entonces María llegó donde se encontraba Jesús y, al verle, se postró a sus pies y le dijo: “Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano”. Jesús, cuando la vio llorando y que los judíos que la acompañaban también lloraban, se estremeció por dentro, se conmovió y dijo: “¿Dónde le habéis puesto?”. Le contestaron: “Señor, ven a verlo”. Jesús rompió a llorar. Decían entonces los judíos: “Mirad cuánto le amaba”. Pero algunos de ellos dijeron: “Este, que abrió los ojos del ciego, ¿no podía haber hecho que no muriera?”. Jesús, conmoviéndose de nuevo, fue al sepulcro. Era una cueva tapada con una piedra. Jesús dijo: “Quitad la piedra”. Marta, la hermana del difunto, le dijo: “Señor, ya huele muy mal, pues lleva cuatro días”. Le dijo Jesús: “¿No te he dicho que, si crees, verás la gloria de Dios?”. Retiraron entonces la piedra. Jesús, alzando los ojos hacia lo alto, dijo: “Padre, te doy gracias porque me has escuchado. Yo sabía que siempre me escuchas, pero lo he dicho por la muchedumbre que está alrededor, para que crean que Tú me enviaste”. Y después de esto, gritó con voz fuerte: “¡Lázaro, sal afuera!”. Y el que estaba muerto salió con los pies y las manos atados con vendas, y con el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo: “Desatadle y dejadle andar”.

»Muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que hizo Jesús, creyeron en él. Pero algunos de ellos fueron a los fariseos y les contaron lo que Jesús había hecho. Entonces los príncipes de los sacerdotes y los fariseos convocaron el Sanedrín: “¿Qué hacemos, puesto que este hombre realiza muchos signos? –decían–. Si le dejamos así, todos creerán en él; y vendrán los romanos y destruirán nuestro lugar y nuestra nación”. Uno de ellos, Caifás, que aquel año era sumo sacerdote, les dijo: “Vosotros no entendéis nada, ni os dais cuenta de que conviene que un solo

hombre muera por el pueblo y no que perezca toda la nación”, pero esto no lo dijo por sí mismo, sino que, siendo sumo sacerdote aquel año, profetizó que Jesús iba a morir por la nación; y no solo por la nación, sino para reunir a los hijos de Dios que estaban dispersos. Así, desde aquel día decidieron darle muerte. Entonces Jesús ya no andaba en público entre los judíos, sino que se marchó de allí a una región cercana al desierto, a la ciudad llamada Efraím, donde se quedó con sus discípulos» (*Jn 11, 1-54*).

342. – Dios suele poner mayor interés en el cuerpo del hombre y respetarlo más aún que el propio hombre. ¿Cómo se puede vivir en la paz y la alegría si el cuerpo está constantemente sometido a presiones de toda clase?

343. – La enfermedad está intrínsecamente ligada a la eternidad. Los verdaderos hombres de Dios no tienen miedo a la muerte porque esperan el Cielo. Resulta admirable el ejemplo de un monje de la abadía de Sept-Fons, el hermano Théophane, a quien un tumor cerebral se llevó a los veintiocho años. Refiriéndose a su corta vida, escribió este mensaje conmovedor: «¿Qué es la vida monástica? ¿Cuántos han recibido esta llamada? ¿Cuántos han llegado a ser al final de su vida auténticos monjes, amigos de Dios? ¿Cuántas gracias, cuánta fidelidad, cuánta perseverancia y coraje me harán falta para lograrlo? ¿Y cuánto de ese pequeño algo más que nos hace amigos de Dios? Ahora que estoy en los comienzos, ¿cuál será mi futuro? Cuento con mi vocación, con la fe, con el ejemplo de ancianos como el padre Jérôme y esa lacerante esperanza de conseguirlo, igual que él, algún día. Ser un monje, un auténtico monje».

Cuanto más sufría, más se acercaba a las cumbres espirituales. El padre Samuel, monje trapense de Sept-Fons, ha escrito *Qui*

cherchait Théophane, un libro espléndido sobre su breve vida, su cruel enfermedad y su muerte, del que me gusta citar estas frases: «Sin la esperanza cristiana, seguramente se habría desesperado o rebelado. Y nosotros también. Todos estuvimos tentados de ello, dado lo absurdo de la situación: ¡una enfermedad que segaba una vida tan joven, que prometía tanta plenitud! Intentamos dar la espalda a la resignación. Al hermano Théophane la enfermedad le enseñó a ignorar las apariencias de felicidad, a aceptar las aparentes derrotas. Si se hubiera curado, esta actitud habría iluminado toda su existencia. En ese sentido, su testimonio es precioso para otros enfermos que desean sanar, y también para nosotros. Ahora sabemos que ese es el precio de la felicidad. Me refiero a una felicidad sólida que ningún incidente pasajero, por grave que sea, puede truncar. La enfermedad del hermano Théophane le hizo un hombre más sólido y le lanzó, nos lanzó a todos, al corazón de Dios. ¿Qué buscaba el hermano Théophane? El hermano Théophane no le pedía nada a nadie, ni siquiera a Dios, ni siquiera ser amado: quería ser feliz».

El padre Samuel concluye su libro con esta cita del Génesis: «Judá es un cachorro de león; ¡hijo mío, volviste con la presa! Se recuesta echándose como un león, y como una leona: ¿quién le hará levantarse?» (*Gn 49, 9*).

344. – Con el hermano Vincent-Marie de la Resurrección, miembro de la comunidad de canónigos regulares de Lagrasse, viví una experiencia muy enriquecedora. Víctima de una esclerosis múltiple fulminante, fue perdiendo progresivamente su capacidad de movimiento y de palabra. Pese a esta dolorosa situación, el hermano Vincent conservó la serenidad, la alegría y la paciencia. Todos nuestros encuentros tuvieron lugar en el silencio y la oración. Dios le pidió ser un holocausto permanente y una ofrenda

silenciosa por la salvación del mundo; al lado de este amigo mío me convertí en un alumno que aprendía el misterio del sufrimiento.

Contemplar al hermano Vincent cosido al lecho de su enfermedad me reveló silenciosamente que la expresión más sublime del Amor es el sufrimiento. La víspera de su entierro, leyendo su diario íntimo, descubrí toda la energía espiritual que alimentó su vida interior. En esas páginas encontré una reflexión sumamente profunda: «Creo que Dios ha concedido el sufrimiento al hombre por un pensamiento de amor y misericordia. Creo que el sufrimiento es para el hombre el principal autor de la redención y la santificación». Sí, el sufrimiento es un estado de felicidad y de santificación. Mientras leía al hermano, me parecía estar oyendo las palabras de santa Teresa del Niño Jesús: «He encontrado la felicidad y la alegría en la tierra, pero únicamente las he encontrado en el sufrimiento, pues he sufrido mucho».

Para lograr asumir el sufrimiento y hallar en él la alegría, el hermano Vincent nos deja un último secreto que descubrí en su diario íntimo: «Cada día me encierro en un triple castillo –escribe–: el primero es el corazón purísimo de María (...), para defenderme de cualquier ataque del Espíritu Maligno; el segundo es el corazón de Jesús para defenderme de cualquier ataque de la carne; el tercero es el santo sepulcro, donde me oculto junto a Jesús para defenderme del mundo».

345. – El lenguaje del sufrimiento y el silencio es distinto del lenguaje del mundo. Ante el dolor vemos dibujarse dos caminos diametralmente opuestos: la noble vía del silencio y el surco pedregoso de la rebelión, es decir, el camino del amor de Dios y el del amor a uno mismo.

346. – El miedo patológico al sufrimiento y al silencio está especialmente agudizado en Occidente. Por el contrario, las culturas africanas y asiáticas demuestran una extraordinaria aceptación del dolor, la enfermedad y la muerte, porque en ellas se encuentra intensamente presente la perspectiva de una vida mejor en el más allá.

—¿Cuál es la actitud adecuada ante una enfermedad incurable?

347. – Cuando la enfermedad se vuelve incurable, la palabra ya no significa gran cosa. Hay que aprender a guardar silencio, a acariciar con afecto al ser que sufre para transmitirle la cercanía, el calor y la compasión de Dios. Basta con tomar su mano y mirarse sin decir nada. La ternura de una mirada es capaz de llevar el consuelo y el sostén de Dios. Ante un enfermo que sufre no hace falta hablar. Hay que compadecerse silenciosamente, amar y rezar, con la certeza de que el único lenguaje que conviene al Amor es la oración y el silencio.

348. – La propia condición del enfermo le inicia en el silencio. Va por delante del bien que comporta el misterio del silencio de Dios. El hombre que sufre espera sin palabras. Pero en su corazón palpitan la esperanza y el abandono que lo sumergen en Dios.

349. – La enfermedad es un anticipo del silencio de la eternidad.

—Frente a la muerte, ¿cuál es el verdadero silencio?

350. – Cuando Dios llega a llevarse a un hombre, se instalan dos formas de silencio: el de los vivos, petrificados por la ausencia, y el

silencio de quien ha fallecido, que nos introduce en el misterio de la esperanza cristiana y de la verdadera vida.

Los primeros se sitúan ante el misterio de un silencio intranquilo, triste, doloroso e inconsolable. Este silencio imprime en los rostros la angustia, la tristeza y el rechazo a la muerte, que llega para alterar una tranquila indiferencia.

351. – Hoy las sociedades occidentales rechazan la muerte, traumatizadas por el dolor y la pena que la acompañan. El hombre moderno querría ser inmortal. La negación del tránsito definitivo lleva a una cultura de muerte que impregna el conjunto de las relaciones sociales. La civilización posmoderna niega la muerte, la suscita y, paradójicamente, no cesa de exaltarla. El asesinato de Dios permite a la muerte seguir rondando siempre, porque la esperanza ha desaparecido del horizonte de los hombres.

352. – Ignorar la muerte conlleva el odio a su silencio. Las nuevas costumbres funerarias revelan una falsa alegría y un duelo adulterado que se niegan a ceder la palabra al silencio. La decadencia occidental ha alcanzado tal nivel que ya no es raro escuchar aplausos y largos discursos durante los funerales. El duelo se expresa con lágrimas, y no con una alegría artificial y privada de raíces. ¿No lloró Cristo a su amigo Lázaro, muerto y enterrado cuatro días antes?

No quiero dejar de recordar que la muerte es un momento difícil que provoca un desasosiego natural en los vivos. Las lágrimas, por su parte, son la manifestación de un silencio auténtico. También sé lo difícil que es aceptar la brutalidad de la separación. A veces lo que se va es una parte de nuestra vida. La muerte se lleva consigo pedazos de la historia de quienes se quedan en la tierra.

353. – El gran interrogante de la muerte solo se puede entender de verdad en el silencio de la oración. ¿Hay otra forma de comprender el silencio de la ausencia que no sea con el silencio de nuestro corazón y de nuestros labios?

354. – El silencio de la muerte suele ir precedido de la enfermedad y el sufrimiento. Solo hay un camino para meditar el sentido de la ausencia, un camino que pasa por el silencio interior.

De hecho, la continuidad de la relación entre los muertos y los vivos existe únicamente en el silencio. La inseparabilidad del mundo de la vida del de la muerte se hace realidad en el silencio y en una relación que trasciende los cuerpos. Pese a la ausencia física del cuerpo, la relación con nuestros difuntos es indestructible, real y tangible, porque su cariño está profundamente grabado en nuestros corazones.

355. – La muerte es el silencio del misterio, el silencio de Dios y el silencio de la vida.

¿Cómo pueden los cristianos alimentar su silencio? La respuesta definitiva la ofrece Cristo en la Cruz, donde encuentran a un Dios que sufre y muere. Pero la victoria de Cristo es la fuente de la esperanza y del silencio, tan inmenso es el don de Dios.

356. – La enseñanza de la Iglesia no consiste ante todo en consolar o tranquilizar con dulces palabras: lo que quiere es hablar, siguiendo las huellas de Cristo, de la inmortalidad del alma y de la resurrección de los cuerpos. *El prefacio primero de difuntos* contiene esta afirmación: «La vida no termina, sino que se transforma, y, al deshacerse esta morada terrenal, se prepara una

mansión eterna en el Cielo». Ante esta realidad solo se impone el silencio.

357. – ¿Por qué vamos a alzarnos en contra de la muerte? El rechazo a la muerte es un callejón sin salida. Porque, por encima de la ausencia y la sepultura, la muerte es un nuevo nacimiento. Ante ella somos como los recién nacidos: no sabemos hablar, pero la vida se desarrolla y crece de manera invisible.

358. – La muerte es comprensible si dirigimos en silencio a Cristo una mirada de fe: desde el calvario, donde se derriba a un Dios herido y destruido, hasta la sepultura, donde a los tres días es vencida la muerte, los hombres encuentran en Él la esencia y el aroma del silencio divino.

359. – El cristianismo permite a la humanidad tener una visión de la muerte más simple, más serena y más silenciosa, alejada de los gritos, del llanto y de la desesperación.

360. – La muerte es una puerta que hemos de aceptar franquear sin ruido, porque se abre ante nosotros para conducirnos a la vida. La Parca traslada a los hombres a la patria divina. ¡Esa es la esperanza que requiere toda nuestra oración! Debemos desear cruzar esa puerta serenamente y con fe.

Por desgracia, a muchos la muerte les parece una noche sin fin y sin mañana. No obstante, la noche contiene valores que el día ni siquiera imagina. El hombre sin fe crea luces que le parecen sólidas y eternas. Pero cuando pensamos en nuestro futuro diciéndonos: «Voy a destruir mis graneros, y construiré otros mayores, y allí guardaré todo mi trigo y mis bienes. Entonces le diré a mi alma:

“Alma, ya tienes muchos bienes almacenados para muchos años. Descansa, come, bebe, pásalo bien”» (Lc 12, 18-19), a la hora de plantearnos preguntas y tomar decisiones, Dios las extingue. Los techos de nuestras casas se desploman sobre nosotros, las hormigas socavan las torres más altas, los muros se resquebrajan y se desploman, y los edificios más santos quedan reducidos a cenizas mientras el que vela elabora una teoría de la sostenibilidad.

No ignoro que este lenguaje es absolutamente incomprensible y ofensivo para quienes carecen de fe. El hombre materialista quiere hacer de la vida una gran fiesta, un tiempo para gozar de todos los placeres, un disfrute compulsivo. Después, lo más tarde posible, aparece la muerte para detener esa carrera y abocar al vacío. Ya no hay nada. Esos hombres se mueven como los animales, sin alma y sin esperanza. De tanto maquillar la muerte como un instante indoloro, cuando llega el día fatídico se abre un abismo bajo sus pies. Aun así, los que sobreviven aún son capaces de fiestas... La muerte se transforma en un espectáculo ruidoso y exhibicionista, en cámaras mortuorias sin alma, en crematorios paganos y en mórbidas urnas funerarias. Gracias a las nuevas técnicas, se llega a profanar y a despreciar el cuerpo humano hasta licuarlo, como para negar el destino divino del hombre.

361. – El hombre de fe debe mirar a Cristo en silencio. Los mártires acceden a morir sin ruido porque saben que la muerte es una puerta. Ese tránsito es la puerta de la vida. Pienso en el padre Maximiliano Kolbe, que entregó su vida para salvar a sus compañeros y aceptó la muerte con inmensa sencillez. El 17 de febrero de 1941, después de ser arrestado por la Gestapo, fue brutalmente golpeado por no querer negar a Jesucristo. Identificado con el número 16670, el 28 de mayo lo trasladaron al campo de Auschwitz. En Polonia, durante los años más oscuros de la invasión

de Hitler, Maximiliano Kolbe ya había demostrado toda la fuerza de su valor y la hondura de su fe. Haciéndose cercano a todos, se sentía capaz de cualquier cosa por amor a Jesús quien, por mediación de la Virgen María, no dejó de comunicarle su fuerza. Maximiliano Kolbe no era un hombre de componendas: pensaba que la verdad no se podía disfrazar y que «todo lo que podemos y debemos hacer es buscarla; y, después de encontrarla, servirle hasta el final. Hemos de servir a la verdad hasta la muerte». En julio de 1941 desapareció un hombre del bloque 14, donde se alojaba el padre Kolbe. Como represalia, los nazis eligieron a diez presos y los condenaron a morir de hambre.

Maximiliano Kolbe se ofreció voluntario para sustituir a uno de esos diez hombres, un padre de familia llamado Franciszek Gajowniczek. Los diez fueron encerrados en un búnker subterráneo débilmente iluminado. En pocos días el hambre y la sed sumieron en el delirio a los condenados, pero Maximiliano, gracias a la oración, logró que entre sus compañeros de tragedia reinaran la calma y la piedad. Al cabo de dos semanas sin alimento, solo quedaba con vida el padre Kolbe, quien había prestado ayuda y visto morir a todos sus compañeros. Finalmente, el 14 de agosto, lo ejecutaron con una inyección de fenol en el brazo. El 15 de agosto de 1941, fiesta de la Asunción de la Virgen María, incineraron su cuerpo en un horno crematorio.

—¿Cómo hallar el silencio ante el sufrimiento de la muerte? En Pensar la muerte, el filósofo Vladimir Jankélévitch respondía así a la pregunta: ¿no es el instante de la muerte el único momento de verdadero silencio de la vida? «Sí, pero para aquel que observa al moribundo. El que va a morir suele encontrarse en tal estado que las palabras silencio o soledad ya no tienen sentido para él. El que lo observa puede representarse ese instante como

el momento de silencio más extremo, por oposición a la existencia que lo rodea. Si uno puede ser amparado, reconfortado y ayudado a lo largo de toda la existencia, el paso de la muerte, el instante mortal, hay que atravesarlo solo».

362. – Para responder a esta afirmación me gustaría citar de nuevo unas pocas líneas del padre Samuel en *Qui cherchait Théophane*:

«Los últimos días, el hermano Théophane casi no era capaz de hablar. Decidí recitar el Credo abreviándolo en algunas preguntas:

—¿Crees esto?

—Sí.

—¿Amas al Señor?

—Sí.

—¿Amas a la Virgen?

—Sí.

—¿Quieres hacer la voluntad de Dios?

—¡Sí!

Eran síes rotundos y algo sibilantes, porque empezaba a tener problemas para pronunciar. Un día, estos actos tan simples, tan sólidos, tan sinceros, me conmovieron tanto y, al mismo tiempo, me hicieron tanta gracia, que interrumpí la oración para bromear:

—¡Eres un santo!

A lo que él contestó en el mismo tono:

—¿Sí?

Los últimos días nos daba la impresión de que su atención no era constante y nos preguntábamos dónde estaba la frontera entre la decisión libre y el mero automatismo. En realidad, el hermano Théophane navegaba entre una cosa y otra. Su silencio nacía tanto

de sus recientes dificultades para hablar como de una mezcla de recogimiento y somnolencia. Cuando me daba cuenta, siempre le preguntaba:

—¿Estás cansado?

—No.

—¿Quieres seguir?

—Sí.

Su adhesión a Dios se reducía a un sincero asentimiento repetido dos o tres veces sobre un telón de fondo de costumbres bien arraigadas. ¿No es esa la arcilla humana de la que está hecha toda la oración del hombre?».

363. – La agonía y la muerte son siempre un dolor intenso y profundo. Pero la actitud silenciosa es la mejor manera cristiana de recibir a la muerte. La Virgen María permaneció de pie, en silencio, al pie de la Cruz de su Hijo.

El instante que abre la puerta a un encuentro que nos dejará ver a Dios, como afirmaba con tanta fuerza el *Testamento de Job*, es el silencio más hermoso de la vida en la tierra. Pero no es nada al lado del silencio del Cielo.

364. – Cuando se separa del cuerpo al que abandona, el alma asciende en medio de un silencio incomparable. El gran silencio de la muerte es el silencio del alma que parte hacia otra patria: la tierra de la vida eterna.

Hay que guardar la armonía con el silencio del alma de los

difuntos. Las grandes obras de Dios ocurren siempre en el silencio. El momento en que el cuerpo se une al alma y el momento en que esa alma se separa de su envoltura carnal son momentos de silencio, momentos eminentemente divinos.

365. – Nada de lo que es de Dios hace ruido. Nada es violento: todo es delicadeza, pureza y silencio.

V
COMO UN GRITO EN EL DESIERTO
El encuentro en la *Grande Chartreuse*

En el retiro de los monasterios y en la soledad de las celdas,
paciente y silenciosamente, los cartujos tejen
el vestido nupcial de la Iglesia.

San Juan Pablo II, *Carta a los cartujos*
en el IX Centenario de la muerte de san Bruno

El empeño y propósito nuestros son principalmente vacar
al silencio y soledad de la celda. Esta es, pues, la tierra santa
y el lugar donde el Señor y su siervo conversan a menudo
como entre amigos; donde el alma fiel se une frecuentemente
a la Palabra de Dios y la esposa vive en compañía del Esposo;
donde se unen lo terreno y lo celestial, lo humano
y lo divino. Pero hay que andar mucho por caminos
de aridez y sequedad antes de llegar a los manantiales
de las aguas y a la tierra de promisión.

Por eso conviene que el que vive retirado en su celda vele
diligente y solícito para no procurarse ni aceptar ninguna
salida de ella, fuera de las generalmente establecidas; más
bien considere la celda tan necesaria para su salud y vida,
como el agua para los peces y el aprisco para las ovejas.
Si se acostumbra a salir de ella con frecuencia y por leves
causas, pronto se le hará odiosa; pues, como dice

san Agustín: «Para los amigos de este mundo no hay nada más trabajoso que no trabajar». Por el contrario, cuanto más tiempo guarde la celda, tanto más a gusto vivirá en ella, si sabe ocuparse de una manera ordenada y provechosa en la lectura, escritura, salmodia, oración, meditación, contemplación y trabajo. Entretanto, vaya acostumbrándose a la tranquila escucha del corazón, que deje entrar a Dios por todas sus puertas y sendas. Así, con la ayuda divina, evitará los peligros que frecuentemente acechan al solitario: seguir en la celda el camino más fácil y merecer ser contado entre los tibios.

Los frutos del silencio los conoce quien lo ha experimentado. Aunque al principio nos resulte duro callar, gradualmente, si somos fieles, nuestro mismo silencio irá creando en nosotros una atracción hacia un silencio cada vez mayor. Para conseguirlo, está establecido que no hablemos unos con otros sin permiso del Presidente.

El primer acto de caridad para con nuestros hermanos es respetar su soledad. Si se nos permite hablar de algún asunto, sea nuestra conversación tan breve cuanto sea posible. Los que no son de nuestra Orden ni aspiran a entrar en ella, no se hospeden en nuestras celdas.

Los monjes del claustro dedican todos los años ocho días a una guarda mayor de la quietud de la celda y del recogimiento. Lo que se ha acostumbrado hacer normalmente con ocasión del aniversario de la Profesión.

Dios nos ha traído a la soledad para hablarnos al corazón. Sea, pues, nuestro corazón como un altar vivo, del que suba continuamente ante el Señor una oración pura,

por la cual deben ser impregnados todos nuestros actos.

Estatutos de la Orden de los Cartujos,
Libro 1, cap. 4:
La guarda de la celda y del silencio

Dios ha conducido a su siervo a la soledad para hablarle al corazón; pero solo el que escucha en silencio percibe el susurro de la suave brisa que manifiesta al Señor. Aunque al principio nos resulte duro callar, gradualmente, si somos fieles, nuestro mismo silencio irá creando en nosotros una atracción hacia un silencio cada vez mayor.

Por eso, no les está permitido a los hermanos hablar indistintamente lo que quieran, con quienes quieran o el tiempo que quieran. Sin embargo, pueden hablar de lo que sea útil para su trabajo, pero en pocas palabras y en voz baja. Más allá de lo que corresponde a la utilidad del trabajo, solo pueden hablar con permiso, tanto con los monjes como con los extraños.

Como la guarda del silencio es de suma importancia en la vida de los hermanos, es preciso que guarden cuidadosamente esta regla. En los casos dudosos no previstos por la ley, queda a la discreción de cada cual el juzgar si le está permitido hablar y cuánto, según su conciencia y la necesidad.

La devoción al Espíritu que habita en nosotros y la caridad fraterna piden que los hermanos cuenten y midan sus palabras cuando les está permitido hablar. Es de creer que un coloquio largo e inútilmente prolongado contrista más al Espíritu Santo y disipa más que pocas palabras, incluso ilícitas, pero enseguida interrumpidas. Frecuentemente, la conversación que comienza

siendo útil, degenera pronto en inútil,
para terminar siendo reprobable.

Los Domingos y Solemnidades, y también los días dedicados especialmente al retiro, guardan con más cuidado el silencio y la celda. Todos los días, desde el toque vespertino del Ángelus hasta Prima, debe reinar en toda la Casa un silencio perfecto, que no podemos quebrantar sin verdadera y urgente necesidad. Porque este tiempo de la noche, según los ejemplos de la Escritura y el sentir de los antiguos monjes, favorece de un modo especial el recogimiento y el encuentro con Dios.

No se permitan tampoco los hermanos dirigir la palabra sin permiso a los seglares que llegan, ni conversar con ellos; únicamente se les permite devolver el saludo a los que encuentren al paso o se les acerquen, y responder brevemente a lo que les pregunten, excusándose con que no tienen permiso para hablar más.

La guarda del silencio y el recogimiento interior requieren una especial vigilancia de parte de los hermanos, que tienen tantas ocasiones de hablar.

No podrán ser perfectos en este punto, si no procuran atentamente andar en la presencia de Dios.

Estatutos de la Orden de los Cartujos,

Libro 2, cap. 14:

El silencio

—NICOLAS DIAT — *¿Por qué buscar el silencio? En una carta a sus hermanos cartujos, escribe san Bruno: «Alegraos, pues, mis carísimos hermanos, por vuestra feliz suerte y por la abundancia*

de gracias que Dios ha prodigado en vosotros. Alegraos de haber escapado de las tumultuosas aguas del mundo, y de todos sus peligros y naufragios. Alegraos de haber llegado a poseer el sosiego y la seguridad, anclando en el más resguardado puerto. Muchos son los que quisieran arribar a él; muchos, incluso, se esfuerzan por alcanzarlo, sin lograrlo; muchos, en fin, después de haberlo conseguido, no son admitidos, porque a ninguno se lo había concedido el Cielo». El primer cartujo invitaba a menudo «a dejar las sombras fugitivas del mundo», esos ruidos que ya entonces disipaban el espíritu y el corazón de los hombres del siglo XI. Para empezar esta inusual entrevista que nos ha reunido en la Grande Chartreuse [Gran Cartuja], ¿podemos volver sobre los orígenes del deseo de silencio?

—CARDENAL ROBERT SARAH — La auténtica búsqueda del silencio consiste en buscar a un Dios silencioso y en buscar la interioridad. Es la búsqueda de un Dios que se revela en lo más hondo de nuestro ser. Los monjes son buenos conocedores de esta realidad cuando deciden apartarse del mundo y de «esta generación malvada y adúltera» (Lc 12, 29-32; Mt 12, 39).

Nadie mejor que san Agustín nos ha hecho avanzar en el conocimiento de la realidad más esencial del hombre. La mirada que lanza a su propio pasado es de una clarividencia admirable. Agustín quiere hacer descubrir en lo más íntimo del ser humano la ausencia de Dios en el pecado, la necesidad de Dios en la inquietud, la venida de Dios en la salvación, la presencia de Dios en la vida de la gracia. Piensa que el conocimiento del hombre conduce al Ser, a un Dios más íntimo que lo más íntimo de uno mismo.

El autor de la famosa frase *Noverim me, noverim te* (Solil 2, 1), afirma a lo largo de toda su obra que el conocimiento propio y el conocimiento de Dios están íntimamente unidos. Ir en busca de

Dios no consiste en salir de sí mismo para hallar un objeto en el mundo exterior, sino en separarse de ese mundo y replegarse en uno mismo. «No quieras derramarte fuera; entra dentro de ti mismo, porque en el hombre interior reside la verdad» (*De vera religione*, 39, 72).

«Las personas viajan –dijo san Agustín– para maravillarse ante las alturas de las montañas, las enormes olas del mar, los largos cursos de los ríos, la inmensa vastedad del océano, el movimiento circular de las estrellas; y, sin embargo, se contemplan a sí mismos sin mostrar el menor asombro».

Esta es también la doctrina espiritual de san Gregorio Magno. «Penetra en ti, hombre; sondea lo más recóndito de tu corazón» (*Mor* 19, 8), aconseja. Para acceder a Dios, el hombre primero debe conocerse. En los *Moralia* afirma san Gregorio que, para elevarse a la visión de Dios, el alma antes tiene que concentrarse, recogerse, ovillarse en sí misma.

El hombre no puede esperar conocer a Dios sin haberse encontrado a sí mismo, es decir, sin haber confesado ante los demás hombres sus buenas y malas acciones para alabanza de Dios. ¿Quién puede no admirar la lucidez de san Agustín? «Oh, Señor, siento que tú estabas delante de mí; pero, como yo había huido de mí mismo, no me encontraba, ¿cómo iba a encontrarte a ti?».

El silencio es un elemento sumamente necesario en la vida de cualquier hombre. Permite el recogimiento del alma. Protege al alma de la pérdida de su identidad. Previene al alma frente a la tentación de apartarse de sí misma para ocuparse de lo externo, lejos de Dios.

Si el ser humano quiere atrincherarse en el fondo de su corazón, en ese hermoso templo interior, para examinarse y constatar la

presencia de Dios en él, si quiere conocer y comprender su identidad, necesita guardar silencio y conquistar su interioridad.

¿Cómo es posible descubrirse en el ruido? La clarividencia y la lucidez de un hombre respecto de sí mismo solo pueden eclosionar en la soledad y el silencio. El hombre silencioso tiene una capacidad mucho mayor de escuchar y permanecer ante Dios. El hombre silencioso encuentra a Dios dentro de él. En toda oración, en toda vida interior son precisos un silencio, un soterramiento, una discreción que inviten a no pensar en uno mismo. En los momentos importantes de la vida el silencio se convierte en una necesidad esencial. No obstante, no buscamos el silencio por sí mismo, como si fuera nuestro fin: buscamos el silencio porque buscamos a Dios. Y le encontraremos si guardamos silencio en lo más profundo de nuestro corazón.

—DOM DYSMAS DE LASSUS — Para los hombres el silencio consiste simplemente en la ausencia de ruido y de palabras; pero la realidad es mucho más compleja.

El silencio de una pareja que cena a solas puede expresar la profundidad de una comunión que no tiene necesidad de palabras; o bien puede que los dos sean incapaces de hablarse. El primer silencio es un silencio de comunión y el segundo es un silencio de ruptura. Estas dos manifestaciones opuestas contienen un mensaje muy claro; el primero dice: te quiero; el segundo: nuestro amor se ha acabado.

¿Cómo se transmite este mensaje? A través de la mirada, de los gestos y del corazón. En el primer caso, una mirada de amor; en el segundo, bajando la mirada. La una expresa el deseo de un encuentro más profundo; la otra, el fracaso de la relación.

Es evidente que de lo que queremos hablar en este libro es del silencio de comunión y de la riqueza que conlleva. No obstante, también en el interior de ese silencio es amplia la diversidad. El hombre puede callar para escuchar y para recibir todo lo que contiene el silencio del otro. Puede callar para expresar de otro modo lo que no pertenece al lenguaje de las palabras, o porque la realidad que tiene delante es demasiado grandiosa para ser capaz de decir algo.

¿No existe un diálogo silencioso entre una madre y el niño que lleva en su seno? A veces ella le habla, quizá ya le haya puesto un nombre, pero lo habitual es que se limite a sentirlo. Recuerdo que, durante la visita anual de mi familia al monasterio, mi hermana estaba encinta; y de repente, en medio de una conversación, sonrió abiertamente. Como el contexto no daba pie a ello, le pregunté: «¿Por qué sonríes, Irene?». Y me contestó: «Se mueve». No hacía falta preguntar *quién* se movía.

Me gusta esta imagen de la mujer encinta, porque expresa muy bien el tema de la interioridad. No hay necesidad de palabras: ese *quién* está ahí y basta. Cuando ese *quién* es Dios, se acerca la oración, porque la adoración y el silencio son hermanos.

—C. R. S. — Estoy totalmente de acuerdo. Es más, ¿cómo puede vivir un sacerdote fuera del silencio? El gran misterio de la Eucaristía que celebra a diario es motivo suficiente para que consagre buena parte de su vida al silencio, de donde debería brotar el canon, cargado de poder y de sentido. El canon es lo que de más sagrado y más divino contiene la misa, que debe estar rodeada de dignidad, de silencio, de sacralidad. El oficio nos dispone a ello. Todas las criaturas enmudecen, salvo el sacerdote, que tiene el poder de hablar por todos y en nombre de todos ante la majestad divina. El sacerdote une a los hombres con Dios mediante frases

sencillas que son palabras divinas. Sitúa a la humanidad ante Dios gracias a las palabras de la consagración con las que pronuncia el Verbo del Padre: determina la presencia del Verbo en el tiempo, en un estado concreto, encarnado y sacrificado.

El sacerdote tiene que saber cuándo hay que callar y cuándo hay que hablar. Es importante orar siete veces al día para alabar a Dios y confesarlo ante los hombres en la santa misa. La dignidad sacerdotal nos obliga a rendir cuentas del significado de nuestras palabras. Todo en él, cuerpo y alma, debe proclamar la Gloria de Dios. Por eso la palabra es más importante que la vida o que la muerte: no necesariamente tiene que sonar alto en este mundo, siempre que se haga escuchar en el Cielo. Y, para alimentar esa palabra, lo más importante es guardar silencio.

¿Cuándo? Casi todo el tiempo restante. El narcisismo del exceso de palabras es una tentación de Satanás. Conlleva una forma de exterioridad detestable en la que el hombre se recuesta en la superficie de sí mismo haciendo ruido para no escuchar a Dios. Es fundamental que los sacerdotes aprendan a guardarse para sí las palabras y las opiniones que no merezca la pena meditar, interiorizar y grabar en el fondo del corazón. ¡Debemos predicar la Palabra de Dios, no nuestras insignificantes opiniones! Porque, «si evangelizo, no es para mí motivo de gloria, pues es un deber que me incumbe. ¡Ay de mí si no evangelizara!» (1Co 9, 16). Esta predicación exige silencio. Si no, es una pérdida de tiempo, mera verborrea sentenciosa. El exhibicionismo espiritual, que consiste en exteriorizar los tesoros del alma exponiéndolos sin pudor, indica una trágica pobreza humana y la manifestación de nuestra superficialidad. Muchas veces hablamos porque creemos que los demás esperan que lo hagamos. No sabemos callar porque nuestro dique interior está tan agrietado que ya no frena la marea de nuestras palabras. El silencio de Dios debería enseñarnos que hay

que callar a menudo.

Quienes buscan de verdad a Dios atraviesan siempre las cámaras del silencio para alcanzar los territorios que nos acercan a las moradas divinas. La Gran Cartuja es una de esas cámaras. Esta noche, durante el oficio celebrado en la iglesia del monasterio, me ha conmovido mucho el silencio. Mientras el coro estaba totalmente sumergido en la penumbra y cantaba sin luz alguna, pensaba que la oscuridad es un extraordinario invento de Dios. Lo simplifica y lo unifica todo disimulando las diferencias, las distinciones, las asperezas, los detalles que distinguen a unos monjes de otros, sumiendo en la noche cualquier distracción. En esa oscuridad donde tan solo brillaba la luz tamizada del sagrario, símbolo de la Presencia real, me he fundido con los cartujos: nada me distinguía de ellos. Solo el ojo de Dios percibía una mancha negra e indigna en medio de esas almas puras vestidas de blanco. Era como si estuviéramos en la noche de la vigilia pascual. ¿Acaso no son todos los oficios una auténtica vigilia pascual?

A lo largo de todo el oficio nos envuelve la noche, nos escucha cantar los salmos y los cánticos de los tres jóvenes: «Fríos y heladas, bendecid al Señor (...). Escarchas y nieves, bendecid al Señor (...). Manantiales, bendecid al Señor. Noches y días, bendecid al Señor (...). Luz y tinieblas, bendecid al Señor (...). Montes y cumbres, bendecid al Señor» (*Dn* 3, 69-75). En ese oscuro silencio hemos cantado el himno de acción de gracias por la luz que vamos a recibir. Y aquí está Cristo. Ha llegado. Habita entre nosotros. Su Presencia silenciosa brilla en el fondo de la iglesia gracias a la lámpara del sagrario, esa zarza ardiente que arde sin consumirse por Amor a nosotros. Desciende a lo profundo de la noche reuniendo en torno a Él a los pobres, a los que buscan a Dios, y también a nuestros Padres en la fe: los patriarcas, los profetas, los ángeles y «los que vienen de la gran tribulación, los que han lavado

sus túnicas y las han blanqueado con la sangre del cordero (...) están ante el trono de Dios y le sirven día y noche en su templo» (Ap 7, 14-15).

La noche es maternal, fascinante, purificadora. La oscuridad es como una fuente de la que los monjes salen limpios e iluminados, ya no separados, sino unidos en Cristo resucitado.

—D. D. L. — Dice usted que la noche es purificadora: yo diría que es también reveladora. Por la noche somos plenamente conscientes del ruido que habita en nosotros, de los pensamientos que se escapan y nos arrastran un poco a todas partes. Durante el día ocurre lo mismo, pero lo vemos menos. Guardar el silencio de los labios no es difícil: basta con quererlo; pero el silencio de los pensamientos es otra cosa.

Nos gusta cantar de noche, aun a riesgo de cometer errores. ¿Por qué? No resulta fácil explicarlo. Cuando se encienden las luces, los libros, los rostros, todo se hace presente, cercano, como una realidad inmediatamente aprehensible. Cuando las luces se apagan y solo queda la del sagrario, ahí están nuestras voces y Aquel a quien se dirigen, que permanece oculto. La noche revela el misterio. La noche y el misterio son hermanos de sangre.

Para nosotros el misterio es una realidad muy positiva. Somos como los niños que contemplan el mar por primera vez. Fascinados por lo que ven, no dejan de adivinar que lo que está más allá escapa con mucho a sus ojos e incluso a su imaginación. Pueden decir que han visto el mar, que lo conocen y, al mismo tiempo, que les queda todo por descubrir de él. Cuando se trata del mar sin orillas, el infinito de Dios, el misterio ofrece una apertura sin fin hacia Aquel a quien nunca acabaremos de descubrir. Las palabras se quedan cortas a la hora de describir una realidad tan fascinante...

—C. R. S. – Hemos de reconocer humildemente que es difícil hablar de Dios. El himno del oficio de lecturas del miércoles de la primera semana dice así: «¡Oh Tú, el más allá de todo!, ¿cómo llamarte con otro nombre? No hay palabra que te exprese ni espíritu que te comprenda (...). ¿Cómo puedo llamarte, si tienes todos los nombres? ¡Oh Tú, el único a quien no se puede nombrar!».

No obstante, tiene razón el salmista cuando, atormentado por el enemigo y las dificultades de la vida, grita con todas sus fuerzas:

A ti, Señor, te invoco, Roca mía.
No te quedes callado ante mí,
porque, si tú me guardas silencio,
seré como los que bajan a la tumba (*Sal 28, 1*).

Tú lo has visto, Señor. No te calles, mi Señor,
no estés lejos de mí. Despiértate, vigila
para hacerme justicia (*Sal 35, 22-23*).

¡Dios mío! No estés callado, no guardes silencio,
no te quedes quieto, ¡Dios mío!
Que tus enemigos se agitan
y los que te odian alzan la cabeza (*Sal 83, 2-3*).

¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?
Lejos estás de mi salvación,
de mis palabras suplicantes.
Dios mío, te invoco de día, y no escuchas;
de noche, y no encuentro descanso (*Sal 22, 2-3*).

¡Despierta! ¿Por qué duermes, Señor?
¡Quédate en vela! No nos rechaces para siempre.
¿Por qué escondes tu rostro?

¿Olvidas nuestra miseria y opresión? (*Sal* 44, 24-25).

En efecto, aunque Dios da la impresión de guardar silencio, se revela y nos habla a través de las maravillas de la Creación. Basta con estar atento como un niño a las maravillas de la naturaleza. Porque la naturaleza nos habla de Dios. La larga búsqueda de san Agustín pasa también por la mirada que dirige a la obra de la Creación, tal y como refleja este pasaje de las *Confesiones*: «Pregunté a la tierra y me dijo: “No soy yo”. Y todas las cosas que hay en ella me confesaron lo mismo. Pregunté al mar y a los abismos y a los reptiles de alma viva, y me respondieron: “No somos tu Dios. Búscale sobre nosotros”. Interrogué a las auras que respiramos, y el aire todo, con sus moradores, me dijo: “Se engaña Anaxímenes: yo no soy tu Dios”. Pregunté al cielo, al sol, a la luna y a las estrellas. “Tampoco somos nosotros el Dios que buscas”, me respondieron. Dije entonces a todas las cosas que están fuera de las puertas de mi carne: “Decidme algo de mi Dios, ya que vosotras no lo sois; decidme algo de él”. Y exclamaron todas con gran voz: “Él nos ha hecho”. Mi pregunta era mi mirada; su respuesta, su belleza».

¡Cómo no admirar aquí, en la Gran Cartuja, esas hermosas y elevadas montañas cubiertas de nieve! ¡Miren su majestuosa belleza! Son una Palabra de Dios.

El hombre mismo es como el rostro de Dios, porque ha sido creado a imagen del Padre. Dice el salmo 8: «Lo has hecho poco menor que los ángeles, le has coronado de gloria y honor. Le das el mando sobre las obras de tus manos» (*Sal* 8, 6-7). El hombre es una palabra encarnada y silenciosa de Dios. La luna, las estrellas, el sol, el mar, el firmamento son la prueba visible de la existencia y de la omnipotencia de Dios que los ha creado por amor. Las criaturas son la voz potente y misteriosa de Dios. Este nuevo descubrimiento de

Dios a través de la creación despierta en san Agustín un amor inmenso.

Sé que nadie ha visto ni ha entendido jamás a Dios, excepto Aquel que viene en su nombre: este ha visto al Padre (*Jn 6, 46*). Pero sé también que Él me habla cada día en lo más íntimo de mi ser, y le escucho en el silencio que suscita la escucha mutua, el deseo de comunión y de amor. Dios es una luz que ilumina e irradia sin ruido. Su llama resplandece, pero su brillo es silencioso. Dios brilla y resplandece como el sol. Arde como una hoguera, pero es inaudible. Por eso me parece tan importante dejarnos inundar por el silencio de Dios, que es una palabra sin voz.

—D. D. L. – En la relación con Dios todo es paradójico. Las realidades que en el hombre se oponen, en Él son solo una. La presencia y la ausencia se solapan, como dice el hermoso cuarteto del poeta Rainer Maria Rilke:

Para encontrar a Dios hay que ser feliz,
porque los que con angustia lo inventan
van muy rápido y buscan poco
la intimidad de su ausencia ardiente.

Palabra sin voz o comunión silenciosa: estas expresiones indican la realidad siempre misteriosa del encuentro con Dios. No podría ser de otra manera. Cuando lo infinito se encuentra con lo finito, ese encuentro escapa a nuestros límites naturales.

En la cartuja no buscamos el silencio, sino la intimidad con Dios por medio del silencio. Es el espacio privilegiado que

permitirá la comunión; pertenece al orden del lenguaje, pero un lenguaje de otra clase.

Por eso los *Estatutos* de la Orden comienzan con estas palabras esenciales: «Para alabanza de la gloria de Dios, Cristo, Palabra del Padre por mediación del Espíritu Santo, eligió desde el principio a algunos hombres, a quienes llevó a la soledad para unirlos a sí en íntimo amor. Siguiendo esta vocación el Maestro Bruno entró con seis compañeros en el desierto de Cartuja, el año del Señor 1084, y se instaló allí» (*Estatutos* 1.1).

Hay que volver una y otra vez al misterio de Jesús. Hace dos mil años, Dios habló en medio del mundo con una palabra humana idéntica a la nuestra. Cristo vivió treinta y tres años en esta tierra y, durante treinta de ellos, su palabra no traspasó los límites de una aldea de varios centenares de habitantes. Ese es el silencio de Dios. Está en la tierra y permanece oculto. ¿Se puede hablar de un Dios silencioso? Yo hablaría más bien de un Dios oculto. Son dos matices de una misma realidad que ofrecen el mismo contraste: lo que es silencioso es la manera de hablar de Dios. Dios es silencioso cuando habla. Cuando el Verbo se hace carne, se muestra ante nuestros ojos y, por eso mismo, velado en su divinidad. Cuando habla con palabras humanas, la palabra divina nos resulta audible y está oculta: la mayoría solo escucha palabras humanas y no les presta atención. Es una paradoja asombrosa: Dios se abaja hasta hablar nuestro lenguaje y eso nos hace sordos a las inflexiones divinas de esa voz demasiado terrenal.

A lo largo de su vida, Jesús habló con palabras, y una vez incluso con cuerdas. Pero ante el Sanedrín, ante Herodes y Pilato calla. Al sumo sacerdote le dice: «Yo he hablado claramente al mundo (...) y no he dicho nada en secreto. Pregunta a los que me oyeron de qué les he hablado: ellos saben lo que he dicho» (*Jn* 18,

20-21). Esta respuesta le vale una bofetada: ¿no es precisamente esta la situación de hoy en día? Jesús ha pronunciado la palabra que el Padre quería dirigir al mundo. Ha cumplido su misión hasta el final. Si queremos saber lo que nos dice, debemos preguntar a los que son sus testigos, o a los que están acreditados por Él, es decir, a la Iglesia. Pero esta es una respuesta que no gusta... El silencio de Dios no tiene tanto que ver con que no hable como con su manera de expresarse y con las pocas ganas que tenemos de escucharle.

En la vida espiritual se alternan sucesivamente un Dios que se muestra y un Dios que se oculta, un Dios que se hace escuchar y un Dios que calla. La oración nos enseña las sutilezas de la palabra divina. ¿Es Dios el que es silencioso, o somos nosotros los que no le escuchamos porque nuestro oído interior y nuestra inteligencia no están habituados a su lenguaje? El fruto del silencio consiste en aprender a distinguir su voz, aun cuando siempre conserve su misterio.

En la oración, la voz divina es poderosa en el sentido de que es capaz de llegar a lo más íntimo de nuestro ser, pero se manifiesta de un modo sumamente discreto. Los caminos de la vida espiritual son muy variados y hay quien puede atravesar un desierto que parece no tener fin. Algunos tocan prácticamente con los dedos el silencio de Dios en su vida. Esto puede adoptar formas místicas, como lo demuestra la dolorosa experiencia de la madre Teresa de Calcuta: después de años de profunda intimidad con el Señor, la santa vio cómo todo iba desapareciendo. También Teresa del Niño Jesús vivió esta forma de abandono los dos últimos años de su vida. No obstante, no es esta la regla general, y el alma contemplativa que ha aprendido el lenguaje del Esposo divino, si no lo escucha nunca como se escucha la palabra humana, aprende progresivamente a percibir en todo su rastro. Entonces esa alma se parece a una mujer enamorada que se sabe intensamente amada y que espera reunirse

de nuevo con su amado por la noche. Por eso, a lo largo del día, aun sin encontrarle a él, ve por todas partes señales de su presencia. Aquí, una nota cariñosa sin firmar, pero cuya letra conoce demasiado bien para poder dudar de que procede de él; allá, un ramo de flores, sin más explicaciones, aunque algunos detalles le revelan que ha sido él quien se lo ha dejado. Más tarde, andando por el campo, escucha la música de una flauta cuyo origen no se percibe claramente, pero la mujer sabe que se trata de él y que toca para ella, mientras que la persona que la acompaña no sospecha nada. Y así todo el día. Ella le siente en todas partes, en todas partes ve signos no solo de su presencia, sino de la atención que él le presta, y le parece que él no deja de hablarle, aunque no le vea. Va preparándola en silencio para el encuentro de esa noche, cuando por fin puedan hablar. Está ahí como un perfume, inaprehensible pero totalmente perceptible, presente en todas partes aunque no se pueda decir de dónde viene.

Creo que Dios habla en el silencio. Nunca dejan de asombrarme su discreción, sus maneras delicadas, infinitamente respetuosas con nuestra libertad. Somos frágiles como el cristal, y Dios modera su poder y su palabra para adaptarlos a nuestra debilidad.

El amor no se impone: no puede imponerse. Y, como Dios es el amor infinito, su respeto y su delicadeza nos desconciertan. Precisamente porque está presente en todas partes se oculta con más cuidado aún, para no imponerse. Hay un mandamiento divino que nos ordena amarle, pero ese es tan solo un primer nivel: así lo expresa de un modo espléndido la nota de un hermano cartujo: «Dios mío, qué asombroso es que nos hayáis mandado amaros. Dado lo que vos sois y lo que somos nosotros, deberíais prohibírnoslo. Pero, si no nos los permitierais, os amaría en secreto».

—C. R. S. – El hombre no busca el silencio por el silencio. El deseo del silencio en sí sería una aventura estéril y una experiencia estética especialmente agotadora. En lo más hondo de su alma el hombre desea la presencia y la compañía de Dios, del mismo modo que Cristo buscó a su Padre en el desierto, alejado de los gritos y las pasiones de la multitud. Si le deseamos de verdad y si estamos en su Presencia, las palabras dejan de ser necesarias. Solo la intimidad silenciosa con Dios es palabra, diálogo y comunión.

En la Gran Cartuja tengo la sensación de que el silencio es una escalera apoyada en la tierra cuyo extremo toca el Cielo. Si Jacob hubiera podido pasar la noche en ella, estoy seguro de que habría exclamado: «¡Qué terrible es este lugar! Esto no es sino la casa de Dios y la puerta del Cielo» (Gn 28, 17).

—N. D. – *¿El que los cartujos se ciñan a una ascesis tan silenciosa se debe a que el silencio es el mejor medio de encontrar a Dios?*

—D. D. L. – Para nosotros el silencio significa una ascesis y un deseo. Una ascesis porque hay que tener en cuenta que el silencio exige un esfuerzo; pero también nos atrae y nos es necesario. Lo sencillo siempre es difícil de explicar. A quien quiera escuchar el canto de un pájaro le molestará bastante que un avión cruce el cielo, porque su espacio de percepción se reduce y no puede escuchar al pájaro. No nos equivoquemos: no buscamos el silencio por el silencio, sino por el espacio que proporciona. El silencio nos permite percibir y escuchar mejor: abre nuestro espacio interior.

—N. D. – *Aunque no se busque el silencio por el silencio, la realidad es que está presente en cada instante...*

—D. D. L. — Ese es nuestro deseo más ferviente, pero ¿alcanzamos ese ideal? Seamos realistas: también en los cartujos existe el ruido; demasiado bien lo sabemos. Resulta paradójico que el silencio exterior y la soledad, cuyo objetivo es facilitar el silencio interior, empiecen por sacar a la luz todo el ruido que hay en nosotros.

Si llevan ustedes en el bolsillo una radio encendida, es posible que en medio del jaleo de una ciudad o de una calle no se den cuenta, porque su sonido se mezcla con el entorno. Pero, si entran en una iglesia, no tardarán en percibir que de su bolsillo sale un parloteo constante: lo primero que harán será intentar apagarla. Por desgracia, no hay botón que baje el parloteo de nuestra imaginación... La primera fase consiste en ser consciente de ello, por poco que nos guste.

El silencio que reina en el monasterio no es suficiente. Para alcanzar la comunión en el silencio hace falta una labor indefinidamente recomenzada. Hemos de armarnos de paciencia y dedicar a ello arduos esfuerzos. Cuando por fin nuestra imaginación acepta colaborar y sosegar, los momentos de profunda intimidad con Dios pagan con creces los esfuerzos que han sido necesarios para darle espacio a Él.

Pero nosotros no somos capaces de crear la intimidad con Dios: esta procede siempre de lo alto; lo que nos toca a nosotros es construir el estuche donde pueda tener lugar el encuentro.

La soledad nos ayuda. Es mucho más fácil alcanzar el silencio interior cuando estamos a solas. Siempre me ha gustado el tiempo de oración solitaria en la celda que precede al oficio nocturno en la iglesia. Ese tiempo, recién levantados en mitad de la noche, tiene algo de excepcional. No voy a idealizar: no digo que a esa cita asista siempre la paz del corazón, pero por lo general la comunión

silenciosa crece con una naturalidad mucho mayor. Me gustaría prolongar ese recogimiento durante el oficio en el coro que viene después, pero pocas veces soy capaz de recuperar la misma calidad de comunión, porque la dimensión comunitaria de la liturgia pone en movimiento los pensamientos.

Mientras haya enamorados en el mundo, seguirán procurando verse a solas, y de su encuentro formará parte el silencio. Quizá este sea el modo más simple de explicar nuestra elección de vida. El silencio y la soledad cartujanas adquieren su sentido dentro de ese inmenso deseo de intimidad con Dios. Para los hijos de san Bruno el silencio y la soledad son el lugar perfecto para el encuentro de corazón a corazón.

—C. R. S. – Coincido plenamente con dom Dysmas. La soledad es imprescindible para crear un espacio de silencio. No hace falta ninguna palabra explícita para estar con Dios. Basta con callar y contemplar su Amor. En silencio, miramos a Dios y dejamos que Él nos mire.

Dios nos ve en todo momento; no obstante, cuando nos abandonamos en Él, su mirada es más penetrante: percibimos la dulzura de sus ojos y su Presencia nos ilumina, nos da paz y nos diviniza.

Para encontrar la comunión con Dios los evangelios no animan al hombre a buscar el silencio, sino el desierto. El Nuevo Testamento no contiene ningún ejemplo en el que Cristo busque el silencio. Es en el desierto donde quiere reunir las mejores condiciones para la intimidad con el Padre, para dejarse penetrar por su voluntad.

—D. D. L. – Hablando de la oración, san Juan de la Cruz dice que es «como quien abre los ojos con advertencia de amor» (*Llama* B 3, 33). Se trata de una mirada espontáneamente silenciosa y maravillada. «Yo le miro y Él me mira», decía muy poéticamente el campesino de Ars, feligrés de san Juan María Vianney. Un intercambio de miradas: ¿qué hay más elocuente que ellas cuando salen de un corazón para llegar a otro?

—C. R. S. – El campesino es poco expresivo. Con mirada pura y sincera sondea esa Presencia silenciosa de Jesús, que arde de amor por nosotros. Dios es silencioso. Pero su mirada se cruza con la nuestra y llena el corazón del hombre con su fuerza y su ternura misericordiosa.

—D. D. L. – Sí, no escuchamos a Dios con nuestros oídos porque Él habla de otra manera. En su libro *Chemins de la contemplation* dice el jesuita Yves Raguin: «Lo que procede de Dios puede que parezca venir de lo más profundo de nuestra psique; pero, bajo una luz que viene de más lejos, sabemos que procede de Dios». Es inútil querer separar la parte de lo humano de la parte de lo divino: la una está inserta en la otra. Los que se retiran en la Gran Cartuja y aspiran a entrar en ella me suelen preguntar cómo pueden estar seguros de que Dios los llama al desierto. Siempre les respondo que no lo sé... Dios se manifiesta de muchas maneras y no puedo adivinar, ni ellos tampoco, cuál elegirá en cada caso. Pero el Cielo siempre acaba manifestándose.

Con el tiempo terminamos conociendo el lenguaje de Dios, un lenguaje distinto para cada persona. Yo conozco muy bien el lenguaje que emplea conmigo, esa manera tan especial de mezclar lo humano y lo divino, y puedo afirmar que es maravillosamente adecuado. Más que de palabras, se trata de un amor que se despierta

y que sé que viene de fuera, porque su origen no está en mí.

La intimidad divina... No siempre se nos da, y el desierto puede parecer árido. Cuando se manifiesta, su melodía resuena con mucha más intensidad que el bienestar del simple silencio junto a Dios.

En un pasaje de las *Confesiones*, san Agustín emplea el lenguaje de los sentidos interiores para explicar hasta qué punto esa intimidad con Dios nos es a la vez familiar, cercana, concreta y, al mismo tiempo, inaprehensible por nuestros sentidos habituales: «No debo buscar ni la belleza corporal, ni el atractivo pasajero, ni el deslumbramiento ni el color ni las dulces melodías de los cánticos y de los sonidos armoniosos, ni los olores de las flores, de los ungüentos y los aromas, ni las dulzuras de la miel y el maná más exquisito al paladar, ni todo lo demás suave al tacto y amable al abrazo; nada de esto sujeto a los sentidos debo buscar cuando busco a mi Dios. Lejos de mí creer que mi Dios son estas cosas que son captadas también por los sentidos de los brutos animales. Y, sin embargo, cuando busco a mi Dios, busco una cierta luz muy superior a toda luz, que el ojo no puede captar; una cierta armonía sobre toda armonía, que el oído no puede oír; un cierto olor sobre todo olor, que la nariz no puede percibir. Cierta dulzor sobre todo dulzor, que el gusto no percibe; cierto abrazo sobre todo abrazo, que es incapaz de tocar el tacto de mi hombre exterior. Es una luz que brilla donde no la abarca el espacio; un sonido que suena donde el tiempo no lo arrebatara; un olor que exhala sin que el soplo de aire lo disipe; un sabor que no causa hastío; un abrazo que nunca se separa (...). Eso es lo que busco cuando busco a mi Dios, eso es lo que amo cuando amo a mi Dios».

—*N. D. – Eminencia, usted suele referirse al silencio como Dios en nosotros. ¿Está usted de acuerdo con esta idea, Dom Dysmas?*

—D. D. L. — Sí, por supuesto, porque estamos hablando de un silencio de comunión. Yo uniría estas dos dimensiones complementarias: Dios en nosotros y nosotros en Dios, ya que Jesús dice: «Vosotros estáis en mí y yo en vosotros» (*Jn 14, 20*). «Padre, tú estás en mí y yo en ti» (*Jn 17, 21*). Son dos facetas de una misma realidad. Podemos ser más sensibles a una u otra, pero creo que no se pueden separar del todo.

En el bautismo la Trinidad viene a hacer de nosotros su morada. Según san Pablo, somos templos del Espíritu Santo. Ese mismo bautismo nos hace hijos de Dios. ¡Si fuéramos capaces de entender de verdad estas pocas palabras! Un misterio insondable que nace en la sublime sencillez del sacramento: el agua y la palabra para significar una realidad inimaginable. Recuerdo las palabras de un poeta bizantino refiriéndose a la teofanía del Sinaí: «Trueno, relámpagos, temblor de tierra. Pero, cuando descendiste al seno de una Virgen, tu paso no hizo ningún ruido».

Si la entrada de Dios en nosotros tiene lugar en silencio, es lógico que la comunión con Él esté marcada por el mismo sello. Nuestros *Estatutos* citan a Basilio de Ancira: «Sea, pues, el alma del monje, en la soledad, como un lago tranquilo cuyas aguas, brotando de la fuente purísima del espíritu, y no turbadas por rumor alguno introducido desde el exterior, como un nítido espejo reproduzcan la sola imagen de Cristo» (*De Virg.*, PG 30, 765).

¡Dios en nosotros! ¡Qué perplejos nos pueden dejar estas palabras! Y, sin embargo, son una realidad: «Si alguno me ama — dice Jesús—, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos morada en él» (*Jn 14, 23*).

Esta verdad de la fe nos abre *hic et nunc* a la intimidad más profunda con Dios. Es el faro de nuestra vida. Estoy plenamente convencido de que, si los cristianos fueran más conscientes de esta

realidad, su vida se vería transformada, y el mundo también.

Me parece muy importante guardar un equilibrio entre la cercanía y la trascendencia de Dios. En sus *Confesiones*, san Agustín emplea una célebre fórmula para plasmar este tema: *Intimior intimo meo et superior summo meo*. Apoyarse en la una excluyendo la otra puede conducir a una enfermedad espiritual: de una parte, a una excesiva familiaridad con un Dios demasiado hecho a nuestra medida y que no es realmente Dios; de otra, a una perturbadora distancia casi jansenista.

El misterio no es otro que la filiación divina que se nos ofrece. ¡Si pudiéramos comprenderlo! ¡Si pudiéramos vivirlo mejor! Nada sería capaz de inquietarnos. Las dificultades de nuestra vida no cambiarían, pero ya no podrían dañar el núcleo de nuestras vidas. Dice san Pablo: «El que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará con él todas las cosas?» (*Rm* 8, 32). Si sé que lo he recibido todo, nada puede faltarme. Estamos hablando del silencio: la profunda paz del alma que se sabe amada por encima de sus sueños más disparatados, la calma inalterable que habita en ella: ¿no es eso el silencio interior? Un silencio vivo, elocuente, habitado. Una espera temblorosa con la esperanza puesta en el día del gran encuentro, cara a cara.

Si es fundamental vivir en intimidad con Dios y en su extraordinaria sencillez –en su familiaridad con nosotros, diría incluso–, también lo es comprender el sentido de la trascendencia, esa inmensidad que nos supera y nos reclama en un mismo movimiento. Solo ese equilibrio puede dotar de toda su profundidad a la relación con Dios, porque la maravilla inefable de la intimidad divina nace precisamente de esa trascendencia. ¿Cómo puede el infinito no solo salir a nuestro encuentro, sino entablar una relación íntima con lo finito, su criatura?

—C. R. S. – Dios es grande, Dios escapa a lo contingente, Dios es inmenso. Desde luego, yo no emplearía de primeras la palabra *familiaridad* para hablar de Dios. Cuando alguien te es familiar, te permites prácticamente todo y cuidas menos tus gestos y tus palabras. Con Dios no podemos permitirnos ese comportamiento, aunque sea nuestro Padre. Dios es silencioso, Dios es Amor. Al Amor nos acercamos como a algo sagrado, dignamente, con respeto y adoración. Me resulta sorprendente el intento de entablar relaciones sensibles con lo divino en las que esté ausente la veneración.

El silencio que nos acerca a Dios es siempre un silencio respetuoso, un silencio de adoración, un silencio de amor filial. Nunca es un silencio banal.

Dios en nosotros y nosotros en Dios: solo el Amor es capaz de llevar a cabo de modo infalible ese proyecto. Jesús afirma más de una vez que Dios es una presencia abrasadora en lo más hondo de nosotros, una presencia real, la presencia fuera de la cual no podemos encontrarnos con nadie: «El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él» (*Jn* 6, 56).

San Pablo nos ofrece su propia experiencia interior, que parece traducir esta gracia concedida al hombre: «Con Cristo estoy crucificado: vivo, pero ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí. Y la vida que vivo ahora en la carne la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí. No anulo la gracia de Dios» (*Ga* 2, 19-21).

Después de su conversión también san Agustín descubrirá esa Presencia de Dios oculta en el fondo de los hombres. Sus *Confesiones* contienen estas espléndidas palabras: «¡Tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y he aquí que tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te andaba buscando; y,

deforme como era, me lanzaba sobre las bellezas de tus criaturas. Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo. Me retenían alejado de ti aquellas realidades que, si no estuviesen en ti, no serían».

En *Saint Grégoire le Grand: culture et expérience chrétiennes*, un libro de una erudición espléndida, monseñor Claude Dagens escribe: «Al convertirse, san Agustín realiza un doble descubrimiento. En primer lugar, comprende por qué hasta entonces ha vivido en el pecado: su error consistía en dejarse apartar de sí mismo, arrastrado por los deseos carnales, dominado por la exterioridad. Este camino no podía llevarle a Dios, porque –y este es el contenido de su segundo descubrimiento, complementario del primero– Dios es una realidad profundamente interior al hombre y, por lo tanto, el hombre solo puede encontrarle evitando salir de sí mismo, no cediendo a la fascinación de la exterioridad y volviéndose a la interioridad. San Gregorio Magno no tuvo una experiencia del pecado y de la conversión comparable a la de san Agustín. Por eso es aún más significativo constatar lo cerca que se halla su concepción del pecado de la del autor de las *Confesiones*: para ambos el alma vive en el pecado cuando sale de sí misma y se convierte en presa de las seducciones del mundo exterior, de esa generación malvada y adúltera. El camino que conduce a Dios es el de la interioridad».

La apostasía silenciosa de la que hablaba san Juan Pablo II se ha transformado en una apostasía militante. En nuestras sociedades relativistas ya nadie se considera pecador. La culpa y el arrepentimiento se han convertido en estados del alma traumatizantes de los que hay que liberarse para poder conservar una buena salud espiritual. Nos creemos víctimas de nuestra herencia, de nuestro entorno o de las circunstancias. Los hombres no quieren verse más que como personas frágiles y heridas. El pecado parece haber dejado de existir: el adulterio, el divorcio, el

concubinato no se deben considerar pecados graves: son fracasos o etapas en el camino hacia un ideal lejano. ¿A quién le preocupa la invasión del hedonismo y de la laxitud moral, del salvaje desprecio de la mujer, utilizada por la pornografía y la prostitución como objeto de placer? No obstante, «si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, fiel y justo es Él para perdonarnos los pecados y purificarnos de toda iniquidad. Si decimos que no hemos pecado, le hacemos mentiroso, y su palabra no está en nosotros» (1Jn 1, 8-10). ¿Por qué el mundo posthumanista no quiere reconocer el pecado? El pecado no es una realidad abstracta o una mancha en la ropa. Es el rechazo de la ley de Dios, la oposición a Dios. El pecado es la ruptura de una alianza, una degradación de nuestras relaciones personales con Dios. El pecado es una autodestrucción semejante al daño que se hace uno mismo consumiendo un veneno o una droga. No obstante, Dios no desea que destruyamos nada que sea importante para nosotros y para los demás: el pecado le desagrada y le hiere dolorosamente. Dios nos invita a la conversión y al rechazo radical del pecado. Si experimentamos una verdadera conversión del corazón, como la de san Pablo o san Agustín, podremos tocar literalmente la presencia silenciosa de Dios en nuestra vida. En las *Confesiones* san Agustín llama a esa presencia la Vida de su vida: «Cuando todo mi ser esté unido a ti, ya no habrá para mí dolor ni fatiga. Entonces mi vida, llena de ti, será la verdadera vida».

¿Cómo se puede vivir sin Dios? Su Presencia en nosotros es aterradora, destabilizadora, pero también vivificadora, dulce y pacificadora. Está lejos de nosotros debido a nuestros pecados y cerca de nosotros gracias a la misericordia infinita de Dios. Da miedo, porque nos quema y nos enciende como un fuego calcinador, pero nos abraza con ternura igual que un Padre.

—N. D. — *¿Cómo aprenden los monjes cartujos a domar el silencio, a superar los fracasos frente a un silencio que se hace imposible y, en definitiva, a no tener miedo de él?*

—D. D. L. — Comenzando por la última parte de su pregunta, yo diría que quien teme al silencio no se quedará mucho tiempo con nosotros. La inquietud no nace del silencio en sí, sino de lo que revela. Quien se retira a la cartuja para encontrarse con Dios, se encuentra primero con alguien inesperado: él mismo. La sorpresa no es demasiado agradable.

Supongamos que su habitación es bastante oscura y que no es usted precisamente aficionado al orden y a la escoba. Como se ve poco, la cosa no resulta demasiado molesta. De pronto un invitado tiene la nefasta idea de encender un foco muy potente. Entonces el espectáculo resulta un tanto vergonzoso... Cuando un aspirante viene a retirarse, salen a la luz muchos recuerdos. Llevaban mucho tiempo dentro de él, tapados por los ruidos de la vida. Al detenerse esos movimientos, ya no puede escapar de sus recuerdos; y comprende que el silencio y la soledad de la celda, que para él eran un espacio de reposo, son también un espacio de prueba donde tendrá que enfrentarse al combate más difícil: la batalla contra él mismo.

Se trata de domar la casa de fieras que habita en nosotros si queremos que estas acaben dejándonos algún día en silencio. El silencio exterior, el de la propia casa y el de los labios, forma parte del itinerario. Se halla estipulado en nuestros *Estatutos*. La sola experiencia de callar toca una cuerda invisible dentro de nosotros. El hecho de callarnos juntos contiene una dimensión muy rica, la expresión sensible de que todos queremos preservar el diálogo con Dios. Hay que respetar el silencio del otro. El aprendizaje de este aspecto exterior se lleva a cabo en el tiempo. Aprendemos a dotar al

silencio de significado.

Sin embargo, lo más difícil es el silencio interior. Los grandes ruidos del alma pueden desencadenarse en la celda, en la oración. Los juegos mentales, los pensamientos y las emociones se presentan alegremente para *distraernos* de nuestra oración: el significado etimológico de la palabra alude a un ruido que nos divide y nos separa. ¿Cuáles son esas distracciones? Si las observamos de cerca, comprobamos que siempre es un diálogo imaginario. Hablamos con otras personas de tal tema o de tal otro...

El silencio de los labios exige un poco de voluntad; prestar una atención interior, en el silencio, a lo que habita en nosotros requiere un largo esfuerzo, una verdadera doma, por retomar la expresión que ha utilizado usted.

El aprendizaje del silencio exige permanecer en presencia del Señor. No consiste en luchar contra nuestros pensamientos interiores, sino en volver incesantemente a Dios. Las distracciones son terribles porque no las vemos venir y, antes de que nos demos cuenta, nos han arrastrado con ellas. El movimiento de regreso a Dios en cuanto constatamos que nos hemos alejado revela que nuestra intención, que es estar con Él, no ha variado. Hay un componente de esfuerzo que se retoma indefinidamente y que consiste en dejarse atraer. Pero lo esencial lo aporta el Señor. Nosotros trabajamos una parte del jardín y los brotes los da Dios. Las palabras de Isaac de Nínive son muy acertadas: «Dios ha conducido a su siervo al desierto para hablarle al corazón; pero solo el que permanece a la escucha en el silencio percibe el soplo de la leve brisa en la que se manifiesta el Señor. Al principio hay que hacer un esfuerzo por callar; pero, si somos fieles, de nuestro silencio va naciendo poco a poco algo que nos atrae a un silencio mayor». Sabemos que ese *algo*, cuyos límites no sabría definir, es

Alguien que nos arrastra cada vez más hacia su misterio.

Cuando el monje se interna en las profundidades de la soledad y su deseo de estar con Dios es lo suficientemente intenso, el silencio se convierte realmente en un camino privilegiado.

—C. R. S. — El verdadero silencio, es decir, el silencio exterior e interior, la absoluta soledad de la imaginación, la memoria y la voluntad, nos sumerge en un entorno divino. Entonces todo nuestro ser pertenece a Dios.

No obstante, hay que reconocer que el silencio cuesta. Nos da miedo. Provoca en nosotros una conciencia mayor de nuestra impotencia y suscita un cierto temor a nuestro aislamiento frente al Dios invisible. El silencio suscita la angustia de enfrentarnos con las realidades desnudas que se encuentran en el fondo de nuestra alma. Nuestro templo interior suele ser tan feo que preferimos quedarnos fuera de nosotros mismos y ocultarnos en los artificios y los ruidos mundanos. Sin embargo, los momentos de silencio conducen indefectiblemente a decisiones profundas, a decisiones sin palabras, a una entrega de mi «yo» más íntimo. Las conversiones suceden silenciosamente y no con gestos espectaculares. El regreso a Dios, el repliegue en Él, esa entrega plena, esos momentos de intimidad con Dios siempre son misteriosos y secretos. Implican un silencio absoluto, una inmensa discreción. Creo que hay que ejercitarse mucho en el silencio.

En cuanto a mí, me inicié en el silencio durante mis primeros años de seminario, donde había tiempos de silencio obligatorios. Pero hay que asumirlos gozosamente, acogerlos como momentos preciosos y privilegiados para edificar nuestra vida interior. Sí, la vocación y la misión del sacerdote exigen mantenerse constantemente en presencia de un Dios silencioso cuyo corazón,

no obstante, vela, escucha y nos hace semejantes a Él para que podamos «ser conformes con la imagen de su Hijo, a fin de que Él sea el primogénito entre muchos hermanos» (Rm 8, 29). Durante este período de formación me di cuenta enseguida de que, si no existe una sólida disciplina centrada en el deseo de encontrar a Dios, el silencio cuesta y no hay nada que empuje a buscarlo con avidez. En realidad, el silencio es un ascensor que permite encontrar a Dios subiendo de piso en piso.

Los monasterios, y las cartujas en particular, son vías de acceso a Dios silenciosas y privilegiadas. Pero el silencio ha de modelar también las almas de los seminaristas y los sacerdotes.

—N. D. — *¿Se podría hablar entonces de una espiral del silencio?*

—D. D. L. — El hombre puede percibir esas espirales en toda relación amorosa que se va consolidando. Al principio la reina es la palabra: hay mucho que descubrir del otro. Con el tiempo va ganando terreno la presencia silenciosa. Basta con estar juntos, porque la mirada expresa más que las palabras. En la relación con Dios hallamos ese mismo movimiento: como toda relación, posee su historia, su desarrollo. En el texto que acabo de citar, Isaac de Nínive lo expresaba así: «Poco a poco algo nos atrae a un silencio mayor», lo cual implica una nueva forma de relación. Ocurre igual que con un libro: para descubrir la página siguiente, hay que volver —hay que ocultar y, de alguna manera, abandonar— la anterior.

Con Dios ese movimiento no tiene fin, porque Él es infinito. Poco a poco, la intimidad divina que nos colmaba va cediendo terreno a la insatisfacción: escuchamos como una llamada a ir más lejos, aunque ignoramos en qué dirección. Es como si el Señor no acudiera a la cita; o, para ser más exactos, somos nosotros quienes

no acudimos a la cita: nos hemos quedado en el mismo sitio, mientras que Dios ha avanzado. En ese momento hay que abandonar algo para emprender la escucha de las señales que Él nos ofrece, igual que el niño que se pierde en el bosque escucha en absoluto silencio para poder percibir una voz que le indique qué dirección tomar.

En un hermoso texto sobre la oración del corazón, dom André Poisson cuenta cómo, antes de entrar en la cartuja, había encontrado «una pequeña fuente que creaba entre mi corazón y Dios un vínculo infinitamente profundo y real». Y un buen día, mucho tiempo después, le asaltaron las dudas y se dio cuenta de que esa pequeña fuente no era Dios, ya que solo de Él tenía sed. Dom André comprendió que debía abandonar la fuente que tanto apreciaba para «hallar el medio, la actitud del corazón que me permitiera abrir la puerta directamente a Aquel que tanto tiempo llevaba llamando a ella en vano, porque en mi oración me centraba ante todo en mí mismo». La pequeña fuente de dom André era sin duda algo bueno y valioso, pero solo temporalmente: no debía detenerse en ella. Igual que el paseante que descubre un paisaje espléndido y se detiene para disfrutar de él pausadamente: aun así, llega un momento en que tiene que reanudar la marcha hacia nuevas sorpresas aún más bellas.

Esa es la razón de las alternancias que se presentan como una espiral. Para descubrir una nueva relación, un nuevo lenguaje, el que nos resulta conocido tiene que callar. Hacen falta mucho silencio y mucha atención para descubrir una música nueva a la que no estamos acostumbrados.

El mayor obstáculo suele residir en nuestra tendencia a seguir en el mismo sitio mientras contamos con un sistema que funciona. A nuestro corazón, habituado a una relación determinada con Dios,

le repugna cambiar para crear una nueva relación; el Señor, sin embargo, está impaciente por avanzar. Y se adelanta para obligarnos a reanudar la marcha.

—N. D. – *El Dios cristiano es un Dios oculto. Este es uno de los grandes misterios del modo en que la Providencia gobierna el mundo. No obstante, ese célebre Deus absconditus es uno de los aspectos de la vida en esta tierra que impide creer.*

—D. D. L. – A este respecto conviene citar la frase de san Pablo: «la expectación ansiosa de la creación anhela la manifestación de los hijos de Dios» (Rm 8, 19). Aún ignoramos lo que somos, lo que seremos.

En la marcha diaria del mundo, el silencio de Dios es un fenómeno estremecedor. ¿Cómo se puede comprender el sentido de esa ausencia? Sin duda, es más fácil entenderlo en nuestra vida personal.

El hombre, en cuanto criatura, está marcado por un egocentrismo ontológico. El niño que nace solamente tiene conciencia de sí mismo. Al principio percibe a la madre como una extensión de su propia persona. ¡Todos hemos empezado siendo solipsistas! Progresivamente, decepción tras decepción, el niño acaba comprendiendo que su madre es otra persona. Varias etapas y el paso de los años acabarán conduciéndolo a un amor primero interesado y finalmente entregado.

Paralelamente, en el orden de la vida espiritual tenemos por delante un largo camino. Hay que pasar del egocentrismo absoluto al amor oblativo, totalmente descentralizado de uno mismo, a semejanza del inmenso amor de Dios. Ese es el trayecto de la criatura más pequeña hacia el infinito del Cielo... Una evolución

parecida requeriría asimismo mucho tiempo. Pero es como si Dios tuviera prisa. Por eso, no nos debe extrañar que ese curso acelerado sea algo rudo. ¡La vida es muy corta y el trayecto considerable! Vista desde la eternidad, nuestra vida es solo un breve instante. Eso no impide la sensación de que el tiempo se alarga, sobre todo cuando se sufre. No perdamos de vista esta diferencia, que nos ayudará a comprender. Cuando estemos del lado de Dios, nuestra mirada será la misma que la suya. Así lo explica Jesús: la mujer, cuando va a dar a luz, está triste porque ha llegado su hora. Pero, una vez que ha dado a luz un niño, ya no se acuerda del sufrimiento por la alegría de que ha nacido un hombre en el mundo (*Jn 16, 21*).

En este mundo contamos con una oportunidad única de amar a Dios cuando aún escapa a nuestra mirada y a nuestros oídos. La fe no se da en la luz, porque el deslumbramiento se reserva para la eternidad. Pero, llegado el tiempo en que Él se revele plenamente, nuestra alegría será eterna por haberle amado sin verle. Jesús dijo a sus discípulos: «Vosotros sois los que habéis permanecido junto a mí en mis tribulaciones. Por eso yo os preparo un Reino como mi Padre me lo preparó a mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi Reino, y os sentéis sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel» (*Lc 22, 28-30*). Y en cuanto a él mismo, «¿no era preciso que Cristo padeciera estas cosas y así entrara en su gloria?» (*Lc 24, 26*). Lo mismo ocurre con los hombres invitados a seguirle tomando su Cruz.

Esa Cruz puede ser pesada y terrible, pero san Pablo nos recuerda que «fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados por encima de vuestras fuerzas» (*1Co 10, 13*).

Seamos humildes cuando hablamos del sufrimiento ajeno. Solo quien ha sufrido de verdad tiene derecho a hablar. En *Le Heurtoir*, Paul Claudel escribió: «Dios no ha venido a suprimir el

sufrimiento. Ni siquiera a explicarlo. Ha venido a llenarlo de su presencia». Yo añadiría: ha venido a compartirlo; y este misterio, grabado en el cuerpo resucitado de Jesús, nunca dejará de ser una fuente de alegría y asombro. Como dice el salmo 116: «¿cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha dado?».

—C. R. S. – Comparto la visión de dom Dysmas. El amor verdadero no tiene por qué ser visible. Dios es el Amor verdadero. Es un fuego devorador que no puede extinguirse: tanta es la pasión con que nos ama en el misterio de la Cruz. Es *Deus absconditus*, Dios invisible y oculto. Y, al mismo tiempo, se ha hecho visible en su Hijo, por quien «hizo también el universo. Él, que es resplandor de su gloria e impronta de su sustancia y que sustenta todas las cosas con su palabra poderosa» (*Hb* 1, 2-3). Dios está cerca de nosotros. En nuestras sociedades materialistas creemos que lo real tiene que ser tangible e inmediato. Pero el amor de Dios aparece velado en el silencio, en el dolor, en la muerte, en la carne torturada y destrozada de Jesús, que agoniza en la Cruz.

Al profeta Elías le habría gustado ver el rostro de Dios. Ese es también el deseo, la inquietud religiosa más hondamente arraigada en el corazón de cada hombre. Pero no podemos ver a Dios sin morir de miedo, de estupor y de asombro. Aun así, Él no sería capaz de dejar insatisfecho un deseo humano tan intenso. Como dice la carta a los hebreos, al llegar la plenitud de los tiempos, Dios se ocultó tras el rostro de un niño. La majestad eligió la vulnerabilidad. El Dios Infinito aceptó la Cruz y la peor humillación porque el anonadamiento es la expresión del amor.

Al hombre le gustaría aprehender a Dios de un modo inmediato. Pero el Padre se halla oculto tras un velo y solo podremos esclarecer el misterio después de morir.

Con su silencio Dios quiere permitir que trascendamos el mero amor humano para comprender el amor divino.

—N. D. – *¿Cómo entiende el cartujo el misterio insondable del silencio de Dios frente a las atrocidades que se cometen a diario ante nuestros ojos? En Irak y en Siria hay niños mutilados, violados, vendidos, reducidos a la esclavitud, crucificados... ¿y Dios no dice nada? La política de exterminio del Estado islámico azota a los cristianos de Oriente y el Dios del amor parece ausente.*

—D. D. L. –¿Me permite hacer una introducción a este tema? El actual genocidio de los niños trisómicos en Occidente no es menos dramático, y no estoy seguro de que sea menos bárbaro: simplemente, es menos visible. En circunstancias como estas, que atañen tanto a Oriente como a Occidente, creo que deberíamos meditar el libro de Job. Convencido de estar en su derecho, Job llega a pedir el juicio de Dios. ¿Y qué responde Él? Se limita a decirle a Job que es incapaz de comprender y, aun así, comparte su rebelión y le da la razón. Estas son las palabras que dirige a sus amigos al final del libro: «No habéis hablado con rectitud, como mi siervo Job» (*Jb 42, 8*).

Job no puede entender los planes de Dios porque aún no se ha recibido la clave esencial, la vida eterna. Hasta lo peor llegará a su fin una vez estemos del lado del Reino de Dios. Fíjese en los emigrantes: están dispuestos a afrontar riesgos formidables con la débil esperanza de encontrar una vida mejor en Europa durante unos cuantos años. Dios, nuestro Padre, nos tiene preparada una vida infinitamente mejor e ilimitada. Lo que le falta al hombre es poder imaginar la eternidad, la plenitud sin fin que aporta la total comunión con Dios, esa tierra donde se encarnará la justicia que los profetas han intentado describir.

El silencio de Dios no puede comprenderse sin la perspectiva de la vida eterna. El tiempo de Dios es distinto del nuestro: para Él, «un día es como mil años» (2P 3, 8). Nos deja sufrir brevemente antes de salvarnos para toda una vida. ¿Quién se quejaría del cirujano que, con una operación dolorosa de dos horas, curara a un enfermo para siempre? ¡Tendría la consulta abarrotada! Antes de entrar en el Carmelo, santa Teresa del Niño Jesús leyó las conferencias sobre la vida eterna del abad Arminjon. Y hubo unas palabras que la conmovieron. Decía el abad que, una vez que el alma dejara esta vida, el Señor le diría: «¡Ahora me toca a mí! Durante tu vida en la tierra me has dado cuanto has podido por amor; ahora me toca a mí dar, infinitamente y para toda la eternidad». Esto ha dicho Jesús: «En verdad os digo que no hay nadie que haya dejado casa, hermanos o hermanas, madre o padre, o hijos o campos por mí y por el Evangelio, que no reciba en este mundo cien veces más en casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y campos, con persecuciones; y, en el siglo venidero, la vida eterna» (Mc 10, 29-30).

Así es como hemos de comprender el silencio de Dios, que no reviste un sentido definitivo. Durante unas cuantas horas guarda silencio y deja el mundo en nuestras manos. Pero llegará el día en que haga «nuevas todas las cosas» (Ap 21, 5).

Incluso del mal, Dios es capaz de obtener los mayores bienes. Todo lo que Él permite tiene un sentido. Esta es la pregunta que le planteó Jesús a la mística Juliana de Norwich, a quien tanto le gustaba hablar de la cortesía, la amabilidad, la sencillez, la modestia de Dios, y que una noche tuvo quince visiones que nunca dejó de meditar: «¿Cuál es el mayor pecado que ha existido jamás en este mundo sino el de Adán?». Y añadió estas extraordinarias palabras: «Puesto que yo he trocado en bien el mayor de los males, es mi voluntad que sepáis que transformaré en bien todo mal menor

que aquel». Para consolarla le decía: «Tú misma verás que todo acabará bien». La ermitaña concluía así: «Con estas palabras nuestro Señor quería decir: “Acéptalo ahora en fe y confianza, y al final lo verás realmente en la plenitud de la alegría”».

En definitiva, nosotros somos un poco como Job. Sabemos que la vida eterna existe, pero no tenemos experiencia de ella. Y seguimos revolcándonos en el mal de esta tierra. Como hizo Pascal, hemos de apostar por la eternidad. Jesús no dijo demasiadas cosas que nos permitan imaginar la vida eterna, pero contamos con una certeza: «Cuanto hay de verdadero, de honorable, de justo, de íntegro, de amable y de encomiable; todo lo que sea virtuoso y digno de alabanza» (*Flp* 4, 8), y también todo lo que es bello, llegará a su cumplimiento y alcanzará su plenitud, y no será destruido.

—C. R. S. — Muchas veces nos rebelamos frente a acontecimientos difícilmente soportables. Dios da la impresión de estar dormido, de no defender a sus hijos más débiles. Somos incapaces de entender su manera de ocuparse de los pobres. Dios quiere que ese sufrimiento contribuya, como la muerte de Cristo, a la salvación del mundo. En realidad, una tierra sin Dios es un mundo lleno de crueldad que hace correr ríos de sangre; todos los cielos y todas las épocas de la historia han contemplado su repetida barbarie.

Recordemos Auschwitz. En el campo de concentración había una prisión espantosa, el famoso búnker del hambre, el búnker de una muerte lenta y visible. En esa celda subterránea murió Maximiliano Kolbe después de una larga y horrible agonía. Solo le rodeaban la tortura, la barbarie, el sufrimiento y la miseria. Fuera había un patio en el que asesinaron a cerca de veinte mil hombres; al lado, el *hospital*, donde se practicaba la vivisección de seres

humanos; y, al final de una avenida, el horno crematorio. No obstante, en el corazón del padre Maximiliano Kolbe reinaban la alegría y esa paz que Cristo prometió conceder a sus discípulos y a quienes siguen su ejemplo muriendo en la Cruz, como Él, para que otros vivan. En circunstancias parecidas, santo Tomás Moro, preso –y más tarde ejecutado– en la Torre de Londres, oraba así: «La pérdida de los bienes temporales, de los amigos, de la libertad, de la vida y de cualquier otra cosa no es nada si consideramos la riqueza que es Cristo».

Podríamos recordar también a los siete monjes asesinados en 1996 en Tibhirine, en Argelia. Su vocación consistía únicamente en orar y servir a Dios y a sus hermanos. Todas estas muertes participan de la muerte de Cristo por la salvación del mundo.

Hoy en día son muchos los que padecen un martirio incruento cuando intentan vivir su fe en medio de un mundo cada vez más ateo, hedonista, indiferente e incluso hostil a Dios. No hay que temer el rechazo del mundo: ese odio creciente debe alegrarnos. Eso es lo que prometió Jesús: «Acordaos de las palabras que os he dicho: no es el siervo más que su Señor. Si me han perseguido a mí, también a vosotros os perseguirán. Si han guardado mi doctrina, también guardarán la vuestra. Pero os harán todas estas cosas a causa de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado» (*Jn* 15, 20-21). Cuando la fe cristiana sufre persecución, se fortalece.

No cabe duda de que las decisiones de Dios nunca dejarán de sorprendernos. El hombre no puede entender de primeras el bien que Dios quiere para él mientras está pasando por las pruebas más terribles.

Solo los ojos de la fe pueden permitirnos continuar avanzando hacia Dios. Nadie sabe si Dios no nos concederá a los cristianos de Oriente –cuando Él así lo quiera– una espléndida primavera...

Nuestros ojos humanos son demasiado débiles y están demasiado enfermos para comprender la economía del Cielo.

—D. D. L. – Solo me gustaría recordar una historia. Un número de la revista *Cahiers sur l'Oraison* recoge la nota escrita por un judío en un pedacito de papel antes de dirigirse a la cámara de gas: «Señor, acuérdate también de los hombres de mala voluntad, pero no te acuerdes de su crueldad. Acuérdate de los frutos que hemos dado gracias a lo que han hecho. Y haz, Señor, que los frutos que hemos dado sean algún día su redención».

Deberíamos meditar la grandeza de este mensaje, revelador de que el Espíritu Santo no dejó de actuar en medio del horror de los campos. En el libro de Daniel, Dios no impide que los tres jóvenes sean arrojados al horno, pero sí vela por ellos, pues el ángel del Señor desciende hasta allí para acompañarlos. Esta historia contiene un símbolo. Dios no nos evita la prueba; pero, como nos dice en el salmo 90 (15-16), «con él estaré en la tribulación, lo libraré y lo glorificaré. Le saciaré de muchos días y le haré ver mi salvación».

—C. R. S. – Es urgente que el mundo moderno recupere una mirada de fe; si no, la humanidad se precipita a su perdición. La Iglesia no puede acuartelarse en una visión meramente social. La caridad tiene un sentido espiritual. La caridad guarda una estrecha relación con el silencio de Dios.

Dios posee un plan de salvación para el mundo y los hombres deben procurar comprender cada vez mejor su mirada. Hemos de desear unirnos a Él en su silencio.

—N. D. – *Reverendo Padre, cuando preparábamos esta*

entrevista, me decía usted: «Como ocurre con toda cuestión importante, cuanto más reflexionamos sobre el silencio, menos comprendemos. ¿Quién ha comprendido alguna vez el amor?». ¿Suscribe usted esta dura observación llena de esperanza, Eminencia?

—C. R. S. — ¿Quién puede comprender a Dios? ¿Quién puede penetrar en su silencio y entender su misterio y su fecundidad? Podemos reflexionar sobre el silencio para acercarnos a Dios, pero llegará un momento en que nuestro pensamiento no será capaz de progresar. Como en todas las cuestiones relativas a Dios, hay un estadio en el que la búsqueda no puede avanzar más. Lo único que queda por hacer es alzar los ojos, tender las manos hacia Dios, orar en silencio a la espera del amanecer.

El silencio forma parte de esos interrogantes que nos demuestran que existe un misterio antes del misterio.

El silencio es la condición para abrirse a las grandes respuestas que obtendremos después de morir. Nos gustaría que Dios hablara durante nuestro paso por este mundo. Pero por el momento vivimos en la noche orando en silencio. Llegará un día en que lo entenderemos todo. Aquí abajo hemos de buscar sin hacer ruido. Sé que el silencio de Dios escapa constantemente a la impaciencia del hombre. Hoy más que nunca el hombre alimenta una especie de relación compulsiva con el tiempo.

—D. D. L. — Cuando estaba en el noviciado, el padre maestro me dio a leer *Los misterios del cristianismo*, de Matthias Joseph Scheeben. Al final de cada capítulo, el teólogo se cuidaba de subrayar que era poco lo que habíamos comprendido y que la mayor parte seguía fuera de nuestro alcance. Tenía razón: cuanto más estudiamos un misterio, más comprendemos que no

comprendemos, lo cual acrecienta nuestra admiración.

Es una suerte que se nos escapen tantas cosas: nos queda un infinito por descubrir. Las realidades más conocidas están llenas de misterio. Cuanto más avanza la ciencia, por ejemplo, menos entiende la materia. Solo quien no ha reflexionado sobre el tiempo cree saber lo que es. ¿Quién puede pensar que somos capaces de averiguar el sentido del actuar de Dios en este mundo?

La contemplación se alimenta sobre todo de lo que no comprendemos. En la meditación el hombre intenta entender un poco del misterio; en la contemplación se maravilla y se abandona al amor de Dios que nos supera.

«Si lo comprendes, no es Dios», escribe san Agustín (*Sermón* 117). En la fe la falta de comprensión es fundamental; lejos de ser una frustración, nos permite soñar. Se abre un espacio abismal y nuestro silencio se desliza en esa espera.

—*N. D.* — *¿Por qué es tan importante el silencio para la Iglesia?*

—*C. R. S.* — Si el hombre busca a Dios y quiere encontrarle, si desea una vida de unión más íntima con Él, el silencio es el camino más directo y el medio más natural para lograrlo. El silencio es fundamental: permite a la Iglesia pisar sobre las huellas de Jesús, imitando los treinta años de silencio en Nazaret, los cuarenta días y las cuarenta noches de ayuno y de diálogo íntimo con el Padre en la soledad y el silencio del desierto. Con la misma actitud de Jesús frente a las exigencias de la voluntad de su Padre, la Iglesia debe buscar el silencio para penetrar cada vez con mayor hondura en el misterio de Cristo. La Iglesia tiene que ser el reflejo de la luz que emana de Cristo. Y la luz de Cristo destella, resplandece, ilumina

en silencio, y la noche ensordecedora del pecado no puede detenerla; por eso dice san Juan: «La luz brilla en las tinieblas y las tinieblas no la han podido apagar».

La luz no hace ruido. Si queremos acercarnos a esa fuente de luz, debemos adoptar una actitud de contemplación y silencio.

Para reflejar el resplandor de Cristo los cristianos tienen que parecerse al Hijo de Dios. Ese resplandor luminoso siempre es discreto.

La verdadera naturaleza de la Iglesia no reside en lo que hace, sino en lo que testimonia. El silencio se encuentra allí donde está lo profundo y lo misterioso. Cristo nos pide que seamos luz. No nos insta a conquistar el mundo, sino a mostrar a los hombres el camino, la verdad y la vida. Nos pide que seamos testigos silenciosos pero convincentes de su Amor.

El silencio es el espacio donde acogemos los misterios. ¿Por qué se celebra en silencio la semana santa? La respuesta es sencilla: debemos entrar en la Pasión para configurarnos con Cristo, participar de sus padecimientos, asemejarnos a Él en su muerte para alcanzar la resurrección de entre los muertos (*Flp 3, 10*). El profundo silencio del sábado santo no es un momento de tristeza: es el momento de sepultarnos junto a Jesús y contemplar el misterio que la razón no puede penetrar sin ayuda de Aquel que sondea los corazones y sabe cuál es el deseo del Espíritu (*Rm 8, 27*). Conducida por el Espíritu Santo, la Iglesia tiene la misión de educar en el silencio, porque la vida en el silencio no existe sin una vida plenamente guiada por el Espíritu.

Nunca olvidaré a los misioneros espiritano a los que veía pasar horas y horas en oración en el silencio de la iglesia de mi poblado de Ourous. Eran totalmente fieles a las enseñanzas de Cristo. Se

retiraban al desierto interior de su corazón para estar con Dios. He sido muy afortunado al tener a esos hombres como modelo.

A los niños se les debe iniciar en el silencio. Los jóvenes que van a recibir el cuerpo de Cristo por primera vez tienen que prepararse apartándose del mundo unos días, marchar a un lugar desierto donde disponerse en silencio al encuentro con Dios.

Sin el silencio la Iglesia traiciona su vocación. Me temo que muchas veces la reforma de la liturgia, sobre todo en África, ha dado pie a fiestas ruidosas meramente humanas que no responden en absoluto a la voluntad del Hijo de Dios expresada durante la Última Cena. No se trata de frenar la alegría de los fieles, pero cada cosa tiene su momento. La liturgia no es lugar para festejos humanos, ni para las pasiones, ni para retahílas de palabras disonantes, sino para la sola adoración.

Hoy el ruido invade demasiadas facetas de la vida de los hombres. La Iglesia cometería un grave error si añadiera más ruido al ruido. El amor no tiene necesidad de palabras.

—D. D. L. — Mi humilde experiencia de cartujo me lleva a decir que la Iglesia no debe perder el sentido de lo sagrado. Si abandonamos el misterio, perdemos el Infinito. Como dice Qohélet, hay «tiempo de callar y tiempo de hablar» (Qo 3, 7). La Iglesia tiene la imperiosa obligación de llevar el misterio de Dios a los hombres. La palabra que traslada ese mensaje debe penetrar antes en quien la dice para hacerla totalmente suya. La *lectio divina*, la escucha de la Palabra de Dios que ha estado siempre en el corazón de la vida monástica, es el tiempo de la palabra, el tiempo del corazón que escucha, que recibe, que se deja empapar. Es también el tiempo del silencio que nos ronda para dejar que la Palabra penetre hasta el fondo del ser y se haga verdaderamente nuestra. Si

corremos demasiado, la huella será superficial o se borrará. No es misión de los cartujos predicar y yo no tengo demasiada experiencia en ese terreno; pero nadie pone en duda que una palabra que procede del corazón y que ha sido hondamente vivida por quien la transmite penetrará más hondo en aquel que la escucha.

En el célebre texto *La escala de los monjes*, Guigo II, duodécimo prior de la Gran Cartuja, enseña cuáles son las etapas de esa penetración, que comienza con la lectura y continúa con la meditación: esta inicia el encuentro de corazón a corazón con Dios y abre a la contemplación. ¿Cómo no guardar silencio frente a un Dios hecho hombre? La lectura, el estudio, la meditación: estas primeras etapas desembocan finalmente en el silencio, donde ya no trabajamos nosotros: lo importante es dejar trabajar al Espíritu para que nos explique el misterio que nuestra inteligencia es incapaz de comprender. El Espíritu tiene el poder de hacernos enteramente suyos gracias al amor que suscita en nosotros.

Para mí el silencio en la vida de la Iglesia va ligado al misterio y a la delicadeza de la voz divina. Para escucharla hay que aguzar el oído, porque el Espíritu Santo no habla alto, como no lo hacen tampoco Jesús ni su Padre. Una vez que el Verbo se hizo hombre y se instaló en Nazaret, pasaron treinta años sin que los nazarenos lo advirtieran. Así pues, hacen falta tiempo y silencio para discernir las voces del Cielo, discretas e infinitamente respetuosas.

—C. R. S. — El misterio es el Infinito que viene al encuentro de lo finito. Cuando contemplamos la vida de Jesús, nos impresionan su discreción y su silencio. La Iglesia debe seguir el mensaje y el modo de actuar de Cristo: tiene que dar testimonio con su vida y ser parca en palabras.

Si nos limitamos a darle vueltas a lo que piensa cada uno, nos

alejamos del misterio: la Iglesia corre el peligro de no fundamentarse sobre una sola fe, sino sobre opiniones cambiantes y relativas.

Los grandes santos hablan poco y, sin embargo, son los mejores mensajeros de la Iglesia. Los mártires no respondían a los ataques defendiéndose, sino callando. Viven una vida escondida con Cristo en Dios (*Col 3, 3*). Los éxitos, los elogios, las persecuciones o la muerte carecen de importancia. En esa estela que han dejado los santos san Bruno es un ejemplo perfecto.

Naturalmente, cuando la barbarie se ensaña y emplea los medios más refinados para destruir la moral, la familia y el misterio, hay que hablar alto y claro. Los hijos de Dios tienen que saber elegir su momento, sus palabras, las armas de la fe y la caridad. Los nobles combates aborrecen la vulgaridad y el parloteo inútil. Para proclamar la verdad bastan unas cuantas frases. Hoy día la crisis del mundo moderno y sus siniestras repercusiones en la Iglesia y en sus jerarquías responsables no impiden que la vida cristiana se desarrolle, que la fe se consolide, se reafirme y se propague. La Iglesia continúa evangelizando pese a unos poderes y a tantos medios financieros y técnicos cada vez más invasivos que se esfuerzan encarnizadamente por acabar con la religión, la moral, la familia, el matrimonio y los valores humanos, espirituales y éticos fundamentales. La Iglesia vive hoy pruebas externas e internas sin parangón. Es como si un terremoto quisiera destruir sus cimientos doctrinales y su enseñanza moral multiseccular.

La propia humanidad se ha impuesto siempre unas normas éticas exigentes, prohibiciones y leyes imperativas que impiden al hombre ceder a impulsos fugaces y le ayudan a asegurar una mayor calidad personal y social, que es el resultado de esfuerzos necesariamente prolongados y con frecuencia exigentes y duros. En

los países tradicionalmente cristianos la Iglesia se ve violentamente sacudida por una apostasía generalizada. Es víctima de la infidelidad de los traidores que la abandonan y la prostituyen. No obstante, para la Iglesia esta inestabilidad universal que afecta al mundo, a la fe y a los creyentes debe ser una ocasión privilegiada para confesar a Dios (*Mt 10, 32-33*) con claridad, con fuerza y con firmeza, proclamando el Evangelio de Jesucristo. Hay que fortalecer en cada fiel cristiano el amor de Dios, resucitar la solidez de la fe católica, proclamar la coherencia de la Iglesia en medio de un mundo totalmente desquiciado y bajo amenaza de ruina.

—*N. D.* – *¿Cuál es el vínculo entre el silencio y la humildad?*

—*D. D. L.* – Cuando se trata de Dios, el misterio está por todas partes. El propio hombre es misterio, porque ha sido hecho a imagen de Dios. La creación es misterio, porque Dios lo es todo y fuera de Él no puede existir nada. El primer versículo de la Biblia nos permite afirmar que Dios ha creado el mundo, pero no podemos explicarlo.

Ante el misterio, ante lo que es demasiado grande, demasiado hermoso para ser capaces de entenderlo, podemos guardar un silencio de asombro. En su libro *Face à Dieu: la prière selon un chartreux*, Augustin Guillerand escribía con elocuencia: «Para encontrar la humildad es mejor mirarle a Él que mirarse a uno mismo».

No puedo ofrecer una respuesta mejor que esta a su pregunta.

—*C. R. S.* – Delante de Dios solo se puede ser humilde y silencioso. De hecho, Él es el gran misterio que hemos de meditar. Ante Dios somos como poceros: cavamos sin descanso para

intentar dar con el agua. Si descendemos a la fuente divina, encontraremos los pozos de donde brotan nuestra dignidad y nuestro propio misterio. Pero solo podremos penetrar en el secreto de nuestras conciencias en un estado de perfección radical. Esta es la maravillosa experiencia que vivió san Agustín, quien escribe en las *Confesiones*: «Nosotros estamos fuera, somos extranjeros para nosotros mismos y solo podemos llegar hasta nosotros mismos estando totalmente abiertos a Dios». Debemos intensificar nuestra búsqueda del silencio caminando por los senderos de la humildad. San Pedro nos exhorta así: «Revestíos de humildad en el trato mutuo, porque Dios resiste a los soberbios y a los humildes da la gracia. Humillaos, pues, bajo la mano poderosa de Dios» (1P 5, 5-6).

La humildad de los cartujos demuestra que el silencio es una escuela de mansedumbre, de sabiduría y abandono: ellos descansan humildes y confiados en las manos de Dios. Los hijos de san Bruno son un magnífico modelo. «Si procuras la sabiduría como la plata y la buscas como a los tesoros» (Pr 2, 4), revístete de humildad y de silencio; desciende, como el pocero a los pozos y los mineros a la mina, con tu mono de trabajo. Solo nos encontramos a nosotros mismos volviendo humildemente al *humus* de nuestros orígenes. Eso es también lo que nos lleva a postrarnos cuando, arrojando al suelo las coronas de nuestro orgullo y nuestras pretensiones, caemos de rodillas ante el trono del Cordero para adorarle (Ap 4, 1-11; 5, 6-14; 7, 9-17; 8, 1-5; 11, 15-18; 14, 1-5; 19, 1-4).

—N. D. – *¿Qué lugar puede ocupar el silencio en la liturgia?*

—D. D. L. – La adoración tiene que ser el centro de la liturgia. Esta actitud del corazón no se expresa tanto con las palabras como con la postura, los gestos o el silencio. Una genuflexión bien hecha habla por sí sola. Si se retiran todos los signos expresivos de la

adoración, primero desaparecerá la propia actitud y, después, el sentido de lo sagrado. Arrodillarse, besar el suelo como hacemos en las cartujas durante el ángelus, llevar el cáliz al ofertorio con el paño de hombros –algo característico de nuestra liturgia–: todos estos gestos conllevan su propio significado.

En nuestros monasterios contamos con un signo tan hermoso como es la postración. Antes de la misa el sacerdote se postra en el presbiterio: se tumba en el suelo, ligeramente recogido sobre sí mismo. Después de la consagración toda la comunidad hace lo mismo. Y luego, durante la acción de gracias, que se prolonga varios minutos en silencio, podemos elegir entre postrarnos o seguir sentados. Así es como los cartujos muestran la rendición de todo su ser ante los santos misterios.

Para manifestar la fe en el misterio de la presencia real de Jesús, el Verbo Eterno, en la Eucaristía, la postración vale más que cualquier discurso.

—C. R. S. — Permítanme decir que me parece esencial que los cartujos conserven este espléndido gesto de sometimiento y disponibilidad ante Dios, de humildad y de adoración silenciosa. Hoy en día la liturgia muestra cierta secularización que apunta a la desaparición del signo litúrgico por excelencia: el silencio. Hay quienes intentan eliminar por todos los medios los gestos de la postración o la genuflexión ante la Majestad divina, cuando en realidad se trata de gestos cristianos de adoración, de santo temor de Dios, de veneración y de un amor respetuoso. Son los gestos de la liturgia del Cielo: «Y todos los ángeles estaban de pie alrededor del trono, de los ancianos y de los cuatro seres vivos, y cayeron sobre sus rostros ante el trono y adoraron a Dios» (*Ap* 7, 11). «Entremos en su morada, postrémonos ante el estrado de sus pies» (*Sal* 132, 7). «Venid, adoremos y postrémonos, pongámonos de

hijos ante el Señor, nuestro Hacedor. Pues Él es nuestro Dios» (Sal 95, 6-7).

Me parece lamentable que haya conferencias episcopales o sacerdotes que, por motivos de inculturación, decidan suprimir estos gestos celestiales y reemplazarlos por gestos de cortesía o usos culturales. ¿Por qué nos resistimos siempre a la voluntad y a los modos de hacer de Dios para aferrarnos a nuestras costumbres?

Yo soy africano. Déjenme decirlo claramente: la liturgia no es el lugar para promover mi cultura. Al contrario: es el lugar donde mi cultura ha recibido el bautismo, donde se eleva a la altura de lo divino. A través de la liturgia de la Iglesia (que los misioneros han llevado al mundo entero), Dios nos habla, nos transforma y nos permite participar de su vida divina. Cuando alguien se hace cristiano, cuando alguien entra en comunión plena con la Iglesia católica, recibe algo más, algo que le cambia. Es cierto que las culturas y los nuevos cristianos aportan riqueza a la Iglesia: prueba de ello es la liturgia de los ordinariatos para los anglicanos en plena comunión con la Iglesia católica. Pero aportan esa riqueza con humildad; y la Iglesia, con su maternal sabiduría, la utiliza si la considera adecuada.

Por eso considero oportuno precisar qué se entiende por inculturación. Cuando entendemos realmente el significado del término conocimiento como el hecho de penetrar en el misterio de Jesucristo, nos hacemos con la clave de la inculturación, que no se puede identificar con la conquista o la reivindicación de la legitimación de una africanización, o una latinoamericanización, o una asianización que sustituyan la occidentalización del cristianismo. La inculturación no consiste en canonizar una cultura local, ni en instalarse en esa cultura a riesgo de absolutizarla. La inculturación es una irrupción y una epifanía del Señor en lo más

íntimo de nuestro ser. Y la irrupción del Señor en una vida provoca en el hombre una desestabilización, un desarraigo que precede a un recorrido basado en nuevas referencias, las cuales generan una cultura nueva, portadora de una Buena Nueva para el hombre y su dignidad de hijo de Dios. Cuando el Evangelio entra en una vida, la desestabiliza, la transforma. La dota de una nueva orientación, de nuevas referencias morales y éticas. Vuelve el corazón del hombre hacia Dios y hacia el prójimo para amarlos y servirles plenamente y sin cálculos. Cuando Jesús entra en una vida, la transfigura, la diviniza con la Luz deslumbrante de su Rostro, como le ocurrió a san Pablo camino de Damasco (*Hch* 9, 5-6). La inculturación es una auténtica kénosis silenciosa, un anonadamiento, un sometimiento obediente y humilde a la voluntad del Padre y a los santos misterios cristianos que celebramos por Jesucristo, con Él y en Él.

En efecto, del mismo modo que, a través de la Encarnación, el Verbo de Dios se hizo semejante a los hombres en todo menos en el pecado (*Hb* 4, 15), así el Evangelio asume todos los valores humanos y culturales, pero se niega a encarnarse en las estructuras de pecado. Cuanto más abunda el pecado individual y colectivo en una comunidad humana o eclesial, menor es el espacio para la inculturación. Y al contrario: cuanto más brilla la santidad y resplandecen los valores evangélicos de una comunidad cristiana, más posibilidades tiene de lograr la inculturación del mensaje cristiano. La inculturación de la fe es, por lo tanto, un reto de santidad. Permite verificar el grado de santidad y el nivel de penetración del Evangelio y de la fe en Jesucristo en una comunidad cristiana. No se trata, pues, de un folklore religioso.

Tampoco se materializa esencialmente en el empleo –en la liturgia y los sacramento– de lenguas locales, instrumentos y música latinoamericana, bailes africanos o ritos y símbolos africanos o asiáticos. La inculturación es Dios que desciende y

entra en la vida, en las conductas morales, en las culturas y costumbres de los hombres para liberarlos del pecado e introducirlos en la vida trinitaria. Es cierto que, para transmitirse, la fe necesita una cultura: por eso san Juan Pablo II afirmaba que una fe que no se transforma en cultura es una fe moribunda: «La inculturación, en su recto proceso, debe estar dirigida por dos principios: la compatibilidad con el Evangelio de las varias culturas a asumir y la comunión con la Iglesia universal» (Carta encíclica *Redemptoris Missio*, n. 54).

—D. D. L. – Nosotros hemos conservado el silencio en la plegaria eucarística porque guarda consonancia con nuestra vida. El silencio es un signo litúrgico. También fuera de la vida cartujana la consagración es el gran momento del misterio, y así lo subraya el misal romano pidiendo a los fieles que se arrodillen precisamente entonces. En la cartuja el largo silencio que envuelve a la consagración nos invita a entrar en adoración, cuya manifestación más sólida es la postración. Para nosotros el silencio es la mejor manera de tocar lo inefable.

Estoy de acuerdo con Vuestra Eminencia cuando dice que el misterio representa el centro de la vida humana y de la fe cristiana, ese encuentro del Infinito con lo finito que es lo único que puede colmar nuestro corazón y que cautiva a nuestro espíritu. «Mirad qué amor tan grande nos ha mostrado el Padre: que nos llamemos hijos de Dios, ¡pues lo somos!» (1Jn 3, 1). Esas palabras, ¡pues lo somos!, contienen un asombro que nunca tendrá fin.

No puedo evitar pensar que ese asombro está terriblemente apagado. Más de una vez he preguntado a los que vienen a retirarse si alguna vez han oído hablar en un sermón de las postrimerías y de la vida eterna. La respuesta ha sido siempre: «Nunca». Y si hubiera añadido: «¿Y de la filiación divina?», es probable que me hubieran

contestado lo mismo. ¿Por qué no se habla nunca de lo que es nuestra esperanza? Más aún cuando, si nos observamos de cerca, comprendemos que esta esperanza está inscrita en el corazón de cualquier hombre: la esperanza de un amor sin límites que no acabará jamás.

Que la Iglesia recuerde constantemente la importancia del misterio de la filiación divina; que los sacerdotes no duden en hablar de las postrimerías y de la vida eterna: entonces al hombre moderno la adoración no le parecerá un abajamiento, sino la actitud natural de quien descubre que lo ha recibido todo. Con la adoración el silencio recuperará su espacio natural.

—N. D. —*¿Qué caracteriza a lo que yo llamaría las enfermedades del ruido? ¿Cuáles son los problemas derivados del exceso de ruido?*

—D. D. L. — En mi respuesta a su pregunta tiene que influir por fuerza mi experiencia como cartujo. Muy raramente me expongo al ruido exterior, especialmente al de la ciudad; no tengo móvil, ni televisión, ni radio —estas dos últimas siempre han estado excluidas de nuestros monasterios—, así que lo que diga estará un poco desfasado.

Si existe una enfermedad del ruido, habría que ponerle el nombre de síndrome de la mordaza. Así lo he constatado en los aspirantes que vienen a retirarse. Entonces emergen a la superficie recuerdos, deseos, heridas, temores que duermen en su interior y que ellos mismos desconocen. El incesante flujo diario de noticias, de reuniones, de actividades diversas no deja nunca de acallar esas voces que están en lo más hondo de su ser y les impide aflorar en la conciencia. El silencio y la soledad los destapan. Como el descubrimiento no siempre es agradable y el interesado se halla

bastante indefenso, procura dejarlos fuera del ámbito de la conciencia manteniendo ese ruido permanente que impide que se manifiesten.

En este sentido, el hombre moderno no ha tenido que enfrentarse nunca a tantas y tan fuertes tentaciones como estas.

La multiplicación de la oferta de información, de sonidos e imágenes desde hace menos de un siglo es asombrosa. El paisaje sonoro y visual del hombre ya no tiene nada que ver con el de nuestros abuelos. Creo que hay que contar con cierta fuerza espiritual para protegerse de esta invasión no mediante un rechazo total, sino mediante una ascesis adecuada. Ya dijo Solzhenitsyn que, si existe el derecho a la información, también existe el derecho a no ser informado.

Como prior de la Gran Cartuja, me encargo de transmitir a la comunidad las informaciones relevantes que conciernen a la vida de la Iglesia, de Francia y del mundo, lo que me obliga a leer el periódico. ¡Cuántas cosas interesantes y, al mismo tiempo, inútiles amenazan con ocupar la imaginación y proveerla de armas contra el silencio interior! Hay que hacer una selección, más aún cuando lo que los periodistas destacan son los hechos excepcionales. Hablan del avión que se ha estrellado, porque ¡no van a escribir un artículo para decir que hoy todos los aviones han aterrizado sin problema o que las madres de familia cuidan de sus hijos! ¿Y acaso esto no es también importante?

Hay un último aspecto que merece ser subrayado: yo no soy responsable de la guerra de Siria y no tengo nada que aportar a la solución de ese drama. Sin embargo, sí soy responsable de mi vecino de enfrente si me entero de que está solo o enfermo. Pero, como el primer drama es mayor, corro el peligro de que me impida ver el segundo.

Las tentaciones se han multiplicado y el discernimiento y la renuncia se han hecho más necesarios que nunca. Nosotros hemos elegido consagrar nuestra vida a la búsqueda de Dios en el silencio y la soledad. Tenemos que defender ambas cosas con decisiones tajantes: si no, pronto quedarán en nada. Nuestra vocación no es lo habitual, pero ¿acaso no necesitan todos los hombres un poco de silencio y de soledad si no quieren perder el contacto con su corazón? Nosotros tenemos una clausura y una regla que nos protegen. Quienes viven en el mundo deben hallar su propia clausura y su propia regla, no le quepa duda.

Por último, me pregunto si la voz que el mundo moderno intenta acallar con el ruido y el movimiento constantes no será esa que nos dice: «Recuerda que eres polvo y al polvo volverás». La eliminación de la muerte caracteriza a nuestra sociedad: no hace falta que lo diga yo. Y es comprensible. ¿Cómo se puede soportar la idea de la muerte sin Dios, sin la vida eterna, sin Cristo y sin la redención? Comamos y bebamos, que mañana moriremos. El recuerdo de nuestra precariedad es demasiado insistente, así que procuremos hacerlo callar.

¿El remedio contra las enfermedades del ruido? Se deduce de lo que acabo de decir. El principal remedio estará, como siempre, en descubrir el amor de Dios, su llamada a la vida eterna, la victoria de Cristo sobre la muerte que la convierte en una amiga, en la puerta que abre a la Vida. Y la misericordia divina, que sana del temor al mal que hallamos en nosotros. En una palabra: la esperanza.

—C. R. S. — Lejos de Dios, el silencio es un duro encontronazo con el propio yo y con las realidades poco lucidas que habitan en el fondo de nuestra alma. A partir de ahí, el hombre entra en una lógica que se asemeja a una negación de la realidad. Se embriaga con todos los ruidos posibles para olvidarse de quién es. El hombre

posmoderno quiere anestesiar su propio ateísmo.

Los ruidos son tapaderas que revelan el temor a lo divino, el temor a la vida real y a la muerte. Pero, «¿qué hombre hay que no vea la muerte, que libre su alma de las garras del seol?» (*Sal* 89, 49). El mundo occidental ha acabado maquillando la muerte para hacerla aceptable y festiva. El instante del tránsito se ha convertido en un momento ruidoso en el que el verdadero silencio se pierde entre palabras compasivas débiles e inútiles.

La angustia ante lo que no hace ruido es expresión de unas sociedades líquidas que han desarrollado un miedo neurótico al silencio.

El cristiano no puede tener miedo al silencio, porque nunca está solo. Está con Dios. Está en Dios. Es para Dios. En el silencio Dios me cede sus ojos para contemplarle mejor. La esperanza cristiana es el fundamento de la búsqueda silenciosa del creyente. El silencio no es algo temible; al revés: es la seguridad de encontrar a Dios.

Los hijos de Dios han sido llamados a vivir eternamente con el Padre. Por medio del silencio deben acostumbrarse a estar con Él. La oración silenciosa de los ciudadanos de la tierra es un aprendizaje de lo que los ciudadanos del Cielo vivirán toda la eternidad. En el silencio de la iglesia de Ars el campesino vivía ya la liturgia celestial: «Yo le miro y Él me mira». Sentados en silencio a los pies de Jesús, aprendemos a orar sin interrupción y a convertirnos en testigos audaces del Evangelio.

Hay que desconfiar del alboroto de la vida contemporánea. Ese ruido impuesto es un peligro insidioso para el alma. Las dificultades que encontramos hoy para hallar el silencio son mayores que nunca. Es una situación diabólica. Pero también Cristo tenía que apartarse de la multitud para marchar al desierto. En

medio de esa inmensidad vivía el cara a cara más íntimo y más sublime.

Me vienen a la memoria las rotundas palabras de san Juan Pablo II en su encíclica *Redemptoris Missio*: «El renovado impulso hacia la misión *ad gentes* exige misioneros santos. No basta renovar los métodos pastorales, ni organizar y coordinar mejor las fuerzas eclesiales, ni explorar con mayor agudeza los fundamentos bíblicos y teológicos de la fe: es necesario suscitar un nuevo *anhelo de santidad* entre los misioneros y en toda la comunidad cristiana, particularmente entre aquellos que son los colaboradores más íntimos de los misioneros». Y concluía así: «El misionero ha de ser un *contemplativo en acción* (...). El contacto con los representantes de las tradiciones espirituales no cristianas, en particular, las de Asia, me ha corroborado que el futuro de la misión depende en gran parte de la contemplación. El misionero, si no es contemplativo, no puede anunciar a Cristo de modo creíble. El misionero es un testigo de la experiencia de Dios y debe poder decir como los Apóstoles: “Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y han palpado nuestras manos a propósito del Verbo de la vida (...), lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo”» (*1Jn 1, 1-3*).

Hoy la Iglesia tiene una misión esencial, que consiste en ofrecer el silencio a los sacerdotes y a los fieles. El mundo rechaza la soledad junto a Dios de manera repetida y violenta. Por eso, que el mundo se calle y que vuelva el silencio...

—*N. D. —¿Cómo se relacionan el silencio y la oración constante?*

—D. D. L. — La expresión *oración constante* no debe inducirnos a error: no se trata de recitar oraciones sin parar. En realidad, esta fórmula se refiere a un modo de estar continuamente junto a Dios, de dejarse habitar por Él, de vivir de un modo consciente esa *inhabitación*. Este es el testimonio de una mujer que conoce esa experiencia: «Mi yo superficial ve a mi yo interior en adoración. Y si la *superficie* quiere implicarse y unirse con una oración hablada a la adoración profunda, todo se acaba. Solo puedo unirme a ese yo interior por medio del silencio, *contemplar* la adoración dentro de mí y callar» (*Cahiers sur l'oraison*, nº 211, I-II 1987). Se trata de una mujer que vive en medio del mundo, lo que significa que la experiencia no es exclusiva de los religiosos.

¿Podemos considerar el silencio como una vía hacia la oración constante, o al revés: la oración constante como una vía hacia el silencio? Planteada así, la pregunta sería demasiado sencilla, porque las dos cosas son ciertas. Yo prefiero conjugar dos aspectos a los que me he referido antes: cuanto más se penetra en el misterio, más se penetra en el silencio; del mismo modo que, cuanto mayor es la intimidad con una persona, más espacio ocupan el silencio y la simple mirada. La oración constante contiene ambas cosas: una intimidad habitual con Dios que hace su misterio más cautivador que nunca. Entonces el monje recibe eso de que hablaba san Bruno: «la paz que el mundo ignora y el gozo en el Espíritu Santo». El gozo de la unión íntima ya no necesita demasiadas palabras. En ese estadio el silencio no exige más esfuerzos: los exige más bien para salir de él.

Este estado no es habitual. Un hermano cartujo que ha experimentado la oración constante me decía: «No somos dueños de ella». Esto quiere decir que la decisión corresponde al huésped interior, al Espíritu Santo que arrastra a un mundo en el que no se puede sino callar, como cuando se apodera de nosotros una intensa

emoción. En la vida ordinaria la oración adquirirá la forma a que me refiero en un instante: se prosigue con la vida normal, pero hay algo en el interior que continúa silenciosamente unido a Aquel a quien amamos y que nos ama, una presencia amante que basta para llenarlo todo. Cuando ya no vivimos el uno con el otro, sino el uno en el otro, el que ora no es dueño de la acción que Dios obra en él y se limita a unirse a ese misterio cuyos límites no tiene necesidad de conocer. No pide explicaciones. «Yo soy de mi amado, y mi amado es mío», dice el Cantar de los Cantares (6, 3).

—C. R. S. — Si nuestro corazón logra escapar del mundo y de sus seducciones para estar con el Señor, tendremos la gracia del silencio. Ninguno de los ruidos más degradantes y vulgares podrá envolver jamás un corazón que ha elegido a Cristo. El hombre que de verdad ama a Dios puede mantener una relación constante con lo Trascendente. El hombre que vive en el silencio con Dios podrá ayudar a atraer a las almas hacia la contemplación del Creador del mundo.

A san Agustín le atraía mucho la vida monástica. En *De moribus ecclesiae catholicae* escribe: «¿Quién, al menos, no admirará y alabará a estos hombres que desprecian y dejan los placeres del mundo, y viven en común una vida castísima y santísima, y emplean juntos su tiempo en plegarias, lecturas y conferencias? Estos hombres sin ninguna hinchazón de soberbia, sin ninguna turbación, sino siempre modestos, humildes, sufridos, ofrecen a Dios esta vida de perfecta concordia y de perpetua contemplación como un don suyo gratísimo. Ninguno posee nada como propio ni es carga para los demás. Se ocupan en trabajos manuales, que les procuran lo necesario para el alimento del cuerpo sin distraer el espíritu y el pensamiento de Dios». El mismo Plotino comprendió claramente las condiciones esenciales de la

contemplación y así lo refleja en las *Enéadas*: «Para elevarse hasta esa contemplación, el alma tiene que ser digna de ella por su nobleza, debe haberse emancipado del error y hurtádose a los objetos que fascinan las miradas de las almas vulgares; tiene que haberse sumergido en un profundo recogimiento, y hacer callar, en torno a sí, no solo la agitación del cuerpo que la envuelve y el tumulto de las sensaciones, sino asimismo cuanto la rodea. Que todo enmudezca, pues: tierra, mar, aire, el mismo cielo».

—D. D. L. – Que todo enmudezca para que Dios se haga oír. Y, como le gusta decir a usted, se hace oír en el silencio. Quizá por eso los monjes siempre han apreciado tanto la oración nocturna. Ya san Antonio pasaba noches enteras en oración. El oficio nocturno es un momento central de la vida cartujana al que no renunciaremos nunca.

Se trata de un tiempo que se dedica totalmente a la oración en medio del sueño, y eso lo dota de una dimensión especial: el oficio nocturno es un don gratuito que se ofrece solo a Dios. Velando de noche, ofrecemos nuestra pobreza –que tan bien conocemos– junto con la del mundo. Las hermosas palabras de nuestros *Estatutos* cobran mayor sentido que nunca: «Separados de todos, nos unimos a todos para, en nombre de todos, permanecer en la presencia del Dios vivo». Siempre me han gustado estas palabras del capítulo *Misión de la Orden en la Iglesia*. Mientras el mundo duerme, nosotros elegimos levantarnos para unir nuestra alabanza y nuestra intercesión a la de Cristo; para que la oración de los hombres, ese vínculo vital entre el Cielo y la tierra, no cese nunca. Cuando nos vayamos a dormir, otros –los benedictinos, los cistercienses– nos relevarán.

—N. D. – *¿No es el oficio nocturno el alma de la Orden*

cartuja, la oración que recorre toda su historia?

—D. D. L. – No me atrevo a decir que sí, en el sentido de que, debido al misterio que se realiza en ella, la Eucaristía es el centro natural de nuestro día. No obstante, no cabe duda de que el oficio nocturno ocupa un lugar muy especial en nuestra vida. Su duración –de dos a tres horas todas las noches– y ese rato tan específico entre dos sueños hace que la oración nocturna siga y seguirá siendo un tiempo insustituible. Tanto si estamos distraídos como recogidos, ese rato nos configura. El canto, junto con el mero hecho de estar allí, la convierten en una oración no solo del espíritu, sino también del cuerpo.

Nuestros padres tenían en tanta estima la oración nocturna que, hasta la Revolución Francesa, cantaban de memoria toda la salmodia del oficio nocturno en medio de una oscuridad absoluta. El oficio posee una dinámica especial. Estamos juntos y estamos solos. El equilibrio de nuestra vida, hecha de soledad y de vida en común, se hace realidad en el corazón de nuestra oración en profunda unidad: el canto coral es una obra colectiva en la que nos necesitamos los unos a los otros. Pero por la noche el coro invisible nos deja solos en una atmósfera de intimidad que facilita el encuentro de corazón a corazón con Dios. Su misterio se presenta más cercano y más esquivo.

Tal y como expresan las hermosas palabras de san Agustín, unimos nuestra oración a la de Cristo: en toda la liturgia es Cristo quien «ora por nosotros como nuestro Sacerdote y ora en nosotros como nuestra cabeza. Reconozcamos en Él nuestra voz, y sepamos reconocer su voz en nosotros» (*Sal 85, PL 37, 1081*). En la iglesia solo arde con intensidad la luz de Cristo.

La Eucaristía ocupa el primer lugar: nos une a toda la Iglesia. El oficio nocturno es más bien la marca de nuestra peculiaridad: nos

distingue de los hermanos que asisten al oficio pero por lo general no cantan, sino que oran en silencio en la zona más oscura de la iglesia. Así se hacen presentes los equilibrios que caracterizan la vida cartujana: vida solitaria y acción común, oración silenciosa y oración coral, monjes conversos y monjes del claustro; y yo añadiría: monjes y monjas.

Aunque se trata de un hecho poco conocido, casi desde sus orígenes la vocación cartuja la han vivido hombres y mujeres. Las monjas cartujas, nacidas tan solo cincuenta años después de la muerte de san Bruno, siguen hoy estando muy vivas: discretas y eficaces, pero no menos esenciales para la plenitud del carisma de san Bruno. También ellas, como nosotros, rezan en medio de la noche.

El alma de la Orden es la sed de Dios. Llevamos con nosotros la espera de la humanidad que, sin saberlo, cuando aspira a la paz, a la justicia y al amor, tiene sed de Dios.

Queremos responder a Dios, que tanto desea establecer una relación de amor con los hombres. «Tengo sed», dice Jesús en la Cruz.

En el silencio de la noche, en el de la celda y en el del corazón de los cartujos, presentamos a Dios la sed insaciable de los hombres, y a la humanidad la sed de Dios, participando así en la obra de Jesús, en quien se han unido para siempre ambos anhelos.

Esta es, dos mil años después, la principal y humilde ambición de la Gran Cartuja y de todos los hijos de san Bruno.

EPÍLOGO

¿Cómo podría concluir estas letras acerca de Dios y del silencio? He de reconocer humildemente que no he hecho sino balbucear ante este gran misterio. ¿Quién es capaz de hablar del silencio, y menos aún de Dios, como se merecen? Es una roca lisa y escarpada. Nos resulta imposible subirla. Nuestras manos resbalan en ella y el vértigo se apodera de nuestra inteligencia cuando esta fija en ella la mirada. Porque «¿quién podrá subir al monte del Señor? ¿Quién podrá estar en su lugar santo? El de manos inocentes y de corazón puro, el que no dirige su alma a la vanidad» (*Sal 24, 3-4*). Dios es esquivo, inaccesible, invisible. ¿Cómo vamos a atrevernos nosotros, de corazón impuro, a hablar de alguien a quien no hemos visto ni tocado?

Ante el misterio de Dios, mis sentimientos son los de san Gregorio de Nisa cuando escribe en su *Homilía sobre las bienaventuranzas*: «Lo mismo que suele acontecer al que desde la cumbre de un alto monte mira algún dilatado mar, esto mismo le sucede a mi mente cuando desde las alturas de la voz divina, como desde la cima de un monte, mira la inexplicable profundidad de su contenido. Sucede, en efecto, lo mismo que en muchos lugares marítimos, en los cuales, al contemplar un monte por el lado que mira al mar, lo vemos como cortado por la mitad y completamente liso desde su cima hasta la base, y como si su cumbre estuviera suspendida sobre el abismo; la misma impresión que causa al que mira desde tan elevada altura a lo profundo del mar, la misma

sensación de vértigo experimento yo al quedar como en suspenso por la grandeza de esta afirmación del Señor: Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Dios se deja contemplar por los que tienen el corazón purificado. A Dios nadie lo ha visto jamás, dice san Juan; y Pablo confirma esta sentencia con aquellas palabras tan elevadas: A quien ningún hombre ha visto ni puede ver».

Aun así, podemos intentar hablar de Dios a partir de nuestra propia experiencia del silencio. Porque Dios se envuelve en el silencio y se destapa en el silencio interior de nuestro corazón.

En este libro he querido ilustrar cómo el silencio es uno de los principales medios que nos permiten entrar en el espíritu de la oración; el silencio nos dispone a establecer relaciones vitales y continuas con Dios. Es difícil encontrar una persona piadosa que hable mucho. Al revés: quienes poseen el espíritu de oración aman el silencio.

Desde hace tiempos inmemoriales, el silencio se ha considerado el escudo de la inocencia, la adarga contra las tentaciones y la fuente fecunda del recogimiento. El silencio facilita la oración porque despierta en nuestro corazón buenos pensamientos. Como dice san Bernardo, permite al alma pensar mejor en Dios y en las realidades del Cielo. Por esta sencilla razón todos los santos han amado ardientemente el silencio.

El primer lenguaje de Dios es el silencio. En su libro *La oración, frescor de una fuente*, santa Teresa de Calcuta afirma que «necesitamos encontrar a Dios, pero no podemos encontrarlo ni en el ruido ni en la agitación (...). Cuanto más recibimos en la oración silenciosa, más somos capaces de dar en nuestra vida activa. El silencio nos proporciona una visión nueva de todas las cosas.

Necesitamos el silencio para poder acercarnos a las almas. Lo más importante no es aquello que decimos, sino aquello que Dios nos dice y lo que dice a través de nosotros. Jesús está siempre pronto a presentárenos en el silencio. En el silencio, nosotros lo escuchamos, Él habla a nuestro espíritu, y nosotros podemos escuchar su voz. En el silencio hallaremos una nueva energía y una genuina unión con Dios. Su fuerza será nuestra fuerza para poder cumplir bien nuestras tareas, y eso ocurrirá por la unión de nuestro pensamiento con el suyo, por la unión de nuestras acciones con sus acciones, por la unión de nuestra vida con su vida».

Con mis respuestas a las espléndidas preguntas de Nicolas Diat, espero haber logrado mostrar en estas páginas cómo el silencio y la oración son inseparables y se fecundan mutuamente.

Las palabras abundantes, presuntuosas, maledicentes y faltas de moderación suelen tener consecuencias desastrosas. El silencio favorece el recogimiento: siempre sufre la amenaza de las palabras fáciles y demagógicas. Una persona se puede recoger; pero, si no es capaz de controlar su lengua, su meditación no la habrá ayudado a penetrar el misterio de Dios ni a postrarse en silencio ante su trono.

Cuando abrimos la puerta de un horno, el calor se escapa. «Cuídate de la palabrería –dice san Doroteo–, porque ahuyenta los pensamientos piadosos y la meditación en Dios». Sin duda, el que no para de hablar con las criaturas difícilmente podrá hablar con Dios; y Dios, por su parte, hablará poco con él. Esto dice el Señor: «La conduciré al desierto y le hablaré al corazón» (*Os 2, 16*). «En el mucho hablar –dice el libro de los Proverbios– no faltan culpas, pero el que modera sus labios es inteligente» (*Pr 10, 19*). Santiago es categórico: «la lengua es un mundo de iniquidad» (*St 3, 6*).

«En el ruido interior no es posible recibir nada ni a nadie»,

recuerda con autoridad y sabiamente el papa Francisco en la constitución apostólica *Vultum Dei quaerere*.

Sí, hay muchos pecados debidos al exceso de nuestras palabras y al hecho de escuchar con complacencia las de otros. ¡Cuántas almas se perderán el día del juicio final por no haber guardado la lengua! «El hombre deslenguado no será firme en la tierra», dice el salmista (*Sal* 139); por eso emprende mil y un caminos sin esperanza de regresar. «Quien vigila su boca, guarda su vida, quien abre demasiado sus labios, se desencaja» (*Pr* 13, 3). Y Santiago escribe: «Si alguno no peca de palabra, ese es un hombre perfecto» (*St* 3, 2). Quien guarda silencio por amor de Dios se entregará a la meditación, a la lectura espiritual y a la oración ante el Santísimo Sacramento. Dice santa María Magdalena de Pazzi que quien no ama el silencio es incapaz de apreciar las cosas de Dios: no tardará en arrojarse al gran horno de los placeres del mundo.

La virtud del silencio no significa que no debamos hablar nunca: nos invita a enmudecer cuando se carece de buenos motivos para tomar la palabra. «Hay tiempo de callar y tiempo de hablar», dice el Eclesiastés (3, 7). Refiriéndose a estas palabras, afirma san Gregorio de Nisa: «El silencio se menciona en primer lugar porque, gracias al silencio, aprendemos el arte de hablar». ¿Cuándo debe guardar silencio el cristiano que desea ser santo? ¿Cuándo debe hablar? ¿Cuándo debe recelar de las seducciones de la dictadura del ruido? Sabrá guardar silencio cuando no es necesario hablar y abrirá la boca cuando lo requiera la necesidad de caridad. San Juan Crisóstomo formula así esta regla: «Habla solamente cuando sea más útil hablar que guardar silencio».

San Arsenio, por su parte, reconoce que se ha arrepentido muchas veces de hablar, pero nunca de guardar silencio. San Efrén coincide con él e insiste: «Habla mucho con Dios y poco con los

hombres».

Animo a todos los hombres a no olvidar estos pocos consejos. Si, estando tú presente, alguien emplea un lenguaje inapropiado y pecaminoso, salte de ese ambiente siempre que puedas. Si las circunstancias te obligan a quedarte, al menos baja los ojos y guarda silencio, o intenta dirigir la conversación hacia otro tema. Así tu silencio se convertirá en una protesta contra las conversaciones nauseabundas. Cuando te veas obligado a hablar, mide bien lo que tienes intención de decir: «Haz para tus palabras un peso y una balanza», afirma el libro del Eclesiástico (28, 25). San Francisco de Sales utiliza esta imagen: «Para evitar faltar al hablar, debemos tener los labios abrochados, de modo que podamos pensar lo que vamos a decir cuando nos los desabrochemos».

Ha llegado el momento de rebelarse contra la dictadura del ruido que intenta hacer pedazos nuestro corazón y nuestra inteligencia. Una sociedad ruidosa es un triste decorado de cartón piedra, un mundo sin consistencia, una huida inmadura. Una Iglesia ruidosa acabará siendo fútil, infiel y peligrosa.

En *Vultum Dei quaerere*, el papa Francisco considera que tenemos que «liberarnos de todo aquello que es típico de la «mundanidad» para vivir la lógica del don, en particular del don del propio ser, como exigencia de respuesta al primero y único amor de vuestra vida». Estas firmes palabras del pontífice resuenan como una advertencia.

Para aprender a guardar silencio y alimentarlo de la presencia de Dios hemos de practicar la *lectio divina*, ese rato de escucha silenciosa, de contemplación y de profundo recogimiento a la luz del Espíritu. La *lectio divina* es un torrente abundante que lleva

consigo todas las riquezas acumuladas por los lectores piadosos de la palabra de Dios en el transcurso de la historia de la Iglesia.

La *lectio divina* no es nunca ni únicamente una lectura personal. Se alimenta de la interpretación de quienes nos han precedido. El monje, el sacerdote y el diácono están habituados a ella gracias al oficio divino, que les permite escuchar, además del Texto Sagrado, los comentarios de los Padres de la Iglesia. A veces estos comentarios difieren mucho entre sí. A la mentalidad contemporánea le pueden parecer austeros, desconcertantes y extraños. Pero, si perseveramos en la *lectio divina* y en la escucha silenciosa de lo que el Espíritu dice a las Iglesias, nuestro esfuerzo se verá recompensado con tesoros y riquezas increíbles.

Así manifiesta su asombro Isaac de la Estrella ante los recursos inagotables del texto sagrado: «Con razón se llama a la Sabiduría de Dios fuente de los huertos y manantial de aguas vivas (cfr. *Ct* 4, 15): fuente por su caudal inagotable, y manantial por la inspiración desbordante de significados que brotan incesantemente» (*Sermón* 16, 1). Con esta misma agilidad interpretativa, obtiene del propio texto la autorización para comentarios siempre nuevos: «El Hijo de la Promesa ha mantenido vivos los manantiales excavados por su Padre y, a su vez, los ha excavado nuevos» (*Sermón* 16, 1).

La Palabra, como una presencia viva, no se separa de nosotros ni nosotros de ella. La recordamos todo el día. Nuestra memoria le da vueltas y nuestro corazón la medita. Se convierte en una fuente de agua que fluye constantemente en nuestro interior. ¿No es eso lo que le dice Jesús a la samaritana? «El que beba del agua que yo le daré no tendrá sed nunca más, sino que el agua que yo le daré se hará en él fuente de agua que salta hasta la vida eterna» (*Jn* 4, 14). La Palabra leída en silencio nos acompaña, nos ilumina y nos alimenta. «¡Cuánto amo tu ley, Señor! Es mi meditación el día

entero» (*Sal* 119, 97). Amamos esa Palabra, la frecuentamos, la buscamos porque es la Presencia de Aquel que nos ama eternamente.

A través de ella, Aquel que busca mi alma está ahí. Se reúne conmigo y yo me reúno con Él. Se me revela y me revela a mí mismo.

Entonces la oración puede sumirse en el silencio: no en el silencio de la ausencia del otro o de mí mismo, que también se presenta en su momento, sino en ese silencio que sigue a la Palabra una vez que esta nos ha alcanzado.

En definitiva, Dios o nada. Porque nos basta con Dios.

CARDENAL ROBERT SARAH

BIBLIOGRAFÍA

ACCART, Xavier: *Comprendre et vivre la liturgie*, Plon, París 2015.

AMBROSIO DE MILÁN, San: *Explicación del símbolo. Los sacramentos. Los misterios*, Ciudad Nueva, Madrid 2005.

AGUSTÍN DE HIPONA, San: *Obras completas II. Las confesiones*, BAC, Madrid 1986.

BERNANOS, Georges: *Diálogo de carmelitas*, Monte Carmelo, Burgos 2006.

—*Diario de un cura rural*, Encuentro, Madrid 2009.

BÉRULLE, Pierre de: *Oeuvres de piété*, Éditions du Cerf, París 1996.

CAMUS, Albert: *El hombre rebelde*, Alianza, Madrid 2005.

COMASTRI, Angelo: *Quand le ciel s'ouvre: récits de conversions au XXe siècle*, Edb, Nouan-le-Fuzelier 2010.

COMASTRI, Angelo – GAETTA, S.: *Dio scrive dritto*, San Paolo, 2012.

DAGENS, Claude: *Saint Grégoire le Grand. Culture et expérience chrétiennes*, Cerf, París 2014.

DIONISIO AREOPAGITA: *Teología mística*, en *Obras completas*, BAC, Madrid 1995.

DILLARD, Victor: *Au Dieu inconnu*, Beauchesne, París 1938.

ECKHART, MAESTRO: *Tratados y sermones*, Edhasa, Barcelona 1983.

GREEN, Julien: *Partir antes del día*, Emecé, Buenos Aires 1964.

GREGORIO MAGNO, San: *Regla pastoral*, Ciudad Nueva, Madrid 2002.

GUARDINI, Romano: *Le Dieu vivant*, Artège, Perpignan 2010.

GUILLERAND, Augustin: *Silence cartusien*, Desclée de Brouwer, París 1976.

—*Voix cartusienne*, Parole et silence, Les Plans-sur-Bex 2001.

—*Face à Dieu: la prière selon un chartreux*, Parole et silence, Les Plans-sur-Bex 1999.

GUITTON, Jean: *Pablo VI secreto*, Encuentro, Madrid 2015.

IGNACIO DE ANTIOQUÍA, San: *Cartas*, en LIGHTFOOT, J. B., *Lo mejor de los Padres Apostólicos*, Clio, Terrassa 1991.

IGNACIO DE LOYOLA, San: *Ejercicios espirituales*, San Pablo, Madrid 2011.

IRENEO DE LYON, San: *Contra los herejes*, Conferencia del Episcopado Mexicano, México 2000.

ISAAC EL SIRIO: *Discours ascétiques*, en *Oeuvres*

spirituelles: les 86 discours ascétiques, les lettres, Desclée de Brouwer, París 1981.

JANKÉLÉVITCH, Vladimir: *Pensar la muerte*, FCE, Buenos Aires 2004.

JÉRÔME (p.): *Écrits monastiques*, Sarment, Montrouge 2002.

—*Oeuvres spirituelles*, Ad Solem, París 2014.

JONAS, Hans: *El concepto de Dios después de Auschwitz*, en *Pensar sobre Dios y otros ensayos*. Herder, Barcelona 1998.

JUAN CRISÓSTOMO, San: *Homilía sobre el cementerio y la cruz*, en *Homilías selectas. Vol. II*, Apostolado Mariano, Sevilla 1991.

JUAN DE LA CRUZ, San: *Avisos y sentencias espirituales*, en *Obras completas*, BAC, Madrid 2005.

— *Cántico espiritual*, en *Obras completas*, BAC, Madrid 2005.

JUAN PABLO II, San: *Carta Apostólica Orientale Lumen*, vatican.va.

JULIANA DE NORWICH: *Libro de visiones y revelaciones*, Trotta, Madrid 2002.

KIERKEGAARD, Soren: *Para un examen de sí mismo recomendado a este tiempo*, Trotta, Madrid 2011.

MARIE-EUGÈNE DE L'ENFANT JÉSUS: *Quiero ver a Dios*, Ed. de Espiritualidad, Madrid 2002.

—*Au souffle de l'Esprit*, Saint-Léger productions, Chouzé-sur-

Loire 2014.

MARINI, Guido: *La Liturgie: gloire de Dieu, sanctification de l'homme*, Artège, Perpignan 2013.

MERTON, Thomas: *El signo de Jonás*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2007.

MESSORI, Vittorio – RATZINGER, Joseph: *Informe sobre la fe*, BAC, Madrid 1985.

NABERT, Nathalie: *La Grande Chartreuse, au-delà du silence*, Glénat, Grenoble, 2002.

NEWMAN, Beato John Henry: *Ensayo para contribuir a una gramática del asentimiento*, Encuentro, Madrid 2011.

PASCAL, Blaise: *Pensamientos*, Valdemar, Madrid 2001.

PLOTINO: *Enéadas*, Gredos, Madrid 2001.

PORION, Jean-Baptiste: *Amour et silence*, Ad Solem, Paris 2010.

RAGUIN, Yves: *Caminos de contemplación*, Narcea, Madrid 1985.

RASSAM, Joseph: *Le Silence comme introduction à la métaphysique*, Édts. universitaires du Sud, Toulouse 1989.

RATZINGER, Joseph: *Un canto nuevo para el Señor*, Sígueme, Salamanca 2005.

—*El espíritu de la liturgia*, Cristiandad, Madrid 2007.

RUEG, Jean Gabriel: *Le Son du silence au saint désert*, Édts. du

Carmel, Toulouse 2010.

SAINT-THIERRY, Guillaume de: *Carta a los hermanos de Monte Dei*, Sígueme, Salamanca 1998.

SAMUEL, P.: *Qui cherchait Théophane*, Brepols, Turnhout 1992.

SCHEEBEN, Mathias Joseph: *Los misterios del cristianismo*, Herder, Barcelona 1964.

SESBOÛÉ, Bernard: *Creer. Invitación a la fe católica para las mujeres y los hombres del siglo XXI*, San Pablo, Madrid 2000.

TERESA DE CALCUTA, Santa: *La oración. Frescor de una fuente*, PPC, Madrid 2004.

—*Jésus, celui qu'on invoque: prières et méditations pour chaque jour de l'année*, Nouvelle Cité, Bruyères-le-Châtel 1995.

TERESA DE JESÚS, Santa: *Castillo interior*, en *Obras completas*, Monte Carmelo, Burgos 2006.

TERESA DE LISIEUX, Santa: *Cartas*, Monte Carmelo, Burgos 1998.

VALÉRY, Paul: *Tel quel*, Gallimard, Paris 1996.

ZUNDEL, Maurice: *Otro modo de ver al hombre*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2003.

—*L'Humble Présence*, Sarment, Montrouge 2008.

15.ª edición

JACQUES PHILIPPE

La paz interior



PATMOS
LIBROS DE ESPIRITUALIDAD

LA PAZ INTERIOR

JACQUES PHILIPPE

PRESENTACIÓN

«Que la paz de Cristo reine en vuestros corazones»
La experiencia os demostrará que la paz,
que infundirá en vosotros la caridad,
el amor a Dios y al prójimo,
es el camino seguro hacia la vida eterna.
(Juan de Bonilla, s. xvi)

Nuestra época es una época de agitación y de inquietud. Esta tendencia, evidente en la vida cotidiana de nuestros contemporáneos, se manifiesta también con gran frecuencia en el ámbito mismo de la vida cristiana y espiritual: nuestra búsqueda de Dios, de la santidad y del servicio al prójimo suele ser también agitada y angustiada en lugar de confiada y serena, como lo sería si tuviéramos la actitud de los niños que nos pide el Evangelio.

Por lo tanto, es fundamental que lleguemos a comprender un día que el itinerario hacia Dios y hacia la perfección que se nos pide es mucho más eficaz, más corto y también mucho más fácil cuando el hombre aprende poco a poco a conservar en cualquier circunstancia una profunda paz en su corazón.

Esto es lo que pretendemos hacer comprender a través de las consideraciones de la primera parte. Enseguida pasaremos revista a todo un conjunto de situaciones en las que frecuentemente nos encontramos, intentando explicar el modo de afrontarlas a la luz del Evangelio, a fin de conservar la paz interior.

En la tradición de la Iglesia, esta enseñanza ha sido abordada frecuentemente por los autores espirituales. La tercera parte consta de una serie de textos seleccionados de autores de diferentes épocas que recuperan e ilustran los distintos temas a los que aludimos.

I. LA PAZ INTERIOR, CAMINO DE SANTIDAD

1. SIN MÍ NO PODÉIS HACER NADA

Para comprender la importancia fundamental que tiene, en el desarrollo de la vida cristiana, el afán por adquirir y conservar lo más posible la paz del corazón, en primer lugar hemos de estar plenamente convencidos de que todo el bien que podamos hacer viene de Dios y sólo de Él. «Sin mí no podéis hacer nada», ha dicho Jesús (Jn 15, 5). No ha dicho: no podéis hacer gran cosa, sino «no podéis hacer nada». Es esencial que estemos bien persuadidos de esta verdad, y para que se imponga en nosotros no sólo en el plano de la inteligencia, sino como una experiencia de todo el ser, habremos de pasar por frecuentes fracasos, pruebas y humillaciones permitidas por Dios. Él podría

ahorrarnos todas esas pruebas, pero son necesarias para convencernos de nuestra radical impotencia para hacer el bien por nosotros mismos. Según el testimonio de todos los santos, nos es indispensable adquirir esta convicción. En efecto, es el preludeo imprescindible para las grandes cosas que el Señor hará en nosotros por el poder de su gracia. Por eso, Santa Teresa de Lisieux decía que la cosa más grande que el Señor había hecho en su alma era «haberle mostrado su pequeñez y su ineptitud».

Si tomamos en serio las palabras del Evangelio de San Juan citadas más arriba, comprenderemos que el problema fundamental de nuestra vida espiritual llega a ser el siguiente: ¿cómo dejar actuar a Jesús en mí? ¿Cómo permitir que la gracia de Dios opere libremente en mi vida?

A eso debemos orientarnos, no a imponernos principalmente una serie de obligaciones, por buenas que nos parezcan, ayudados por nuestra inteligencia, según nuestros proyectos, con nuestras aptitudes, etc. Debemos sobre todo intentar descubrir las actitudes profundas de nuestro corazón, las condiciones espirituales que permiten a Dios actuar en nosotros. Solamente así podremos dar fruto, «un fruto que permanece»(Jn 15, 16).

La pregunta: «¿Qué debemos hacer para que la gracia de Dios actúe libremente en nuestra vida?», no tiene una respuesta unívoca, una receta general. Para responder a ella de un modo completo, sería necesario todo un tratado de vida cristiana que hablara de la plegaria (especialmente de la oración, tan fundamental en este sentido...), de los sacramentos, de la purificación del corazón, de la docilidad al Espíritu Santo, etc., y de todos los medios por los que la gracia de Dios puede penetrar más profundamente en nuestros corazones.

En esta corta obra no pretendemos abordar todos esos temas. Solamente queremos referirnos a un aspecto de la respuesta a la pregunta anterior. Hemos elegido hablar de él porque es de una importancia absolutamente fundamental. Además, en la vida concreta de la mayor parte de los cristianos, incluso muy generosos en su fe, es demasiado poco conocido y tomado en consideración.

La verdad esencial que deseáramos presentar y desarrollar es la siguiente: para permitir que la gracia de Dios actúe en nosotros y (con la cooperación de nuestra voluntad, de nuestra inteligencia y de nuestras aptitudes, por supuesto) produzca todas esas obras buenas que Dios preparó para que por ellas caminemos (Ef 2, 10), es de la mayor importancia que nos esforcemos por adquirir y conservar la paz interior, la paz de nuestro corazón.

Para hacer comprender esto podemos emplear una imagen (no demasiado «forzada», como todas las comparaciones) que podrá esclarecerlo. Consideremos la superficie de un lago sobre la que brilla el sol. Si la superficie de ese lago es serena y tranquila, el sol se reflejará casi perfectamente en sus aguas, y tanto más perfectamente cuanto más tranquilas sean. Si, por el contrario, la superficie del lago está agitada, removida, la imagen del sol no podrá reflejarse en ella.

Algo así sucede en lo que se refiere a nuestra alma respecto a Dios: cuanto más serena y tranquila está, más se refleja Dios en ella, más se imprime su imagen en nosotros, mayor es la actuación de su gracia. Si, al contrario, nuestra alma está agitada y turbada, la gracia de Dios actuará con mayor

dificultad. Todo el bien que podemos hacer es un reflejo del Bien esencial que es Dios. Cuanto más serena, ecuánime y abandonada esté nuestra alma, más se nos comunicará ese Bien y, a través de nosotros, a los demás. El Señor .dará fortaleza a su pueblo, el Señor bendecirá a su pueblo con la paz (Ps 29, 11).

Dios es el Dios de la paz. No habla ni opera más que en medio de la paz, no en la confusión ni en la agitación. Recordemos la experiencia del profeta Elías en el Horeb: Dios no estaba en el huracán, ni en el temblor de la tierra, ni en el fuego, isino en el ligero y blando susurro (cf. 1 Re, 19)!

Con frecuencia nos inquietamos y nos alteramos pretendiendo resolver todas las cosas por nosotros mismos, mientras que sería mucho más eficaz permanecer tranquilos bajo la mirada de Dios y dejar que Él actué en nosotros con su sabiduría y su poder infinitamente superiores. Porque así dice el Señor, el Santo de Israel: En la conversión y la quietud está vuestra salvación, y la quietud y la confianza serán vuestra fuerza, pero no habéis querido (Is 30, 15).

Bien entendido, nuestro discurso no es una invitación a la pereza o la inactividad. Es la invitación a actuar, a actuar mucho en ciertas ocasiones, pero bajo el impulso del Espíritu de Dios, que es un espíritu afable y sereno, y no en medio de ese espíritu de inquietud, de agitación y de excesiva precipitación que, con demasiada frecuencia, nos mueve. Ese celo, incluso por Dios, a menudo está mal clarificado. San Vicente de Paúl, la persona menos sospechosa de pereza que haya existido, decía: «El bien que Dios hace lo hace por El mismo, casi sin que nos demos cuenta. Hemos de ser más pasivos que activos».

2. PAZ INTERIOR Y FECUNDIDAD APOSTÓLICA

Hay quien podría pensar que esta búsqueda de la paz interior es egoísta: ¿cómo proponerla como uno de los objetivos principales de nuestros esfuerzos, cuando hay en el mundo tanto sufrimiento y tanta miseria?

En primer lugar, debemos responder a esto que la paz interior de la que se trata es la del Evangelio; no tiene nada que ver con una especie de impasibilidad, de anulación de la sensibilidad o de una fría indiferencia encerrada en sí misma de las que podrían darnos una imagen las estatuas de Buda o ciertas actitudes del yoga. Al contrario, como veremos a continuación, es el corolario natural de un amor, de una auténtica sensibilidad ante los sufrimientos del prójimo y de una verdadera compasión, pues solamente esta paz del corazón nos libera de nosotros mismos, aumenta nuestra sensibilidad hacia los otros y nos hace disponibles para el prójimo.

Hemos de añadir que únicamente el hombre que goza de esta paz interior puede ayudar eficazmente a su hermano. ¿Cómo comunicar la paz a los otros si carezco de ella? ¿Cómo habrá paz en las familias, en la sociedad y entre las personas si, en primer lugar, no hay paz en los corazones?

«Adquiere la paz interior, y una multitud encontrará la salvación a tu lado», decía San Serafín de Sarov. Para adquirir esta paz interior, él se esforzó por vivir muchos años luchando por la conversión del corazón y por una oración incesante. Tras dieciséis años de fraile, dieciséis como eremita y luego otros

dieciséis recluido en una celda, sólo comenzó a tener una influencia visible después de vivir cuarenta y ocho años entregado al Señor. Pero a partir de entonces, ¡qué frutos! Miles de peregrinos se acercaban a él y marchaban reconfortados, liberados de sus dudas e inquietudes, descifrada su vocación, y curados en sus cuerpos y en sus almas.

Las palabras de San Serafín atestiguan su experiencia personal, idéntica a la de otros muchos santos. El hecho de conseguir y conservar la paz interior, imposible sin la oración, debiera ser considerado como una prioridad para cualquiera, sobre todo para quien desee hacer algún bien a su prójimo. De otro modo, generalmente no hará más que transmitir sus propias angustias e inquietudes.

3. PAZ Y COMBATE ESPIRITUAL

No obstante, hemos de afirmar otra verdad no menos importante que la enunciada anteriormente: que la vida cristiana es un combate, una lucha sin cuartel. En la carta a los Efesios, San Pablo nos invita a revestirnos de la armadura de Dios para luchar no contra la carne o la sangre, sino contra los principados y potestades, contra los dominadores de ese mundo tenebroso, contra los espíritus malignos que están por las regiones aéreas (Ef 6, 10-17), y detalla todas las piezas de la armadura que hemos de procurarnos.

Todo cristiano debe estar firmemente convencido de que, en ningún caso, su vida espiritual puede ser el desarrollo tranquilo de una vida insignificante, sin historia, sino que debe ser el terreno de una lucha constante, y a veces dolorosa, que sólo dará fin con la muerte: lucha contra el mal, las tentaciones y el pecado que lleva en su interior. Este combate es inevitable, pero hay que considerarlo como una realidad extraordinariamente positiva. Porque «sin guerra no hay paz» (Santa Catalina de Siena), sin combate no hay victoria. Y ese combate es realmente el terreno de nuestra purificación, de nuestro crecimiento espiritual, donde aprendemos a conocernos en nuestra debilidad y a conocer a Dios en su infinita misericordia; en definitiva, ese combate es el ámbito de nuestra transfiguración y de nuestra glorificación.

Sin embargo, el combate espiritual del cristiano, aunque en ocasiones sea duro, no es en modo alguno la lucha desesperada del que se debate en medio de la soledad y la ceguera sin ninguna certeza en cuanto al resultado de ese enfrentamiento. Es el combate del que lucha con la absoluta certeza de que ya ha conseguido la victoria, pues el Señor ha resucitado: «No llores, ha vencido el león de la tribu de Judá» (Ap 5, 5). No combate con su fuerza, sino con la del Señor que le dice: «Te basta mi gracia, pues mi fuerza se hace perfecta en la flaqueza» (2 Co 12, 9), y su arma principal no es la firmeza natural del carácter o la capacidad humana, sino la fe, esa adhesión total a Cristo que le permite, incluso en los peores momentos, abandonarse con una confianza ciega en Aquel que no puede abandonarlo. «Todo lo puedo en Aquel que me conforta» (Flp 4, 13). El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?» (Sal 27).

El cristiano, llamado como está a «resistir hasta la sangre luchando contra el pecado» (Heb 12, 4), combate a veces con violencia, pero combate con un corazón sereno, y ese combate es tanto más eficaz cuanto más sereno está su

corazón. Porque, como ya hemos dicho, es justamente esa paz interior la que le permite luchar no con sus propias fuerzas, que quedarían rápidamente agotadas, sino con las de Dios.

4. LA PAZ SUELE ESTAR EN JUEGO A LO LARGO DE LA LUCHA

No obstante, debemos precisar una cosa más. Cualquiera que sea la violencia de la batalla, el creyente se esforzará por mantener la paz del corazón para dejar que el Dios de los Ejércitos luche en él. Además, debe ser consciente de que la paz interior no sólo es la condición del combate espiritual, sino que suele ser lo que está en juego. Frecuentemente, el combate espiritual consiste precisamente en eso: en defender la paz interior contra el enemigo que se esfuerza por arrebatárnosla.

En efecto, una de las estrategias más habituales del demonio para alejar a un alma de Dios y retrasar su progreso espiritual, consiste en intentar hacerle perder la paz interior. Lorenzo Scupoli, uno de los grandes maestros espirituales del siglo xvi, muy apreciado por San Francisco de Sales, nos dice: «El demonio pone en juego todo su esfuerzo para arrancar la paz de nuestro corazón, porque sabe que Dios mora en la paz, y en la paz realiza cosas grandes».

Recordarlo es extraordinariamente útil, pues puede suceder que en el transcurso cotidiano de nuestra vida cristiana nos equivoquemos de combate, por decirlo así, y que orientemos mal nuestros esfuerzos: en lugar de combatir en el auténtico campo de batalla en el que, por la gracia de Dios, estamos siempre seguros de vencer, luchamos en un terreno al que el demonio nos atrae sutilmente y donde puede vencernos. Y ese es uno de los grandes «secretos» de la lucha espiritual: no equivocarnos de con: ale, saber discernir, a pesar de la astucia del enemigo, cuál es el auténtico campo de batalla, contra qué hemos de luchar realmente, y dónde debemos centrar nuestro esfuerzo.

Por ejemplo, creemos que vencer en el combate espiritual significa librarnos de todos nuestros defectos, no sucumbir nunca a la tentación y dar fin a nuestras debilidades y nuestros fallos. Pero, ¡si en ese terreno somos vencidos inexorablemente! ¿Quién puede pretender no caer jamás? Ciertamente, eso no es lo que Dios exige de nosotros, pues Él conoce de qué hemos sido hechos, se acuerda de que no somos más que polvo (Sal 102).

Por el contrario, el auténtico combate espiritual, más que la lucha por una victoria definitiva o por una infalibilidad totalmente fuera de nuestro alcance, consiste sobre todo en aprender a aceptar nuestros ocasionales fallos sin desanimarnos, a no perder la paz del corazón cuando caemos lamentablemente, a no entristecernos en exceso por nuestras derrotas, y a saber aprovechar nuestros fracasos para saltar más arriba... Eso es siempre posible, a condición de que no nos angustiemos y conservemos la paz...

Podríamos, pues, enunciar razonablemente este principio: el objeto fundamental del combate espiritual, hacia el que debe tender prioritariamente nuestro esfuerzo, no es conseguir siempre la victoria (sobre nuestras tentaciones o nuestras debilidades), sino, más bien, aprender a conservar la paz del corazón en cualquier circunstancia, incluso en caso de derrota. Sólo así

podremos alcanzar el otro objetivo, que consiste en la eliminación de nuestras caídas, defectos, imperfecciones y pecados. Debemos aspirar a esta victoria y deseársela, pero siendo conscientes de que no la obtendremos gracias a nuestras fuerzas, y por lo tanto, que no hemos de pretender alcanzarla inmediatamente. Sólo la gracia de Dios nos conseguirá la victoria, gracia cuya acción será más poderosa y eficaz siempre que mantengamos nuestro interior en la paz y el abandono confiado en las manos de nuestro Padre del Cielo.

5. LAS RAZONES POR LAS QUE PERDEMOS LA PAZ SON SIEMPRE MALAS RAZONES

Uno de los aspectos dominantes del combate espiritual es la lucha en el plano del pensamiento. Luchar significa con frecuencia oponer unos pensamientos que pueden reconfortarnos y devolvernos la paz, a los que provienen de nuestro propio espíritu, de la mentalidad que nos rodea, o incluso en ocasiones del Enemigo (el origen importa muy poco) y que nos llevan a la confusión, al temor, o al desaliento. Respecto a este combate, dichoso el hombre que ha llenado su aljaba (Sal 127) con esas flechas que son los buenos pensamientos, es decir, esas convicciones sólidas basadas en la fe que nutren la inteligencia y fortalecen el corazón en el momento de la prueba.

Entre esas flechas en la mano del héroe, figura una de las afirmaciones de fe que debe habitar en nosotros permanentemente, es decir que todas las razones que tenemos para perder la paz son malas razones.

Ciertamente, esta convicción no puede basarse en consideraciones humanas. No puede ser más que una certeza de fe, fundada en la Palabra de Dios. Jesús nos ha dicho claramente que no se apoya en las razones del mundo: «La paz os dejo, mi paz os doy; no como el mundo la da yo os la doy. No se turbe vuestro corazón, ni se acobarde...» (Jn 14, 27).

Si buscamos la paz como la da el mundo, si esperamos nuestra paz por las razones del mundo, motivos por los que, según la mentalidad que nos rodea, se puede estar en paz (porque todo va bien, no tenemos contrariedades, nuestros deseos están absolutamente satisfechos, etc.), es seguro que nunca la encontraremos, o que nuestra paz será extremadamente frágil y de corta duración.

Para nosotros, creyentes, la razón esencial en virtud de la cual podemos estar siempre en paz no procede del mundo. «Mi reino no es de este mundo» (Jn 18, 36). Viene de la confianza en la Palabra de Jesús.

Cuando el Señor afirma que nos deja la paz, que nos da la paz, sus palabras son palabras divinas, palabras que tienen la misma fuerza creadora que las que hicieron surgir el cielo y la tierra de la nada, el mismo peso que las que calmaron la tempestad, las palabras que curaron a los enfermos y resucitaron a los muertos. Y puesto que Jesús nos declara en dos ocasiones que nos da su paz, creemos que esta paz no se nos retirará jamás. «Los dones y la vocación de Dios son irrevocables» (Rom 11, 29). Lo que ocurre es que no siempre sabemos recibirlos o conservarlos, porque con frecuencia nos falta la fe...

«Os he dicho esto para que tengáis paz en mí. En el mundo tendréis tribulación; pero confiad: yo he vencido al mundo» (Jn 16, 33). En Jesús podemos permanecer siempre en paz porque El ha vencido al mundo, porque

ha resucitado de entre los muertos. Por su muerte ha vencido a la muerte, ha anulado la sentencia de condenación que pesaba sobre nosotros. Ha mostrado la benevolencia de Dios hacia nosotros. Y «si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?... ¿Quién nos separará del amor de Cristo?» (Rom 8, 31).

A partir de ese fundamento inquebrantable de la fe, vamos a examinar ahora ciertas situaciones en las que frecuentemente solemos perder, en mayor o menor medida, la paz del corazón. A la luz de la fe trataremos de poner en evidencia lo vano que nos resulta trastornarnos así.

No obstante, será útil hacer previamente algunos comentarios a fin de concretar a quién se dirigen y para quién son válidas las consideraciones que vamos a exponer sobre este tema.

6. LA BUENA VOLUNTAD, CONDICIÓN NECESARIA PARA LA PAZ

Bien entendido, la paz interior de la que tratamos no se puede considerar como patrimonio de todos los hombres independientemente de su actitud en relación con Dios.

El hombre que se enfrenta a Dios, que más o menos conscientemente le huye, o huye de algunas de sus llamadas o exigencias, no podrá vivir en paz. Cuando un hombre está cerca de Dios, ama a su Señor y desea servirle, la estrategia habitual del demonio consiste en hacerle perder la paz del corazón, mientras que, por el contrario, Dios acude en su ayuda para devolvérsela. Pero esta ley cambia radicalmente para una persona cuyo corazón está lejos de Dios, que vive en medio de la indiferencia y el mal: el demonio tratará de tranquilizarla, de mantenerla en una falsa quietud, mientras que el Señor, que desea su salvación y su conversión, agitará e inquietará su conciencia para intentar inducirle al arrepentimiento.

El hombre no puede vivir en una paz profunda y duradera si está lejos de Dios, si su íntima voluntad no está totalmente orientada hacia Él: «Nos hiciste para ti, Señor, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti» (San Agustín).

Una condición necesaria para la paz interior es, pues, lo que podríamos llamar la buena voluntad. También se la podría llamar limpieza de corazón. Es la disposición estable y constante del hombre que está decidido a amar a Dios sobre todas las cosas, que en cualquier circunstancia desea sinceramente preferir la voluntad de Dios a la propia, y que no quiere negar conscientemente cosa alguna a Dios. Es posible (e incluso cierto) que el comportamiento de ese hombre a lo largo de su vida no esté en perfecta armonía con esas intenciones y deseos, y que surjan imperfecciones en su cumplimiento, pero sufrirá, pedirá perdón al Señor y tratará de corregirse de ellas. Después de unos momentos de eventual desaliento, se esforzará por volver a la disposición habitual del que quiere decir sí a Dios en todas las cosas sin excepción.

Esto es la buena voluntad. No es la perfección, la santidad plena, pues puede coexistir con vacilaciones, con imperfecciones e incluso con faltas, pero es el camino: es exactamente la disposición habitual del corazón (cuyo fundamento se encuentra en las virtudes de fe, esperanza y caridad) que permite que la gracia de Dios nos conduzca poco a poco hacia la perfección.

Esta buena voluntad, esta disposición habitual de decir sí a Dios, tanto en las cosas grandes como en las pequeñas, es una condición sine qua non de la paz interior. Mientras no adoptemos esta determinación, continuaremos sintiendo en nosotros cierta inquietud y cierta tristeza: la inquietud de no amar a Dios tanto como Él nos invita a amarle, la tristeza de no haber dado todavía todo a Dios. El hombre que ha entregado su voluntad a Dios, en cierto modo ya le ha entregado todo. No podemos estar realmente en paz mientras nuestro corazón no encuentre su unidad; y el corazón sólo estará unificado cuando todos nuestros deseos se subordinen al deseo de amar a Dios, de complacerle y de hacer su voluntad. Por supuesto, eso implica también la determinación habitual de desprendernos de todo lo que sea contrario a Dios. Y en esto consiste la buena voluntad, condición necesaria para la paz del alma.

7. LA BUENA VOLUNTAD, CONDICIÓN SUFICIENTE PARA LA PAZ

No obstante, podemos afirmar recíprocamente que esta buena voluntad basta para tener el derecho de conservar en paz el corazón, incluso si, a pesar de eso, aún tenemos muchos defectos y debilidades: «Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad», como decía el texto latino de la Vulgata.

En efecto, ¿qué nos pide Dios, sino esta buena voluntad? ¿Qué podría exigir de nosotros Él, que es un Padre bueno y compasivo, sino ver que su hijo desea amarle sobre todas las cosas, sufre por no amarle lo suficiente y está dispuesto, incluso si se sabe incapaz, a desprenderse de todo lo que se oponga a esa petición? ¿No tendrá el mismo Dios que intervenir ahora y dar cumplimiento a esos deseos que el hombre es incapaz de alcanzar sólo con sus propios medios?

En ayuda de lo que acabamos de decir, a saber, que la buena voluntad basta para hacernos agradables a Dios, y en consecuencia, para que vivamos en paz, ofrecemos un episodio de la vida de Santa Teresa de Lisieux relatado por su hermana Céline:

«En una ocasión en que Sor Teresa me había mostrado todos mis defectos, yo me sentía triste y un poco desamparada. Pensaba: yo, que tanto deseo alcanzar la virtud, me veo muy lejos; querría ser dulce, paciente, humilde, caritativa, ¡ay, no lo conseguiré jamás!... Sin embargo, en la oración de la tarde, leí que, al expresar Santa Gertrudis ese mismo deseo, Nuestro Señor le había respondido: "En todo y sobre todo, ten buena voluntad: esa sola disposición dará a tu alma el brillo y el mérito especial de todas las virtudes. Todo el que tiene buena voluntad, el deseo sincero de procurar mi gloria, de darme gracias, de compadecerse de mis sufrimientos, de amarme y servirme como todas las criaturas juntas, recibirá indudablemente unas recompensas dignas de mi liberalidad, y su deseo le será en ocasiones más provechoso que a otros les son sus buenas obras."

»Muy contenta por aquellas frases, prosigue Céline, siempre en beneficio mío, se las comuniqué a Sor Teresa que, sobreabundando, añadió: "¿Has leído lo que se cuenta de la vida del Padre Surin? Mientras hacía un exorcismo, los demonios le dijeron: 'Lo conseguimos todo; ¡únicamente no logramos vencer a esa perra de la buena voluntad!' Pues bien, si no tienes virtud, tienes una 'perrita' que te salvará de todos los peligros. ¡Consuélate; te llevará al Paraíso!

¡Ah!, ¿dónde hay un alma que no desee alcanzar la virtud? ¡Es la vía común! ¡Pero qué poco numerosas son las que aceptan caer, ser débiles, que se sienten felices de verse por los suelos y que las demás las sorprendan en ese trance!"» (Consejos y Recuerdos de Sor Genoveva).

Como vemos en este texto, el concepto que Teresa (la santa más grande de los tiempos modernos, en palabras del Papa Pío XI) tenía de la perfección no es en absoluto el que nosotros tenemos espontáneamente. Pero volveremos sobre este punto. Limitémonos por el momento a recordar lo que se refiere a la buena voluntad, y pasemos a lo que habíamos anunciado, es decir al examen de las diferentes razones por las que perdemos frecuentemente la paz del corazón.

II. CÓMO REACCIONAR ANTE LO QUE NOS HACE PERDER LA PAZ

1. LAS PREOCUPACIONES DE LA VIDA Y EL TEMOR A FALLAR

La causa más común por la que podemos perder la paz es el temor suscitado por ciertas situaciones que nos afectan personalmente haciendo que nos sintamos amenazados: aprensión ante las dificultades presentes o futuras, temor de fallar en algo importante, de no llevar a cabo tal o cual proyecto, etc. Los ejemplos son infinitos e inciden en todos los aspectos de nuestra vida: salud, vida familiar y profesional, conducta moral o la misma vida espiritual.

De hecho, en cada ocasión se trata de un bien de naturaleza variable, material (dinero, salud, fuerzas), moral (aptitudes humanas, estima, afecto hacia determinadas personas) o incluso espiritual; un bien que deseamos o consideramos necesario, que tenemos miedo de perder, de no conseguir, o del que carecemos realmente. Y la inquietud que nos provoca su falta, o el temor de fallar nos hacen perder la paz.

¿Qué es lo que nos permitirá permanecer siempre en paz frente a esta clase de situaciones? Ciertamente no bastan los recursos ni la sabiduría humana, ni sus cautelas, previsiones, reservas y seguridades de todo tipo. ¿Quién puede garantizarse la posesión de un bien, cualquiera que sea su naturaleza? No se consigue a base de cálculos y de preocupaciones. «¿Quién de vosotros, por mucho que se preocupe, puede añadir a su estatura un solo codo» (Mt 6, 27). El hombre nunca está seguro de obtener lo que desea; todo lo que tiene entre sus manos puede desaparecer de un momento a otro; no cuenta con garantía alguna en la que pueda apoyarse plenamente... Y este no es realmente el camino que nos indica Jesús. Al contrario, nos dice: «Quien quiera salvar su vida la perderá» (Mt 16, 25).

Se puede decir que el medio más seguro de perder la paz es precisamente tratar de asegurar la propia vida con la única ayuda de medios humanos, de proyectos y decisiones personales, o apoyándose en otro. Dada nuestra incapacidad, la limitación de nuestras fuerzas, la imposibilidad de preverlo todo o las decepciones que pueden procurarnos las personas con las que contamos, el que trata de «salvarse» así se debate entre tormentos e inquietudes.

Para mantener la paz en medio de los avalares de la existencia humana, no tenemos más que una solución: apoyarnos únicamente en Dios con una confianza plena en Él, como ese «Padre del Cielo que sabe que necesitáis todas esas cosas» (Mt 6, 32).

«Por eso os digo: Respecto a vuestra vida, no os preocupéis acerca de qué comeréis, ni respecto a vuestro cuerpo, acerca de qué os pondréis. ¿Acaso no es la vida más que el alimento y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellas? ¿Quién de vosotros, por mucho que se preocupe, puede añadir a su estatura un solo codo? Contemplad cómo crecen los lirios del campo: no se fatigan ni hilan, y yo os digo que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos. Pues si la hierba del campo, que hoy es y mañana se echa al fuego, Dios así la viste, ¿no hará mucho más por vosotros, hombres de poca fe? No andéis, pues, inquietos diciendo: ¿qué comeremos?, o ¿qué beberemos?, o ¿con qué nos vestiremos? Por todas esas cosas se afanan los gentiles. Bien sabe vuestro Padre celestial que necesitáis de todas ellas. Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura. Por tanto, no os inquietéis por el día de mañana, pues el mañana tendrá su propia inquietud. A cada día le basta su contrariedad»(Mt 6, 25-34).

Evidentemente, Jesús no prohíbe que hagamos todo lo necesario para ganar nuestro sustento, para vestirnos y cubrir todas nuestras otras necesidades, pero quiere librarnos de las preocupaciones que nos atormentan y nos hacen perder la paz.

No obstante, muchos se sienten sorprendidos por estas palabras y no las asumen plenamente, incluso se escandalizan por esta manera de ver las cosas. Sin embargo, ¡cuántos disgustos y tormentos inútiles se ahorrarían si quisieran tomar en serio estas palabras que son palabras de Dios, y palabras de amor, de consuelo y de una ternura extraordinaria!

Este es nuestro gran drama: el hombre no tiene confianza en Dios, y entonces, en lugar de abandonarse en las manos dulces y seguras de su Padre del Cielo, busca por todos los medios arreglárselas con sus propias tuerzas, haciéndose así terriblemente desgraciado. ¡Qué injustificada es esta falta de confianza! ¿No es absurdo que un hijo dude así de su Padre, cuando ese Padre es el mejor y más poderoso que puede existir, cuando ese Padre es el Padre del Cielo?

A pesar de eso, vivimos frecuentemente en medio de esa absurda situación. Escuchemos el reproche que el Señor nos dirige por boca de Santa Catalina de Siena:

«Por qué no confías en mí, tu Creador? ¿Por qué te apoyas en ti? ¿No soy fiel y leal contigo?... Redimido, y recuperada la gracia en virtud de la sangre de mi Hijo único, el hombre puede, pues, decir que ha experimentado mi fidelidad. Y sin embargo, parece que todavía duda de que yo sea lo bastante poderoso como para socorrerle, lo bastante fuerte como para asistirle y defenderle contra sus enemigos, lo bastante sabio como para iluminar el ojo de su inteligencia, o de que tengo la clemencia necesaria como para querer darle lo que precisa para su salvación. Parece creer que no soy lo bastante rico como para hacer su fortuna, ni lo bastante hermoso como para hacerle hermoso; se

diría que tiene miedo de no encontrar en mí el pan para alimentarse ni el vestido para cubrirse.» (Diálogo, cap. 14).

Por ejemplo, son muchos los jóvenes que dudan en entregar totalmente su vida a Dios porque no confían en que Él sea capaz de hacerles plenamente felices. ¡Y al tratar de asegurarse su propia felicidad, se vuelven tristes y desdichados!

Esa es la gran victoria del Padre de la Mentira, del Acusador: ¡conseguir poner en el corazón de un hijo de Dios la desconfianza hacia su Padre!

Sin embargo, todos llegamos al mundo marcados por esta desconfianza: eso es el pecado original. Y toda nuestra vida espiritual consiste precisamente en un largo proceso de reeducación con objeto de recuperar, por la gracia del Espíritu Santo, esa confianza perdida que nos hace decir de nuevo a Dios: ¡Abba, Padre!».

Es cierto que ese «regreso a la confianza» nos resulta muy difícil, largo y penoso. Surgen dos obstáculos principales.

2. NUESTRA DIFICULTAD PARA CREER EN LA PROVIDENCIA

El primer obstáculo consiste en que, mientras no hayamos experimentado concretamente esa fidelidad de la Divina Providencia para proveer nuestras necesidades esenciales, nos cuesta creer y abandonarnos en ella. Somos obcecados, no nos bastan las palabras de Jesús; ¡para creer, queremos ver por lo menos un poco! Ahora bien, no la vemos actuar claramente entre nosotros... En ese caso, ¿cómo experimentarla?

Es importante saber una cosa: sólo experimentaremos el apoyo de Dios si le dejamos el espacio necesario para que pueda manifestarse. Me gustaría hacer una comparación: mientras el paracaidista no salte al vacío, no podrá comprobar que le sostienen las cuerdas, pues el paracaídas aún no ha tenido la posibilidad de abrirse. Es preciso saltar primero, y sólo entonces se sentirá sostenido. En la vida espiritual ocurre lo mismo: «Dios nos da en la medida en que esperamos de Él», dice San Juan de la Cruz. Y San Francisco de Sales: «La medida de la Providencia Divina para nosotros es la confianza que tenemos en ella». Ahí radica el auténtico problema: muchos no creen en la Providencia porque nunca la han experimentado, pero no la han experimentado porque nunca han dado el salto en el vacío, el salto de la fe, y no le dejan la posibilidad de intervenir: lo calculan todo, lo prevén todo, tratan de resolverlo todo por sus propios medios en lugar de contar con Dios. Los fundadores de órdenes religiosas van audazmente por delante en este espíritu de fe: compran casas sin tener un céntimo o recogen a pobres sin contar con qué alimentarlos. Entonces, Dios hace milagros a su favor, y llegan los cheques y se llenan los graneros. Pero con demasiada frecuencia, al cabo de unas generaciones, todo está planificado, contabilizado, y nadie se compromete a un gasto sin estar seguro de poder cubrirlo. ¿Cómo podrá manifestarse la Providencia? Y esto es también válido en el plano espiritual. Si para estar seguro de no quedar en mal lugar ante su auditorio, un sacerdote redacta todos sus sermones y sus conferencias hasta la última coma, sin haber tenido nunca la audacia de lanzarse a predicar apoyándose como única preparación en la oración y la confianza en Dios, ¿cómo llegará a experimentar la ayuda del Espíritu Santo

que habla a través de su boca según las palabras del Evangelio: «No os preocupéis de cómo o qué habéis de hablar, porque se os dará en aquella hora lo que habéis de decir. Pues no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre el que habla en vosotros» (Mt 10, 19).

Seamos claros: evidentemente, no queremos decir que ser previsor, hacer un presupuesto o preparar un sermón sea mala cosa. ¡Nuestros talentos naturales son también instrumentos en manos de la Providencia!, pero todo depende del estado de ánimo con que lo hagamos. Tenemos que comprender que hay una enorme diferencia entre la actitud del corazón del que —por temor a verse desprevenido, y no creyendo en la intervención divina a favor de los que cuentan con ella— programa anticipadamente hasta los menores detalles y sólo actúa dentro de la medida exacta de su capacidad actual, y la del que, ciertamente, hace todo lo que es legítimo, pero se abandona confiadamente en Dios para emprender todo lo que le pide y que supera sus posibilidades. ¡Y lo que Dios nos pide está siempre por encima de nuestras posibilidades naturales!

3. EL TEMOR AL SUFRIMIENTO

El otro gran obstáculo para el abandono es la presencia del dolor en nuestra propia vida y en el mundo que nos rodea. Incluso Dios permite el sufrimiento de los que se abandonan en El consintiendo que carezcan de ciertas cosas, a veces de un modo doloroso. ¿En qué pobreza vivió la familia de la pequeña Bernadette de Lourdes? ¿No es un desmentido de las palabras del Evangelio? No, porque el Señor puede permitir que nos falten ciertas cosas (a veces consideradas indispensables a ojos del mundo), pero nunca nos dejará privados de lo esencial: de su presencia, de su paz y de todo lo que, según sus designios, es necesario para la plena realización de nuestra vida. Si permite los sufrimientos, nuestra fuerza radica en creer que «Dios no permite sufrimientos inútiles», como dice Teresa de Lisieux.

Si queremos llevar al límite nuestra fe cristiana, hemos de estar convencidos de que, tanto en el ámbito de nuestra historia personal como en el de la historia del mundo, Dios es lo bastante bueno y poderoso como para utilizar a favor nuestro todo el mal, cualquiera que sea, y todo el sufrimiento, por absurdo e inútil que parezca. No podemos tener una certeza matemática o filosófica de esto: sólo puede ser un acto de fe, pero es precisamente ese acto de fe el que nos invita a proclamar la Resurrección de Jesús, entendida y asumida como la victoria definitiva de Dios sobre el mal.

El mal es un misterio, un escándalo, y lo será siempre. Hay que hacer lo posible por eliminarlo, por aliviar el dolor, pero está siempre presente en nuestra historia personal y en la del mundo. Su lugar en la economía de-la Redención compete a la Sabiduría de Dios, que no es la sabiduría de los hombres, y que siempre llevará en sí algo incomprensible: «Porque no son mis pensamientos vuestros pensamientos, ni mis caminos vuestros caminos, dice Yahvé. Cuanto son los cielos más altos que la tierra, tanto están mis caminos por encima de los vuestros, y por encima de los vuestros mis pensamientos» (Is 55, 9).

En ciertos momentos de su vida, el cristiano se verá, pues, invitado a creer en contra de las apariencias, a «esperar contra toda esperanza» (Rom 4, 18). Inevitablemente, surgen ocasiones en las que no podemos comprender los motivos de la actuación de Dios, porque en ellas no interviene la sabiduría de los hombres, una sabiduría a nuestro alcance, comprensible y explicable por la inteligencia humana, sino la misteriosa e incomprensible Sabiduría divina.

Y ¡afortunadamente no siempre podemos comprender! En caso contrario, ¿cómo sería posible dejar que la Sabiduría de Dios actuara según sus designios? ¿Habría entonces lugar para la confianza? Es cierto que, en muchas cosas, no nos comportaríamos como lo hace Dios. ¡No habríamos elegido la locura de la Cruz como medio de Redención! Afortunadamente, no es nuestra sabiduría, sino la Sabiduría de Dios la que dirige todas las cosas, pues es infinitamente más poderosa y más amante, y sobre todo más misericordiosa.

Y si la Sabiduría de Dios es incomprensible en sus caminos, y a veces desconcertante en su modo de actuar respecto a nosotros, es la prenda, que será también incomprensible, de lo que prepara para los que esperan en ella y que sobrepasa infinitamente en gloria y belleza a lo que podamos imaginar o concebir: «Lo que ni el ojo vio, ni oído oyó, ni llegó al corazón del hombre, eso preparó Dios para los que le aman» (I Cor 2, 9).

La sabiduría del hombre únicamente puede producir obras a la medida humana; sólo la Sabiduría divina puede llevar a cabo cosas divinas, y a esa grandeza divina nos tiene destinados.

Esta debe ser, pues, nuestra fuerza frente al problema del mal: no una respuesta filosófica, sino una confianza filial en Dios, en su Amor y en su Sabiduría. La certeza de que «todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios», y que «los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que se ha de manifestar en nosotros» (Rom 8, 18).

4. PARA CRECER EN LA CONFIANZA, UNA ORACIÓN DE HIJO

¿Cómo crecer en esta confianza total en Dios, cómo cultivarla y alimentarla en nosotros? Ciertamente, no sólo por especulaciones intelectuales y consideraciones teológicas que no se sostendrán en el momento de la prueba, sino por una mirada de contemplación hacia Jesús.

xLo que realmente inspira confianza es contemplar a Jesús, que da su vida por nosotros, y alimentarnos de ese «amor demasiado grande» que nos manifiesta en la Cruz. ¿Cómo esta prueba suprema de amor —nadie tiene amor mayor que el de dar la vida por sus amigos (Jn 15, 13)— incansablemente contemplada, embargada por una mirada de amor y de fe, no ha de fortalecer poco a poco nuestro corazón con una confianza inquebrantable? ¿Qué se puede temer de un Dios que nos manifiesta su amor de un modo tan evidente? ¿Cómo no ha de estar por nosotros, plena y absolutamente a favor nuestro, cómo no ha de hacer todo por nosotros ese Dios amigo de los hombres que «ni a su propio Hijo perdonó, sino que lo entregó por nosotros»? ¡Y «si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?». Si Dios está con nosotros, ¿qué mal podrá acaecernos?

Vemos así la absoluta necesidad de la contemplación para crecer en la confianza. A fin de cuentas, son demasiadas las personas que se sienten

intranquilas porque no son contemplativas y no se toman el tiempo de alimentar su propio corazón y devolverle la paz con una mirada de amor posada en Jesús. Para resistir al temor, al abatimiento, es preciso que, por medio de la oración, por una experiencia personal del Dios reencontrado, reconocido y amado a través de ella, podamos «gustar y ver qué bueno es el Señor» (Sal 34). La certeza que infunde en nosotros el hábito de la oración es más fuerte que la que se desprende de los razonamientos, aunque sean de la más alta teología.

Para resistir a los incesantes asaltos del mal y a los pensamientos de desaliento y desconfianza, nuestra oración ha de ser incesante e incansable. En numerosas ocasiones he acudido a hacer la hora cotidiana de adoración al Santísimo Sacramento en un estado de preocupación y desánimo y, sin que haya ocurrido nada de particular, sin decir ni sentir alguna cosa especial, he salido con el corazón apaciguado. Las circunstancias exteriores eran las mismas, los problemas seguían pendientes de resolver, pero el corazón había cambiado y, a partir de entonces, podía afrontarlos tranquilamente. El Espíritu Santo había hecho su trabajo en secreto.

Nunca insistiremos bastante en la necesidad de la oración silenciosa, la auténtica fuente de la paz interior. ¿Cómo abandonarse en Dios y confiar en Él, si sólo lo conocemos de lejos, de oídas! «Sólo de oídas te conocía, pero ahora te han visto mis ojos» (Job 42, 5). El corazón sólo despierta a la confianza si despierta al amor, y tenemos necesidad de experimentar la dulzura y la ternura del corazón de Jesús. Eso se obtiene únicamente gracias al hábito de la oración, de ese dulce descanso en Dios que es la oración contemplativa.

Aprendamos pues a abandonarnos con la sencillez de los niños, a confiar totalmente en Dios tanto en las cosas grandes como en las pequeñas, y Él manifestará su ternura, su previsión y su fidelidad de un modo a veces conmovedor. Si en ciertos momentos nos trata con aparente rudeza, tiene también delicadezas imprevistas de las que sólo es capaz un amor tan tierno y puro como el suyo. Al final de su vida, San Juan de la Cruz, camino del convento donde terminaría sus días, enfermo, agotado y no pudiendo más, sintió gana de comer espárragos como en su infancia. Junto a la piedra donde se sentó para recobrar el aliento, aparecía un manojo, depositado allí milagrosamente.

En medio de nuestras pruebas experimentaremos esas delicadezas del Amor; no están reservadas a los santos, lo están para todos los pobres que creen realmente que Dios es su Padre. Y serán un poderoso estímulo para que nos abandonemos, un estímulo mucho más eficaz que cualquier razonamiento.

Creo que ahí radica la verdadera respuesta al misterio del mal y del dolor, una respuesta no filosófica, sino existencial: ejercitándome en el abandono, adquiero la experiencia concreta de que, efectivamente, «eso funciona», que Dios hace que todo coopere a mi bien, incluso el mal, incluso el dolor e incluso mis propios pecados. A fin de cuentas, cuando llegan ciertas situaciones que temía, después del primer impacto doloroso me parecen soportables y beneficiosas. Lo que consideraba en contra mía se revela como hecho a mi favor. Entonces me digo: lo que Dios, en su infinita Misericordia, hace por mí, tiene que hacerlo igualmente por los demás, y también por el mundo entero, de un modo misterioso y oculto.

5. O NOS ABANDONAMOS COMPLETAMENTE O NO NOS ABANDONAMOS EN ABSOLUTO...

Es conveniente hacer un comentario a propósito del abandono. Para que sea auténtico y engendre la paz, es preciso que sea pleno; que pongamos todo, sin excepción, en las manos de Dios, no tratando de organizar, de «salvarnos» por nosotros mismos en ningún terreno: material, afectivo o espiritual. No se puede dividir la existencia humana en secciones: en algunas sería legítimo abandonarse en Dios confiadamente, y en otras, por el contrario, convendría «desenvolverse» exclusivamente por uno mismo. Y sepamos una cosa: cualquier realidad que no abandonemos, que pretendamos organizar por nuestra cuenta sin dar «carta blanca» a Dios, continuará inquietándonos de un modo u otro. La medida de nuestra paz interior será la de nuestro abandono, es decir la de nuestro desprendimiento.

El abandono implica así una parte inevitable de renuncia, y eso es lo que nos resulta más difícil. Tenemos una tendencia natural a «apegarnos» a multitud de cosas: bienes materiales, afectos, deseos, proyectos, etc., y nos cuesta terriblemente abandonar la presa, porque tenemos la impresión de perdernos, de morir. En esos momentos hemos de creer con todo nuestro corazón en la frase de Jesús, en esa ley de «quien pierde gana» tan explícita en el Evangelio: «Quien quiera salvar su vida la perderá, pero quien pierda su vida por mí, la encontrará» (Mt 16, 25). El que acepta la renuncia, esa muerte que es el desprendimiento, encuentra la verdadera vida. El hombre que se aferra a algo, que quiere salvaguardar su dominio sobre alguna porción de su vida para administrarlo a su conveniencia sin abandonarlo radicalmente en manos de Dios, hace un cálculo muy equivocado: se carga de preocupaciones inútiles y se expone a la inquietud de perderlo. Al contrario, el que acepta dejar todo en manos de Dios, darle el permiso para que dé y tome a su albedrío, encuentra una paz y una libertad interior inexplicables. «¡Ah, si supiéramos lo que se gana renunciando a todas las cosas!», dice Santa Teresa de Lisieux. Ese es el camino de la felicidad: si le dejamos actuar libremente, Dios es infinitamente más capaz de hacernos felices de lo que somos nosotros, pues nos conoce y nos ama más de lo que nosotros nos conocemos y nos amamos. San Juan de la Cruz expresa esta verdad en otros términos: «Se me han dado todos los bienes desde el momento en que ya no los he buscado». Si nos desprendemos de todo poniéndolo en las manos de Dios, Dios nos devolverá mucho más, el céntuplo, «en esta vida» (Mc 10, 30).

6. DIOS LO PIDE TODO, PERO NO LO TOMA TODO OBLIGATORIAMENTE

A propósito de todo lo que acabamos de considerar, es importante que sepamos desenmascarar un ardid que suele emplear el demonio para desconcertarnos y desalentarnos. Ante algún bien de los que disponemos (un bien material, una amistad, una actividad que nos gusta, etc.), y para impedir que nos abandonemos en Dios, el demonio nos hace imaginar que, si se lo entregamos todo, Dios, efectivamente, nos lo tomará todo y «arrasará» nuestra vida. ¡Eso provoca un temor que nos paraliza por completo! Pero no hay que caer en la trampa. Al contrario, el Señor nos pide únicamente una actitud de

desprendimiento en el corazón, una disposición a darlo todo, pero no necesariamente toma «todo»: nos deja la posesión sosegada de muchas cosas, siempre que puedan servir a sus designios y no sean malas en sí mismas. Sabe también tranquilizarnos ante los escrúpulos que eventualmente podríamos sentir por disfrutar de ciertos bienes o de determinadas satisfacciones humanas, un escrúpulo frecuente entre los que aman al Señor y quieren hacer su voluntad. Hemos de creer firmemente que, si Dios nos pide un desprendimiento efectivo de determinada realidad, nos lo hará comprender claramente en el instante previsto; y ese desprendimiento, incluso si es doloroso en el momento, irá seguido de una profunda paz. Así pues, la actitud adecuada es sencillamente la de estar dispuesto a entregar todo a Dios sin temor alguno y, con una confianza total, dejarle actuar a su gusto.

7. ¿QUÉ HACER CUANDO NO CONSEGUIMOS ABANDONARNOS?

A Marthe Robin le plantearon esta misma pregunta. Su respuesta fue: «¡Abandonarnos de todos modos!» Es la respuesta de una santa y no me permito proponer ninguna otra. Coincide con la frase de Teresa de Lisieux: «¡Mi única ley es el abandono total!».

El abandono no es natural, es una gracia que hay que pedir a Dios. Nos la concederá si rezamos con perseverancia. «Pedid y recibiréis...» (Mt 7, 7).

El abandono es un fruto del Espíritu Santo que el Señor no niega al que lo pide con fe: «Sí vosotros, siendo malos sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más el Padre del Cielo dará el Espíritu Santo a quienes se lo piden!» (Le 11, 13).

8. EL SEÑOR ES MI PASTOR, NADA ME FALTA

Una de las más hermosas expresiones del abandono confiado en las manos de Dios es el salmo 23 de la Biblia:

El Señor es mi pastor, nada me falta.

Me hace recostar en verdes praderas

Y me lleva a frescas aguas.

Recrea mi alma,

me guía por las rectas sendas

por amor de su nombre.

Aunque haya de pasar por un valle tenebroso
no temo mal alguno porque Tú estás conmigo.

Tu clava y tu cayado son mis consuelos.

Tú dispones ante mí una mesa

enfrente de mis enemigos.

Derramas el óleo sobre mi cabeza,

y mi cáliz rebosa.

Sólo bondad y benevolencia me acompañan

todos los días de mi vida.

Y moraré en la casa del Señor

por dilatados días.

Querriamos volver algunos momentos sobre esta sorprendente afirmación de la Sagrada Escritura según la cual Dios no permite que nos falte nada. Eso servirá para desenmascarar una tentación, a veces sutil, en la que caen muchas personas y que paraliza enormemente el avance espiritual.

Se trata concretamente de la tentación de creer que falta algo esencial en nuestra situación (personal, familiar...) y que, a causa de eso, se nos niega el avance y la posibilidad de desarrollarnos espiritualmente.

Por ejemplo, carezco de salud, y entonces no consigo rezar del modo que me parece indispensable; o bien, el entorno familiar me impide organizar mis actividades espirituales como quisiera; o también, no tengo las cualidades, la fuerza, las virtudes y los dones necesarios para hacer algo valioso en el terreno de la vida cristiana. No estoy satisfecho con mi vida, con mi persona o con mis condiciones, y vivo con la constante sensación de que, mientras las cosas sigan así, me será imposible vivir real e intensamente. Me siento en inferioridad respecto a los otros, y llevo conmigo la continua nostalgia de una vida distinta, mejor, más favorable, en la que, por fin, podría hacer cosas importantes.

Según la expresión de Rimbaud, tengo la sensación de que «la verdadera vida está en otra parte», en una parte en la que no está mi vida, y que esta no es una verdadera vida, que, por culpa de algunas limitaciones o algunos sufrimientos, no me ofrece las • condiciones de un auténtico florecimiento espiritual.

Estoy concentrado en lo negativo de mi situación, en lo que me falta para ser feliz, y eso me vuelve descontento, envidioso y desanimado y, en consecuencia, no adelanto; me digo: la auténtica vida está en otra parte y, sencillamente, me olvido de vivir.

No obstante, a veces bastaría muy poca cosa para que todo fuera distinto y yo avanzara a pasos de gigante: bastaría otra mirada, una mirada de confianza y de esperanza en mi situación (basada en la certeza de que nada podrá faltarme). Y entonces, las puertas se abrirían delante de mí: unas posibilidades inesperadas de crecimiento espiritual.

A menudo vivimos en medio de una ilusión: queremos que cambie lo que nos rodea, que cambien las circunstancias, y tenemos la impresión de que, entonces, todo iría mejor. Pero eso suele ser un error: no son las circunstancias exteriores las que han de cambiar: en primer lugar ha de cambiar nuestro corazón, purificándose de su encierro, de su tristeza, de su falta de esperanza: «Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios» (Mt 5, 8). Bienaventurados los que tienen el corazón purificado por la fe y la esperanza, que dirigen hacia su vida una mirada iluminada por la certeza de que, a pesar de las apariencias desfavorables, Dios está presente, atiende a sus necesidades esenciales y que, por lo tanto, nada les falta. Entonces, si tienen esta fe, verán a Dios: experimentarán la presencia de Dios, que les acompaña y les guía; comprenderán que todas aquellas circunstancias que les parecían negativas y perjudiciales para su vida espiritual, en la pedagogía de Dios son, de hecho, medios poderosos para hacerles avanzar y crecer. San Juan de la Cruz dice que «suele ocurrir que, por donde cree perder, el alma gana y aprovecha más». Eso es muy cierto.

En algunas ocasiones estamos tan obnubilados por lo que no funciona, por lo que (isegún nuestros criterios!) debería ser diferente en nuestro caso, que olvidamos lo positivo, además de que no sabemos aprovechar todos los aspectos de nuestra situación, incluso los aparentemente negativos, para acercarnos a Dios y crecer en fe, en amor y en humildad. Lo que nos falta es, sobre todo, la convicción de que «el amor de Dios saca provecho de todo, del bien y del mal que se encuentra en mí» (Santa Teresa de Li-sieux, inspirándose en San Juan de la Cruz). En lugar de lamentarnos y de querer librarnos a toda costa de nuestras imperfecciones, podríamos convertirlas en unas ocasiones espléndidas para avanzar en humildad y confianza en la misericordia de Dios y, como consecuencia, en santidad.

El problema de fondo es que estamos demasiado apegados a nuestras opiniones sobre lo que es bueno y lo que no lo es, y no confiamos suficientemente en la Sabiduría y el poder de Dios. No creemos que sea capaz de usar de todo para nuestro bien y que nunca, en cualquier circunstancia, dejará que nos falte lo esencial, en pocas palabras, lo que nos permita amar más, pues crecer o desarrollarse en la vida espiritual es aprender a amar. Si tuviéramos más fe, muchas circunstancias que consideramos perniciosas podrían convertirse en unas ocasiones maravillosas para amar más, ser más pacientes, más humildes, más dulces, más misericordiosos, y de abandonarnos más en las manos de Dios.

Cuando lleguemos a convencernos de esto, obtendremos una fuerza inmensa: Dios puede permitir que algunas veces me falte el dinero, la salud, el talento, las virtudes, pero nunca me faltará Él mismo, su ayuda y su misericordia, y todo lo que me permita acercarme siempre más estrechamente a Él, amarle más intensamente, amar mejor al prójimo y alcanzar la santidad.

9. ACTITUD QUE DEBEMOS ADOPTAR ANTE EL SUFRIMIENTO DE LOS QUE NOS RODEAN

Frecuentemente surge una situación en la que corremos el riesgo de perder la paz interior: cuando una persona cercana se encuentra en circunstancias difíciles. A veces sentimos más preocupación y angustia por el sufrimiento de un amigo o de un niño, que por el nuestro. En sí, es un hermoso sentimiento, pero no debe ser motivo de desesperación. ¡Cuánta inquietud, exagerada en ocasiones, reina en las familias cuando un miembro sufre una prueba en su salud, está en paro, vive un momento de depresión, etc.! ¡Cuántos padres se dejan atormentar por la preocupación que les causa el problema de alguno de sus hijos...!

Por todas las razones que hemos expuesto en las páginas precedentes, el Señor nos invita, también en esos casos, a no perder la paz interior. Por legítimo que sea nuestro dolor, hemos de permanecer serenos. El Señor no nos abandonará: «¿Puede acaso una mujer olvidarse del hijo que amamanta, no compadecerse del fruto de sus entrañas? ¡Aunque ellas se olvidaran, yo no te olvidaría!» (Is 49, 15).

No obstante, querríamos insistir en el punto siguiente: como veremos a continuación, lo mismo que es importante saber distinguir entre la verdadera y la falsa humildad, entre el auténtico arrepentimiento, sereno y confiado, y el

falso arrepentimiento —los inquietantes remordimientos que nos paralizan—, hemos de saber distinguir entre lo que podríamos llamar la verdadera y la falsa compasión.

Es cierto que, cuanto más avanzamos en la vida cristiana, más crece nuestra compasión. Mientras que por naturaleza somos duros e indiferentes, el espectáculo de la miseria del mundo y el dolor de los hermanos arrancan lágrimas a los santos cuya intimidad con el Señor ha hecho «líquido» su corazón, en palabras del Santo Cura de Ars. Santo Domingo pasaba las noches en llanto y oración suplicando al Señor: «Misericordia mía, ¡qué va a ser de los pecadores!» Y tendríamos derecho a poner en duda el valor de la vida espiritual de la persona que no manifestara una creciente compasión.

Sin embargo, la compasión de los santos, por dispuesta que esté a compartir y aliviar la miseria, siempre es dulce, pacífica y reconfortante. Es un fruto del Espíritu Santo.

Nuestra compasión suele ser inquieta y confusa. Tenemos un modo de implicarnos en el dolor ajeno que no siempre es el adecuado, que a veces procede más del amor propio que de un amor verdadero al prójimo. Creemos que está justificada nuestra preocupación por alguien que está en dificultades, que es una prueba del amor que sentimos por esa persona. Pero eso es falso. Generalmente, en esta actitud se oculta un gran amor propio. No soportamos el sufrimiento ajeno porque tememos sufrir nosotros: también en este caso nos falta confianza en Dios.

Es normal que nos sintamos profundamente afectados por el sufrimiento de un ser querido, pero si por este motivo nos atormentamos hasta el punto de perder la paz, significará que nuestro amor por esa persona no es plenamente espiritual, no es todavía un amor según Dios. Aún es un amor demasiado humano y sin duda egoísta, insuficientemente basado en una inquebrantable confianza en Dios.

Para que la compasión sea verdaderamente una virtud cristiana debe proceder del amor (que consiste en desear el bien de la persona a la luz de Dios y de acuerdo con los planes divinos) y no del temor (miedo al dolor, miedo a perder algo). De hecho, con demasiada frecuencia nuestra actitud ante los que sufren en nuestro entorno está más condicionada por el temor que fundada en el amor.

Una cosa es cierta: Dios ama a nuestros prójimos infinitamente más e infinitamente mejor que nosotros. Desea que creamos en ese amor y que sepamos también abandonar en sus manos a los que amamos. Y, con frecuencia, nuestra ayuda será así más eficaz.

Nuestros hermanos y hermanas que sufren necesitan a su alrededor personas tranquilas, confiadas y alegres, que las ayudarán con mayor eficacia que las angustiadas y preocupadas. Nuestra falsa compasión no hace más que añadir una tristeza a otra, una decepción a otra, y no es una fuente de paz y de esperanza para los que padecen.

Me gustaría dar un ejemplo concreto del que he sido testigo recientemente. Se trata de una mujer joven que sufre de una penosa depresión; los temores y angustias que le produce su enfermedad le impiden salir sola por la ciudad. Su madre, desconsolada y llorando, me suplicaba que rezara por su curación. Yo respeto infinitamente el comprensible dolor de esa madre y, por supuesto,

hemos rezado por su hija. Sin embargo, lo que me sorprendió fue que, cuando un poco más tarde tuve ocasión de hablar con la joven, me di cuenta de que soportaba su padecimiento con gran paz. Me dijo: «Soy incapaz de rezar, pero lo único que no ceso de decir a Jesús son las palabras del Salmo 23: «El Señor es mi pastor, nada me falta». Me dijo también que veía los frutos positivos de su enfermedad, en especial por parte de su padre, que, muy duro respecto a ella en otras ocasiones, ahora había cambiado de actitud.

He visto a menudo casos de este estilo: una persona que sufre una prueba la vive mejor que su entorno, iagitado y nervioso! A veces se multiplican las peticiones de curación, incluso de remisión, y se buscan todos los medios posibles e imaginables con objeto de obtenerla para esa persona, olvidando que, evidentemente, la mano de Dios está sobre ella. No pretendo decir que no haga falta acompañar a las personas que sufren, pedir su curación con una plegaria perseverante y hacer todo lo humano y espiritualmente posible para lograrla; por supuesto, tenemos el deber de hacerlo, pero siempre en un clima de abandono y confianza en las manos de Dios.

10. JESÚS ESTÁ EN TODO EL QUE SUFRE

La razón definitiva que nos ayudará a afrontar serenamente el drama del dolor es la siguiente: hemos de tomar en serio el misterio de la Encarnación y el de la Cruz: Jesús tomó nuestra carne, tomó realmente sobre sí nuestros sufrimientos, y de este modo está en todo el que sufre. En el capítulo 25 del Evangelio de San Mateo sobre el Juicio Final, Jesús dice a los que han visitado a los enfermos y a los presos: «Cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis». Esas palabras del Señor nos enseñan que «a la caída de la tarde nos examinarán en el amor» (San Juan de la Cruz), y en especial del amor a nuestros hermanos necesitados. Es una llamada a la compasión. ¿Acaso esas palabras de Jesús no nos invitan también a reconocer sus rasgos, su presencia en todos los que sufren? Nos llaman a recurrir a todas nuestras fuerzas para aliviar ese sufrimiento, pero también a dirigir sobre él una mirada de esperanza. En todo dolor hay un germen de vida y de resurrección, ya que Jesús en persona está en él.

Si, ante una persona que sufre, estamos convencidos de que es Jesús quien sufre en ella, que, en palabras de San Pablo, completa en ella lo que falta a su Pasión, ¿cómo desesperarse ante ese padecimiento? ¿Acaso no ha resucitado Cristo? ¿No es redentora su Pasión? «No os aflijáis como esos otros que no tienen esperanza» (1 Tes 4, 13).

11. LOS DEFECTOS Y LAS DEFICIENCIAS DE LOS DEMÁS

Ya he aludido a la inquietud ante cualquier mal que amenace o atente contra nuestra persona o contra nuestros prójimos como el motivo más frecuente de la pérdida de la paz interior.

La respuesta es el abandono en las manos de Dios, que nos libra de todo mal o que, si lo permite, nos da la fuerza para soportarlo y transformarlo en beneficio nuestro.

Esta respuesta sigue siendo válida para todas las demás causas que nos hacen perder la paz, en las que vamos a interesarnos ahora y que son casos particulares. No obstante, conviene hablar de ellas, pues si la única ley es el abandono, su práctica toma distintas formas según el origen de nuestros problemas y de nuestras preocupaciones.

Suele suceder que perdamos la paz no porque un sufrimiento nos afecte o nos amenace personalmente, sino más bien a causa del comportamiento, que nos aflige y nos preocupa, de una persona o un grupo de personas. En ese caso, lo que está amenazado no es directamente nuestro bien —en el que, por otra parte, estamos interesados—, sino el bien de nuestra comunidad, de la Iglesia o la salvación de una persona determinada.

Una mujer puede sentirse preocupada porque no ve que se produzca la deseada conversión de su esposo. El superior de una comunidad puede perder la paz viendo que uno de los frailes o de las religiosas hace lo contrario de lo que se espera de ellos. O más simplemente, nos irrita que un pariente no se comporte en la vida cotidiana como creemos que debía conducirse. ¡Cuánto nerviosismo provoca este tipo de situaciones!

La respuesta es la misma que la precedente: la confianza y el abandono. He de hacer todo lo que se me ocurra para ayudar a mejorar a los demás, serena y tranquilamente, y dejar el resto en las manos del Señor, que sabrá sacar provecho de todo.

A propósito de esto, quemamos enunciar un principio general, muy importante para la vida espiritual y para la cotidiana, y que es el punto en el que habitualmente tropezamos cuando se trata de los casos citados anteriormente. Por otra parte, su campo de aplicación es mucho más amplio que el tema de la paciencia con los defectos del prójimo.

Este principio es el siguiente: debemos velar no por desear únicamente cosas buenas en sí mismas, sino también por quererlas de un modo bueno. Estar atentos no sólo a lo que queremos, sino también a la manera en que lo queremos. En efecto: frecuentemente pecamos así: deseamos una cosa que es buena, incluso muy buena, pero la deseamos de un modo que es malo. Para hacerlo comprender mejor, volvamos a uno de los ejemplos anteriores: es normal que un superior de una comunidad vele por la santidad de los que le han sido confiados: es una cosa excelente, conforme con la voluntad de Dios. Sin embargo, si ese superior se enfada, se irrita y pierde la paz ante las imperfecciones o el escaso fervor de sus hermanos, ciertamente el Espíritu Santo no le está inspirando. Y a menudo mostramos esta tendencia: como la cosa que deseamos es buena, incluso realmente querida por Dios, nos creemos justificados para desearla de tal modo que, si no se realiza, nos impacientamos y disgustamos. ¡Cuanto más buena nos parece una cosa, más nos inquietamos y nos preocupamos por obtenerla!

Como ya he dicho, debemos pues, no sólo verificar que las cosas que deseamos son buenas en sí mismas, sino también que es bueno nuestro modo de quererlas y buenas las disposiciones de nuestro corazón. Es decir, que nuestro querer debe seguir siendo sereno, pacífico, paciente, desprendido, abandonado en Dios. No debe ser un querer impaciente, demasiado precipitado, inquieto, irritable, etc. En la vida espiritual suele ocurrir que nuestra actitud es defectuosa: ciertamente no somos de los que quieren cosas malas,

contrarias a Dios; deseamos cosas buenas, en conformidad con la voluntad de Dios, pero todavía las queremos de un modo que no es «el modo de Dios», es decir, el del Espíritu Santo, que es dulce, pacífico y paciente, sino a la manera humana: tenso, precipitado, y defraudado si no logra inmediatamente aquello hacia lo que tiende.

Todos los santos insisten en decirnos que debemos moderar nuestros deseos, incluso los mejores, pues si deseamos al modo humano que hemos descrito, el alma se conturba, se inquieta, pierde la paz y obstaculiza las actuaciones de Dios en ella y en el prójimo.

Eso se aplica a todo, incluso a nuestra propia santificación. ¡Cuántas veces perdemos la paz porque nos parece que nuestra santificación no avanza lo bastante aprisa, que tenemos todavía muchos defectos! Y eso no hace más que retrasar las cosas. San Francisco de Sales llega hasta decir que «nada retrasa tanto el progreso en una virtud como el desear adquirirla con demasiado apresuramiento». Volveremos sobre ello más adelante.

Para terminar, recordemos lo siguiente: la prueba de que estamos en la verdad, que deseamos según el Espíritu Santo, no es sólo que la cosa ansiada sea buena, sino también que conservemos la paz. Un deseo que hace perder la paz, incluso si la cosa deseada es excelente en sí, no es de Dios. Hay que desear y anhelar, pero de un modo libre y desprendido, abandonando en Dios la realización de esos deseos como El lo quiera y cuando lo quiera. Es de gran importancia educar el corazón en este sentido para progresar espiritualmente. Dios es quien hace crecer y quien convierte, no nuestra agitación, nuestra precipitación o nuestra inquietud.

12. PACIENCIA CON EL PRÓJIMO

Apliquemos, pues, todo lo dicho, al deseo que tenemos de que los que nos rodean mejoren su conducta, un deseo que ha de ser sereno y sin inquietudes; sepamos permanecer tranquilos aunque ellos actúen de un modo que consideramos erróneo o injusto. Hagamos, por supuesto, todo lo que dependa de nosotros para ayudarles, es decir reprenderlos o corregirlos en función de las eventuales responsabilidades que tengamos que asumir respecto a ellos, pero hagámoslo todo en un ambiente de cariño y de paz. Y cuando seamos incapaces, permanezcamos tranquilos y dejemos actuar a Dios.

¡Cuántas personas pierden la paz al pretender cambiar a toda costa a quienes les rodean! ¡Cuántas personas casadas se alteran y se irritan porque querrían que su cónyuge no tuviera este defecto o aquel otro! Por el contrario, el Señor nos pide que soportemos con paciencia los defectos del prójimo.

Tenemos que razonar así: si el Señor no ha transformado todavía a esa persona, no ha eliminado de ella tal o cual imperfección, ¡es que la soporta como es! Espera con paciencia el momento oportuno, y yo debo actuar como Él. Tengo que rezar y esperar pacientemente. ¿Por qué ser más exigente y más precipitado que Dios? En ocasiones creo que mi prisa está motivada por el amor, pero Dios ama infinitamente más que yo, y sin embargo ¡se muestra menos impaciente! «Hermanos, tened paciencia hasta la venida del Señor. Mirad, el labrador aguarda el fruto precioso de la tierra, esperándolo con paciencia, mientras caen las lluvias tempranas y tardías» (Sant 5, 7).

Esta paciencia es tanto más importante cuanto que opera en nosotros una purificación indispensable. Aunque creemos desear el bien de los otros o nuestro propio bien, ese deseo suele estar mezclado con una búsqueda de nosotros mismos, de nuestra propia voluntad, del apego a nuestros criterios personales estrechos y limitados, a los que nos aferramos y queremos imponer a los demás, y a veces, incluso a Dios. Debemos liberarnos a toda costa de esa estrechez de corazón y de juicio, a fin de que no se realice el bien que imaginamos, sino el que corresponde a los designios divinos, infinitamente más amplios y más hermosos.

13. PACIENCIA CON NUESTRAS PROPIAS FALTAS Y NUESTRAS IMPERFECCIONES

La persona que ha recorrido determinado camino en la vida espiritual, que desea realmente amar al Señor con todo su corazón y que ha aprendido a confiar en Él y a abandonarse en sus manos en medio de las dificultades, suele correr el riesgo de perder la paz y la tranquilidad del alma en una circunstancia que el demonio aprovecha con frecuencia para desanimarla y desconcertarla.

En esta ocasión se trata de la visión de su miseria, de la experiencia de sus propias faltas y, a pesar de su buena voluntad, de caídas en un terreno u otro. También en este caso es importante comprender que la tristeza, la inquietud y el desánimo que sentimos en el alma después de una falta no son buenos y que, por lo tanto, debemos de hacer todo lo posible para permanecer en paz.

Existe un principio fundamental que debe guiarnos cuando experimentemos a diario nuestras miserias y nuestras caídas: no se trata tanto de hacer unos esfuerzos sobrehumanos para eliminar totalmente nuestros defectos y pecados (¡algo que, en cualquier caso, está fuera de nuestro alcance!), sino de recuperar lo antes posible la paz, evitando la tristeza y el desaliento cuando caigamos en una falta o cuando nos sintamos afectados por la experiencia de nuestras imperfecciones.

Esto no significa dejadez ni resignación ante nuestra mediocridad: al contrario, es el medio para santificarnos más rápidamente. Y así lo demuestran numerosas razones.

La primera es el principio fundamental al que ya hemos aludido en varias ocasiones: Dios actúa en el alma en paz. No conseguiremos liberarnos del pecado con nuestras propias fuerzas, eso solamente lo conseguirá la gracia de Dios. En lugar de rebelarnos contra nosotros mismos, será más eficaz que nos encontremos en paz para dejar actuar a Dios.

La segunda razón es que eso complace más al Señor. ¿Qué es lo que más le agrada? ¿Cuando después de una caída nos descorazonamos y atormentamos, o cuando reaccionamos diciendo: «Señor, te pido perdón, he pecado otra vez, ¡mira lo que soy capaz de hacer por mí mismo! Pero me abandono confiadamente en tu misericordia y en tu perdón y te doy gracias por no haberme permitido pecar aún más gravemente. Me abandono en ti con confianza porque sé que, un día, me curarás por fin. Mientras tanto, te pido que la experiencia de mi miseria me haga más humilde, más dulce con los otros, más consciente de que no puedo nada por mí mismo, sino que todo lo tengo que esperar solamente de tu amor y tu misericordia». La respuesta es clara.

La tercera razón es que la angustia, la tristeza y el desaliento que sentimos después de nuestras faltas y fracasos raramente son puros y no suelen deberse al simple dolor de haber ofendido a Dios: en ello se mezcla una buena parte de orgullo. Nos sentimos tristes y desalentados, no tanto por haber ofendido a Dios, sino porque la imagen ideal que teníamos de nosotros mismos se ha visto brutalmente destruida. ¡Frecuentemente nuestro dolor es el del orgullo herido! Este dolor excesivo es justamente la prueba de que confiábamos en nosotros mismos y en nuestras fuerzas, y no en Dios. Escuchemos a Lorenzo Scupoli, antes citado:

«Un hombre presuntuoso se cree seguro de desconfiar de sí mismo y de confiar en Dios (que son los fundamentos de la vida espiritual, y que, por lo tanto, debemos esforzarnos por adquirir), pero está cometiendo un error que sólo advertirá cuando se produzca alguna caída. Entonces, si se altera, si se aflige, si pierde la esperanza de hacer nuevos progresos en la virtud, demuestra que no ha puesto toda su confianza en Dios sino en sí mismo; y cuanto mayor sea la tristeza y la desesperanza, más culpable se considerará. Cuando el que desconfía de sí mismo y confía totalmente en Dios comete alguna falta, no se extraña, no se disgusta ni se inquieta, porque comprende perfectamente que es el resultado de su fragilidad y del poco cuidado que ha tenido en depositar su confianza en Dios. Esa caída, al contrario, le enseña a desconfiar todavía más de sus fuerzas y a confiar cada vez más en la ayuda del Único que tiene el poder; detesta su pecado por encima de todo; condena la pasión o la costumbre perniciosa que ha sido la causa; siente un vivo dolor de haber ofendido a Dios, pero ese dolor, siempre sereno, no le impide volver a sus ocupaciones anteriores, a soportar las pruebas acostumbradas y a perseguir hasta la muerte a sus crueles enemigos...

Existe además la ilusión, muy común, de atribuir a un sentimiento de virtud el temor y la turbación que se siente después del pecado. Aunque la inquietud que sigue al pecado vaya siempre acompañada de cierto dolor, procede, sin embargo, de un fondo de orgullo, de una secreta presunción causada por una excesiva confianza en las propias fuerzas. Así, cuando la persona que se cree asentada en la virtud y desprecia las tentaciones llega a reconocer —por la triste experiencia de sus caídas— que es tan frágil y pecadora como las demás, se asombra ante un hecho que no debía haber sucedido y, privada del débil apoyo con el que contaba, se deja invadir por el disgusto y la desesperanza.

Esta desdicha no sucede nunca en el caso de los humildes, que no presumen de ellos mismos, y solamente se apoyan en Dios, porque cuando caen, ni se sorprenden ni se turban, pues la luz de la verdad que los ilumina les hace ver que su caída es un efecto natural de su debilidad y su inconstancia» (Combate espiritual, cap. 4 y 5).

14. DIOS PUEDE SACAR EL BIEN INCLUSO DE NUESTRAS FALTAS

La cuarta razón por la que esta tristeza y ese desaliento no son buenos radica en que no debemos tomar trágicamente nuestras propias faltas, pues Dios es capaz de sacar un bien de ellas. Santa Teresa de Lisieux gustaba mucho de esta frase de San Juan de la Cruz: «El Amor sabe sacar provecho de todo, del bien como del mal que encuentra en mí, y transformar en El todas las cosas».

Nuestra confianza en Dios debe llegar hasta ahí: hasta creer que Él es lo bastante bueno y poderoso como para sacar provecho de todo, incluidas nuestras faltas y nuestras infidelidades.

Cuando San Agustín cita la frase de San Pablo: «Todo coopera al bien de los que aman a Dios», añade: «Etiam peccata»: ¡incluso el pecado!

Por supuesto, hemos de luchar enérgicamente contra el pecado y batallar por corregir nuestras imperfecciones. Dios vomita a los tibios, y nada enfría tanto el amor como la resignación ante cierta mediocridad, una resignación que es, además, una falta de confianza en Dios y en su capacidad para santificarnos. Cuando hemos sido causantes de cualquier mal debemos también intentar repararlo en la medida de lo posible, pero no debemos sentirnos excesivamente desolados por nuestras faltas, pues, cuando volvemos a Él con un corazón arrepentido. Dios es capaz de hacer surgir un bien de ellas. Esa actitud nos hará crecer en humildad y nos enseñará a poner algo menos de confianza en nuestras propias fuerzas y un poco más solamente en Él.

¡Grande es la misericordia del Señor, que emplea nuestras faltas en beneficio nuestro! Ruysbroek, un místico flamenco de la Edad Media, dice lo siguiente: «En su clemencia, el Señor ha querido volver nuestros pecados contra ellos mismos y a favor nuestro; ha encontrado el medio de hacer que nos sean útiles, de convertirlos en instrumentos de salvación en nuestras manos. Que esto no disminuya nuestro temor a pecar, ni nuestro dolor por haber pecado. Pero nuestros pecados se han convertido, para nosotros, en una fuente de humildad.»

Añadamos que también pueden convertirse en un manantial de ternura y misericordia para con el prójimo. Yo, que caigo tan fácilmente ¿puede permitirme juzgar a mi hermano? ¿Cómo no ser misericordioso con él como el Señor lo ha sido conmigo?

Por lo tanto, después de una falta, cualquiera que sea, en lugar de quedarnos hundidos en medio del desaliento y de machacar sobre ella, debemos volvernos confiadamente a Dios de inmediato e incluso agradecerle el bien que, en su misericordia, isacará de esa falta!

Hemos de saber que una de las armas que el demonio suele emplear para impedir el camino de las almas hacia Dios consiste precisamente en hacerles perder la paz y llegar a desalentarlas a la vista de sus faltas.

Necesitamos saber distinguir el auténtico arrepentimiento, el verdadero deseo de corregirnos —que siempre es tranquilo, apacible y confiado—, del falso arrepentimiento, de esos remordimientos que nos conturban, nos desaniman y nos paralizan. ¡No todos los reproches que proceden de nuestra conciencia están inspirados por el Espíritu Santo! Algunos provienen de nuestro orgullo o del demonio, y tenemos que aprender a discernirlos. Y la paz es un criterio esencial en el discernimiento del espíritu. Los sentimientos que inspira el Espíritu de Dios pueden ser poderosos y profundos, pero no por ello menos sosegados. Oigamos de nuevo a Scupoli:

«Para mantener el corazón en un perfecto sosiego, es necesario también despreciar ciertos remordimientos interiores que parecen venir de Dios, porque son unos reproches que nos hace nuestra conciencia sobre auténticos defectos, pero que proceden del espíritu maligno, según se puede comprobar por las consecuencias. Si los remordimientos de conciencia sirven para humillarnos, si

nos hacen más fervorosos en la práctica de buenas obras, y si no disminuyen en absoluto nuestra confianza en la misericordia divina, hemos de recibirlos con acciones de gracias y como favores del Cielo. Pero si nos causan angustia, si hacen decaer nuestro ánimo, y si nos vuelven perezosos, tímidos o lentos en el cumplimiento de nuestros deberes, hemos de creer que son sugerencias del enemigo y debemos seguir haciendo las cosas del modo habitual, sin dignarnos escucharlas (Combate espiritual, cap. 25).

Comprendamos esto: para la persona de buena voluntad, la gravedad del pecado no radica tanto en la falta en sí, como en el abatimiento que provoca. El que cae, pero se levanta inmediatamente, no ha perdido gran cosa; más bien ha ganado en humildad y en experiencia de la misericordia divina. Pierde más el que permanece triste y abatido. La prueba del progreso espiritual no es tanto la de no caer, sino la de ser capaz de levantarse rápidamente de las caídas.

15. ¿QUÉ HACER CUANDO HEMOS PECADO?

De todo lo que acabamos de decir se deduce una regla de conducta muy importante para nosotros cuando caigamos en cualquier falta. Ciertamente hemos de sentir dolor por haber pecado, pedir perdón a Dios y suplicarle humildemente que nos conceda la gracia de no ofenderle así, y formar el propósito de confesarnos en el momento oportuno. Todo ello sin entristecernos ni desanimarnos, recuperando la paz lo antes posible gracias a las consideraciones antes expuestas, y reanudando nuestra vida espiritual normal como si nada hubiera pasado. ¡Cuanto antes recobremos la paz interior, mejor será! ¡Avanzaremos así mucho más que impacientándonos con nosotros mismos!

Veamos el siguiente ejemplo, muy importante: bajo la confusión que nos invade al caer en cualquier falta, generalmente sentimos la tentación de relajarnos en nuestra vida de piedad, de abandonar, por ejemplo, nuestro tiempo habitual de oración personal. Y encontramos buenas excusas: «¿Cómo yo, que acabo de caer en el pecado, que acabo de ofender al Señor, me voy a presentar ante Él en este estado?» Y a veces pasan varios días hasta que recuperamos nuestros hábitos de oración. Pero eso es un gran error: no es más que la falsa humildad inspirada por el demonio. Es imprescindible no variar nuestros hábitos de oración, sino todo lo contrario. ¿Dónde encontraremos la curación de nuestras faltas sino junto a Jesús? Nuestros pecados son un mal pretexto para alejarnos de Él, pues cuanto más pecadores somos, más necesitamos acercarnos al que dice: «No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos... No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores» (Mt 9, 12-13).

Si esperamos ser justos para llevar una vida de oración habitual, podemos esperar mucho tiempo. Y al contrario, al aceptar presentarnos delante del Señor en nuestra condición de pecadores, recibiremos la curación y poco a poco nos transformaremos en santos.

Hemos de abandonar una ilusión muy importante: ¡querriamos presentarnos delante del Señor únicamente cuando estamos limpios y bien peinados, además de satisfechos de nosotros mismos! Pero en esta actitud hay mucho de

presunción. A fin de cuentas, nos gustaría no necesitar de su misericordia. Sin embargo, ¿qué clase de naturaleza es la de esa pseudo-santidad a la que aspiramos, a veces inconscientemente, que nos haría prescindir de Dios? Por el contrario, la verdadera santidad consiste en reconocer siempre que dependemos exclusivamente de su misericordia.

Para terminar, citaremos un último pasaje del Combate espiritual que nos remite a todo lo dicho y que nos indica la línea de conducta que hemos de seguir cuando caigamos en alguna falta: se titula: «Lo que hemos de hacer cuando recibimos alguna herida en el Combate Espiritual»;

«Cuando os sintáis heridos, es decir cuando veis que habéis cometido alguna falta, sea por mera fragilidad, o intencionadamente y con malicia, no debéis entristeceros demasiado: no os dejéis invadir por el disgusto y la inquietud, sino dirigios inmediatamente a Dios con humilde confianza: "Ahora, ¡oh Dios mío!, dejo ver lo que soy. porque ¿qué podía esperarse de una criatura débil y ciega como yo, sino errores y caídas?" Deteneos un poco en este punto, a fin de recogeros en vosotros mismos y concebir un vivo dolor por vuestras faltas.

Después, sin angustiarnos, dirigid vuestra cólera contra todas las pasiones que os dominan, especialmente contra la causante de vuestro pecado.

"Señor, diréis, habría cometido crímenes aún mayores si, con vuestra infinita bondad, no me hubierais socorrido."

Enseguida, dad miles de gracias a ese Padre de las misericordias; amadle más que nunca, viendo que, lejos de sentirse agraviado por la ofensa que acabáis de hacerle, os tiende de nuevo la mano ante el temor de que caigáis de nuevo en algún desorden semejante.

Por fin, llenos de confianza, decidle: "Muéstralo que eres, ¡oh Dios mío!; haz sentir tu divina misericordia a un humilde pecador; perdona todas mis ofensas; no permitas que me separe, que me aleje ni siquiera un poco de ti. Fortaléceme con tu gracia de tal modo, que no te ofenda jamás."

Después, no os dedicéis a pensar si Dios os ha perdonado o no: eso significa querer preocuparos en vano y perder el tiempo; y en este procedimiento hay mucho orgullo e ilusión diabólica, que, a través de estas inquietudes del alma, trata de perjudicaros y atormentaros. Así, abandonaos en su misericordia divina y continuad vuestras prácticas con la misma tranquilidad del que no ha cometido falta alguna. Incluso si habéis ofendido a Dios varias veces en un solo día, no perdáis jamás la confianza en Él. Practicad lo que os digo la segunda, la tercera y la última vez como la primera... Esta manera de luchar es la que más teme el demonio, porque sabe que agrada mucho a Dios, y porque, verse dominado por el mismo al que ha vencido fácilmente en otras contiendas, le produce siempre un gran desconcierto...

...Si, desgraciadamente, caéis en una falta que os produce angustia y desánimo, lo primero que debéis hacer es tratar de recobrar la paz de vuestra alma y la confianza en Dios...»

Para concluir este punto, querríamos añadir un comentario: es cierto que es peligroso hacer el mal, y que debemos hacer todo lo posible por evitarlo. Pero reconozcamos que, tal y como somos, lo peligroso sería que no hiciéramos más que el bien!

En efecto, marcados por el pecado original, tenemos una tendencia tan enraizada a la soberbia, que nos es difícil, incluso inevitable, hacer algún bien

sin apropiárnoslo, isin atribuirlo al menos en parte a nuestras aptitudes, a nuestros méritos y a nuestra santidad! Si el Señor no permitiera que de vez en cuando actuemos mal, que cometamos errores, icorreríamos un peligro enorme! Caeríamos inmediatamente en la vanidad, en el desprecio hacia el prójimo, y nos olvidaríamos de que todo nos viene de Dios gratuitamente.

Y nada como esta soberbia impide el amor verdadero. Para preservarnos de ese gran mal, el Señor permite en ocasiones un mal menor, como el de caer en algún defecto; y debemos darle las gracias por ello, pues, sin ese parapeto, icorreríamos un gran peligro de perdernos!

16. LA INQUIETUD QUE NOS INVADE CUANDO HEMOS DE TOMAR DECISIONES

La última razón que vamos a estudiar, y que frecuentemente nos hace perder la paz, es la incertidumbre, el desconcierto que provoca en nuestra conciencia el hecho de tener que tomar una decisión que no vemos con claridad. Tenemos miedo de equivocarnos y de que eso tenga consecuencias perjudiciales: tememos no hacer la voluntad del Señor.

Las circunstancias de este tipo pueden ser bastante penosas, y algunos dilemas muy angustiosos. En estas situaciones de incertidumbre nos será especialmente valiosa la actitud general de abandono y confianza de la que hemos hablado, esa entrega de todas las cosas en las manos de Dios que nos impedirá «dramatizar» iincluso las consecuencias que puedan tener nuestros errores!

No obstante, querríamos hacer algunas reflexiones útiles para conservar la paz interior cuando tenemos que tomar decisiones.

Lo primero que hemos de decir (y todo ello de acuerdo con lo expuesto hasta el momento) es que, frente a una decisión importante, uno de los defectos que hemos de evitar evidentemente es el de la precipitación y el apresuramiento excesivos. A menudo es necesaria cierta parsimonia para ponderar bien las cosas y dejar que nuestro corazón se oriente con paz y serenidad hacia la solución acertada. San Vicente de Paúl tomaba las decisiones que se le planteaban después de maduras reflexiones (iy sobre todo de oración!), hasta el punto de que algunos de los que le rodeaban le reprochaban su excesiva lentitud. Pero ipor sus frutos se juzga al árbol!

Antes de adoptar una decisión, es preciso hacer todo lo necesario para ver con claridad, y no decidir de modo precipitado o arbitrario: analizar la situación y sus distintos aspectos; estudiar nuestros motivos para decidir con un corazón limpio, y no en función de nuestros intereses personales; rezar pidiendo al Espíritu Santo la luz y la gracia de actuar conforme a la voluntad de Dios y, por último, pedir eventualmente el consejo de personas que puedan iluminarnos en esta decisión.

En este sentido, hemos de saber que, sobre todo en la vida espiritual, cualquier persona se encontrará en determinadas situaciones en las que no podrá obtener la luz, y será incapaz de decidir en paz si no recurre a un guía espiritual. El Señor no desea que seamos autosuficientes y, como parte de su pedagogía, permite que a veces nos encontremos incapaces de encontrar la luz y la paz por nuestros propios medios, una luz y una paz que no podemos

recibir más que a través de otra persona a la que nos abrimos. En esta apertura del corazón relacionada con dilemas o con preguntas que nos planteamos, hay una actitud humilde y confiada que agrada mucho al Señor y desmonta las trampas que, con objeto de confundirnos o desconcertarnos, nos tiende el enemigo. En determinados momentos de nuestra vida no podremos encontrar solos esa valiosa paz interior de la que tanto hemos hablado: necesitaremos la ayuda de alguien a quien abrir el alma. San Alfonso María de Liguorio era un director de almas excepcional, pero en lo que se refería a su vida interior, solía ser incapaz de orientarse sin la ayuda de una persona a la que se confiaba y cuyos consejos obedecía.

Dicho esto, es importante saber una cosa: a pesar de las precauciones (oración, reflexión, consejo...) que tome una persona para obtener la luz antes de adoptar una decisión y para estar seguro de obedecer a la voluntad de Dios (es un deber tomar estas precauciones, pues no tenemos derecho a decidir con ligereza, sobre todo en terrenos importantes), no siempre obtendrá esta luz de un modo claro y evidente. No siempre tendremos la respuesta cuando, ante una situación concreta, nos preguntemos (¡y siempre debemos hacerlo!): ¿qué debo hacer, cuál es la voluntad del Señor?

Si hacemos un esfuerzo de discernimiento y de búsqueda de la voluntad de Dios, el Señor nos hablará por distintas vías, y nos hará comprender de un modo claro cuál debe ser nuestro modo de actuar. Y entonces tomaremos nuestra decisión en paz.

Sin embargo, puede ocurrir que el Señor no nos responda. ¡Eso es completamente normal! En ocasiones nos deja simplemente libres; a veces, tiene sus razones para no manifestarse. Bueno es saberlo, pues suele ocurrir que, por temor a equivocarse, a no hacer la voluntad de Dios, haya personas que, a toda costa, traten de obtener la respuesta: multiplican las reflexiones, las plegarias, abren la Biblia diez veces para buscar en el texto la luz deseada. Y todo ello, les inquieta y angustia aún más y, sin embargo, no consiguen ver con mayor claridad: tienen un texto, pero no saben cómo interpretarlo.

Si el Señor nos deja así, en medio de la incertidumbre, debemos aceptarlo tranquilamente. Más que querer «forzar las cosas» y atormentarnos inútilmente porque no damos con una respuesta clara, hay que seguir el principio que nos da Sor Faustina:

«Cuando no se sabe qué es lo mejor, hay que reflexionar, estudiar y pedir consejo, porque no tenemos derecho a actuar en medio de la incertidumbre. En la incertidumbre (si continúa) hay que decir: haga lo que haga, estará bien, puesto que intento hacer el bien. Lo que nosotros consideramos bueno, Dios lo acepta y lo considera bueno. No nos entristezcamos si, después de cierto tiempo, vemos que esas cosas no son buenas. Dios mira la intención con la que empezamos y nos concederá la recompensa de acuerdo con esa intención. Es un principio que debemos seguir» (Diario, n.º 799. Ed. Padres Marianos de la Inm. Congregación de la Santísima Virgen María).

A menudo nos atormentamos excesivamente a propósito de nuestras decisiones. Así como hay una falsa humildad, una falsa compasión, podríamos decir lo mismo en lo que concierne a las elecciones. A veces hay lo que podríamos llamar una «falsa obediencia» a Dios: querríamos tener siempre la

plena seguridad de seguir la voluntad de Dios en todas nuestras elecciones y de no equivocarnos jamás, pero en esta actitud hay algo que no es correcto. Por distintos motivos:

Por una parte, ese deseo de saber lo que Dios quiere oculta a veces nuestra dificultad para soportar una situación de incertidumbre: querríamos estar dispensados de tener que decidir por nosotros mismos. No obstante, la voluntad del Señor suele ser la de que sepamos decidir, incluso si no estamos absolutamente seguros de que esta decisión es la mejor. En efecto, en esta capacidad de decidir en medio de la incertidumbre, haciendo lo que creemos lo mejor y sin pasar horas dándole vueltas, existe una actitud de confianza y abandono: «Señor, he reflexionado y rezado para conocer tu voluntad; no la veo muy claramente, pero no me inquieto, y no voy a pasarme horas dándole vueltas: decido tal cosa, porque, bien estudiado, me parece lo mejor que puedo hacer. Y dejo todo en tus manos. Sé muy bien que, incluso si me equivoco, tú no te enfadarás conmigo, pues he actuado con recta intención; y si me equivoco, sé que sabrás sacar un bien de este error mío. ¡Será para mí una fuente de humildad, y obtendré de ello alguna enseñanza!» Y me quedo tranquilo...

Por otra parte, nos gustaría ser infalibles, no equivocarnos jamás, pero en ese deseo hay mucho orgullo, además del temor de vernos juzgados por los demás. Al contrario, el que acepta serenamente sus frecuentes equivocaciones, así como que los demás las adviertan, manifiesta una auténtica humildad y un verdadero amor de Dios.

No tengamos, tampoco, una falsa idea de lo que Dios exige de nosotros: Dios es un Padre bueno y compasivo que conoce las enfermedades de sus hijos y la limitación de nuestros juicios. Nos pide buena voluntad, recta intención, pero en modo alguno nos exige que seamos infalibles ni que nuestras decisiones sean las perfectas! Además, si todas nuestras decisiones fueran perfectas, eso nos acarrearía mucho más mal que bien! Rápidamente nos consideraríamos un superman.

Para terminar, el Señor ama más al que sabe decidir sin atormentarse demasiado aunque se sienta inseguro, y que se abandona confiadamente en Él con todas sus consecuencias, que al que se tortura indefinidamente para saber lo que Dios espera de él, y no se decide jamás. Porque en la primera actitud hay más abandono, más confianza y, por lo tanto, más amor que en la segunda. Dios ama a los que caminan con libertad de espíritu y no se entretienen demasiado en detalles nimios. El perfeccionismo tiene muy poco que ver con la santidad...

Es importante también el hecho de saber distinguir el caso en el que es necesario que nos tomemos el tiempo para discernir y decidir, por ejemplo, cuando tales decisiones afectan al conjunto de nuestra vida, o a la inversa, el caso en que sería estúpido y contrario a la voluntad de Dios el tomarnos demasiado tiempo y adoptar demasiadas precauciones antes de decidir, cuando no hay demasiada diferencia entre un aspecto y otro. Como dice San Francisco de Sales, «si es normal pesar cuidadosamente los lingotes de oro, cuando se trata de monedas menudas nos limitamos a hacer un cálculo rápido». Siempre intentando intranquilizarnos, el demonio nos hace preguntarnos, ante la menor decisión, si actuando de un modo u otro obedecemos

la voluntad del Señor, y suscita en nosotros inquietud, escrúpulos y remordimientos de conciencia por algo que realmente no merece la pena.

Hemos de tener el deseo profundo y constante de obedecer a Dios. Pero este deseo será fruto del Espíritu Santo si va acompañado de paz, de libertad interior, de confianza y de abandono, y no cuando sea una especie de angustia que paraliza la conciencia e impide adoptar una decisión libre.

Es cierto que el Señor puede permitir que atravesemos por momentos en los que el deseo de obedecerle nos cause un auténtico tormento. Se da también el caso de personas escrupulosas por temperamento: es una prueba extremadamente dolorosa de la que el Señor no siempre libra totalmente en esta vida.

Habitualmente hemos de esforzarnos por caminar así, en medio de la libertad interior y de la paz. Y saber, como acabamos de decir, que el demonio trata insistentemente de intranquilizarnos: es astuto y, para inquietarnos, utiliza el deseo que tenemos de cumplir la voluntad de Dios. No hay que «dejarse engañar». Cuando una persona está alejada de Dios, el Adversario la tienta, la atrae hacia el mal. Pero, si esta persona está cerca de Dios, le ama, nada desea tanto como agradarle y obedecerle, aunque el demonio la tienta por medio del mal (¡y qué fácil es detectarlo!), la tienta aún más por medio del bien. Eso significa que se sirve de nuestro deseo de actuar bien para angustiarnos, para hacernos perder la paz y desanimarnos suscitando escrúpulos; nos presenta el bien que hemos de realizar haciéndonos verlo como algo superior a nuestras fuerzas actuales, o que no es lo que Dios nos pide. Quiere persuadirnos de que no hacemos lo suficiente, de que lo que hacemos no lo hacemos realmente por amor de Dios, que el Señor no está contento de nosotros, etc. Por ejemplo, nos hará creer que el Señor nos pide determinado sacrificio del que somos incapaces, y eso nos conturbará extraordinariamente; nos inspira toda clase de preocupaciones y de escrúpulos de conciencia que, pura y simplemente, debemos ignorar arrojándonos en brazos de Dios como niños pequeños. Cuando por razones parecidas a las citadas perdemos la paz, digámonos claramente que el demonio debe estar enredando, y tratemos de recobrar la calma; y si no lo conseguimos solos, abrámonos a una persona de vida interior. Generalmente, el simple hecho de desahogarnos con alguien, bastará para hacer desaparecer íntegramente la angustia y nos devolverá la paz.

A propósito de este espíritu de libertad que debe inspirar todas nuestras acciones y decisiones, terminemos escuchando a San Francisco de Sales:

«Tened el corazón abierto y siempre puesto en la Divina Providencia, lo mismo en las cosas grandes que en las pequeñas, y procurad cada vez más que el espíritu de calma y de tranquilidad inunde vuestro corazón.» (A Mme. de la Flechére, 13 de mayo de 1609).

«Os he dicho con frecuencia que no es necesario ser demasiado puntilloso en el ejercicio de las virtudes, sino que hay que ir hacia ellas prontamente, francamente, ingenuamente, a la buena de Dios, con libertad, con buena fe, grosso modo. Yo temo a las almas raquílicas y sombrías. Deseo que, en el camino hacia Nuestro Señor, mostréis un corazón grande y generoso.» (A Mme. de Chantal, 1 de noviembre de 1604).

17. EL CAMINO REAL DEL AMOR

En definitiva, ¿por qué este modo de avanzar, basado en la paz, en la libertad, en el confiado abandono en Dios, en la aceptación serena de nuestras enfermedades e incluso de nuestras caídas, es el camino aconsejable? ¿Por qué es más acertado que la búsqueda de la voluntad de Dios que se lleva a cabo en medio de la preocupación, de los escrúpulos, de un deseo tenso e inquieto de perfección?

Porque la única perfección verdadera es la del amor, y hay más amor de Dios en el primer modo de proceder que en el segundo. Sor Faustina decía: «Cuando no sé qué hacer, pregunto al amor, ¡es el mejor consejero!» El Señor nos llama a la perfección: «¡Sed perfectos como mi Padre celestial es perfecto!» Pero, según el Evangelio, no es más perfecto el que se comporta de un modo irreprochable, sino el que ama más.

La conducta más perfecta no es la del que corresponde a la imagen que a veces nos hacemos de la perfección como la de un comportamiento impecable, infalible y sin tacha: es la del que tiene más amor desinteresado de Dios, y menos de búsqueda orgullosa de sí mismo. El que acepta ser débil, pequeño, caer con frecuencia, no ser nada a sus propios ojos y a los de los demás, sin preocuparse excesivamente por ello, pues le anima una gran confianza en Dios y sabe que su amor es infinitamente más importante y pesa mucho más que sus propias faltas e imperfecciones, ése ama más que aquel cuyo afán por su propia perfección le empuja al desasosiego.

«Bienaventurados los pobres de Espíritu porque de ellos es el Reino de los Cielos»: bienaventurados los que, iluminados por el Espíritu Santo, han aprendido a no hacer un drama de su pobreza, sino a aceptarla alegremente porque no ponen su esperanza en ellos mismos, sino en Dios. Dios será su riqueza, su perfección, su santidad, sus deseos... Bienaventurados los que saben amar su pobreza porque dan a Dios una ocasión maravillosa para manifestar la inmensidad de su Amor y su Misericordia. Alcanzaremos la santidad el día en que nuestra impotencia y nuestra nada no sean un motivo de tristeza y de inquietud para nosotros, sino un motivo de paz y de alegría.

Este camino de la pobreza, que es también el camino del amor, es el más eficaz para hacernos crecer, para ir adquiriendo progresivamente todas las virtudes y para purificarnos de nuestras faltas. Sólo el amor es fuente de crecimiento; sólo él es fecundo; sólo el amor purifica profundamente del pecado. «El fuego del amor purifica más que el fuego del purgatorio» (Teresa de Lisieux). Este camino basado en la aceptación gozosa de la propia pobreza no es en absoluto una resignación ante la mediocridad ni una abdicación de nuestras aspiraciones a la perfección; es la vía más rápida y más segura que nos conduce a ella, porque nos coloca en unas disposiciones de pequeñez, confianza y abandono por las que nos ponemos plenamente en las manos de Dios, cuya gracia puede actuar entonces conduciéndonos, por pura misericordia, a esa perfección que en ningún caso podríamos alcanzar por nuestras propias fuerzas.

18. ALGUNOS CONSEJOS A MODO DE CONCLUSIÓN

Tratemos, pues, de poner en práctica todo lo dicho, con paciencia y perseverancia y sobre todo, i sin desanimarnos si no lo conseguimos completamente! Si puedo permitirme esta fórmula algo paradójica, sobre todo no hay que perder la paz porque ino siempre conseguimos permanecer en la paz tanto como querríamos! Nuestra reeducación es lenta, y necesitamos mucha paciencia con nosotros mismos.

Así pues, principio fundamental: «¡No me desanimaré nunca!» Es de nuevo una frase de Santa Teresita, que es el modelo acabado del espíritu que hemos tratado de describir en estas páginas. Y recordemos también una frase de la gran Santa Teresa de Jesús: «La paciencia todo lo alcanza».

Otro principio práctico es el siguiente: isi no soy capaz de hacer cosas grandes no me descorazono, porque hago las pequeñas! En ocasiones, incapaces de hacer cosas grandes, de realizar actos heroicos, desdeñamos las cosas pequeñas que están a nuestro alcance, y que, sin embargo, son extraordinariamente fecundas para el progreso espiritual y fuente de una gran alegría: «Siervo bueno y fiel; has sido fiel en lo poco, yo te confiaré lo mucho: entra en el gozo de tu Señor» (Mt 25, 21). Si el Señor nos encuentra fieles, perseverando en nuestros menudos esfuerzos por poner por obra lo que espera de nosotros, Él mismo intervendrá y nos colocará en un lugar más elevado. Consecuencia: no soy capaz de conservar la paz en circunstancias difíciles, pues bien, empezaré por conservarla en las situaciones más sencillas de todos los días; llevaré a cabo mis tareas cotidianas sin nervios y con serenidad, empeñándome en hacer bien cada cosa en el momento presente, sin preocuparme por la siguiente; hablaré con los que me rodean en un tono dulce y sosegado, y evitaré la precipitación en mis gestos, ihasta en mi modo de subir las escaleras! ¡Los primeros peldaños de la escalera de la santidad, muy bien pueden ser los de mi apartamento! ¡El alma se reeduca frecuentemente por medio del cuerpo! Las cosas pequeñas, hechas por amor y para agradar a Dios, son extremadamente provechosas para hacernos crecer: ese es uno de los secretos de la santidad de Santa Teresita de Lisieux. Y si perseveramos así en la oración y en esos gestos menudos de nuestra colaboración con la gracia, podremos vivir las palabras de San Pablo:

«Por nada os inquietéis, sino presentad en toda oración y plegaria al Señor vuestras peticiones, acompañadas de la acción de gracias. Y la paz de Dios, que supera toda inteligencia, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús» (Flp 4, 6-7).

Y nada podrá arrebatarnos esta paz.

III. LO QUE NOS DICEN LOS SANTOS

JUAN DE BONILLA

Franciscano español del siglo xvi, autor de un espléndido Tratado sobre la paz del alma.

1. LA PAZ, CAMINO HACIA LA PERFECCIÓN

La experiencia os demostrará que la paz, que inundará vuestra alma con la caridad, el amor a Dios y al prójimo, es el camino recto hacia la vida eterna. Cuidad de no dejar que vuestro corazón se turbe, se entristezca, se conmueva o se mezcle con lo que podría causarle inquietud. Trabajad siempre por mantenerlo tranquilo, pues el Señor dice: «Bienaventurados los pacíficos». Hacedlo y el Señor edificará en vuestra alma la ciudad de la paz y hará de vosotros la Mansión de delicias. Lo que desea de vuestra parte es únicamente que siempre que os turbéis recuperéis vuestra calma, vuestra paz en vosotros mismos, en vuestras obras, en vuestros pensamientos y en vuestros movimientos sin excepción.

Lo mismo que una ciudad no se construye en un día, no penséis alcanzar en un día esa paz, ese sosiego interior, pues se trata de edificar una morada para Dios y convertirnos en su templo. Y el que tiene que construir es el mismo Dios: sin Él, vuestro trabajo sería inexistente.

Considerad, por otra parte, que este edificio tiene como fundamento a la humildad.

2. TENER EL ALMA LIBRE Y DESPRENDIDA

Que vuestra voluntad esté siempre preparada para cualquier eventualidad. Y que vuestro corazón no se esclavice a nada. Cuando experimentéis algún deseo, hacedlo de un modo que no sufráis en caso de fracaso, sino mantened el espíritu tan tranquilo como si no hubieseis anhelado cosa alguna. La verdadera libertad consiste en no apegarse a nada. Desprendidos de este modo, Dios busca vuestra alma para realizar en ella cosas grandiosas.

SAN FRANCISCO DE SALES (1567-1622)

1. DIOS ES EL DIOS DE LA PAZ

Como el amor sólo mora en la paz, cuidad de conservar la santa tranquilidad de corazón que os recomiendo con tanta frecuencia.

Todos los pensamientos que nos causan inquietud y agitación del alma no son en absoluto de Dios, que es el Príncipe de la Paz. Son tentaciones del enemigo y, por consiguiente, hay que rechazarlas y no tomarlas en cuenta.

Sobre todo, es preciso vivir pacíficamente. Aunque nos llegue el dolor, interior o exterior, debemos recibirlo pacíficamente. Si nos llega la alegría, es preciso recibirla pacíficamente sin estremecernos de gozo. ¿Hay que huir del mal? Hay que hacerlo pacíficamente, sin preocuparnos, porque, de otro modo, al huir podríamos caer y proporcionar al enemigo el placer de matarnos. Hay que hacer el bien, hay que hacerlo pacíficamente, pues afanándonos, cometeríamos numerosas faltas. Hay que vivir pacíficamente incluso la mortificación (Carta a la Abadesa del Puy d'Orbe).

2. CÓMO CONSEGUIR LA PAZ

Hagamos tres cosas, muy querida hija, y conseguiremos la paz: tengamos la completa y pura intención de buscar en todas las cosas la honra de Dios y su gloria; hagamos lo poco que podamos con este objeto siguiendo los consejos de nuestro padre espiritual, y dejemos que Dios se encargue del resto. ¿Por qué se angustia el que tiene a Dios como objeto de sus intenciones y hace lo que puede? ¿Qué tiene que temer? No, no; Dios no es tan terrible con los que ama; se contenta con poco porque sabe muy bien que no tenemos mucho. Sabed, querida hija, que en la Sagrada Escritura el Señor recibe el nombre de Príncipe de la Paz, y que, por lo tanto, donde es el dueño absoluto reina la paz. No obstante, es cierto que, antes de poner paz en un lugar, es preciso luchar, separar el corazón y el alma de los afectos más queridos, familiares y ordinarios, es decir el amor desmesurado de uno mismo, la confianza en uno mismo, la complacencia en uno mismo y afectos semejantes.

Ahora bien, cuando el Señor nos separa de esas pasiones tan amables y queridas, parece que nos destroza el corazón, y surgen sentimientos de amargura; el alma se debate hasta casi no poder más, pues tal separación es dolorosa. Pero toda esa lucha del alma es pacífica, pues en definitiva, aunque abrumados por esa aflicción, no por ello dejamos de depositar nuestra voluntad resignada en la de Nuestro Señor y la mantenemos allí, clavada en ese divino deseo, sin abandonar nuestras obligaciones y su cumplimiento, sino realizándolas animosamente. (Carta a la Abadesa del Puy d'Orbe).

3. PAZ Y HUMILDAD

La paz nace de la humildad.

Nada nos altera como el amor propio y la estima que tenemos de nosotros mismos. ¿Qué significa si no el hecho de que nos sorprendamos, nos sintamos confusos e impacientes cuando caemos en alguna imperfección o en algún pecado? Indudablemente, creíamos ser buenos, firmes y sólidos; y, en consecuencia, cuando comprobamos que no hay nada de eso y que hemos dado con nuestros huesos en el suelo, nos sentimos engañados, y en consecuencia alterados, ofendidos e inquietos. Si supiéramos bien quiénes somos, en lugar de sentirnos sorprendidos por vernos por los suelos, nos sorprenderíamos de poder permanecer en pie.

4. TODO COOPERA AL BIEN DE LOS QUE AMAN A DIOS

Todo coopera al bien de los que aman a Dios. Y en realidad, si Dios puede y sabe sacar el bien del mal, ¿por quién lo haría, sino por los que se han entregado a El sin reservas?

Sí, incluso los pecados, de los que Dios en su bondad nos defiende, contribuyen al bien de los suyos. David no hubiera estado nunca tan lleno de humildad si no hubiera pecado, ni Magdalena tan amante de su Salvador, si Él no la hubiera perdonado tantos pecados, y nunca se los hubiera perdonado si ella no los hubiera cometido.

Ved, querida hija, a ese gran hacedor de misericordia: convierte nuestras miserias en gracia y fabrica la medicina que cura nuestra alma de la víbora de nuestras iniquidades.

Decidme, os lo ruego, ¿qué no hará de nuestras penas, de nuestros trabajos, de las persecuciones que sufrimos? Si, pues, en alguna ocasión os afecta algún disgusto, de la clase que sea, asegurad a vuestra alma que, si ama a Dios, todo se convertirá en bien. Y aunque no veáis los caminos por los que ese bien ha de llegaros, tened la completa seguridad de que llegará. Si Dios os arroja a los ojos el barro de la ignominia, es para daros una vista magnífica y ofreceros un espectáculo de honor. Si Dios os hace caer, como tiró a San Pablo por tierra, es para elevaros hasta su gloria.

5. DESEAR SOLAMENTE A DIOS DE UN MODO PLENO, AL RESTO MODERADAMENTE

Solamente a Dios hay que amar de un modo pleno, invariable, inviolable; pero hay que desear serenamente y débilmente los medios de servirle, a fin de que, si nos impide emplearlos, no nos sintamos gravemente afectados.

6. CONFIANZA EN LA DIVINA PROVIDENCIA

La medida de la Divina Providencia en nosotros es la confianza que tenemos en ella.

No preveáis los accidentes de esta vida con temor, sino prevedlos en medio de una profunda esperanza pues Dios, al que pertenecéis, os librará de ellos a medida que se presenten. Os ha guardado hasta el momento; manteneos firmemente en manos de la Divina Providencia, y os asistirá en todas las ocasiones, y cuando no podáis caminar, Él os llevará. ¿Qué vais a temer, querida hija, siendo de Dios, que nos ha asegurado firmemente que todo contribuye al bien de los que le aman? No penséis en lo que ha de suceder mañana, pues el mismo Padre Eterno que os cuida hoy os cuidará mañana y siempre; no os dará mal alguno, y si lo hace, os dará el valor invencible para soportarlo.

Permaneced en paz, querida hija, arrancad de vuestra imaginación lo que pueda angustiaros y decid con frecuencia a Nuestro Señor: ¡Oh Dios! Vos sois mi Dios y yo confiaré en vos; me ayudaréis y seréis mi refugio, y no temeré nada, pues no sólo estáis conmigo, sino que estáis en mí y yo en vos. ¿Qué puede temer un hijo en brazos de semejante Padre? Sed, pues, un niño, querida hija y, como sabéis, los niños no piensan tanto en sus asuntos porque tienen quien piense por ellos, y son lo suficientemente fuertes si permanecen con su padre. Hacedlo así, querida hija, y estaréis en paz.

7. EVITAR LA PRECIPITACIÓN

Es preciso tratar los asuntos cuidadosamente, pero sin prisa ni preocupación. No os lancéis a la tarea, pues cualquier clase de precipitación oscurece la razón y el juicio, y nos impide incluso hacer bien la cosa que emprendemos...

Cuando Nuestro Señor reprende a Marta, le dice: «Marta, Marta, te preocupas e inquietas por muchas cosas». Mirad, si ella hubiera sido simplemente cuidadosa, no se hubiera alterado, pero como estaba preocupada e inquieta, se apresuraba y se angustiaba, y por eso la reprendió el Señor...

Una tarea que se hace con ímpetu y precipitación nunca estará bien hecha... Recibid serenamente, pues, las ocupaciones que os lleguen y tratad de hacerlas por orden, una tras otra....

8. PAZ ANTE NUESTROS DEFECTOS

Es preciso aborrecer nuestros defectos, pero con un aborrecimiento tranquilo y pacífico, no con un odio despechado e inquieto; hay que tener paciencia al descubrirlos y sacar el provecho de un santo desprecio de nosotros mismos. Si no es así, hija mía, vuestras imperfecciones, que veis sutilmente, os inquietarán aún más sutilmente, y a causa de esto se mantienen, pues no hay nada que conserve más nuestras taras que la inquietud y la prisa por arrancarlas.

9. DULZURA Y PAZ EN EL CELO HACIA LOS OTROS

A una maestra de novicias:

¡Oh, hija mía!, Dios os ha concedido la gran misericordia de haber llamado a vuestro corazón al don gratuito de ayudar al prójimo, y de haber vertido santamente el bálsamo de la suavidad de vuestro corazón hacia otros en el vino de vuestro celo... Solamente os faltaba eso, querida hija; vuestro celo era muy bueno, pero tenía el defecto de ser un poco amargo, un poco acuciante, un poco inquieto, un poco puntilloso. Ahora bien, vedlo purificado de todo ello: de ahora en adelante será dulce, benigno, gratuito, pacífico y tolerante».

10. Y POR ÚLTIMO: ¡ACEPTAR SIN INQUIETUD EL HECHO DE NO SIEMPRE LOGRAR MANTENER LA PAZ!

Tratad, hija mía, de mantener en paz vuestro corazón, por la igualdad del ánimo. Yo no digo: «Mantenedlo en paz, sino: Tratad de mantenerlo. Que sea esta vuestra principal preocupación, y guardaos bien de angustiarnos cuando no podáis calmar inmediatamente la variedad de vuestro ánimo.

SANTA TERESA DE JESÚS (1515-1582)

VERDADERA Y FALSA HUMILDAD

Guardaos también, hijas mías, de unas humildades que pone el demonio con gran inquietud de la gravedad de nuestros pecados, que suele apretar aquí de muchas maneras, hasta apartarse de las comuniones y de tener oración particular (por no merecer, los pone el demonio); y cuando llegan al Santísimo Sacramento, en si se aparejaron bien o no, se les va el tiempo que habían de recibir mercedes. Llega la cosa a término de hacer parecer a un alma que, por

ser tal, la tiene Dios tan dejada, que casi pone duda en su misericordia. Todo le parece peligro lo que trata y sin fruto lo que sirve, por bueno que sea. Dale una desconfianza que se le caen los brazos para hacer ningún bien, porque le parece que lo que lo es en los otros, en ella es mal.

La humildad no inquieta ni desasosiega ni alborota el alma, por grande que sea; sino viene con paz y regalo y sosiego. Aunque uno, de verse ruin, entienda claramente merece estar en el infierno y se aflige y le parece con justicia todos le habían de aborrecer, y que no osa casi pedir misericordia, si es buena humildad, esta pena viene con una suavidad en sí y contento que no querríamos vernos sin ella. No alborota ni aprieta el alma, antes la dilata y la hace hábil para servir más a Dios. Estotra pena todo lo turba, todo lo alborota, toda el alma revuelve, es muy penosa. Creo pretende el demonio que pensemos tenemos humildad, y si pudiese, a vueltas, que desconfiásemos de Dios (Camino de perfección, cap. 39).

MARÍA DE LA ENCARNACIÓN (1566-1618)

ABANDONO EN LA VOLUNTAD DE Dios

Si echando una mirada a nuestro interior pudiéramos ver lo que hay de bondad y de misericordia en los planes de Dios para cada uno de nosotros, incluso en lo que llamamos desgracias, disgustos o penas, nuestra felicidad consistiría en arrojarnos a los brazos de la Voluntad divina, con el abandono de un niño que se echa en los brazos de su madre. Actuaríamos en todas las cosas con intención de agradar a Dios, y luego nos quedaríamos en un santo reposo, convencidos de que Dios es nuestro Padre, y que desea nuestra salvación, más que la deseamos nosotros.

FRANCOIS-MARIE-JACOB LIBERMANN (1802-1852)

Judío converso, fundador de la Congregación del Espíritu Santo. Pasajes de sus cartas de dirección espiritual.

1. LA PAZ, REINO DE JESÚS EN EL ALMA

Los grandes medios de instaurar en nosotros el reino admirable de Jesús son concretamente el espíritu de oración continua y la paz del alma...

Recordad sin cesar y fijad sólidamente esta verdad en el alma y en el corazón: el medio más grande, incluso el medio infalible para conseguir esa oración continua, es la de mantener el alma en paz delante de Nuestro Señor.

Fijad vuestra atención en esta frase: mantener el alma en paz; es un término empleado por nuestro divino Maestro. Es preciso que tengáis el alma recogida en sí misma, o más bien, que Jesús more en ella; no aprisionada y como encerrada con cerrojos de hierro, sino en un dulce reposo, entregada a Jesús que la tiene en sus brazos.

El esfuerzo y la reserva encierran el alma, mientras que un dulce descanso, una manera serena de actuar y un comportamiento interior reposado, ponderado y tranquilo, la ensanchan.

2. LA PAZ, CONDICIÓN DE LA DOCILIDAD AL ESPÍRITU SANTO

Nuestra alma, sacudida y alterada por sus propias potencias, girando continuamente a derecha y a izquierda, no puede dejarse ir hasta el Espíritu Santo... El alma encontrará su fuerza, su riqueza y su plena perfección en el Espíritu de Nuestro Señor, siempre que desee abandonarse a su dirección. Pero al desobedecerla, y querer actuar por ella y en ella misma, no encuentra más que la angustia, la miseria y la impotencia más profunda... Debemos aspirar a esa paz y a esa moderación interior con objeto de no vivir más que en Dios, pero siempre en medio de la dulzura y la sumisión, e intentando hacer una continua abstracción de nuestras personas. Hemos de olvidarnos de nosotros mismos para volver incesantemente el alma hacia Dios y abandonarla serena y sosegadamente en Él.

3. CONFIANZA EN DIOS

Yo querría poder reprenderos por tener tan escasa confianza en Nuestro Señor. No hay que temerle, eso es una gran ofensa, pues es bueno, dulce, amable y está lleno de ternura y de misericordia para nosotros. Ante Él podéis aparecer lleno de confusión por culpa de vuestra pobreza y maldad, pero es preciso que esta confusión sea la del hijo pródigo después de su regreso, confiado y lleno de ternura. Así es como habéis de presentaros delante de nuestro buen Padre y Señor. Siempre teméis no amarle: querido, en esos momentos probablemente le amáis más que nunca y Él nunca estará más cerca de vos. No midáis vuestro amor a Nuestro Señor por la sensibilidad: esa es una medida muy pequeña. Abandonaos confiadamente en sus manos: vuestro amor crecerá continuamente, pero no os daréis cuenta: no es imprescindible en absoluto...

4. NO DEJÉIS QUE OS AGOBIEN VUESTRAS MISERIAS

No dejéis que os agobien vuestras miserias; a la vista de éstas, manteneos humillado delante de Dios —en el caso de que os sea concedido de lo alto— y conservad una gran paz. Enfrentaos a vuestras miserias, cualesquiera que sean, con la dulzura, la paz, la suavidad y la moderación interior delante de Dios, abandonándoos sencillamente en sus brazos para que haga de vos y en vos todo lo que le parezca bueno, deseando dulce y sosegadamente no vivir más que para Él, con Él y en Él.

5. NO OS PREOCUPÉIS POR UNA APARENTE TIBIEZA

No os dejéis abatir o desalentar si os parece que no hacéis nada, que sois cobarde y tibio. Si veis que aún estáis sujeto a afectos naturales, a

pensamientos de amor propio y a tristeza, tratad simplemente de olvidar todas esas cosas, y dirigid el alma hacia Dios, presentándoos ante Él con el deseo sosegado y continuo de que haga de vos y en vos lo que le plazca. Intentad únicamente olvidaros de vos y caminad ante Él en medio de vuestra pobreza, sin prestaros atención... Mientras os inquieten esos movimientos de la naturaleza, estaréis ocupado en vos mismo; y mientras os ocupéis de vos mismo no recorreréis mucho trecho en el camino de la perfección. Esos movimientos sólo cesarán cuando los despreciéis y olvidéis. Además, os aseguro que carecen de importancia y de consecuencias. Burlaos de ellos y no veáis más que a Dios, y ello, por la mera y simple fe.

6. NO OS INQUIETÉIS POR LAS CAÍDAS

Olvidad siempre el pasado, y no os preocupéis por vuestras caídas, por numerosas que sean; siempre que os levantéis no ocurrirá nada, mientras que ocurriría mucho si os entristecierais o desanimarais demasiado por ellas. Haced las cosas con toda la calma y tranquilidad posible y por el grandísimo, purísimo y santísimo amor de Jesús y de María.

7. PACIENCIA

Uno de los mayores obstáculos que aparecen en el camino de la perfección es el deseo precipitado e inquieto de avanzar y llegar a poseer las virtudes de las que somos conscientes que carecemos. Al contrario, el verdadero medio de avanzar sólidamente y a grandes pasos consiste en ser paciente, tener calma y apaciguar esas inquietudes... No os adelantéis a vuestro guía, pues corréis el riesgo de desviaros y salir del camino que os traza, y, en lugar de llegar sano y salvo, caer en el precipicio. Ese guía es el Espíritu Santo. Con el pretexto de avanzar con mayor rapidez os adelantáis a Él con vuestro trabajo y vuestras inquietudes, con vuestra angustia y vuestra precipitación. Y ¿qué sucede? Corréis al lado del camino, donde el terreno es más duro y más escarpado y, lejos de avanzar, retrocedéis o, por lo menos, perdéis el tiempo.

8. DEJAR ACTUAR AL ESPÍRITU DE DIOS

Cuando Dios se complació en crear el universo, trabajó desde la nada, y ¡mirad las cosas hermosas que hizo! De igual modo, si quiere trabajar en nosotros para realizar cosas infinitamente superiores a todas las bellezas salidas de sus manos, no es necesario que nos pongamos en movimiento para ayudarle... dejémosle hacer; le agrada trabajar desde la nada. Mantengámonos serenos y tranquilos en su presencia y sigamos sencillamente las indicaciones que nos hace... Conservemos, pues, nuestra alma en paz y nuestras potencias espirituales en reposo, esperando sólo de El la vida y el movimiento. Y tratemos de no tener otro movimiento, otra voluntad u otra vida que no sea en Dios y por el Espíritu de Dios... Olvidaos de vos mismo para volver continuamente el alma hacia Dios y dejarla dulce y sosegadamente en su presencia.

9. MODERAR LOS DESEOS

La mayor ocupación de vuestra alma ha de ser la de moderar sus impulsos y adquirir una humilde sumisión y abandono en las manos de Dios. Os está permitido, y además es bueno, tener deseos de avanzar espiritualmente, pero esos deseos deben ser sosegados, humildes y sometidos a la voluntad de Dios. Un pobre que pide limosna impacientemente y con violencia, no obtiene nada. Si la pide con humildad, dulzura y afecto, conmueve a las personas a quienes la pide. Los deseos demasiado intensos proceden de la naturaleza; todo lo que procede de la gracia es dulce, humilde, sereno, llena el alma y la hace buena y obediente a Dios. Vuestro principal empeño consistirá, pues, en moderar los movimientos de vuestra alma y mantenerla sosegada delante de Dios, sumisa y humilde en su presencia.

Deseáis avanzar en el camino de la santidad. Él es quien os concede este deseo y es también Él quien debe cumplirlo. San Pablo dice que Dios nos concede el querer y el hacer. En el orden de la gracia, no podemos nada por nosotros mismos: Dios nos da ese querer, y cuando lo tenemos, no podemos llegar a hacerlo realidad por nosotros mismos: Dios nos concede el hacer. A nosotros nos corresponde el ser fieles a la voluntad de Dios dejándole efectuar en nosotros lo que considera bueno. Ajetrearnos, apresurarnos a ejecutar los buenos deseos que nos inspira, es echar a perder la gracia en nosotros, retroceder en nuestra perfección. No tratemos de ser perfectos inmediatamente; cumplamos lo que nos pide con calma y con serena fidelidad. Si le complace dirigir nuestra barca más lentamente de lo que nosotros deseamos, sometámonos a sus divinos designios.

Cuando seguimos viendo los mismos defectos en nosotros, mantengámonos en nuestra bajeza en su presencia, abrámosle nuestra alma a fin de que vea nuestras llagas y nuestras cicatrices, y las cure cuando y como le plazca; intentemos solamente no seguir el impulso de esos defectos y, para ello, empleemos un único medio: mantenernos humildemente prosternados ante Él y, a la vista de nuestra pobreza y nuestra miseria, soportar los asaltos de dichos defectos con calma, con paciencia, con serenidad, confianza y humildad delante de Dios, firmemente decididos a ser todo suyos en medio de ellos, a no prestarles atención y a soportarlos hasta el final de la vida, si tal es Su voluntad. Enteraos bien, una vez que nuestra alma no consiente en ellos, ya no es culpable, no ofende a Dios y, al contrario, saca un gran provecho para su avance.

10. VIVIR EL MOMENTO PRESENTE

Sed dócil y flexible en las manos de Dios. Ya sabéis lo que es necesario para ello: mantenerse en paz y completo sosiego; no inquietarse jamás y no alterarse por nada; olvidar el pasado; vivir como si el futuro no existiera; vivir para Jesús en el momento presente, o más bien, vivir como si no hubiera vida en vos, sino dejando a Jesús vivir a su gusto; caminad así en cualquier circunstancia y en cualquier ocasión, sin temor ni preocupación, como conviene a los hijos de Jesús y de María; jamás pensad voluntariamente en vos mismo; abandonad en Jesús el cuidado de vuestra alma, etc. Él nos la ha arrebatado,

le pertenece, Él se cuidará de ella, pues es su dueño. No temáis el juicio de tan dulce Dueño. Apartad todo temor y reemplazad por el amor semejante sentimiento; actuad en todo serenamente, suavemente, ponderadamente, sin precipitación, sin arrebatos; mantened la calma cuando sea preciso, caminando con completo sosiego, abandono y plena confianza. El tiempo de este exilio dará fin, y Jesús será nuestro y nosotros suyos. Entonces, cada una de nuestras tribulaciones será una corona de gloria que depositaremos en la cabeza de Jesús, para quien es toda la gloria.

11. NUESTRA INCAPACIDAD NO HA DE SER MOTIVO DE TRISTEZA O INQUIETUD, SINO DE PAZ Y DE ALEGRÍA

La conciencia de nuestra incapacidad y de nuestra nulidad ha de ser para nosotros motivo de paz, convencidos de que es Dios mismo quien quiere poner manos a la obra para llevar a cabo en nosotros y con nosotros todas las grandes cosas a las que nos ha destinado. Él conoce, mejor que nosotros, nuestra pobreza y nuestra miseria. Entonces ¿por qué nos ha elegido, sabiendo que no podemos nada, sino para mostrar con claridad que Él es quien actúa y no nosotros?

No obstante, en mi opinión hay un motivo de gozo aún mayor: el hecho de que nuestra extremada miseria y maldad nos hacen ver la necesidad absoluta de recurrir siempre a Dios y de mantenernos bien unidos a Él en todos los momentos y circunstancias de nuestra vida. Dependemos de Él más que el cuerpo depende del alma. ¡Pues bien! ¿Acaso molesta al cuerpo esa continua dependencia del alma, y de recibir de ella su vida y sus movimientos? Al contrario, le resulta glorioso y grato, porque, gracias a eso, participa de una vida mucho más noble y más elevada que la que tendría por sí mismo. Lo mismo sucede en relación con nuestra dependencia de Dios, pero de un modo muy superior; cuanto más dependemos de Él, más grandeza, hermosura y gloria adquiere nuestra alma, de tal modo que podemos glorificarnos audazmente de nuestras enfermedades; cuanto mayores son, mayor ha de ser también nuestra alegría y nuestra felicidad, pues nuestra dependencia de Dios se hace entonces más necesaria. Así pues, querido hijo mío, no os inquietéis si os sentís débil; al contrario, regocijaos porque Dios será vuestra fuerza. Cuidad solamente de tener siempre el alma vuelta hacia Él en medio de la paz, del más profundo abandono, y de la mayor confusión y humillación por vuestra parte.

PADRE PÍO

Religioso capuchino estigmatizado (1887-1968)

La paz es la sencillez del espíritu, la serenidad de la conciencia, la tranquilidad del alma y el lazo del amor. La paz es el orden, la armonía en cada uno de nosotros, una alegría constante que nace del testimonio de una buena conciencia, la santa alegría de un corazón en el que reina Dios. La paz es el

camino de la perfección, o mejor, la perfección se encuentra en la paz. Y el demonio, que sabe muy bien todo esto, pone todo su esfuerzo en hacernos perder la paz. El alma no debe entristecerse más que por un motivo: la ofensa a Dios. Pero, incluso en este punto, hemos de ser prudentes: debemos lamentar, sí, nuestros fallos, pero con un dolor paciente, confiando siempre en la misericordia divina. Pongámonos en guardia frente a ciertos reproches y remordimientos que, probablemente, proceden del enemigo con el propósito de alterar nuestra paz en Dios. Si tales reproches y remordimientos nos humillan y nos hacen diligentes en el bien obrar, sin retirarnos la confianza en Dios, tengamos por seguro que vienen de Dios, pero si nos confunden y nos vuelven temerosos, desconfiados, perezosos y lentos en hacer el bien, tengamos por seguro que vienen del demonio y apartémoslos, buscando nuestro refugio en la confianza en Dios.

SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ

Sacerdote, Fundador del Opus Dei (1902-1975)

De los tres libros de aforismos de San Josemaría (Camino, Surco y Forja), se ofrece una selección de algunos puntos que se refieren a la paz interior.

CAMINO

258 Rechaza esos escrúpulos que te quitan la paz. —No es de Dios lo que roba la paz del alma.

Cuando Dios te visite sentirás la verdad de aquellos saludos: la paz os doy..., la paz os dejo..., la paz sea con vosotros..., y esto, en medio de la tribulación.

607 La humildad es otro buen camino para llegar a la paz interior. —"El" lo ha dicho: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón... y encontraréis paz para vuestras almas".

691 ¿Estás sufriendo una gran tribulación. —¿Tienes contradicciones? Di, muy despacio, como paladeándola, esta oración recia y viril:

"Hágase, cúmplase, sea alabada y eternamente ensalzada la justísima y amabilísima Voluntad de Dios, sobre todas las cosas. —Amén. —Amén".

Yo te aseguro que alcanzarás la paz.

758 La aceptación rendida de la Voluntad de Dios trae necesariamente el gozo y la paz: la felicidad en la Cruz. —Entonces se ve que el yugo de Cristo es suave y que su carga no es pesada.

767 Ese abandono es precisamente la condición que te hace falta para no perder en lo sucesivo tu paz.

768 El «gaudium cum pace» —la alegría y la paz— es fruto seguro y sabroso del abandono.

SURCO

850 Fomenta, en tu alma y en tu corazón —en tu inteligencia y en tu querer—, el espíritu de confianza y de abandono en la amorosa Voluntad del Padre celestial... —De ahí nace la paz interior que ansias.

855 Aunque todo se hunda y se acabe, aunque los acontecimientos sucedan al revés de lo previsto, con tremenda adversidad, nada se gana turbándose. Además, recuerda la oración confiada del profeta: "el Señor es nuestro Juez, el

Señor es nuestro Legislador, el Señor es nuestro Rey; El es quien nos ha de salvar". —Rézala devotamente, a diario, para acomodar tu conducta a los designios de la Providencia, que nos gobierna para nuestro bien.

860 Cuando te abandones de verdad en el Señor, aprenderás a contentarte con lo que venga, y a no perder la serenidad, si las tareas —a pesar de haber puesto todo tu empeño y los medios oportunos— no salen a tu gusto... Porque habrán "salido" como le conviene a Dios que salgan.

873 Paradoja: desde que me decidí a seguir el consejo del Salmo: "arroja sobre el Señor tus preocupaciones, y El te sostendrá", cada día tengo menos preocupaciones en la cabeza... Y a la vez, con el trabajo oportuno, se resuelve todo, icon más claridad!

FORJA

54 Gozas de una alegría interior y de una paz, que no cambias por nada. Dios está aquí: no hay cosa mejor que contarle a El las penas, para que dejen de ser penas.

423 Ten seguridad: el deseo —icon obras!— de conducirte como buen hijo de Dios da juventud, serenidad, alegría y paz permanentes.

429 La santidad se alcanza con el auxilio del Espíritu Santo —que viene a habitar en nuestras almas—, mediante la gracia que se nos concede en los sacramentos, y con una lucha ascética constante.

Hijo mío, no nos hagamos ilusiones: tú y yo —no me cansaré de repetirlo— tendremos que pelear siempre, siempre, hasta el final de nuestra vida. Así amaremos la paz, y daremos la paz, y recibiremos el premio eterno.

649 Característica evidente de un hombre de Dios, de una mujer de Dios, es la paz en su alma: tiene "la paz" y da "la paz" a las personas que trata.

102 La paz, que lleva consigo la alegría, el mundo no puede darla.

—Siempre están los hombres haciendo paces, y siempre andan enzarzados con guerras, porque han olvidado el consejo de luchar por dentro, de acudir al auxilio de Dios, para que El venza, y conseguir así la paz en el propio yo, en el propio hogar, en la sociedad y en el mundo.

—Si nos conducimos de este modo, la alegría será tuya y mía, porque es propiedad de los que vencen; y con la gracia de Dios —que no pierde batallas— nos llamaremos vencedores, si somos humildes.

Santa María —así la invoca la Iglesia— la Reina de la Paz. Por eso, cuando se alborota tu alma, el ambiente familiar o el profesional, la convivencia en la sociedad o entre los pueblos, no ceses de aclamarla con ese título: «Regina pacis, ora pro nobis!» —Reina de la paz, iruega por nosotros! ¿Has probado, al menos, cuando pierdes la tranquilidad?... —Te sorprenderás de su inmediata eficacia (Surco, 874).



Padres brillantes, maestros fascinantes

No hay jóvenes difíciles,
sino una educación inadecuada

AUGUSTO
CURRY

Dr. Augusto Cury

Padres
brillantes,
Profesores
fascinantes

El método más eficaz para formar jóvenes felices,
proactivos, seguros e inteligentes

NOVIEMBRE 2005

PARTE 1

SIETE HÁBITOS DE LOS BUENOS PADRES Y DE LOS PADRES BRILLANTES

Los niños no necesitan padres gigantescos, sino seres humanos que hablen su lenguaje y que sean capaces de penetrar en sus corazones

Los buenos padres dan regalos, mientras que los padres brillantes dan todo su ser

Este hábito de los padres brillantes contribuye a desarrollar en sus hijos: autoestima, protección emocional, capacidad de manejar la pérdida y la frustración, y de filtrar los estímulos estresantes, de dialogar, de escuchar.

Los buenos padres, dentro de sus recursos, se encargan de satisfacer los deseos de sus hijos. Les hacen fiestas de cumpleaños, les compran zapatos, ropa, productos electrónicos, e incluso les proporcionan viajes. Los padres brillantes dan a sus hijos algo incomparablemente más valioso, algo que todo el dinero del mundo no puede comprar: su ser, su historia, sus experiencias, sus lágrimas y su tiempo.

Los padres brillantes, cuando tienen los medios, dan regalos materiales a sus hijos pero no los alientan a ser materialistas, porque saben que el consumismo puede aplastar la estabilidad emocional, así como generar pensión y placeres superficiales. Los padres que siempre están dando regalos a sus hijos son recordados por un momento. Los padres que se preocupan por dar a sus hijos una historia se vuelven inolvidables. ¿Quiere usted ser un padre o una madre brillante? Tenga el valor de hablar con sus hijos acerca de los días más tristes de su propia vida, y la audacia de hablarles de sus dificultades en el pasado. Cuénteles sus aventuras, sus sueños y los momentos más felices de su existencia. Humanícese. Transforme su relación con sus hijos en una aventura. Cobre conciencia de que educar es penetrar en el mundo de otros.

Muchos padres trabajan para dar el mundo a sus hijos, pero se olvidan de abrirles el libro de sus vidas. Por desgracia, los hijos sólo admirarán a los padres el día que estos mueran. ¿Por qué es fundamental para la formación de la personalidad de los hijos que los padres permitan que los conozcan?

Esta es la única forma de educar las emociones y crear vínculos sólidos y profundos. Cuanto más baja es la escala biológica de un animal, menos depende de sus padres. Entre los mamíferos, los hijos dependen en gran medida de sus padres, ya que no sólo necesitan el

instinto, sino que deben aprender de la experiencia de sus padres para poder sobrevivir.

En nuestra especie esa dependencia es intensa. ¿Por qué? Porque las experiencias aprendidas son más importantes que las instintivas. Un niño de siete años es muy inmaduro y dependiente de sus padres, mientras que muchos animales de la misma edad son ya ancianos.

¿Como ocurre este aprendizaje? Podría escribir cientos de páginas sobre esta materia, pero prefiero comentar sólo algunos de los fenómenos involucrados en el proceso. El aprendizaje depende del registro diario de miles de estímulos externos (visuales, auditivos, táctiles) e internos (pensamientos y reacciones emocionales) en las matrices de la memoria. Anualmente archivamos millones de experiencias, pero a diferencia de lo que ocurre con las computadoras, los registros en nuestra memoria son involuntarios, producidos por el registro automático de memoria (RAM).

Con las computadoras, nosotros decidimos que grabar; con la memoria humana, el registro no depende de la voluntad. Todas las imágenes que capturamos se registran automáticamente. Todos los pensamientos y las emociones -negativos y positivos- son registrados involuntariamente por el fenómeno RAM.

Los vínculos definen la calidad de la relación

¿Qué registran sus hijos sobre usted? ¿Imágenes positivas o negativas? Ambas. Cada día ellos archivan sus comportamientos, ya sean inteligentes o estúpidos. Usted no se da cuenta, pero ellos lo están fotografiando a cada instante.

Lo que genera los vínculos inconscientes no es sólo lo que usted les dice, sino también lo que ellos ven en usted. Muchos padres les dicen cosas maravillosas a sus hijos, pero tienen reacciones terribles frente a ellos: son intolerantes, agresivos, parciales e hipócritas. Con el tiempo se crea un abismo emocional entre padres e hijos: poco afecto, pero mucha crítica y fricción.

Lo que se registra nunca se puede borrar, sólo reeditar a través de nuevas experiencias que se escriben sobre las antiguas experiencias. La reedición es un proceso posible pero complicado. La imagen que su hijo ha construido de usted no se puede borrar, sólo sobrescribir. Construir una imagen excelente establece la riqueza de la relación que usted tendrá con sus hijos.

Otra función importante de la memoria es que las emociones definen la calidad del registro. Todas las experiencias que tienen un alto volumen emocional generan un registro privilegiado. Amor y odio,

alegría y angustia provocan un registro intenso.

Los medios descubrieron, sin conocimiento científico alguno, que anunciar la miseria humana atrapa la emoción y genera concentración. De hecho, los accidentes, la muerte, la enfermedad y los secuestros generan un volumen de alta tensión que conduce a un almacenamiento privilegiado de esas imágenes, lo que ha convertido nuestra memoria en un bote de basura. No es de extrañar que el hombre moderno sea un ser tan tenso, que sufre anticipadamente y tiene miedo del mañana.

Es más conveniente perdonar

Si usted tiene un enemigo, es más conveniente perdonarlo. Hágalo por usted. De otro modo, el fenómeno RAM lo archivará dándole privilegio. Su enemigo dormirá con usted y perturbará su sueño. Entienda sus fragilidades y perdónelo porque esa es la única manera de deshacerse de él o de ella. Enseñe a sus hijos a hacer del escenario de sus mentes un teatro de alegría y no de terror. Indúzcalos a perdonar a la gente que los desilusione y explíqueles este mecanismo.

Nuestra agresividad, rechazos y actitudes impulsivas pueden generar un alto volumen de tensión emocional en nuestros niños, dejándoles una cicatriz permanente. Necesitamos entender cómo están organizadas las características patológicas de la personalidad.

El mecanismo psíquico es el siguiente: una experiencia dolorosa se registra automáticamente en el centro de memoria. De ahí en adelante se lee continuamente, generando miles de pensamientos más que, a su vez, se registran nuevamente creando en el inconsciente las llamadas zonas de conflicto.

Si usted comete un error con su hijo, no basta con ser amable con él en un segundo momento. Peor aún, no trate de compensar su agresividad comprándole o dándole cosas, ya que de esta manera él lo manipulará y no lo amará. Usted sólo será capaz de reparar su actitud y reeditar la película inconsciente si penetra en el mundo de su hijo, reconoce su exageración y le habla acerca de su propia actitud. Haga saber a sus hijos que no son notas al pie de página del libro de su vida, sino que son las páginas centrales de su historia.

En los divorcios es común que los padres prometan a sus hijos que nunca los abandonarían. Pero cuando baja la temperatura de la culpabilidad, algunos padres se divorcian también de sus hijos, de manera que éstos pierden su presencia, a veces no sólo física sino también emocional. Los padres ya no disfrutan, sonríen ni felicitan a sus hijos, ni tienen momentos agradables con ellos.

Cuando esto pasa, el divorcio genera severos efectos colaterales psíquicos. Si el puente está bien construido, si la relación continúa

siendo poética y afectuosa, los niños sobrevivirán a la turbulencia de la separación de sus padres y podrán madurar.

Sus hijos no necesitan gigantes

La individualidad debe existir porque es el fundamento de la identidad de la personalidad. No hay homogeneidad en el proceso de aprender y el desarrollo de los niños (Vigotsky, 1987). No hay dos personas iguales en el universo, pero el individualismo es perjudicial. Una persona individualista quiere que el mundo gire a su alrededor, su satisfacción es primero, incluso si esto implica el sufrimiento de otros.

Una de las causas del individualismo entre los jóvenes es que los padres no cruzan sus historias con las de sus hijos. Incluso si usted trabaja mucho, emplee el poco tiempo que tenga para disfrutar de grandes momentos con sus hijos. Ruede con ellos por la alfombra. Escriba poemas. Juegue, sonría, suéltese. Alborótelos con placer.

Una vez, un niño de nueve años le preguntó a su padre, que era médico, cuanto cobraba por consulta. Su padre se lo dijo. Un mes después, el hijo fue con el padre, sacó algunos billetes de su bolsillo, rompió su cochinito y le dijo a su papá con lágrimas en los ojos: "Papi, he estado queriendo hablar contigo desde hace mucho, pero nunca tienes tiempo. He ahorrado suficiente dinero para pagar tus honorarios. ¿Hablarás conmigo?"

Sus hijos no necesitan gigantes, necesitan seres humanos. No necesitan ejecutivos, doctores ni administradores de negocios lo necesitan a usted tal y como es. Adquiera el hábito de abrir su corazón ante sus hijos y déjelos registrar una imagen excelente de su personalidad. ¿Sabe lo que ocurrirá?

Ellos se enamorarán de usted. Tendrán el placer de ir con usted, de estar cerca de usted. ¿Hay algo mejor que eso? Las crisis financieras, las pérdidas o las dificultades podrán perturbar su relación, pero si está bien fundamentada, nada la destruirá.

De vez en cuando, invite a uno de sus hijos a comer o a ir a cualquier parte sólo él y usted. Dígale lo importante que es para usted. Pregúntele acerca de su vida. Háblele de su trabajo y sus desafíos. Permita que sus hijos participen en su vida. Ninguna técnica psicológica funcionará si el amor no está presente.

Si ha estado en guerra en su trabajo pero tiene paz cuando llega a casa, usted será un ser humano feliz. Por el contrario, si tiene felicidad fuera de casa pero dentro de ella es un campo de batalla, la infelicidad será su compañera.

Muchos hijos reconocen el valor de sus padres, pero no lo bastante como para admirarlos, respetarlos y tenerlos como maestros

de vida. Los padres que tienen problemas con sus hijos no deben sentirse culpables. La culpabilidad encarcela el alma. Nada en la personalidad humana es definitivo.

Usted puede y debe rechazar este síntoma. Usted tiene experiencias muy enriquecedoras que transforman su historia en una película más interesante de lo que Hollywood podría producir. Si duda de esto, quizás usted no se conoce a sí mismo y, para colmo, tal vez ni siquiera se admira a sí mismo.

Libere a su niño interior. Libere al joven alegre que vive dentro de sus emociones, aun cuando su cabello haya encanecido, ya que es posible recuperar los años. Permita que sus hijos descubran su mundo.

Abrace, llore y abrácelos. Llorar y abrazar es más importante que darles fortunas o criticarlos constantemente.

**Los buenos Padres alimentan
el cuerpo, mientras que los padres
brillantes alimentan
la personalidad**

Este hábito de los padres brillantes contribuye a desarrollar en sus hijos: seguridad, capacidad de liderazgo, de reflexión, coraje, optimismo, la superación del temor y la prevención de conflictos.

Los buenos padres cuidan la alimentación física de sus hijos y los estimulan a llevar una dieta saludable; los padres brillantes van más allá. Saben que la personalidad necesita una excelente nutrición psíquica, de modo que se preocupan por el alimento que enriquece la inteligencia y las emociones.

Una familia estructurada solía ser una garantía de que los niños desarrollarían una personalidad saludable. Hoy en día, los buenos padres están criando hijos ansiosos, enajenados, autoritarios y angustiados. Muchos hijos de médicos, de jueces y de hombres de negocios enfrentan graves conflictos. ¿Por qué padres inteligentes y saludables han visto que sus hijos se enferman?

¿Por qué la sociedad se ha vuelto una fábrica de estrés? No tenemos control sobre el proceso de formación de la personalidad de nuestros hijos. Los criamos y los ponemos en contacto con un sistema social controlador en etapas muy tempranas de su vida (Foucault, 1998).

Cada día están en contacto con miles de estímulos seductores que se infiltran en las matrices de su memoria. Por ejemplo, los padres enseñan a sus hijos a ser comprensivos y a consumir sólo lo necesario, pero el sistema les enseña a ser individualistas y a consumir sin necesidad.

¿Quién se queda con este botín? El sistema social. La cantidad de estímulos y la presión emocional que el sistema ejerce sobre los jóvenes son enormes. Casi no hay libertad de elección.

Ser culto, tener una buena condición económica, una excelente relación conyugal y proporcionar a sus hijos buenas escuelas no es suficiente para producir salud psíquica. Un animal puede escapar de las garras de un depredador sólo si cuenta con grandes habilidades.

Prepare a sus hijos para sobrevivir a las aguas turbulentas de la emoción y para desarrollar la capacidad de crítica. Sólo de esta forma podrán filtrar los estímulos estresantes y ser libres para elegir y decidir.

Los padres que no enseñan a sus hijos a ver críticamente los comerciales y programas televisivos, así como la discriminación social, los hacen presa fácil del sistema depredador. Para este sistema, tan ético como pretende ser, su hijo es sólo un consumidor potencial y no un ser humano. Prepárelo para "ser", porque el mundo lo preparará para "tener".

Alimente la inteligencia

Los buenos padres enseñan a sus hijos como cepillarse los dientes, los padres brillantes les enseñan higiene psíquica. A diario, incontables padres les ruegan a sus hijos que practiquen la higiene bucal, ¿pero que hay de la higiene emocional? ¿Qué bien hay en prevenir las caries si las emociones de los niños se vuelven un bote de basura de pensamientos negativos, caprichos, miedos, reacciones impulsivas y atracción social?

Por favor, enseñe a sus hijos a proteger sus emociones. Todo aquello que afecte frontalmente las emociones, afecta también drásticamente a la memoria y constituirá un elemento de la personalidad. Un excelente jurista me dijo una vez que si hubiera sabido como proteger sus emociones desde la infancia, su vida no habría sido un drama. Cuando era niño había sido rechazado por alguien cercano porque tenía una deformidad facial y el rechazo controló su felicidad. La deformidad no era importante, pero el RAM la registro y la alimento así, por lo que su infancia fue desdichada. Se escondía de la gente; estaba solo en medio de la multitud.

Ayude a sus hijos a no ser esclavos de sus problemas. Alimente el anfiteatro de sus pensamientos y el territorio de sus emociones con coraje y audacia. No acepte su timidez ni su inseguridad.

El "yo", que representa la voluntad consciente o la libertad para decidir, debe ser entrenado para convertirse en un líder, no en un títere. Ser líder no significa tener la capacidad de resolverlo todo y echarnos encima todos los problemas que nos rodean. Los problemas existirán siempre. Si podemos resolverlos, hagámoslo. Si no podemos resolverlos, debemos aceptar nuestras limitaciones pero nunca gravitar en su órbita. .

Si usted tuviera la capacidad de leer las mentes de los jóvenes, vería que muchos están atormentados por pensamientos de ansiedad. Algunos se angustian por los exámenes escolares, otros odian cada cambio y curva de sus cuerpos y algunos más piensan que nadie los quiere. Muchos jóvenes tienen autoestimas terribles. El problema es

que cuando nace la baja autoestima, muere la alegría.

Un joven de 16 años se me acercó después de una conferencia. Me dijo que él destruía diariamente su tranquilidad pensando que un día envejecería y moriría. En el comienzo de su vida ya estaba trastornado por su final. ¿Cuántos jóvenes están sufriendo sin que sus padres o maestros conozcan sus corazones? La cárcel de la emoción ha aprisionado a millones de jóvenes que sufren en silencio. Cuando cierre este libro, hable con sus hijos.

¿Qué clase de educación es ésta que habla sobre el mundo en que vivimos y guarda silencio acerca del mundo que somos? Pregunte siempre a sus hijos: ¿Qué está pasando en tu vida?", ¿me necesitas?", ¿has tenido algunas desilusiones?", ¿cómo puedo hacerte más feliz?"

¿Qué caso tiene cuidar la alimentación de los billones de células de su hijo, si se olvida de su alimento psicológico? ¿Qué ganan con tener un cuerpo saludable si son infelices, inestables, no tienen protección emocional, evaden sus problemas, tienen temor a la crítica y no les gusta que les digan que no? Ningún padre daría a sus hijos comida echada a perder, pero eso es lo que hacemos con el alimento psicológico: No nos damos cuenta de que todo lo que archiven controlara su personalidad.

Alimente la personalidad de sus hijos con sabiduría y tranquilidad. Hábleles acerca de sus aventuras, sus momentos de vacilación y los valles emocionales que ha atravesado. No permita que el campo de cultivo de su memoria se convierta en una tierra de pesadillas; hágala un jardín de sueños.

Nunca se olvide que tropezamos con las piedras pequeñas y no con las montañas. Las pequeñas piedras del inconsciente se vuelven enormes colinas.

El pesimismo es un cáncer del alma

Usted puede no tener dinero, pero si es rico en sentido común, será un padre brillante. Si transmite sus sueños y entusiasmo a sus hijos, será una exaltación de la vida. Si es especialista en quejarse, si muestra temor a la vida y al futuro, si tiene preocupaciones excesivas con respecto a las enfermedades, estará nulificando la inteligencia y las emociones de sus hijos.

¿Sabe cuánto tarda en remitir espontáneamente un conflicto psíquico que no está relacionado con la genética y al cual no se le da tratamiento? A veces, hasta tres generaciones. Por ejemplo, si un padre está obsesionado con las enfermedades, uno de los hijos podría registrar continuamente esta obsesión y reproducirla; el nieto podría tener la misma obsesión en un grado menor, y sólo el bisnieto podría

quedar libre de ella. Quienes estudian los roles de la memoria saben qué tan serio es el proceso de transmisión de aflicciones psíquicas.

Demuestre fuerza y seguridad a sus hijos. Dígales con frecuencia: "La verdadera libertad esta dentro de ti", "¡no seas frágil ante tus preocupaciones!", "controla tu temperamento y tus ansiedades" y "¡elige ser libre!" Hay que combatir cada pensamiento negativo para que no quede registrado.

El verdadero optimismo se construye afrontando los problemas, no negándolos; por eso las conferencias motivacionales rara vez funcionan, pues no proporcionan las herramientas para generar un optimismo sólido que alimente al "yo" como líder en el teatro de la inteligencia. De ahí que este libro esta dirigido hacia la revelación científica, pues mi objetivo es proporcionar esas herramientas.

De acuerdo con investigaciones realizadas en universidades de Estados Unidos, una persona optimista tiene un 30% menos de probabilidades de padecer alguna enfermedad cardiaca. Los optimistas tienen incluso menos probabilidades de padecer enfermedades emocionales o psicosomáticas.

El pesimismo es un cáncer del alma. Muchos padres son vendedores de pesimismo. Además de la basura social que los medios depositan en el escenario de las mentes jóvenes, muchos padres les transmiten un futuro sombrío: todo es difícil y peligroso. Están preparando a sus hijos para tener miedo a la vida, para encerrarse a sí mismos en un capullo y vivir sin poesía. ¡Alimente a sus hijos con un sólido optimismo!

No deberíamos formar superhumanos, como proponía Nietzsche. Los padres brillantes no forman héroes, sino seres humanos que conocen sus limitaciones y sus fortalezas.

**Los buenos padres corrigen los errores,
mientras que los padres brillantes enseñan a pensar**

*Este hábito de los padres brillantes
contribuye a desarrollar en sus hijos:
conciencia crítica, capacidad de pensar
antes de reaccionar; fidelidad, honestidad,
capacidad de cuestionar y responsabilidad social.*

Los buenos padres corrigen las fallas; los padres brillantes enseñan a sus hijos a pensar. Hay mucho más de fondo en corregir errores y enseñar a pensar de lo que podría soñarse en nuestra psicología.

No sea un experto en criticar una conducta inadecuada, sino más bien en hacer que sus hijos reflexionen. El regaño y la reprimenda, definitivamente, no funcionan, solo causan fricciones en la relación.

Cuando usted abre la boca para repetir las mismas cosas, desencadena ciertos archivos de la memoria inconsciente que contienen añejas críticas. Sus hijos sabrán lo que usted va a decir y estarán preparados para defenderse. Por lo tanto, nada de lo que usted diga hará eco en su interior y no generará un momento educacional. Este es un proceso inconsciente.

Cuando su hijo comete un error, espera una reacción de su parte. Si lo que usted diga no causa un impacto emocional en él, el fenómeno RAM no producirá un registro inteligente y, por ende, no habrá crecimiento, habrá sufrimiento. No insista en repetir las mismas cosas por los mismos errores y la misma necesidad.

A veces insistimos en decir las mismas cosas año tras año, y los jóvenes siguen repitiendo los mismos errores. Ellos son necios y nosotros somos estúpidos. Educar no es repetir palabras, sino crear ideas y encantamiento. Los mismos errores merecen nuevas actitudes.

Si nuestros hijos fueran computadoras, podríamos repetir la misma reacción para corregir el mismo defecto, pero ellos tienen una inteligencia compleja. Cuando menos cuatro fenómenos leen diariamente la memoria y, entre billones de opciones, producen miles de cadenas de pensamientos e incontables transformaciones de energía emocional. El propósito de este libro no es analizar estos cuatro fenómenos lectores de la memoria, así que únicamente los mencionaré: el activador de memoria, la ventana de memoria, el autoflujo y el "yo",

que representa la voluntad consciente.

La personalidad de los niños y de los jóvenes esta en ebullición constante porque la generación de pensamientos nunca se interrumpe. Es imposible dejar de pensar; incluso intentar la interrupción de los pensamientos es un pensamiento en sí mismo. Ni siquiera cuando dormimos interrumpimos los pensamientos, por eso soñamos. Pensar es inevitable, pero pensar demasiado, como veremos, genera un violento desperdicio de energía cerebral que pone drásticamente en riesgo la calidad de vida.

No sea un manual de reglas

Las computadoras son pobres artilugios comparadas con la inteligencia de cualquier niño, incluso de aquellos con capacidades especiales. Pero insistimos en educar a nuestros hijos como si fueran artefactos lógicos que sólo necesitan seguir un manual de reglas. Cada joven es un mundo por explorar.

Las reglas sirven para arreglar las computadoras. Decir "haz esto" o "no hagas eso", sin explicar las causas, sin estimular el arte de pensar, produce robots y no jóvenes pensantes.

Creo que el 99% de las críticas y correcciones de los padres es inútil, pues no influyen en las personalidades de los niños. Además de no educar, generan más agresividad y distancia. ¿Qué podemos hacer entonces? ¡Sorprenderlos!

Los padres brillantes entienden el funcionamiento de la mente para educar mejor a sus hijos. Están conscientes de que primero necesitan ganar el territorio de la emoción para poder ganar el anfiteatro de los pensamientos y, finalmente, conquistar el campo consciente e inconsciente de la memoria, que es la caja secreta de la personalidad. Los padres brillantes sorprenden a la emoción con gestos únicos, generando así fantásticos momentos educativos.

Los padres pueden leer mi teoría, las ideas de Piaget, el psicoanálisis de Freud, las inteligencias múltiples de Gardner y la filosofía de Platón durante décadas, pero si no encantan, no enseñan a pensar ni conquistan los depósitos de memoria de sus hijos, ningún estudio será aplicable ni válido.

Sorprender a sus hijos es decir cosas que no esperan, reaccionar en forma diferente ante sus errores y superar sus expectativas. Por ejemplo, su hijo le alza la voz. ¿Qué debe hacer usted? ¡Él espera que le grite y lo castigue! Pero en vez de eso, usted permanece en silencio, relajado, y dice algo que le sorprende: "Nunca esperé que me ofendieras de esta forma. A pesar del dolor que me has causado, te amo y te respeto mucho". Después de decir estas palabras, usted se va y deja

que su hijo reflexione. De esta manera, su respuesta sacudirá los fundamentos de la agresividad de su hijo.

Si desea causar un gran impacto en el universo emocional y racional de sus hijos, sea creativo y sincero. Así conquistará lo inconquistable. Si aplica estos principios en su trabajo, puede tener la seguridad de que involucrará incluso a sus compañeros más problemáticos. Sin embargo, no podrá garantizar la conquista sólo con un gesto, sino a través de un libreto permanente.

Si educa la inteligencia emocional de sus hijos con cumplidos cuando ellos esperan un regaño (Goleman, 1996), con palabras de aliento cuando esperan una reacción agresiva, con una actitud afectuosa cuando esperan un ataque iracundo, quedarán encantados y lo registrarán con grandeza. Así, los padres se convierten en agentes del cambio.

Los buenos padres les dicen a sus hijos: "Estás mal"; los padres brillantes les preguntan: "¿Qué piensas de tu comportamiento?" Los buenos padres dicen: "Has fallado otra vez", los padres brillantes aconsejan: "Piensa antes de reaccionar". Los buenos padres castigan a sus hijos cuando fallan; los padres brillantes los estimulan para convertir cada lágrima en una oportunidad de crecimiento.

La generación de la hamburguesa emocional

La adolescencia ha sido siempre un período de rebeldía contra los convencionalismos de los adultos. Pero la generación actual ha producido un rasgo histórico y único: ha matado el arte de pensar y la capacidad de reto de los jóvenes, quienes rara vez desafían el comportamiento de los adultos. ¿Por qué?

Porque aman el veneno que nosotros producimos. Aman el éxito rápido, el placer inmediato y los reflectores, aunque vivan en el anonimato. El exceso de estímulo ha generado una fluctuación emocional, sin capacidad contemplativa. Incluso sus modelos deben tener un éxito explosivo. Quieren ser personajes como los artistas o los atletas que conquistan la fama y el aplauso de la noche a la mañana.

Los jóvenes están viviendo en la generación de la "hamburguesa emocional". Odian la paciencia. No saben contemplar la belleza de los pequeños detalles de la vida. No les pida que admiren las flores, los atardeceres y las conversaciones simples. Todo les aburre. Las críticas de sus padres y maestros les son intolerables y rara vez prestan atención.

¿Cómo podemos ayudarles a escapar de la mediocridad? Una de las cosas más importantes en la educación es hacer que el niño admire a su educador. Un padre puede ser un obrero, pero será maravilloso

para sus hijos si los ha encantado. Un padre puede ser un gran hombre de negocios y tener miles de empleados, pero si no encanta a sus hijos, será pequeño en el alma de ellos.

Sea un maestro de la inteligencia, enséñeles a pensar. Permítales fotografiar la brillante persona que es usted. ¿Puede este clamor encontrar un eco?

Los buenos padres preparan a sus hijos para el aplauso, mientras que los padres brillantes los preparan para el fracaso

Este hábito de los padres brillantes contribuye a desarrollar en sus hijos: motivación, audacia, paciencia, determinación, capacidad de sobreponerse y la habilidad de crear y tomar ventaja de las oportunidades

Los buenos padres preparan a sus hijos para recibir aplausos; los padres brillantes los preparan para afrontar sus derrotas. Los buenos padres educan la inteligencia lógica de sus hijos; los padres brillantes educan su sensibilidad.

Estimule a sus hijos a tener metas, a tener éxito en la escuela, en el trabajo y en sus relaciones sociales, pero no se detenga ahí. Ayúdelos a no tener miedo de sus fracasos. No hay podio sin derrota. Mucha gente no llega al podio no porque no sea capaz, sino porque no ha aprendido a superar sus fracasos a lo largo del camino. Mucha gente no puede brillar en el trabajo porque se rinde al primer obstáculo.

Algunas personas no tienen éxito porque no han tenido la paciencia de aceptar un "no", porque no tienen la osadía de enfrentar algunas críticas ni la humildad para reconocer sus errores.

La perseverancia es tan importante como la habilidad intelectual. La vida es un largo camino con curvas impredecibles y derrapones inevitables. La sociedad nos prepara para los días de gloria, pero los días de frustración son los que dan significado a esa gloria.

Revelando madurez, los padres brillantes son modelos para una vida victoriosa. No piensan que una vida exitosa sea una vida infalible. Ganar no siempre significa estar en lo correcto. Por eso es que son capaces de decir a sus hijos: "Me equivoqué", "lo siento" y "te necesito". Son fuertes en sus convicciones, pero flexibles para admitir sus fragilidades. Los padres brillantes muestran que las flores más hermosas son las que florecen después de los más crudos inviernos.

La vida es un contrato de riesgo

Los padres que no tienen el coraje de reconocer sus errores nunca enseñarán a sus hijos a enfrentarse a sus propios errores y a crecer con ellos. Los padres que admiten que siempre tienen la razón nunca enseñan a sus hijos a trascender sus propios fracasos. Los padres que nunca se disculpan jamás enseñarán a sus hijos a lidiar con la arrogancia. Los padres que no revelan sus miedos siempre tendrán dificultad para enseñar a sus hijos a encontrar, a través de la pérdida, la oportunidad de ser más fuertes y experimentados. ¿Hemos actuado así con nuestros hijos, o sólo hemos desempeñado las obligaciones triviales de la educación?

La vida es un contrato de riesgo. Los jóvenes necesitan vivir este contrato apreciando los retos y no tratando de escapar de ellos. Si se intimidan por la derrota y las dificultades, el fenómeno RAM registrará miles de experiencias en su memoria que propiciarán el complejo de inferioridad, la baja autoestima y la sensación de incapacidad. ¿Cuál es la consecuencia de esto?

Un joven con baja autoestima se sentirá disminuido, incapaz de tomar riesgos y transformar sus metas en realidad, y puede experimentar un envejecimiento emocional prematuro. La juventud debe ser la mejor época para el placer, aun cuando tenga sus propios desasosiegos, pero muchas personas son gente vieja en cuerpos jóvenes. Ser anciano no significa ser viejo; de hecho, mucha gente anciana, que está feliz y motivada, es emocionalmente más joven que muchos de los jóvenes actuales.

¿Cuál es la característica de una emoción envejecida, sin condimento ni motivación? La incapacidad para contemplar la belleza y una intensa capacidad para quejarse, porque nada los satisface por mucho tiempo. La gente con una emoción envejecida se queja de su cuerpo, sus ropas, sus amigos, la falta de dinero, la escuela o incluso de haber nacido.

La capacidad de quejarse es el fertilizante de la miseria emocional, y la capacidad de agradecimiento es el combustible de la felicidad. Mucha gente joven hace una gran cantidad de cosas para tener una migaja de placer. Suplican por un mendrugo de la alegría aunque vivan en palacios.

Los jóvenes que se vuelven maestros de la queja tienen una enorme desventaja competitiva. Dificilmente conquistarán un espacio social y profesional. ¡Alértelos!

Dado que los jóvenes entienden lo que es la memoria de una computadora, compárela con la memoria humana. Díales que a cada queja la acompaña un alto grado de tensión y que es almacenada en la memoria con un estatus privilegiado por el fenómeno RAM, lo cual destruye lentamente la alegría emocional. Los mejores años de su vida son sofocados, por lo que pierden gradualmente su sonrisa, su impulso y su motivación.

Descubrir la grandeza de las cosas anónimas

Guíe a sus hijos para que encuentren grandes razones para ser felices con las pequeñas cosas. Una persona emocionalmente superficial necesita grandes eventos para sentir placer; una persona profunda lo encuentra en las cosas ocultas, en los fenómenos aparentemente imperceptibles, como el movimiento de las nubes, el ballet de las mariposas, el abrazo de un amigo, el beso de un ser querido, una mirada de complicidad y la sonrisa de solidaridad de un extraño.

La felicidad no viene por casualidad; la felicidad viene del entrenamiento. Entrene a sus hijos para que sean excelentes observadores. Caminen por campos y jardines, miren el surgimiento de las flores y descubran juntos la belleza sutil. Llenen sus ojos con la hermosura que los rodea.

Enseñe a los jóvenes a apreciar los momentos simples, la fuerza que viene de la pérdida, la seguridad que florece en el caos y la grandeza que emana de los pequeños gestos. Las montañas están formadas por ocultos granos de arena.

Los niños serán más felices si aprenden a contemplar la belleza tanto en los momentos de gloria como en los de fracaso, en las flores de la primavera y en las hojas muertas del invierno. ¡Este es el gran reto de la educación emocional!

Para muchas personas, la felicidad es la locura de los psicólogos, el delirio de los filósofos y la alucinación de los poetas; nunca han entendido que los secretos de la felicidad se ocultan en las cosas simples y anónimas, tan distantes y tan cercanas a ellas.

**Los Buenos padres hablan,
mientras que los padres brillantes
dialogan como amigos**

Este hábito de los padres brillantes contribuye a desarrollar en sus hijos: solidaridad, compañerismo, placer de vivir, optimismo e inteligencia interpersonal.

Hemos visto que el primer hábito de los padres brillantes es permitir que sus hijos los conozcan; el segundo es alimentar su personalidad; el tercero es enseñarlos a pensar; el cuarto es prepararlos para las derrotas y las dificultades de la vida. Ahora debemos entender que la mejor forma de desarrollar estos hábitos es adquirir el quinto hábito: dialogar.

Los buenos padres hablan, los padres brillantes dialogan. Hay un gran valle entre hablar y dialogar. Hablar es expresar el mundo que nos rodea; dialogar se refiere a expresar el mundo que somos. Dialogar es contar experiencias, es compartir secretos de lo que está oculto en el corazón, es penetrar mas allá de las cortinas de la conducta y es desarrollar la inteligencia interpersonal (Gardner, 1995).

La mayoría de los educadores no puede traspasar esta cortina. De acuerdo con una investigación que realicé, más del 50% de los padres nunca ha tenido el valor de dialogar con sus hijos acerca de sus miedos, pérdidas y frustraciones.

¿Como es posible que padres e hijos que viven bajo el mismo techo por años permanezcan completamente aislados unos de otros? Dicen que se aman, pero hacen pocos esfuerzos por cultivar el amor. Reparar la grieta en la pared y el problema con el automóvil, pero no se ocupan de las grietas emocionales y los problemas de relación.

Cuando un grifo gotea, los padres se preocupan por repararlo, ¿pero se toman el tiempo para dialogar con sus hijos y ayudarlos a reparar la alegría, la seguridad y la sensibilidad que se esta disipando?

Si tomáramos todo el dinero de una empresa y lo tiráramos, estaríamos cometiendo un crimen grave.

La compañía quedaría en bancarrota. ¿Cree usted que quizá hayamos cometido este crimen contra la compañía social más importante -la familia-, cuyo efectivo es el diálogo? Si destruimos el diálogo, ¿cómo puede sostenerse la relación padre-hijo? Se iría a la

bancarrota.

Deberíamos adquirir el hábito de reunirnos cuando menos una vez a la semana con nuestros hijos para dialogar con ellos. Deberíamos darles libertad para que puedan hablar de sí mismos, de sus aflicciones y de sus dificultades de relación con sus hermanos y con nosotros, sus padres. No puede imaginarse lo que estas reuniones pueden provocar.

Si los padres nunca les han contado a sus hijos sus sueños más importantes, ni han escuchado acerca de sus grandes alegrías y desilusiones, formaran un grupo de extraños y no una familia. No hay una fórmula mágica para construir una relación saludable. El diálogo es irremplazable.

Buscar amigos

Dentro de cada joven hay un mundo por descubrir, incluso dentro del más complicado y aislado. Muchos jóvenes son agresivos y rebeldes, y sus padres no se dan cuenta que están gritando a través de sus conflictos. Muchas veces, la conducta inadecuada es un clamor que implora la presencia, el amor y la atención de los padres.

Muchos síntomas psicossomáticos, como los dolores de cabeza o de estómago, también son gritos silenciosos de los niños. ¿Quién escucha? Muchos padres llevan a sus hijos con el psicólogo, que puede ayudar pero, en el fondo, lo que los hijos están buscando es el corazón de sus padres.

Una sugerencia: si puede, opte por la televisión por cable en vez de la abierta; seguramente se asombrará del mejoramiento de la relación de sus hijos entre sí y con usted. Serán más afectuosos, dialogarán más y tendrán más tiempo para jugar y divertirse. Verán menos canales insípidos y más canales contemplativos que les hablarán de la ciencia y la naturaleza.

¿Y qué pasa con quienes no tienen cable? Aquí hay otra sugerencia para los padres, más importante que la primera. Yo lo llamo el "proyecto de educación emocional" (PEE): apague el televisor durante toda una semana cada dos meses, y haga algo interesante con sus hijos. Planee pasar seis semanas al año con ellos. Incluso si padres e hijos no viajan a lugares remotos, deberían viajar al interior unos de los otros. Planeen lo que harán. Entren juntos a la cocina, inventen nuevos platillos, bromeen, monten una obra de teatro familiar, siembren flores y aprendan cosas interesantes. Pase con sus hijos cada noche de estas semanas. Haga del PEE un proyecto de vida. El deseo más grande de los padres debería ser que sus hijos sean sus amigos: los diplomas, el dinero y el éxito son consecuencia de una educación brillante. Yo tengo tres hijas. Si no fueran mis amigas, sería un padre frustrado, aun cuando soy un autor respetado internacionalmente.

A pesar de ser un especialista en conflictos psíquicos, yo también cometo errores, y con frecuencia. Pero lo importante es saber qué hacer con los errores que cometimos. Pueden construir una relación o destruirla. Me he disculpado con mis hijas cada vez que mis actitudes han sido exageradas, mis juicios precipitados o he alzado innecesariamente la voz. Así que ellas han aprendido de mí a pedir perdón y a reconocer sus excesos.

Varias personas que me han visto tomar esta actitud han quedado impresionadas. Dicen: "¿Cury está disculpándose con sus hijas?" Nunca habían visto a un padre reconocer sus errores y pedir perdón por ellos, mucho menos a un psiquiatra. Muchos hijos de psicólogos y psiquiatras adquieren conflictos porque sus padres no están humanizados, no pueden hablarles al corazón y ser admirados por ellos.

No quiero que mis hijas me teman, quiero que me amen. Por fortuna, están locas por mí y por mi esposa. Si hay amor, la obediencia es espontánea y natural. No hay nada más hermoso y poético que los padres y los hijos que son grandes amigos.

La perla del corazón

Abrazarse, besarse y hablar espontáneamente con sus hijos cultiva el afecto y rompe los lazos de la soledad. Muchos europeos y estadounidenses sufren de profunda, soledad: no saben cómo tocar a sus hijos y dialogar abiertamente con ellos. Viven bajo el mismo techo, Pero a mundos de distancia. El tacto y el diálogo son mágicos, crean una esfera de solidaridad, enriquecen sus emociones y rescatan el sentido de la vida.

Muchos jóvenes de países en vías de desarrollo se suicidan porque es raro que alguien penetre en su mundo y los escuche sin prejuicios. Hay un malentendido en la psiquiatría con respecto al suicidio: quienes se suicidan no quieren matar la vida, sino el dolor.

Quienes piensan en morir, en el fondo tienen hambre y sed de vivir. Lo que quieren destruir es el sufrimiento causado por sus conflictos, la soledad que los desalienta y la angustia que los debilita. Dígale esto a gente deprimida y verá florecer en ella la esperanza. En mi experiencia, pude ayudar a muchos pacientes a encontrar el coraje para cambiar el rumbo de sus vidas pronunciando esas palabras. Algunos de ellos entraron en mi consultorio queriendo morir, y salieron convencidos de que amaban desesperadamente la vida.

En una sociedad en la que los padres e hijos no son amigos, la depresión y otros trastornos emocionales encuentran un caldo de cultivo ideal para florecer. La autoridad de los padres y el respeto de los hijos no son incompatibles con la más pura amistad. Por una parte,

usted no debe ser indulgente ni dejarse manipular por sus hijos; por otra, debe tratar de ser un gran amigo para ellos.

Estamos en la era de la admiración: o sus hijos lo admiran o usted no tendrá influencia sobre ellos. La autoridad real y el respeto sólido nacen a través del diálogo. El diálogo es una perla escondida en el corazón. También es invaluable y accesible: invaluable, porque el oro y la plata no pueden comprarla; accesible, porque hasta el hombre más pobre puede encontrarla. Búsquela.

**Los buenos padres dan información,
mientras que los padres
brillantes cuentan historias**

Este hábito de los padres brillantes contribuye a desarrollar en sus hijos: creatividad, inventiva, astucia, razonamiento esquemático y capacidad para encontrar soluciones en situaciones tensas

Los buenos padres son enciclopedias de información; los padres brillantes son agradables contadores de historias. Son creativos, astutos y capaces de extraer hermosas lecciones de vida de las cosas más simples.

¿Quiere ser un padre brillante? Adquiera el hábito tanto de dialogar como de contar historias. Cautive, a sus hijos con su inteligencia y afecto, no con su autoridad, dinero o poder. Sea agradable. Influencie su entorno.

¿Sabe usted qué termómetro indica si es agradable, indiferente o intolerable? La imagen que los amigos de sus hijos tienen de usted. Si les gusta estar con usted, habrá pasado la prueba; si lo evitan, habrá reprobado y tendrá que revisar sus actitudes.

Siempre he sido un contador de historias. Mis hijas adolescentes todavía me piden que les cuente cuentos. Los padres que son contadores de historias no se avergüenzan de usar sus errores y dificultades para ayudar a sus hijos a sumergirse dentro de sí mismos y encontrar sus propios caminos. Cuando sus hijos están desesperados, temerosos del futuro, aprensivos acerca de tener que afrontar un problema, estos padres dan un paso adelante y crean historias que transforman las ansiosas emociones de sus hijos en una fuente de motivación.

Una de mis hijas fue criticada una vez por algunas de sus amigas por ser una persona sencilla, que no gustaba de la ostentación, y también porque no se preocupaba excesivamente por la estética. Ella se sentía triste y rechazada. Después de escucharla, di rienda suelta a mi imaginación y le conté un cuento. Le dije que algunas personas prefieren un hermoso sol pintado en un lienzo, y otras prefieren un sol verdadero aunque esté oscurecido por las nubes. Y le pregunté: "¿Qué sol prefieres?"

Pensó en eso y contestó que prefería el sol verdadero. Así que agregué que incluso si la gente no cree en su propio sol, éste está brillando. "Tú tienes tu propia luz; un día, las nubes que la oscurecen desaparecerán y la gente te verá. No tengas miedo de la crítica y no temas perder tu luz".

Ella nunca olvidó este cuento y estaba tan feliz que se lo contó a varias de sus amigas. Ser feliz es resultado del entrenamiento y no de la casualidad. ¿Cuál es una de las mejores formas de educar? Contando cuentos. Contar historias amplía el mundo de las ideas, ventila las emociones y diluye la tensión.

La llegada de un nuevo hermanito puede generar reacciones agresivas, rechazo, regresiones instintivas (por ejemplo, pérdida de control para orinar) y cambios en la actitud del hermano mayor, lo que pone en riesgo la formación de su personalidad. A veces, el bebé se vuelve un extraño. Los padres hábiles crean historias, durante la gestación, que incluyen a los hermanos teniendo experiencias divertidas y que alientan el compañerismo. El hermano mayor absorbe estas historias, deja de ver al bebé como un rival y desarrolla afecto por él.

Enseñe mucho diciendo poco

El Maestro de maestros era un excelente educador porque contaba parábolas. Cada parábola que contó hace más de 2000 años era una rica historia que expandía la inteligencia, destruía los prejuicios y estimulaba el pensamiento. Este fue uno de los secretos de por qué siempre estaba rodeado de jóvenes.

Los jóvenes aprecian a la gente inteligente. Para ser inteligente usted no necesita ser un intelectual o un científico, todo lo que requiere es crear historias e insertar en ellas lecciones de vida. Muchos padres se limitan mentalmente. Piensan que no son creativos, astutos e inteligentes, lo cual es falso. Estoy convencido, como investigador de la inteligencia, que cada persona tiene un enorme potencial intelectual que está oprimido.

Recuerdo a un paciente autista que no podía producir ningún pensamiento lúcido, pero su capacidad intelectual era enorme. Luego de utilizar algunas herramientas que estimularon el fenómeno RAM, se abrieron las ventanas de su memoria y después de dos años de tratamiento no sólo pensaba brillantemente, sino que también contaba excelentes cuentos. Sus compañeros de clase estaban asombrados con su imaginación. Por lo tanto, hay un contador de cuentos dentro del ser humano más introvertido.

Si a veces usted no puede soportar su propia introversión, ¿cómo espera que sus hijos lo escuchen? No grite, no ataque y no responda con agresividad. ¡Alto! Cuente historias a sus seres queridos. Usted

puede enseñar mucho diciendo poco.

Tenga el valor de cambiar. Sea inventivo. De esta manera puede educar mucho sin cansarse demasiado. Los padres brillantes estimulan a sus hijos a superar sus miedos y a vivir delicadamente. Son contadores de historias, vendedores de sueños. Si usted puede hacer soñar a sus hijos, tendrá un tesoro que muchos reyes han buscado y nunca han encontrado.

**Los buenos padres dan
oportunidades, mientras que los padres
brillantes nunca se rinden**

Este hábito de los padres brillantes contribuye a desarrollar en sus hijos: respeto por la vida, esperanza, perseverancia, motivación, determinación y capacidad de cuestionarse a sí mismos, de superar los obstáculos y fracasos.

Los buenos padres toleran algunos errores de sus hijos; los padres brillantes nunca se rinden para combatirlos, incluso si sus hijos los desilusionan, cometen errores, no los valoran y se sumergen en los valles de los trastornos emocionales.

El mundo puede no tener fe en nuestros hijos, pueden pensar que no lograrán nada en la vida, pero si somos padres brillantes y creemos en ellos, tratamos de ver lo que nadie ve y buscamos el oro detrás de sus fracasos, habrá dulzura detrás de la arrogancia, sensibilidad detrás de la agresividad y amor por la vida en un joven que contempla suicidarse. ¿Es usted capaz de encontrar esto?

Los padres brillantes son sembradores de ideas y no son dominantes con sus hijos. Labran el terreno de su inteligencia y esperan que un día sus semillas germinen. Puede haber desolación durante la espera, pero si las semillas son buenas, un día germinarán. Aun si los hijos consumen drogas, no tienen respeto por la vida y desprecian su futuro, un día regresarán.

Quizás algunos padres estén llorando mientras leen este libro. Llorando porque sus hijos están pasando por crisis profundas. Algunos de ellos no se dejan ayudar, se aíslan dentro de su mundo enfermo, son autosuficientes y maestros de la necesidad. ¿Qué deben hacer? ¿Rendirse? ¡No!

Un magnífico ejemplo a seguir se ilustra en la parábola del hijo pródigo. El comportamiento del padre fue de una sabiduría única. Veamos.

El hijo abandonó al padre, pero el padre nunca abandonó al hijo. El padre rogó a su hijo que se quedara. Sus lágrimas no lo conmovieron. Se fue y poco a poco gastó su fortuna. El padre no lo criticó, y simplemente esperó por él.

Cada día esperaba que su hijo aprendiera en la escuela de la vida las lecciones que no había aprendido de él.

Finalmente, la gran victoria. El dolor, la pérdida y la inseguridad del muchacho rompieron la cáscara de las semillas que el padre había sembrado. Así, su personalidad fue silenciosamente lapidada. ¿El resultado? Regresó. Había dejado la protección de su padre y adquirido profundas cicatrices en el alma, pero era más maduro y experimentado.

El padre vio a su hijo caminando a la distancia. Corrió a su encuentro, hondamente conmovido. No lo condenó, no dijo nada, sabía que las palabras eran innecesarias. Estaba seguro que las experiencias que había tenido su hijo gritaban en su interior. Sólo lo besó y dio una fiesta en su honor. El amor es incomprensible. El hijo nunca volvió a ser el mismo.

Deberíamos ser poetas en la batalla de la crianza. Podemos llorar, pero nunca debemos desalentarnos. Podemos ser heridos, pero nunca debemos dejar de luchar. Deberíamos ver lo que nadie ve: un tesoro enterrado en las piedras del corazón de nuestros hijos.

Nadie se gradúa en la tarea de educar

Los padres solían ser autoritarios; hoy en día, los hijos lo son. Los maestros solían ser héroes para sus alumnos; hoy en día, son las víctimas de sus estudiantes. A los jóvenes no les gusta que los contradigan. Nunca en la historia habíamos visto a los adultos ser tan dominados por los niños y los jóvenes. Los hijos se comportan como reyes cuyos deseos deben ser cumplidos de inmediato.

En primer lugar, los padres deben aprender a no tener miedo de decir "no" a sus hijos. Si ellos no escuchan un "no" de sus padres, no estarán preparados para escuchar un "no" de la vida. No tendrán oportunidad de sobrevivir.

En segundo lugar, cuando los padres dicen "no" a sus hijos, no deben ceder al chantaje y a la presión que éstos ejercen. De otro modo, sus emociones se volverán un balancín: serán dóciles un momento y explosivos al siguiente; estarán felices un momento y malhumorados al siguiente. Si son inestables y chantajistas en un medio social, serán excluidos del mismo.

En tercer lugar, los padres deben dejar muy claro que puntos son negociables y que límites no lo son. Por ejemplo, irse a la cama después de medianoche durante la semana de escuela es inaceptable y, por lo tanto, no negociable. Por otra parte, se puede negociar la cantidad de tiempo para Internet y para los juegos.

Si los padres incorporan los hábitos de educadores brillantes que he mencionado, serán capaces de contradecir, establecer límites y eliminar el temor a decir "no" a sus hijos. Sus reproches, berrinches y

crisis no serán destructivos, sino constructivos.

Vivimos en tiempos difíciles. Las reglas y el consejo psicológico ya no parecen ser eficientes. En todo el mundo, los padres se sienten perdidos, sin un centímetro de terreno para caminar y sin herramientas para penetrar en el mundo de sus hijos. De hecho, conquistar el planeta psíquico de nuestros hijos es tan complejo como conquistar su planeta físico. Actuar con base en la inteligencia es un arte que pocos aprenden.

Me gustaría aclarar que los hábitos de los padres brillantes revelan que nadie se gradúa en la educación de los hijos. Aquellos que dicen "yo sé" o "no necesito la ayuda de nadie" ya han sido derrotados de antemano. Para educar, siempre debemos aprender y conocer la palabra paciencia en toda su plenitud. Quienes no tienen paciencia se rinden; quienes no pueden aprender, tampoco pueden encontrar rutas inteligentes. Infortunados son los psiquiatras que no aprenden de sus pacientes. Infortunados son los maestros que no aprenden de sus alumnos y no renuevan sus herramientas. La vida es una gran escuela que enseña poco a aquellos que no saben leerla.

Como la vida es una gran escuela, los padres deben tratar de entender los hábitos de los maestros fascinantes que describiré a continuación. Les serán útiles en su viaje. Los padres y los maestros son socios en la fantástica tarea de educar.

PARTE 2

SIETE HÁBITOS DE LOS BUENOS MAESTROS
Y DE LOS MAESTROS FASCINANTES

Educar es ser un artesano de la
personalidad, un poeta de la inteligencia
y un sembrador de ideas

**Los buenos maestros son elocuentes,
mientras que los maestros fascinantes
conocen el funcionamiento de la mente**

Este hábito de los maestros fascinantes contribuye a desarrollar en sus alumnos: la capacidad de manejar los pensamientos, administrar las emociones, ser líderes de sí mismos, manejar la pérdida y la frustración, y superar los conflictos.

Los buenos maestros tienen buena cultura académica y transmiten la información con seguridad y elocuencia en el salón de clases; los maestros fascinantes van más allá de este objetivo. Tratan de entender el funcionamiento de las mentes de sus alumnos para poder educarlos mejor. Para los maestros fascinantes, cada estudiante no es sólo otro número en el aula, sino un ser humano complejo, con necesidades únicas.

Los maestros fascinantes transforman la información en conocimiento y el conocimiento en experiencia. Saben que sólo las experiencias se registran de una forma privilegiada en los campos de cultivo de la memoria, y que sólo ellas crean en la memoria avenidas capaces de transformar la personalidad. Por eso siempre incorporan la información que transmiten a una experiencia de vida.

La educación atraviesa por una crisis histórica sin precedentes. Los estudiantes están desorientados, no se concentran, no encuentran placer en aprender y sufren de ansiedad. ¿De quién es la culpa? ¿De los alumnos o de sus padres? De ninguno. Las causas son más profundas. Las principales razones son producto del sistema social, que ha estimulado en una forma aterradora el fenómeno de construcción de pensamientos. Estudiaremos este asunto en el siguiente tema.

Actualmente, el escenario mental de los jóvenes es distinto del de los jóvenes del pasado. En el trasfondo de sus mentes, los fenómenos que producen los pensamientos son los mismos, pero los actores en el escenario son diferentes. La calidad y velocidad de los pensamientos han cambiado. Debemos entender algunos roles de la memoria y algunas áreas del proceso de construcción de la inteligencia a fin de encontrar las herramientas necesarias para dar un giro a la educación.

El primer hábito de los maestros fascinantes es entender las

mentes de los alumnos y tratar de encontrar respuestas inusuales, diferentes de aquellas a las que están acostumbrados.

El síndrome de pensamiento acelerado

La televisión muestra más de sesenta personajes por hora con las más diversas características de personalidad. Policías irreverentes, chicos malos que no le temen a nada y gente divertida. Estas imágenes se registran en la memoria y compiten con la imagen de padres y maestros.

Los resultados inconscientes de esto son serios. Los educadores pierden la capacidad de influir en el mundo psíquico de los jóvenes. Sus gestos y palabras no tienen impacto emocional y, en consecuencia, no son sometidos a un registro privilegiado capaz de producir otros miles de emociones y pensamientos que estimulan el desarrollo de la inteligencia. Con frecuencia, los educadores necesitan gritar para captar un poco de atención.

La peor consecuencia de los estímulos excesivos de la televisión es contribuir a la generación del síndrome de pensamiento acelerado (SPA). Nunca debimos abrir la caja negra de la inteligencia, que es la construcción de pensamientos, pero por desgracia lo hicimos. La velocidad de los pensamientos no se debe incrementar crónicamente, pues ello provoca una disminución en la concentración y un aumento en la ansiedad. Sin embargo, esto es exactamente lo que está ocurriendo con los jóvenes.

La ansiedad del SPA genera una compulsión por nuevos estímulos, en un intento por aliviarla. A pesar de ser menos intenso, el principio que se da con la adicción psicológica a las drogas es el mismo. Los drogadictos siempre usan nuevas drogas para tratar de aliviar la ansiedad generada por su adicción. Cuanto más drogas consumen, más dependientes se vuelven.

Quienes sufren de SPA adquieren una adicción a nuevos estímulos. Están inquietos en sus asientos, tienen conversaciones paralelas, no se concentran y distraen a sus compañeros de clase. Estos comportamientos son intentos de aliviar la ansiedad generada por el SPA.

La educación está en bancarrota, la violencia y la enajenación social han aumentado porque, sin querer, hemos cometido un crimen contra las mentes de los niños y los adolescentes. Estoy científicamente convencido de que la velocidad de los pensamientos de los jóvenes de hace un siglo era mucho menor que hoy en día y, por lo tanto, el modelo educacional del pasado, aunque no era el ideal, funcionaba.

Necesitamos un nuevo modelo educacional. Al final de este libro

comento las técnicas para producir una educación excelente, capaz de eliminar los efectos negativos del SPA. En mis conferencias, a menudo pregunto a los maestros con más de 10 años de experiencia en el salón de clases, si notan que los alumnos actuales son más inquietos que en el pasado, y la respuesta unánime es afirmativa. Necesitamos maestros excepcionales, que entiendan el anfiteatro de la mente humana. El mundo está lleno de maestros ordinarios.

Pensar es excelente; pensar demasiado es terrible. Quienes piensan demasiado le roban energía vital a la corteza cerebral y sienten una fatiga excesiva, aun cuando no hayan hecho ejercicio físico. Este es uno de los síntomas del SPA. Otros síntomas son sueño insuficiente, irritabilidad, sufrimiento anticipado, olvidos, dificultad para concentrarse, aversión a la rutina y, a veces, síntomas psicósomáticos como dolor de cabeza, dolor muscular, taquicardia y gastritis. ¿Por qué la disminución de la memoria es uno de los síntomas? Porque el cerebro es más listo que nosotros y bloquea la memoria para que pensemos menos y gastemos menos energía.

Muchos científicos no se dan cuenta que el SPA es la causa principal de la crisis educacional en el mundo. Es colectivo, afecta a gran parte de la población joven y adulta. Los adultos responsables presentan un SPA más fuerte y, por lo tanto, están más estresados. ¿Por qué? porque tienen un trabajo intelectual más intenso, piensan más y se preocupan más.

En los estudiantes, el SPA casi hace que las teorías educacionales y psicológicas del pasado no funcionen, porque mientras los maestros hablan, los alumnos están agitados, inquietos, desconcentrados y, sobre todo, perdidos en sus propios pensamientos. Mientras los maestros están en el salón de clase, los estudiantes están en otro mundo.

Las causas del SPA

El síndrome del SPA genera una hiperactividad que no es de origen genético. Desde el comienzo de la humanidad siempre ha existido una hiperactividad genética, caracterizada por ansiedad psicomotora, desasosiego e inquietud de pensamientos, de origen metabólico. Por eso algunas personas siempre han sido más ansiosas, obcecadas e hiperpensadoras que otras. Pero hoy en día hay una hiperactividad funcional no genética: el SPA.

¿Cuales son las causas del SPA? La primera causa, como he mencionado, es el exceso de estímulos visuales y auditivos producidos por la televisión, que ataca directamente el ámbito de la emoción. Observe que no estoy hablando de la calidad del contenido de los programas televisivos, sino del exceso de estímulos, tanto buenos como

malos. La segunda causa es el exceso de información. La tercera es la paranoia del consumismo y la estética, que dificulta la internalización.

Todas estas causas excitan la construcción de pensamientos y generan una psicotransformación a la rutina diaria; en otras palabras, una pérdida del placer en las pequeñas cosas de la vida cotidiana. Los afectados por el SPA siempre están inquietos y tratando de encontrar cualquier estímulo que los alivie.

Con respecto a la información excesiva, es fundamental saber que en la actualidad un niño de ocho años tiene más información almacenada en su memoria que una persona de 70 años que vivió hace uno o dos siglos. Esta avalancha de información excita inadecuadamente los cuatro grandes fenómenos que leen la memoria y construyen cadenas de pensamientos. Quienes padecen el SPA no son capaces de controlar totalmente sus pensamientos y no pueden tranquilizar sus mentes.

La gran amenaza para la calidad de vida del hombre moderno no es su trabajo, la competencia, las excesivas horas de trabajo ni la presión social, sino el exceso de pensamientos. El SPA compromete la salud psíquica de tres maneras: rumiar el pasado y desarrollar sentimientos de culpa, generar preocupaciones acerca de problemas existenciales y sufrir anticipadamente.

Por lo anterior, no basta con ser elocuente. Para ser un maestro fascinante usted necesita conocer el alma humana, a fin de descubrir herramientas pedagógicas capaces de transformar la sala de estar y el salón de clases en un oasis, y no en una fuente de estrés. Esta es una cuestión de supervivencia; de otra forma, ni los alumnos ni los maestros tendrán calidad alguna de vida. Y esto ya está sucediendo de la siguiente manera.

La calidad de vida del maestro ha sido destruida

Una revelación abrumadora: en España, el 80% de los maestros está bajo estrés. En Inglaterra, el gobierno está teniendo problemas para reclutar maestros, especialmente para la educación media y superior, porque pocos quieren dedicarse a esta profesión. En otros países, la situación es igualmente crítica.

De acuerdo con investigaciones realizadas por la Academia de Inteligencia, en Brasil, el 92% de los maestros presenta tres o más síntomas de estrés, y el 41% presenta 10 o más. Este es un porcentaje muy alto, que indica que casi la mitad de los maestros no debería estar en el salón de clases, sino en una clínica antiestrés. Compare lo anterior con esta otra cifra: 22.9% de la población de Sao Paulo, que está dramáticamente estresada, presenta 10 síntomas o más.

Los números lo gritan. Indican que los maestros están dos veces más estresados que la población de Sao Paulo, que es una de las más grandes y estresadas del mundo. Creo que la situación es la misma en cualquier país desarrollado. Los síntomas que más se destacan son los que están ligados al síndrome de pensamiento acelerado.

¿Qué clase de batalla estamos librando, que nuestros nobles soldados en el frente, los maestros, se están enfermando colectivamente? ¿Qué clase de educación es ésta que estamos construyendo, que elimina la buena calidad de vida de nuestros queridos maestros? Le damos un alto valor a los mercados del petróleo, los autos y las computadoras, pero no nos damos cuenta que el mercado de la inteligencia esta en bancarrota.

No sólo es necesario rescatar los salarios y la dignidad de los maestros, sino también su salud. Los maestros y los alumnos están colectivamente afectados por el SPA.

Una petición para los maestros fascinantes: por favor, tengan paciencia con sus alumnos. Esta agresividad, enajenación e inquietud que reinan en el salón de clases no es culpa de ellos. Los alumnos son las víctimas. Incluso dentro de los peores estudiantes existe un mundo por descubrir y explorar.

Hay esperanza a pesar del caos. Necesitamos construir la escuela de nuestros sueños. ¡Sólo esperen!

**Los buenos maestros tienen una metodología,
mientras que los maestros fascinantes
tienen sensibilidad**

Este hábito de los maestros fascinantes contribuye a desarrollar en sus alumnos: autoestima, estabilidad, tranquilidad y capacidad para contemplar la belleza, perdonar, hacer amigos y para la sociabilidad.

Los buenos maestros hablan con sus voces; los maestros fascinantes hablan con sus ojos. Los buenos maestros son didácticos; los maestros fascinantes van más allá. Tienen la sensibilidad para hablar a los corazones de sus alumnos.

Sea un maestro fascinante. Hable con una voz que exprese emoción. Cambie su tono mientras habla. De esta forma cautivará la emoción, estimulará la concentración y aliviará el SPA de sus estudiantes, quienes desacelerarán sus pensamientos y viajarán a través del mundo de sus ideas. Un maestro fascinante de matemáticas, química o lenguas es alguien capaz de llevar a sus alumnos a un viaje sin salir del salón de clases. Cada vez que doy una conferencia trato de hacer que mis oyentes viajen, reflexionen sobre la vida, caminen dentro de sí mismos y se salgan de lo ordinario.

Un maestro fascinante es un amo de la sensibilidad. Sabe proteger su emoción en focos de tensión. ¿Qué significa esto? Significa no permitir que la agresividad y las actitudes impulsivas de sus alumnos le roben su tranquilidad. Entiende que el débil excluye, el fuerte acepta; el débil condena y el fuerte comprende. Trata de aceptar y comprender a sus alumnos, incluso a los más difíciles.

Vea el mundo con los ojos de un águila. Contemple la educación desde diversos ángulos. Entienda que somos creadores y víctimas del sistema social, el cual valora el tener y no el ser, lo estético y no el contenido, el consumismo y no las ideas. Debemos dar nuestra contribución para generar una humanidad más saludable.

No olvide que usted es no solamente un pilar de la escuela clásica, sino un pilar de la escuela de la vida. Esté consciente de que las computadoras pueden crear gigantes de la ciencia, pero que seguirán siendo niños en cuanto a madurez.

A pesar de sus dificultades, los educadores son irremplazables

porque la bondad, la solidaridad, la tolerancia, la inclusión, los sentimientos altruistas y todas las áreas de la sensibilidad no pueden ser enseñadas por las máquinas, sino sólo por los seres humanos.

Los buenos maestros educan la inteligencia lógica, mientras que los maestros fascinantes educan la emoción

Este hábito de los maestros fascinantes contribuye a desarrollar en sus alumnos: seguridad, tolerancia, solidaridad, perseverancia, protección contra los estímulos estresantes e inteligencia emocional e interpersonal.

Los buenos maestros enseñan a sus alumnos a explorar el mundo en que viven, desde la inmensidad del espacio hasta el átomo diminuto; los maestros fascinantes enseñan a sus alumnos a explorar el mundo que son, su propio ser. La educación sigue las notas de la emoción.

Los maestros fascinantes saben que trabajar con las emociones es más complejo que trabajar con los más intrincados cálculos físicos y matemáticos. Las emociones pueden transformar a los ricos en pobres, a los intelectuales en niños y a los poderosos en seres frágiles.

Eduque la emoción con inteligencia. ¿Y qué es educación emocional? Es estimular al estudiante a pensar antes de reaccionar, a no tener miedo del miedo, a ser su propio líder, autor de su propia historia, a saber cómo filtrar los estímulos estresantes y a trabajar no sólo con los hechos lógicos y los problemas concretos, sino también con las contradicciones de la vida.

Educar la emoción también es darse a usted mismo sin esperar nada a cambio, ser fiel a su conciencia, extraer placer de los pequeños estímulos existenciales, saber perder, arriesgarse a transformar los sueños en realidad y tener el valor de entrar a sitios desconocidos. ¿Quién tuvo el privilegio de educar la emoción en su juventud?

Por desgracia, nos hemos sumergido a nosotros mismos en una sociedad sin tener ninguna preparación para vivir. Estamos vacunados desde la infancia contra una serie de virus y bacterias, pero no lo estamos contra la desilusión, la frustración y el rechazo. ¿Cuántas lágrimas, trastornos psíquicos, crisis de relación e incluso suicidios pudieron evitarse con la educación emocional?

Si no educamos la emoción podemos generar cuando menos tres resultados. Algunos se vuelven insensibles y presentan las características de una personalidad psicótica. Tienen una emoción insensible y, por lo tanto, ofenden y lastiman a los demás, pero no

sienten su dolor y no piensan en las consecuencias de su comportamiento.

Otros, por el contrario, se vuelven hipersensibles. Viven intensamente el dolor ajeno, se dan a sí mismos sin límites, se preocupan demasiado por la crítica de los demás y no tienen protección emocional. Una ofensa les arruina el día, el mes y hasta la vida. Las personas hipersensibles suelen ser excelentes para los demás, pero terribles para sí mismas.

Hay otros más que están desorientados; no lastiman a los demás pero no piensan en el futuro; no tienen sueños ni metas, van a la deriva y viven en un conformismo patológico. Las escuelas no están educando las emociones. Están generando jóvenes insensibles, hipersensibles o desorientados. Necesitamos formar gente joven que sea rica emocionalmente, protegida e integrada.

Los buenos maestros usan la memoria como depósito de información, mientras que los maestros fascinantes la usan como apoyo en el arte de pensar

Este hábito de los maestros fascinantes contribuye a desarrollar en sus alumnos: capacidad de pensar antes de reaccionar, de exponer y no de imponer las ideas, conciencia crítica y capacidad de debate, de cuestionamiento y de trabajo en equipo.

Los buenos maestros usan la memoria como un depósito de información; los maestros fascinantes usan la memoria como un apoyo para la creatividad. Los buenos maestros siguen el programa de clases; los maestros fascinantes también, pero su objetivo fundamental es enseñar a sus alumnos a ser pensadores y no repetidores de información.

La educación clásica ha transformado a la memoria humana en una base de datos. Esa no es la función de la memoria. Como dije, una gran parte de la información que recibimos jamás será archivada. Llenamos un espacio precioso de nuestra memoria con información poco útil o inútil.

Los maestros y los psicólogos juran que hay recuerdos pero, como dije antes, este es uno de los falsos pilares en que se sustentan la psicología y las ciencias de la educación. No hay un recuerdo puro del pasado, sino una reconstrucción de ese pasado con micro o macro diferencias.

¿Cuántos pensamientos produjimos ayer? ¡Miles! ¿Cuántos podemos recordar con la secuencia exacta de verbos, sustantivos y adjetivos? Probablemente ninguno. De cualquier forma, si tratamos de recordar a la gente, los lugares y las circunstancias en que nos relacionamos, reconstruiremos otros miles de pensamientos, pero no exactamente los mismos que pensamos ayer.

Podemos concluir que el objetivo de la memoria no es dar apoyo a los recuerdos, sino a la reconstrucción creativa del pasado. Sólo hay un recuerdo puro de información cuando esta vacío de experiencias sociales o emocionales, en otras palabras, de información lógica, como los números. Sin embargo, el rescate de estos recuerdos involucra sutiles emociones subyacentes. Por eso, dependiendo del momento,

tenemos mayor o menor habilidad para resolver cálculos matemáticos.

La memoria suplica a cada ser humano que sea creativo, pero la educación clásica le suplica que sea repetitivo. La memoria no es una base de datos, ni nuestra capacidad de pensar es una maquina que repite información, como meros cálculos.

La memoria de la computadora es esclava de los estímulos programados. La memoria humana es un jardín de información y experiencias del que cada uno puede obtener un fantástico mundo de ideas.

Un miembro de una tribu africana tiene la misma capacidad intelectual que un científico de Harvard. Mucha gente considera que Einstein fue la mente más grande del siglo XX pero, como uno de los raros científicos que han producido conocimiento sobre el proceso de la construcción de pensamientos, tengo la convicción de que un miembro de una tribu indígena del Amazonas tiene el mismo potencial intelectual que Einstein.

Todos tenemos un grupo de fenómenos que, en milésimas de segundo, lee los campos de la memoria y produce una exhibición de pensamientos. La única razón por la que no generamos grandes ideas, pensamientos inusuales y sorprendentes creaciones, es porque hemos maniatado el arte de pensar.

En mis dos primeros años de segunda enseñanza sólo tenía dos cuadernos y en ellos casi no había nada escrito. Me fue difícil adaptarme a una educación que no estimulaba mi inteligencia. En aquel tiempo, algunas personas, viendo mi aparente desinterés, pensaron que no lograría nada en la vida. Pero en mi interior había una explosión de ideas. Pensar era una aventura que me encantaba.

A la fecha, he escrito más de 5000 páginas y la mayoría no han sido publicadas. Mis libros son estudiados por científicos y leídos por cientos de miles de personas en todo el mundo. Sin embargo, estoy convencido de que no tengo una inteligencia privilegiada. Todos tenemos una mente especial. Que tan lejos lleguemos depende de cuánto liberemos el arte de pensar.

Abra las ventanas de la inteligencia

Los exámenes escolares estimulan a los estudiantes a repetir la información; además de ser poco útiles, con frecuencia son dañinos porque pueden limitar la inteligencia. Los exámenes deberían ser abiertos, promover la creatividad, estimular el desarrollo del pensamiento libre, cultivar el razonamiento esquemático y expandir la capacidad de argumentación del alumno. Los tests y las preguntas de opción múltiple se deberían evitar o usar poco en los exámenes

escolares.

Los exámenes deberían valorar cualquier razonamiento esquemático, cualquier idea organizada, aun si están completamente equivocados en relación con el material que se enseñó. Es posible dar la máxima calificación a un razonamiento brillante basado en datos erróneos. Esto valora a los pensadores. El requerimiento de detalles sólo se debería hacer a los especialistas en las universidades y no a los estudiantes de las primarias y secundarias.

En mi libro *Revolucione su calidad de vida*, hablo acerca de la memoria de uso continuo o memoria consciente (MUC), así como de la memoria existencial o inconsciente (ME). La mayor parte de la información, más del 90% que registramos en la MUC, nunca será recordada, pues se irá a la periferia de la memoria, a la ME, y será reeditada (sustituida) o transferida a archivos de acceso poco frecuente en los sótanos del inconsciente.

La información más útil es aquella que se transforma en conocimiento y que, a su vez, se convertirá en experiencias en la MUC. Cuando llegue al tema de la escuela de nuestros sueños, indicaré las herramientas para estimular el arte de pensar.

En el pasado, el conocimiento se duplicaba cada dos o tres siglos. Hoy en día, se duplica cada cinco años. Y mientras tanto, ¿dónde están los pensadores? Estamos contemplando el final de los pensadores en las escuelas, universidades e incluso en los cursos de posgrado. Hemos multiplicado el conocimiento, pero no a los hombres y mujeres que piensan.

Los estudiantes que hoy salen mal en los exámenes pueden llegar a ser excelentes científicos, ejecutivos y profesionales en el futuro; todo lo que necesitan es que los estimulemos. Estimule a sus alumnos a que abran las ventanas de sus mentes, a que tengan la audacia de pensar, cuestionar, debatir y romper los paradigmas.

Este es un hábito excelente. Los maestros fascinantes forman pensadores que son autores de sus propias historias.

Los buenos maestros son temporales, mientras que los maestros fascinantes son inolvidables

Este hábito de los maestros fascinantes contribuye a desarrollar en sus alumnos: sabiduría, sensibilidad, afecto, serenidad, amor por la vida, capacidad de hablar al corazón y de influenciar a la gente.

Un buen maestro es recordado durante el tiempo de escuela; un maestro fascinante es inolvidable. Un buen maestro encuentra a sus alumnos; a un maestro fascinante lo encuentran ellos. Un buen maestro es admirado; un maestro fascinante es amado. Un buen maestro se preocupa por las calificaciones de sus estudiantes; un maestro fascinante se preocupa por transformarlos en ingenieros de ideas.

Ser un maestro inolvidable es formar a un ser humano que hará la diferencia en el mundo. Sus lecciones de vida dejan una marca indeleble en los terrenos consciente e inconsciente de sus alumnos. El tiempo puede pasar y las dificultades aparecer, pero las semillas sembradas por un maestro fascinante nunca morirán.

He investigado la vida de grandes pensadores como Confucio, Buda, Platón, Freud y Einstein. Todos fueron maestros inolvidables porque fueron estimulados a navegar dentro de sí mismos. En la colección *Análisis de la inteligencia de Cristo* (Cury, 2000), tuve la oportunidad de investigar los pensamientos de Jesucristo, así como su capacidad de proteger la emoción y su habilidad para trabajar en los campos de cultivo de la inteligencia de sus discípulos.

A pesar de mis limitaciones, hice un análisis psicológico y no teológico de su personalidad. Los resultados fueron extraordinarios. Quizá por primera vez, en escuelas de psicología, pedagogía y leyes se han adoptado textos que se refieren a Jesucristo.

Aparentemente, Jesús murió como el más derrotado de los hombres porque su discípulo más fuerte lo negó y los otros lo abandonaron, pero nadie es derrotado cuando su semilla ha sido sembrada. Las semillas que él sembró en el campo de la memoria de sus discípulos inspiraron inteligencia, liberaron emoción, rompieron la prisión del miedo, convirtieron a los jóvenes galileos, tan poco preparados para la vida, en una casta de buenos pensadores.

La conclusión que saqué es que Jesucristo llegó a ser un maestro inolvidable no por sus acciones sobrenaturales, sino porque ventiló el anfiteatro de la mente humana con habilidad única. Nunca alguien tan grande se ha hecho tan pequeño para transformar lo pequeño en grande. Independientemente de la religión, aquellos que aman la educación deberían estudiarlo.

Escuelas excelentes han creado estudiantes problemáticos. En el pasado, las escuelas privadas de la ciudad no podían ayudar a sus "alumnos problema". En la actualidad, las buenas escuelas que usan teorías respetables, como el constructivismo y las inteligencias múltiples, han sido incapaces de formar colectivamente jóvenes sabios y lucidos.

Sea un maestro fascinante. Inspire la inteligencia de sus alumnos, guíelos para que enfrenten sus retos y no sólo para tener una cultura informativa. Estimúlelos a manejar sus pensamientos y tener una relación amorosa con la vida.

No guarde silencio acerca de su historia, transmita sus experiencias de vida. La información se archiva en la memoria; las experiencias se siembran en el corazón.

**Los buenos maestros corrigen el comportamiento,
mientras que los maestros fascinantes resuelven
los conflictos en el salón de clases**

*Este hábito de los maestros fascinantes contribuye
a desarrollar en sus alumnos: la superación de
la ansiedad, la resolución de crisis interpersonales,
la socialización, la protección emocional y el rescate
del liderazgo del "yo" en focos de tensión.*

Los buenos maestros corrigen los comportamientos agresivos de sus alumnos; los maestros fascinantes resuelven los conflictos en el salón de clases. Entre corregir comportamientos y resolver conflictos en el aula hay una distancia más grande que la imaginada por nuestro noble sistema de educación.

Resolver conflictos en el salón de clases es un tema nuevo en muchas naciones. Hasta ahora algunos países de Europa y América están despertando al respecto. He comentado en mis conferencias que los padres y los maestros necesitan equiparse para resolver los conflictos entre sus hijos y entre sus estudiantes.

En primer lugar, usted debe conocer, como ya lo he dicho, el SPA. En segundo lugar, los maestros deben proteger sus emociones ante los acalorados conflictos de sus alumnos; de otro modo, la fricción puede desgastarlos profundamente. En este caso, las escuelas se convertirán en un desierto y los maestros contarán los días que faltan para su retiro.

En tercer lugar, frente a cualquier fricción, ofensa o crisis entre los estudiantes, o entre los alumnos y el maestro, la mejor respuesta es no dar ninguna respuesta. Cuando estamos tensos, durante los primeros 30 segundos es cuando cometemos nuestros peores errores, nuestras peores atrocidades. Al calor de la tensión, sea un amigo del silencio y respire profundo.

¿Por qué usar la herramienta del silencio? Porque las emociones tensas bloquean la lectura de la memoria, obstruyendo la construcción de cadenas de pensamientos. Así, reaccionamos por instinto, como los animales, y no con inteligencia.

En cuarto lugar, trate de no dar lecciones morales al agresor. Este procedimiento se utiliza desde la edad de piedra y no es eficiente, no

genera un momento educacional porque la emoción del agresor está tensa y su inteligencia está obstruida.

¿Qué podemos hacer? Podemos emplear las herramientas que recomendé cuando hablé acerca de los padres. Encante a su clase con gestos inesperados. Sorprenda a sus alumnos. Al hacer esto resolverá los conflictos en el salón de clases. ¿Cómo? Guíelos para que piensen, para que se sumerjan en sí mismos y se confronten. No es una tarea fácil, pero es posible. A continuación le digo cómo.

Un suave golpe directo al corazón

Cierta vez, algunos estudiantes platicaban en el fondo del salón de clases. La maestra de lenguas pidió silencio, pero ellos siguieron hablando. Ella fue más enérgica y le llamó la atención al alumno que hablaba más alto, quien fue agresivo con ella pues le espetó: "¡Usted no puede mandarme! ¡Yo le pago por su trabajo!" La atmósfera era tensa.

Todos esperaban que la maestra le gritara al estudiante o que le ordenara que saliera de la clase. En vez de eso, ella se quedó en silencio, se relajó, disminuyó su tensión y dejó volar su imaginación. En seguida, les contó una historia que aparentemente nada tenía que ver con el agresivo ambiente.

Les narró la historia de niños y adolescentes judíos encerrados en los campos de concentración nazis y que habían perdido todos sus derechos. No podían ir a la escuela, jugar en la calle, visitar a sus amigos, dormir en una cama tibia ni comer con dignidad. Su comida estaba echada a perder y dormían como si fueran objetos apilados en un almacén. Lo peor era que no podían abrazar a sus padres. El mundo se había caído sobre sus cabezas.

Lloraban y no había nadie que los consolara. Tenían hambre y nadie los alimentaba. Gritaban llamando a sus padres pero nadie los escuchaba. Frente a ellos sólo había perros, guardias y cercas de alambre. La maestra contó a sus alumnos acerca de lo que fue uno de los mayores crímenes cometidos en nuestra historia. Los derechos humanos y las vidas de esos jóvenes fueron robados. Más de un millón de niños y adolescentes fueron asesinados.

Después de contar esta historia, la maestra ya no necesitó decir mucho más. Miró a la clase y dijo: "Ustedes tienen escuela, amigos, maestros que los aman, el amor de sus padres y buena comida en sus mesas, ¿pero valoran alguna de estas cosas?" Resolvió los conflictos en el salón de clases haciendo que sus alumnos se pusieran en el lugar de otros y pensarán acerca de la importancia de los derechos humanos.

No tuvo necesidad de llamarle la atención al estudiante que la había ofendido, pues sabía que corregir su conducta no haría ningún

bien, y lo que ella quería era guiarlo para que fuera un pensador. Él permaneció completamente en silencio. Se fue a casa y ya nunca fue el mismo porque se dio cuenta de que tenía muchas cosas buenas que no había valorado.

Los padres y los maestros están perdidos en el mundo de sus espacios: los maestros se sienten confundidos en el salón de clases; los padres están perdidos en sus salas de estar. No podemos aceptar que los lugares donde la gente joven aprende menos las experiencias de la vida sea en estos dos entornos.

Aprenda a dar suaves golpes a los corazones emocionales de aquellos a quienes ama. Debemos hacer que nuestros niños y jóvenes despierten a la vida. El afecto y la inteligencia sanan las heridas del alma y rescriben las páginas cerradas del inconsciente.

**Los buenos maestros educan para una profesión,
mientras que los maestros fascinantes
educan para la vida**

Este hábito de los maestros fascinantes contribuye a desarrollar en sus alumnos: solidaridad, superación de los conflictos psíquicos y sociales, espíritu emprendedor, capacidad de perdonar, de filtrar los estímulos estresantes, de elegir, de cuestionar y de establecer metas.

Un buen maestro educa a sus estudiantes para una profesión; un maestro fascinante los educa para la vida. Los maestros fascinantes son profesionales revolucionarios. Nadie puede evaluar su poder, ni siquiera ellos mismos. Modifican paradigmas, transforman el destino y el sistema social de la gente sin usar armas, únicamente preparando a sus alumnos para la vida a través de la exhibición de sus ideas.

Los maestros fascinantes podrán ser desdeñados y amenazados, pero su poder es invencible. Son incendiarios que inflaman a la sociedad con el fuego de su inteligencia, compasión y sencillez. Son fascinantes porque son libres, son libres porque piensan, y piensan porque aman solemnemente la vida.

Sus estudiantes adquieren una posesión extraordinaria: una conciencia crítica. Por lo tanto, no son manipulados, controlados ni chantajeados. En un mundo de incertidumbres, ellos saben lo que quieren.

Los maestros fascinantes son promotores de la autoestima. Ponen especial atención en aquellos estudiantes que son objeto de burla, tímidos, y a quienes se les llama con apodos peyorativos. Saben que estos alumnos pueden ser encarcelados por sus traumas. Así, como poetas de la vida, les muestran su capacidad interna. Los estimulan a utilizar el dolor como un fertilizante para su crecimiento, y al hacer esto los preparan para sobrevivir a las tormentas sociales.

Forme realizadores

Los maestros fascinantes intentan que sus alumnos sean líderes de sí

mismos. Animar, de muchas formas, a sus estudiantes en el salón de clases: "Espero que ustedes sean grandes realizadores. Si emprenden algo, no tengan miedo de fallar. Si fallan, no tengan miedo de llorar. Si lloran, vuelvan a pensar en su vida, pero no se rindan. Dense siempre a sí mismos una nueva oportunidad".

Cuando las dificultades afligen a sus alumnos, cuando la economía del país está en crisis o aumentan los problemas sociales, vuelven a proclamar: "Los perdedores y en el relámpago; los ganadores ven la lluvia y con ella la oportunidad de cultivar. Los perdedores se paralizan ante la pérdida y la frustración; los ganadores ven la oportunidad de cambiar todo de nuevo. Nunca abandonen sus sueños".

Prepare a sus alumnos para explorar lo desconocido, para no tener miedo al fracaso, pero sí a tener miedo de no intentarlo. Enséñeles a conquistar experiencias originales a través de la observación de los pequeños cambios y la corrección de los grandes cursos. Los nuevos estímulos establecen una relación con la estructura cognitiva previa, generando nuevas experiencias (Piaget, 1996). Las nuevas experiencias proporcionan crecimiento intelectual.

Enseñe a los jóvenes a ser flexibles en el trabajo y en la vida, porque sólo quienes son capaces de generar una idea pueden cambiar sus mentes. Oriéntelos para extraer, de cada lágrima, una lección de vida.

Si no reconstruimos la educación, las sociedades modernas se volverán un enorme hospital psiquiátrico. Las estadísticas demuestran que estar estresado es normal y que ser saludable es anormal.

PARTE 3

LOS SIETE PECADOS CAPITALES DE LOS EDUCADORES

*Todos cometemos errores: la mayoría
de las personas usa sus errores para destruirse;
la minoría, para reconstruirse.
Esta última es sabia*

Corregir en público

Corregir a una persona en público es el primer pecado capital de la educación. Un educador nunca debe exponer el defecto de una persona, por grave que sea, frente a otros. La exposición pública provoca humillación y traumas complejos difíciles de superar. Un educador debe valorar a la persona que comete un error más que al error en sí.

Los padres o maestros sólo deben interferir en público cuando un joven ha ofendido o lastimado a alguien públicamente. Si lo hacen, deben actuar con prudencia para no hechar más leña a la hoguera de las tensiones.

Había una adolescente de 12 años, muy inteligente y sociable, que era un poco obesa. Aparentemente, no tenía problemas con su obesidad. Era una buena estudiante, participativa y respetada por sus compañeros.

Un día, su vida sufrió un cambio importante. Salió mal en un examen y habló con su maestra acerca de sus calificaciones. La maestra, que estaba irritada por alguna otra razón, le lanzó un golpe mortal que cambió su vida para siempre, pues le llamó "gorda retrasada" frente a sus compañeros de clase.

Corregir a alguien públicamente es grave, pero humillarlo en público es devastador. Sus compañeros se burlaron de ella y, sintiéndose disminuida, inferior, se echó a llorar. Vivió una experiencia de alto volumen de tensión que se registró con un estatus privilegiado en el centro de su memoria, la memoria de uso continuo (MUC).

Si pensamos en la memoria como una gran ciudad, el trauma original producido por la humillación sería como una casucha en medio de un hermoso vecindario. La niña siguió leyendo el archivo que contenía este trauma y generó miles de pensamientos y reacciones emocionales con contenido negativo, que se registraron de nuevo, expandiendo la estructura del trauma. De esta manera, una "casucha" en la memoria puede contaminar un archivo completo.

Así que no es el trauma original el que se vuelve el gran villano de la salud psíquica, como pensaba Freud, sino su retroalimentación. Cada gesto hostil proveniente de otras personas se relacionaba con su trauma. Con el tiempo, ella creó miles de "casuchas" y donde una vez hubo un hermoso vecindario, se creó un paisaje desolado en el inconsciente.

Los adolescentes deben sentirse hermosos, aún cuando sean

obesos, desaventajados físicamente o sus cuerpos no respondan a los estándares de belleza transmitidos por los medios. La belleza está en los ojos de quien mira.

Pero, por desgracia, los medios han masacrado a los jóvenes al definir qué es hermoso en su inconsciente. Cada imagen de los modelos en las portadas de las revistas, en los comerciales y en los programas televisivos se registra en la memoria, formando matrices que discriminan a quienes no se ajustan a ese patrón. Este proceso aprisiona a los jóvenes, incluso a los más saludables. Cuando se miran al espejo, ¿qué es lo que ven? ¿Sus cualidades o sus defectos? Con frecuencia, sus defectos. Los medios, en apariencia tan inofensivos, han cometido una discriminación sin precedentes contra la gente joven.

Me gustaría que recordara que a través de este proceso un rechazo se vuelve un monstruo, un educador tenso se vuelve un flagelador, un elevador se vuelve una caja sin aire, una humillación pública paraliza la inteligencia y genera temor de exponer nuestras ideas.

La adolescente de nuestra historia comenzó a obstruir gradualmente su memoria con baja autoestima y con sentimientos de incapacidad. Dejó de sacar buenas calificaciones. Cristalizó una mentira: que no era inteligente. Tuvo varias crisis depresivas, perdió su gusto por la vida y a los 18 años trató de suicidarse.

Por fortuna, no murió. Buscó tratamiento y logró superar su trauma. Esta joven no quería matar la vida; muy en el fondo, como todas las personas deprimidas, tenía hambre y sed de vivir. Lo que quería destruir era su dramático dolor, desesperación y sentimientos de inferioridad.

Regañar en público a los jóvenes y adultos, o señalar sus errores o defectos, puede generar un trauma inolvidable que los regirá de por vida. Incluso si los jóvenes lo desilusionan, no los humille. Aun cuando merezcan una reprimenda, trate de corregirlos en privado. Pero, especialmente, estimule a los jóvenes a reflexionar.

Quien estimula la reflexión es un artesano de la sabiduría.

Expresar autoridad con agresividad

Un día, descontento con la reacción agresiva de su padre, un hijo le alzó la voz. El padre, sintiendo que estaba siendo provocado, lo golpeó. Le dijo que nunca volviera a hablarle de esa forma. Gritando, dijo que él era el dueño de la casa y que lo mantenía. El padre impuso su autoridad con violencia. Se ganó el temor de su hijo, pero perdió su amor para siempre.

Muchos padres se insultan y se critican entre sí frente a sus hijos. Cuando estamos ansiosos y somos incapaces de hablar, lo mejor es retirarnos. Vaya a otra habitación y haga otra cosa hasta que pueda abrir las ventanas de su memoria y tratar con inteligencia los asuntos polémicos

Sin embargo, no hay parejas perfectas. Todos cometemos excesos frente a nuestros hijos, todos nos estresamos. La persona más calmada tiene sus momentos de ansiedad e irracionalidad. Por lo tanto, aunque sea deseable, es imposible evitar toda la fricción frente a nuestros hijos. Lo importante es el destino que le demos a nuestros errores.

El mismo principio se aplica a los maestros. Cuando hacemos un despliegue de agresividad frente a los niños, deberíamos disculparnos no sólo con nuestro cónyuge sino también con nuestros hijos, por la manifestación de intolerancia de que han sido testigos. Si tenemos el valor de cometer errores, deberíamos tener el valor de corregirlos.

Una persona autoritaria no siempre es ruda y agresiva. A veces su violencia esta disfrazada como inflexibilidad y necesidad. Nadie puede hacer que cambie de opinión. Si insistimos en mantener nuestra autoridad a cualquier precio, estaremos cometiendo un pecado capital contra la educación de nuestros hijos. Nuestro autoritarismo controlará su inteligencia.

Nuestros hijos pueden reproducir nuestras reacciones en el futuro. Por cierto, observe como reproducimos usualmente los comportamientos de nuestros padres que más condenábamos en nuestra infancia.

El silente registro no resuelto crea patrones en la parte oculta de nuestra personalidad.

Algunos hijos, cuando se irritan, señalan los errores de sus padres y los desafían. ¡Cuántos padres pierden el amor de sus hijos porque no saben cómo hablar con ellos cuando los retan! Tienen miedo de perder su autoridad si dialogan con sus hijos. Son incapaces de ser cuestionados. Algunos padres odian que sus hijos comenten sus

errores. Actúan como si fueran intocables. Reaccionan con violencia e imponen una autoridad que sofoca la lucidez de sus hijos. Están formando personas que también reaccionarán con violencia.

Los padres que imponen su autoridad tienen miedo de sus propias fragilidades. Los límites deben establecerse, pero no imponerse. Como he mencionado, algunos límites no son negociables porque comprometen la salud y la seguridad de los niños, pero incluso en estos casos usted debe tener una mesa redonda con sus hijos y dialogar acerca de las razones para estos límites.

En estos 20 años de tratar incontables pacientes, descubrí que ciertos padres eran muy amados por sus hijos. No les pegaban, no eran autoritarios, no les daban cosas materiales ni tenían privilegios sociales. ¿Cuál era su secreto? Se daban a sus hijos, educaban su emoción y combinaban su mundo con el de ellos. Vivían naturalmente, sin ser conscientes de los principios de los padres brillantes que he expuesto.

El diálogo es una herramienta educativa irremplazable. Debe haber autoridad en la relación padre-hijo y maestro-alumno, pero la verdadera autoridad se conquista con amor e inteligencia. Los padres que besan, hacen cumplidos y estimulan a sus hijos a pensar desde que son muy jóvenes, no corren el riesgo de perderlos a ellos, ni su respeto.

No deberíamos tener miedo de perder nuestra autoridad; deberíamos tener miedo de perder a nuestros hijos.

Ser excesivamente crítico: obstruir la infancia del niño

Había un padre que estaba muy preocupado por el futuro de su hijo. Quería que él fuera ético, serio y responsable. El niño no podía cometer errores ni excesos. No podía jugar, ensuciarse ni hacer travesuras como todos los niños. Tenía muchos juguetes pero estaban guardados porque el padre, con el consentimiento de la madre, no le permitía desordenar.

Cada falla, mala calificación o actitud insensible del niño era criticada inmediatamente por el padre. No era sólo crítica, sino una secuencia de críticas, a veces frente a sus amiguitos. Su afán de criticar era obsesivo e insoportable. Como si eso no fuera suficiente, y en un intento por presionar a su hijo a corregirse, el padre comparaba su comportamiento con el de otros niños, lo que hacía que el hijo se sintiera el más despreciable de los seres. Hasta llegó a pensar en renunciar a la vida porque sentía que sus padres no lo amaban.

¿El resultado? El hijo creció y se volvió un buen hombre. Cometía pocos errores, era serio y ético, pero infeliz, tímido y frágil. Había un abismo entre él y sus padres. ¿Por qué? porque entre ellos no existía la magia de la felicidad y la espontaneidad. Era una familia modelo, pero triste y sin sabor. El hijo no sólo se volvió tímido, sino también frustrado. Tenía terror de que lo criticaran. Tenía miedo de cometer errores, así que enterró sus sueños porque no quería correr ningún riesgo.

En su deseo de hacer lo que era correcto, el padre cometió algunos pecados capitales de educación. Impuso su autoridad, humilló a su hijo en público, lo criticó en exceso y obstruyó su infancia. El padre estaba preparado para arreglar computadoras y no para educar a un ser humano. Cada uno de estos pecados capitales es universal, ya que es un problema de las sociedades modernas y de las tribus primitivas por igual.

No critique en exceso. No compare a su hijo con sus amiguitos. Cada niño es un ser único en el teatro de la vida. La comparación sólo es educacional cuando es estimulante y no depreciativa. Dé a sus hijos la libertad de tener sus propias experiencias, aun si esto incluye ciertos riesgos, fracasos, actitudes tontas y sufrimiento. De otra forma, no encontrarán su propio camino.

La peor forma de preparar a una persona joven para la vida es colocarla en un invernadero y evitar que sufra y cometa errores. Los invernaderos son buenos para las plantas, pero sofocantes para la inteligencia humana.

El Maestro de maestros tiene lecciones muy importantes que enseñamos con respecto a esto. Sus actitudes educacionales cautivan a los más lúcidos científicos. Una vez dijo que Pedro lo negaría. Pedro difirió con vehemencia. Jesús pudo haberlo criticado, señalarle sus defectos o poner en evidencia su fragilidad. Pero, ¿qué hizo Jesús? Nada.

No hizo nada para cambiar las ideas de su amigo. Permitió que el joven apóstol Pedro tuviera sus propias experiencias. ¿El resultado? Pedro se equivocó drásticamente, derramó lágrimas incontrolables, pero aprendió lecciones inolvidables. Si no hubiera errado y reconocido su fragilidad, quizás nunca hubiera madurado ni hubiera sido quien fue. Pero como falló, aprendió a ser tolerante, a perdonar y a ser incluyente.

Los educadores estimados deben tener en cuenta que el débil condena, el fuerte comprende, el débil juzga, el fuerte perdona. Pero es imposible ser fuerte sin estar consciente de las propias limitaciones.

Castigar cuando esta enojado y establecer límites sin explicación alguna

Una niña de ocho años estaba una vez con algunas amigas en un centro comercial cercano a su escuela. Vio dinero en el mostrador de una tienda y lo tomó. Un vendedor la vio y la llamó ladrona. Agarrándola por el brazo, la llevó llorando con sus padres.

Los padres estaban desesperados. Algunas de las personas más cercanas a ellos pensaron que le pegarían a su hija y la castigarían. En vez de eso, los padres decidieron venir conmigo para saber que hacer. Tenían miedo de que su hija desarrollara una cleptomanía y tomara cosas que no le pertenecieran.

Aconsejé a los padres no sobredramatizar el incidente. Los niños siempre cometen errores, pero lo importante es saber qué hacer en esos casos. Les recomendé que convencieran a su dulce hija de no volver a hacerlo, que no la castigarán. Les dije que hablaran con ella en privado y le explicaran las consecuencias de sus acciones. En seguida, les pedí que la abrazaran porque ella ya estaba abrumada por lo que había sucedido.

Además, les dije que si querían transformar el error en un gran momento educacional, debían tener reacciones inolvidables. Los padres pensaron en esto y tuvieron un gesto excepcional. Como el valor de lo robado era poco, dieron a su hija el doble del dinero que había tomado, y le demostraron elocuentemente que ella era más importante para ellos que todo el dinero del mundo. Le explicaron que la honestidad es la dignidad del fuerte.

Esta actitud permitió que la niña meditara. En vez de archivar en su memoria el hecho de que era una ladrona y un castigo severo por parte de sus padres, registró un recuerdo de aceptación, comprensión y amor. El drama se transformó en romance. La niña nunca olvidó que, en un momento difícil, sus padres le habían enseñado y amado. Cuando cumplió 15 años abrazó a sus padres y les dijo que no había olvidado ese poético momento. Todos rieron. No había cicatrices.

Otro caso no tuvo el mismo final. A un padre lo llamaron a la estación de policía porque un guardia de seguridad había visto a su hijo robando un CD en una tienda departamental. El padre se sintió humillado. No se dio cuenta de cuán angustiado estaba su hijo y que una falla es una oportunidad excelente para revelar su madurez y sabiduría. En vez de eso, abofeteó a su hijo frente a los policías.

Cuando llegaron a casa, el hijo se encerró en su cuarto. El padre

intentó derribar la puerta porque se dio cuenta de que su hijo estaba tratando de matarse. Sin pensarlo, el muchacho se quitó la vida, pensando que era el peor de todos los seres humanos. El padre hubiera dado todo para volver el tiempo atrás; nunca pudo perdonarse el haber perdido a su amado hijo.

Por favor, nunca castigue cuando esté enojado. Como he dicho, no somos gigantes, y en los primeros 30 segundos de ira somos capaces de lastimar a la gente que más amamos. No permita que su propia ira lo esclavice. Cuando sienta que no puede controlarse, aléjese; de lo contrario, reaccionará sin pensar.

El castigo físico se debería evitar. Si se diera una azotaina, debería ser simbólica y seguida de una explicación. No es el dolor de las nalgadas lo que estimulará la inteligencia de un niño o de un adolescente. La mejor forma de ayudarles es inducirlos a repensar sus actitudes, penetrar dentro de sí mismos y aprender a ser más empáticos.

Al practicar este tipo de educación, usted estará desarrollando las siguientes características en la personalidad del joven: liderazgo, tolerancia, reflexión y seguridad en momentos de turbulencia.

Si un joven ha herido sus sentimientos, hable con él al respecto; si es necesario, lloren juntos. Si su hijo ha fallado, discuta las causas de la falla, concédale el beneficio de la duda. La madurez de una persona se evidencia por la manera inteligente en que corrige a alguien. Podemos ser los héroes o los flageladores de los jóvenes.

Nunca establezca límites sin dar explicaciones. Este es uno de los pecados capitales más comunes cometidos por los educadores, tanto padres como maestros. En momentos de ira, la tensa emoción bloquea los campos de la memoria. Perdemos nuestra racionalidad. ¡Deténgase! Espere hasta que descienda su temperatura emocional. Para educar, use primero el silencio y después las ideas.

El mejor castigo es el negociado. Pregunte a sus hijos que merecen por sus errores. ¡Se sorprenderá! Ellos reflexionarán sobre sus actitudes y tal vez se den a sí mismos un castigo más severo del que usted les hubiera impuesto. Confíe en la inteligencia de los niños y los adolescentes.

Castigar por medio de la prohibición de salir, de privar o limitar, solo educa si no es excesivo y si estimula el arte de pensar. De otra manera, es inútil. Los castigos solo son útiles cuando son inteligentes. El dolor por el dolor es inhumano. Cambie sus paradigmas educacionales. Elogie al joven antes de corregirlo o criticarlo. Dígame lo importante que es él para usted antes de señalar el error. ¿Cuál será el resultado de esto? Que aceptará mejor sus observaciones y lo amará por siempre

Ser impaciente y renunciar a educar

Había un estudiante muy inquieto y agresivo. Interrumpía la clase y siempre andaba metiéndose en líos. Era insolente e irrespetuoso con todos. Repetía una y otra vez los mismos errores y era incorregible. Los maestros no lo soportaban, por lo que consideraron incluso expulsarlo.

Antes de que fuera expulsado, un maestro decidió invertir en el alumno. Todos pensaron que era una pérdida de tiempo. Aun cuando no tenía el apoyo de sus colegas, el maestro comenzó a hablar con el muchacho durante los recesos. Al principio era un monólogo, sólo hablaba el profesor. Poco a poco comenzó a involucrar al alumno, a jugar con él y a llevarlo a tomar helados. Maestro y alumno construyeron un puente entre sus respectivos mundos. ¿Ha construido usted un puente como éste con gente difícil?

El maestro descubrió que el papá del muchacho era alcohólico, que les pegaba a él y a la madre. Entendió que el alumno, aparentemente insensible, había llorado mucho y que ahora sus lágrimas se habían secado. Comprendió que su agresividad era la reacción desesperada de alguien pidiendo ayuda. Pero nadie había descifrado su lenguaje y sus gritos fueron silenciados. Era muy fácil juzgarlo.

El dolor de su madre y la violencia de su padre habían producido zonas de conflicto en la memoria del muchacho. Su agresividad era un eco de la que recibía en casa. Él no era el agresor, era la víctima. Su mundo emocional carecía de color. No se le había dado el derecho de jugar, sonreír y ver la vida con confianza. Ahora estaba perdiendo su derecho a estudiar y a tener la única oportunidad de ser un gran hombre. Estaba a punto de ser expulsado.

A medida que el maestro se familiarizó con su situación, comenzó a ganárselo. El muchacho se sintió amado, apoyado y valorado. El profesor comenzó a educar su emoción. Se dio cuenta, en el transcurso de los primeros días, que detrás de cada estudiante retraído, de cada joven agresivo, hay un niño que necesita afecto.

A las pocas semanas todos estaban sorprendidos con el cambio. El muchacho rebelde comenzó a respetar a los demás. El joven agresivo comenzó a ser afectuoso. Creció hasta convertirse en un adulto extraordinario. Y todo esto sucedió porque alguien decidió no abandonarlo.

Todos quisiéramos educar niños dóciles, pero son aquellos que nos frustran los que ponen a prueba nuestra calidad como educadores.

Sus hijos complicados son los que pondrán a prueba la grandeza de su amor. Sus alumnos insoportables son los que pondrán a prueba su sentido de humanidad.

Los padres brillantes y los maestros fascinantes no abandonan a los jóvenes, aun cuando estos los hayan desilusionado y no devuelvan de inmediato lo que se les ha dado. La paciencia es su secreto, la educación del afecto es su meta.

Me gustaría que usted creyera que los jóvenes que más lo desilusionan hoy pueden llegar a ser los que más alegrías le den en el futuro. Todo lo que tiene que hacer es invertir en ellos.

No cumplir sus promesas

Había una madre que no sabía decir "no" a su hijo. Como no podía soportar sus quejas, berrinches y confusión, quería satisfacer todas sus necesidades y exigencias. Pero no siempre podía hacerlo, y para evitar conflictos hacía promesas que no podría cumplir. Tenía miedo de frustrar a su hijo.

Esta madre no sabía que la frustración es importante en el proceso de formar la personalidad. Quienes no aprenden a lidiar con la pérdida y la frustración, nunca madurarán. La madre evitaba conflictos momentáneos con su hijo, pero no sabía que estaba tendiéndole una trampa emocional. ¿Cuál fue el resultado?

Este hijo perdió todo respeto por su madre. Comenzó a manipularla, a explotarla y a discutir intensamente con ella. Es una historia triste porque el hijo sólo valoraba a su madre por lo que ella tenía y no por lo que era.

En su fase adulta, este muchacho tuvo serios conflictos. Como había pasado su vida mirando a su madre disimular e incumplir sus promesas, proyectó una suspicacia fatal en el entorno social. Desarrolló una emoción insegura y paranoide; pensaba que todos querían traicionarlo. Tenía ideas de que era perseguido, no tenía relaciones estables de amistad y no duraba en los trabajos.

Las relaciones sociales son un contrato firmado en el escenario de la vida. No lo rompa. No disimule sus reacciones. Sea honesto con los jóvenes. No cometa este pecado capital. Cumpla sus promesas. Si no puede hacerlo diga "no" sin miedo, aun si su hijo hace un berrinche. Y si usted comete un error, retráctese y discúlpese. Las fallas capitales al educar se pueden resolver si se corrigen con rapidez.

La confianza es un edificio construido con dificultad, que se demuele con facilidad y muy difícil de reconstruir.

Destruir sueños y esperanzas

El pecado capital más grande cometido por los educadores es destruir los sueños y las esperanzas de los jóvenes. No hay camino sin esperanza; sin sueños no hay motivación para seguir. El mundo puede caer sobre la cabeza de una persona, puede perderlo todo en la vida, pero si tiene sueños y esperanzas, habrá un brillo en sus ojos y alegría en su alma.

Había un padre ansioso. Tenía una elevada cultura académica. Todos lo respetaban en la universidad. Demostraba serenidad, elocuencia y sagacidad en las decisiones que no implicaban emociones. Sin embargo, cuando se enojaba, bloqueaba su memoria y reaccionaba agresivamente. Esto ocurría especialmente cuando llegaba a casa. En su trabajo era muy respetable, pero en casa era insoportable.

No tenía paciencia con sus hijos. No toleraba el mínimo disgusto. Cuando descubrió que uno de sus hijos consumía drogas, sus reacciones, que ya eran malas, empeoraron. En vez de apoyar a su hijo, ayudarlo y alentarle, comenzó a destruir las esperanzas del muchacho. Le decía: "No lograrás nada en la vida", "te volverás un vago".

La conducta del padre deprimió todavía más al hijo y lo perdió más profundamente en las mazmorras de las drogas. Por desgracia, el padre no se detuvo ahí. Además de destruir las esperanzas del muchacho, obstruyó sus sueños y bloqueó su capacidad de encontrar días más felices. Le reprochaba: "No tienes remedio", "todo lo que haces es defraudarme".

Algunas personas cercanas a este padre pensaban que tenía una doble personalidad. Pero desde un punto de vista científico, no existe la doble personalidad. Lo que hay son dos campos distintos de lectura de memoria, leídos en entornos diversos, que dan como resultado la producción de pensamientos y reacciones completamente diferentes.

Muchas personas son dóciles como ovejas con los extraños, y leones con los miembros de su familia. ¿Por qué esta paradoja? porque con los extraños, estas personas se controlan y no abren ciertos lugares oscuros de la memoria, en otras palabras, los archivos que contienen zonas conflictivas.

Con aquellos con quienes tienen intimidad, esas personas sueltan los frenos del consciente y abren los lugares más oscuros del inconsciente. En este momento surgen la ira, la imprudencia y la crítica obsesiva.

Este mecanismo está presente en mayor o menor grado en todos

nosotros, incluso en la gente más sensible. Todos tenemos la tendencia a lastimar a quienes más amamos. Pero no debemos permitir esto. De otra forma, corremos el riesgo de destruir los sueños y las esperanzas de nuestros seres más queridos.

Los jóvenes que pierden la esperanza tienen dificultades extremas para superar sus conflictos. Quienes pierden sus sueños serán opacos, no brillarán y siempre gravitarán alrededor de sus miserias emocionales y sus derrotas. Creer en el más bello amanecer después de una noche turbulenta es fundamental para una psique saludable. El tamaño de nuestros obstáculos es irrelevante, lo que es importante es el tamaño de nuestra motivación para superarlos.

Uno de los mayores problemas de la psiquiatría no es la gravedad de una enfermedad, llámese depresión, fobia, ansiedad o farmacodependencia, sino la pasividad del "yo". Un "yo" pasivo, desesperanzado, sin sueños y deprimido con sus aflicciones puede llevarse sus problemas a la tumba. Un "yo" activo, dispuesto y audaz puede aprender a manejar sus pensamientos, reeditar la película inconsciente y hacer cosas que van más allá de nuestra imaginación.

Los psiquiatras, los médicos, los maestros y los padres son los vendedores de la esperanza y los mercaderes de los sueños. Una persona sólo comete suicidio cuando sus sueños se evaporan y sus esperanzas se disipan. Sin sueños no hay vigor emocional. Sin esperanza no hay valor para vivir.

PARTE 4

LOS CINCO ROLES DE LA MEMORIA HUMANA

*Si el tiempo envejece tu cuerpo,
pero no tus emociones,
siempre serás feliz*

La memoria: la caja de los secretos de la personalidad

La memoria es el territorio donde se cultiva la educación. ¿Pero ha revelado la ciencia los principales roles de la memoria? Muy poco. Muchas áreas siguen siendo desconocidas. Millones de maestros en el mundo están usando inadecuadamente la memoria. Por ejemplo, ¿existen los recuerdos? Muchos maestros y psicólogos juran que sí. Pero no hay recuerdos puros.

¿El registro de memoria depende de la voluntad humana? Muchos científicos así lo piensan. Pero están equivocados. El registro es automático e involuntario. ¿Se puede borrar la memoria humana como la de una computadora? Millones de usuarios de computadora creen que esto puede lograrse. Pero es imposible borrarla.

La memoria es la caja secreta de la personalidad. Todo lo que somos, el mundo de pensamientos y el universo de nuestras emociones se producen a partir de ella. Nuestros errores históricos relativos a la memoria parecen cosa de ficción. Durante miles de años le hemos dado a la memoria funciones que no posee.

Para poder encontrar herramientas para reconstruir la educación y revolucionar sus conceptos, debemos entender los cinco roles fundamentales del magnífico territorio de la memoria. Estos roles están en la construcción del conocimiento y el aprendizaje.

Mencionaré esto brevemente. A quienes deseen una explicación detallada sobre este tema, les sugiero que consulten mi libro *Inteligencia multifocal* (Cury, 1988).

El registro de la memoria es involuntario

Cierta vez, un hombre tuvo un altercado con un compañero de trabajo. Pensó que había sido tratado injustamente y le dijo a su compañero que lo borraría de su vida. Se esforzó mucho por deshacerse de él, pero cuanto más trataba de olvidarlo, más pensaba en él y reconstruía el sentimiento de injusticia. ¿Por qué no pudo cumplir su promesa? porque el registro es automático, no depende de la voluntad humana.

El rechazar una idea negativa puede esclavizarnos. Rechace a alguien y recordará a esa persona incluso en sus sueños. Perdonar es emocionalmente más conveniente. Como hemos visto, en las computadoras el registro depende de una orden del usuario. En los seres humanos, el registro es involuntario y es realizado por el registro automático de memoria (RAM).

Cada idea, pensamiento, reacción de ansiedad, momento de soledad y período de inseguridad se registra en su memoria y será parte de su historia existencial, de la película de su vida.

Algunas implicaciones de este rol de la memoria son:

- Cuidar lo que pensamos en el escenario de nuestra mente es ocuparnos de nuestra calidad de vida.
- Cuidar lo que pensamos en el presente es ocuparnos de nuestro futuro emocional, de cuán felices, calmados y estables somos.
- La personalidad no es estática. Su transformación depende de la calidad de las experiencias registradas a lo largo de nuestra vida. En cualquier momento de nuestra existencia podemos enfermarnos, aun si tuvimos una infancia feliz. Un niño feliz puede convertirse en un adulto infeliz, y un niño infeliz y traumatizado puede convertirse en un adulto saludable y feliz.
- La calidad de la información y de las experiencias registradas puede transformar la memoria en un suelo fértil o en un desierto árido sin creatividad.

Las emociones determinan la calidad del registro

Un psicólogo clínico le pidió a un paciente que le contara detalles de su pasado. El paciente lo intentó, pero sólo pudo hablar de las experiencias que lo habían marcado. Había vivido miles de experiencias, pero sólo pudo contar algunas docenas.

El psicoterapeuta pensó que su paciente estaba bloqueado o que escondía algo. En realidad, no era así. Sólo podemos dar detalles de las experiencias que involucran pérdida, alegría, elogio, temor y frustración. ¿Por qué? Porque las emociones determinan la calidad del registro. Cuanto más emocionalmente cargada este una experiencia, más privilegiado será el registro y mayores oportunidades tendrá de ser rescatado.

¿Dónde se registra? En la memoria de uso continuo (MUC) o memoria consciente. Las experiencias tensas se registran en el centro de la conciencia, y de ahí en adelante se leerán continuamente. Con el tiempo, se desplazan a la periferia inconsciente de la memoria, llamada memoria existencial (ME).

En algunos casos, el volumen de ansiedad o sufrimiento puede ser tan gran de que provoca un bloqueo de memoria. Este bloqueo es una defensa inconsciente que evita el rescate y la reproducción del dolor emocional. Es el caso de las experiencias que implican accidentes o traumas de guerra. Algunos niños han sufrido tanto en su infancia que no pueden recordar ese período de su vida.

Normalmente, las experiencias con alta carga emocional pueden ser leídas y generar miles de nuevos pensamientos y emociones. Una ofensa no resuelta puede arruinarnos el día o la semana. Un rechazo puede encarcelar una vida. Un niño encerrado en un cuarto oscuro puede desarrollar claustrofobia. Una humillación pública puede generar fobia social. Algunas implicaciones de la relación de emoción que intervienen en el registro de memoria son:

- El material didáctico que estimula las emociones de los estudiantes desacelera los pensamientos, mejora la concentración y genera un registro privilegiado.
- Los padres y los maestros que no estimulan la emoción de los jóvenes no educan, sólo informan.
- Dar consejo y orientación sin emoción no genera "momentos educativos" en el mercado de la memoria.

- Los pequeños gestos que generan emociones intensas pueden tener más influencia en la formación de la personalidad infantil que los gritos y la presión.
- Las bromas discriminatorias y los apodos peyorativos en el salón de clases pueden generar experiencias angustiantes capaces de producir serios conflictos.
- Proteger la emoción es fundamental para la calidad de vida.

La memoria no se puede borrar

Con las computadoras, la tarea más sencilla es borrar o eliminar la información. Con un hombre es imposible, a menos que haya daño cerebral. Usted puede tratar con todas sus fuerzas de borrar sus traumas, puede usar toda su habilidad para borrar el recuerdo de la gente que lo desilusionó, así como los momentos más difíciles de su vida, pero no tendrá éxito.

La única posibilidad de resolver nuestros conflictos, como ya hemos visto, es reeditar los archivos de la memoria, a través del registro de nuevas experiencias sobre las experiencias negativas, en los archivos donde están almacenadas. Por ejemplo, la seguridad, la tranquilidad y el placer se deben archivar en las áreas de la memoria que contienen experiencias de inseguridad, ansiedad y tristeza.

Existen muchas técnicas para reeditar la película inconsciente, ya sean técnicas cognitivas que actúan sobre los síntomas, o técnicas analíticas que actúan sobre las causas.

Lo ideal es combinarlas. Una forma excelente de hacerlo es manejar los pensamientos y las emociones. De esta forma ya no seremos títeres de nuestros conflictos y nos convertiremos en los directores del teatro de nuestra mente.

Algunas implicaciones de este rol de la memoria son:

- Todo lo que pensamos y sentimos se registrará y formará parte de la trama de nuestra historia, lo queramos o no.
- Todos los días podemos sembrar flores o acumular basura en el campo de nuestra memoria.
- Como no es posible borrar el pasado, la gran posibilidad de incorporar nuevas características de personalidad, y de superar los traumas y los trastornos emocionales, es reeditar la película inconsciente.
- Reeditar la película inconsciente o rescribir la memoria es construir nuevas experiencias que se archiven en lugar de las antiguas.
- La educación que venimos arrastrando a través de los siglos no ha entendido que, si reeditamos nuestra película inconsciente de una forma inteligente, seremos los autores de nuestra propia historia. De otro modo, seremos víctimas de nuestras aflicciones.

El grado de apertura de la ventana de la memoria depende de la emoción

La emoción no sólo determina si un registro será frágil o privilegiado, sino también el grado de apertura del archivo en un momento dado.

El acceso a la memoria de la computadora es libre. En el caso de la inteligencia humana, este acceso debe cruzar la barrera de la emoción. Si la persona está tranquila o nerviosa, estas emociones afectarán el grado de apertura en su memoria, y en consecuencia su capacidad de pensar.

Un ejecutivo puede estar bien preparado para una junta con sus directivos, pero su presentación puede resultar truncada por la ansiedad. He tratado a muchas personas cuyas manos estaban secas mientras estaban solas, pero cuando tenían que saludar a alguien, sus manos se volvían frías y sudorosas. El exceso de tensión inhibe intelectualmente a esta gente cuando tiene que hablar en público.

La memoria humana no está disponible cuando queremos. Lo que determina la apertura de los archivos es la energía emocional que vivimos a cada momento. El miedo, la ansiedad y el estrés cierran los archivos y bloquean los pensamientos.

Algunas implicaciones derivadas de la relación de la emoción con la apertura de la memoria son:

- La tranquilidad abre las ventanas de la memoria y ayuda a la gente a ser más eficiente en un examen o en una reunión de negocios.
- La ansiedad puede comprometer el desempeño intelectual. Estudiantes bien preparados pueden salir mal en un examen si están nerviosos.
- Una persona tensa o ansiosa tiende a reaccionar instintivamente y a no aprender.
- Para ayudar o corregir a una persona tensa, antes debemos conquistar su emoción para luego poder conquistar su razón.

No existen los recuerdos puros

Hace miles de años, construimos las escuelas creyendo que existían los recuerdos. La máxima de la educación mundial es "enseñar para recordar, y recordar para aplicar". Sin embargo, después de muchos años investigando los roles de la memoria y los trabajos de la mente, estoy convencido de que no existe un recuerdo puro del pasado, sino su reconstrucción con micro y macrodiferencias.

He dado pruebas de esto. Si usted trata de recordar los miles de pensamientos que generó la semana pasada, probablemente no será capaz de recordar ni uno con la cadena exacta de verbos, pronombres y sustantivos. Pero si rescata a la gente y los entornos que usted relaciona con ese recuerdo, podrá reconstruir miles de nuevos pensamientos, pero no exactamente como los construyó entonces.

De la misma forma, si usted trata de recordar el día más triste o feliz de su vida, no rescatará los mismos pensamientos y reacciones emocionales de ese momento. Podrá reconstruir pensamientos y emociones aproximados pero no exactamente iguales a los que sintió. ¿Qué demuestra esto? Que la memoria es especialista en hacernos creadores de nuevas ideas.

El pasado es una base estupenda para construir nuevas experiencias pero no para regir nuestros actos. Cada vez que vivimos para el pasado, obstruimos nuestra inteligencia y nos enfermamos, como los casos de pérdida y ataques de pánico que no han sido superados. Por fortuna, en la psique nada es estático, todo puede ser superado y reconstruido.

Cuando usted recuerda una experiencia que tuvo con un amigo de la infancia, un juego en la escuela o un trauma emocional, esta remembranza nunca será un recuerdo puro que contenga todos los pensamientos y reacciones emocionales que vivió en el momento en que sucedió. Siempre será una reconstrucción próxima o más distante de la experiencia original.

La reconstrucción del pasado sufre la influencia de "los colores y sabores" del presente; en otras palabras, de algunas variables como el estado emocional y el entorno social en que nos encontramos. Si estamos en una fiesta y recordamos una experiencia en la que fuimos rechazados, podremos sentir un ligero dolor o incluso encontrar divertido el hecho. El entorno social se habrá convertido en una variable que influye en la reconstrucción.

Su memoria no es una máquina repetidora de información, como

si fuera una mera computadora. Es un centro de creación. ¡Libérela!
¡Sea creativo!

Algunas implicaciones y consecuencias del hecho de que los recuerdos puros no existen son:

- Los exámenes escolares de opción múltiple no miden el arte de pensar. En ocasiones anulan el razonamiento de alumnos brillantes.
- La exagerada cantidad de información que se enseña en las escuelas es estresante.
- La mayor parte de la información se pierde en los laberintos de la memoria, y nunca será recordada otra vez.
- Una escuela que privilegia la memoria como depósito de conocimiento no forma pensadores, sino repetidores.
- El objetivo fundamental de la memoria es apoyar cualquier pensamiento creativo, esquemático y organizacional, y no producir recuerdos exactos.

PARTE 5

LA ESCUELA DE NUESTROS SUEÑOS

*Cuanto mejor sea la calidad de la educación,
menos importante será el papel de la psiquiatría
en el tercer milenio*

La escuela del proyecto de vida

Los roles de la memoria expuestos concisamente aquí, así como los hábitos de los educadores brillantes y fascinantes, producirán 10 herramientas o técnicas psicopedagógicas que pueden ser aplicadas por los padres y especialmente por los maestros.

Muchos educadores dicen que no hay nada nuevo en la educación. Yo creo que aquí se presentará algo nuevo e impactante. Estas técnicas contribuyen a que podamos cambiar para siempre la educación. Constituyen la escuela del proyecto de vida y pueden crear la educación de nuestros sueños. Pueden promover el sueño de constructivismo de Piaget, el arte de pensar de Vigotsky, las inteligencias múltiples de Gardner y la inteligencia emocional de Goleman.

Las técnicas no implicarán cambio alguno en el entorno físico ni en el material didáctico adoptado; los únicos cambios serán en el entorno psíquico y social de los estudiantes y los maestros. La implementación de estas técnicas en las escuelas depende del material humano, de la capacitación de los maestros y del cambio en la cultura educacional.

Su objetivo es la educación de las emociones y la autoestima, el desarrollo de la solidaridad, la tolerancia, la seguridad, el razonamiento esquemático, la capacidad de controlar los pensamientos en focos de tensión, y la habilidad de manejar la pérdida y la frustración. En otras palabras, formar pensadores.

Música de fondo en el salón de clases

*Los objetivos de esta técnica son:
desacelerar los pensamientos, aliviar
la ansiedad, mejorar la concentración, desarrollar
el placer de aprender y educar la emoción.*

J.C. nació prematuramente. Como todo bebé prematuro, no tuvo tiempo de colocar su cabeza en el canal de parto y quedarse quieta durante un mes, preparándose para las turbulencias de la vida. Nació a los siete meses, cuando aún estaba haciendo piruetas dentro del vientre de su madre. Nació lleno de energía.

Los estímulos del entorno lo trastornaron. Desarrolló una intensa ansiedad y se volvió un niño hiperactivo. He visto que muchos bebés prematuros se vuelven hiperactivos. Su hiperactividad no es genética, sino que ocurre debido a una falta de psicoadaptación emocional, tan importante al final de la gestación. La psicoadaptación ocurre cuando el bebe ya casi no cabe dentro del vientre y por lo tanto tiene que disminuir sus movimientos y aprender a relajarse.

Cuando niño, J.C. no era capaz de estarse quieto en su pupitre. Estaba inquieto y tenso, repetía los errores e interrumpía la clase. Nada lo calmaba, ni siquiera ser regañado por los adultos. Él no era así por gusto. Tenía una necesidad vital de perturbar su entorno para aliviar su ansiedad. La concentración era un concepto raro. Sólo se concentraba en cosas que le interesaban mucho. Pero como era listo, la poca concentración que tenía en el salón de clases le era suficiente para obtener buenas calificaciones.

Con el tiempo, aprendió a manejar su ansiedad y a tener proyectos de vida estables. Contó con la ayuda de su maestro, que usó algunas de las técnicas que describiré. Llegó a ser un profesional competente. Como todos los hiperactivos, tiene pensamientos acelerados, pero sabe qué le ayudó a ser estable: la música clásica. Su madre le había enseñado a apreciarla desde la infancia.

La música clásica disminuyó la velocidad de sus pensamientos y estabilizó sus emociones. Ejemplos como el de J.C. me han ayudado a entender el valor de la música para modular el ritmo de los pensamientos. Ésta es la primera técnica psicopedagógica: escuchar música de fondo durante las clases.

El objetivo de la música en el funcionamiento de la mente

Si las emociones determinan la calidad del registro, cuando no hay emoción la transmisión de la información genera dispersión en los estudiantes, en vez de placer y concentración. Si hay música de fondo en el salón de clases, de preferencia música suave, el conocimiento rígido y lógico enseñado por los maestros de matemáticas, física, química o lenguas cobra una nueva dimensión emocional. El RAM lo registrará de una manera privilegiada. Sin emoción, el conocimiento es insípido.

La música de fondo tiene tres grandes objetivos. Primero, producir educación musical y emocional. Segundo, generar el placer de aprender en las clases de matemáticas, física e historia. Platón soñaba con el placer de aprender (Platón, 1985). Tercero, aliviar el síndrome de pensamiento acelerado (SPA), porque la música calma los pensamientos y mejora la concentración y la asimilación de la información. Debería usarse música de fondo desde la primera infancia, tanto en el salón de clases como en la sala de estar.

Los efectos de la música de fondo en el salón de clases son espectaculares. Relaja a los maestros y estimula a los alumnos. La gente joven adora la música agitada porque sus pensamientos y emociones son agitados. Pero después de escuchar música tranquila durante seis meses, su emoción estará acostumbrada y estabilizada.

Sentarse en círculo o en herradura

*Los objetivos de esta técnica son:
desarrollar seguridad, promover la educación
participativa, mejorar la educación, disminuir
los conflictos en el salón de clases y las
conversaciones paralelas*

Cierta vez, cuando estaba en 5° año, mi clase fue dividida en grupos. Cada grupo tenía que hacer una presentación a los otros grupos. Muchos estudiantes de mi grupo se rehusaron a pasar al frente para hacer nuestra presentación. Como yo era el más atrevido, lo hice. Nunca había temblado tanto, además de que se me quebraba la voz. Parecía tan fácil hablar en mi cuarto, pero no pude coordinar mis ideas frente a la clase. Ahora doy conferencias a audiencias de miles de personas. Pero superar este conflicto no fue fácil.

¿Por qué es tan difícil expresar nuestras ideas en público? ¿Por qué a tanta gente le cuesta mucho alzar sus manos y hacer una pregunta en público? ¿Por qué hay personas tan elocuentes y seguras para hablar con la gente cercana a ellas, pero que se inhiben completamente al discutir sus opiniones con extraños o con grupos de trabajo? Una de las grandes causas es el sistema escolar.

A pesar de que parece inofensivo hacer que los alumnos se sienten en filas, uno detrás del otro en el salón de clases, esta distribución es dañina; produce distracciones y entorpece la inteligencia. La alineación de los estudiantes destruye la espontaneidad y la seguridad para exponer ideas. Genera un conflicto caracterizado por el miedo y la inhibición.

El mecanismo es el siguiente: cuando usted está en un entorno social, un fenómeno inconsciente, llamado activador de la memoria, se detona en fracciones de segundo, lo que abre ciertos archivos que contienen inseguridad y bloqueos, generando así un estrés que obstruye la lectura de otros archivos y dificulta la capacidad de reflexión.

Las grandes teorías educacionales no han estudiado los roles de la memoria. Por lo tanto, no se han dado cuenta de que, en sólo dos años, los alumnos que se sientan en fila en la escuela desarrollan un trauma inconsciente. Un trauma que produce una enorme incomodidad para expresar opiniones en reuniones, para decir "no" y para discutir las dudas en el salón de clases. Algunas personas desarrollan un miedo

impresionante a ser criticadas y, por consiguiente, siempre están calladas. Otras se preocupan de más con respecto a lo que los otros piensan y dicen de ellas. ¿Tiene usted este trauma?

Las escuelas clásicas crean conflictos en los estudiantes sin darse cuenta. Además de bloquear la capacidad de debatir, sentar a los alumnos en filas propicia el síndrome de pensamiento acelerado (SPA). Los pensamientos de los estudiantes viajan a altas velocidades.

Si para los adultos es difícil soportar la fatiga, la ansiedad y la inquietud causadas por el SPA, imagine lo que será para un niño o un adolescente obligado a permanecer sentado, inactivo y, para acabar de rematarlo, tener como paisaje la nuca de su compañero de clases. Perturbará el entorno, tendrá conversaciones paralelas y molestará a sus compañeros sólo para no explotar de ansiedad. No lo culpe. Culpe al sistema.

¿Cómo resolvemos este problema? Haciendo que los estudiantes se sienten en herradura o en un doble círculo. Deben verse las caras mutuamente. Por favor, no coloque a sus alumnos, desde el preescolar hasta la universidad, en filas. Esto promueve la inercia intelectual.

Educar con los ojos, los escultores de la emoción

Memorice estas palabras. El salón de clases no es un ejército de gente silenciosa ni un teatro donde el maestro es el único actor y los alumnos son espectadores pasivos. Todos son actores de la educación. La educación debe ser participativa.

En mi opinión, una quinta parte del tiempo en la escuela se debería pasar con los estudiantes dando la lección frente a la clase. Los maestros se relajarían durante estos períodos y los alumnos estarían comprometidos con la educación, desarrollarían su capacidad de crítica, de razonamiento esquemático y superarían la fobia social.

Yo pido a los maestros que presten atención especial a los alumnos tímidos. Estos tienen grados diversos de fobia social, de miedo a expresar sus ideas en público. Estamos provocando que los jóvenes sean tímidos. La gente tímida no habla mucho pero piensa bastante, y a veces se atormenta con sus pensamientos. Ya he dicho que las personas tímidas suelen ser excelentes con las otras personas pero terribles consigo mismas. Son éticas y se preocupan por la sociedad, pero no cuidan su calidad de vida.

Los educadores son los escultores de la emoción. Eduque mirando a los ojos a sus alumnos, eduque usando gestos: dicen tanto como las palabras. Sentarse en círculo o en herradura calma los pensamientos, mejora la concentración y disminuye la ansiedad de los estudiantes. La atmósfera de la clase se vuelve agradable y hay un

incremento de la interacción social.

Exposición interrogativa: el arte de cuestionar

Los objetivos de esta técnica son: aliviar el SPA, reavivar la motivación, desarrollar la capacidad de cuestionamiento, enriquecer la interpretación de los textos y enunciados y abrir las ventanas de la inteligencia.

¿Todo estrés es negativo? ¡No! El estrés sólo es negativo cuando es intenso, bloquea la inteligencia y genera síntomas. Hay un tipo positivo de estrés que abre las ventanas de la memoria y nos estimula a superar los obstáculos y a resolver dudas. Sin este estrés, nuestros sueños se diluyen, nuestra motivación se derrumba. ¿La educación produce estrés positivo o negativo? ¡Con frecuencia, estrés negativo! ¿Por qué?

Por la forma fría, prefabricada e insípida en que se transmite el conocimiento.

Esta transmisión crea un entorno sin retos, aventuras o inspiración intelectual. Educar es estimular la inteligencia, es el arte de los desafíos. Si un maestro no es capaz de estimular la inteligencia de sus alumnos durante su exposición, no ha educado. ¿Qué es más importante en la educación: la duda o la respuesta? Mucha gente piensa que es la respuesta. Pero las respuestas son las mayores trampas intelectuales. Lo que determina la magnitud de la respuesta es la magnitud de la duda. Las dudas nos estimulan más que las respuestas.

Las dudas son el principio de la sabiduría en filosofía (Durant, 1986). En el caso de un científico, un ejecutivo o un profesional, cuanto más dude de sus verdades y cuestione el mundo que le rodea, más expandirá el mundo de las ideas y más brillará. Los maestros deben instigar las mentes de sus alumnos y provocarles dudas. ¿Cómo?

Haciendo a cada momento la exposición interrogativa. Cuando hable del átomo, el maestro debería preguntar: "¿Quién puede garantizar que el átomo existe?", "¿cómo podemos afirmar que está formado de protones, neutrones y electrones?" Los maestros de matemáticas, lenguas e historia deberían aprender a cuestionar creativamente el conocimiento que exponen. Las preguntas ¿Por qué? , ¿cómo?, ¿dónde? y ¿cuál es la base de esto? deberían ser parte de su rutina.

La exposición interrogativa genera duda, la duda genera un estrés

positivo y este estrés abre la ventana de la inteligencia. De esa manera formaremos pensadores y no repetidores de información. La clase en forma interrogativa conquista primero el territorio de las emociones, después el escenario de la lógica y, en tercer lugar, el campo de cultivo de la memoria. Los estudiantes son motivados en grado superlativo, se vuelven cuestionadores y no una masa de gente manipulada por los medios y el sistema.

La exposición interrogativa transforma la información en conocimiento, y el conocimiento en experiencias. El mejor maestro no es aquel que es más elocuente, sino aquel que más instiga y estimula la inteligencia.

Formar mentes libres

Si los estudiantes permanecen en la escuela durante cuatro años como meros oyentes de información, ya no se cuestionan sobre el mundo ni sobre ellos mismos y se convierten en espectadores pasivos. En este proceso, algunos jóvenes se vuelven arrogantes e insensibles y desarrollan ansiedad y características psicópatas.

Los psicópatas o dictadores son alimentados intelectualmente con verdades absolutas. Nunca dudan ni cuestionan sus conductas inhumanas. El mundo gira alrededor de sus verdades. Lastiman a los demás y no sienten su dolor. Así que para que un psicópata pueda liberarse a sí mismo, necesita aprender a amar el arte de dudar porque sólo de esta manera sabrá repensarse a sí mismo y ser empático con los demás.

Los maestros deberían superar el hábito de transmitir conocimiento prefabricado como si fueran verdades absolutas, porque cada 10 años muchas verdades científicas se vuelven folclore y pierden su valor.

Practique hacer cuando menos 10 cuestionamientos en cada clase. No piense que esto es simple, porque requiere una capacitación de seis meses. La educación emancipa, forma mentes libres (Adorno, 1971), no robotizadas ni controladas por el consumismo, la paranoia estética y las opiniones ajenas.

Exposición dialogada: el arte de la pregunta

*Los objetivos de esta técnica son:
desarrollar conciencia crítica, promover el
debate de ideas, estimular la educación
participativa, superar la inseguridad, derrotar
la timidez y mejorar la concentración.*

Otra herramienta excelente para transformar el árido suelo del salón de clases en un jardín florido es la exposición dialogada, ejecutada a través del arte de la pregunta. En la exposición interrogativa el maestro cuestiona el conocimiento sin preguntar; en la exposición dialogada hace incontables preguntas a los estudiantes. Las dos técnicas se complementan. Veamos.

A través del arte de la pregunta, el maestro estimula todavía más el estrés positivo de la duda. Capta la atención de sus alumnos y penetra en el territorio de la emoción y en el anfiteatro de sus mentes. El conocimiento prefabricado estanca el aprendizaje, y la duda estimula la inteligencia (Vigotsky, 1987). Todos los grandes pensadores fueron grandes cuestionadores. Las grandes respuestas emanaron de las grandes preguntas. ¿Cuándo es más fácil aprender? En la infancia. ¿Por qué? Por que es la fase en la que hacemos más preguntas y abrimos las ventanas de nuestra mente. Los niños aprenden fácilmente los idiomas no sólo porque su memoria está menos atestada de información, sino porque hacen preguntas e interactúan más. ¿Por qué es más fácil aprender otro idioma en su país de origen?

La gran razón es porque cuando usted va a otro país, se avergüenza a sí mismo y enfrenta las dificultades. Sus diplomas y estatus social casi no tienen valor. Necesitamos equivocarnos para construir una red de relaciones y sobrevivir. Para hacer esto, debemos perder el miedo a preguntar. Esta situación nos estresa y abre los archivos de la memoria en una forma extraordinaria, facilitando el aprendizaje.

Cuando una persona deja de preguntar, deja de aprender, deja de crecer. ¿Cuándo producen los científicos sus ideas más brillantes? ¿Cuándo son maduros o cuando todavía son inmaduros? Cuando son inmaduros, porque dudan, se estresan y hacen más preguntas. Einstein propuso la teoría de la relatividad a los 27 años. Una vez que los científicos reciben sus títulos y aplausos, surgen sus problemas. Los

mismos títulos y elogios que les dieron reconocimiento pueden convertirse en el veneno que los mata como pensadores (Cury, 2002). Muchos de ellos se vuelven improductivos.

Hoy en día, mis libros son publicados en más de cuarenta países. Como soy un investigador del trasfondo de la mente, estoy preocupado porque incluso aunque no quiera, sé que este éxito ya ha causado cierto daño en mi inconsciente. Debo estar alerta, reciclar continuamente y vaciarme a mí mismo para seguir siendo un ingeniero de nuevas ideas. ¿Ha dejado usted de aprender o es un voraz aprendiz? Mucha gente no se da cuenta de que ya no piensa...

Un maestro fascinante debería hacer a sus estudiantes cuando menos 10 preguntas durante una clase, haciendo primero la pregunta a toda la clase. La pregunta los estresa positivamente y mejora su concentración. Si nadie se atreve a contestar, el maestro debe llamar a uno de los alumnos por su nombre y preguntarle. Independientemente de la respuesta, el estudiante debe ser felicitado por su participación. Con este procedimiento se puede lograr que los estudiantes más retraídos también participen.

Viajar en su interior

El arte de la pregunta crea pensadores brillantes en las escuelas de medicina, leyes, ingeniería y pedagogía. Pero debería comenzar en preescolar. Después de un año del arte de las exposiciones dialogada e interrogativa, los estudiantes pierden el miedo a expresarse, aprenden a debatir las ideas y se vuelven grandes viajeros. ¿Cómo es eso? Aprenden a viajar en su interior, aprenden a cuestionarse por qué están angustiados, ansiosos, irritados solitarios o temerosos. Aprenden no sólo a cuestionar el mundo exterior, sino también a sostener un diálogo consigo mismos.

Cuando capacito a psicólogos para el tratamiento clínico, siempre les hablo de la grandeza de este diálogo interior. Aquellos que son capaces de realizarlo reeditan su película inconsciente más rápida y eficientemente.

No basta que un paciente se someta a psicoterapia, sino que debe ser el autor de su propia historia, aprender a interferir en su mundo propio. Pero, por desgracia, la gente rara vez penetra en su mundo propio, incluso entre la comunidad médica. Cuando el mundo nos abandona, la soledad es tolerable, pero cuando nos abandonamos a nosotros mismos, la soledad es casi insoportable.

El arte de preguntar es parte de la educación de nuestros sueños. Transforma el salón de clases y la habitación de nuestra emoción en un entorno poético, agradable e inteligente.

Ser un contador de historias

*Los objetivos de esta técnica son:
desarrollar la creatividad, educar las
emociones, estimular la sabiduría, expandir
la capacidad de encontrar soluciones en
situaciones de estrés y enriquecer la socialización.*

Educar es contar historias. Contar cuentos es convertir la vida en la diversión más seria de la sociedad. La vida tiene pérdidas y problemas, pero debe ser vivida con optimismo, esperanza y alegría. Los padres y los maestros deberían bailar el vals de la vida como contadores de historias o cuentos.

El mundo es demasiado serio y frío. Cada día, en las noticias vemos crímenes, tragedias, muerte y desventuras. Esta avalancha de malas noticias se archiva en el mercado de la memoria, creando cadenas de pensamientos que hacen que veamos la vida triste, con ansia y sin entusiasmo.

Debemos vivir con mayor suavidad. Aprender a reírnos de nuestras tonterías, comportamientos absurdos, caprichos y miedos. Necesitamos contar cuentos. Los padres deben enseñar a sus hijos creando historias. Los maestros deben contar historias para enseñar su materia con el condimento de la alegría y, a veces, de las lágrimas.

Para contar historias es necesario usar una voz teatral, y cambiar el tono durante la exposición. Usted debe hacer gestos y mostrar reacciones capaces de expresar lo que la información lógica no puede decir. Muchos padres y maestros están dotados de una gran cultura académica, pero son limitados, rígidos y formales. No se soportan ni a sí mismos.

¿Hay gente que no es capaz de contar historias? No lo creo. Dentro de cada ser humano, incluso del más formal, hay un payaso que quiere respirar, jugar y relajarse. Revivalo. Sorprenda a los niños. Nuestros niños necesitan una educación seria, pero también agradable. Sonría, abrace a los niños y cuénteles un cuento.

Gritar desde el corazón, contando historias suaves

Los "cuentos" pueden recapturar las "historias". La ficción puede recapturar la realidad. ¿Cómo es eso? Un maestro de historia no debería hablar de esclavitud sin tratar el periodo histórico. La información escueta sobre la esclavitud no nos educa ni nos conmueve, ni nos hace conscientes ni provoca el rechazo de los crímenes cometidos por nuestra especie. Al hablar acerca de la gente de color, un maestro de historia debería crear historias para hacer que los estudiantes entiendan la desesperación, los pensamientos y la angustia que sintieron estos seres humanos al ser esclavizados por miembros de su misma especie. Nada es mejor que narrar una historia real o una que induzca a los alumnos a imaginar el drama de la esclavitud.

Sin esta inmersión interna, la esclavitud no generará un sólido impacto emocional. No provocará una rebelión decisiva contra la discriminación. La muerte de millones de judíos, gitanos y otras minorías no generará emociones, ni creará vacunas intelectuales. Se crearán otros "Hitler". Hablar acerca del conocimiento sin humanizarlo, sin transmitir la emoción de la historia, perpetúa nuestras miserias y no las cura.

Contar historias también es psicoterapéutico. ¿Sabe usted cuál es la mejor forma de resolver conflictos en el salón de clases? No es atacando, gritando o regañando. Estos métodos se han usado desde la edad de piedra y no funcionan.

Es contar historias, lo cual seduce los pensamientos y estimula el análisis.

La próxima vez que su alumno o su hijo lo ataque, indúzcalo a pensar. Grite cortésmente desde su interior, grite suavemente contándole un cuento. Los jóvenes podrán olvidar sus críticas y reglas, pero no olvidarán sus historias.

Humanizar el conocimiento

*Los objetivos de esta técnica son:
estimular la audacia y la sagacidad,
cultivar la creatividad, alentar la sabiduría,
expandir la capacidad crítica y formar pensadores.*

La educación clásica comete otro gran error. Se esfuerza por transmitir el conocimiento en el salón de clases, pero rara vez comenta sobre la vida de quienes desarrollaron ese conocimiento. La información de química, física, matemáticas e idioma debería tener una cara, una identidad. ¿Qué significa esto?

Significa humanizar el conocimiento, contar la historia de los científicos que originaron las ideas que los maestros enseñan. Significa también reconstruir el entorno emocional en que ellos vivían mientras investigaban. Significa describir la ansiedad, los errores, las dificultades y discriminación que sufrieron. Algunos pensadores murieron defendiendo sus ideas.

La mejor forma de producir gente que no piensa es alimentarla con conocimiento sin vida e impersonal.

Soy un crítico del hermoso material didáctico que contiene conocimiento pero ignora la historia del científico. Este tipo de educación causa aversión en los estudiantes, no estimula el arte de pensar.

Pasé muchas noches de insomnio, dificultades y turbulencias para crear una nueva teoría sobre el funcionamiento de la mente, en un país que no tiene la tradición de producir científicos teóricos. Generar una nueva teoría es mucho más complejo que hacer cientos de investigaciones. Pero no todo el mundo valora este trabajo.

¿Cuáles son mis fundamentos intelectuales? ¿Podrían ser mi éxito, el reconocimiento de la teoría y su utilización en tesis de maestría y doctorado? No. Mis fundamentos son el dolor que sentí, las inseguridades que viví, la angustia que sufrí y la superación de mi caos...

Detrás de cada información dada con tanta simplicidad en el salón de clases están las lágrimas, las aventuras y el coraje de los científicos. Pero los estudiantes no pueden verlos.

Hablar acerca de la historia de la ciencia y de los pensadores es tan importante como el conocimiento que han generado. La ciencia sin rostro paraliza la inteligencia, distorsiona el ser y lo aproxima a la nada (Sartre, 1997). Genera hombres arrogantes y no pensantes. Un científico rara vez ha causado algún daño a la humanidad. Quienes causaron daño fueron aquellos que usaron la ciencia sin conciencia crítica.

Pasión por la ciencia: en busca de aventuras

Debido a que genero conocimiento acerca de cómo construimos los pensamientos, siempre me ha intrigado la observación de que un pensador cree un grupo de primera generación de colegas pensantes, y que en la segunda generación se vuelvan escasos. Por ejemplo, muchos de los jóvenes amigos de Freud se volvieron pensadores, como Jung y Adler. Después de la muerte de Freud, muchos de sus seguidores se cerraron a nuevas posibilidades de pensamiento. Así que no expandieron sus ideas más allá de lo que la primera generación había hecho; sólo las reprodujeron o las repitieron.

¿Por qué ocurre este fenómeno inconsciente en la ciencia? Porque la primera generación participó en la historia viva del pensador. Sintió el calor de sus retos, de sus persecuciones y coraje, y por lo tanto tenía abiertas las ventanas de la inteligencia y se atrevió a crear, a tomar riesgos y a proponer algo nuevo. La segunda generación no participó en esta historia, así que divinizó al pensador en vez de humanizarlo.

Claro que hay excepciones, pero este mecanismo es universal. Ha estado presente en la filosofía, en las leyes, en la física y los sistemas políticos, e incluso entre los líderes espirituales. ¿Sabe usted quiénes son los peores enemigos de una teoría o de una ideología? Sus defensores radicales. Hay mucho por decir acerca de esto, pero ahora no es el momento.

Por lo tanto, afirmo convencido que humanizar el conocimiento es fundamental para revolucionar la educación. De otro modo, asistiremos a miles de conferencias sobre educación que no tendrán ningún efecto intelectual. Los estudiantes, incluso aquellos que logren grados de maestría y doctorado serán, en el mejor de los casos, actores secundarios en la evolución de la ciencia.

Creo que del 10 al 20% de la clase debería ser empleado por los maestros en rescatar las historias de los científicos. Esta técnica estimula la pasión por el conocimiento y produce ingenieros de ideas. Los estudiantes se irán con un diploma en la mano y una pasión en el corazón. Serán aventureros que se enfrentaran al mundo y lo exploraran con habilidad.

La gente joven saldrá de la secundaria, la preparatoria y la

universidad deseando imitar a esos modelos emprendedores como científicos, doctores, juristas, maestros; en otras palabras, los actores que transformen el mundo y no modelos fotográficos y artistas que pasan una noche bajo los reflectores de los medios. El conocimiento sin rostro y la industria del entretenimiento irreal han matado a nuestros verdaderos héroes

Humanizar al maestro: cruce su historia

*Los objetivos de esta técnica son:
desarrollar la socialización, estimular
el afecto, crear puentes productivos en las
relaciones sociales, estimular la sabiduría,
superar los conflictos y valorar el "yo"*

Antes del siglo XVI, los estudiantes vivían con sus maestros. Dejaban a sus padres cuando eran niños o adolescentes, y aprendían una profesión como herrero, productor de vinos, etc. Muchos de ellos pagaban un precio emocional muy alto, porque eran separados de sus padres desde los 7 a los 14 años, lo que lastimaba su relación de afecto con ellos.

Cuando las escuelas comenzaron a extenderse, hubo un gran salto emocional porque, además de la ganancia educacional que los niños tenían en la escuela, regresaban cada día a casa con sus padres. Su afecto mutuo creció. Los padres abrazaban a sus hijos todos los días. En Francia aparecieron palabras como *chéri* (querido). Incluso cambió la arquitectura de las casas. Aparecieron los salones laterales para que los extraños no invadieran el espacio íntimo de la familia.

Tan pronto como las escuelas se diseminaron, se propiciaron las relaciones sociales. Fue un buen comienzo. La familia era una fiesta. Los padres tenían tiempo para sus hijos, y los hijos admiraban a sus padres. Pero en los siglos siguientes, las relaciones se volvieron muy distantes. Hoy en día, los padres y los hijos casi no tienen tiempo de hablar. ¿Y que hay de las relaciones escolares? Ahí es peor.

Los maestros y los alumnos comparten el espacio de un salón de clases, pero no se conocen. Pasan años juntos, pero son extraños entre sí. ¿Qué tipo de educación es esta que le resta importancia a la emoción y niega la historia existencial?

Los animales no tienen una historia porque no se dan cuenta que son únicos en el mundo, pero los seres humanos captan esta diferencia y, por lo tanto, construyen una historia y transforman el mundo (Freire, 1998). Las escuelas de pedagogía fracasan porque no estimulan a los maestros a humanizarse en el salón de clases. Humanizar el conocimiento es fundamental, y humanizar a los maestros es primordial.

Las computadoras podrán informar a los alumnos, pero sólo los maestros son capaces de formarlos. Sólo ellos pueden estimular la creatividad, la superación de los conflictos, el encanto por existir, la educación para la paz, para el consumo y para el ejercicio de los derechos humanos.

Queridos maestros, cada uno de ustedes tiene una historia fascinante que incluye lágrimas y alegrías, sueños y frustraciones. Cuenten esta historia a sus alumnos en pequeñas dosis a lo largo del año. No se escondan detrás del gis o de su material. De otra forma, los temas transversos -responsables de educar para la vida, como la educación para la paz, para el consumo, para el tráfico y para la salud- serán una utopía; estarán dentro de la ley pero no dentro del corazón.

La educación moderna está en crisis porque no está humanizada; separa a los pensadores del conocimiento, a los maestros de la materia, a los estudiantes de la escuela; en otras palabras, separa al sustantivo del objeto. Ha creado jóvenes lógicos, que saben lidiar con los números y las máquinas, pero no con las dificultades, los conflictos, las contradicciones y los retos. Por eso rara vez produce excelentes ejecutivos y profesionales que abandonan la monotonía y hacen la diferencia.

Las bajas calificaciones tienen un enorme valor en la escuela de la vida

Dése algunos momentos en clase para hablar unos minutos acerca de los problemas, las metas, los fracasos y los éxitos que sus alumnos han tenido en la vida. ¿El resultado? Usted educará la emoción. Sus alumnos lo amarán, usted será un maestro inolvidable. Ellos lo identificarán con la materia que enseña y apreciarán sus clases.

Asimismo, escuche a sus alumnos. Penetre en su mundo. Descubra quiénes son. Un maestro influencia más a sus estudiantes con lo que es, que con lo que sabe.

Queridos padres, ustedes también tienen una historia brillante. Como comenté al principio de este libro, hablen de sí mismos, permitan que sus hijos descubran su mundo. La mejor forma de prepararlos para la vida no es imponiéndoles reglas, criticándolos, regañándolos o castigándolos, sino hablándoles de sus sueños, éxitos, inseguridades y fracasos.

Los educadores fascinantes no son infalibles. Por el contrario, reconocen sus errores, cambian sus opiniones cuando se les convence y no tratan de enseñar sus verdades por la fuerza a sus hijos y estudiantes. Estos lúcidos comportamientos son registrados por el RAM (registro automático de memoria) en una forma excelente, creando un jardín en el consciente y el inconsciente de los jóvenes.

Vea este ejemplo. Jesucristo no controló a nadie; sólo expuso sus ideas e invitó a la gente a reflexionar diciendo: "Si un hombre tiene sed...", "aquel que quiera seguirme..." Estimuló el arte de pensar. Los grandes pacifistas como Platón, Buda, Mahoma y Gandhi, querían formar hombres libres.

En la escuela de la vida, las bajas calificaciones nos ayudan más que las altas. El fracaso puede generar, en ciertas situaciones, una experiencia más enriquecedora que el éxito. Debemos hablar de nuestras victorias, pero también de nuestras frustraciones. Hay mucha gente joven deprimida y fóbica rogando, con sus gestos y actitudes, que un maestro le cuente una historia que le ayude.

Una vez, la coordinadora pedagógica de una gran escuela que asistió a una de mis conferencias se sintió motivada por mi exposición; se paró frente a la audiencia y contó una historia conmovedora. Dijo que una de sus alumnas había ido a verla para hablar acerca de un problema que tenía.

La estudiante estaba visiblemente agobiada, pero la coordinadora le dijo que no tenía tiempo en ese momento y pospuso la conversación para otro día. Por desgracia, no hubo suficiente tiempo porque la muchacha se suicidó. Nunca unos pocos minutos fueron tan importantes.

¡Se evitarán muchos conflictos a través de la educación humanizada! Estoy convencido de que los maestros que lean este libro y comiencen a entrar en el mundo de sus alumnos agresivos, ansiosos o retraídos, no sólo evitaran muchos suicidios, sino también masacres en las que los adolescentes toman armas y le disparan a sus compañeros y profesores.

Antes de cometer esos crímenes, los adolescentes gritaron pidiendo ayuda de muchas maneras, pero nadie los escuchó.

No piense que la prevención de conflictos es responsabilidad sólo de los psiquiatras y psicólogos, porque muy poca gente busca ayuda psicológica. Los maestros pueden hacer mucho más de lo que imaginan.

Obtener ventajas competitivas

Permítame insistir nuevamente en este punto. La educación está mal fundamentada a nivel mundial. Las escuelas se crearon sin una comprensión profunda de los roles de la memoria y el proceso de construcción de pensamientos. Aun cuando no disponemos de datos estadísticos, creo, como dije antes, que nunca recordaremos al menos el 90% de la información que aprendemos en el salón de clases.

Hemos atestado la memoria y no sabemos que hacer con tanta información. La memoria se especializa en sostener el florecimiento de

nuevos pensamientos y la creatividad de la inteligencia. Demos menos información y crucemos más nuestras historias.

Existen muchas escuelas que sólo se preocupan por preparar a los estudiantes para las mejores universidades. Cometan un error, porque únicamente se enfocan en este objetivo. Aun cuando sus estudiantes entren a las mejores escuelas, al salir pueden tener enormes dificultades para resolver sus retos profesionales y personales.

El sistema educacional está enfermo. Vaya más allá del contenido pragmático. Yo pido a los maestros que hagan un espacio para humanizar el conocimiento, humanizar su historia y estimular el arte de la duda. Sus alumnos no sólo avancen intelectualmente, también tendrán ventajas competitivas. ¿Cuáles?

Serán emprendedores, sabrán cómo elegir, tomar riesgos para realizar sus metas y soportar con dignidad los inviernos de la vida. Serán más saludables emocionalmente, tendrán menos probabilidades de desarrollar conflictos y de necesitar tratamiento psicológico.

Educar la autoestima elogiando antes de criticar

*Los objetivos de esta técnica son:
educar la emoción y la autoestima,
vacunar contra la discriminación,
promover la solidaridad, resolver conflictos
en el salón de clases, filtrar los estímulos
estresantes y manejar la pérdida y la frustración*

El elogio alivia las heridas del alma, educa las emociones y la autoestima. Elogiar es alentar y enfatizar las características positivas. Hay padres y maestros que nunca elogian a sus hijos y estudiantes.

Mi libro *Tú eres irremplazable* se ha convertido en un gran fenómeno editorial en muchos países, no por la grandeza del autor, sino porque en él, yo elogio la vida. Hablo acerca de como todos hemos cometido locos actos de amor sólo para estar vivos. Fuimos los más grandes alpinistas y nadadores del mundo para ser los ganadores de la mayor competencia de la historia, una competencia con más de 40 millones de competidores. ¿Cuál fue esta competencia?

La competencia de los espermatozoides para fecundar al óvulo. Esta fue una gran aventura. Muchos jóvenes dicen que ellos no pidieron nacer. Otros se desalientan con cualquier problema. Incluso hay otros que piensan que nada en su vida funciona. Pero todos somos ganadores por naturaleza. Todas las dificultades actuales son pequeñas, comparadas con los serios riesgos que afrontamos sólo para estar vivos en el escenario de la existencia. Los maestros deben contar esta historia a sus alumnos. Ha contribuido a crear una sólida autoestima.

¿Cómo ayuda a un alumno o hijo que ha fallado, atacado a otros o tenido reacciones inadmisibles? Uno de los grandes secretos es usar la técnica elogio-crítica. Primero, elogie algunas de sus características. El elogio estimula el placer, y el placer abre las ventanas de la memoria.

Momentos después, puede criticarlo e invitarlo a reflexionar sobre su falla.

Criticar sin elogiar primero entorpece la inteligencia, hace que el joven reaccione por instinto, como un animal amenazado. Los seres humanos más agresivos se derriten con un cumplido y, por lo tanto, se les desarma para poder ayudarles. Muchos asesinatos podrían haberse evitado si, durante el primer minuto de tensión, la persona amenazada

hubiera expresado algún cumplido a su agresor.

Una vez, un hombre de ascendencia alemana, cuyos abuelos sufrían de traumas de guerra, vino a mi oficina. Era muy agresivo. Dijo que mataría a cualquiera que se cruzara en su camino, incluyendo a sus hijos. En una de las sesiones, le dije algo que no le gustó, sacó una pistola y me amenazó. ¿Sabe usted lo que hice?

No me dejé intimidar. Lo miré a los ojos y le hice un cumplido. Le pregunté: "¿Por qué un hombre inteligente necesita un arma para exponer sus ideas?", y continué: "¿Sabe que usted tiene una gran capacidad intelectual, y que a través de ella puede ganarse a cualquier persona?"

El cumplido lo sorprendió. Su ira se derritió como el hielo bajo el sol de mediodía. Comenzó a llorar. De ahí en adelante, tuvo una excelente evolución en su tratamiento. Se volvió un ser humano muy amigable. Si yo no hubiera actuado de esa manera, probablemente no estaría aquí escribiendo este libro.

Vacunar contra la discriminación

Pruebe elogiando a su pareja, a sus hijos, a sus estudiantes y a sus compañeros de trabajo antes de criticarlos. Siempre hay razones para valorar; encuéntrelas. Después del cumplido, haga su crítica, pero dígala una sola vez. No se genera un momento educacional repitiendo la crítica, sino mediante su registro privilegiado. Si usted utiliza esta técnica durante unos meses, sus relaciones sociales serán totalmente distintas. Será capaz de conquistar a la gente más fría e insoportable.

No hay niños problemáticos, sino niños que tienen problemas. Elogie a los niños tímidos, obesos, discriminados, hiperactivos, difíciles y agresivos. Aliente a aquellos de quienes todos se burlan, a los que se sienten menos que los demás. Ser un educador es ser un promotor de la autoestima.

Si pudiera, iría de escuela en escuela en varias partes del mundo, capacitando a los maestros para comprender el funcionamiento de la mente y para entender que dentro del pequeño espacio de la escuela se activan grandes traumas emocionales. En vez de elogios hay críticas agresivas. Con frecuencia, los estudiantes se lastiman seriamente entre sí.

No permita, bajo ninguna circunstancia, que los estudiantes llamen a sus compañeros "gordo" o "elefante" porque son obesos. No tiene usted idea del vacío emocional que estos apodos provocan en el campo del inconsciente. No les permita hablar peyorativamente acerca de los defectos físicos y el color de la piel de los demás. Estas bromas no son inocentes. Ocasionan graves conflictos que nunca se pueden

borrar, sólo reeditar. La discriminación es un cáncer, una mancha que siempre ha empañado nuestra historia.

Desde pequeñas, enseñé a mis hijas a entender que dentro de cada ser humano hay un mundo por descubrir. Han aprendido a vacunarse contra la discriminación. Tengo ascendencia europea y oriental. ¿Sabe usted cuál es el color de las dos muñecas de mis hijas menores? Negro. Se duermen felices con sus muñecas negras, aun cuando nosotros somos blancos. Nunca he interferido con esta elección. Ellas han aprendido a amar la vida.

Enseñe a los jóvenes con palabras, y sobre todo con actitudes, a amar a la especie humana. Dígales que más importante que ser americanos, árabes, judíos, blancos, negros, ricos o pobres, es el hecho de que somos una especie fascinante. En el trasfondo de nuestra inteligencia, somos más parecidos de lo que imaginamos. Elogie la vida. Invite a los jóvenes a soñar. Si dejan de creer en la vida, no habrá futuro.

Manejar pensamientos y emociones

*Los objetivos de esta técnica son:
rescatar el liderazgo del "yo", eliminar
el SPA, prevenir conflictos, proteger los
campos de la memoria, promover la seguridad,
desarrollar un espíritu emprendedor y proteger
la emoción en focos de tensión.*

Una vez vino a verme una estudiante de ingeniería que se quejaba de depresión. Había consultado a siete psiquiatras y tomado casi todos los tipos de antidepresivos existentes. Estaba desalentada; la vida no tenía sentido, la esperanza se había desvanecido. El dolor de la depresión, que es la última etapa del sufrimiento humano, le robó su sentido de la vida. Me conmovió su bancarrota emocional.

Le dije que no debería aceptar estar enferma. Ella podía revertirlo. El rescate del liderazgo de su "yo" sería capaz de incrementar el efecto de la medicación y recuperar su fascinación por la vida. Le dije que tenía las herramientas dentro de sí misma, pero que no las utilizaba. Le comenté que, aun cuando era importante, la medicación era un actor secundario del tratamiento. ¿Quién es el actor principal? El manejo de los pensamientos negativos y de las emociones angustiantes.

Ella aprendió que toda la basura que entraba al escenario de su mente se registraba automáticamente en la memoria y no se podía borrar, sólo reeditar. Se dio cuenta que no sólo debía entender sus heridas del pasado para hacer la reedición, sino también criticar cada pensamiento negativo y cada emoción perturbadora.

Así, poco a poco, la joven dejó de ser víctima de sus problemas y comenzó a escribir su historia y a contemplar la belleza. Aparecieron las flores después de un invierno largo e insoportable. Ella se volvió más hermosa. Todos aquellos que pasan por el caos de la depresión, del pánico, de las fobias y de la pérdida y lo superan, se vuelven más bellos internamente.

La autocompasión, el conformismo y la falta de motivación para pelear son serios obstáculos para superar los trastornos emocionales. El manejo de los pensamientos es el punto central del tratamiento psicoterapéutico de cualquier cadena de pensamiento. Sin embargo, también debemos entender que este manejo es el punto central de la educación, aun cuando la ciencia comprende muy poco de esta materia.

Si los jóvenes no aprenden a manejar sus pensamientos, serán un barco sin timón, títeres de sus propios problemas. La tarea más importante de la educación es transformar a los seres humanos en líderes de sí mismos, líderes de sus pensamientos y emociones.

En todo el mundo, las escuelas enseñan a los estudiantes a manejar compañías y máquinas, pero no los preparan para manejar el libreto de sus pensamientos. Es incontable el número de personas que son profesionalmente exitosas pero esclavas de sus pensamientos. Su vida emocional es miserable. Enfrentan al mundo, pero son incapaces de eliminar la basura de sus mentes.

He tratado doctores, abogados y hombres de negocios que son inteligentes para lidiar con problemas objetivos. Pero una ofensa los derrota, una crítica los destruye y una desilusión por parte de sus seres cercanos les causa gran ansiedad. Son fuertes en el mundo externo, pero líderes frágiles en los campos de su psique.

Liberarse de la prisión intelectual

Los maestros fascinantes deberían ayudar a sus alumnos a liberarse de la prisión intelectual. ¿Cómo? Independientemente de la asignatura que impartan, deberían demostrarles, cuando menos una vez a la semana, que pueden y deben controlar sus pensamientos y emociones.

Ya sea contando historias o hablando directamente, los maestros deberían comentar que si el "yo", que representa la voluntad consciente, no es el líder de los pensamientos, entonces será dominado. No puede haber dos amos. Los maestros deberían comentar que los seres humanos tienen la tendencia a ser sus propios flageladores. Necesitan hacer hincapié en que nuestros peores enemigos están dentro de nosotros mismos. Sólo nosotros podemos evitar que seamos felices y saludables.

De la misma manera, los padres deben enseñar a sus hijos a criticar sus propias ideas negativas, a combatir sus miedos, a enfrentar sus heridas y su timidez. En mi opinión, el manejo de los pensamientos es uno de los descubrimientos más importantes de la ciencia moderna. Pero las escuelas de educación, pedagogía y psicología siguen dormidas a este respecto. Somos especialistas en formar gente pasiva.

¿Qué caso tiene aprender a resolver problemas matemáticos, si nuestros jóvenes no aprenden a resolver los problemas de la vida? ¿Qué caso tiene aprender idiomas si no saben hablar consigo mismos?

Es tiempo de engendrar autores y no víctimas de sus propias historias. Es tiempo de prevenir los trastornos emocionales entre los jóvenes, en vez de esperar y tratarlos después de que aparecen. La gente joven necesita una educación que los sorprenda.

Participar en proyectos sociales

Los objetivos de esta técnica son: desarrollar la responsabilidad social, promover el civismo, cultivar la solidaridad, expandir la capacidad de trabajar en equipo y manejar los temas transversales: educación para la salud, para la paz y para los derechos humanos.

Animar a los jóvenes a que se comprometan en proyectos sociales es la décima técnica pedagógica que propongo. El compromiso social debería ser la meta más importante de la educación. Sin él, crecerán el individualismo, el egoísmo y el control de unos sobre otros.

Participar en campañas contra el SIDA, las drogas, la violencia y el hambre puede contribuir a hacer a los jóvenes psíquica y socialmente saludables. Como hemos visto, adoran el veneno del consumismo y del placer inmediato. Muchos sólo se preocupan de sí mismos. Pero, reitero, no es su culpa. Hay millones de imágenes registradas en su memoria consciente e inconsciente que los controlan sin que ellos se den cuenta.

En realidad, todos somos víctimas del sistema que hemos creado. Estamos perdiendo cada vez más nuestra identidad, convirtiéndonos en un número de cuenta bancaria o de tarjeta de crédito, en un consumidor potencial. Mi crítica está bien fundada. El sistema social se infiltra en la caja secreta de la personalidad, disminuyendo la generación de pensamientos simples, tranquilos y serenos.

En investigaciones que he realizado con miles de educadores sobre su opinión respecto a la calidad de vida de los jóvenes, los resultados fueron sorprendentes. Consideraron que el 94% de la gente joven es agresivo y 6% calmado; 95% está enajenado y 4% está preocupado por su futuro. ¿Hacia donde va la educación?

Los jóvenes que hacen la diferencia

Los jóvenes que sean determinados, creativos y emprendedores sobrevivirán en un sistema competitivo. Quienes no tengan metas o la audacia para materializar sus proyectos vivirán a la sombra de sus padres y engrosarán las filas de los desempleados. Los jóvenes intelectualmente incompetentes dañan el futuro de una nación. ¿Por

qué la riqueza de las naciones se incrementa y disminuye? ¿Por qué la fortuna de la familia no dura más allá de la tercera generación? Por el elemento humano.

Debemos capacitar a nuestros hijos y estudiantes. Ellos deberían sentirse importantes en la escuela, participar en ciertas decisiones. Deberían también intervenir en las decisiones familiares, como la compra de un auto, el itinerario de un viaje, ir a restaurantes e incluso en el presupuesto de la familia. Deben aprender a elegir. De esta manera aprenderán una dura lección: cada elección implica una ganancia y una pérdida.

El SPA vuelve inquietos a nuestros niños. Odian la rutina y, por lo tanto, se quejan de que "no tienen nada que hacer". Tienen mucho que hacer, pero la rutina exaspera su ansiedad. Si están comprometidos con proyectos sociales, sus vidas darán un giro. Sus emociones estarán estructuradas, sus pensamientos calmados y, como ganancia extra, aprenderán la importancia de servir.

¿Cómo pueden subir al podio si desprecian la capacitación? ¿Cómo brillarán en sociedad si no están conectados con ella? Considerar a nuestros hijos y estudiantes sólo como receptores de información y consumidores de bienes es un insulto a su inteligencia.

Necesitamos formar jóvenes que hagan la diferencia en el mundo, que propongan cambios y rescaten el sentido existencial y el sentido de las cosas (Ricoeur, 1960). Una de las causas de que millones de jóvenes consuman drogas, sufran de depresión y estén enajenados, es su falta de sentido por la vida o por el compromiso social.

El tedio los consume. Así, en una actitud insana, comienzan a consumir drogas en un intento por aliviar su ansiedad y su tristeza, y no sólo para satisfacer su curiosidad. Muchos chicos consumen drogas como antidepresivos y tranquilizantes. Por desgracia, esta actitud los lleva a vivir en la prisión más dramática de todas: la cárcel de la emoción.

Aplicar las técnicas de la escuela del proyecto de vida

No podemos olvidar que los maestros del mundo están enfermándose colectivamente. Los maestros son los *chefs* del conocimiento, pero cocinan para comensales que no tienen apetito. Cualquier madre se vuelve un poco paranoica cuando sus hijos no comen. ¿Cómo podemos esperar tener maestros saludables, si sus estudiantes son anoréxicos intelectuales? Es por la salud tanto de maestros como de alumnos que se debe reconstruir la educación.

Cientos de escuelas que están aplicando las técnicas psicosociales de la escuela de la vida están observando que ocurre algo maravilloso.

El estrés de los maestros y los gritos pidiendo silencio a los alumnos han disminuido. Se han atenuado los niveles de ansiedad, conversaciones paralelas y la fricción entre estudiantes. Los niveles de concentración, el placer de aprender y la participación han aumentado.

La directora de una escuela pública me pidió angustiosamente mi ayuda. Con frecuencia tenía que llamar a la policía para contener la agresividad entre estudiantes. Conmovido, capacité a los maestros. Aplicaron todas las técnicas durante un año. ¿El resultado? Además de la ganancia intelectual que he mencionado, ya no fue necesario llamar a la policía. Se acabaron los gritos, los alumnos se calmaron y apareció el respeto.

Esta es una escuela primaria pública. Cuando los estudiantes entraron a la secundaria en otra escuela, los maestros estaban impresionados con su tranquilidad. Se habían convertido en poetas de la vida.

Ante semejante cambio, la directora me dijo: "No puedo creer lo que ocurrió en mi escuela". Yo no hice mucho, los maestros son los que merecen todos los aplausos. Tal vez ésta es una de las raras experiencias en el mundo de los cambios significativos en la dinámica de la personalidad y el proceso educacional con la aplicación de las técnicas psicopedagógicas. Lo mejor de todo es que la aplicación de estas técnicas no implica dinero y genera la escuela de nuestros sueños.

¿Cuál es la escuela de sus sueños? Para mí, es la escuela que educa a los jóvenes para sacar fuerza de la fragilidad, seguridad del miedo, esperanza de la desolación, sonrisas de las lágrimas y sabiduría del fracaso.

La escuela de mis sueños combina la seriedad de un ejecutivo con la alegría de un payaso, la fuerza de la lógica con la simplicidad del amor. En la escuela de mis sueños, cada alumno es una joya única en el teatro de la existencia, más importante que todo el dinero del mundo. En la escuela de mis sueños, los maestros y los estudiantes escriben juntos una hermosa historia, son jardineros que convierten el salón de clases en un jardín de sueños.

¿Cuál es la familia de sus sueños? La familia de mis sueños no es perfecta. No tiene padres infalibles o hijos que no causan frustración. Es una familia donde padres e hijos tienen el valor de decirse: "Te amo", "exageré", "lo siento" y "eres muy importante para mí".

En la familia de mis sueños no hay héroes ni gigantes, sino amigos. Amigos que sueñan, aman y lloran juntos. En ella, los padres se ríen cuando pierden la paciencia, y los hijos se burlan de su propia necedad. La familia de mis sueños es una fiesta. Un lugar simple, pero donde hay gente feliz.

PARTE 6

LA HISTORIA DE LA GRAN TORRE

*Si la sociedad colocara la educación en el
centro de su atención, las prisiones se volverían museos,
los policías poetas, y los psiquiatras músicos...*

¿Quiénes son los profesionales más importantes en la sociedad?

Para terminar este libro contaré una historia que revela la peligrosa dirección que la sociedad está tomando, la crisis educacional y la importancia de padres y maestros como constructores de un mundo mejor. He contado esta historia en muchas conferencias, incluyendo congresos internacionales. Muchos educadores se han conmovido tanto con ella que han llorado.

No hace mucho tiempo, la humanidad se volvió tan caótica que los hombres tuvieron un gran concurso para saber cuál era la profesión más importante en la sociedad. Los organizadores del evento construyeron una enorme torre dentro de un inmenso estadio, con escalones de oro y piedras preciosas. La torre era muy hermosa. Llamaron a la prensa mundial, televisión, periódicos, revistas y estaciones de radio para que hicieran la cobertura.

El mundo se conectó al evento. El estadio se llenó de gente de todas las clases sociales que quería ver de cerca la justa. Las reglas eran las siguientes: cada profesión estaba representada por un ilustre orador, quien debía subir rápidamente a un escalón de la torre y dar un discurso elocuente y convincente acerca de por qué su profesión era la más importante en las sociedades modernas. El orador debía quedarse en la torre hasta el final del concurso. El voto era mundial, a través de Internet.

El concurso fue patrocinado por grandes compañías y países. La clase profesional ganadora recibiría prestigio social, una gran cantidad de dinero y subsidios gubernamentales. Una vez establecidas las reglas, comenzó el evento. El mediador del concurso gritó: "¡El espacio está abierto!"

¿Sabe usted quién fue el primero en subir a la torre? ¿Los educadores? No, fue el representante de mi clase profesional, un psiquiatra.

Subió a la torre y gritó: "Las sociedades modernas se convertirán en fábricas de estrés. La depresión y la ansiedad son las enfermedades del siglo. La gente ha perdido su fascinación por la vida. Muchos se suicidan. La industria de los antidepresivos y tranquilizantes se ha vuelto la más importante del mundo". Entonces, el orador hizo una pausa. La asombrada multitud escuchaba atentamente sus incisivos argumentos.

Concluyó: "La norma es estar estresado, y lo inusual es ser saludables. ¿Qué sería de la humanidad sin los psiquiatras? ¡Un hospicio de seres humanos sin calidad de vida alguna! Como vivimos en una sociedad enferma, declaro que nosotros somos, junto con los

psicólogos clínicos, los profesionales más importantes de la sociedad..."

El estadio estaba totalmente en silencio. Muchas personas en la multitud se miraron a sí mismas y se dieron cuenta de que no eran felices, qué estaban estresadas, que dormían mal, que se despertaban cansadas y que tenían dolores de cabeza y la mente alterada. Millones de espectadores reprimieron sus voces. Los psiquiatras parecían ser invencibles.

En seguida, el mediador gritó: "¡El espacio está abierto!" ¿Adivine quién fue el siguiente? ¿Los maestros? No, el representante judicial -los jueces y fiscales. Subió a un escalón más alto y en un gesto atrevido emitió las palabras que sacudieron a los oyentes. "¡Observen los índices de violencia! No dejan de crecer. Los secuestros, los asaltos y la violencia en el tráfico llenan las páginas de los periódicos. La agresividad en las escuelas, el abuso infantil y la discriminación racial y social son parte de nuestra rutina. Los hombres adoran sus derechos y desprecian sus obligaciones."

Los oyentes asintieron con la cabeza, coincidiendo con sus argumentos. En seguida, el orador fue más incisivo. "El narcotráfico hace circular tanto dinero como el petróleo. No podemos destruir el crimen organizado. Si quieren sentirse seguros, enciérrense en sus casas, porque la libertad le pertenece a los criminales. Sin los jueces y fiscales, la sociedad se derrumbará. Por lo tanto, declaro, con el apoyo de la fuerza policial, que nosotros somos la clase profesional más importante de la sociedad."

Todos se sofocaron con estas palabras, que perturbaron sus oídos y les quemaron el alma, pero al parecer eran incuestionables: otro momento de silencio, esta vez más prolongado.

Entonces el mediador, sudando frío, dijo: "¡El espacio está abierto otra vez!"

Otro intrépido representante subió a un escalón todavía más alto de la torre. ¿Sabe quién fue esta vez? ¿El de los educadores? No.

Era el representante de las fuerzas armadas, quien habló con una voz vibrante y sin tardanza: "Los hombres desprecian el valor de la vida. Nos matamos mutuamente por muy poco. El terrorismo mata a miles de personas. La guerra comercial mata a millones con el hambre. La especie humana se ha desintegrado en docenas de tribus. Las naciones sólo son respetadas por su economía y por sus fuerzas armadas. Si quieren paz, tienen que estar preparadas para la guerra. El poder político y militar, y no el diálogo, es el factor de equilibrio en un mundo incierto".

Sus palabras impactaron a los oyentes, pero eran incuestionables. Entonces concluyó: "Sin las fuerzas armadas no habrá ninguna seguridad. El dormir sería una pesadilla. Por eso declaro, lo acepten o no, que los hombres de las fuerzas armadas no son solamente la clase profesional más importante, sino también la más poderosa". Las almas de los oyentes se congelaron. Todos estaban

atónitos.

Los argumentos de los tres oradores eran muy fuertes. La sociedad se había convertido en un caos. En todo el mundo, la gente estaba perpleja y no sabía que posición tomar: si aclamar a un orador o llorar por la crisis de la especie humana.

Nadie más se atrevió a subir a la torre. ¿Por quién votarían? Cuando todos pensaron que el concurso había terminado, pudieron escuchar una conversación al pie de la torre. ¿Quiénes estaban conversando?

Esta vez eran los maestros. Había un grupo de maestros de preescolar, primaria, bachillerato y universidad. Estaban apoyados contra la torre y abrazaban a varios padres. Nadie sabía que hacían ahí. La televisión los enfocó y los proyectó en una gran pantalla. El mediador les gritó que uno de ellos subiera a la torre. Ellos se negaron.

El mediador los acicateó: "Siempre hay cobardes en una disputa". Hubo risas en el estadio. La gente se burlaba de los padres y los maestros.

Cuando todo el mundo pensó que eran frágiles, los maestros, animados por los padres, comenzaron a debatir ideas desde donde estaban parados. Todos estaban representados.

Uno de los maestros, mirando hacia arriba, dijo al representante de la psiquiatría: "No queremos ser más importantes que ustedes. Sólo queremos ser capaces de educar las emociones de nuestros estudiantes, formar jóvenes libres y felices para que no se enfermen y no tengan que ser tratados por ustedes". El representante de la psiquiatría recibió un golpe en el alma.

Entonces, otro maestro del lado derecho miró al representante judicial y dijo: "Nunca hemos tenido la pretensión de ser más importantes que los jueces y los fiscales. Sólo queremos ser capaces de fortalecer la inteligencia de nuestros jóvenes para que puedan amar el arte de pensar y aprender la grandeza de los derechos y obligaciones humanas y, así, nunca tengan que sentarse en el banquillo de los acusados". Al representante judicial le temblaron los pies.

Otro maestro a la izquierda de la torre, aparentemente tímido, miró al representante de las fuerzas armadas y dijo poéticamente: "Los maestros del mundo no tienen deseo alguno de ser más importantes o más poderosos que los miembros de las fuerzas armadas. Sólo queremos ser importantes en los corazones de nuestros niños. Queremos guiarlos para que entiendan que un ser humano no es sólo otro número en la multitud, sino un ser irremplazable, un actor único en el escenario de la existencia".

Este maestro hizo una pausa, y añadió: "De esta forma, se enamorarán de la vida y cuando tengan el control de la sociedad, nunca necesitarán comenzar guerras, ni guerras físicas que derramen sangre ni guerras comerciales que quiten el pan. Porque creemos que el débil

usa la fuerza, pero el fuerte usa el diálogo para resolver sus conflictos. También creemos que la vida es la obra maestra de Dios, un espectáculo que nunca debería ser interrumpido por la violencia humana".

Los padres se regocijaron con estas palabras, pero el representante judicial casi se cae de la torre.

Se podía escuchar un alfiler caer en la multitud. El mundo estaba perplejo. La gente no tenía idea de que los simples maestros, que vivían en el pequeño mundo del salón de clases, fueran tan sabios. El discurso del maestro sacudió a los líderes del evento.

Viendo que el éxito de la disputa estaba en riesgo, el mediador del evento dijo arrogantemente: "¡Soñadores! ¡Viven fuera de la realidad!" Un maestro valiente y sensible gritó: "¡Si dejamos de soñar moriremos!"

Aquellos que todavía estaban en la torre aprovecharon el momento, y uno de los oradores quiso herirlos aún más: "¿A quién le importan los maestros hoy en día? Compáren sus salarios con los de otros profesionales. Vean si participan en las más importantes reuniones políticas. La prensa rara vez los menciona. A la sociedad le importan muy poco las escuelas. ¡Vean los salarios que reciben al final de cada mes!" Un maestro lo miró y dijo con seguridad: "No trabajamos sólo por un salario, sino por amor a tus hijos y a todos los jóvenes del mundo".

Enojado, el líder del evento gritó: "Su profesión se extinguirá en la sociedad moderna. ¡Las computadoras los están sustituyendo! No merecen estar en este concurso".

La multitud, manipulada, cambió de bando, condenó a los maestros. Exaltó la educación virtual. Gritó, al unísono: "¡Computadoras! ¡Computadoras! ¡No más maestros!" El estadio repetía delirantemente esta frase. Enterraron a los profesores. Los maestros jamás habían sido tan humillados. Atónitos por estas palabras, decidieron abandonar la torre. ¿Y sabe qué sucedió?

La torre se vino abajo. Nadie lo imaginaba, pero la torre estaba sostenida por los maestros, con ayuda de los padres. La escena fue devastadora. Los oradores tuvieron que ser hospitalizados. Y los maestros tomaron otra decisión inimaginable: por primera vez, abandonaron los salones de clases.

Trataron de reemplazarlos con computadoras, dándole una máquina a cada estudiante. Utilizaron las mejores técnicas multimedia. ¿Y sabe qué ocurrió?

La sociedad se vino abajo. La injusticia y las miserias del alma aumentaron todavía más. El dolor y las lágrimas aumentaron. La cárcel de la depresión, el miedo y la ansiedad aprisionaron a una gran parte de la población. La violencia y el crimen se multiplicaron. La coexistencia humana, que ya era difícil, se hizo intolerable. La especie humana se quejaba de dolor; corría el riesgo de no sobrevivir.

Horrorizados, todos entendieron que las computadoras no podían enseñar sabiduría, solidaridad y amor por la vida. Nunca se les había ocurrido que los maestros eran la base de las profesiones y sostenían todo lo que es más lúcido e inteligente entre nosotros. Descubrieron que la pequeña luz que entraba en nuestra sociedad provenía de los corazones de los padres y maestros, que educaban y enseñaban arduamente a sus hijos.

Comprendieron que la sociedad vivía en una larga, nebulosa noche y que la ciencia, la política y el dinero no podían terminar con ella. Se dieron cuenta que la esperanza en un hermoso amanecer está en cada padre, madre y maestro, y no con los psiquiatras, los judiciales, los militares y la prensa... No importa si los padres viven en un palacio o en una choza, ni si los maestros dan sus clases en una escuela pobre o suntuosa, ellos son la esperanza del mundo.

De cara a esto, los políticos, los representantes de las clases profesionales y los hombres de negocios se reunieron con los maestros en cada pueblo de cada nación. Reconocieron que habían cometido un error contra la educación. Pidieron disculpas y rogaron a los maestros que no abandonaran a sus hijos.

Entonces hicieron una gran promesa. Afirmaron que la mitad del presupuesto gastado en armas, la fuerza policial y la industria de los antidepresivos y tranquilizantes se invertiría en la educación. Se rescataría la dignidad de los maestros, y prometieron crear las condiciones para que cada niño en la Tierra pudiera ser alimentado con comida para su cuerpo y con conocimiento para su alma. Ningún niño se quedaría sin escuela otra vez.

Los maestros lloraron. Se conmovieron por tal promesa. Durante siglos habían estado esperando que la sociedad tomara conciencia del drama que atraviesa la educación. Por desgracia, sólo abrió los ojos cuando la miseria social llegó a niveles intolerables.

Pero como siempre han trabajado como héroes anónimos y siempre han amado a cada niño, cada adolescente y cada joven, decidieron regresar a las aulas y enseñar a sus estudiantes a navegar a través de las aguas de la emoción.

Por primera vez, la sociedad colocó a la educación en el centro de su atención. La luz brilló de nuevo después de la larga tormenta. Después de 10 años se vieron los resultados; después de 20 años, todos estaban asombrados.

Los jóvenes ya no renunciaron a la vida. Ya no hubo suicidios. El consumo de drogas se disipó. Ya casi no se oía nada acerca de la violencia. ¿Y de la discriminación? ¿Qué es eso? Nadie podía recordar ya de que se trataba la discriminación. Los blancos abrazaban con afecto a los negros. Los niños judíos se quedaban a dormir en las casas de los niños palestinos. El miedo desapareció.

Las prisiones se convirtieron en museos. Los policías se volvieron poetas. Los consultorios de los psiquiatras estaban vacíos. Los

psiquiatras se volvieron escritores. Los jueces se volvieron músicos. Los abogados se volvieron filósofos. ¿Y los generales? Descubrieron el perfume de las flores, aprendieron a ensuciarse las manos para cultivarlas...

¿Y los periódicos y los canales de televisión del mundo? ¿Qué reportaron, qué vendieron? Ya no las lágrimas y la aflicción humana. Vendieron sueños y anunciaron esperanzas...

¿Se materializará esta historia? Si todos soñamos este sueño, un día no será sólo un sueño.

Consideraciones finales

Mientras escribía la conclusión de este libro se me antojó reunir a algunos de los que fueron mis maestros e invitarlos a cenar para agradecerles. También me sentí motivado de invitar a mis padres, en un día que no fuera festivo, para decirles cuán importantes son para mí. Si usted tuviera un deseo similar, haga lo mismo. Si no valoramos nuestras raíces, no tendremos medios para soportar las tormentas de la vida.

Este sueño poético de rescatar el valor de la educación, esculpido por la narración de la gran torre, es todavía un espejismo en el desierto social. Aunque la sociedad aun no ha despertado, me gustaría terminar este libro honrando a los padres y maestros. Este tributo es tanto más elocuente debido a mis propias limitaciones.

Un tributo a los maestros

A nombre de todos los estudiantes del mundo, quiero agradecerles todo el amor con el que han tratado a la educación. Muchos de ustedes han pasado los mejores años de su vida, algunos incluso se han enfermado, en esta ardua tarea.

El sistema social no valora la magnitud de su grandeza, pero es seguro que, sin ustedes, la sociedad no tiene horizontes, nuestras noches no tienen estrellas, nuestras almas no tienen salud y nuestra emoción no tiene alegría.

Les agradecemos su amor, su sabiduría, sus lágrimas, su creatividad y su sagacidad dentro y fuera del aula. Quizás el mundo no les aplauda, pero el más lúcido conocimiento de la ciencia debe reconocer que ustedes son los profesionales más importantes en la sociedad.

Muchas gracias, maestros. Ustedes son los maestros de la vida.

Un tributo a los padres

A nombre de todos los hijos e hijas del mundo, agradezco a todos los padres por todo lo que han hecho por nosotros. Les damos las gracias por su consejo, su ternura, sus regaños y sus besos. El amor ha hecho que ustedes afronten todos los riesgos del mundo por nosotros. No nos dieron todo lo que hubieran querido, pero nos dieron todo lo que tenían.

Ustedes han renunciado a sus propios sueños para que nosotros pudiéramos soñar. Renunciaron a su tiempo libre para que nosotros pudiéramos tener alegría. Perdieron noches de sueño para que nosotros pudiéramos dormir en paz. Han derramado lágrimas para que nosotros pudiéramos ser felices. Perdónennos por todos nuestros fracasos, y especialmente por no reconocer el inmenso valor que ustedes tienen. Enséñennos a ser sus amigos...

Nuestra deuda con ustedes es impagable. Les debemos amor...

Queridos padres y maestros, el tiempo puede pasar y separarnos, pero nunca olviden que nadie muere cuando vive en el corazón de alguien más. Los llevaremos con nosotros a través de toda nuestra historia; una parte de su ser estará dentro de nuestro propio ser.

Fin

SCOTT HAHN

**Esperanza
para los momentos
difíciles**



PALABRA

Scott Hahn

**Esperanza
para los momentos
difíciles**

dBolsillo

© Scott Hahn, 2016
© Ediciones Palabra, S.A., 2016
Paseo de la Castellana, 210 – 28046 MADRID (España)
Telf.: (34) 91 350 77 20 — (34) 91 350 77 39
www.palabra.es
epalsa@palabra.es

Diseño de portada: Raúl Ostos
Diseño de ePub: Erick Castillo Avila
ISBN: 978-84-9061-361-0

Todos los derechos reservados

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

Nada te turbe, nada te
espante, todo se pasa,
Dios no se muda, la
paciencia todo lo alcanza,
quien a Dios tiene nada le
falta, solo Dios basta.

NOTA EN EL BREVIARIO
DE SANTA TERESA DE ÁVILA

Capítulo 1

¿ASÍ TRATAS A TUS AMIGOS?

La única tragedia en esta vida es no ser santo.

LÉON BLOY

Lo único que quiso santa Teresa de Ávila fue vivir una vida sencilla de pobreza y oración. Pero vivir una vida divinizada parece un insulto deliberado en un mundo que está enamorado de la frivolidad, y la santa sufrió innumerables dificultades; fue denunciada ante la Inquisición y tratada con desprecio y crueldad por supuestos mecenas que quisieron que guiase sus conventos a su conveniencia. En lugar de vivir una tranquila contemplación, su vida se llenó de sufrimientos por las oposiciones y rechazos que padeció. Así, un día en el que pensaba que había llegado al límite, dio rienda suelta a un torrente de quejas ante nuestro Señor.

«Pero, Teresa», le respondió, «así es como trato a mis amigos».

«Entonces no me extraña que tengas tan pocos», replicó la santa.

La queja de Teresa podría haber partido, con la misma verosimilitud, de cualquiera de los amigos de Dios que hallamos en la Biblia. Pensemos en Abel, en los albores de la historia, derrotado y muerto a manos de su hermano. Pensemos en Noé, padeciendo la vacía repetición de un mes de lluvias, viviendo rodeado de animales mientras su mundo se deshacía entre las aguas. Pensemos en Abraham, la única persona a la que la Biblia califica de «amigo de Dios» (*St 2, 23*); afrontó las pruebas más duras, que culminaron con una petición para que sacrificase a su único hijo.

El patriarca José, también escogido por Dios, fue vendido como esclavo, acusado falsamente de adulterio y encarcelado. Moisés, David y Jeremías se vieron sometidos a calamidades. Encontramos a Job, que perdió su hogar, su familia y su salud, y todo ello sin haber hecho nada malo. No era un castigo merecido; le ocurrió sin más.

Por último, pensemos en la Virgen María; creyó lo que le había prometido Dios en la Anunciación, pero también supo que esa promesa acarreaba un revés tenebroso; el sacerdote Simeón le había profetizado que padecería un enorme dolor:

«Simeón les bendijo y dijo a María, su madre: “Este está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y para ser señal de contradicción —¡y a ti misma una espada te atravesará el alma!— a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones”».

(*Lc 2, 34-35*)

Unos treinta años después supo a qué se refería. Allí, al pie de la cruz, vio a su hijo crucificado como el peor de los criminales, como un traidor y un terrorista.

¿Así trata Dios a sus amigos?

Entonces, ¿de verdad queremos ser amigos de Dios? Pues sí, rotundamente. Descubrimos un cierto patrón en las vidas de los que se mantienen fieles al Señor. Atravesan pruebas y sufrimientos, pero siempre acaban siendo las personas con una vida más digna de envidia del mundo. Y lo son porque viven en la esperanza de poseer algo que todos deseamos: amor.

SOLO EL AMOR SATISFACE

El amor es lo único que nos llena, y por eso todos lo anhelamos. Sin embargo, el amor siempre exige sacrificios.

El amor verdadero siempre exige sacrificios.

Esta afirmación se cumple también para el amor humano. Abandonamos la «libertad» de vivir solos a cambio de la libertad más alta del matrimonio con aquel al que amamos. Nos desprendemos de un buen pellizco en nuestra cuenta corriente para comprar un anillo de compromiso. Renunciamos con gusto a placeres que nos obligarían a alejarnos de los que queremos.

La literatura romántica está plagada de historias de vigilias, viajes, pruebas y regalos desmesurados. ¿Por qué? Porque el amor es algo por lo que merece la pena sufrir, incluso el amor terrenal, aunque todo amor sea finito.

El catecismo de la Iglesia nos enseña que «el amor causa el deseo del bien ausente y la esperanza de obtenerlo» (1765). Santo Tomás de Aquino aclara que ese bien ausente, en el caso del amor, es un bien arduo, difícil.

El sufrimiento es un gran favor. Recuerda que todo acaba pronto... y sé valiente. Piensa que nuestro premio es eterno.

SANTA TERESA DE ÁVILA

La gente afronta a diario dificultades a causa del amor. ¡Cuánto, entonces, podremos resistir por el amor verdadero y eterno, el amor que satisface, el amor divino! Si esperásemos obtener algo tan grande como el amor que se les prometió a Abraham, a la bienaventurada Virgen María y a Teresa de Ávila, ¿qué no soportaríamos? ¿El dolor, el sufrimiento, el abandono, las incomprensiones? ¿Ser víctimas del mal? La esperanza nos

hará atravesar todas esas circunstancias, como ha hecho que las atraviesen todos los amigos de Dios. Pudieron superarlas y perseverar porque el amor fue más fuerte que cualquier tormento que se les presentó.

Puede haber momentos difíciles, sí, pero la esperanza dura más. Es una de las tres únicas cosas que permanecen (ver *1 Co 13, 13*).

Para recordar

Los santos y las Escrituras
nos enseñan que las dificultades
no tienen por qué hacernos infelices.

Capítulo 2

¿QUÉ ESPERAMOS?

A los que buscan el Reino y la justicia de Dios, Él les promete darles todo por añadidura. Todo, en efecto, pertenece a Dios: al que posee a Dios, nada le falta, si él mismo no falta a Dios.

SAN CIPRIANO DE CARTAGO

¿Cómo tener esperanza cuando estamos abatidos? No abatidos porque tenemos fiebre y nos duele algo, sino abatidos cuando, por ejemplo, nuestros hogares han sido destruidos y nos han empujado al exilio en Babilonia.

En el corazón de toda miseria hay un deseo no alcanzado.

Deseamos la prosperidad económica, o al menos la estabilidad. Buscamos el alivio para nuestro dolor físico. Queremos que los miembros de nuestra familia cambien, y que nuestros compañeros de trabajo y nuestros vecinos nos traten con respeto. Queremos educar a nuestros hijos en la moralidad, y que lleguen a ser adultos felices.

Sin duda son asuntos importantes, pero ¿son un fin razonable para nuestra esperanza? Desde luego, las Escrituras nos mueven a creer que sí. En la Biblia encontramos a hombres y mujeres que rezan para obtener todo tipo de bienes materiales, y Dios responde a sus peticiones, en apariencia, según lo que solicitan.

¿Por qué, entonces, debemos padecer tiempos de dificultad, a pesar de todas las plegarias que hemos elevado pidiendo auxilio?

La respuesta, tal vez, reside en el objeto de nuestra esperanza. ¿Esperamos —en definitiva— la felicidad terrenal, o tenemos puesta nuestra esperanza en Dios?

La verdadera esperanza busca solo el reino de Dios, y está convencida de que todo lo material que se necesita en esta vida le llegará sin duda... El corazón no encontrará la paz hasta que adquiera esta esperanza.

SAN SERAFÍN DE SAROV

Hace unos pocos años, en América, muchos empezaron a recitar la oración bíblica de Jabez para incrementar su riqueza económica. No obstante, no detecté que en mi ciudad se produjese un incremento equivalente en el número de millonarios. Los ateos se reirán, y afirmarán que no hay un dios que responda a estas súplicas. Para un católico, sin embargo, la respuesta correcta sería afirmar que Dios, en ocasiones, responde a esas plegarias, pero con frecuencia se niega a ellas, según la necesidad principal del que reza.

Las mayores necesidades no son financieras, sino espirituales y la mayor de todas es el amor que satisface. Este amor es siempre un objeto razonable para nuestra esperanza.

En ocasiones, Dios nos concede lo que queremos —incluso dinero— para que aprendamos a confiar en que nos otorgará lo que necesitamos.

Cuando «responde» a las plegarias en términos materiales, esa respuesta no es la definitiva, porque los bienes terrenales no pueden satisfacernos durante mucho tiempo. Los bienes del mundo no conllevan la felicidad como hace el amor; es una lección que aprendemos mirando a nuestro alrededor. No faltan los millonarios abatidos, personas desgraciadas que gozan de una extraordinaria salud, o trabajadores bien pagados y estables que son infelices.

Dios a veces nos concede lo que deseamos para que aprendamos a confiarle aquello que necesitamos.

En ocasiones nos hace falta aprender esta lección experimentando en persona la desgracia en medio del éxito terrenal. En otras ocasiones esta lección nos llega en forma de experiencia personal al fracasar en nuestros modestos objetivos terrenales, a pesar de nuestras ardientes plegarias.

Dios puede responder a todas las peticiones porque es el creador todopoderoso, pero las atiende a su manera porque es nuestro Padre.

Para recordar

Nuestra mayor necesidad
es el amor que satisface.
Solo el amor de Dios satisface.

Capítulo 3

CÓMO AMA EL PADRE

«Danos»: es hermosa la confianza de los hijos que esperan todo de su Padre. (...) Jesús nos enseña esta petición; con ella se glorifica, en efecto, a nuestro Padre reconociendo hasta qué punto es bueno más allá de toda bondad.

CATECISMO
DE LA IGLESIA CATÓLICA, 2828

¿Recuerdas cómo te disgustaba que te castigasen cuando eras pequeño? Tal vez llegaste a pensar que tus padres no te querían. No era culpa tuya si habías incumplido las normas. O puede que lo fuese, pero no era motivo suficiente para que te castigasen. Ahora que somos mayores entendemos lo difícil que resulta disciplinar a los niños. Algunos tenemos hijos, y cuando rompen las reglas sabemos que no podemos dejar que se salgan con la suya.

Pero también sabemos que los castigos les duelen, y no soportamos verlos dolidos. Es lo que ocurre con los niños: en ocasiones lo que es bueno para ellos no les hace sentirse bien, y a nosotros tampoco.

Lo sabemos, pero aun así es fácil de olvidar cuando somos niños. La Epístola a los Hebreos nos recuerda que nosotros somos los niños de Dios.

Hb 12, 5-6

«Habéis echado en olvido la exhortación que como a hijos se os dirige: Hijo mío, no menosprecies la corrección del Señor; ni te desanimes al ser reprendido por él.

Pues a quien ama el Señor, le corrige; y azota a todos los hijos que acoge».

¿Qué significa realmente que seamos hijos de Dios? Lo que quiere decir es que nos ama de verdad, lo suficiente como para tratarnos como un buen padre trata a sus hijos. Nos ama tanto como para castigarnos.

Hb 12, 7-11

«Sufrís para corrección vuestra. Como a hijos os trata Dios, y ¿qué hijo hay a quien su padre no corrige? Mas si quedáis sin corrección, cosa que todos reciben, señal de que sois bastardos y no hijos. Además, teníamos a nuestros padres según la carne, que nos corregían, y les respetábamos. ¿No nos someteremos mejor al Padre

de los espíritus para vivir? ¡Eso que ellos nos corregían según sus luces y para poco tiempo!; mas él, para provecho nuestro, en orden a hacernos partícipes de su santidad.

Cierto que ninguna corrección es de momento agradable, sino penosa; pero luego produce fruto apacible de justicia a los ejercitados en ella».

Estas palabras de la carta a los hebreos nos dicen algo sobre el castigo que nos sorprende, pero también nos consuela. Todos pasamos por épocas difíciles, pero la epístola nos muestra que esos momentos no son signos de la ira de Dios. Al contrario, son signos de su amor.

Si no pasásemos por momentos difíciles, no sabríamos que Dios nos ama.

Cuántas veces nos han dicho exactamente lo mismo nuestros padres. «Lo hago porque te quiero».

«Sí, claro», decimos para nosotros adentro cuando tenemos 8 años. Lo haces porque me odias y quieres que me sienta mal.

Pero ya hemos crecido, ya les decimos eso mismo a nuestros hijos. Es más: sabemos lo cierto que es con cada fibra de nuestro ser.

CASTIGO POR AMOR

Si no quisiésemos a nuestros hijos —si estuviésemos deseando librarnos de ellos—, entonces les dejaríamos hacer lo que les diese la gana. Desde luego no pasaríamos horas intentando que hiciesen los deberes o que ordenasen su cuarto. Nos limitaríamos a concederles una libertad absoluta sin consecuencias. En poco tiempo se habrían caído desde un muro o les habría atropellado un tren, y ya seríamos libres de hacer lo que quisiésemos sin preocuparnos por lo que les pudiese pasar.

Por eso la carta a los hebreos nos dice que los momentos difíciles son los que nos permiten saber que Dios es nuestro padre. Si nos dejase galopar alegremente por la senda de la perdición, no seríamos sus hijos. Seríamos «bastardos», por utilizar el impactante epíteto que se lee en Hebreos. Pero somos de verdad los hijos de Dios, y eso significa que nos quiere tanto como para castigarnos. Es desagradable, tanto como cuando teníamos 8 años y nos mandaban a nuestra habitación en una tarde de verano. Si crees que no se puede comparar eso con los momentos difíciles que atraviesa un adulto, pregúntaselo a un niño de 8 años.

«Me gustaría que todos entendiesen la enorme gracia que Dios, en su misericordia, otorga a aquellos a los que envía sufrimientos (...). Así se purifica el

alma, como el oro en la caldera; sin saberlo, se vuelve radiante y es libre para volar hasta su Bien».

SAN PABLO DE LA CRUZ

La disciplina no es lo mismo que la ira; la disciplina es el castigo de un padre a sus hijos porque no puede dejar de amarles. Cuando leemos los horrores de Israel y Judá, o cuando nos detenemos a considerar los sufrimientos, igualmente horribles, que se producen hoy en el mundo, pensamos en la «ira» de Dios, pero en realidad deberíamos pensar en su amor.

Esto es lo que más cuesta entender de nuestra fe, igual que nos costaba comprender cómo podían castigarnos nuestros padres a causa de su amor. Pero Dios dispone de modos de ayudarnos a entender. Como siempre, puede que no nos gusten, pero al final se los agradeceremos.

La misma disciplina es una razón de esperanza. Prueba que nos ama, como un padre ama a sus hijos. La fe nos permite aceptar lo que nos dice el Padre porque aceptamos su autoridad. La esperanza nos permite confiar en que su palabra se cumple y su cuidado no cesa. Podemos esperar porque tenemos fe.

Para recordar

La disciplina de Dios
es una prueba de su amor paternal.

Capítulo 4

NUESTRA FE A PRUEBA

Abraham estaba firmemente convencido de que aquel que le dijo que «por Isaac llevará tu nombre una descendencia» no mentía.

SAN EFRÉN DE SIRIA

Ya he mencionado la historia de cómo se dijo a Abraham que sacrificase a Isaac, su único hijo, y cómo estaba dispuesto a hacerlo. Fue una prueba para su fe, nos dice el libro del Génesis. Fue también una prueba para su esperanza, y una prueba que superó. San Pablo reflexionó acerca de Abraham: «Esperando contra toda esperanza, creyó y fue hecho padre de muchas naciones». (Rm 4, 18), y todo ello a pesar de no tener hijos, a pesar de su avanzada edad y a pesar de todas las evidencias del mundo.

Para empezar, Isaac era una imposibilidad, un milagro. Era el sueño más irrealizable de Abraham hecho realidad. Y eso era lo que Dios le pedía que abandonase. Cualquier hijo es un milagro especial, pero este no era un hijo cualquiera. Isaac era la realización imposible y milagrosa de todas las promesas que Dios había confiado a Abraham.

Abraham tenía fe en Dios. Puede que no le entendiese, puede que no le gustase, pero sabía que el proceder de Dios era el correcto.

Gn 22, 3-6

«Levantose, pues, Abraham de madrugada, aparejó su asno y tomó consigo a dos mozos y a su hijo Isaac. Partió la leña del holocausto y se puso en marcha hacia el lugar que le había dicho Dios. Al tercer día levantó Abraham los ojos y vio el lugar desde lejos. Entonces dijo Abraham a sus mozos: “Quedaos aquí con el asno. Yo y el muchacho iremos hasta allí, haremos adoración y volveremos donde vosotros”. Tomó Abraham la leña del holocausto, la cargó sobre su hijo Isaac, tomó en su mano el fuego y el cuchillo, y se fueron los dos juntos».

Se ve, por cierto, cómo Isaac carga con la leña para su propio sacrificio. Ya no era un niño pequeño; para entonces era un joven fornido. Solemos olvidarlo, pero los antiguos rabinos judíos y los primeros escritores cristianos eran mucho más conscientes; el sacrificio de Isaac no consistió en que Abraham le atase contra su voluntad. Isaac, joven y fuerte, participó completamente y a sabiendas; de haber intentado escaparse, habría derrotado sin duda a su anciano padre.

Gn 22, 7-8

«Dijo Isaac a su padre Abraham: “¡Padre!”. Respondió: “¿qué hay, hijo?”. — “Aquí está el fuego y la leña, pero ¿dónde está el cordero para el holocausto?”. Dijo Abraham: “Dios proveerá el cordero para el holocausto, hijo mío”. Y siguieron andando los dos juntos».

Hay que detenerse aquí para admirar cómo el experto artista que nos legó la narración mantiene el suspense y plasma el estado emocional de Abraham de un solo golpe. Isaac empieza a elucubrar, sumando 2+2: sabe que van a ofrecer un sacrificio, pero no ve ningún animal. Pudo empezar a sospechar la verdad, pero, si lo hizo, siguió manteniendo su fe en Dios y en su padre Abraham.

Gn 22, 9-14

«Llegados al lugar que le había dicho Dios, construyó allí Abraham el altar, y dispuso la leña; luego ató a Isaac, su hijo, y le puso sobre el ara, encima de la leña. Alargó Abraham la mano y tomó el cuchillo para inmolar a su hijo. Entonces le llamó el ángel de Yahvé desde los cielos diciendo: “¡Abraham, Abraham!”. Él dijo: “Heme aquí”. Dijo el ángel: “No alargues tu mano contra el niño, ni le hagas nada, que ahora ya sé que tú eres temeroso de Dios, ya que no me has negado tu hijo, tu único”.

Levantó Abraham los ojos, miró y vio un carnero trabado en un zarzal por los cuernos. Fue Abraham, tomó el carnero y lo sacrificó en holocausto en lugar de su hijo. Abraham llamó a aquel lugar “Yahvé provee”, de donde se dice hoy en día: “En el monte ‘Yahvé provee’».

La historia tiene un final feliz; para todos los que permanecen fieles al Señor, la historia siempre tiene un final feliz, aunque no es necesario que lo alcancemos a este lado de la sepultura, como le ocurrió a Abraham.

Resultaría fácil afirmar que nuestra fe nunca será puesta a prueba como la de Abraham. Resultaría tan fácil como falso.

LAS PÉRDIDAS SON INEVITABLES

Lo cierto es que a todos se nos pedirá que renunciemos a aquello que ni siquiera habíamos pensado en renunciar.

A todos se nos pedirá renunciar a aquello que ni siquiera habíamos pensado en renunciar.

Una madre, un padre, una esposa, un marido, un hijo... ¿quién de nosotros renunciaría voluntariamente a ellos?

Pues Dios nos lo exigirá, como se lo exigió a Abraham. Antes o después dejaremos atrás a alguno de nuestros seres queridos y cuando termine nuestra vida en la tierra nos separaremos de todos ellos.

¿Por qué? No porque Dios sea cruel o caprichoso, sino porque es necesario, tanto para los que amamos como para nosotros mismos.

Sabemos que el paraíso es nuestro destino, o al menos lo conocemos intelectualmente. Pero nuestro corazón no siempre está en sintonía con nuestra mente, y debemos poseer la fe de Abraham: una fe en la resurrección, nada menos.

Hb 11, 17-19

«Por la fe, Abraham, sometido a la prueba, presentó a Isaac como ofrenda, y el que había recibido las promesas, ofrecía a su unigénito, respecto del cual se le había dicho: Por Isaac tendrás descendencia. Pensaba qué poderoso era Dios aun para resucitar de entre los muertos. Por eso lo recobró para que Isaac fuera también figura».

Dios había prometido a Abraham que Isaac continuaría su linaje; después Dios pareció contradecirse. Es cierto que Dios no promete nada que no cumpla... pero sus promesas no tienen por qué realizarse en esta vida. Dios prueba nuestra fe como probó la de Abraham.

Hoy, al escuchar que «Dios puso a prueba a Abraham», seguramente nos imaginemos a Dios como a uno de esos maestros de escuela que, con malicia, preguntan de repente algo al azar porque piensan que no estábamos atentos.

Dios no nos pone a prueba de este modo.

Una de las cualidades del ser omnisciente es que conoce de antemano el corazón de todo hombre y mujer. Dios conoce nuestra fe; no le hace falta elaborar complejos experimentos para contrastarla.

«No te retuerzas bajo el martillo que te golpea. Mira el cincel que te pule y la mano que te da forma. El hábil y amoroso arquitecto puede querer hacer de ti una de las piedras fundamentales de su edificio eterno, y la escultura más bella de su reino. Déjale hacer. Te ama. Sabe lo que está haciendo. Tiene experiencia. Todos sus golpes son certeros, directos y amorosos. Nunca falla, a no ser que se lo impidas por tu impaciencia».

SAN LUIS DE MONTFORT

Sin embargo nosotros no conocemos nuestra fe. Cuando un profesor examina, quiere averiguar cuánto sabemos. Dios lo sabe todo, y nos pone a prueba para que averigüemos cosas de nosotros mismos que desconocíamos. Las pruebas nos confrontan con nuestra debilidad y nos otorgan una mayor conciencia de nuestra necesidad de la fuerza de Dios.

Por eso incluso las épocas difíciles son buenas. De hecho, podríamos afirmar que las épocas más difíciles son las mejores.

LA DISCIPLINA NO ES UN CASTIGO

La realidad es que Dios no nos castiga con momentos difíciles; nos corrige con esos momentos. La diferencia es grande.

Dios castiga permitiendo a las personas que tengan todo lo que quieren (vid. *Rm* 1, 18-28). Si ves a alguien que parece prosperar en la maldad, probablemente sea una persona que ha dado la espalda de tal modo a Dios que nada podría hacerle volver. No le queda más que seguir el ancho y placentero camino que lleva directamente al infierno (vid. *Mt* 7, 13).

Aquí tienes la respuesta de por qué con frecuencia a los malvados les va bien mientras los virtuosos sufren; Dios quiere tanto a los virtuosos como para corregirles, sabiendo que esa disciplina les llevará de nuevo a él cuando se desvíen.

La disciplina puede parecer dura, pero eso es porque nuestro punto de vista humano interfiere. Como cristianos debemos acostumbrarnos a verlo todo a largo plazo, con una visión desde el punto de vista cristiano.

Si Dios permite que sufras mucho, eso es un signo de que tiene grandes designios para ti y de que pretende hacer de ti un santo.

SAN IGNACIO DE LOYOLA

Si realmente creemos aquello que decimos que creemos, entonces nuestra vida en la tierra es solo una pequeña parte de toda nuestra vida. Da igual lo doloroso que nos resulte lo que nos ocurra aquí; debemos tener presente el paraíso. Si lo hacemos, nos daremos cuenta de que nuestras peores pesadillas son solo unas molestias temporales. Incluso la muerte —incluso la peor de las muertes— no es el final. Aquello que más tememos se alza entre nosotros y el paraíso, pero sabemos que podremos resistirlo para alcanzar el otro lado.

Eso no significa que no nos duela, ni hace que los momentos difíciles sean menos difíciles. He aquí un secreto que tal vez no te contaron en catequesis: cuando llegan los momentos duros, a veces hasta los santos protestan.

Para recordar

Todo amor requiere sacrificios.

Capítulo 5

PROTESTAR A DIOS

Obedeció a su Señor, pero protestando. No era un santo de los de escayola.

PHYLLIS MCGINLEY
SOBRE SAN JERÓNIMO

El libro más grande de la Biblia es el de los Salmos, con el que reza la gente de Dios. Está repleto de himnos para cada ocasión; para la liturgia, para las devociones privadas, para cualquier pena y alegría de las que está llena la vida del hombre.

Si nos da por extraer estadísticas, he aquí una en la que no solemos pararnos a reflexionar: más del 40% de los salmos son cantos de «protesta» o de lamento. Casi la mitad.

Nos sorprende. Más aún, nos deja sin palabras. ¿Quién se atreve a protestarle a Dios?

En realidad quejarse a Dios es uno de los privilegios de ser sus hijos. Pero es necesario comprender la diferencia entre quejarse y refunfuñar. Lo que hacían los israelitas en el desierto era refunfuñar. Se quejaron de Dios, no ante Dios. De hecho, estuvieron dispuestos a prenderle fuego y fundir otro dios que les gustase más; por eso pidieron a Aarón que moldeara un becerro de oro.

Quejarse no es lo mismo que refunfuñar o murmurar.

Las consecuencias de la murmuración pueden ser nefastas. San Pablo recordó a sus amigos corintios lo que les ocurrió a los israelitas rebeldes en el desierto:

«Ni tentemos al Señor como algunos de ellos le tentaron y perecieron víctimas de las serpientes. Ni murmuréis como algunos de ellos murmuraron y perecieron bajo el Exterminador. Todo esto les acontecía en figura, y fue escrito para aviso de los que hemos llegado a la plenitud de los tiempos».

1 Co 10, 9-11

LA LETANÍA DE LOS SALMOS

Refunfuñar —quejarse de Dios— está mal. Pero quejarse a Dios es algo diferente. Si te quejas a alguien, es porque asumes que esa persona se preocupa por ti.

Sal 102, 3-4

«No ocultes lejos de mí tu rostro el día de mi angustia; tiende hacia mí tu oído, ¡el día en que te invoco, presto, respóndeme! Pues mis días en humo se disipan, mis huesos arden lo mismo que un brasero».

El poeta, que se identifica solo como «el afligido», se queja a Dios de su aflicción. Pero se queja, no porque piense que Dios gestiona el universo de forma chapucera, sino porque cree que Dios puede intervenir en sus problemas. Y a causa de esta creencia resiste con una esperanza razonable.

Sal 102, 16-17

«Y temerán las naciones el nombre de Yahvé, y todos los reyes de la tierra, tu gloria; cuando Yahvé reconstruya a Sión, y aparezca en su gloria».

Una fe así aparece incluso en los salmos más tristes. El más conocido de todos los salmos en tono de queja, desde luego, es el 22, que el mismo Cristo recitó justo antes de morir en la cruz.

Sal 22

«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?, ¡lejos de mi salvación la voz de mis rugidos!

Dios mío, de día clamo, y no respondes, también de noche, no hay silencio para mí».

Hasta aquí se presenta muy sombrío, pero David —al que se atribuye este salmo— no se extiende más sin expresar su confianza en Dios:

«¡Mas tú eres el Santo, que moras en las laudes de Israel!

En ti esperaron nuestros padres, esperaron y tú los liberaste; a ti clamaron, y salieron salvos, en ti esperaron, y nunca quedaron confundidos».

Esa confianza no hace que los problemas reales desaparezcan, y apenas facilita sobrellevarlos:

«Y yo, gusano, que no hombre, vergüenza del vulgo, asco del pueblo, todos los que me ven de mí se mofan, tuercen los labios, menean la cabeza: “Se confió a Yahvé, ¡pues que él le libre, que le salve, puesto que le ama!”».

Aun así David sabe que Dios le ha guardado durante toda su vida, y toda su esperanza se fundamenta en la fe en que Dios no le ha olvidado, a pesar de las apariencias.

«Sí, tú del vientre me sacaste, me diste confianza a los pechos de mi madre; a ti fui entregado cuando salí del seno, desde el vientre de mi madre eres tú mi Dios».

No vemos a alguien rebelándose contra su rey. Vemos a un hijo rogando a su Padre que le ayude. Por eso son tan maravillosos los salmos de protesta; nos dan esa libertad para acceder a Dios como a un Padre, al modo de los niños.

EN EL PAPEL DE DIOS

«Si yo fuese padre» —afirmamos quejándonos como nuestros hijos se quejan ante nosotros—, «si yo fuese padre, no sometería a mis hijos a lo que tú nos sometes». Pero no es así como termina el salmista. A pesar de sus protestas, finaliza expresando su fe en Dios: «No sometería a mis hijos a lo que tú nos sometes. Pero tú eres un padre mejor de lo que yo podría ser jamás. Eres más fuerte, más sabio y más amoroso que yo».

No puedes finalizar con una queja, porque, si no, tú mismo te harás sentir abandonado. Lamentarte no hará que te sientas bien, a no ser que vayas más allá. Necesitas un acto de fe.

Cientos de años antes de la resurrección de Jesús, los salmistas sabían que sus protestas no estarían completas hasta que expresasen su fe y esperanza, hasta que manifestasen su confianza en que, a pesar de las grandes dificultades y de lo insoportable de su dolor, Dios seguiría acudiendo finalmente en su auxilio.

Por lo tanto no deberíamos temer acudir a Dios con protestas al rezar, pero sin detenernos ahí. Es necesario tener en cuenta los actos de fe y esperanza.

Para mí la oración es un impulso para el corazón, una mirada al paraíso, un grito de gratitud y amor expresado en las alegrías y en las penas; en una palabra, algo noble y sobrenatural que engrandece mi alma y la une a Dios.

SANTA TERESA DE LISIEUX

Los salmistas sabían —y nosotros no nos podemos permitir olvidarlo— que Dios ha pasado miles de años mostrando al mundo una y otra vez que de los mayores males hace brotar los mayores bienes. Es lo que ocurrió con la crucifixión de Jesús, el pecado más

horrible que cometió la humanidad contra Dios, pero que trajo el mayor bien, nuestra salvación.

¿Por qué? ¿Por qué en ocasiones es necesario un gran mal para obtener un bien mayor? ¿No podría Dios ser más atento y obtener un gran bien de algo bueno de por sí, por ejemplo?

Como ocurre con frecuencia, san Pablo nos da una respuesta; resulta que lo que creemos que es un «bien» para nosotros no es necesariamente bueno.

Para recordar

Está bien quejarse a Dios.

Él lo acoge.

Capítulo 6

FUERZA EN LA DEBILIDAD

«Agustín ilustró de forma muy bella la relación íntima entre oración y esperanza en una homilía sobre la Primera Carta de san Juan. Él define la oración como un ejercicio del deseo. El hombre ha sido creado para una gran realidad, para Dios mismo, para ser colmado por Él. Pero su corazón es demasiado pequeño para la gran realidad que se le entrega. Tiene que ser ensanchado. Dios, retardando [su don], ensancha el deseo; con el deseo, ensancha el alma y, ensanchándola, la hace capaz [de su don]».

BENEDICTO XVI,
SPE SALVI, 33

Siempre que atravesemos dificultades deberíamos recordar que Dios nos enseñó a rezar sin desfallecer.

Lc 11, 5-8

«Les dijo también: “Si uno de vosotros tiene un amigo y, acudiendo a él a medianoche, le dice: ‘Amigo, préstame tres panes, porque ha llegado de viaje a mi casa un amigo mío y no tengo qué ofrecerle’, y aquel, desde dentro, le responde: ‘No me molestes; la puerta ya está cerrada, y mis hijos y yo estamos acostados; no puedo levantarme a dártelos’, os aseguro que, si no se levanta a dárselos por ser su amigo, al menos se levantará por su importunidad, y le dará cuanto necesite”».

La imagen tiene gracia; deberíamos perseverar en nuestras peticiones a Dios, porque terminará por concedérnoslas, ¡aunque sea para que nos callemos!

La clave está, por supuesto, en que Dios nos concede lo que necesitamos, que no es siempre lo que queremos. De hecho algunas veces lo que necesitamos es justo lo contrario.

Esto se cumplió incluso en el caso del propio Jesús, porque ni siquiera Él obtuvo siempre lo que pidió. Recordemos la oración en el huerto de Getsemaní.

Lc 22, 39-46

«Salió y, como de costumbre, fue al monte de los Olivos, y los discípulos le siguieron. Llegado al lugar les dijo: “Pedid que no caigáis en tentación”. Y se apartó

de ellos como un tiro de piedra, y puesto de rodillas oraba diciendo: “Padre, si quieres, aparta de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya”. Entonces se le apareció un ángel venido del cielo que le confortaba. Y, sumido en agonía, insistía más en su oración. Su sudor se hizo como gotas espesas de sangre que caían en tierra. Levantándose de la oración, vino donde los discípulos y los encontró dormidos por la tristeza; y les dijo: “¿Cómo es que estáis dormidos? Levantaos y orad para que no caigáis en tentación”».

No se apartaría de Él ese cáliz, pero Jesús tenía suficiente fe, y sabía lo suficiente, como para añadir la última frase: «pero no se haga mi voluntad, sino la tuya».

Jesús tuvo también la presencia de ánimo para indicar a sus discípulos que pidiesen aquello que necesitaban en realidad; lo que querían era mantener a Jesús lejos de las autoridades, que deseaban su muerte. Lo que necesitaban era ser capaces de soportar las siguientes 24 horas sin abandonarle.

¿NOS ESCUCHA DIOS?

Siempre que recemos pidiendo una curación, o la resolución de un problema, deberíamos recordar cómo oró Jesús: «Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya». Siempre que nos tiente quejarnos de que Dios no responde a nuestras plegarias, deberíamos recordar la oración de Jesús en Getsemaní; obtuvo una respuesta, pero esa respuesta fue «no». Fue la que tenía que ser.

Pablo vivió la misma experiencia.

2 Co 12, 7-10

«Y por eso, para que no me engría con la sublimidad de esas revelaciones, fue dado un aguijón a mi carne, un ángel de Satanás que me abofetea para que no me engría. Por este motivo tres veces rogué al Señor que se alejase de mí. Pero él me dijo: “Mi gracia te basta, que mi fuerza se muestra perfecta en la flaqueza”. Por tanto, con sumo gusto seguiré gloriándome sobre todo en mis flaquezas, para que habite en mí la fuerza de Cristo. Por eso me complazco en mis flaquezas, en las injurias, en las necesidades, en las persecuciones y las angustias sufridas por Cristo; pues, cuando estoy débil, entonces es cuando soy fuerte».

También aquí san Pablo —que tuvo tanta fe como para expandir la Iglesia a lo largo del noreste del Impero Romano, y en la misma Roma— pide algo concreto, y la respuesta es «no».

No sabemos cuál era ese «aguijón» de san Pablo. Pudo ser cualquier cosa; problemas de espalda, gota, jaquecas, incluso una constante tentación contra la que luchar. Es probable que los corintios lo supiesen; conocían a Pablo en persona y tal vez le habían oído quejarse. Por la forma de escribirles se puede suponer que sabían a qué se estaba refiriendo.

Fuese lo que fuese, le inquietaba tanto como para pedir tres veces al Señor que le librase. Pero no lo hizo.

No fue a causa de su falta de fe, afirma; fue porque Dios tenía motivos para aquel dolor, el que fuese. San Pablo cree que ese padecimiento físico, ese recordatorio constante de su mortalidad es lo que evita que se «engría». Mantiene a raya a su soberbia. Al fin y al cabo, tenía motivos para enorgullecerse: las iglesias de casi todas las principales ciudades de Asia y Grecia le tenían por fundador y podría afirmar que había hecho más por propagar la Palabra que el mismo Pedro.

San Pablo dedica buena parte de su segunda carta a los corintios a enumerar sus logros, no por orgullo, sino porque los propios corintios le empujan a hacerlo. Algunos de ellos habían puesto en entredicho su autoridad como discípulo, y era preciso que les mostrase cómo Cristo le había otorgado esa facultad.

«No que por nosotros mismos seamos capaces de atribuirnos cosa alguna, como propia nuestra, sino que nuestra capacidad viene de Dios» (2 Co 3, 5).

Pablo les trae a la memoria lo que ya deberían saber sobre él: las pruebas que ha sufrido y todo lo que ha logrado. Tenía mucho de lo que enorgullecerse, pero ese orgullo habría sido letal para su misión. En el mismo instante en el que se hubiese atribuido los méritos a sí mismo y no a Dios, habría perdido la mirada constante hacia Cristo que había posibilitado su misión.

Siempre que nos sintamos tentados de quejarnos de que Dios no atiende a nuestras súplicas deberíamos recordar la experiencia de Jesús y de san Pablo.

Por eso, afirma Pablo, es por lo que padece ese «aguijón», ese recordatorio de que por sí mismo es débil. Cuando rogó para verse libre de él, la respuesta fue negativa. En su lugar, el Señor le dijo: «Mi gracia te basta, porque mi fuerza se muestra perfecta en la flaqueza».

LA GRACIA BAJO PRESIÓN

Los grandes logros no fueron de san Pablo, sino de Cristo.

El Señor le dio fuerzas para cumplirlos, no a pesar de su debilidad, sino precisamente por ella. Por eso san Pablo solo se «engría» en su flaqueza:

2 Co 4, 7-11

«Pero llevamos este tesoro en recipientes de barro para que aparezca que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no de nosotros. Atribulados en todo, mas no aplastados; perplejos, mas no desesperados; perseguidos, mas no abandonados; derribados, mas no aniquilados. Llevamos siempre en nuestros cuerpos por todas partes el morir de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. Pues, aunque vivimos, nos vemos continuamente entregados a la muerte por causa de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal».

La gracia es una potestad divina, y no solo un favor inmerecido. Dios se compadece de nosotros pero también nos fortalece en medio de nuestra debilidad y nuestras fracturas. Solo cuando dejamos de confiar en nuestras propias fuerzas podemos descubrir que la fortaleza de Dios siempre nos acompaña. Aquellos que creen que son ellos los que se mantienen en pie harían mejor en tenerlo en cuenta antes de caer: nuestro mayor problema no es el sufrimiento, sino el orgullo. En ocasiones el dolor nos ayuda a superar nuestra soberbia y entonces ese sufrimiento —aunque siga costando— es positivo.

Por el tierno amor que nuestro buen Señor tiene a todos aquellos a los que salvará, nos reconforta dulce y prontamente asegurándonos que «es cierto que el pecado es la causa de todos los males, pero todo irá bien, todo irá bien, y todo estará bien».

SANTA JULIANA DE NORWICH

De hecho, san Pablo fue más lejos aún, llegando a celebrar sus sufrimientos. En una ocasión escribió:

«Más aún; nos gloriamos hasta en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación engendra la paciencia; la paciencia, virtud probada; la virtud probada, esperanza, y *la esperanza no falla*, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado».

(RM 5, 3-5)

No nos debería sorprender que nuestra fe sea sometida a examen, como la de san Pablo y la de Abraham. Pero ya conocemos las respuestas de esa prueba; si confiamos solo en nuestras fuerzas, fracasaremos. Si confiamos en la fortaleza de Dios, nada podrá detenernos.

Dios no quiere que nos limitemos a resignarnos; no nos dejará para siempre

estancados en la dificultad y nos enseña la vía de escape.

¿Cómo podemos estar seguros? Contamos con la garantía de un Dios todopoderoso y con sus promesas. Es un seguro sagrado para los que tienen fe. La esperanza es, según la definición clásica, la certeza de la felicidad futura. Como dijo san Pablo: «Yo sé bien en quién tengo puesta mi fe, y estoy convencido de que es poderoso para guardar mi depósito hasta aquel día» (2 *Tm* 1, 12).

Santo Tomás de Aquino, uno de los hombres más santos y más inteligentes de la historia, confió tanto como para arriesgar toda su vida: al igual que nosotros, tenía todos los motivos para albergar esa certeza y esa garantía sagrada de salvación: «La esperanza no se basa principalmente en la gracia ya recibida, sino en la omnipotencia y misericordia de Dios... Todo el que tiene fe tiene la certeza de que Dios es omnipotente y misericordioso».

Para recordar

El poder de Dios
es más evidente en nuestros momentos
de debilidad.

Capítulo 7

LA VÍA DE ESCAPE

«Mi refugio y mi escudo eres tú, yo espero en tu palabra».

SALMO 119, 114

Aunque con la vista puesta en la gloria divina, san Pablo sabía que debía sufrir mientras viviese «en la carne» (*Ga 2, 20*), y que moriría (*Flp 1, 23*). Para los que no atesoramos los elevados dones teológicos de san Pablo, el sufrimiento y la muerte son profundos misterios. Sabemos que entraron en el mundo por el pecado (*Rm 5, 12*), pero también creemos que Dios nos liberó del poder del pecado y de la muerte (*Rm 8, 2*). Siendo así, ¿por qué debemos sufrir las pérdidas y morir?

Pablo sabía que el mismo Jesucristo había sufrido, no como sustituto de una humanidad pecadora, sino como su representante. De esta forma la pasión salvífica de Cristo no nos ahorró el sufrimiento, pero lo revistió de poder divino y de valor redentor.

San Pablo pudo incluso «regocijarse» en sus padecimientos, «Más aún; nos gloriamos hasta en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación engendra la paciencia; la paciencia, virtud probada; la virtud probada, esperanza, y la esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (*Rm 5, 3-5*).

«La vida desciende para hacerse matar; el pan desciende para tener hambre; el camino desciende para fatigarse andando; la fuente desciende para sentir la sed; y ¿tú vas a negarte a sufrir?».

SAN AGUSTÍN DE HIPONA

San Pablo nos legó la clave del sufrimiento: «Porque estimo que los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que se ha de manifestar en nosotros» (*Rm 8, 18*). Por medio del espíritu somos hijos de Dios —«hijos en el Hijo», según la expresión clásica de los Padres—. Y Dios da a sus hijos todo lo que tiene, incluida la participación en su naturaleza divina (*2 P 1, 4*). Pero a su Hijo no le evitó el sufrimiento, sino que este fue una parte central en la misión de Jesús como redentor. Del mismo modo está en nosotros, como participación en su vida y misión.

Por lo tanto el sufrimiento no es una sección optativa en la vida cristiana. Recordemos lo que nos dijo san Pablo: «Y, si hijos, también herederos: herederos de Dios y coherederos de Cristo, ya que sufrimos con él, para ser también con él

glorificados» (*Rm* 8, 16-17). Sin sufrimiento no hay gloria.

Podemos soportar el sufrimiento porque es una nadería comparado con la alegría que nos aguarda; podemos resistirlo porque Dios está de nuestro lado.

LA ÚNICA VÍA DE ESCAPE

Lo que no podemos hacer es resistirlo por nuestra cuenta. Necesitamos ayuda.

1 Co 10, 12-13

«Así pues, el que crea estar en pie, mire no caiga. No habéis sufrido tentación superior a la medida humana. Y fiel es Dios que no permitirá seáis tentados sobre vuestras fuerzas. Antes bien, con la tentación os dará modo de poderla resistir con éxito».

Eso sí: esta resistencia no quiere decir que podamos evitar la prueba. No, nuestra vía de escape nos conduce directamente hacia la llama; por eso san Pablo afirma que Dios «con la tentación os dará modo de poderla resistir con éxito». Sea lo que sea lo que nos acucia, debemos resistirlo. Debemos sufrir esa tentación, esa pérdida, ese dolor, y superarlo.

Pero Dios también nos promete que podremos hacerlo, si aprendemos que somos débiles y necesitados. No somos capaces de superar las pruebas solos, pero, si estamos dispuestos a apoyarnos en el Señor —algo que con frecuencia no aprendemos hasta que nos quedamos sin ningún otro soporte—, entonces Él nos conducirá a través de las tinieblas hasta la luz, al otro lado. Nos ofrece la ruta para escapar: los sacramentos.

Los sacramentos nos unen con Cristo; hacen que nuestro sufrimiento se incorpore al de Cristo. El mismo Pablo relaciona ambos; tras prometer a sus lectores el «modo de resistir», en las líneas inmediatamente posteriores traza el mapa de la vía de escape, urgiéndoles a repudiar la adoración a los ídolos por la verdadera adoración —la eucarística—. ¡Esa es la ruta de escape!

«La copa de bendición que bendecimos, ¿no es acaso comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo?» (*1 Co* 10, 16). Cuando comemos el pan y bebemos el vino, el cuerpo y la sangre de Cristo pasan a formar parte de nuestro cuerpo, y adquirimos la fuerza para sobrellevar el sufrimiento del mismo modo en que Cristo lo hizo.

Superamos las pruebas que se alzan ante nosotros —tan duras como se presenten— porque poseemos el cuerpo que padeció la prueba más exigente de todas.

Dios es fiel, afirma san Pablo, y nos dará el modo de poder resistir la tentación

con éxito.

«Con Cristo estoy crucificado: y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí; la vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí».

GA 2, 20

Aquí es donde los caminos de Dios y los caminos del mundo difieren absolutamente. El mundo nos ofrece también vías de escape. De hecho lo hace sin cesar, y prometiendo siempre que, tomando ese rumbo, se acabará para siempre el sufrimiento.

El alcohol, el sexo, las drogas; es fácil verlas como evasiones. Provocan que el dolor se evapore y que nos sintamos bien de nuevo. Al menos durante un tiempo.

Sin la Sagrada Eucaristía no habría felicidad en el mundo y la vida sería insoportable.

SAN JUAN MARÍA VIANNEY

Por su parte, la Iglesia se limita a prometernos que, aunque todos suframos, contaremos con la fortaleza para sobrellevarlo. No es una oferta demasiado tentadora, y lo sería menos si desconociésemos la meta de los momentos difíciles. Las épocas de padecimiento nos acercan a Dios y nos asemejan a su Hijo, y eso es algo que no pueden ofrecer las rutas de escape que nos ofrece el mundo. Estas salidas nos empujan alegremente por la senda de la perdición, alejándonos de Dios hasta que nada puede hacernos volver a Él.

Para recordar

Los sacramentos
nos proporcionan la vía de escape
a nuestros problemas.

Capítulo 8

EL TOQUE DE LA CRUZ

Cada vez que en esta carne mía pecadora trazo la señal de la cruz, todos los buenos pensamientos se agitan en mí, y se despierta la aletargada fuerza divina; hasta allí se eleva el coraje, alto y verdadero, para sufrir y para hacer.

BEATO JOHN HENRY NEWMAN,
«EL SIGNO DE LA CRUZ»

Cuando Cristo murió en la cruz no hizo desaparecer el dolor, sino que revistió a nuestros padecimientos y luchas de un significado santo y de un poder redentor que convierten en un privilegio nuestros sufrimientos con Cristo.

La cruz de Jesús otorga dignidad incluso a las leves incomodidades de nuestras vidas; cuando unimos nuestros problemas —grandes o pequeños— al sufrimiento de Cristo, participamos en la redención del mundo y nos volvemos plenamente humanos. Somos héroes y somos divinos porque nos asemejamos a Cristo, aunque nadie se dé cuenta.

El efecto de la Cruz es como el del rey Midas, que eleva hasta el infinito el valor de lo que bendice. Así lo expresó el gran autor espiritual carmelita Gabriel de Santa María Magdalena:

«Jesús afirma que nuestros sufrimientos son una cruz porque esa palabra significa instrumento de salvación, y Él no quiere que nuestros padecimientos sean estériles, sino que se conviertan en una cruz, esto es, en un medio para elevar y santificar nuestras almas. Todo sufrimiento se transforma, se convierte en una cruz si la aceptamos como venida de las manos del salvador y nos aferramos a su voluntad, que transforma ese dolor para nuestro crecimiento espiritual. Esto, que es cierto para los grandes sufrimientos, también lo es para los pequeños; todos forman parte del plan divino y todos, hasta los más insignificantes, han sido predispuestos por Dios desde la eternidad para nuestra santificación».

El efecto de la Cruz es como el del rey Midas, que eleva hasta el infinito el valor de lo que bendice.

Cuando vengan los momentos de dificultad, comencemos nuestras oraciones con la señal de la cruz y recordemos que Dios nos ama. Bendigamos nuestro sufrimiento con la señal sagrada, volviéndolo santo.

Debemos aguardar la curación de todas nuestras heridas por la señal de la cruz.

SAN MÁXIMO DE TURÍN

Para adquirir la fortaleza necesaria para resistir, nos volvemos hacia la Cruz y hacia los sacramentos. También podemos protestar al Señor, pero conservando siempre la fe.

Dios no abandonó a David, a pesar del cariz que habían tomado sus problemas en el Salmo 22. Dios no abandonó a su Hijo en la cruz, aunque todo pareciese infinitamente espantoso. Tampoco nos abandonará a nosotros.

Las pruebas son duras, pero no suponen nada si se comparan con la gloria que nos espera. Lo soportaremos; Dios nos otorgará la fortaleza, y podemos regocijarnos con la certeza de que sufrimos durante unos instantes con Cristo, de tal modo que podamos acompañarle para siempre en la gloria.

Para recordar

Nuestros sufrimientos
poseen dignidad porque son cruces,
y por tanto son de Cristo.

UN ACTO DE ESPERANZA

Oh Dios mío, confiando en tu omnipotencia e infinita misericordia y en tus promesas, espero obtener el perdón por mis pecados, el auxilio de tu gracia y la vida eterna, por los méritos de Jesucristo, mi Señor y Redentor.

Amén.

Índice

1. ¿Así tratas a tus amigos?
 2. ¿Qué esperamos?
 3. Cómo ama el Padre
 4. Nuestra fe a prueba
 5. Protestar a Dios
 6. Fuerza en la debilidad
 7. La vía de escape
 8. El toque de la cruz
- Un acto de esperanza

Index

1. ¿Así tratas a tus amigos?	5
2. ¿Qué esperamos?	8
3. Cómo ama el padre	10
4. Nuestra fe a prueba	13
5. Protestar a Dios	18
6. Fuerza en la debilidad	22
7. La vía de escape	27
8. El toque de la cruz	30
Un acto de esperanza	32
Índice	33

DR. AUGUSTO CURY

Más de 4 millones vendidos

Análisis de la Inteligencia de Cristo

El Maestro *de* maestros

*Jesús, el más grande de
todos los tiempos.*



Yo, _____
dedico este libro a _____:

Que el «Maestro de maestros» le enseñe que en las fallas y lágrimas se talla la sabiduría.

Que el «Maestro de las emociones» le enseñe a contemplar las cosas sencillas y a navegar en las aguas de los sentimientos.

Que el «Maestro de la vida» le enseñe a no tener miedo de vivir y a superar los momentos más difíciles de su historia.

Que el «Maestro del amor» le enseñe que la vida es el espectáculo más grande en el teatro de la existencia.

Que el «Maestro inolvidable» le enseñe que los débiles juzgan y desisten, mientras los fuertes comprenden y tienen esperanza.

No somos perfectos. Decepciones, frustraciones y pérdidas siempre ocurrirán.

Después de la noche más larga surgirá el amanecer más bello. Espérela.

DR. AUGUSTO CURY

Análisis de la Inteligencia de Cristo

El Maestro

de

maestros

*Jesús, el educador más grande
de todos los tiempos*



GRUPO NELSON
Una división de Thomas Nelson Publishers
Desde 1798

NASHVILLE DALLAS MÉXICO DF. RIO DE JANEIRO BEIJING

© 2008 por Dr. Augusto Cury
publicado en Nashville, Tennessee, Estados Unidos de América.
Grupo Nelson, Inc. es una subsidiaria que pertenece
completamente a Thomas Nelson, Inc.
Grupo Nelson es una marca registrada de Thomas Nelson, Inc.
www.gruponelson.com

Título en portugués: *O Mestre dos Mestres*

© 2006 por Augusto Jorge Cury
publicado por GMT Editores Ltda.
Rio de Janeiro, Brasil

Todos los derechos reservados. Ninguna porción de este libro podrá ser reproducida, almacenada en algún sistema de recuperación, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio —mecánicos, fotocopias, grabación u otro — excepto por citas breves en revistas impresas, sin la autorización previa por escrito de la editorial.

A menos que se especifique lo contrario, las citas bíblicas usadas son de la Santa Biblia, Versión Reina-Valera 1960
© 1960 por Sociedades Bíblicas en América Latina, © renovado 1988 por Sociedades Bíblicas Unidas. Usadas con permiso.

Traducción: *Maria Fernanda Oliveira*

Adaptación del diseño al español: www.blomerus.org

ISBN: 978-1-60255-123-7

Impreso en Estados Unidos de América

08 09 10 11 12 BTY 9 8 7 6 5 4 3 2 1

Él dividió la historia de la humanidad.
Ahora la psicología va a analizar
su intrigante inteligencia...

Contenido

[Prefacio](#)

[Capítulo 1](#)

[Características intrigantes de la inteligencia de Cristo](#)

[Capítulo 2](#)

[Jesucristo: ¿un personaje real o imaginario?](#)

[Capítulo 3](#)

[La timidez y la omisión de la ciencia en investigar la inteligencia de Cristo](#)

[Capítulo 4](#)

[Si Cristo viviera hoy día, revolucionaría los fundamentos de la psiquiatría y de la psicología](#)

[Capítulo 5](#)

[Cristo perturbaría el sistema político](#)

[Capítulo 6](#)

[El discurso de Cristo dejaría a la medicina actual atónita produciendo la mayor crisis existencial del ser humano](#)

[Capítulo 7](#)

[Un proyecto audaz: el público y el ambiente](#)

[Capítulo 8](#)

[Despertando la sed de aprender y liberando la inteligencia](#)

[Capítulo 9](#)

[Invirtiendo en sabiduría frente a los inviernos de la vida](#)

[Capítulo 10](#)

[Un narrador de historias que sabía trabajar con las habilidades de la memoria y estimular el arte de pensar](#)

[Capítulo 11](#)

[Superando la soledad: haciendo amigos](#)

[Capítulo 12](#)

[Preservando la unidad y enseñando el arte de amar](#)

[Capítulo 13](#)

[Introduciendo las funciones más importantes de la inteligencia](#)

[Acerca del autor](#)

Prefacio

Nada es tan fascinante como penetrar en el mundo inaccesible de la mente o de la psique. Dentro de cada ser humano hay un mapa a ser recorrido con sutilezas, momentos de alegría, períodos de sufrimiento, golpes de osadía, tiempos de retroceso, pensamientos que transmiten tranquilidad, ideas que producen perturbación.

A lo largo de más de veinte años he venido desarrollando una nueva teoría psicológica y también filosófica, llamada inteligencia multifocal, que estudia por lo menos cinco grandes áreas del funcionamiento de la mente.

1. El proceso de construcción del pensamiento.
2. El proceso de organización de la consciencia existencial y de la estructuración del Yo.
3. Los papeles conscientes e inconscientes de la memoria y la formación de la historia intrapsíquica.
4. El proceso de transformación de la emoción.
5. El proceso de la interpretación y de la formación del pensamiento.

Después de desarrollar los conceptos básicos de esa teoría, me lancé a una de las más desafiantes pesquisas psicológicas; descubrir por qué algunas personas lograron romper la cárcel del tedio, accionaron el arte de pensar y expandieron su propia inteligencia. Después de estudiar el perfil psicológico de algunos pensadores como Nietzsche, Freud y Einstein, decidí investigar la inteligencia de aquél que dividió la historia: Jesucristo. En la introducción de este libro comento algunos de los grandes desafíos y algunas de las inmensas limitaciones que enfrenté en esa jornada.

A causa de mi origen multirracial (italojudía, española y árabe), por ser un psiquiatra, un pesquisador de la mente humana, y por haber sido uno de los más ardientes ateos que ya pisaron en este mundo, estudiar los enigmas de la mente de Jesucristo fue y aún es para mí un proyecto espectacular.

Muchas preguntas de cuño científico y no teológico llenaron mis pensamientos durante los años del análisis: ¿Fue Cristo real?, ¿o fruto de la imaginación de algunos galileos? Si no hubiera realizado ningún acto sobrenatural, ¿hubiera dividido la historia? ¿Cómo abría las ventanas de la mente de los discípulos y los estimulaba a desarrollar las funciones más importantes de la inteligencia? ¿Cómo coordinaba sus pensamientos y sus reacciones emocionales en las situaciones de estrés? ¿Alguien en la historia demostró pensamientos semejantes a los de él? ¿Cuáles son las dimensiones e implicaciones psicológicas y filosóficas de sus ideas? ¿Qué ha perdido la ciencia y la sociedad por no haber estudiado su personalidad?

Contestar a esas preguntas, aunque parcialmente, es fundamental para la humanidad. Jesús fue el personaje más complejo y enigmático que vivió en este misterioso teatro de la existencia.

Su comportamiento, palabras, capacidad de protegerse en los momentos de estrés, y la habilidad de liberar su imaginación con la delicadeza de su arte de pensar, aplicada a situaciones donde por cierto reaccionaríamos agresiva o tímidamente, dejan perplejo a cualquier profesional o científico que se disponga a estudiarlo con profundidad: psiquiatras, psicólogos, científicos de la educación y sociólogos. Es lo que pretendo comprobar.

Estudiar la mente de Jesucristo es incomparablemente más complejo que estudiar la mente de cualquier pensador de la psicología o de la filosofía. El resultado de esos años de estudio es una colección de cinco libros que escribí buscando explicar los varios aspectos de Cristo. Aún pretendo escribir el sexto libro buscando escudriñar en los pensamientos y enigmas contenidos en sus parábolas, en el sermón del monte y en otros textos.

Este es el primer libro de la colección. En él veremos que Jesús fue el Maestro de maestros, el más grande educador de la historia. Él lograba alcanzar con delicadeza, sabiduría y perspicacia las regiones más profundas del inconsciente de sus complicados discípulos. Me perturbo al constatar que él aprovechaba momentos inusitados para dar solemnes enseñanzas.

¿Qué hombre era ese que actuaba como un artesano de la emoción y escultor de la inteligencia cuando el mundo se derrumbaba sobre él? Transformó hombres que olían a pescado en hombres que exhalaban el mejor perfume de la inteligencia. Logró hacer en poco tiempo lo que raramente las universidades harían en siglos de existencia.

El lector necesita saber que en esta colección no voy a defender ninguna religión ni hacer un estudio teológico. Lo que quiero demostrar es que la ciencia cometió un error dramático al no estudiar la intrigante, misteriosa y fascinante personalidad de Jesucristo. El mundo occidental se dice cristiano, pero conoce muy poco los meandros de su psique. Si el Occidente hubiera conocido la mente de Cristo, no hubiera sido escenario de guerras, discriminación, esclavitud y violencias sin fin.

Si en el currículo académico y en los hogares se examinasen con profundidad las funciones más importantes de la inteligencia que Jesús trabajó ampliamente en la

personalidad de sus discípulos, la humanidad hubiese sido otra. Tendríamos formado un nivel de pensadores apasionados por la vida que jamás discriminaría ningún ser humano, miembro de la misma especie, sea por el color de piel, raza, cultura, religión, sea por su estatus social. Esa omisión fue una gran pérdida.

Miles de lectores en decenas de países donde mis libros han sido publicados, me han enviado mensajes diciéndome lo maravillados que estaban, no con el autor, pero con el personaje que describo. Nunca imaginaron que Cristo fuera tan inteligente y que estimulase tanto la formación de mentes saludables y espíritus libres.

Muchas escuelas de enseñanza de nivel medio y universidades, han recomendado a los maestros la lectura y la adopción de estos libros en varias asignaturas, con el objetivo de expandir en los alumnos el arte de pensar. Psicólogos los han utilizado, e indicado su lectura a sus pacientes para ayudarlos a prevenir la depresión, la ansiedad y el estrés. Empresarios tienen la costumbre de regalar a sus mejores amigos y clientes con esos ejemplares.

Además de eso, pese a que los libros de la colección tratan de psicología y filosofía y no de religión, personas de las más distintas creencias, incluso no cristianas, los han leído y utilizado sistemáticamente.

Debo confesar que investigar a Jesucristo hizo caer mi orgullo, y me reveló cuán pequeño soy. Reveló mis males psíquicos. Veremos que analizar su inteligencia nos permite disponer de excelentes herramientas para nuestra educación y la educación de quienes amamos, pues los pensamientos de Jesús ayudan a oxigenar nuestras mentes, expandir el placer de vivir y además estimulan la sabiduría.

Aunque este libro sea un estudio de filosofía y psicología, el lector encontrará referencias a textos del Antiguo y del Nuevo Testamento, con la indicación del autor, del capítulo y versículo en que se encuentran. Sugiero, independientemente de su creencia, que tenga una Biblia en sus manos. La lectura de esos textos, dentro del contexto más amplio en que se presentan, traerá un mayor conocimiento de esa figura única y fascinante que con sus palabras, gestos y hechos revolucionó al mundo y al espíritu humano.

Augusto Jorge Cury

1

Características intrigantes de la inteligencia de Cristo

Brillando en el arte de pensar

El arte de pensar es la manifestación más sublime de la inteligencia. Todos pensamos, pero no todos desarrollamos cualitativamente el arte de pensar. Por eso, frecuentemente no expandimos las funciones más importantes de la inteligencia, tales como aprender a meditar, usar los dolores para crecer en sabiduría, trabajar las pérdidas y frustraciones con dignidad, acrecentar ideas, pensar con libertad y consciencia crítica, romper con las dictaduras intelectuales, administrar con madurez los pensamientos y emociones en las situaciones de estrés, expandir el arte de contemplar lo bello, entregarse sin esperar nada a cambio, ponerse en la situación del otro y considerar sus dolores y necesidades psicosociales.

Muchos hombres, a lo largo de la historia, brillaron en sus inteligencias y desarrollaron algunas áreas importantes del pensamiento. Sócrates fue un cuestionador del mundo. Platón fue un investigador de las relaciones sociopolíticas. Hipócrates fue el padre de la medicina. Confucio fue el filósofo de la flexibilidad. Saquia-Muni, el fundador del Budismo, fue el pensador de la búsqueda interior. Moisés fue el gran mediador del proceso de libertad del pueblo de Israel, conduciéndolos hasta la tierra de Canaán. Mahoma, en su peregrinación profética, fue el unificador del pueblo árabe, un pueblo que estaba dividido y sin identidad. Hay muchos otros hombres que brillaron en la inteligencia, como Tomás de Aquino, Agustino, Hume, Spinoza, Kant, Descartes, Galileo, Voltaire, Rousseau, Shakespeare, Hegel, Marx, Newton, Maxwell, Gandhi, Freud, Habermas, Heidegger, Curt Lewin, Einstein, Viktor Frankl, etc.

El tiempo de la vida humana es muy corto. En pocos años concluimos el espectáculo de la existencia. Desafortunadamente, pocos invierten en sabiduría en ese breve espectáculo, por eso no saben meditar, y por lo tanto no se autoevalúan. Si nombramos los seres humanos que brillaron en sus inteligencias e invirtieron en sabiduría y comparamos ese número a los millones de nuestra especie, sin duda es muy pequeño.

Independientemente de cualquier juicio, el hecho es que esos seres humanos expandieron el mundo de las ideas en el campo científico, cultural, filosófico y espiritual. Algunos no se preocuparon con el reconocimiento social, prefiriendo el anonimato, no anhelaron compartir sus ideas o escribir sus nombres en los registros de la historia. Pero sus ideas no pudieron ser sepultadas. Ellas germinaron en las

mentes de la humanidad y enriquecieron su historia. Estudiar la inteligencia de esos hombres nos puede ayudar mucho para expandir nuestra propia inteligencia.

Hubo un hombre que vivió hace muchos siglos y que no solo brilló en su inteligencia, sino que era el dueño de una personalidad curiosa, misteriosa y fascinante. Él conquistó una fama indescriptible. El mundo conmemora su nacimiento. Todavía, a pesar de su gran fama, algunas áreas fundamentales de su inteligencia son poco conocidas. Él exhalaba sabiduría delante de sus dolores y era íntimo del arte de pensar. Ese hombre fue Jesucristo.

La historia de Cristo tuvo particularidades en toda su trayectoria: del nacimiento a la muerte. Su forma de vivir y sus pensamientos cruzaron generaciones, cruzaron los siglos, aunque él nunca deseó destaque social o político.

Él creció sin someterse a la cultura clásica de su tiempo. Cuando abrió su boca, liberó pensamientos de inconfundible complejidad. Tenía poco más de treinta años, pero turbó profundamente la inteligencia de los hombres más cultos de su época. Los escribas y fariseos —que poseían una rica cultura milenaria, eran intérpretes y maestros de la ley— quedaron impactados con sus pensamientos.

Su vida siempre fue difícil, sin ningún privilegio económico o social. Conoció en la intimidad los dolores de la existencia. Con todo, en lugar de preocuparse con sus propios dolores y desear que el mundo girase alrededor de sus necesidades, él se preocupaba por los dolores y las necesidades ajenas.

El sistema político y religioso no fue tolerante con él, pero él fue tolerante y manso con todos, hasta con sus peores opositores. Cristo vivió sufrimientos y persecuciones desde su niñez. Fue incomprendido, rechazado, se burlaron de él, y hasta escupieron en su rostro. Fue herido física y psicológicamente. Pero, a pesar de tantas miserias y sufrimientos, no desarrolló una emoción agresiva y ansiosa; antes, emanaba tranquilidad delante de las más difíciles situaciones y aún tenía aliento para predicar acerca del amor en su sentido más poético.

Muchos autores, a lo largo de los siglos, comentaron acerca de Cristo en diferentes aspectos espirituales; su divinidad, su propósito trascendental, sus actos sobrenaturales, su reino celestial, su resurrección, la escatología (doctrina acerca del destino final de las cosas), y otras. El que quiera estudiar esos aspectos tendrá que buscar los textos de esos autores, pues el análisis de la inteligencia de Cristo lo investiga desde otra perspectiva, de otro ángulo.

Este libro hace una investigación quizás jamás realizada por la ciencia de la interpretación o por la psicología. Investiga la singular personalidad de Jesucristo. Analiza el funcionamiento de su sorprendente inteligencia. Estudia su arte de pensar, los meandros de la construcción de sus pensamientos en sus momentos de estrés.

La inteligencia es compuesta de muchos elementos. O sea, ella es formada por la construcción del pensamiento, por la transformación de la energía emocional, por el proceso de formación de la consciencia existencial (quién soy yo, cómo estoy, dónde estoy), por la historia inconsciente archivada en la memoria y por la carga genética. Aquí voy a definir la personalidad como la manifestación de la inteligencia frente a los estímulos del mundo psíquico, como también de los ambientes y de las experiencias vividas. Todo ser humano posee una inteligencia, pero no todos desarrollan sus más importantes funciones.

Durante las casi dos décadas en que he venido pesquizando el funcionamiento de la mente, la construcción de la inteligencia y el proceso de interpretación, puedo asegurar que Jesús poseía una personalidad bastante compleja, muy difícil de ser investigada, interpretada y comprendida. Este es uno de los motivos que inhibieron la ciencia de buscar investigar y comprender, aunque mínimamente, su inteligencia.

Analizar la inteligencia de Jesucristo es uno de los más grandes desafíos para la ciencia. Después de haber desarrollado los fundamentos básicos de una nueva teoría acerca del funcionamiento de la mente, comencé a involucrarme en este nuevo y excitante proyecto que es investigar la personalidad de Jesús.

Interpretar la historia es una tarea intelectual de las más complejas. Significa reconstruirla y no rescatarla, de manera pura. Reconstruir los hechos, ambientes y circunstancias del pasado es un gran desafío. Si el lector busca rescatar sus experiencias más fuertes, verá que eso frecuentemente reduce la dimensión de los dolores y de los placeres vividos en el pasado. Estudiaremos ese punto. Todo rescate del pasado está sujeto a limitaciones e imperfecciones. Este libro, que es un ejercicio de interpretación psicológica de la historia, no escapa a las reglas.

Si interpretar la historia es una tarea intelectual compleja y sinuosa, imagínese cómo debe ser difícil investigar la inteligencia de Cristo, los niveles de su coherencia intelectual, su capacidad de administrar la construcción de pensamientos, de trascender las dictaduras de la inteligencia, de superar los dolores físicos y emocionales y de abrir las ventanas de la mente de las personas que lo rodeaban.

Jesús poseía una personalidad difícil de ser estudiada. Sus reacciones intelectuales y emocionales eran tan sorprendentes e inesperadas que superan los

límites de la previsibilidad psicológica. A pesar de las dificultades, es posible viajar por algunas avenidas fundamentales de su pensamiento y comprender algunas áreas importantes de su inteligencia.

Un enigma para la ciencia en diversas áreas

¿Quién fue Jesucristo? Este libro, que pretende realizar un análisis psicológico de su inteligencia, no puede contestar completamente a esa pregunta, pues ella entra en el área de la fe, un área que sobrepasa los límites de la investigación científica, que trasciende la ciencia de la interpretación. La ciencia se calla cuando se inicia la fe. La fe trasciende la lógica, es una convicción donde no cabe la duda. La ciencia se alimenta de la duda. Mientras más grande sea la duda, más grande podrá ser la dimensión de la respuesta. Sin el arte de la duda, la ciencia no tiene cómo subsistir y expandir su producción de conocimiento.

Jesús predicaba acerca de la fe. Hablaba de la necesidad de creer sin dudar, de una creencia plena, completa, sin inseguridades. Hablaba de la fe como de un misterioso proceso de interiorización, como una trayectoria de vida clandestina. Discurría acerca de la fe como si fuera un vivir que trasciende el mundo material, excede el sistema sensorial y crea raíces en lo íntimo del espíritu humano.

La ciencia no tiene cómo investigar qué es la fe, pues, como sus raíces están en el centro de la experiencia personal, ella no puede ser un objeto de estudio investigable. Sin embargo, aunque Jesús hablaba acerca de fe como un proceso de existencia transcendental, él no revocaba el arte de pensar; antes, era un maestro excepcional en ese arte. Él no hablaba acerca de una fe sin inteligencia.

Para él, primero se debía ejercer la capacidad de pensar y reflexionar antes de creer, y después venía el creer sin dudar. Si estudiamos los cuatro evangelios e investigamos la forma como Jesús reaccionaba y expresaba sus pensamientos, concluiríamos que pensar con libertad y consciencia era fundamental para él.

Uno de los problemas más grandes enfrentados por Cristo era la cárcel intelectual en que vivían las personas, o sea, la rigidez intelectual que controlaba sus pensamientos y que afectaba la comprensión de sí mismas y del mundo que las rodeaba. Por eso, a pesar de hablar acerca de fe sin dudar, él también era un maestro sofisticado en el arte de la duda. Él la usaba para abrir las ventanas de la inteligencia de las personas a su alrededor (Lucas 5.23, 6.9, 7.42).

¿Cómo Jesús usaba el arte de la duda? Si observamos los textos de los cuatro evangelios, veremos que él era un excelente indagador, un atrevido cuestionador. Usaba el arte de la pregunta para conducir las personas a que se cuestionasen y meditasen. También era un excelente narrador de parábolas que inquietaba los pensamientos de todos sus oyentes.

¿Quién es Jesucristo? ¿Es el hijo de Dios? ¿Tiene la naturaleza divina? ¿Es el autor de la existencia? ¿Cómo él se anticipaba al tiempo y preveía hechos que aún no habían acontecido, tales como la traición de Judas, y la negación de Pedro? ¿Cómo realizaba los actos sobrenaturales que dejaban a las personas extasiadas? ¿Cómo multiplicó algunos panes y peces y sació el hambre de miles de personas? Él multiplicó la materia y las moléculas, ¿o utilizó algún otro fenómeno? La ciencia no puede dar esas respuestas acerca de Cristo, ni otras tantas, pues esas preguntas adentran en la esfera de la fe. Como dije, cuando comienza la fe, que es íntima y personal de cada ser humano y que, por lo tanto, debe ser respetada, la ciencia se calla. Jesús seguirá siendo, en muchas áreas, un gran enigma para la ciencia.

No es posible comentar su inteligencia en algunos capítulos. Su arte de pensar es demasiado sofisticado para ser tratado en solo un libro. Otras obras serán necesarias para abordarlo.

Al investigar su inteligencia, quizá podríamos contestar a algunas de estas importantes preguntas: ¿Expresaba Cristo siempre con elegancia y coherencia su inteligencia en las varias situaciones estresantes y angustiantes que vivía? ¿Hubiera dividido la historia de la humanidad si no hubiera realizado ningún acto sobrenatural? ¿Por qué sus palabras permanecen vivas hasta hoy, inquietando a centenas de millones de personas de todas las lenguas y de todos los niveles sociales, económicos y culturales? ¿Por qué hombres que nunca lo vieron o nunca lo tocaron (entre ellos pensadores, filósofos y científicos) han dicho espantosamente, a lo largo de la historia, que no solamente creyeron en él, sino que también lo amaron?

Realizaremos en este libro un viaje intelectual interesante al investigar la vida de Cristo. Al contrario de lo que se pueda pensar, a él le gustaba ser estudiado. Él apreciaba ser analizado e indagado con inteligencia. Criticaba a las personas que lo investigaban superficialmente. En una oportunidad, llegó a convocar a los escribas y fariseos para que estudiaran más profundamente la identidad y el origen de «Jesucristo» (Marcos 12.35-37).

Las incomparables características de la personalidad de

aquél que dividió la historia de la humanidad

Nuestro análisis de la inteligencia de Cristo no obedecerá al orden cronológico de su vida, sino que estudiaremos las características de su inteligencia en situaciones específicas y en épocas distintas de la historia.

Este libro no defiende una religión. Su propósito es hacer una investigación psicológica de la personalidad de Cristo. No obstante, los sofisticados principios intelectuales de su inteligencia, podrán contribuir para abrir las ventanas de la inteligencia de las personas de cualquier religión, hasta las no cristianas. Tales principios son tan complejos que delante de ellos hasta los más escépticos ateos podrán enriquecer su capacidad de pensar.

Es difícil encontrar a alguien capaz de sorprendernos con las características de su personalidad, capaz de invitarnos a meditar y repensar nuestra historia. Alguien que delante de momentos de estrés, contrariedad y dolor emocional tenga actitudes sofisticadas y logre producir pensamientos y emociones que salgan del patrón común. Alguien tan interesante que posea el don de perturbar nuestros conceptos y paradigmas existenciales.

Con el pasar de los años, actuando como psiquiatra, psicoterapeuta y pesquisador de la inteligencia, comprendí que el ser humano, aunque tiene la mente muy compleja, es frecuentemente muy previsible. El Maestro de los maestros huía de la regla. Poseía una inteligencia estimulante capaz de desafiar la inteligencia de todos los que pasaban por él.

Él tenía plena consciencia de lo que hacía. Sus metas y prioridades estaban bien establecidas (Lucas 18.31; Juan 14.31). Era seguro y determinado, pero al mismo tiempo flexible, extremadamente atento y educado. Tenía gran paciencia para educar, pero no era un maestro pasivo, antes era un instigador. Despertaba la sed de conocimiento en sus íntimos discípulos (Juan 1.37-51). Informaba poco, pero educaba mucho. Era económico para hablar, diciendo mucho con pocas palabras. Era intrépido en expresar sus pensamientos, aunque vivía en una época donde dominaba el autoritarismo.

Su coraje para expresar sus pensamientos le traía frecuentes persecuciones y sufrimientos. Todavía, cuando deseaba hablar, aunque sus palabras le trajesen grandes dificultades, no se intimidaba. Mezclaba la sencillez con la elocuencia, la humildad con el coraje intelectual, la amabilidad con la perspicacia.

Cristo nació en un país cuya identidad y subsistencia estaban profundamente amenazadas por el autoritarismo y por la vanidad del Imperio Romano. El ambiente sociopolítico era angustiante. Sobrevivir era una tarea difícil. El hambre y la miseria rondaban el día a día de las personas. El derecho personal, unido a la libertad de expresar pensamientos, era fuertemente limitado por la cúpula judía y maldecido por el Imperio Romano. La comunicación y el acceso a las informaciones eran limitados.

Los judíos esperaban un gran líder, el Cristo (Ungido); alguien capaz de reinar sobre ellos, de rescatar su identidad y de libertarlos del yugo del Imperio Romano. Los líderes judíos vivían bajo presión política, con sus vidas amenazadas y sus derechos desacatados. Pero, por su rigidez intelectual, no investigaron y, por lo tanto, no reconocieron el Cristo humilde, tolerante, manso e inteligente que no deseaba estatus social ni poder político.

Esperaban por alguien que los liberase del yugo romano, pero vino alguien que quería liberar al ser humano de sus miserias psíquicas. Esperaban por alguien que hiciese una revolución exterior, pero vino alguien que propuso una revolución interior. Esperaban por un político poderoso, mas vino alguien que nació en un pesebre, creció en un pueblo menospreciado, Nazaret, y vino a ser carpintero, viviendo en el anonimato hasta los treinta años.

Cristo no frecuentó la escuela, ni fue enseñado a los pies de los intelectuales de la época, los escribas y fariseos, mas frecuentó la escuela de la existencia, la escuela de la vida. En esa escuela conoció profundamente el pensamiento, los límites y las crisis de la existencia humana. En el anonimato, padeció angustias, dolores físicos, opresión social, dificultades de subsistencia, frío, hambre, rechazo social.

En la escuela de la existencia, la mayoría de las personas no invierte en sabiduría y la vejez no es señal de madurez. En ella, los títulos académicos, el estatus social y la condición financiera no reflejan la riqueza interior ni significan éxito en la libertad de pensar, en el arte de la contemplación de lo bello, en el placer de vivir. La escuela de la existencia es amplia, pues abarca toda nuestra trayectoria de vida, incluyendo también la institución educacional.

La escuela de la existencia es tan compleja que en ella se puede leer una cantidad sin fin de libros de autoayuda y seguir, aún así, siendo inseguro y teniendo dificultad de tratar con las contrariedades. En ella, el éxito más grande no está fuera de las personas, sino en conquistar tierras dentro de uno mismo; la jornada más grande no es la exterior, sino la interior, recorriendo los trayectos del propio existir. En esa escuela, los mejores alumnos no son aquellos que se enorgullecen de sus éxitos, sino los que reconocen sus conflictos y sus limitaciones.

Todos nosotros pasamos por ciertas angustias y ansiedades, pues algunos de los infortunios de la vida son imprevisibles e inevitables. En la escuela de la existencia se aprende que se gana experiencia no solo con los aciertos y las conquistas, pero muchas veces, con las derrotas, las pérdidas y el caos emocional y social. Fue en esa escuela tan sinuosa que Jesús se hizo el Maestro de los maestros.

Él fue maestro en una escuela donde muchos intelectuales, científicos, psiquiatras y psicoterapeutas son pequeños aprendices. Muchos psiquiatras y psicoterapeutas poseen elegancia intelectual mientras están dentro de sus consultorios. Son lúcidos y coherentes cuando están involucrados en el relacionamiento terapéutico con sus pacientes. Pero, la vida real palpita fuera de los consultorios de psiquiatría y psicoterapia. Así, cuando están delante de sus propias frustraciones, pérdidas y dolores emocionales, presentan dificultad para mantener la lucidez y la coherencia.

De la misma forma, muchas personas que frecuentan una reunión empresarial, científica o religiosa presentan un comportamiento sereno y lúcido mientras están reunidas. Y cuando se encuentran frente a los terrenos turbulentos de la vida, no saben evaluarse, ser tolerantes, y trabajar con dignidad sus contrariedades.

La mejor forma de conocer la inteligencia de una persona es observándola, no en los ambientes sin estímulos estresantes, pero en los territorios donde ellos están presentes.

¿Quién usa habitualmente las angustias existenciales, las ansiedades, los estreses sociales, los desafíos profesionales para enriquecer el arte de pensar y madurar la personalidad? Vivir con dignidad y madurez la vida que pulsa en el palco de nuestra existencia, es un arte que todos tenemos dificultad en aprender.

Por la elegancia con que manifestaba sus pensamientos, Cristo probablemente usaba cada angustia, cada pérdida, cada contrariedad como una oportunidad para enriquecer su comprensión de la naturaleza humana. Era tan sofisticado en la construcción de los pensamientos que hasta de sus miserias hacía poesía. Decía poéticamente que: «Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar su cabeza» (Mateo 8.20). ¿Cómo puede alguien hablar elegantemente de su propia miseria? Jesús era un poeta de la existencia. Sus biografías revelan que él reconocía y reciclaba sus dolores con frecuencia. Así, para no ser destruido por ellos, los usaba como base para su inteligencia.

El carpintero de Nazaret vivió en el anonimato la mayor parte de su existencia, pero, cuando se manifestó revolucionó el pensamiento y el vivir humano. Su proyecto era audaz. Él afirmaba que primero el interior —o sea, el mundo de los pensamientos y de las emociones— debía ser transformado; si no, el cambio exterior no tendría estabilidad, no pasaría de mero maquillaje social (Marcos 7.17-23; Juan 8.36). Para Cristo el cambio exterior era una consecuencia de la transformación interior.

A pesar de la inteligencia de Cristo ser excepcional, el reunía todas las condiciones para confundir el pensamiento humano. Nació en una pequeña ciudad. Su nacimiento fue entre los animales, sin cualquier espectáculo social, estética o apariencia.

Su vida había comenzado mal, con menos de dos años ya estaba condenado a la muerte por Herodes. Sus padres a pesar de la riqueza interior, no tenían cualquier expresión social. La ciudad donde creció era despreciada. Su profesión era humilde. Su cuerpo fue castigado por las dificultades de la vida, y por eso algunos lo consideraban envejecido para su edad (Juan 8.57).

No buscaba ser el centro de las atenciones. Cuando la fama llegaba a la puerta, buscaba recluirse y huir del asedio social. No se autopromovía ni se vanagloriaba. No hablaba claramente acerca de su identidad, ni aún para sus discípulos más íntimos, pero dejaba que ellos usasen la capacidad de pensar y la descubriesen por sí mismos. (Mateo 16.13-17). Hablaba frecuentemente en la tercera persona, refiriéndose a su Padre. Solamente hablaba en la primera persona en ocasiones especiales, en las cuales su osadía era impresionante, dejando a todos perplejos con sus palabras (Juan 6.13-52; 8.12-13; 8.58-59).

A Jesús le gustaba convivir con los desprovistos de valor social. Era el ejemplo vivo de una persona contraria a toda clase de discriminación. Nadie, por más inmoral y por más defectos que tuviese, era indigno de relacionarse con él. Cristo se entregaba sin esperar nada a cambio.

A diferencia de los escribas y fariseos, daba más importancia a la historia de las personas, que al «pecado» como un hecho inmoral. Entraba en el mundo de ellas, recorría la trayectoria de sus vidas. Le gustaba oír las. El arte de oír era una joya intelectual para él.

Cristo no tenía formación psicoterapéutica, pero era un maestro de la interpretación, pues conseguía captar los sentimientos íntimos de las personas. Se daba cuenta de sus conflictos más ocultos y actuaba sobre ellos con inteligencia y

eficiencia. Era común que se anticipara y diera respuestas a preguntas que aún no habían sido hechas o que las personas no tenían coraje de expresar (Lucas 7.39-40; 11.17).

Reaccionaba con educación hasta cuando lo ofendían profundamente. Era amable hasta cuando corregía o reprendía a alguien (Juan 8.48-51; 53-54). No exponía en público los errores de las personas, pero las ayudaba con discreción, considerándolas por encima de sus errores, conduciéndolas a que se autoevaluasen.

Aunque fuera elocuente, exponía y no imponía sus ideas. No persuadía ni trataba de convencer a las personas a que creyeren en sus palabras. No las presionaba para que lo siguiesen, solamente las invitaba (Juan 6.35). La responsabilidad de creer en él era exclusivamente de ellas. Sus parábolas no producían respuestas listas pero estimulaban el arte de la duda y la producción de pensamientos.

Jesús no contestaba a las preguntas cuando era presionado, siendo fiel a su propia consciencia. Aunque fuera muy amable, no adulaba a nadie. No usaba medios oscuros para conseguir lo que quería. Por eso, era más fácil que las personas quedasen perplejas delante de sus pensamientos y reacciones antes de comprenderlo. Él fue, de hecho, una gran prueba para los líderes de Israel. Cristo fue y sigue siendo un gran enigma para la ciencia y para los intelectuales de todas las generaciones. Hoy, probablemente no pocas personas que afirman seguirlo quedarían perturbadas si vivieran en aquella época.

Cristo confundía la mente de las personas que pasaban por él y, a la vez, promovía en ellas (y hasta en sus opositores) profunda admiración. María, su madre, se impresionaba con el comportamiento del hijo y con sus palabras desde la niñez. Cuando él hablaba, ella oía en silencio sus palabras (Lucas 2.45-51). Tenía solo doce años de edad, y los doctores de la ley, admirados, se sentaban a su alrededor para oír su sabiduría (Lucas 2.39-44). Sus discípulos se quedaban constantemente atónitos con su inteligencia, mientras sus opositores enmudecían delante de su conocimiento y estaban siempre atentos para escuchar sus palabras (Mateo 22.22). Hasta Pilato parecía un niño perturbado delante de él (Mateo 27.13-14). Con la arrogancia y el autoritarismo que le daba el Imperio Romano, Pilato no podía soportar el silencio de Cristo en su interrogatorio. La humildad y serenidad que demostraba, incluso delante del riesgo de morir, chocaba la mente de Pilato. La esposa del emperador, que no participaba del juicio de Cristo pero sabía lo que estaba sucediendo, quedó inquietada, soñó con él y tuvo el descanso perturbado (Mateo 27.19).

Las personas discutían a menudo a cerca de quién era ese misterioso hombre que

mostraba tener un origen tan humilde. Por su intrigante y estimulante inteligencia, Cristo probablemente fue la causa de insomnio más grande de su época.

2

Jesucristo: ¿un personaje real o imaginario?

Las cuatro biografías de Jesús

Jesús tiene cuatro biografías que son llamadas evangelios: el de Mateo, el de Marcos, el de Lucas y el de Juan. Marcos y Lucas no pertenecían al grupo de los doce discípulos. Ellos escribieron basados en un método de investigación de personas que habían convivido íntimamente con Cristo. Esas biografías no son biografías al estilo clásico, como las que conocemos en la actualidad. Pero, como los evangelios retratan la historia de Jesús, podemos decir que representan su biografía.

Todo científico es un indagador tenaz, un aventurero en las trayectorias de lo desconocido y un gran cuestionador de todo lo que ve y escucha. Investigar con criterio aquello que se ve y se escucha es respetarse a uno mismo y a su propia inteligencia. Si alguien no respeta a su propia inteligencia, no puede respetar aquello en que cree. No deberíamos aceptar nada sin antes realizar un análisis crítico de los fenómenos que observamos.

Por muchos años busqué estudiar las biografías de Cristo. Muchas veces me pregunté si él habría realmente existido. Cuestionaba si él no habría sido una invención literaria, fruto de la imaginación humana.

Esta es una cuestión fundamental, y no hay por qué temer investigarla. Antes de estudiar este punto, permítanme que hable un poco acerca del ateísmo.

Aquellos que se dicen ateos tienen como temas preferidos a Dios o a la negación de Su existencia. A todo ser humano, no importa quien sea, ateo o no, le gusta incluir a Dios en la lista de sus ideas más importantes. ¿Realmente no cree en Dios la mayoría de los ateos? La mayoría de los ateos fundamentan su ateísmo no en un conjunto de ideas profundas acerca de la existencia o no de Dios, sino como resultante de su indignación contra las injusticias, incoherencias y discriminaciones sociopolíticas cometidas por la religiosidad dominante en determinada época de la historia.

Cuando todos pensaban que Voltaire, el ilustre pensador del iluminismo francés, era ateo, el proclamó al final de su vida: «Muero adorando a Dios, amando a mis amigos, no detestando a mis enemigos, pero detestando la superstición».* La mayoría de los ateos practica un ateísmo social, un «socioateísmo» fundamentado en la antireligiosidad, y no en una producción de conocimiento inteligente, descontaminada de distorsiones intelectuales, de pasiones y tendencias psicosociales acerca de la existencia o no de Dios.

Probablemente yo fui más ateo que muchos de aquellos que se consideraban grandes ateos, como Karl Marx, Friedrich Nietzsche y Jean Paul Sartre. Por eso, como ya dije, pesquisaba la inteligencia de Jesucristo preguntándome constantemente si él era fruto de la imaginación humana, de la creatividad literaria, o si realmente había existido. Como pesquisador de la inteligencia, fui a investigar en el campo de mi especialidad, o sea, en el campo de la construcción de los pensamientos descritos en las cuatro biografías de Jesús. Pesiqué la lógica, los límites y el alcance de su inteligencia.

Hay más de cinco mil manuscritos del Nuevo Testamento, y eso hace que sea el mejor documento de los escritos antiguos. Muchas copias fueron hechas en fechas próximas a la de los originales. Hay cerca de setenta y cinco fragmentos con fechas desde el año 135 a.d. hasta el siglo VIII. Todos estos datos, sumados al trabajo intelectual producido por los estudiosos de paleografía, arqueología y crítica textual, nos garantizan que poseemos un texto del Nuevo Testamento digno de confianza, que contiene las cuatro biografías de Cristo, los cuatro evangelios. Los fundamentos arqueológicos y paleográficos pueden ser útiles para darnos un texto fidedigno, pero no analizan el propio texto; por lo tanto, no sirven para aclarar la duda si Jesús fue real o fruto de la creatividad intelectual humana. Son limitados para proveer datos para un análisis psicológico amplio acerca de los pensamientos de Cristo y de las intenciones de los autores originales de los evangelios. Para analizar esos textos, es necesario profundizar en el propio texto e interpretarlo de diferentes perspectivas y, en lo posible, libre de pasiones y tendencias. Fue lo que intenté hacer.

Estudí las cuatro biografías de Jesús y busqué pesquisar hasta lo que estaba entre líneas en esos textos, tanto los más diversos niveles de coherencia intelectual que en ellos había, como las intenciones conscientes e inconscientes de sus autores. Utilicé diferentes versiones para eso. Busqué también pesquisar cada idea, cada reacción, cada momento de silencio y cada pensamiento que Cristo produjo en las diversas situaciones que vivió, principalmente en sus momentos de estrés. Yo necesitaba saber si estaba analizando la inteligencia de una persona real o imaginaria.

El resultado de esa investigación es muy importante. Mis pesquisas me podrían

conducir a tres caminos: permanecer en la duda, convencerme de que Jesucristo fue el fruto más espectacular de la imaginación humana, o creer que él realmente existió, que fue una persona real que anduvo y respiró en la tierra.

Llegué a una conclusión que pasaré a demostrar y a defender de aquí en adelante, como si fuera una tesis.

Las intenciones conscientes e inconscientes de los autores de los evangelios

Si estudiamos las intenciones conscientes e inconscientes de los autores de los evangelios, concluiremos que ellos no tenían la intención de fundar una filosofía de vida, de promover un héroe político, de construir un líder religioso, ni de crear un hombre delante del cual el mundo se debería postrar. Ellos deseaban solamente describir una persona diferente que cambió completamente sus vidas. Querían registrar hechos ocurridos, aunque fueran incomprensibles y raros a los lectores, que su maestro vivió; sus palabras y pensamientos. Si nos adentramos en el centro de los pensamientos descritos en los evangelios, nos daremos cuenta de que hay muchos factores que comprueban que Cristo tenía una personalidad incomparable, distinta, sin par, imprevisible.

Dos de los autores de los evangelios eran discípulos íntimos de Cristo (Mateo y Juan). El evangelio de Marcos fue escrito basado probablemente en los relatos de Pedro: Marcos era tan íntimo de Pedro que fue considerado por él como un hijo (I Pedro 5.13). Entonces concluimos que tres de esos autores tuvieron una estrecha relación con su personaje. ¿Cristo era real o fruto de la imaginación de esos autores? Vamos a las evidencias.

Si los evangelios fueran fruto de la imaginación literaria de esos autores, ellos no hablarían mal acerca de sí mismos, no comentarían la actitud frágil y vergonzosa que tuvieron al dispersarse cuando Cristo fue arrestado. Cuando él se entregó a sus oponentes y dejó su elocuencia y sus hechos sobrenaturales a un lado, los discípulos se volvieron frágiles y confusos. En aquel momento, tuvieron vergüenza de él y sintieron miedo. En aquella situación estresante las ventanas de sus mentes fueron cerradas y ellos lo abandonaron.

Pedro juró que no negaría a Cristo. Amaba tanto a su maestro, que dijo que, si fuera posible, se moriría con él. Pero, en una situación difícil lo negó. Y no solo una vez, sino tres veces, y aun delante de personas sin ningún poder político. ¿Quién dijo

a los autores de los cuatro evangelios que Pedro negó a Cristo tres veces delante de algunos siervos? ¿Quién relató su actitud vergonzosa, si nadie de su círculo de amigos sabía que él lo había negado? Pedro mismo tuvo el valor de decirles. ¿Qué autor hablaría mal de sí mismo? Pedro no solo relató los hechos ocurridos, sino que también expuso los detalles de su negación. Para Lucas, él relató algunos detalles significativos que estudiaremos.

¿Con quién Pedro, que cuando joven era un rudo e inculto pescador, aprendió a ser tan sincero, tan honesto consigo mismo, a punto de hablar de sus propias miserias? Él tuvo que haber aprendido con alguien que, seguramente, admiraba mucho. Alguien que tuviese características tan complejas en su inteligencia que hubiera sido capaz de enseñar a Pedro a evaluarse y a reciclar profundamente sus valores existenciales. El Cristo descrito en los evangelios tenía tales características. Hasta delante de situaciones tensas, donde una pequeña simulación lo libraría de grandes sufrimientos, Jesús escogía ser honesto consigo mismo. Pedro aprendió con él el difícil arte de ser fiel a su propia consciencia, a asumir sus errores y fragilidades. Lo que indica que ese Cristo no era un personaje literario, sino una persona real.

Si los autores de los evangelios quisieran producir conscientemente un héroe religioso, ellos, como sus discípulos, no desnudarían la vergüenza que tuvieron de él momentos antes de su muerte, pues eso impediría a mucha gente de seguir a ese supuesto héroe, aún si fuera ficticio. Este hecho representa un fenómeno inconsciente que confirma la intención de los discípulos de describir a un hombre diferente que realmente vivió en la Tierra. Cuando Cristo fue arrestado, insultado y golpeado, el joven Juan lo abandonó, huyó desesperadamente, juntamente con los otros discípulos.

Además de eso, Juan, el autor del cuarto evangelio, describió con coraje su fragilidad e impotencia delante del dramático dolor físico y psicológico de su maestro en la cruz (Juan 19.26).

¿Cuándo escribió Juan su evangelio? Cuando estaba viejo, cerca del año 90 a.d., más de medio siglo después de haber ocurrido ese hecho. Todos los apóstoles probablemente ya habían muerto. Como en esa época algunos estaban abandonando las líneas básicas de las enseñanzas de Cristo, Juan, en su vejez, describió todo lo que había visto y oído. ¿Qué se espera de una persona muy vieja, que está en el final de la vida? Que ella no tenga más ninguna necesidad de fingir, omitir o mentir acerca de los hechos que vio y vivió. El viejo Juan no se escondió detrás de sus palabras. Él no solo discurrió acerca de una persona, Cristo, que marcó profundamente la historia de su vida, como tampoco en su descripción se olvidó de comentar su propia

fragilidad. Esto es extraño a la literatura. Solo tiene sentido que un autor exponga sus debilidades de esta forma, si su deseo es retratar la biografía real de un personaje que está más allá de ellas.

Las personas tienden a esconder sus fragilidades y sus errores, mas los biógrafos de Jesucristo aprendieron a ser fieles a su consciencia. Con él aprendieron el arte de extraer sabiduría de los errores. Al estudiar sus biografías, comprobamos que la intención consciente e inconsciente de sus autores era apenas expresar con fidelidad aquello que habían vivido, aunque eso fuera totalmente raro a los conceptos humanos.

Si Cristo hubiera sido fruto de la imaginación de sus biógrafos, ellos no solo tendrían omitidos los dramáticos momentos de dudas que vivieron, como también te omitidos de sus escritos la dramática angustia que el propio Cristo sufrió en la noche en que fue delatado, en el Getsemaní. Un día yo tal vez escriba acerca de ese momento sin par y los fenómenos psicológicos ocurridos en ese ambiente. Aquí mi comentario será resumido.

En aquella noche, Jesús mostró la dimensión del cáliz que iba a beber, el dolor físico y psicológico que iría a soportar. Si los autores de los evangelios hubiesen programado la creación de un personaje, hubieran escondido el dolor, el sufrimiento de Cristo y el contenido de sus palabras. Hubieran apenas comentado sus momentos de gloria, sus milagros, su popularidad. La descripción del dolor de Cristo es la evidencia de que él no era una creación literaria. No vivió un teatro; lo que él vivió fue relatado.

Ellos tampoco hubieran registrado el silencio de Jesucristo cuando él estaba delante del juzgado de los principales sacerdotes y políticos. Por el contrario, hubiesen puesto respuestas brillantes en su boca. Durante su vida, él pronunció palabras sabias y elocuentes que dejarían pasmas hasta las personas más rígidas. Pero, cuando Pilato, intrigado, lo interrogó, él se quedó callado. En el momento cuando Jesús más necesitaba de argumentos, el prefirió callarse. Con su vida de inteligencia, podría escapar del juicio. Pero sabía que aquel juicio era parcial e injusto. Enmudeció, y en ningún momento buscó defenderse de todo lo que había hecho y hablado en público. Él simplemente se entregó a sus oponentes y dejó que ellos juzgasen sus palabras y su comportamiento. Él fue juzgado, humillado y murió de forma injusta, y sus biógrafos describieron eso.

Cristo no podría haber sido fruto de la creatividad

intelectual de algún autor

Por un lado, hay muchos eventos psicológicos que demuestran claramente que los autores de los evangelios no tenían la intención consciente o inconsciente de crear un personaje literario como Cristo; por otro lado, necesitamos investigar si la mente humana tiene capacidad para crear una personalidad como la de él. Veamos.

Cristo no se comportaba ni como héroe ni como antihéroe. Su inteligencia era sin par. Sus comportamientos escapaban de los patrones del intelecto humano. Cuando todos esperaban que él hablase, él callaba. Cuando todos esperaban que él sacase provecho de los hechos sobrenaturales que practicaba, pedía a las personas ayudadas por él que no dijese a nadie lo que él había hecho. Evitaba cualquier tipo de ostentación. ¿Qué autor podría imaginar un personaje tan intrigante como ese?

En la noche en que fue traicionado, facilitó su arresto, pues llevó consigo solo tres de sus discípulos. No quiso que la multitud que siempre lo acompañaba estuviera presente en aquél momento. Aun con la presencia de algunos discípulos, hubo alguna agresividad en aquella situación, pues Pedro lastimó al siervo del sumo sacerdote. Jesús no quería derramamiento de sangre ni cualquier forma de violencia. Se preocupaba igualmente de la seguridad de las personas que lo seguían y la de aquellos que lo arrestaron (Juan 18.8). ¡Es distinto y muy raro que una persona se preocupe del bienestar de sus opositores! Cristo profetizó su muerte algunas veces y facilitó su propio arresto.

El mundo se postró a sus pies, no por la inteligencia de los autores de los cuatro evangelios, pues en ellos no se percibe la intención de producir un texto con gran estilo literario. El mundo lo reverenció porque sus pensamientos y actitudes eran tan elocuentes que hablaban por sí mismos, no necesitaban de arreglos literarios por parte de sus biógrafos.

Lo que llama la atención en las biografías de Cristo son sus comportamientos poco comunes, sus comportamientos que sobrepasan las ideas corrientes, su capacidad de preocuparse del dolor de cada ser humano mismo delante de su propio dolor. Veremos que sus ideas eran tan sorprendentes que no hay precedente histórico. Hasta sus momentos de silencio tenían gran significado. Creo que diversas situaciones, expresadas en sus cuatro biografías, poseen tantos secretos intelectuales que muchas no fueron comprendidas ni aún por sus autores en la época en que las escribieron.

Las reacciones de Cristo realmente vienen en contra de nuestros conceptos, estereotipos y paradigmas (modelos de comprensión y patrones de reacción).

Veamos su entrada triunfal en Jerusalén.

Después de haber viajado por un largo tiempo toda la región de Galilea, innumerables personas pasaron a seguirlo. Ahora, había llegado el momento de entrar por segunda y última vez a Jerusalén, el gran centro religioso y político de Israel. En aquel momento, Cristo estaba en el máximo de su popularidad. Las personas eufóricas lo proclamaban como rey de Israel (Marcos 11.10). Algunos discípulos, que hasta este momento no estaban conscientes de su deseo, hasta disputaban quién sería el mayor si él conquistase el trono político (Marcos 10.35-37). Los discípulos y la multitud estaban extasiados. Entretanto, una vez más el adoptó una actitud imprevisible que impactó a todos.

Cuando esperaban que él entrase triunfante a Jerusalén, con ostentación, seguido de un gran séquito, Cristo asumió una actitud clara y elocuente que demostraba su rechazo a cualquier tipo de poder político, ostentación y estética exterior. Él mandó que algunos de sus discípulos le trajesen un pequeño animal, un asno, y tuvo el coraje de montar aquel torpe animal. Así fue como aquel hombre superadmirado entró a Jerusalén.

Nada es más cómico y desproporcionado que el balanceo de un hombre transportado por un asno. El animal es fuerte, pero es pequeño. Quién se lo monta no sabe dónde poner los pies, si los levanta o los arrastra por el suelo.

¡Qué escena impresionante! Las personas, otra vez, quedaron sorprendidas con el comportamiento de Cristo. Una vez más no pudieron entenderlo. Los discípulos, que estaban eufóricos con todo el apoyo popular, recibieron un «chorro de agua fría». Pero, las personas, confundidas y al mismo tiempo admiradas, pusieron sus ropas en el piso para que él pasara y lo exaltaban como el rey de Israel.

Ellas querían proclamarlo como un gran rey y él demostraba que no deseaba ningún poder político. Querían exaltarlo, pero él expresaba que, para alcanzar sus objetivos, el camino era la humildad, la necesidad de aprender a autoevaluarse. Cristo proponía una revolución que se iniciaba en el interior del ser humano, en el íntimo de su ser, y no en el exterior, en la estética política. Es impresionante, pero él no se mostraba ni un poco preocupado, como generalmente quedamos, con la apariencia, el poder, el estatus social, la opinión pública.

Imaginen al presidente de los EUA, en el día de la asunción a su mandato, solicitando a sus auxiliares que le consiguieran un pequeño animal, como un asno, para llevarlo a la Casa Blanca. Seguramente ese presidente sería animado a ir inmediatamente a un psiquiatra. La creatividad intelectual no logra formar una

personalidad que tenga una inteligencia refinada y al mismo tiempo, tan despojada y humilde.

Una persona, en el apogeo de su popularidad, explota de orgullo y cambia el patrón de sus reacciones. Algunas, aunque humildes y humanitarias, al subir un pequeño escalón de la fama, pasan a mirar el mundo desde arriba y se ponen, aunque inconscientemente, por encima de sus pares.

Cristo estaba en el tope de su éxito social, pero, en vez de ponerse por encima de los otros, bajó todos los escalones de la simplicidad y de la humildad y dejó a todos perplejos con sus acciones. Si hubiese entrado a la ciudad caminando, hubiera sido más digno y menos impactante. Pero, él prefirió montarse a un pequeño animal para romper los paradigmas de las personas que lo observaban y abrir las ventanas de sus mentes hacia otras posibilidades.

La personalidad de Cristo escapa de los límites de la imaginación. Su inteligencia oscilaba entre los extremos. En algunos momentos expresaba una gran elocuencia, coherencia intelectual y seguridad y, en otros, daba un salto cualitativo y exprimía el máximo de sencillez, resignación y humildad.

Cristo poseía una personalidad tan requintada que se manifestaba como una melodía que sonaba entre los extremos de las notas musicales. Conozco muchas personas: psiquiatras, psicólogos, intelectuales, científicos, escritores, empresarios. Entre tanto, nunca encontré a nadie cuya personalidad poseyera características tan sorprendentes cuanto las de él.

¿Quién, en el apogeo del éxito, conserva sus raíces más íntimas? Esa pérdida de raíces delante de la fama no siempre ocurre por determinación del «yo», sino por procesos que escapan al control del «yo». Muchos, después de alcanzar cualquier tipo de éxito, pierden, aunque inconsciente e involuntariamente, no apenas sus raíces históricas, sino también su capacidad de contemplación de lo bello delante de los pequeños eventos de la rutina diaria. Por eso, con el pasar del tiempo, diversas personas que conquistaron la notoriedad se enfadan con la fama y terminan buscando una vida más reservada.

¿Será que algunos personajes de la literatura mundial llegaron cerca a la personalidad de Jesucristo? Desde que Gutenberg inventó las técnicas gráficas modernas, decenas de miles de autores crearon millones de personajes en la literatura. ¿Será que alguno de esos personajes tuvo una personalidad con las características de la de Jesús? ¡Ahí está un buen desafío para la investigación! Realmente creo que no. Las características de Cristo escapan del patrón del

espectáculo de la inteligencia y de la creatividad humana.

En el pasado, Cristo era para mí, un fruto de la cultura y de la religiosidad humanas. Pero, después de años de investigación, me he convencido de que no estoy estudiando la inteligencia de una persona ficticia, imaginaria, pero sí de alguien real, que anduvo y respiró aquí en la tierra. Es posible rechazarlo, pero si investigamos sus biografías no hay cómo negar su existencia y reconocer su perturbadora personalidad. La personalidad de Cristo es imposible de ser construida por la imaginación humana.

Las diferencias en las biografías de Cristo sustentan la historia de un personaje real

Por algunos años yo pensé que las pequeñas diferencias que existían entre los textos comunes de los cuatro evangelios disminuían su credibilidad. Con el avance de mi análisis, comprendí que esas diferencias también eran importantes para comprobar la existencia de Cristo. Comprendí que sus biografías no tenían la intención de ser copias unas de las otras. Eran resultado de la investigación de diferentes autores en diferentes épocas acerca de alguien que tenía una historia real.

Todos los evangelios hablan acerca de Pedro negando a Cristo. Pero, cuando Pedro lo negó por tercera vez, solamente Lucas comenta en su evangelio que Jesús, en aquel momento, miró a Pedro fijamente en los ojos (Lucas 22.61). Las diferencias de relatos en los cuatro evangelios, al contrario de lo que muchos pueden pensar, no testifican contra la historia de Cristo, sino sustentan su credibilidad. Veamos esta tesis.

Lucas era médico y, como tal, aprendió a investigar los eventos detalladamente. Tenía un «ojo clínico» apurado, debía detectar datos que nadie observaba o valoraba. Cuando, muchos años después de la muerte de Cristo, interrogó a Pedro y recolectó detalles de aquella escena, captó un gesto de Jesús que pasó desapercibido a los otros autores de los evangelios. Percibió que Cristo, aunque golpeado y ultrajado, aún así, se olvidó de su dolor y se preocupó por Pedro. Este comentó con Lucas que, en el instante que él lo negaba por tercera vez, Jesús se volvió hacia él y lo miró profundamente.

La mirada de Cristo esconde en las entrelíneas complejos fenómenos intelectuales y una profunda afabilidad emocional. Hasta en el extremo de su dolor él se preocupaba por la angustia de los demás, siendo capaz de romper el instinto de

preservación de la vida y acoger y alentar a las personas, aunque fuera con una mirada.

¿Quién es capaz de preocuparse por el dolor de los otros en el ápice de su propio dolor? Si muchas veces queremos que el mundo gire en derredor de nuestras necesidades cuando estamos emocionalmente tranquilos, ¡imagínese cuando estamos sufriendo, amenazados, desesperados!

Pedro tal vez solo haya tenido la comprensión plena de la dimensión de esa mirada treinta años después de la muerte de Cristo, o sea, después que Lucas, con su mirada clínica, investigó la historia del propio Pedro, vislumbró aquella escena y la describió en el año 60 a.d., fecha probable en que él escribió su evangelio.

El evangelio de Lucas es un documento histórico bien pesquisado y detallista. Él consultó testigos oculares, seleccionó las informaciones y las organizó de forma adecuada. Como médico, tenía fuerte inclinación por retratar temas de medicina (Lucas 1.1-2). Dio mucha atención a los acontecimientos relacionados al nacimiento de Cristo. Investigó a Elisabet y a María, por eso fue el único que describió sus cánticos, lo mismo que los pensamientos íntimos de María. Lucas demostró una atracción particular por la historia de la personas, por eso describió a Zaqueo, el buen samaritano, el ex leproso grato y el publicano arrepentido y nos cuenta la parábola del hijo pródigo. Lucas era un investigador detallista que percibió particularidades de Cristo. Notó que hasta su mirada tenía gran significado intelectual.

Como dije, los demás autores de los evangelios no notaron esa mirada de Cristo, por eso no la registraron. Esas diferencias en sus biografías, comprueban que ellas fueron fruto de un proceso de investigación realizado por diferentes autores que destacaron diversos aspectos históricos. Los evangelios son cuatro biografías «incompletas», producidas en épocas diferentes, por personas que fueron cautivadas por la historia de Jesucristo.

Esas biografías tienen coherencia, sofisticación intelectual, pensamientos osados, ideas complejas. Son resumidas, económicas, no tienen la orgullosa intención de recibir elogios.

Cristo, en algunos momentos, revelaba claramente sus pensamientos, pero en seguida se ocultaba en las entrelíneas de sus reacciones y de sus parábolas, lo que hacía que fuera difícil comprenderlo. Él se revelaba y se ocultaba continuamente. ¿Por qué tenía tal comportamiento? Su historia nos muestra que no era solamente porque no buscaba el brillo social, sino porque tenía un gran propósito: quería

producir una revolución en el interior del ser humano, una revolución transformadora, difícil de ser analizada. Quería producir un cambio en lo más íntimo del espíritu y de la mente humana, capaz de producir tolerancia, humildad, justicia, solidaridad, admiración de lo bello, cooperación recíproca, sensibilidad a la angustia ajena.

Su comportamiento, de mostrarse y ocultarse continuamente, tenía también como objetivo provocar la inteligencia de las personas con las cuales convivía. Como veremos, él deseaba, romper la dictadura de la precaución y la cárcel intelectual de esas personas. Nadie fue tan lejos en cuanto a querer destruir los rígidos cimientos intelectuales y buscar transformar la humanidad.

*Durant, Will, *Historia de la Filosofía* (Editorial Buenos Aires, 1952).

3

La timidez y la omisión de la ciencia en investigar la inteligencia de Cristo

La promesa de la ciencia y la frustración dejada

En el siglo XIX y principalmente en el XX la ciencia tuvo un desarrollo explosivo. En paralelo, el ateísmo floreció como nunca. La ciencia progresaba conforme a lo mucho que prometía. Apoyados en la ciencia, los seres humanos se volvieron osados en sus sueños de progreso y modernidad. Millones de ellos, incluso muchos intelectuales, sacaron a Dios de sus vidas, de sus historias, reemplazándolo por la ciencia. Ella prometía llevarlos a crecer mucho en los aspectos de la prosperidad biológica, psicológica y social. La solidaridad aumentaría, la ciudadanía florecería, el humanismo llenaría las relaciones sociales, la riqueza material se expandiría y alcanzaría a todos los seres humanos, la miseria social sería extinguida y la calidad de vida alcanzaría niveles superiores. Las guerras, las discriminaciones y las demás violaciones de los derechos humanos serían recordadas como máculas de las generaciones pasadas. ¡Bello sueño!

La ciencia ofrecía una gran esperanza, que a pesar de no ser expresada en palabras, era fuerte y arrebatadora. Había una promesa sentida a cada momento en que se daba un avance espectacular en la ingeniería civil, en la mecánica, en la electrónica, en la medicina, en la genética, en la química, en la física, y otras. La expansión del conocimiento era incontrolable. Cada ciencia se multiplicaba en otras nuevas. Cada calle del conocimiento se expandía, volviéndose un barrio entero lleno de informaciones. Fue encontrado un microcosmos dentro de las células. Se descubrió un mundo dentro de los átomos. Se comprendía un mundo con billones de galaxias que latían en el espacio. Se produjo un universo de posibilidades en las memorias de los computadores.

La ciencia se desarrolló intensamente, pero frustró a la humanidad. Por un lado, hizo y sigue haciendo mucho. Provocó una revolución tecnológica en el mundo extrapsíquico y hasta en el cuerpo humano, por medio de los exámenes de laboratorio y de las técnicas de medicina. Revolucionó el mundo extrapsíquico, el mundo exterior de las personas, pero no el mundo intrapsíquico, el mundo interior, las profundidades de la mente. Guió al ser humano en el descubrimiento del inmenso espacio y del pequeño átomo, pero no lo llevó a explorar su propio mundo interior.

Produjo vehículos automotores, pero no vehículos psíquicos capaces de conducir las personas en los trayectos de su propio ser. Fabricó máquinas para arar la tierra y garantizar alimentos para saciar el hambre física, pero no produjo principios psicológicos y sociológicos para «arar» la rigidez intelectual, el individualismo y alimentarlo con civismo, con tolerancia, con preocupación por los otros. Ofreció informaciones y multiplicó las universidades, pero no solucionó la deficiencia de formar pensadores.

La ciencia no produjo la tan esperada revolución del humanismo, de la solidaridad, de la preservación de los derechos humanos. No cumplió las promesas más básicas de expandir la calidad de vida psicosocial del mundo moderno.

Hombres y mujeres del final del siglo XX se sintieron traicionados por la ciencia y los del tercer milenio se sienten hoy frustrados, perdidos, confundidos, sin base intelectual para apoyarse.

El conocimiento y las miserias psicosociales

Millares de personas logran definir las partículas de los átomos que nunca vieron, pero no alcanzan comprender que el color de la piel blanca o negra, tan perceptibles a los ojos, no sirven de parámetro para distinguir dos personas de la misma especie, que poseen el mismo espectáculo de la construcción de pensamientos. ¿Somos, a cada generación, una especie más feliz, humanitaria, solidaria, complaciente, tolerante y menos enferma psíquicamente? Desafortunadamente, ¡no!

El conocimiento abrió nuevas e impensables perspectivas. Las escuelas se multiplicaron. Las informaciones nunca fueron tan democratizadas, tan accesibles. Estamos en la era de la educación virtual. Millones de personas estudiarán en universidades sin salir de sus casas. Pero, ¿dónde están los pensadores que dejan de ser espectadores pasivos y se vuelven en agentes modificadores de su historia existencial y social? ¿Dónde están los ingenieros de ideas creativas, capaces de superar las dictaduras de la preconcepción y las causas de estrés? ¿Dónde están los poetas de la inteligencia que desarrollaron el arte de pensar? ¿Dónde están los humanistas que no anhelan que el mundo gire a su alrededor, que vencen la paranoia del individualismo, que trascienden la paranoia de la competición agresiva y saben entregarse socialmente?

Los seres humanos nunca utilizaron tanto la ciencia. Entretanto, nunca desconfiaron tanto de ella. Ellos saben que la ciencia no solucionó los problemas

básicos de la humanidad. ¿Cuál es la consecuencia de eso? Es que la fuerte corriente del ateísmo que se inició en el siglo XIX y que siguió por buena parte del siglo XX fue rota. La ciencia, como dije, progresaba conforme a lo mucho que prometía. Apoyados en los cimientos de la ciencia, hombres y mujeres se ganaron status de dioses, pues creían ser capaces de extirpar completamente sus propias miserias. Así que, durante muchas décadas el ateísmo floreció como un jardín vivo. Todavía, con el fracaso de la ciencia, el ateísmo como las cartas de una baraja, se derrumbó, y el misticismo floreció. Fuimos de un extremo al otro.

Percibiendo las miserias psicosociales a su vuelta y observando las noticias negativas saltando todos los días de los periódicos, las personas comenzaron a buscar a Dios. Ellas, que no creían en nada, pasaron a creer en todo. Ellas, que eran tan incrédulas, pasaron a ser tan crédulas. Todo tipo de creencia es respetable, pero es igualmente respetable ejercer el derecho de pensar antes de creer, y creer con madurez y consciencia crítica. El derecho de pensar con consciencia crítica es nobilísimo.

La ciencia y la complejidad de la inteligencia de Cristo

La ciencia fue tímida y omisa en pesquisar algunas áreas importantísimas del conocimiento. Una de ellas se relaciona a los límites entre la psique y el cerebro. Hemos viajado por el inmenso espacio y penetrado en lo íntimo del pequeño átomo, pero la naturaleza intrínseca de la energía psíquica, que nos hace seres que piensan y sienten emociones, permanece un enigma.

Otra actitud tímida y omisa de la ciencia a lo largo de los siglos está vinculada a la investigación del personaje principal de este libro: Jesucristo. La ciencia lo consideró demasiado complejo. Sí, él lo es, pero ella fue tímida en investigar su inteligencia. ¿Por ventura aquél que dividió la historia de la humanidad no merecía ser mejor investigado? La ciencia lo consideró inalcanzable, distante de cualquier análisis. Dejaron esa tarea exclusivamente para los teólogos.

Hay por lo menos dos formas de que una persona sea dejada de lado: cuando es considerada sin ningún valor o cuando es tan valorada que se vuelve inalcanzable. Cristo fue rechazado por diversos «intelectuales» de su época por ser considerado un perturbador del orden social y religioso. Hoy día, al contrario, es tan valorado que muchos lo consideran intocable, distante de cualquier investigación. No obstante, como ya afirmé, a él le gustaba ser investigado con inteligencia.

La omisión y la timidez de la ciencia permitieron que Cristo fuese excluido de las discusiones académicas, no siendo estudiado en las aulas. Su inteligencia compleja no es objeto de pesquisa de las tesis de posgrado. Aunque la inteligencia de Jesús contenga principios intelectuales sofisticados, capaces de estimular el proceso de interiorización y el desarrollo de las funciones más importantes de la inteligencia, ella realmente fue excluida de los currículos escolares.

Es muy raro que alguien comente que la inteligencia de Cristo era perturbadora, que ella rompía la cárcel intelectual de las personas, que abría las ventanas de las mentes de ellas. Todos admiten que él fue un ejemplo vivo de mansedumbre y humildad, pero nadie comenta que él era insuperable en el arte de pensar.

Algunas herramientas usadas para investigar la inteligencia de Cristo

El Maestro de los maestros de la escuela de la existencia fue excluido de la escuela clásica. Centenares de millones de personas lo admiran profundamente, pero solo una minoría estudia los detalles de su inteligencia. Gran parte de ellas no tienen idea de como él deseaba provocar una transformación psicosocial del interior para el exterior del ser humano, una transformación que la ciencia prometió en las entrelíneas de su desarrollo y no cumplió.

Antes de seguir estudiando la inteligencia de Cristo, me gustaría explicar algunos de los medios básicos de la construcción de la inteligencia humana.* Haré un pequeño resumen del proceso de construcción de los pensamientos, de los papeles de la memoria y de la dictadura de la preconcepción.

Los fenómenos que aquí estudiaré servirán como herramientas para investigar algunos principios fundamentales de la inteligencia de Jesucristo, que serán aplicados y explicados a lo largo de este libro.

La inteligencia de Cristo delante de la ansiedad y del control de los pensamientos

La inteligencia del carpintero de Nazaret era tan impresionante que él predicaba acerca de temas que solo serían averiguados por la ciencia diecinueve siglos después, con el surgimiento de la psiquiatría y de la psicología. Cristo se adelantó al

tiempo y habló acerca de la más frecuente de las enfermedades psíquicas, la ansiedad (Mateo 6.25-34). La ansiedad detiene el placer de vivir, lleva a la irritabilidad, estimula la angustia y produce un universo de enfermedades psicosomáticas.

La medicina, como ciencia milenaria, siempre miró la psiquiatría y la psicología desde arriba, con alguna desconfianza, pues las consideraba ciencias nuevas e inmaduras. Muchos estudiantes de medicina, hasta en la escuela dónde me gradué, no daban gran importancia a las clases de psiquiatría y psicología. Querían estudiar los órganos del cuerpo humano y sus enfermedades, pero despreciaban el funcionamiento de la mente. Aunque, en las últimas décadas, la medicina ha abandonado su postura orgullosa y buscado estudiar y tratar el ser humano integral —cuerpo, alma y psique—, pues se ha dado cuenta de que muchas enfermedades cardiovasculares, pulmonares, gastrointestinales, y otras, tienen como causa trastornos psíquicos, entre los cuales sobresale la ansiedad.

Jesús predicó acerca de una enfermedad que solamente ahora ha ocupado los principales capítulos de la medicina. Probablemente, en el tercer milenio, un excelente médico será ante todo un profesional con buenos conocimientos de psiquiatría, psicología y cultura general. Será un profesional menos inclinado a pedir exámenes de laboratorio y prescribir medicamentos y más interesado en dialogar con sus pacientes, alguien con habilidad para penetrar en el mundo de ellos, detectar sus niveles de ansiedad y ayudarlos a superar los dolores existenciales. Será un profesional que tendrá una línea de pensamiento semejante a aquella pregonada hace tantos siglos por Cristo. Él era el maestro del diálogo.

Ese maestro comprendía la mente humana y las dificultades de la existencia con una lucidez refinada. Él se preocupaba con la calidad de vida de sus íntimos. Predicaba elocuentemente: «no andéis ansiosos por vuestra vida». Eso no significaba que no pudiesen tener ninguna reacción de ansiedad, sino que no viviesen ansiosos. En sus palabras, Cristo ya se refería a la ansiedad natural, normal, presente en cada ser humano, que se manifiesta naturalmente cuando estamos preocupados, cuando planeamos, cuando expresamos un deseo, cuando sufrimos alguna enfermedad o contrariedad. Todavía, según Jesús, esa ansiedad eventual, normal se puede volver enfermiza, un andar, un «caminar» ansioso.

En este libro, no me detendré en detalles sobre el pensamiento de Cristo acerca de la ansiedad. Quiero apenas comentar que él afirmaba que las preocupaciones exageradas con la supervivencia, los pensamientos anticipatorios, el enfrentamiento de problemas virtuales, la de valoración del ser por el tener, cultivan la ansiedad enfermiza. El maestro de la escuela de la existencia era un gran sabio. Las causas

que él apuntó no cambiaron al mundo moderno; al contrario, ellas se intensificaron.

Cuanto más conquistamos bienes materiales, mas queremos acumularlos. Parece no haber límites para nuestra inseguridad e insatisfacción. Valoramos más el «tener» que el «ser», o sea, poseer bienes más que ser tranquilos, alegres, coherentes. Esa inversión de valores trae la ansiedad y sus frutos, inseguridad, miedo, aprehensión, irritabilidad, insatisfacción, angustia (tensión emocional asociada a una presión en el pecho). La inseguridad es una de las principales manifestaciones de la ansiedad. Hacemos seguros de vida, de la casa, del auto, pero aún así, no resolvemos nuestra inseguridad.

Cristo tenía razón: hay una ansiedad inherente al ser humano, relacionada a la construcción de pensamientos, influenciada por la carga genética, por influencias psíquicas y sociales. Solo no tiene esa ansiedad quién está muerto. Somos la especie que posee el mayor de todos los espectáculos, el de la construcción de pensamientos. Entretanto, muchas veces usamos el pensamiento en contra de nosotros mismos, para crear una vida ansiosa. Los problemas aún no ocurrieron, pero ya estamos angustiados por ellos. El evangelio de Mateo 6.34 dice: «Así que, no os afanéis por el día de mañana ... Basta a cada día su propio mal». Cristo quería vacunar a sus discípulos contra el estrés producido por pensamientos anticipatorios. No ignoraba las metas, las prioridades, los planes de trabajo, pues el mismo tenía metas y prioridades bien establecidas, pero quería que los discípulos no sufriesen a causa de problemas imaginarios.

Muchos de nosotros vivimos la paradoja de la libertad utópica. Por afuera somos libres porque vivimos en sociedades democráticas, mas por dentro somos prisioneros, esclavos de las ideas dramáticas y de contenido negativo que anticipan el futuro. Hay muchas personas que gozan de buena salud, mas viven miserablemente pensando en cáncer, infarto accidentes, pérdidas.

La enseñanza de Cristo relacionada a la ansiedad, era sofisticada, pues para practicarla, sería necesario conocer el complejo arte intelectual que todo ser humano tiene dificultad de aprender: el arte de gobernar sus pensamientos.

Gobernamos el mundo exterior, pero tenemos inmensa dificultad en gobernar el mundo interior, el de los pensamientos y de las emociones. Sufrimos por necesidades que nunca fueron prioritarias, por la paranoia del mundo moderno: el consumismo, la estética, la seguridad. Así, la vida humana, que debería ser un espectáculo de placer, se transforma en un espectáculo de terror, de miedo, de ansiedad. Nunca tuvimos tantos síntomas psicósomáticos: dolores de cabeza, dolores musculares, cansancio excesivo, sueño perturbado, trastornos alimenticios, como la bulimia y la anorexia

nerviosa, etc. Una parte significativa de los adolescentes norteamericanos tiene problemas de obesidad y la ansiedad es una de las principales causas de este trastorno.

Para comprender la importancia de la gestión de los pensamientos y de las dificultades de ejecutarlos, necesitamos contestar por lo menos dos grandes preguntas acerca del funcionamiento de la mente. ¿Cuál es la mayor fuente de entretenimiento humano? ¿Pensar es una actividad inevitable? o ¿es un trabajo intelectual voluntario que depende solamente de la determinación consciente del propio hombre?

La mayor fuente de entretenimiento humano no es la televisión, o el deporte, la literatura, la sexualidad, o el trabajo. La respuesta está dentro de cada uno de nosotros. Es el mundo de las ideas, de los pensamientos, que el ser humano construye clandestinamente en su propia mente, y que produce sus sueños, sus planes, sus aspiraciones.

¿Quién logra interrumpir la construcción de pensamientos? Es imposible. El propio intento de interrupción ya es un pensamiento. Pensamos durante los sueños, cuando estamos trabajando, caminando, conduciendo.

Las ideas representan un conjunto organizado de cadenas de pensamientos. El flujo de las ideas que cruzan a cada momento en el escenario de nuestra inteligencia no puede ser detenido. Todos somos viajeros en el mundo de las ideas: viajamos al pasado, reconstruyendo experiencias ya vividas; viajamos al futuro, imaginando situaciones todavía inexistentes; viajamos también a los problemas existenciales.

Los jueces viajan en sus pensamientos mientras juzgan a los reos. Los psicoterapeutas viajan mientras atienden a sus pacientes. Los científicos viajan mientras pesquisan. Los niños viajan a sus fantasías. Los adultos, a sus preocupaciones. Los ancianos, a sus recuerdos.

Unos construyen proyectos y otros, castillos intangibles. Unos viajan menos en sus pensamientos, otros viajan más, concentrándose poco en sus tareas. Esas personas piensan que tienen déficit de memoria, pero, a la verdad, poseen apenas déficit de concentración por causa de la hiperproducción de pensamientos.

Pensar no es una opción voluntaria del ser humano; es su destino inevitable. No podemos interrumpir la producción de pensamientos, solo podemos gobernarlos. Es imposible interrumpir el flujo de pensamientos, pues además del yo (voluntad

consciente) existen otros tres fenómenos: el del autochequeo de la memoria, el ancla de la memoria y el complejo autoflujo,* que hacen automáticamente una lectura de la memoria y producen innumerables pensamientos diarios que son importantes tanto para la formación de la personalidad como para producir una gran fuente de entretenimiento, pudiendo convertirse también en la mayor fuente de ansiedad humana.

Cristo prevenía tanto en contra la ansiedad como predicaba acerca del placer de vivir. Decía: «considerad los lirios del campo» (Mateo 6.28). Quería que las personas fueran alegres, inteligentes, pero simples. Pero, así como sus discípulos, nosotros no sabemos contemplar los lirios de los campos, o sea, no sabemos extraer el placer de los pequeños momentos de la vida. La ansiedad estanca ese placer. A pesar de que el maestro de la escuela de la vida predicaba acerca de la ansiedad y sus causas, su propuesta en relación al sentido de la vida y al placer de vivir era tan sorprendente que, como analizaremos en el próximo capítulo, choca con la psiquiatría, la psicología y las neurociencias.

A lo largo de casi dos décadas pesquisando el funcionamiento de la mente humana, comprendí que no hay ser humano que no tenga problemas en la gestión de sus pensamientos y emociones, principalmente durante los momentos de tensión. El desafío más grande de la educación no es conducir a las personas a ejecutar tareas y dominar el mundo que las rodea, sino conducir las a controlar sus propios pensamientos, su mundo intelectual.

Es posible tener estatus y éxito social y ser una persona insegura delante de las contrariedades, incapaz de controlarse en las situaciones estresantes. Es posible tener éxito económico, pero ser un «rico pobre» sin el placer de vivir, de contemplar los pequeños detalles de la vida. Es posible viajar por el mundo y conocer varios continentes, pero no haber andado los caminos de su propio ser ni conocerse a sí mismo. Es posible ser un gran ejecutivo y controlar una multinacional, pero no tener dominio sobre los propios pensamientos y reacciones emocionales, ser un espectador pasivo delante de las heridas psíquicas.

Cristo no frecuentó la escuela, no estudió las letras, pero fue el Maestro de los maestros en la escuela de la vida. Era tan sofisticado en su inteligencia que practicaba la psiquiatría y la psicología preventiva cuando estas aún no existían.

La inteligencia de Cristo delante de los papeles de la memoria

¿Cómo trataba Cristo los papeles de la memoria? ¿Usaba la memoria humana como un almacén de informaciones? ¿Tenía un comportamiento lúcido y coherente delante de la historia de sus discípulos?

Cristo usaba los papeles de la memoria de modo distinto a muchas escuelas clásicas. Poseía una sabiduría impresionante. No daba una infinidad de informaciones para sus íntimos ni tampoco reglas de conducta, como muchos piensan. Usaba la memoria como un soporte para hacer de ellos una élite de pensadores. En los capítulos acerca de la escuela de la existencia estudiaremos esos puntos. Aquí, comentaré solo la línea principal del pensamiento de Jesús delante de los papeles de la memoria.

Las escuelas son fundamentales en una sociedad, pero ellas han mantenido sus alumnos durante siglos en las clases, creyendo que la memoria posee una calidad que en realidad no posee: de ser un sistema de archivo de informaciones que nos hace retransmisores de ellas. La idea común y corriente es creer que todo lo que se almacena en la memoria será recordado de modo puro. Aunque, al contrario de lo que muchos educadores y otros profesionales piensan, no existen recuerdos puros de las alegrías, de las angustias, fracasos y de los éxitos que fueron registrados en la memoria existencial (ME). Solamente son recordadas de modo más puro las informaciones de uso continuado como direcciones, números telefónicos y fórmulas matemáticas que fueron registradas repetidas veces en la memoria de uso continuado (MUC).

El pasado no es recordado, pero reconstruido. Los recuerdos son siempre reconstrucciones del pasado, nunca completamente fieles, a veces presentando micro o macro diferencias. Al recordar el día en que recibimos el primer certificado en la escuela, sufrimos un accidente, fuimos ofendidos, recibimos un elogio, el recuerdo siempre será distinto de la realidad del pasado.

La memoria no es un sistema de archivo lógico, una enciclopedia de informaciones, ni la inteligencia humana funciona como retransmisora de esas informaciones. La memoria funciona como un almacén lleno de informaciones para que las tomemos y construyamos los pensamientos. Cristo estaba consciente de eso, pues usaba la memoria como trampolín para expandir el arte de pensar. Estaba siempre estimulando a sus discípulos a que se autoevaluasen y recapacitasen.

¿Por qué la memoria humana no funciona como la memoria de las computadoras? ¿Por qué no recordamos el pasado exactamente como fue? Aquí se esconde un gran secreto de la inteligencia. No recordamos el pasado con exactitud no solo por las dificultades de registro cerebral, sino también porque uno de los más importantes

papeles de la memoria no es transformar al ser humano en un repetidor de informaciones del pasado, sino en un ingeniero de ideas, un constructor de nuevos pensamientos. Ese secreto de la mente humana necesita ser añadido a las teorías educacionales.

Nunca se logra rescatar la realidad de las experiencias del pasado, ni siquiera cuando se está en tratamiento psicoterapéutico. La película del presente nunca es igual a la del pasado. Ese fenómeno, además de estimularnos a ser ingenieros de ideas, contribuye para liberar la inteligencia en situaciones dramáticas. Por ejemplo, una madre que pierde un hijo podría paralizar su inteligencia, pues recordaría seguidamente a lo largo de la vida la misma experiencia del dolor vivido en el velatorio. Pero, como el recuerdo del presente es siempre distinto de aquél del pasado, la madre va poco a poco aliviando inconscientemente el dolor de la pérdida, aunque siempre vaya a extrañarlo. Con eso, ella vuelve a tener placer en vivir.

Sin tales mecanismos intelectuales, resumidamente explicados, no solo las experiencias de dolor y fracaso podrían paralizar nuestras inteligencias, como también las alegrías y éxito nos podrían mantener girando alrededor de ellos.

Cristo estaba continuamente conduciendo sus discípulos a pensar antes de reaccionar, a abrir las ventanas de sus mentes delante del miedo, de los errores, de los fracasos y de las dificultades. Estimulaba los papeles de la memoria y el proceso de construcción de pensamientos.

Vuelvo a repetir, la lectura multifocal de la memoria y la reconstrucción continua del pasado nos llevan a ser ingenieros creativos de nuevas ideas, y no albañiles de las mismas obras. Pero no contribuimos a ese proceso, como hacía el maestro de Nazaret; al contrario, nosotros lo estorbamos, pues, en vez de exigir de nosotros mismos la flexibilidad y la creatividad, preferimos tener óptima memoria y ser repetidores de informaciones, y eso encarcela la inteligencia.

Ese error educacional se ha arrastrado por siglos y aumenta cada vez más mientras el ser humano anhele tener una memoria y una capacidad de respuesta semejante a las computadoras. Las computadoras son esclavas de programas lógicos. Ellas no piensan, no tienen consciencia de sí mismas y, principalmente, no dudan ni se emocionan.

Muchos alumnos no se adaptan al estilo de enseñanza tradicional y son considerados incompetentes o deficientes porque el modelo educacional no siempre estimula adecuadamente las funciones de la memoria. Los propios exámenes escolares pueden representar, a veces, un intento de reproducción inadecuada de

informaciones. Necesitamos comprender que la especialidad de la inteligencia humana es expandir el arte de pensar, crear, libertar el pensamiento, y no memorizar y repetir informaciones.

Veremos que, por conocer bien los papeles de la memoria, el Maestro de la escuela de la existencia enseñaba mucho hablando poco. Deseaba que las personas no fueran repetidoras de reglas de comportamiento, solo capaces de juzgar a los otros, pero sin saber evaluarse ni enfrentar sus propios errores, como los fariseos, de acuerdo al relato de Mateo 7.3: «¿Y por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en tu propio ojo?» Somos excelentes para juzgar y criticar a los demás. Sin embargo, él no admitía que sus discípulos vivieran un maquillaje social. Primero tenían que apuntar el dedo hacia sí mismos, para después juzgar y ayudar a los otros.

Estudiando las entrelíneas de sus ideas, concluimos que Cristo sabía que los pensamientos no se registran con la misma intensidad, que hay algunas experiencias que obtienen un registro privilegiado en el inconsciente de la memoria. Por eso, toda vez que deseaba enseñar algo complejo o estimular una función importante de la inteligencia tal como aprender a entregarse, a pensar antes de reaccionar, a recapacitar la competición agresiva, Jesús usaba gestos sorprendentes que impactaban en la mente de las personas y dejaban huellas para siempre en sus memorias.

El Maestro de los maestros entendía las limitaciones humanas, sabía cómo era difícil controlar las propias emociones, principalmente en los momentos de estrés. Sabía que fácilmente perdemos la paciencia cuando estamos estresados, que nos enojamos por pequeñas cosas y herimos a las personas que más amamos. Para él, lo malo es lo que sale de adentro de nosotros y no lo que está afuera. Es beneficioso para el ser humano actuar primero en su mundo intelectual para después aprender a ser un buen líder en el mundo social.

Cristo no admitía que las tensiones, la ira, la intolerancia, el juicio anticipado enredasen a sus discípulos. Estimulaba a sus íntimos a ser fuertes en un área en que acostumbramos ser débiles: fuertes para controlar la impaciencia, rápidos para reconocer las limitaciones, seguros para reconocer los fracasos, maduros para tratar las dificultades de las relaciones sociales (Mateo 5.1—7.29).

La preocupación del maestro tiene fundamento. Hay un fenómeno inconsciente que llamo fenómeno RAM (registro automático de la memoria) que graba inmediatamente todas las experiencias en la memoria. En las computadoras es necesario dar un comando para «guardar» las informaciones. Pero, en la memoria humana, la mente no

nos da esa libertad. Cada pensamiento y emoción son registrados automática y espontáneamente, y por eso las experiencias del pasado están vivas en nuestro presente.

El fenómeno RAM registra todas nuestras experiencias de vida, tanto nuestros éxitos como nuestros fracasos, tanto nuestras reacciones inteligentes como las inmaduras. Entretanto, hay diferencias en el proceso de registro que influenciarán el proceso de lectura de la memoria. Registramos de forma más privilegiada las experiencias que tienen más contenido emocional, sea de placer o angustia. Por eso tenemos más facilidad en recordar las experiencias más fuertes de nuestras vidas tanto las que nos trajeron alegrías como aquellas que nos frustraron. Estimular adecuadamente el fenómeno RAM es fundamental para el desarrollo de la personalidad, incluso para el éxito del tratamiento de pacientes depresivos, fóbicos y autistas.

Cristo no quería que las turbulencias emocionales fueran seguidamente registradas en la memoria tornando insensible la personalidad. Quería que sus discípulos fueran libres (Lucas 4.18; Juan 8.32). Libres en un territorio donde todo ser humano es fácilmente prisionero, sea un psiquiatra o un paciente: en el territorio de la emoción. El maestro de la escuela de la existencia casi veinte siglos antes de Goleman,* ya predicaba apuntando la energía emocional como una de las importantes variables que influyen el desarrollo de la inteligencia. Dejaría a los adeptos de la tesis de la inteligencia emocional boquiabiertos, con la forma como él trataba con las dificultades emocionales, superaba los dolores existenciales, desarrollaba la creatividad y abría las ventanas de la mente en las situaciones estresantes.

Si no actuamos con rapidez e inteligencia al tratar con nuestras ansiedades, intolerancias, impaciencias, miedos, nosotros los reforzaremos en nuestras memorias. Así, seremos nuestro propio enemigo, rehenes de nuestras propias emociones. Por eso muchos viven la paradoja de la cultura y de la miseria emocional. Poseen muchos títulos académicos, son cultos, pero, al mismo tiempo, son infelices, ansiosos y supersensibles, no saben absorber sus contrariedades, frustraciones y las críticas que reciben. Esas personas deberían reevaluarse e invertir en calidad de vida.

No está bajo el control consciente de las personas el registro de las informaciones en la memoria, así como tampoco está la capacidad de borrarlas. Pero es posible reescribirlas. ¿Usted ya pensó si fuera posible borrar los archivos registrados en la memoria? Cuando estuviéramos decepcionados, frustrados con determinadas personas, tendríamos la oportunidad de matarlas dentro de nosotros. Eso produciría un suicidio impensable de la inteligencia, un suicidio de la historia. Muchos de

nosotros ya intentamos, sin éxito, borrar a alguien de nuestra memoria.

Cristo indicó a lo largo de la relación que tuvo con sus discípulos que tenía consciencia de que la memoria no podía ser borrada. Veremos que no quería destruir la personalidad de las personas que convivían con él. Al contrario, deseaba transformarlas en su íntimo, madurarlas y enriquecerlas. No deseaba anular la historia de ellas, sino deseaba que reescribiesen su historia con libertad y consciencia, que no tuviesen miedo de repensar sus dogmas y de revisar sus conflictos delante de la vida.

¿Cómo puede alguien que nació hace tantos siglos, sin ningún privilegio cultural o social demostrar un conocimiento tan profundo de la inteligencia humana? El maestro de Nazaret era un Maestro de la vida. Él usaba sus momentos de silencio, sus parábolas, sus reacciones para estimular a sus incultos discípulos a que fueran un grupo de pensadores capaces de tocar juntos la más bella sinfonía de la vida. Sin duda era un Maestro intrigante y estimulante. Estudiar la inteligencia de él es mucho más complejo que estudiar a Freud, Jung, Platón o a cualquier otro pensador.

La inteligencia de Cristo delante de la dictadura del preconcepto

Ahora estudiaremos el pensamiento de Cristo en las relaciones sociales. Analizaremos como él se comportaba delante de las personas socialmente despresadas y moralmente rechazadas. El maestro de la escuela de la vida tiene algunas lecciones a enseñarnos también en esa área.

El líder más grande no es aquél capaz de gobernar el mundo, sino el que es capaz de gobernarse a sí mismo. Algunos ejecutan con gran habilidad sus tareas profesionales, pero no tienen la habilidad de construir relaciones profundas, abiertas, flexibles y libres de angustias y ansiedades. Uno de los mayores problemas que paralizan la inteligencia y dificultan las relaciones sociales es la dictadura del preconcepto.

La prevención está íntimamente conectada a la construcción de pensamientos. Toda vez que estamos frente a algún estímulo, leemos automáticamente nuestra memoria y construimos pensamientos que contienen preconceptos acerca de ese estímulo. Por ejemplo, cuando estamos frente al comportamiento de alguien, usamos la memoria y producimos un preconcepto acerca de ese comportamiento. Así, frecuentemente tenemos un concepto previo de los estímulos que observamos, y por

eso los consideramos correctos, inmorales, inadecuados, bellos, feos, etc.

Aquí hay un gran problema: la utilización de la memoria produce un preconcepto inevitable y necesario, pero, si no evaluamos esa prevención viviremos bajo su dictadura (control absoluto) y así, cerraremos nuestra inteligencia y nos cerraremos para otras posibles formas de pensar.

Cuando vivimos bajo la dictadura del preconcepto, encarcelamos el pensamiento, creamos verdades que no son verdades y nos tornamos radicales. Hay tres grandes clases de preconcepciones que producen la dictadura de la inteligencia: el histórico, el tendencioso y el radical. Este libro no pretende entrar en detalles acerca de esas clases de preconcepciones.

En la medida en que adquirimos cultura, comenzamos a ver el mundo de acuerdo a los preconcepciones históricos, o sea, con los conceptos, paradigmas y parámetros contenidos en esa cultura. Si un psicoanalista ve el mundo por los ojos del psicoanálisis, él se cierra para otras posibilidades de pensar. De igual modo, si un científico, o un profesor, un ejecutivo, un padre, un periodista, ve el mundo solo a través de los preconcepciones contenidos en su memoria, puede estar bajo la dictadura del preconcepto, aunque no esté consciente de ello.

Las personas que viven bajo la dictadura del preconcepto no solo pueden ultrapasar los derechos de los otros e impedir su desarrollo intelectual, sino también herir sus propias emociones y experimentar una fuente de angustias. Ellas se vuelven implacables y radicales con sus propios errores. Se están siempre castigando y exigiendo de sí mismas un perfeccionismo inalcanzable.

Las precauciones están contenidas en la memoria, pero si no aprendemos a evaluarnos y a aplicar el arte de la duda y de la crítica en ellos, podemos tornarnos autoritarios, agresivos y herir tanto los derechos de los otros como los nuestros. ¿Por qué nuestra forma de pensar es, a veces, radical e incuestionable? Porque nos comportamos como semidioses.

Pensamos como seres absolutos, que no dudan de lo que piensan, que no se autoevalúan. Quien conoce un poco la grandeza y la sofisticación del funcionamiento de la mente humana, se vacuna contra la dictadura del preconcepto. Cabe recordar que el preconcepto individual se puede regar y llegar a ser un preconcepto social, un paradigma colectivo.

¿Cómo trataba Cristo con la dictadura del preconcepto? ¿Era él una persona

tolerante y sin preconceptos? ¿Lograba comprender el ser humano independientemente de su moralidad, de sus errores, de su historia?

Las biografías de Jesús muestran que él era una persona abierta e inclusiva. No clasificaba las personas. Nadie era indigno de relacionarse con él, por peor que hubiera sido su pasado.

Los fariseos y escribas en la época de Cristo eran especialistas en la dictadura del preconcepto. Para ellos, sus verdades eran eternas, el mundo era solamente del tamaño de su cultura. Rígidos en su forma de pensar, vivían en una cárcel espiritual. No usaban el arte de la duda contra sus prejuicios para limpiar sus mentes y abrirse a otras posibilidades de pensar. Por eso, no podían aceptar a alguien como Jesús, que derribaba todos los dogmas de la época e introducía una nueva forma de ver la vida y comprender el mundo.

Veamos un ejemplo de como Cristo trataba con la dictadura de la preconcepción.

Había una mujer samaritana cuya vida moral era considerada de la peor calidad. Ella vivió una historia poco común, totalmente fuera de los patrones éticos de su sociedad. Tuvo tantos «maridos» (cinco) que tal vez haya superado el límite de su época. Era una persona infeliz e insatisfecha. Su necesidad constante de cambiar de compañero sexual era una evidencia clara de su dificultad en sentir placer, pues nadie la completaba, las relaciones interpersonales que construía eran frágiles y sin raíces. Estaba angustiada interiormente y era rechazada exteriormente. Los propios samaritanos probablemente evitaban mirarla. Entre tanto, un día, algo inesperado sucedió. Cuando ella estaba sacando agua de un pozo, surgió una persona en el calor del día y cambió la historia de su vida. Cristo surgió en aquél momento y, para espanto de la mujer, charló con ella considerándola de forma especial, como un ser humano digno del mayor respeto.

Samaria era una región habitada por una mezcla de judíos con otros pueblos (los gentiles). Los «judíos puros» rechazaban a los «samaritanos impuros» (Juan 4.4-11), los samaritanos no reconocían a Jerusalén como centro de adoración a Dios. La mezcla racial de los samaritanos y su desprecio a los dogmas religiosos eran insoportables para los judíos. La discriminación contra los samaritanos era tan fuerte que cuando los judíos querían ofender el origen de una persona, le decían samaritano.

Cuando Cristo apareció delante de aquella mujer ella estaba consciente de la discriminación de los judíos y esperaba que él, siendo un «judío puro», ciertamente la rechazase, no le dirigiese una palabra. Pero, él comenzó a dialogar largamente con

ella. La mujer quedó impactada con su actitud y nadie lograba entender como él pudo romper una discriminación tan arraigada. Jesús sostuvo un diálogo profundo, elegante y amigable con la samaritana. No solo rompió la dictadura del prejuicio racial, sino también la del prejuicio moral. Para él aquella mujer era, sobre todo, un ser humano, independientemente de su raza y de su moral. Difícilmente alguien fue tan acogedor con aquellas personas consideradas indignas.

No tendré espacio en este libro para disertar acerca de la profundidad del diálogo que Cristo mantuvo con la samaritana, pero me gustaría llamar la atención hacia la dimensión de su actitud. Él no solamente acogió y dialogó con aquella mujer, sino que también tuvo el coraje de hacer algo que ningún fariseo ni habitante de su ciudad sería capaz, o sea hacerle un elogio. Cuando él preguntó por su marido, ella respondió que no tenía marido. Jesús elogió su sinceridad, su honestidad (Juan 4.17-18). Y comentó que ella había tenido cinco maridos y que el hombre con quien vivía no era su marido. ¿Qué hombre es ese que, en el caos de la inmoralidad, logra exaltar las personas?

Además de hacerle un elogio, Cristo le dijo que ella vivía insatisfecha, que necesitaba experimentar un placer más profundo que pudiera saciarla. Él la intrigó al decir que el agua que ella estaba sacando de aquel pozo iba a saciarla por poco tiempo, pero que él poseía una «fuente de agua» que podría satisfacerla para siempre. Realmente sus palabras fueron perturbadoras y extrañas.

La samaritana quedó impactada con la gentileza y la propuesta inesperada de Cristo. Eso era demasiado para una persona tan discriminada socialmente. Tal vez nunca alguien le había prodigado tanta atención ni se había preocupado con su felicidad. Todos la juzgaban según su comportamiento, pero probablemente nadie había investigado lo que pasaba en su interior. Por eso, de repente, ella dejó su cántaro, se olvidó de su sed física, se alejó de Jesús y corrió hacia su aldea animada y alegre. Parecía que la soledad, la angustia y el aislamiento que la encarcelaban y traían una intensa sed psíquica fueron rotos. Relató a los habitantes de su pequeña aldea el diálogo poco común que tuviera con Cristo.

Ella estaba tan alegre que ni se incomodó en asumir públicamente su historia. Aquí hay un principio interesante. Todas las personas que se tornaban íntimas de Cristo perdían espontáneamente el miedo de asumir su historia, se interiorizaban y se tornaban fuertes en reconocer sus fragilidades, lo que las dejaba emocionalmente saludables.

La samaritana decía a todos que había encontrado a uno que sabía la historia de su vida (Juan 4.28-30). Y decía que él era el Cristo que había de venir al mundo, el

Cristo esperado por Israel. En este texto él no hizo ningún milagro. Pero, practicó gestos profundos y sublimes. Rompió la dictadura del preconceito, destruyó toda forma de discriminación y consideró al ser humano especial, independientemente de su historia, de su moral, de sus errores, de su raza.

Las ciencias podrían haber sido enriquecidas con los principios de la inteligencia de Cristo

Si los principios sociológicos, psicológicos y educativos contenidos en la inteligencia de Cristo hubiesen sido investigados y conocidos, podrían haber sido usados en toda el área educacional, desde el nivel fundamental hasta la universidad. Esos principios independientemente de la cuestión teológica, podrían haber enriquecido la sociedad moderna, que ha estado siendo contaminada por discriminaciones y múltiples formas de violencia.

Esos principios pueden ser muy útiles para la preservación de los derechos fundamentales del ser humano, para desobstruir la rigidez intelectual y para garantizar la libertad de pensar. Ellos estimulan la inteligencia y hasta el arte de la autoevaluación.

La inteligencia de Cristo abre preciosas ventanas que promueven el desarrollo de la ciudadanía y de la cooperación social. Ella también es capaz de expandir la calidad de vida, superar la soledad y enriquecer las relaciones sociales. En la sociedad moderna el ser humano vive aislado dentro de sí mismo, envuelto en un mar de soledad. La soledad es drástica, traicionera y silenciosa. Hablamos elocuentemente acerca del mundo en que estamos, pero no sabemos hablar del mundo que somos, de nosotros mismos, de nuestros sueños, de nuestros proyectos más íntimos. No sabemos hablar acerca de nuestras fragilidades, nuestras inseguridades, nuestras experiencias fundamentales.

El ser humano moderno habla mucho para comentar sobre el mundo donde está, pero enmudece delante del mundo que él es. Por eso, vive la paradoja de la soledad. Trabaja y convive con multitudes, pero, al mismo tiempo, está aislado dentro de sí.

Muchos solamente consiguen hablar de sí mismos delante de un psiquiatra o de un psicoterapeuta, profesionales que tratan no solo de enfermedades psíquicas como depresiones y síndromes del pánico, pero también de una importante enfermedad psicosocial: la soledad. Entre tanto, no hay técnica psicoterápica que sane la soledad. No hay antidepresivos ni calmantes que alivien el dolor que ella trae.

Un psiquiatra y un psicoterapeuta pueden oír íntimamente a un cliente, pero la vida no está dentro de los consultorios terapéuticos. El palco de la existencia transcurre del lado de afuera. En el suelo árido de las relaciones sociales es que la soledad tiene que ser tratada. Es en el mundo exterior que debemos construir canales seguros para hablar de nosotros mismos, sin prejuicios, sin miedo, sin la necesidad de exhibir lo que tenemos. Hablar demostrando solo aquello que somos.

¿Qué es lo que somos? ¿Somos una cuenta bancaria, un título académico, un estatus social? No. Somos lo que siempre fuimos, seres humanos. Las raíces de la soledad comienzan a ser tratadas cuando aprendemos a ser solo seres humanos. Parece contradictorio, pero tenemos muchas dificultades para regresar a nuestras raíces.

El diálogo en todos los niveles de las relaciones humanas se está muriendo. Las relaciones médico/paciente, profesor/alumno, ejecutivo/funcionario, periodista/lector, padre/hijo sufren frecuentemente por la falta de profundidad. ¿Hablar acerca de sí mismo? ¿Aprender a evaluarse y buscar ayuda? ¿Sacar nuestras máscaras sociales? Eso parece difícil de alcanzar. ¡Tal vez sea mejor quedarse mirando la tele, o conectado a la computadora viajando por la Internet!

Pude auxiliar, como psiquiatra y psicoterapeuta, a muchas personas de las más diferentes condiciones socioeconómicas y nacionalidades. Noté que, aunque nos guste clasificarnos y medirnos según lo que poseemos, tenemos una íntima sed de encontrar nuestras raíces como seres humanos. Los placeres más ricos de la existencia: la tranquilidad, las amistades, el diálogo que comparte experiencias existenciales, la contemplación de lo bello, son conquistados por lo que somos, y no por lo que tenemos.

Cristo creó canales de comunicación con sus íntimos. Trató de las raíces más profundas de la soledad. Construyó un relacionamiento abierto, rico afectivamente, sin preconceptos. Valoró elementos que el poder económico no pueden comprar, que están en el centro de los anhelos del espíritu humano, en lo íntimo de los pensamientos y de las emociones.

Cristo reorganizó el proceso de construcción de las relaciones humanas entre sus discípulos. Las relaciones interpersonales dejaron de ser un teatro superficial para ser fundamentadas en un clima de amor poético, regado con solidaridad, lleno de ayuda mutua, de un diálogo agradable. Los jóvenes pescadores que lo seguían, tan limitados culturalmente y con un mundo intelectual tan pequeño, desarrollaron el arte de pensar, conocieron caminos de tolerancia, aprendieron a ser fieles a sus

conciencias, se vacunaron contra la competición predatoria, superaron la dictadura del preconceito, aprendieron a trabajar sus dolores y sus frustraciones, en fin, desarrollaron las funciones más importantes de la inteligencia. La sociología, la psicología y la educación podrían ser más ricas si hubieran estudiado e incorporado los principios sociológicos y psicosociales de la inteligencia de Cristo.

*Para profundizar en ese tema, sugiero el libro *Inteligência Multifocal*, [Inteligencia Multifocal] de mi autoría, que contiene una nueva teoría acerca del funcionamiento de la mente, la construcción de la inteligencia y el proceso de la formación de los pensamientos.

*Cury, Augusto J. *Inteligência Multifocal* [Inteligencia Multifocal] (São Paulo: Cultrix, 1995).

*Goleman, Daniel. *Inteligencia Emocional* (Ed. Kairos, 1999).

4

Si Cristo viviera hoy día, revolucionaría los fundamentos de la psiquiatría y de la psicología

Cristo revolucionó el pensamiento de la sociedad en que vivió y rompió los parámetros sociales reinantes en su época. Era casi imposible tener una actitud de indiferencia ante su presencia. Las personas que lo conocían o lo amaban mucho o lo rechazaban drásticamente. Ante sus palabras, ellas se enfadaban intensamente, o abrían las ventanas de sus mentes y comenzaban a ver la vida de manera totalmente distinta. Si él hubiera vivido en los días de hoy, ¿provocaría turbulencia social, sorprendería la política y la ciencia? ¿Sus ideas siguen siendo intrigantes en la actualidad? ¿Será que sus pensamientos revolucionaron la sociedad en que vivió en razón de la falta de estudio de las personas de su época?, ¿o todavía hoy perturbarían los intelectuales y el pensamiento académico? ¿Qué dimensión tienen sus pensamientos? ¿Qué alcance tiene su propósito, su proyecto trascendental?

Contestar a estas preguntas es muy importante. Este es el objetivo de éste y de los dos capítulos siguientes. Tenemos que investigar si el pensamiento de Cristo no fue superdimensionado a lo largo del tiempo. El predicó con elocuencia acerca de la ansiedad, pero ¿qué impacto tienen sus palabras acerca del vivir con pleno placer en la psiquiatría?

Para contestar a esas cuestiones debemos simular algunas situaciones. Necesitamos transportar a Cristo a los días de hoy e imaginarlo reaccionando y exponiendo sus palabras en diversos eventos de la sociedad moderna. Y tenemos que imaginar una sociedad desprovista de toda cultura cristiana. Veamos algunas situaciones posibles.

La intrepidez de Cristo. El discurso sobre el pleno placer

Imaginemos a Cristo participando de un congreso internacional de psiquiatría cuyos temas principales son la incidencia, las causas y el tratamiento de las enfermedades depresivas.

Miles de psiquiatras están reunidos. Diversos conferencistas hablan sobre los

síntomas básicos de los episodios depresivos, sobre el efecto de los antidepresivos y sobre el metabolismo de los neurotransmisores, como la serotonina, en el principio de las depresiones.* No hay grandes novedades, pero todos están allí reunidos buscando descubrir algunas ideas nuevas. Allí se encuentran también algunos psicoterapeutas comentando las técnicas más eficientes en el tratamiento de esas enfermedades.

¿Quién más está en aquel congreso? Sin duda, los representantes de la industria farmacéutica. No debemos olvidarnos de que se gastan miles de millones de dólares anualmente en el tratamiento farmacológico de las depresiones, por tanto, los grandes laboratorios están allí bien representados, ofreciendo un rico material didáctico para comprobar que su antidepresivo es el más eficiente y el que produce menos efectos colaterales. Una verdadera guerra científica y comercial es disputada en ese evento.

Ahora, recordemos algunos pensamientos de Cristo que fueron expuestos en la fiesta de los Tabernáculos, una conmemoración anual de la tradición judía. Jesús profirió pensamientos que estimularon la inteligencia de todas las personas presentes en aquel evento.

En aquella época, escribas y fariseos ya tenían la intención de matarlo. Él ya había sufrido serios riesgos de ser apedreado. Se convocaron reuniones para determinar cómo atraparlo y quitarle la vida. La mejor actitud que Cristo podría tener sería ocultarse, no estar presente en aquella fiesta o, si estuviera, mantenerse silencioso, con el máximo de discreción. Pero, su valor era impresionante, como si el miedo fuera una palabra excluida del diccionario de su vida.

Cuando todos pensaban que delante de aquella delicada situación él permanecería en silencio, en el último día de la fiesta él se levantó y, con intrepidez, anunció en voz alta para toda la multitud: «Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva» (Juan 7.37-39). Sus palabras sonaron profundamente en lo más íntimo de las personas que oyeron, tanto de las que lo amaban como de aquellas que lo odiaban. Todas se quedaron atónitas, pues una vez más él usaba palabras poco comunes y hasta inimaginables.

Cristo en aquel momento, no habló de reglas de comportamiento, de crítica a la inmoralidad, de conocimiento religioso. Predicó sobre la necesidad de vivir con placer en su sentido más amplio. Tuvo el valor de decirles que podría producir en lo íntimo del ser humano un placer que fluye continuamente, una satisfacción plena, un éxtasis emocional, capaz de solucionar la angustia existencial de las personas. Creo

que sus palabras no tienen precedente histórico, o sea, nadie jamás expresó pensamientos con ese contenido.

Posiblemente él quería decir que, a pesar de que todos estaban alegres en el último día de fiesta, al día siguiente terminaría aquel ciclo festivo y, a partir de ahí, el placer disminuiría y las tensiones diarias retornarían. Cristo tocaba poco en la cuestión moral y en las raíces de la psique humana, pues para él ahí estaba el problema de las miserias del ser humano.

Él daba a entender que sabía que la psiquis humana es un campo de energía que posee un flujo continuo e inevitable de pensamientos y emociones y que ese flujo constituye la mayor fuente de entretenimiento humano. Pero, quería transformar esa fuente, enriquecerla, tornarla estable y duradera. En su sofisticado diálogo con la samaritana, abordó el enriquecimiento de ese flujo vital en contraste con la insatisfacción existencial producida por el fracaso humano al intentar conquistar una fuente continua de placer.

El hombre saludable

Ahora, regresemos a nuestro congreso de psiquiatría e imaginemos Cristo proclamando las mismas palabras. Es el último día del congreso. El más prominente catedrático expuso en la más interesante conferencia acerca de la depresión. El auditorio está lleno.

El público está atento. El conferencista termina su charla e inicia el debate acerca del tema tratado. De repente, un hombre sin cualquier apariencia especial, que no vestía traje y corbata, toma el micrófono y con una intrigante osadía declara con voz estridente que posee el secreto de cómo hacer al ser humano plenamente alegre, satisfecho y feliz.

¿Cómo los psiquiatras, los psicoterapeutas y los científicos de las neurociencias reaccionarían delante de esas palabras? Antes de comenzar a evaluar el impacto que ellas causarían, necesitamos hacer algunas consideraciones acerca de los actuales niveles de la psiquiatría y de la psicología. El tema del congreso son los diversos tipos de depresión. Muchas veces, la depresión es considerada la última etapa del dolor humano. En esos casos, es más intenso que el dolor del hambre. Una persona hambrienta todavía preserva el instinto de vivir, y por eso hasta revuelve la basura para sobrevivir, mientras que las personas deprimidas pueden, aun delante de una mesa llena, no tener apetito ni deseo de vivir. El dolor emocional de la depresión es,

a veces, tan intenso y dramático que no hay palabras para describirlo.

Frecuentemente solo comprende la dimensión del dolor de la depresión quién ya pasó por ella. Además del humor deprimido, las enfermedades depresivas tienen una rica sintomatología. Son acompañadas de ansiedad, desmotivación, baja autoestima, aislamiento social, insomnio, apetito alterado (aumentado o disminuido), fatiga excesiva, libido alterada, ideas de suicidio, y otros.

Necesitamos considerar que, en el estado actual del desarrollo de la psiquiatría y de la psicología, tratamos la enfermedad depresiva, pero no tenemos muchos recursos para prevenir la depresión. Tratamos de la persona enferma, deprimida, pero sabemos poco acerca de cómo preservar la persona sana, prevenir el primer episodio depresivo. La psiquiatría y la psicología clínica tratan con relativa eficiencia los trastornos depresivos, obsesivos, el síndrome del pánico, pero no son capaces de traer de vuelta la alegría, el sentido existencial, el placer de vivir. No saben como promover la salud del ser humano total, como tornarlo un inversor en sabiduría, como desarrollar las funciones más importantes de la inteligencia.

Prevenir los episodios depresivos y reciclar las influencias genéticas para el humor deprimido por medio del desarrollo del arte de pensar, del control de los pensamientos negativos, de la capacidad de trabajar los estímulos estresantes todavía es un sueño en la actual evolución de la psiquiatría. Del mismo modo, expandir la capacidad de sentir placer delante de los pequeños estímulos de la rutina diaria, aprender a autoevaluarse, a vivir una vida plenamente tranquila en la turbulenta escuela de la existencia, también parecen un sueño en el actual estado de la psicología.

El discurso de Cristo revolucionaría la psiquiatría y la psicología

Entonces, imaginemos a Cristo, en el actual desarrollo de la psiquiatría y de la psicología, participando en aquel congreso científico. De repente, él se levanta y afirma que si alguien cree en él, si vive la forma de vida que él propone, de su interior saldrá un placer inagotable, fluirá un «río» de satisfacción plena, capaz de irrigar todo el trayecto de su vida. Seguramente todas las personas en aquel congreso quedarían impactadas con tales afirmaciones. Todos se estarían preguntando cómo ese hombre tuvo el coraje de afirmar que posee el secreto de cómo hacer fluir del cimiento de la mente humana un sentido existencial pleno. ¿Qué pensamientos son esos? ¿Cómo es posible alcanzar tal experiencia de placer? Sus palabras provocarían un gran escándalo, generando protestas de muchos y, al mismo tiempo, ¡profunda admiración de otros!

Él no sería condenado a la muerte como en su época, pues las sociedades modernas se han democratizado, pero, si insistiese en esa idea, sería expulsado del evento o sería catalogado como paciente psiquiátrico. Pero ¿cómo alguien puede ser criticado por decir palabras tan osadas e impenetrables y, al mismo tiempo, ser intelectualmente lúcido, emocionalmente tranquilo, capaz de entender los sentimientos humanos más profundos y de superar las dictaduras de la inteligencia? Cristo, de hecho, es un misterio.

En algunas ocasiones, Cristo profería pensamientos totalmente raros que eran cercados de enigmas, escapando completamente de la imaginación humana. Aunque él tocase en la necesidad íntima de satisfacción del ser humano, sus palabras eran sorprendentes, inesperadas. Si lo investigáramos con mucho criterio, concluiríamos que, al contrario de lo que muchos piensan, su deseo no era producir reglas morales, ideas religiosas, corriente filosófica, sino transformar la naturaleza humana, introducirla en un clima de placer y sentido existencial. Probablemente, nunca nadie predicó con tanta elocuencia acerca de esas necesidades fundamentales del ser humano.

Cristo era audaz. Sabía que sus palabras revolucionarían la inteligencia de su época y, por cierto, las generaciones siguientes, pero aún así no se intimidaba, pues era fiel a su pensamiento. Hablaba con seguridad y determinación acerca de lo que estaba dentro de sí mismo, aunque dejase muchas personas confundidas delante de sus palabras o sufriese riesgo de muerte.

Si esas palabras fuesen dichas en nuestros días, algunos psiquiatras se sentirían tan perturbados al oírlas que comentarían entre sí: «¿Quién es ese hombre que proclama tales ideas? Estamos en la era de los antidepresivos que actúan en el metabolismo de la serotonina y de otros neurotransmisores. Nosotros solo sabemos actuar en la miseria del paciente psíquicamente enfermo, no sabemos hacer de él alguien más contemplativo, solidario y feliz. ¿Cómo puede alguien tener la pretensión de proponer una vida emocional e intelectual intensamente rica y plena de calidad?» Otros tal vez comentasen: «Si no sabemos cómo detener nuestras propias angustias, nuestras propias crisis existenciales, ¿cómo puede alguien proponer un placer pleno, sin fin, que fluye del interior de las personas?»

Cristo, de hecho dijo palabras inalcanzables en la actual evolución de la ciencia. Sus metas en cuanto al placer y al sentido existencial son tan elevadas que representan un sueño aún no soñado por la psiquiatría y por la psicología del siglo XXI. Sus propuestas son muy atractivas y van al encuentro de las necesidades más íntimas de la especie humana, que, aún que posea el poder de la construcción de

pensamientos, está desubicada, se somete a muchas enfermedades psíquicas, tiene dificultad en contemplar lo bello y vivir un placer estable.

Creer o no en las palabras de Cristo es una cuestión personal, íntima, pues sus pensamientos huyen a la investigación científica, sobrepasan la esfera de los fenómenos observables.

Las ideas e intenciones de Cristo, al mismo tiempo que representan una bellísima poesía que a cualquier ser humano le gustaría declamar, modifican la forma como comprendemos la vida. Él no solo sorprendió profundamente la cultura de su época, como también perturbaría la ciencia y la cultura modernas si hubiera vivido en nuestros días.

*Kaplan, Harold I., Sadoch, Benjamin J. *Sinopsis de Psiquiatría* (Ed. Médica Panamericana, 1999).

5

Cristo perturbaría el sistema político

Cristo quería producir una revolución en el interior del ser humano

Cristo tenía conocimiento de la miseria social del ser humano y de la ansiedad que estaba en la base de su supervivencia. Quería sinceramente aliviar esa carga de ansiedad y tensión que cargamos a lo largo de nuestras vidas (Mateo 6.25-34). Aunque tenía plena consciencia de la angustia social y del autoritarismo político que las personas vivían en su época, él detectaba una miseria más profunda que la sociopolítica, una miseria presente en lo más íntimo del ser humano y fuente de todas las otras miserias e injusticias humanas.

Cristo actuaba poco sobre los síntomas: su deseo era atacar las causas fundamentales de los problemas psicosociales de la especie humana. Por eso, al estudiar su propósito más ardiente, comprendemos que su revolución era en lo íntimo del hombre, y no en la política. Un cambio que se inicia en el espíritu humano y se expande por toda su psique renovando su mente, expandiendo su inteligencia, transformando íntimamente la manera en la cual el ser humano se comprende a sí mismo y el mundo que lo rodea, garantizando así, un cambio psíquico y social estable.

Cristo predicaba que solamente por medio de esa revolución silenciosa e íntima seríamos capaces de vencer la paranoia del materialismo no inteligente y del individualismo y desarrollar los sentimientos más altruistas de la inteligencia, como la solidaridad, la cooperación social, la preocupación por el dolor de los demás, el placer contemplativo, el amor como fundamento de las relaciones sociales.

¿Quién puede cuestionarlo? La historia ha confirmado, a lo largo de las sucesivas generaciones, que él tenía la razón. El comunismo calló y no produjo el paraíso de los ricos. El capitalismo trajo un gran desarrollo tecnológico y socioeconómico. Todavía, el capitalismo necesita de innumerables correcciones, pues es sostenido por la paranoia de la competición predatoria, por el individualismo, por la valoración de la productividad por encima de las necesidades intrínsecas de la humanidad. La democracia, que ha sido una de las más importantes conquistas de la inteligencia humana para garantizar el derecho a la libertad de conciencia y de expresión, no detuvo algunas llagas psicosociales fundamentales de la sociedad

moderna tales como la violencia psicológica, las discriminaciones, la fármacodependencia, la exclusión social.

Ahora vamos a regresar al ambiente en que Cristo vivía. Como expliqué, el intentó desarrollar una revolución clandestina en la psique y en el espíritu humano. En diversas ocasiones, demostró claramente que su trono no estaba en Jerusalén. Para espanto de todos, declaró que su reino se localizaba en el interior de cada ser humano. Jerusalén era la capital cultural y religiosa de Israel, donde los escribas y fariseos, que eran los líderes políticos y los intelectuales de la época, amaban, como algunos políticos de hoy, los mejores puestos en los banquetes, el estatus y el brillo social (Mateo 23.5-7).

Cristo sabía que en Jerusalén esos líderes jamás aceptarían ese cambio en la naturaleza humana, esa transformación en el pensamiento y en la forma de ver el mundo. De hecho, su propuesta, al mismo tiempo bella y atrayente, era osadísima. Conducir a las personas a interiorizar y reciclar sus paradigmas y conceptos culturales es una tarea casi imposible cuando ellas son intelectualmente rígidas y cerradas. Él sabía y preveía que, cuando abriese la boca, los líderes de Israel decidirían aborrecerle, rechazarle y perseguirle. Por eso estuvo por largo tiempo en Galilea antes de ir a Jerusalén.

Israel traicionó su deseo histórico de libertad

Israel siempre preservó su identidad como nación y valoró intensamente su libertad e independencia. Su pueblo tiene una historia única y, de cierta forma, poética. Abraham, el patriarca de ese pueblo, dejó valientemente la conturbada tierra de Ur de los caldeos y se fue en búsqueda de una tierra desconocida.

Abraham era un hombre íntegro y determinado. Él dio origen a Isaac. Isaac dio origen a Jacob, que recibió el nombre de Israel, que significa «príncipe de Dios». Israel tuvo doce hijos, que dieron origen a las doce tribus. De la tribu de Judá salieron los reyes de Israel. El nombre «judío» es derivado de la tribu de Judá. Las raíces milenarias de ese pueblo culturalmente rico impedían que se sometiera al yugo de cualquier emperador. Solamente la fuerza agresiva de los imperios sofocaba el ardiente deseo de libertad e independencia de esa nación.

A causa de su deseo compulsivo de libertad, el pueblo de Israel sufrió situaciones dramáticas en algunos periodos históricos, como en el tiempo de Calígula. Cayo Calígula era un emperador romano agresivo, inhumano y ambicioso. Además de

haber mandado a matar a varios senadores romanos, destruido a sus amigos y violado los derechos de los pueblos que subyugaba, ambicionaba hacerse pasar por «dios». Deseaba que todos los pueblos se arrodillasen delante de él y le adorasen. Para el pueblo judío, ese tipo de adoración era inadmisibile e insoportable. Cayo sabía de esa resistencia y odiaba la audacia e insubordinación de ellos.* Los judíos a pesar de estar debilitados, desterrados, errantes y amenazados de sufrir una destrucción étnica, fueron prácticamente los únicos que no doblaron rodilla a los pies de Cayo. La libertad, para ese pueblo, no tenía precio.

Flavio Josefo, un brillante historiador que vivió en el primer siglo de esta era, nos relata una historia dramática acontecida a ese pueblo de Israel por causa del deseo de preservar su independencia. El pueblo de Israel era considerado un cuerpo extraño en el inmenso dominio de Roma y tenía frecuentes reacciones contra ese imperio. En el año 70 a.d., los judíos nuevamente se rebelaron y se situaron dentro de Jerusalén. Tito, general romano, fue encargado de exterminar el foco de resistencia y retomar Jerusalén. Los judíos podían rendirse o resistir y luchar. Prefirieron la resistencia y la lucha. Tito sitió a Jerusalén e inició una de las más sangrientas guerras de la historia.

Los judíos resistieron más allá de sus fuerzas. El hambre, la angustia y la miseria fueron inmensas. Murieron tantos judíos que la ciudad quedó impregnada de mal olor. Se pisaban cadáveres por las calles. Por fin, Jerusalén fue destruida y los que quedaron del pueblo fueron llevados cautivos y dispersados.**

Esos ejemplos muestran el deseo desesperado del pueblo judío por preservar su libertad, su identidad y su independencia. Pero, hubo una época en que los líderes judíos traicionaron su deseo de libertad e independencia. Es increíble constatarlo, pero Jesús perturbó tanto a los líderes judíos con su revolución interior y sus pensamientos, que ellos prefirieron a un emperador gentil, en vez del liderazgo de Cristo que tenía raíces judías, aunque afirmase no desear el trono político. Israel prefirió mantener la relación con el imperio romano y no admitir a Jesús como el Cristo.

Los líderes de Israel, en la época de Cristo, desearon más el poder sociopolítico que la búsqueda de la libertad e independencia. La inmensa mayoría del pueblo judío probablemente no estaba de acuerdo con esa posición y había diversos miembros de la cúpula, como Nicodemo y José de Arimatea, que sentían gran aprecio por Cristo y discordaban de su injusta condenación. Entre tanto, ellos callaron, pues temían las consecuencias que sufrirían por creer en Jesús.

¿Cuándo traicionó la cúpula judía el deseo de libertad e independencia que por

siglos dominaba el pueblo de Israel? Cuando Pilato, burlándose de ella, dijo que no podría crucificar al «Rey de los Judíos» (Marcos 15.9). Sus líderes quedaron indignados con la ofensa de Pilato y por eso lo presionaron y suplicaron que crucificase a Cristo, diciendo que su rey era César. Los judíos siempre habían rechazado intensamente el dominio del Imperio Romano, pero en aquel momento prefirieron a César en lugar de Cristo, a un romano en lugar de un judío.

Como dijimos previamente, Jesús afirmaba que quería un reino oculto dentro del ser humano. Los líderes judíos se sentían amenazados por sus pensamientos. Su plan era intrigante y demasiado complejo para ellos. Su propósito rompía todos los paradigmas existentes. Por eso, Cristo fue drásticamente rechazado.

Algunos judíos dicen hoy que Cristo era una persona querida y valorada en su época por los líderes judíos. Pero, las biografías de Cristo son claras en ese respecto. Él fue silenciado, odiado, burlado, le escupieron en la cara, aunque había sido amable, dócil y humilde, y al mismo tiempo declaraba palabras chocantes, nunca antes oídas. Sus palabras se volvieron demasiado perturbadoras para ser analizadas, principalmente por aquellos que amaban el poder y no eran fieles a su propia conciencia.

El síndrome de Pilato

Los líderes judíos amenazaron denunciar a Pilato ante el gobierno de Roma si él no condenaba a Jesús. Pilato tenía un gran poder conferido por el imperio romano: el de la vida y de la muerte. Pero, era un político débil omiso y disimulado.

Al interrogar a Cristo, Pilato no halló injusticia en él (Marcos 15.4). Por eso, deseaba liberarlo, pero era demasiado débil como para soportar la presión política de esa decisión. Así que cedió a la presión de los judíos. Entretanto, para mostrar que aún tenía el poder político, hizo un pequeño teatro: se lavó las manos. Pilato se ocultó detrás del gesto de lavarse las manos. No solo cometió un crimen en contra de Cristo, sino también en contra de sí mismo, contra la fidelidad a su propia conciencia. Aquel que es infiel a su propia conciencia tiene una deuda impagable consigo mismo.

El síndrome de Pilato ha recorrido los siglos y contaminado a algunos políticos. Es mucho más fácil esconderse detrás de un discurso elocuente que asumir con honestidad sus hechos y sus responsabilidades sociales. El síndrome de Pilato se caracteriza por la omisión, disimulo, negación del derecho, del dolor y de la historia

de los demás.

Cristo era seguido por las multitudes. Por donde pasaba había un grupo de personas interesadas en él. Las multitudes se amontonaban a su alrededor. Así provocaba muchos celos en los líderes judíos.

Personas de todos los niveles buscaban a aquel hombre amable y al mismo tiempo desafiante y determinado para oírle. Buscaban conocer los misterios de la existencia, anhelaban experimentar la transformación íntima, clandestina, que él proclamaba.

Los relatos que muestran que, cierta vez, más de cinco mil hombres lo siguieron, y en otra ocasión más de cuatro mil, sin contar mujeres y niños (Mateo 14.13-21; Marcos 6.30-44). Se trataba de un fenómeno social espectacular. Probablemente nunca un hombre que viviera en aquella región había despertado tanto el ánimo de las personas. Nunca un hombre sin ninguna apariencia especial o propaganda fue seguido de modo tan apasionado y caluroso por las multitudes.

Los líderes judíos estaban muy preocupados con el movimiento social que se desarrollaba alrededor de Cristo. Tenían miedo de que él desestabilizase la unión entre los líderes de Israel y el Imperio Romano. Por eso, él tenía que ser eliminado.

Los líderes judíos ni siquiera averiguaron acerca del linaje de Cristo, de sus orígenes. No se preocuparon en cuestionarlo honestamente. Para ellos, él no había derramado lágrimas, no poseía una familia, no tuvo niñez, no había sufrido, no había desarrollado relaciones personales, o sea, no tenía historia. La dictadura del preconceito anula la historia de las personas. Cristo tenía que morir, no importara quién fuera.

*Cristo habría revolucionado cualquier sistema político
bajo el cual hubiera vivido*

Los líderes judíos no tuvieron reparo en ensuciarse las manos buscando falsos testigos. Lo importante era condenar a Cristo. Pero, como no había coherencia entre los testigos, no lograron argumentos fuertes para condenarlo (Mateo 26.59-61).

Son atípicas las paradojas que componen la historia de Cristo. Nadie habló acerca del amor como él y, al mismo tiempo, nadie fue tan odiado como él.

Cristo se entregó y se preocupó al extremo por el dolor de los demás, pero nadie se preocupó por su dolor. Fue herido y rechazado sin ofrecer motivos para tanto. Era tan afable y sufrió tanta violencia. No anhelaba el trono político, pero lo trataron como si fuera el más agresivo de los revolucionarios.

Si Cristo viviera en los días de hoy, ¿también sería una amenaza para el gobierno local? ¿Sería drásticamente rechazado? Probablemente sí. Aunque prefiriera el anonimato y no hiciera alarde de sí mismo, no lograba esconderse. Es imposible esconder a alguien que hable de lo que él habló y que hiciera lo que él hizo. Si en aquella época en que la comunicación era limitada y no había periodismo, él era seguido por multitudes, podemos imaginar como sería en los días de hoy. Si Cristo viviera hoy, los periódicos lo colocarían en las primeras páginas y los noticieros de la televisión tendrían un equipo de guardia veinticuatro horas acompañándolo. Él sería el más grande fenómeno social y produciría las noticias más importantes.

Hoy, la población que lo seguiría podría ser multiplicada por diez, cincuenta, cien veces o mucho más. Imaginemos 100 mil o 500 mil personas siguiéndolo: eso causaría un tumulto social sin par. El gobierno local lo consideraría un conspirador contra el sistema político. Por el hecho de que Cristo buscaba aislarse toda vez que era muy asediado, por el hecho de ser muy sensible a las miserias físicas y psíquicas, de estar siempre buscando aliviar el dolor de los demás, de tocar profundamente los sentimientos humanos y de no transigir con ninguna clase de políticos, incomodaría a cualquier gobierno que, por más democrático que fuera, tendría oportunistas en sus bastidores.

Para algunos políticos, él sería condenado por poner en riesgo el régimen político; para otros por representar una amenaza a los que buscan privilegios del poder. Cristo habría revolucionado el gobierno en cualquier época en que hubiera vivido. Su deseo de libertar al ser humano dentro de sí mismo y su revolución interior no serían comprendidos por ningún sistema político.

*Josefo, Otávio. *História dos Hebreus* (Río de Janeiro: CPAD, 1998).

**Ibid.

6

El discurso de Cristo dejaría a la medicina actual atónita ciendo la mayor crisis existencial del ser humano

La crisis existencial producida por el fin del espectáculo de la vida

La muerte física es parte del ciclo natural de la vida, pero la muerte de la conciencia humana es inaceptable. Solo la aceptan aquellos que nunca han reflexionado mínimamente acerca de sus consecuencias psicológicas y filosóficas, o aquellos que nunca sufrieron el dolor indescriptible de la pérdida de un ser amado.

Es aceptable el caos que desorganiza y reorganiza la materia. Todo en el universo, se organiza, desorganiza y reorganiza otra vez. Pero para el ser humano pensante, la muerte detiene el espectáculo de la vida, produciendo la crisis existencial más grave de su historia, la vida física muere y se pierde, pero la vida psicológica clama por la continuidad de su existencia. Tener una identidad, poseer la capacidad de la construcción del pensamiento y tener conciencia de sí mismo y del mundo que nos rodea son derechos personales, que no pueden ser alienados y transferidos por dinero, ni por circunstancias o ningún pacto social o intelectual.

Si una enfermedad degenerativa del cerebro o un trauma craneano pueden, a veces, comprometer profundamente la memoria y traer consecuencias dramáticas para la capacidad de pensar, podemos imaginar cuáles serían las consecuencias del caos de la muerte. En el proceso de descomposición, el cerebro es desmenuzado en billones de partículas, perdiendo los más ricos secretos que sostienen la personalidad y los secretos de la historia de la existencia contenida en la memoria.

Es inconcebible la interrupción de las pulsaciones de la vida. Es insoportable la inexistencia de la conciencia, el fin de la capacidad de pensar. La inteligencia humana no consigue entender el fin de la vida. Existen áreas que la razón consciente jamás logrará entender de forma adecuada, salvo en el campo de la especulación intelectual. Una de ellas es el prepensamiento, o sea, los fenómenos inconscientes que forman el pensamiento consciente. El pensamiento no puede aprehender el prepensamiento, pues todo discurso acerca de él nunca será el prepensamiento, sino

el pensamiento ya preelaborado.

Otra cosa incomprensible para la razón es la conciencia del fin de la existencia. La razón nunca alcanza a concebir la muerte como el «fin de la existencia», el «nada existencial», pues el discurso de los pensamientos acerca de la nada, nunca es el nada en sí, sino una manifestación de la propia conciencia. Por eso, la persona que se quita la propia vida no tiene conciencia de la muerte como el fin de la vida. Los que piensan en suicidio no quieren realmente matar la vida, dar fin a la existencia, sino «matar» el dolor emocional, la angustia, la desesperación que abate sus emociones.

La idea del suicidio es un intento inadecuado y desesperado de buscar trascender el dolor de la existencia, y no de ponerle fin. Solo la vida tiene conciencia de la muerte. La muerte no tiene conciencia de sí misma. La conciencia de la muerte es siempre una manifestación de vida, o sea, es un sistema intelectual que diserta acerca de la muerte, pero nunca alcanza la realidad.

La conciencia humana jamás consigue comprender plenamente las consecuencias de su inexistencia, del silencio eterno. Por eso, todo pensador o filósofo que intentó, como yo, comprender el fin de la conciencia, el fin de la existencia, vivió un angustiante conflicto intelectual.

Veremos que el pensamiento de Cristo referente al fin de la existencia era muy osado e impresionantemente complejo. Él hablaba acerca de la inmortalidad con una seguridad increíble.

La mayoría de los seres humanos nunca buscó comprender algunas de las implicaciones psicológicas y filosóficas de la muerte, pero siempre se resistieron intensamente a ella. ¿Por qué en todas las sociedades, hasta en las más primitivas, los hombres crearon religiones? El fuego, un animal, un astro celeste funcionaban como dioses para que los pueblos primitivos proyectasen los misterios de la existencia. ¿Se puede decir que la necesidad de una búsqueda mística (espiritual) es señal de debilidad intelectual, de fragilidad de la inteligencia humana? No, al contrario, ella es señal de grandeza intelectual. Expresa un deseo vital por mantener la continuidad del espectáculo de la vida.

La filosofía es la posibilidad de trascender la finitud existencial

Muchos pensadores de la filosofía produjeron conocimientos acerca de la

metafísica como un intento por comprender los misterios que rodean la existencia. La metafísica es un ramo de la filosofía que estudia el conocimiento de la realidad divina por medio de la razón, el conocimiento de Dios y del alma (Descartes),* en fin, investiga la naturaleza y el sentido de la existencia humana. Grandes pensadores como Aristóteles, Tomás de Aquino, Agustín, Descartes y Kant disertaron de distintas formas acerca de la metafísica. ¿Eran esos pensadores intelectualmente frágiles? De ninguna manera! Por pensar sobre la complejidad de la existencia, produjeron ideas elocuentes acerca de la necesidad del ser humano de trascender sus límites, y, en algunos casos, superar la finitud de la vida. Muchos de ellos hicieron de Dios uno de los temas fundamentales de sus discusiones e indagaciones intelectuales.

Augusto Comte y Friedrich Nietzsche fueron grandes filósofos ateos, pero es raro que esos dos grandes ateos hubieran producido en algunos momentos pensamientos con connotación mística. Comte quería establecer los principios de una religión universal, una religión positivista.* Nietzsche disertaba acerca de la muerte de Dios, pero al final de su vida produjo *Así habló Zaratustra*,** una obra conteniendo principios que regulaban la existencia, tales como los proverbios de Salomón. Algunos ven en ese libro un esfuerzo de última hora por recuperar la creencia en la inmortalidad. Nadie debe ser condenado por rever su posición intelectual, pues, desde el punto de vista psicológico y filosófico, hay una crisis existencial intrínseca en el ser humano frente al fin de la existencia.

Los periódicos anunciaron que Darcy Ribeiro, uno de los grandes pensadores brasileños, que siempre fue ateo declarado, pidió a sus íntimos, momentos antes de morir, que le dieran un poco de fe. ¿Tal petición era señal de la debilidad de ese osado pensador? No. Reflejaba la necesidad universal y no contenida de dar continuidad al espectáculo de la vida.

Hay enfermedades psíquicas que producen una fobia o miedo enfermizo de la muerte, como el síndrome del pánico y determinados trastornos obsesivos compulsivos (TOC). En el «pánico» ocurre un dramático y convincente teatro de la muerte. En él hay una repentina y urgente sensación de que uno se va a morir. Tal sensación lleva a una serie de síntomas psicósomáticos como taquicardia, aumento de la frecuencia respiratoria y sudor. Esos síntomas son reacciones metabólicas instintivas que buscan hacer que la persona huya de la situación de riesgo. En el «pánico» esa situación es imaginaria, solo un teatro dramático que el «yo» debe aprender a controlar, a veces con la ayuda de antidepresivos.

En los TOC, principalmente en aquellos relacionados con ideas fijas de enfermedades, ocurren también reacciones fóbicas hacia la muerte, que aquí también

es imaginaria. En esos trastornos hay una producción de pensamientos de contenido negativo, no controlados por el «yo», que llevan a la persona a tener una idea fija de que padece de cáncer, de que va a sufrir un infarto, tener un derrame, etc. El TOC y el síndrome del pánico aparecen en personas de todos los niveles intelectuales.

La experiencia imaginaria de la muerte en el síndrome del pánico y en los trastornos obsesivos produce una intensa ansiedad, desarrollando una serie de síntomas psicósomáticos. Tales enfermedades pueden y deben tratarse.

Aunque haya enfermedades psíquicas que producen una fobia enfermiza respecto a la muerte, hay una fobia benéfica, no enfermiza, relacionada con el final de la existencia, que ningún psiquiatra o medicamento pueden sanar. La vida solo acepta su propio fin siempre y cuando no esté cerca de él. Si no, lo rechaza automáticamente, o lo aceptaría si estuviera convencida de la posibilidad de superarlo.

El hombre animal y el psicológico no aceptan la muerte.

El equívoco intelectual del ateísmo de Marx

Ni el «hombre animal o instintivo» ni tampoco el «hombre psicológico o intelectual» aceptan la muerte. Cuando estamos sufriendo el riesgo de morir, sea por un dolor, una herida, la amenaza de un arma, un accidente, el «hombre animal» se manifiesta con intensidad: los instintos se activan, el corazón se acelera, la frecuencia respiratoria aumenta y aparecen una serie de mecanismos metabólicos para sacarnos del riesgo de la muerte. Cuando el hombre animal aparece, el hombre intelectual disminuye, o sea, cierra las ventanas de la inteligencia, disminuyendo la lucidez y la coherencia. En ese caso, los instintos sobrepasan a los pensamientos.

Todas las veces en que estamos bajo una gran amenaza, aunque sea imaginaria, reaccionamos mucho y pensamos poco. Porque vivimos en una sociedad enferma donde prevalecen la competencia predatoria, el individualismo y la crisis del diálogo, creamos una fábrica de estímulos negativos que cultivan el estrés del hombre animal, como si él viviera constantemente bajo amenaza de muerte. El hombre de las sociedades modernas tiene más síntomas psicósomáticos que el hombre de las tribus primitivas.

El hombre psicológico, más que el hombre animal, se rehúsa a aceptar la muerte. El deseo por la eternidad, por trascender el caos de la muerte, es inherente al ser humano, no es fruto de la cultura. Como veremos, Cristo estaba consciente de eso. Su

discurso acerca de la eternidad aún hoy es perturbador.

Los que están vivos elaboran muchos pensamientos para buscar consolarse ante la pérdida de sus seres queridos, como: «él ya no está sufriendo», «él está descansando», «él está en un sitio mejor». Pero nadie dice «él dejó de existir». El dolor de la pérdida de alguien es una celebración de la vida. Representa un testimonio claro del deseo no contenido del ser humano de hacer seguir el espectáculo de la existencia.

En un velatorio, los íntimos del fallecido, que en general son la minoría, sufren mucho, mientras que los conocidos, que son la mayoría, hacen terapia. ¿Cómo es que los conocidos hacen terapia? Ellos buscan interiorizarse y reciclarse ante la muerte de otro. Se dicen los unos a los otros: «no vale la pena la prisa de la vida», «no vale la pena tanto estrés», «la vida es muy corta para luchar por cosas vanas, después de la muerte todo queda ahí». Esa terapia en grupo no es condenable, pues representa una revisión saludable de la vida. La terapia en grupo en los velatorios es un homenaje inconsciente a la existencia.

El deseo de superar el fin de la existencia está más allá de los límites de las ideologías intelectuales y sociopolíticas. Uno de los mayores equívocos intelectuales de Karl Marx fue haber buscado crear una sociedad pregonando el ateísmo como la cultura de la multitud. Marx encaró la religiosidad como un problema para el socialismo. Era un pensador inteligente, pero, por conocer poco de los bastidores de la mente humana, fue ingenuo. Tal vez nunca reflexionó con profundidad acerca de las consecuencias psicológicas y filosóficas de la muerte. Si lo hubiera hecho, hubiera comprendido que el deseo por superar el fin de la existencia es incontrolable. El deseo de continuar sonriendo, pensando, amando, soñando, proyectándose, creando, de tener una identidad, de tener conciencia de sí mismo y del mundo va más allá de los límites de la ciencia y de cualquier ideología sociopolítica.

El ser humano posee la necesidad intrínseca de buscar a Dios, de crear religiones y de producir sistemas filosóficos metafísicos. Tal necesidad viene no solo como tentativa de superar el fin de la existencia, sino también para explicarse a sí mismo el mundo, el pasado, el futuro, en fin, los misterios de la existencia.

El ser humano es una gran interrogante que por decenas de años busca una gran respuesta. Él busca explicar el mundo. Sabe que explicarse a sí mismo es el mayor desafío de su propia inteligencia. Hemos visto que pensar no es una opción del ser humano, sino su destino inevitable. No logramos interrumpir el proceso de construcción de pensamientos. Es imposible contener la necesidad de

comprendernos a nosotros mismos y al mundo que nos rodea. En la mente humana hay una verdadera revolución de ideas que no pueden ser detenidas ni siquiera controlando el «yo».

En las próximas décadas, los pueblos socialistas que vivieron bajo la propaganda ateísta serán los más religiosos, los que más buscarán la existencia de Dios. ¿Por qué? Porque el socialismo intentó eliminar algo indestructible. Todo indica que esa búsqueda ya está ocurriendo intensamente en Rusia y en China. En China había cinco millones de cristianos en la época en que el socialismo fue implantado. Ahora, después de tantos años de propaganda ateísta, según datos extra oficiales, hay más de cincuenta millones de cristianos en aquel país. Además de eso, hay miles y miles de chinos adeptos a diversas otras religiones.

El deseo de trascender el fin de la existencia no puede ser contenido. La mejor forma de propagar una religión es buscar destruirla. La mejor forma de incentivar el deseo del ser humano de buscar a Dios y superar el caos de la muerte es intentar destruir ese deseo.

La medicina como tentativa desesperada de aliviar el dolor y prolongar la vida

La ansiedad por la continuidad de la existencia y la necesidad de mecanismos de protección ante la fragilidad del cuerpo humano zambulleron al ser humano en una búsqueda espiritual, y también promovieron intensamente el desarrollo de la ciencia a lo largo de la historia.

Los productos industriales traen mecanismos de seguridad que revelan la ansiedad humana por seguir existiendo. Los aparatos eléctricos y electrónicos deben poseer mecanismos de seguridad para los usuarios. Los vehículos de transporte añaden cada vez más sistemas de protección a los pasajeros. La ingeniería civil posee alta tecnología para producir construcciones que sean no solamente funcionales, sino también seguras. En las empresas, los mecanismos de seguridad son fundamentales para las actividades de trabajo. Pero, de todas las ciencias que fueron influenciadas por la necesidad de continuidad y preservación de la integridad física y psicológica del ser humano, la medicina fue la más marcada.

La medicina está conectada a un conjunto de otras ciencias: la química, la biología, la física, la biofísica, la matemática, y otras, y ha experimentado un desarrollo fantástico. Se ha desarrollado tanto, por la tentativa desesperada de

superar el dolor y prolongar la vida.

Hay miles de libros en las bibliotecas de medicina, y se editan innumerables revistas médicas todos los meses. El conocimiento se multiplica de tal forma que a cada día surgen nuevas especialidades. Todos los años se descubren nuevas técnicas de cirugía, de laboratorio, con nuevos aparatos que brindan apoyo a los diagnósticos. Diariamente en todo el mundo se realizan conferencias y congresos médicos de todas las especialidades. ¿Por qué la medicina está alcanzando un desarrollo tan explosivo? Porque el ser humano quiere aliviar el dolor, mejorar su calidad de vida y prolongar su existencia.

La medicina es una ciencia poética. Los médicos siempre disfrutaron de gran prestigio social en toda la historia de la humanidad, pues, aunque no se percaten de ello, ellos mueven nuestras más dramáticas necesidades existenciales: aliviar el dolor y prolongar la vida.

Hay dos dramas existenciales que acometen a todo ser humano: la vejez y el fin de la existencia. Por un lado, científicos de todo el mundo invierten todo su tiempo para descubrir medicamentos, conocer el metabolismo celular, pesquisar nuevas máquinas. Todas esas pesquisas buscan producir nuevas técnicas y procedimientos para diagnosticar enfermedades, prevenirlas, tratarlas y, así, mejorar la calidad de vida y retrasar lo inevitable: el fin de la existencia.

Por otro lado, muchos analistas están produciendo nuevos conocimientos por medio de la medicina ortomolecular, de la estética y de la cirugía estética, buscando el rejuvenecimiento e intentando retrasar el envejecimiento.

Tanto la frenética búsqueda espiritual del ser humano, a lo largo de la historia, como el continuo desarrollo de la medicina son dos testigos vivos de que en lo íntimo de cada uno de nosotros late el deseo ardiente de superar el drama de la vejez y del fin de la existencia y, consecuentemente del espectáculo de la vida.

El discurso de Cristo acerca del secreto de la eternidad

Después de esa exposición, regresemos a nuestro personaje principal: Jesucristo. Estudiemos el impacto de sus palabras sobre la crisis existencial del ser humano y su propuesta en cuanto a la superación del caos de la muerte en los días actuales.

Imaginemos a Cristo reaccionando, hablando, expresando sus pensamientos en una sociedad que no tuviese conexión alguna con el cristianismo. ¿Qué dice él acerca de la crisis existencial de la especie humana? ¿Qué tiene él que decir acerca de la continuidad del espectáculo de la vida? ¿Sus palabras acerca de esos temas son comunes? ¿Perturbarían nuestros pensamientos? Sus ideas acerca del fin de la existencia ¿se acercan a los pensamientos de los intelectuales?

Cristo pronunció palabras raras, inéditas, capaces de revolucionar tanto las bases de los científicos de la medicina, como las de la religiosidad humana. Antes de responder a tales preguntas, rescatemos algunas características de Cristo. Su vida expresaba una paradoja. Por un lado se exponía públicamente y, por otro buscaba, siempre que fuera posible, el anonimato.

Además de eso, él no imponía sus ideas, simplemente las exponía. No obligaba a nadie a que lo siguiera, solo invitaba. Estaba en contra del autoritarismo del pensamiento, por eso buscaba seguidamente abrir las ventanas de la inteligencia de las personas para que reflexionasen acerca de sus palabras. En resumen, a Cristo no le gustaba estar al descubierto, conocía las distorsiones de la interpretación, era elegante en sus palabras y abierto cuando exponía sus pensamientos. Ahora, vamos a investigar su biografía y conocer otros detalles de su personalidad.

Cristo era flexible y amable al comentar los temas que trataba, pero en algunos puntos fue extremadamente determinado. Entre esos puntos se destaca lo que él pensaba acerca de la continuidad de la vida y acerca de la eternidad.

Con respecto a la continuación del espectáculo de la vida, él era incisivo. No dejaba dudas acerca de su manera de pensar. Y, digamos, su manera de pensar era muy osada, pues él declaraba claramente que tenía el secreto de la eternidad. Afirmaba que la vida eterna pasaba por él. Él declaró: «El que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá» (Juan 11.25), «Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre» (Juan 6.51). Declaró muchas palabras semejantes a esas, que son raras y poseen una dimensión indescriptible.

Él no dijo que si las personas obedeciesen a reglas de comportamiento o doctrinas religiosas tendrían la vida eterna. ¡No! Los textos son claros: Cristo concentró en sí mismo el secreto de la eternidad. Dijo que aquellos que creyesen en él y lo incorporasen interiormente tendrían la vida eterna, la vida inagotable e infinita. ¿Quién ha pronunciado un discurso como ese en toda la historia?

De todos los hombres que brillaron por sus inteligencias, nadie fue tan osado como Cristo. Entre todos los que fundaron una religión, una corriente mística o una

filosofía metafísica, nadie tuvo la intrepidez de proferir palabras semejantes a las de él.

Al investigar el pensamiento de Cristo, notamos que él realmente no hablaba de una religión más, ni de una corriente de pensamientos.

Hablaba de sí mismo, disertaba acerca de su propia vida y del poder que ella contenía. Llegó a afirmar que él mismo era: «el camino, y la verdad, y la vida» (Juan 14.6). Al declarar esas palabras, se atribuyó a sí mismo el camino para llegar a la verdad en su más amplio sentido y el camino para conquistar una vida sin fin.

Nosotros estamos psicoadaptados a las palabras de Cristo, por eso no nos perturbamos con ellas. Los escribas y los fariseos sabían lo que ellas significaban, por eso se perturbaron profundamente. Existieron diversos profetas a lo largo de los siglos, pero ninguno de ellos osó afirmar lo que aquel carpintero de Nazaret predicó. Los escribas y los fariseos quedaron perplejos delante del discurso de Jesús en la primera persona. Aunque vivían bajo la dictadura del preconceito y eran tan rígidos, tenían toda la razón de quedar perplejos. Las palabras que Cristo dijo son sumamente serias. Aquel que nació en un pesebre se presentó como la fuente inextinguible de la vida, la fuente de la eternidad. ¿Quiénera ese hombre?

Las limitaciones de la ciencia y la postura de Cristo como fuente de la verdad esencial

Un área del conocimiento solo gana estatus como verdad científica cuando comprueba los acontecimientos y prevé fenómenos. Si afirmamos que el tabaquismo perjudica la salud, necesitaremos probar que los fumadores contraen determinadas enfermedades, tales como el cáncer al pulmón y enfermedades cardiovasculares. Una vez comprobados los hechos, podemos prever fenómenos, o sea, podemos prever que los fumadores tienen más posibilidades de adquirir esas enfermedades que los no fumadores.

Al comprobar los hechos y prever fenómenos, el conocimiento, principalmente en las ciencias físicas y biológicas, deja de ser un conocimiento casual y pasa a ganar estatus de verdad científica. Pero, aquí tenemos un problema filosófico serio que muchos no comprenden. Una verdad científica jamás llega a ser una verdad esencial. Un millón de pensamientos acerca de un tipo de cáncer en los pulmones causado por la nicotina (verdad científica) no es el cáncer de verdad (verdad esencial o real), sino solo un discurso científico acerca del cáncer. Desde el punto de vista filosófico,

la verdad científica (ciencia) busca la verdad esencial, pero jamás la incorpora. Otro ejemplo: si llegamos a producir un millón de ideas acerca de un objeto de madera, todas esas ideas podrán definir o describir la celulosa que hay en la madera, pero la madera sigue siendo madera, y las ideas siguen siendo solo ideas.

La interpretación de un terapeuta acerca de la ansiedad de un paciente no representa la esencia de la energía ansiosa del paciente, sino solamente un discurso acerca de ella. La interpretación está en la cabeza del terapeuta, pero la ansiedad está en la emoción del paciente; por lo tanto, las dos están en mundos diferentes.

Sé que muchos lectores pueden estar confundidos con lo que estoy diciendo, pero lo que quiero mostrar es que la discusión filosófica sobre lo que es la «verdad» ha surcado los siglos. Yo mismo, por más de diez años, produje una teoría filosófica sobre lo que es una verdad científica, cuál es su relación con la verdad esencial, cómo se construye en la mente humana, hasta dónde es relativa, cuáles son sus límites, alcances y lógica. Todas esas cuestiones son muy complejas, y no entraré en detalles al respecto en este libro. Aún así, lo que quiero enfatizar al exponer este tema es que, con respecto a la verdad, Cristo se puso en una posición donde la ciencia jamás podrá llegar.

Al afirmar que era el camino, la verdad y la vida, él fue profundamente perturbador, porque se identificó con la propia verdad esencial, como la propia esencia de la vida. Él no dijo que poseía la verdad académica, o sea, que poseía un conjunto de conocimientos, de ideas y de pensamientos verdaderos, sino que él mismo era el camino que conduce a la fuente de la verdad esencial, el camino que alcanza la propia esencia de la vida. ¿Qué vida era esa? La vida eterna, sin fin e inagotable que él declaraba poseer.

Al declarar tales palabras, se puso como alguien cuya naturaleza estaba más allá de los límites de lo que es propiamente humano. Él se mostró como hijo de Dios, como autor de la existencia, como arquitecto de la vida o cualquier otro nombre que se le pueda dar. Su discurso fue impresionante.

Como veremos, a Cristo le gustaba afirmar que era hijo del hombre. Él apreciaba su condición humana, aunque en algunos momentos aquel hombre revelaba otra cara, por medio de la cual reivindicaba su divinidad.

Como seres humanos, tenemos diversos límites. Nadie puede afirmar de sí mismo que es «el camino, la verdad y la vida». Nadie que sea simplemente humano, mortal y finito puede afirmar que posee en sí mismo la eternidad. Somos todos finitos físicamente. Todos somos limitados temporal y espacialmente. ¿Cómo puede una

pequeña gota afirmar ser una fuente de agua? Lo que ningún ser humano tendría el valor de declarar, a menos que estuviera delirando, Cristo declaró con la más increíble elocuencia.

Somos limitados en la organización de nuestros pensamientos, los cuales se construyen a partir de los parámetros que tenemos en la memoria. El fin y lo finito son parámetros incomprensibles e intangibles por la inteligencia humana. Piense en lo que es el fin e intente escudriñar lo que es el infinito. Ya perdí muchas noches de sueño pensando en esos extremos. La existencia humana transcurre dentro de un paréntesis de la eternidad. La vida humana es solo una gota existencial en la perspectiva de la eternidad.

Nuestros pensamientos están en un pequeño intervalo entre el génesis y la eternidad. La ciencia trabaja en los intervalos de tiempo, sean ellos inmensos o extremadamente pequeños. Sin el parámetro del tiempo no hay ciencia. Si estudiar lo que transcurre en los intervalos de tiempo es algo sofisticado, ¿qué se dirá de estudiar los fenómenos que están allá de los límites del tiempo, que transcurren en la eternidad! Una de las razones por las cuales la ciencia ha sido tímida y omisa en investigar la inteligencia de Cristo es que sus pensamientos tratan de temas que exceden los parámetros de la ciencia.

¿Qué puede decir la ciencia acerca de los pensamientos de Cristo con respecto a la eternidad? ¡Nada! La ciencia, por ser producida dentro de intervalos de tiempo, no tiene cómo confirmar ni discordar de lo que ha dicho.

Si estudiar la propia existencia ya es una tarea compleja, ¿cómo podría la ciencia disertar acerca del autor de la existencia? Podemos hablar teóricamente sobre el origen del universo, acerca de los agujeros negros, la teoría del Big Bang, pero no tenemos recursos intelectuales para hablar acerca de «el origen del origen», «la causa de las causas», aquello que está antes del inicio, la fuente primera. El pensamiento puede estudiar los fenómenos que están en el prepensamiento. Sí, pero el pensamiento acerca del prepensamiento, como dije, será siempre el pensamiento, y no el prepensamiento mismo.

Si el hecho de estudiar fenómenos observables, posibles de ser investigados y de una aplicación metodológica, ya es una tarea extenuante para la ciencia, ¡imagínese pesquisar lo que está más allá de los límites de la observación! Si la mala ciencia puede entender los fenómenos de la vida, ¿cómo puede entender aquellos que traspasan el fin de la existencia? En realidad, la ciencia tiene limitaciones para pesquisar los complejos pensamientos de Cristo acerca de la eternidad y de la superación del caos de la muerte. Tales pensamientos penetran en la esfera de la fe.

El discurso de Cristo revolucionaría los fundamentos de la medicina

Aunque la ciencia no tiene condiciones para estudiar el contenido del discurso de Cristo y el poder que él expresaba tener, ella, como comenté, no está con las manos atadas. Aún puede investigar algunas áreas importantes de su inteligencia; puede estudiar su valor y osadía para decir palabras fantásticas, y el impacto psicosocial de esas palabras; puede investigar si sus ideas son coherentes con su historia; puede analizar como él rompía las dictaduras de la inteligencia y administraba sus pensamientos en los momentos de estrés; puede estudiar cuáles son las metas fundamentales de su escuela de la existencia.

Imagine a Cristo andando por las calles, por los acontecimientos sociales, por las conmemoraciones y por los congresos de medicina. Declarando con elocuencia, como lo hizo en su época, que por intermedio de él los seres humanos podrían superar el fin de la existencia e ir al encuentro de la eternidad. Su osadía era sin precedentes. El predicaba con increíble determinación acerca de temas que pocos osarían abordar.

Imagine a Cristo interviniendo en las conferencias médicas y declarando que él es la resurrección y la vida (Juan 11.25). Si escandalizaría los psiquiatras y psicoterapeutas con la propuesta de una vida interior que contiene el placer pleno e inagotable, imagine hasta que punto su propuesta acerca de una vida sin fin, una vida sin enfermedades o miseria escandalizaría los médicos y los científicos de la medicina, que luchan para prolongar la vida humana, aunque sea por algunos días o meses.

Ante el discurso de Cristo, algunas preguntas invadirían la mente de los analistas y los médicos más lúcidos. ¿Cómo es posible trascender el inevitable y dramático caos de la muerte? ¿Cómo es posible reorganizar la identidad de la conciencia después de que la memoria se haya disuelto en billones de partículas con la desintegración del cerebro? ¿Cómo es posible disfrutar una existencia donde no se conciba más el envejecimiento? ¿Qué clase de naturaleza deberá el ser humano tener para poseer una existencia que se renovase y se perpetuase eternamente? ¿Cómo la memoria y la construcción de los pensamientos se renovarían en una historia sin fin? El discurso de Cristo seguramente revolucionaría la compleja y al mismo tiempo limitada medicina, que es capaz de hacer mucho por alguien que está vivo, pero no puede hacer nada por aquel que está muerto.

Todas esas preguntas vienen de una existencia finita que cuestiona a una existencia infinita, con sus innumerables dudas y limitaciones. Entre tanto, el cuestionamiento de lo finito acerca de lo infinito, de lo temporal acerca de lo eterno, aunque limitado, es un derecho legítimo del ser humano, un derecho personalísimo de expresión del pensamiento, pues la vida clama por continuidad.

Cristo era tan determinado en ese tema que hasta llegó a usar una metáfora que escandalizó a muchos en su época. Dijo que quien comiese de su carne y bebiese de su sangre tendría la vida eterna (Juan 6.53-54). Las personas quedaron pasmadas con la osadía de aquel hombre al declarar tales palabras; pensaron que él se refería su carne y su sangre físicos. Sin embargo, el discurría acerca de la incorporación de otra naturaleza, de una naturaleza eterna, ¡que propuesta tan intrigante!

Sus opositores pedían que no dejase sus mentes en suspenso, que les dijese claramente quién era él (Lucas 5.18-20). Los líderes intelectuales de Jerusalén hacían largos debates para descubrir su identidad. Hasta personas sin educación discutían acerca de su origen, los propios discípulos quedaban perturbados con su discurso e indagaban quién era aquel maestro al que seguían (Juan 8.25). Habían dejado todo para acompañarlo y cuanto más andaban con él, más percibían que no lo conocían.

El ser humano siempre buscó una religión como ancla del futuro, con el objetivo de trascender la muerte, y siempre buscó la medicina como ancla del presente, con el objetivo de retardar la muerte. Ahora aparece alguien diciendo palabras nunca oídas acerca de la superación del fin de la existencia y de la inmersión en la eternidad, y todo se complicaba más porque, al mismo tiempo en que pronunciaba con osadía y determinación palabras fantásticas acerca de la eternidad, él evitaba la fama y la ostentación.

La intrepidez de Cristo era tan impresionante que él se ponía por encima de las leyes fisicoquímicas. Llegó a expresar que: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán» (Lucas 21.33).

El universo tiene billones de galaxias. Pasa continuamente por un proceso de organización, caos y reorganización. Estrellas nacen y mueren constantemente. Dentro de algunos millones de años el sol dejará de existir. Los astrónomos miran al firmamento y, en cada dirección, contemplan un «cielo de enigmas». Ahora viene un hombre que, además de decir que posee el secreto de la eternidad, expresa que el contenido de sus pensamientos tiene una estabilidad que todo el universo no posee. El universo se hunde en el caos, pero él proclama que sus palabras traspasan el caos

físicoquímico y que su vida está más allá de los límites del tiempo y del espacio. Tales afirmaciones son impresionantes.

Einstein era un admirador de Cristo. Con todo, si él hubiera vivido en aquella época, seguramente las palabras de Cristo dejarían su pelo aún más desaliñado de lo que se muestra en su famosa fotografía. Sus palabras trascendían los parámetros de la física, por lo tanto no podrían ser explicadas ni siquiera por la teoría de la relatividad.

La personalidad sin par de Cristo: grandes hechos y comportamientos humildes

Cristo dijo palabras inimaginables, que están más allá de los límites de la grandeza anhelada por el ser humano. Pero lo interesante es que él poseía raciocinio coherente, organización de ideas y consciencia rítica. No es posible dejar de admirar la osadía de sus pensamientos y la determinación de su inteligencia. Por eso, repito, estudiar su inteligencia es, hasta para los ateos, un desafío intelectual placentero, una invitación a la reflexión. No es sin motivo que sus pensamientos cruzan los siglos y las generaciones.

Lo más perturbador es que la personalidad de Cristo se equilibra entre los extremos, como el péndulo de un reloj. ¿Cómo puede alguien hablar acerca de la eternidad y al mismo tiempo no buscar toda oportunidad para promoverse? Cualquiera persona que juzgase tener tal poder, desearía, mínimamente, que el mundo girase a su alrededor, que la humanidad se inclinase a sus pies. Algunos de sus íntimos estaban confundidos porque él hablaba y hacía tantas cosas y, al mismo tiempo, procuraba seguidamente ocultarse. Rogaron que él se manifestase al mundo, para que el mundo lo admirase, lo contemplase (Juan 7.34). Tal vez hasta quisieron que el Imperio Romano se rindiera a él.

La lógica de los discípulos era que sus actos debían ser hechos en público para sacar el máximo provecho de ellos. Entretanto, la lógica de Cristo era diferente e interesante. Él predicaba en público, pero frecuentemente practicaba sus hechos en privado.

Cristo realizaba acciones admirables y en seguida se ocultaba en los hechos humildes. Hablaba de un poder sin precedente, pero al mismo tiempo caminaba por las calles de la humildad. Declaraba pensamientos que tenían grandes implicaciones existenciales, pero no obligaba a nadie a seguirlo, solo los exponía con elegancia e

invitaba a las personas a reflexionar sobre ellos. Declaraba poseer una vida infinita, pero, al mismo tiempo, sentía inmenso placer en tener amigos finitos (Juan 15.15). Delante de eso, es difícil no concluir que su comportamiento disolvía todos los paradigmas y escapaba de los patrones previsibles de la inteligencia humana.

¿Cuáles fueron las actitudes más admirables de Cristo: las pequeñas o las grandes? Muchos prefieren las grandes. Para mí, las pequeñas hablan de él, tanto como las grandes. ¿Quién es ese Cristo? Es difícil comprenderlo.

Cristo deseaba que el ser humano fuera alegre, plenamente satisfecho y que viviera una vida interminable, infinita, sin límite de tiempo. Su propuesta, aunque sumamente atractiva, deja a la ciencia perpleja. Amar o rechazar tal propuesta es un tema íntimo, personal, que no depende de la ciencia.

Cristo discurría acerca de una música que todos querían y quieren danzar. Pero las características de su inteligencia están siempre sorprendiéndonos. Ellas son capaces de revolucionar los fundamentos de la humanidad del tercer milenio y conducirla a repensar su historia, sus proyectos y su comprensión del mundo.

*Valery, Paul. *El pensamiento vivo de Descartes* (Buenos Aires: De. Losada, 1966).

*Comte, Augusto. *Discurso sobre el espíritu positivo* (Madrid: Alianza Editorial, 1980).

**Nietzsche, Friedrich. *Así habló Zaratustra* (Buenos Aires: Aguilar, 1965).

7

Un proyecto audaz: el público y el ambiente

La compleja historia de la existencia

La escuela de la existencia es la escuela de la vida, de los eventos psicológicos y sociales. En la escuela de la existencia escribimos nuestras historias personales. Esa escuela penetra en lo más íntimo de nuestra existencia: en nuestros sueños, expectativas, proyectos socioprofesionales, realizaciones sociales, frustraciones, placeres, inseguridades, dolores emocionales, crisis existenciales y todos los momentos de osadía, de soledad, de tranquilidad y de ansiedad que experimentamos. La escuela de la existencia envuelve toda la trayectoria de un ser humano. Comienza en la vida dentro del útero y termina en el último suspiro.

Ella envuelve no solo los pensamientos y las emociones que manifestamos socialmente, sino también el cuerpo de pensamientos y emociones representados dentro de cada uno de nosotros, envuelve las lágrimas no derramadas, los temores no expresados, las palabras no verbalizadas, las inseguridades no comunicadas, los sueños silenciosos.

La escuela de la existencia es mucho más compleja y sofisticada que la escuela educacional. En la escuela clásica nos sentamos alineados; en ella infelizmente, somos frecuentemente receptores del conocimiento. Y el conocimiento que recibimos tiene poca relación con nuestra historia, cuando mucho se relaciona con nuestra profesión. Pero en la escuela de la existencia, todos los eventos tienen relación directa con nuestra historia.

En la escuela clásica tenemos que solucionar los problemas de la matemática; en la de la existencia tenemos que resolver los problemas de la vida. En la escuela clásica aprendemos las reglas gramaticales; en la de la existencia tenemos que aprender el difícil arte de dialogar. En la escuela clásica tenemos que aprender a explorar el mundo en que vivimos, o sea, el pequeño átomo de la química y el inmenso espacio de la física; en la escuela de la existencia tenemos que aprender a explorar los territorios del mundo que somos. Por lo tanto, la escuela de la existencia incluye la clásica y va mucho más allá de ella.

Uno de los más grandes errores de la escuela clásica es no tener como meta

fundamental la preparación de los alumnos para vivir en la sinuosa existencia. La mejor escuela clásica es aquella que construye un puente sólido para la escuela de la vida. La mayoría de las escuelas clásicas se han vuelto una pequeña parte dentro de la escuela de la existencia, no habiendo comunicación entre ellas. En una escuela clásica cerrada, los alumnos están presos en una burbuja, en una redoma educacional, sin «anticuerpos» intelectuales para superar las contradicciones de la existencia y madurar los múltiples focos de la inteligencia.

Sus alumnos incorporan el conocimiento, pero raramente se vuelven ingenieros de ideas. Se vuelven profesionales, pero pocos conocen la ciudadanía, ni expanden la conciencia crítica.

En la escuela de la existencia, la vejez no significa madurez, los títulos académicos no significan sabiduría, el éxito profesional no significa éxito en el placer de vivir. En ella los parámetros son más complejos.

Las características de la escuela de la existencia de Cristo

La escuela de la existencia de Cristo posee características poco comunes. Ella no es una escuela de pensamientos, filosófica, de reglas de comportamiento, de enseñanza religiosa, moralista y ni tampoco de perfeccionamiento de carácter. El proyecto de Cristo era mucho más complejo y ambicioso.

Las biografías de Cristo revelan que él no tenía como objetivo reformar al ser humano, antes quería promover una transformación en su interior, reorganizar intrínsecamente su capacidad de pensar y vivir emociones. Él pretendía producir una nueva persona. Una persona solidaria, tolerante, capaz de superar las dictaduras de la inteligencia, que se vacunara contra la paranoia del individualismo, que aprendiera a cooperar, a conocerse, que considerara el dolor del prójimo, que aprendiera a perdonarse, que meditase, que recapacitase, que se pusiera como aprendiz delante de la vida, que desarrollase el arte de pensar, que expandiese el arte de escuchar, que refinase el arte de la contemplación de lo bello. Estudiaremos esas características en los próximos capítulos. Sería muy bueno si pudiéramos grabarlas en nuestras mentes para entender mejor el proyecto que Cristo se propuso.

Creo que nunca alguien tuvo un proyecto tan osado y ambicioso como el de Cristo. Antes existieron algunas escuelas en Grecia. La academia de Platón, el liceo de Aristóteles, las escuelas de la línea de Sócrates. Pero ninguna desarrolló un proyecto tan audaz y ambicioso como la escuela de la existencia de Cristo. Es difícil dejar de

reconocer la dimensión de su propósito y que era un maestro especialista en liberar la inteligencia de las personas que convivían con él. Al investigarlo, concluimos que él no quería mejorar al ser humano, sino cambiar su naturaleza intrínseca (Mateo 23.26-27).

Es difícil darle nombre al proyecto de Cristo. Algunos pueden llamarlo de propósito o plan. No importa el nombre que se le dé. Lo importante es que podamos comprender que su proyecto era complejo, sofisticado, audaz, multifocal, a veces semejante a un hospital que trataba las miserias humanas, hasta las más ocultas. Tal vez por eso él se haya autodenominado como «médico» que trataba las enfermedades interiores (Mateo 9.12). Otras veces, él era como un restaurante y una fuente de sentido existencial que satisface las necesidades humanas y propicia placer. Tal vez por eso se preocupó por el hambre física de los que le seguían y se denominó a sí mismo como el «pan de vida», que suple las necesidades íntimas de la emoción y del espíritu humano (Juan 6.35). Y, otras veces aún, ese proyecto parecía una escuela que intentaba transformar las personas, expandir su inteligencia y modificar su forma de pensar (Mateo 5.1-11). Tal vez por eso él se denominó a sí mismo como el Mesías, el maestro que abre las ventanas de la mente y conduce hombres y mujeres a pensar en otras posibilidades (Mateo 23.8).

Siguiendo la definición amplia de la escuela de la existencia que ofrecí en el punto anterior, llamaré ese proyecto «la escuela de la existencia de Cristo». La escuela de Cristo tiene características especiales, peculiares, misteriosas, difíciles de ser comprendidas. A continuación, ofreceré un comentario acerca de algunas de ellas.

El ambiente de la escuela de la existencia

La escuela de la existencia de Cristo difería en muchos aspectos de una escuela clásica. No tenía muros ni espacio físico definido. Funcionaba en los sitios menos clásicos: en el desierto, a la orilla de la playa, en los montes, en las sinagogas judías, en el patio del templo de Jerusalén, en el interior de las casas. Y también en las situaciones menos clásicas: en las comidas, en las fiestas, en una charla informal.

Cristo no tenía precauciones. Hablaba con las personas en cualquier ambiente. No perdía oportunidad para conducir al ser humano a interiorizarse. Por donde pasaba, actuaba como maestro e iniciaba su escuela. En ella no había mesa, pupitre, pizarrón, tiza, computadora o técnica pedagógica. Su técnica eran sus propias palabras, sus gestos e sus pensamientos. Su pedagogía era su historia y la forma como abría las ventanas de la inteligencia de sus discípulos. El título de Maestro de los maestros de

la escuela es merecido.

Aunque Cristo no tuviera precauciones en cuanto al ambiente para proferir sus palabras, parecía preferir lugares abiertos. No pocas veces el cielo era el techo de su escuela. Las personas se sentaban a su alrededor para escucharle. Al aire libre, él declaraba elocuentemente sus palabras. Ciertamente, en algunas oportunidades, hablaba en alta voz, por causa del gran número de personas reunidas a su alrededor.

Cristo se mezclaba con sus alumnos, entraba en las historias de ellos. No había espacio entre el maestro y los discípulos. Sus historias se entretajeron entre sí. Por medio de esa íntima y abierta convivencia el maestro conquistaba a los alumnos y conocía las angustias y necesidades de cada uno (Juan 14.27; 16.4-6). Aprovechaba cada circunstancia, cada momento, cada error y dificultad de ellos para conducirlos a que repensaran y reorganizaran sus historias.

La ausencia de jerarquía en la escuela de la existencia: el público

En la escuela de Cristo no hay reyes, políticos, intelectuales, indoctos, moralistas ni inmorales. Todos son simplemente lo que siempre fueron, o sea, seres humanos. Nadie está un milímetro arriba ni debajo de nadie. Todos poseen una relación fraternal de igualdad. Sus biografías dejan en claro que Jesús criticaba fuertemente todo tipo de discriminación. En su proyecto todos poseen la misma dignidad, no hay jerarquía.

Es rarísimo que haya un local donde las personas no sean clasificadas, sea por la condición financiera, intelectual, estética, por la fama o cualquier otro parámetro. El ser humano fácilmente vive la dictadura de la precaución. Una de las más drásticas y destructivas enfermedades de la humanidad es esa dictadura. Ella solidifica la inteligencia y crea toda suerte de discriminaciones. La discriminación ya arrancó lágrimas, cultivó injusticias, quebrantó el derecho, facilitó el genocidio y muchas otras formas de violación de los derechos humanos.

Para el Maestro de los maestros, nadie es indigno ni discriminado por ninguna condición o situación. Una prostituta tiene el mismo valor que un moralista. Una persona indocta y sin cualquier nivel de educación formal tiene el mismo valor que un intelectual, un escriba. Una persona marginada tiene el mismo valor que un rey.

Cristo estaba tan en contra de la discriminación, que hacía que los moralistas de

su época tuviesen escalofríos por sus palabras. Tuvo el valor de decirle a los fariseos que los corruptos recolectores de impuestos y las prostitutas los precederían en su reino (Mateo 21.31). ¿Cómo es posible que los corruptos y las prostitutas precedieran a los fariseos tan famosos y moralistas? Por la capacidad de humillarse y ponerse como aprendices en su encantadora escuela.

Los recolectores de impuestos era odiados y las prostitutas eran apedreadas en esa época, y aún así el plan transcendental de Cristo arrebató la psicología humanista. En él todos se vuelven indistintamente seres humanos. Nunca nadie consideró tan dignas a personas tan indignas. Nunca nadie exaltó tanto a personas tan despreciadas, nunca nadie incluyó tanto a personas tan excluidas.

8

Despertando la sed de aprender y liberando la inteligencia

Cristo despertaba la sed. El maestro bueno y el excelente

No debemos considerar a Cristo con un pobre sufridor. Ese título no lo dignifica. Él no era frágil; poseía una fuerza impresionante. Si existió alguien que tenía un valor extraordinario fue Cristo. Él no se callaba ni siquiera cuando enfrentaba un serio riesgo de muerte. Tuvo intrepidez para enfrentar un mundo totalmente contrario a su pensamiento, tuvo osadía, para enfrentar los ambientes públicos más hostiles y determinación para enfrentar sus propios temores y angustias. Pronunció sus discursos en el territorio de sus más ardientes opositores (Mateo 6.2-5; 7.15-23). Antes de ser crucificado corrió el serio riesgo de sufrir politraumatismo por apedreamiento.

Cristo tampoco actuaba inconsciente ni inconsecuentemente – tenía conciencia del efecto de sus palabras y de las metas que quería lograr. Sabía armonizar la humildad y la tolerancia con la osadía y la determinación. Apreciaba provocar la inteligencia de las personas y mostrar su radicalismo.

Cristo era un maestro cautivante. Muchos corrían para oírlo, para aprender de él. Era diferente de la mayoría de los demás maestros, hasta de los de la actualidad, que transmiten el conocimiento sin placer ni desafío, transmiten información lista, concluida y despersonalizada, o sea, sin comentar los dolores, frustraciones y aventuras que los pensadores vivieron mientras lo producían. Tal transmisión no estimula la inteligencia de los alumnos, no los sorprende, no los hace ingenieros de ideas.

Un buen maestro posee elocuencia, pero un excelente maestro posee más que eso; posee la capacidad de sorprender a sus alumnos, y estimular la inteligencia. Un buen maestro transmite el conocimiento con dedicación, mientras que un excelente maestro estimula el arte de pensar. Un buen maestro busca a sus alumnos porque quiere educarlos, pero un excelente maestro estimula tanto la inteligencia de sus alumnos, que es buscado y apreciado por ellos. Un buen maestro es valorado y recordado durante el tiempo de la escuela, mientras que un excelente maestro jamás es olvidado, marcando para siempre la historia de sus alumnos. Cristo estimulaba la

inteligencia de aquellos que convivían con él. Él los inspiraba y los formaba como ingenieros del pensamiento. No solo sus pensamientos marcaron la historia de sus íntimos, sino que también los hechos y los momentos de silencio fueron tan elocuentes que modificaron la trayectoria de sus vidas.

Él andaba por las ciudades, villas y pueblos, proclamando el «reino de los cielos» y su proyecto de transformación interior. Sus biografías indicaban que hablaba de forma arrebatadora. Su hablar despertaba en las personas una sed interior. Aunque fuese el carpintero de Nazaret y andaba y vestía de forma tan sencilla, sus oyentes quedaban impresionados con la dimensión de su elocuencia (Mateo 6.30-44). Con el pasar de los meses, Cristo no necesitaba buscar a las personas para hablarles. Su hablar era tan cautivante que él pasó a ser procurado por las multitudes. Las personas se amontonaban para oírlo. Determinados grupos lo apreciaban tanto que le rogaban que no se alejase de ellos. Pero él decía que tenía que llevar su mensaje a otras partes.

Las multitudes lo seguían por sitios peligrosos, desérticos, donde corrían el riesgo hasta de morir de hambre (Mateo 14.15; 15.32; Marcos 8.1-9). De igual modo, no desistían, superando cualquier dificultad para oírlo. Eso es muy interesante. La mayoría de las personas de aquella época no tenían estudios y probablemente ningún interés en aprender nada más que lo necesario para trabajar y sobrevivir. Pero Cristo había despertado un hambre interior en aquellas personas que traspasaba los límites del hambre física.

Cristo rompe mi tesis y el argumento de Will Durant

Cuando las necesidades para garantizar la sobrevivencia son grandes, las personas no tienen interés en desarrollar el pensamiento. Acerca de eso hay un episodio interesante en la *historia de la filosofía*. Will Durant, autor del famoso libro *Historia de la filosofía*, busca justificar las razones por las cuales Europa produjo cualitativamente más pensadores en la literatura y en la filosofía que los Estados Unidos.* Él comenta que «Inglaterra necesitó de ochocientos años desde su fundación hasta Shakespeare y Francia también necesitó de ochocientos años para llegar a Montaigne [...] mientras nosotros tuvimos que gastar nuestras energías abriendo campo en nuestras grandes florestas y extrayendo la riqueza de nuestro suelo; no hemos tenido tiempo de producir una literatura nacional y una filosofía madura».

Inglaterra, Francia y otros países demoraron muchos siglos para producir un cuerpo de pensadores en la filosofía, en la literatura, en las artes, etc. De hecho, el

pensamiento filosófico en Europa es más maduro que en los Estados Unidos. Durant justifica ese hecho diciendo que la sociedad estadounidense estuvo muy ocupada en los últimos siglos con sus necesidades de supervivencia, y con el desarrollo social. Aunque no sea una regla matemática, la producción de pensadores tiene alguna relación con la atención de las necesidades básicas de supervivencia, con el desarrollo social. Primero deben ser atendidas las necesidades básicas, para que después florezca un pensamiento más maduro y colectivo. Seguramente el pensamiento puede florecer individualmente en medio de crisis sociales, pobreza material, guerras, etc. Entretanto, la formación de un cuerpo de pensadores está vinculada al desarrollo social. El pensamiento a veces es como el vino: mientras más viejo y maduro, mejor el sabor.

El argumento de Durant, por lo tanto, tiene fundamento y coincide con la hipótesis que planteé acerca de la prevalencia del hombre instintivo (animal) sobre el hombre pensante en las situaciones estresantes. Las necesidades materiales básicas que garantizan la supervivencia (como la vivienda, salud y alimentación) usualmente prevalecen sobre las necesidades psicológicas. Cuando las necesidades básicas son atendidas, podemos liberar el pensamiento y expandirlo para expresar el arte.

El arte tiene cierta conexión con el dolor, no con el dolor de la supervivencia, instintiva, sino con el dolor de las crisis existenciales, el dolor del alma que envuelve los conflictos psíquicos y sociales. Raramente las personas se interesan en pensar cuando les es necesario luchar para sobrevivir. Raramente el mundo de las ideas se expande cuando el cuerpo es presionado por el dolor del hambre, cuando la vida es castigada por la miseria. Pero, Cristo rompió ese paradigma, que dirige tanto mi tesis como el argumento de Durant.

Cristo brilló por su inteligencia, aunque desde su niñez hubiera sido castigado por la pobreza. Además de eso, lo que es más interesante, él indujo a las personas de su época, tan castigadas por la miseria física y psicológica, a tener hambre del conocimiento que transcendía las necesidades básicas de la supervivencia.

En la época de Cristo, el pueblo de Israel vivía bajo el dominio del Imperio Romano. Sobrevivir era difícil. El hambre y la miseria eran parte de la vida de aquel pueblo. La producción de alimentos era escasa y, aún así, las personas tenían que pagar pesados impuestos, pues había recolectores (publicanos) diseminados por todo el territorio de Israel.

Si miramos la miseria del pueblo de Israel y el yugo impuesto por el Imperio Romano, constataremos que Cristo no vino en la mejor época, para exponer su complejo y ambicioso proyecto de transformar al ser humano. Si hubiera venido en

una época donde hubiera habido menos miseria y el sistema de comunicación hubiera estado desarrollado, se hubiera facilitado su trabajo. Pero, hay muchos puntos en su vida que escapan a nuestros conceptos: nació en un pesebre, no buscó la ostentación, escogió un equipo de discípulos totalmente descalificados, guardó silencio durante su juicio. Las personas en la época de Cristo se preocupaban por alimentarse y no por pensar, pero descubrieron que no solo de pan vive el ser humano.

Los fariseos y los sacerdotes no deslumbraban en aquella época. Cristo brilló en un ambiente en el cual raramente era posible brillar. Aunque en aquel tiempo las personas tuviesen todos los motivos para no recapacitar, ellas abandonaban sus casas y lo poco que tenían y se dirigían a las regiones desérticas para oír las palabras sofisticadas y poco comunes de ese atrayente maestro.

Es difícil encontrar una persona intelectualmente atrayente e interesante en la sociedad moderna. Para tornar las personas atrayentes, la televisión tiene que «maquillarlas», dar color a sus palabras y a sus gustos. Por su parte, el carpintero de Nazaret era un hombre que atraía multitudes sin necesitar de ninguna publicidad.

Algunas veces las personas viajaban durante varios días, durmiendo al aire libre, para oírlo. Lo raro es que Cristo no prometía una vida fácil ni abundancia material. No prometía un reino político ni una tierra de donde fluyera leche y miel, como Moisés. Él hablaba acerca de otro nivel, un reino dentro del ser humano, que suponía un proceso de transformación íntima.

No había despertador, pero las personas se levantaban muy temprano para ir a su encuentro. Creo que muchas tenían insomnio por tan intrigadas que quedaban con los pensamientos de Cristo. Algunos textos dicen que las multitudes ni siquiera esperaban que despuntara el sol para buscarlo (Lucas 21.38). Difícilmente hubo en la historia un maestro tan cautivante como él.

Aunque no hubiera un local definido para reunirse, las personas se encargaban de encontrarlo. Bajo el impacto de sus palabras, eran estimuladas a recapacitar y a pensar en los misterios de la existencia. El pensamiento no estaba institucionalizado; todos eran libres de oír y aprender, a pesar de las dificultades que sufrían.

Cristo tenía valentía tanto para exponer sus pensamientos como para permitir que las personas lo abandonasen. Es muy difícil reunir esas dos características en una persona. Quienes tienen la valentía de exponer sus pensamientos, por lo general controlan a aquellos que los siguen y les limitan la libertad. Pero Cristo era diferente. Un día él llegó delante de sus discípulos y les dio plena libertad para que lo abandonasen (Juan 6.67). Hasta preguntó: «¿Queréis acaso irnos también

vosotros?» Su capacidad de exponer los pensamientos y no imponerlos es singular. Él solo hacía invitaciones que repercutían en el aire: «Si alguno tiene sed, venga a mí y beba» (Juan 7.37).

El registro del evangelio de Mateo 4.19 nos muestra que, cuando Cristo estaba caminando junto al mar de Galilea, vio a Pedro, Andrés, Jacobo y Juan, que estaban pescando o cosiendo las redes. Entonces los llamó, diciendo: «Venid en pos de mí» los discípulos luego reaccionaron siguiéndolo. Había un intenso carisma en las palabras y en el semblante de aquel maestro que atraía las personas.

Cristo cautivó tanto a las personas que ellas no podían aceptar la idea de separarse de él. Cuando fue crucificado, ellas se golpeaban el pecho inconformes (Lucas 23.48). Tal vez se dijeron a sí mismos: «¿Cómo es posible que, alguien que cambió nuestras vidas y nos dio un nuevo sentido para vivir pase por una muerte tan dolorosa y ultrajante? ¿Cómo puede alguien tan inteligente y poderoso no haber usado su fuerza y capacidad intelectual para escapar de su propio juicio?» Era muy difícil para ellas comprender las consecuencias e implicaciones de la crucifixión de Cristo.

El proceso de interiorización en las sociedades modernas

En la actualidad hemos perdido el placer de realizar el proceso de interiorización.

Se multiplicaron las escuelas y el acceso a la información, pero no multiplicamos la formación de pensadores.

Hoy, con frecuencia, las personas solo son motivadas a aprender porque así usan el conocimiento como herramienta profesional. Si eliminásemos el título profesional y la posibilidad de adquirir lucro con la adquisición de conocimientos, las universidades morirían, ¡el conocimiento sería enterrado! El placer de aprender y de tornarse un ingeniero de ideas está vacío en las sociedades modernas. Fue reemplazado, como veremos adelante, por la paranoia del consumismo, de la estética, de la competición agresiva.

No hay dudas de que muchas personas seguían a Cristo para atender a sus propias necesidades básicas y observar los hechos sobrenaturales. Él era consciente de eso (Juan 2.23-25). Pero, muchos lo seguían porque fueron despertados por él, descubrieron el placer de aprender. Platón habló del placer de aprender.* Si él hubiera vivido en la época de Cristo, probablemente serían íntimos, y quedaría

encantado con la habilidad del maestro de Nazaret de llevar a personas desprovistas de estudios a romper la rutina existencial y tener sed de crecimiento interior.

El proyecto de Jesús era sorprendente. Bajo su influencia las personas se volvían caminantes en las trayectorias de su propio ser. Bajo el cuidado de ese maestro aprendieron a echar raíces dentro de sí mismas, aprendieron a ver la vida desde otra perspectiva y a darle un sentido noble, hasta en las miserias y en los dolores existenciales.

Desobstruyendo la inteligencia

Ponerse como aprendiz ante la vida profesional, social e intelectual es un verdadero ejercicio de inteligencia. Una persona que posee esa característica es siempre creativa, lúcida y brillante intelectualmente. Se despoja a menudo de sus preconcepciones y mira la vida desde ángulos distintos. Por otro lado, una persona que se siente rica interiormente está siempre tensa, enfadada y envejecida intelectualmente.

Hace bien tanto a la salud física como a la salud psíquica ponerse como aprendiz delante de la existencia. Esa característica no tiene que ver con la edad. Hay jóvenes que son viejos, porque son rígidos intelectualmente. Hay viejos que son jóvenes, porque son libres y dispuestos a aprender. Tal característica es más importante que la genialidad. Es posible ser un genio y ser solo un baúl lleno de informaciones, sin ninguna creatividad.

Si observamos la historia de los hombres y mujeres que más han brillado por su inteligencia, constataremos que la curiosidad, el desafío, la osadía, la sed de aprender, la capacidad de ponerse como aprendiz delante de los acontecimientos de la vida eran su secreto. Muchos pensadores fueron más productivos cuando aún eran inmaduros, pues tenían preservadas esas características. En esa fase, aunque tuvieran los problemas relacionados con la falta de madurez intelectual, estaban más abiertos para el aprendizaje. Pero, cuando conquistaron estatus, fama, prestigio social y abandonaron la posición de aprendices, cayeron en la ruina intelectual.

Quienes se contaminan con el virus de la autosuficiencia reducen su propia producción intelectual. Quienes se embriagan con el orgullo se están condenando a la infantilidad emocional y a la pobreza intelectual, además de hacer de la vida una fuente de ansiedad. El orgullo engendra muchos hijos, entre los cuales está la dificultad de reconocer los errores y la necesidad compulsiva de siempre tener la

razón. Aquél que recicla su orgullo y se libera del yugo de siempre tener la razón, camina por la vida con más tranquilidad. La persona que reconoce sus limitaciones es más madura que la que se sienta en el trono de la verdad.

Una de las más grandes dificultades educacionales es llevar un maestro a colocarse continuamente en la posición de alumno y mantenerse como alumno constante, en condición de aprendiz. Muchos profesionales liberales y ejecutivos se han tornado estériles con el paso del tiempo, pues se encierran dentro de sí mismos, cimientan su inteligencia con las amarras de la autosuficiencia y de la independencia exagerada.

Muchos científicos son productivos cuando están en el inicio de sus carreras. Entre tanto, mientras más suben en la jerarquía académica y valoran sus títulos, tienen gran dificultad en producir nuevas ideas.

Los periodistas, los profesores, los médicos, los psicólogos, en fin, toda y cualquier persona que no recicla la autosuficiencia encarcela el pensamiento y aborta la creatividad. Es probable que muchos de nosotros estemos intelectualmente estériles y no tengamos consciencia de eso por causa de la dificultad de meditar y recapacitar en nuestra historia.

Cristo provocaba continuamente la inteligencia de sus discípulos y los estimulaba a abrir las ventanas de sus mentes. Los pensamientos de él eran nuevos y originales e iban en contra de los paradigmas de sus discípulos, contra todo lo que habían aprendido como modelo de vida. Por eso, tenía un gran desafío por delante. Necesitaba romper la rigidez intelectual y conducirlos para que se pusiesen como aprendices delante de la tortuosa y turbulenta trayectoria de la vida. ¿A quiénes escogió como discípulos? ¿A intelectuales o a iletrados?

Inexplicablemente Cristo no eligió como discípulos para revelar su propósito y ejecutar su proyecto al grupo de intelectuales de la época, representados por los escribas y fariseos. Estos tenían la gran ventaja de poseer una cultura milenaria y una refinada capacidad de raciocinio. Además, algunos lo admiraban mucho. Pero, tenían en su contra el orgullo, la autosuficiencia y la rigidez intelectual, lo que impedía que se abriesen hacia otras posibilidades de pensamiento.

El orgullo y la autosuficiencia contaminan la sabiduría y el arte de pensar

El orgullo y la autosuficiencia de los escribas y fariseos obstruían su inteligencia y los encerraban en una cárcel intelectual. En la escuela de Cristo, el orgullo y la autosuficiencia contaminan la sabiduría y abortan el arte de pensar. En ella nadie se gradúa, todos son «eternos aprendices». Todos deben tener la postura intelectual de un niño, que es abierto, sin preconcepciones y con gran disposición para aprender (Marcos 10.15).

Cristo demostraba que necesitaba de algo más que admiradores y simpatizantes de su causa. Necesitaba mentes abiertas y espíritus libres y sedientos. Él no desistió de los escribas y fariseos, pero, en lugar de insistir con ellos, prefirió comenzar todo de nuevo, y buscó personas aparentemente descalificadas para ejecutar un proyecto más profundo y trascendental. Eligió un grupo de incultos pescadores que probablemente no conocían nada más que los límites del mar de Galilea, que nunca pensaron en mirar hacia su interior ni en desarrollar el arte de pensar, personas que nunca reflexionaron profundamente acerca de los misterios de la existencia o soñaron en ser más que simples pescadores o recolectores de impuestos.

El mundo intelectual y espiritual de aquellos hombres era muy pequeño. Hasta que un maestro intrigante pasó por ellos, abrió sus mentes y despertó en ellos un espíritu sediento que cambiaría para siempre el trayecto de sus vidas.

Cristo tomó una decisión arriesgada, valiente y desafiadora. Hizo una elección poco común para sacar adelante su complejo deseo. Eligió un grupo de hombres iletrados y sin grandes virtudes intelectuales para transformarlos en ingenieros de la inteligencia y tornarlos propagadores (apóstoles) de un plan que revolucionaría el mundo, traspasaría los siglos y conquistaría centenas de miles de personas de todos los niveles culturales, sociales y económicos.

*Durant, Will. *Historia de la Filosofía*.

*Platón, *La República*, libro VII (Madrid: Alianza, 1998).

9

Invirtiendo en sabiduría frente a los inviernos de la vida

Los principios de la matemática emocional

Muchos invierten buena parte de su energía física y psicológica en aplicar dinero en las bolsas de valores, en adquirir bienes materiales, en tener un carro del año, en tener un buen plan de salud. A pesar de ser legítima, la seguridad financiera es totalmente insuficiente para satisfacer las necesidades más íntimas del ser humano, para dar sentido a su existencia, enriquecer su placer de vivir y madurar su personalidad.

Traté a varias personas con trastornos depresivos que eran financieramente ricas, pero que habían perdido el encanto por la vida. Muchos confesaron que sentían envidia de las personas sencillas que, aunque no tuviesen estudio ni apoyo financiero, sonreían delante de las pequeñas cosas de la vida.

Recuerdo a un gran empresario agroindustrial que me dijo que algunos de sus trabajadores que cortaban caña eran más ricos que él, pues, a pesar de la miseria material, lograban cantar y alegrarse mientras trabajaban. De hecho, hay miserables que viven en palacios y ricos que viven en chozas.

No estoy defendiendo la miseria. Al contrario, la miseria en todos los sentidos debería ser extirpada de la sociedad, pero quiero decir que la mente humana es tan compleja que desobedece a las reglas de la matemática financiera. La matemática emocional tiene, afortunadamente, principios que traspasan los límites de la matemática lógica. Tener no es ser. El que tiene diez casas no tiene diez veces más placer en la vida ni diez veces más estabilidad emocional que los que viven en una choza. Quien tiene un millón de dólares no es miles de veces más alegre que quién posee algunas pocas monedas.

Es posible poseer mucho financieramente y ser emocionalmente triste, infeliz. Es posible tener riquezas materiales y baja capacidad de contemplar la belleza. La matemática emocional puede cambiar los principios de la matemática financiera, principalmente para quien aprende a invertir en sabiduría. El proceso de construcción de la inteligencia es un espectáculo tan sofisticado que promueve hechos inesperados y escenas imprevisibles a lo largo de la vida.

Todos comentan acerca de la miseria física porque es perceptible a los ojos, pero raramente se habla acerca de la miseria emocional que abate el ánimo y restringe el placer de la existencia. El tiempo de vida es muy corto. En un instante somos jóvenes y en otro somos viejos. A los niños les gusta festejar su cumpleaños. Cuando llegamos a la madurez, queremos detener el tiempo, pero él no para. La brevedad de la vida debía hacernos buscar la sabiduría y dar un sentido más rico a la existencia. Pues de lo contrario, el enfado y la angustia serán de nuestro camino.

Invirtiendo en sabiduría: los dolores de la existencia desde otra perspectiva

Cristo anhelaba que sus discípulos se transformaran en grandes inversionistas en sabiduría. Él no deseaba que el ser humano tuviera una meta existencial superficial y pobre. Al investigar su historia, constatamos que para él cada persona era un ser único que debía vivir su vida como un espectáculo único. Por eso, él aprovechaba cada oportunidad para entrenar sus discípulos a crecer delante de las limitaciones y de las fragilidades humanas (Marcos 7.20-23). Buscaba abrir el horizonte intelectual de ellos para que pudiesen ver el sufrimiento bajo otra perspectiva.

Los dolores de la existencia, tanto los físicos como, principalmente, los psicológicos, debían ser aliviados. Pero para Cristo, también podían usarse para limar las aristas de la personalidad. El ser humano aprende fácilmente a tratar con los éxitos y ganancias, pero tiene gran dificultad en aprender a tratar con los fracasos y pérdidas. Vivimos en sociedades que niegan los dolores de la existencia y valoran exageradamente la búsqueda del éxito. Cualquier persona aprende a lidiar con las primaveras de la vida, pero solo los sabios aprenden a vivir con dignidad en los inviernos existenciales.

El hecho de que seamos seres pensantes y con consciencia nos hace una especie muy compleja y, consecuentemente, complicada. Una especie que crea sus propios enemigos. A cada momento penetramos en los laberintos de la memoria y formamos ricas cadenas de pensamientos sin saber cómo encontrar las direcciones de los datos guardados en la memoria. Pensar es una especie de espectáculo. Pero, tanto puede ser un espectáculo de placer como de terror. Si el mundo de las ideas que construimos en el escenario de nuestras mentes es negativo, hacemos de nuestra vida un espectáculo de angustia, aunque podamos tener privilegios exteriores.

Frecuentemente, el ser humano es el mayor verdugo de sí mismo. Muchos sufren

por antelación, hacen su «velorio antes de tiempo». Los problemas aún no ocurrieron y ellos ya están sufriendo anticipadamente. Otros revuelven el pasado y se hunden en una esfera de sentimientos de culpa. El peso de la culpa está siempre hiriéndolos. Otros, aún, se autodestruyen por la supersensibilidad emocional que poseen: pequeños problemas tienen una inmensa repercusión dentro de ellos. Las personas muy sensibles acostumbran a ser optimistas con los demás, pero pesimistas consigo mismas.

Cuando alguien las ofende, se les arruina el día y, a veces, hasta la semana. Para esas personas, la magnífica construcción de pensamientos deja de ser un espectáculo de entretenimiento para tornarse una fuente de ansiedad.

Si no reciclamos las ideas de contenido negativo, si no trabajamos los sentimientos de culpa y reevaluamos la supersensibilidad emocional, fácilmente desarrollaremos depresión o un estado de estrés acompañados de síntomas psicósomáticos. Pensar no es una opción para el ser humano. Pensar, como hemos visto, es un proceso inevitable. Nadie logra romper el flujo de pensamientos, pero es posible controlar con alguna madurez los pensamientos y emociones; si no, nos volveríamos víctimas de nuestra propia historia. Si no fuéramos agentes modificadores de nuestra historia, si no la reescribiéramos con madurez, seguramente seríamos víctimas de los inviernos existenciales.

Reescribir la historia es el papel fundamental del ser humano. Necesitamos admitir la necesidad de esa inversión intelectual.

Cristo extraía sabiduría de su miseria

Cristo estaba siempre conduciendo a las personas a reescribir sus historias y a no ser víctimas de las dificultades sociales y de los sufrimientos que vivían. Él se preocupaba con el desarrollo de las funciones más altruistas de la inteligencia. Deseaba que las personas tuviesen dominio propio, administrasen sus pensamientos y aprendiesen a caminar por las calles de la perseverancia ante las dificultades de la vida.

Jesús fue ofendido diversas veces, pero sabía proteger sus emociones. Algunos fariseos decían que él era el principal de los demonios. Para alguien que se presentaba a sí mismo como el «Cristo», esa ofensa era muy grave. Pero las ofensas no lo alcanzaban. Solamente una persona fuerte y libre es capaz de reflexionar acerca de las ofensas y no ser herida por ellas. Él era fuerte en sus pensamientos, por

eso podía dar respuestas excepcionales en situaciones donde difícilmente había espacio para pensar, en situaciones donde fácilmente la ira nos llenaría.

Ni aún la posibilidad de ser arrestado y muerto en cualquier momento parecía perturbarlo. Él trascendía las circunstancias que normalmente nos llenarían de ansiedad. Tenía muchos opositores, y así mismo manifestaba con osadía sus pensamientos en público. Tenía todos los motivos para sufrir insomnio, entre tanto no perdía una noche de sueño, siendo capaz de dormir hasta durante situaciones turbulentas.

Cierta vez, los discípulos, que siendo pescadores eran especialistas en el mar, quedaron tremendamente horrorizados delante de una gran turbulencia marítima. Mientras ellos estaban desesperados, Cristo dormía. Él no era pescador, ni estaba acostumbrado a viajar en barco. El que no está acostumbrado a navegar generalmente sufre mareos en el viaje, principalmente si el mar está agitado. Desesperados, los discípulos lo despertaron. Despierto, él censuró el miedo y la ansiedad de ellos y con un gesto calmó la tempestad. Los discípulos, intrigados nuevamente, se preguntaban entre sí: «¿Quién es éste, que aun a los vientos y a las aguas manda, y le obedecen?» (Lucas 8.22-25). Lo que quiero enfatizar aquí no es el milagro sobrenatural realizado por Cristo, sino la tranquilidad que demostraba ante las situaciones donde la desesperación dominaba.

Él actuaba con serenidad cuando todos estaban horrorizados. Protegía sus emociones de las contrariedades. Muchos hacen de sus emociones un depósito de basura. No filtran los problemas, las ofensas, las dificultades que experimentan. Por el contrario, ellas los invaden con extrema facilidad, produciendo angustia y estrés. Aún así, Cristo no se dejaba invadir por las turbulencias de la vida. Él administraba sus emociones con gran habilidad, pues filtraba los estímulos angustiantes, estresantes.

No solo el temor no formaba parte de su diccionario de la vida, sino tampoco la desesperación, la ansiedad, la inseguridad y la inestabilidad.

Los discípulos contemplaban a su maestro atentos y embebidos y así, poco a poco aprendían con él a ser fuertes y libres interiormente, así como seguros, tranquilos y estables en las situaciones de estrés.

Todos elogian a la primavera y esperan ansiosos su llegada, pues piensan que las flores surgen en esa época del año. En realidad, las flores surgen en el invierno, aunque clandestinamente, y se manifiestan en la primavera. La falta de agua, el frío y la poca luminosidad del invierno castigan a las plantas, llevándolas a producir

metafóricamente las flores que se abrirán en la primavera. Las flores contienen semillas, y las semillas no son nada más que el intento de darle continuidad al ciclo de la vida de las plantas ante el crudo frío invernal. El caos del invierno es responsable de las flores de la primavera.

Al analizar la historia de Cristo, está claro que los inviernos existenciales por los cuales pasó no lo destruyeron, al contrario, generaron en él una bella primavera existencial, manifestada en su sabiduría, amabilidad, tranquilidad, tolerancia, capacidad de comprender y superar los conflictos humanos.

Todo ser humano pasa por inviernos existenciales

Toda y cualquier persona pasa por turbulencias en su vida. Los dolores producidos por problemas externos o por factores internos son los fenómenos más democráticos de la existencia. Un rey puede no tener problemas financieros, pero puede tener problemas internos. La princesa Diana era elegante y humanitaria y no atravesaba problemas financieros, pero, por lo que consta, poseía dolores emocionales intensos, sufría crisis depresiva. Tal vez sufría mucho más que los pobres de África o del nordeste brasileño.

Las personas que pasan por dolores existenciales y los superan con dignidad se hacen más hermosas e interesantes interiormente. Quien pasó por el caos de la depresión, del síndrome del pánico o de otras enfermedades psíquicas y lo superó se vuelve más rico, bello y sabio. La sabiduría hace a las personas más atractivas, aunque el tiempo arrugue su piel e imprima las marcas de la vejez.

Una persona que tiene miedo del miedo, miedo de su depresión, de sus miserias psíquicas y sociales, tiene menos equipaje intelectual para superarlas. El miedo alimenta el dolor. Aprender a enfrentar el miedo, actuar con seguridad en los momentos de sufrimiento y reciclar las causas de los conflictos humanos conduce una persona a reescribir su historia.

A todos nos gusta vivir las primaveras de la vida, vivir una vida con placer, con sentido, sin tedio, sin turbulencias, donde los sueños se vuelven realidad y el éxito toca a nuestra puerta. Entretanto, no hay un ser humano que no haya atravesado inviernos existenciales. Algunas pérdidas y frustraciones que vivimos son imprevisibles e inevitables. ¿Quién consigue evitar todos los dolores de la existencia? ¿Quién nunca tuvo momentos de fragilidad y lloró lágrimas húmedas o secas? ¿Quién consigue evitar todos los errores y fracasos? El ser humano, por más

prevenido que sea, no puede controlar todas las variables de la vida y evitar determinadas angustias.

Todos pasamos por momentos de estrés. Las preocupaciones existenciales, los desafíos profesionales, los compromisos sociales y los problemas en las relaciones interpersonales producen continuamente momentos de tensión que, a la vez, producen estrés y ansiedad. Esas emociones pueden ejercer un control sobre la inteligencia que nos impide ser libres, tanto en la construcción como en el control de los pensamientos. A veces, las acciones en los momentos de estrés son tan dramáticas que ejercen una verdadera dictadura sobre la inteligencia.

Quien cuida solamente de la estética del cuerpo y descuida su enriquecimiento interior vive la peor soledad, la de haberse abandonado a sí mismo en el camino de la existencia. Las personas que viven preocupadas con cada gramo de peso hacen de sus vidas una fuente de ansiedad. Tienen gran dificultad en superar las contrariedades, las contradicciones y los momentos de angustia que surgen a lo largo del camino de la existencia.

La dictadura de los puntos de tensión hace del ser humano una víctima de su historia, y no un agente constructor de ella, un autor que reescribe sus principales capítulos. Es más fácil ser mártires que autores de nuestra historia. Muchas personas son marionetas de las circunstancias de la vida, no logrando redirigir ni repensar sus historias.

Cristo veía los dolores de la vida bajo otra perspectiva. Encaraba las contrariedades con calma, no tenía miedo del dolor ni de las frustraciones por las cuales pasaba. Muchos lo decepcionaron, hasta sus íntimos discípulos lo frustraron, pero él absorbía las frustraciones con tranquilidad. Como maestro de la escuela de la existencia, entrenaba continuamente a sus discípulos para superar los momentos de estrés, para enfrentaren sus miedos y sus fracasos. Así, podrían reescribir sus historias, y corregir sus rutas con madurez.

Cierto día, Jesús tuvo un diálogo corto y lleno de significado con sus discípulos, en Juan 16.33 dijo: «En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo». Él reconoció que la vida humana es sinuosa y posee turbulencias inevitables, animó a sus íntimos a que no se intimidaran delante de las aflicciones de la existencia, sino que se capacitasen con ánimo y determinación para superarlos. Dijo que había vencido al mundo, superado las crudezas de la vida, lo que indica que él no vivía su vida de cualquier manera, sino con conciencia, con objetivos bien establecidos, como si fuera un atleta.

Produciendo una escuela de sabios

Cristo tuvo un nacimiento indigno, y los animales fueron sus primeras visitas. Probablemente hasta los niños más pobres tienen un nacimiento más digno que el de Jesús. Cuando tenía dos años, debería estar jugando, pero ya encaraba grandes problemas. Estaba amenazado de muerte por Herodes. Pocas veces un niño frágil e inocente fue tan perseguido como él. Huyó con sus padres hacia Egipto, hizo largos viajes poco cómodos, a pie o montado en animales. Tenía una inteligencia poco común para un adolescente, siendo admirado a los doce años por doctores del templo. Además, vino a ser un carpintero, siéndole necesario trabajar para sobrevivir.

Cuando manifestó sus pensamientos al mundo, provocó gran turbulencia. Fue amado por muchos, pero en la misma proporción fue perseguido, rechazado y odiado por aquellos que ostentaban el poder político y religioso en su época. Fue incomprendido, rechazado, abofeteado, escupido y herido física y psicológicamente. Cristo tenía todos los motivos para estar deprimido, irritado, angustiado. En lugar de ello, expresaba tranquilidad, capacidad de amar, de tolerar, de superar los momentos de angustia y, como dije, hasta de hacer poemas con su miseria.

A pesar de pasar por tantas dificultades a lo largo de la vida, era una persona alegre. Tal vez no exhibiese anchas y hartas sonrisas, pero era alegre en su interior, probablemente más de lo que podamos imaginar. Poco antes de su martirio, manifestó el deseo de que los discípulos experimentasen la alegría que él disfrutaba, la alegría completa (Juan 14.28; 16.20-22). Hay personas que tienen buenos motivos para ser felices pero están siempre insatisfechas, descontentas con lo que son y poseen. Sin embargo, Cristo, a pesar de tener todos los motivos para ser una persona triste, se mostraba feliz y sereno.

¿Cómo es posible que alguien que sufrió tanto desde la niñez se mostrase tan tranquilo, capaz de no perder la paciencia cuando estaba contrariado y de superar los contratiempos de la vida con serenidad? ¿Cómo es posible que alguien que fue tan rechazado e incomprendido fuera capaz de hacer creer que no solo era alegre, pero que también poseía una fuente de alegría que podría propiciar al ser humano placer y sentido existencial plenos? Cristo era un gran inversor en sabiduría. Sus sufrimientos lo convirtieron en un individuo más tranquilo y no más tenso. Los dolores no lo desanimaban ni causaban conflictos psíquicos como normalmente ocurre con nosotros.

Cristo demostraba ser un excelente administrador de sus pensamientos. Por la forma como se conducía, se puede concluir que cuando pasaba por frustraciones y

contrariedades, no se detenía a la vuelta del estímulo estresante.

Consecuentemente, sus pensamientos no quedaban superacelerados. Por el contrario, se calmaban en el escenario de su mente. Eso hacía que él los administrase fácilmente y produjese respuestas calmadas e inteligentes en situaciones estresantes.

Es difícil construir una historia de placer cuando nuestras vidas transcurren en un desierto. Es difícil entregarnos sin esperar de las personas algo a cambio, no sufrir cuando ellas no corresponden a nuestras expectativas. Es igualmente difícil administrar los pensamientos en los puntos de tensión. No conozco un psiquiatra o psicólogo que tenga la capacidad de preservar su emoción del estrés e invertir en sabiduría como Cristo. Él fue el Maestro de los maestros en una escuela donde muchos intelectuales se conducen como débiles alumnos.

Cristo no quería fundar una corriente de pensamiento psicológico. Su proyecto era mucho más ambicioso y sofisticado. Entretanto, su psicología tenía una complejidad sin igual. La psicología clásica nació como ciencia hace casi un siglo, pero Cristo, veinte siglos antes ejercía una psicología preventiva y educacional del más alto nivel.

Los discípulos aprendieron, poco a poco, a lidiar con madurez con sus sentimientos de culpa, sus errores, sus dificultades; a caminar con dignidad por los inviernos existenciales. Comprendieron que su maestro no exigía que fueran superhombres, que no fracasasen, que no atravesasen dificultades ni tuviesen momentos de titubeo, sino que aprendiesen a ser fieles a su propia conciencia, que se pusiesen como aprendices delante de la vida y se transformasen gradualmente.

Respecto a ese tema, el maestro narró la historia de un hombre que encontró una perla valiosísima. Ese hombre vendió lo que tenía para adquirirla (Mateo 13.45-46). El hecho de vender, aquí, es figurado, no significa vender los bienes materiales, sino desobstruir la inteligencia, el espíritu humano, deshacerse de las cosas inútiles, para poder cultivar la perla dentro de sí mismo. Hay muchos significados para la palabra perla, siendo uno de ellos la sabiduría, dentro de su proyecto trascendental. El sabio rey Salomón decía acerca de ella: «Bienaventurado el hombre que halla la sabiduría, ... porque su ganancia es mejor que la ganancia de la plata, y sus frutos más que el oro fino» (Proverbios 3.13-14).

En las aulas de clases de las escuelas clásicas, mantener a los alumnos en silencio ya es una gran victoria. Si, además de eso, ellos memorizan el conocimiento y obtienen buenos resultados en los exámenes, se puede decir que hubo éxito. Y aún si fueren creativos y aprendieren algunas lecciones de ciudadanía, eso sería lo máximo

del éxito educacional. En la escuela de la existencia de Cristo la exigencia era mucho mayor. No era suficiente conquistar esas funciones de la inteligencia; era necesario invertir en sabiduría, controlar los pensamientos en los momentos de estrés, encarar el miedo, usar los errores y fracasos como factores de crecimiento, reescribir sus propias historias. Cristo puso a sus discípulos en una escuela de sabios. Sabios que eran personas comunes por afuera, pero especiales por dentro. Sabios que vivieron una vida plena, aunque sencilla exteriormente.

10

Un narrador de historias que sabía trabajar con las habilidades de la memoria y estimular el arte de pensar

Usando el arte de la pregunta y de la duda

Estudiar la osada, creativa y elegante inteligencia de Cristo podría expandir el arte de pensar de los estudiantes de cualquier nivel y edad escolar, desde el nivel básico hasta la universidad. Entre las habilidades de su inteligencia están el arte de la pregunta y el arte de la duda.

Gran parte de los alumnos de las escuelas clásicas no desarrolla el arte de la pregunta ni el arte de la duda. Sienten celos de preguntar, de exponer sus dudas y de discutir abiertamente los conocimientos que les son transmitidos. Los dos o tres años en que los alumnos están encerrados en el salón de clase sin ser estimulados a expandir el arte de la pregunta y el arte de la duda son suficientes para causar una secuela intelectual que los dejará inhibidos por toda la vida. Nunca más, ni siquiera cuando adultos, lograrán hacer preguntas sin sentir un gran malestar, principalmente cuando estuvieren en público.

Algunos, cuando levantan la mano para hacer una pregunta en público, sudan frío, quedan con la boca seca y hasta les da taquicardia. La gran mayoría de nosotros posee esa secuela causada o perpetuada por principios de una educación que se arrastra por los siglos. ¿Quién no siente malestar emocional al hacer preguntas en público? Muchos, a pesar de muy inteligentes, poseen tanta inhibición social que a lo largo de su vida jamás la superarán, perjudicando con eso su desempeño social y profesional. La escuela clásica necesita revertir ese proceso. Los principios de la inteligencia de Cristo pueden contribuir mucho para eso.

El incentivo que se da al arte de la pregunta y al arte de la duda es tan frágil en las escuelas clásicas que es insuficiente para estimular el arte de pensar. El placer del saber ha sido reducido. La respuesta es ofrecida de forma lista, elaborada. La respuesta lista aplasta el arte de la pregunta, retrae el arte de la duda, agota la curiosidad y la creatividad.

¿Qué es más importante: la respuesta o la duda? En el primer momento, siempre es la duda. Ella nos vacía y estimula el pensamiento. Lo que determina la dimensión de la respuesta es la dimensión de la duda. Cualquier computadora puede ofrecer millones de respuestas, pero ninguna de ellas jamás logrará desarrollar algún tipo de duda, poseer algún momento de dubitación. Las computadoras son simplemente esclavos con estímulos programados. El niño abandonado que camina por las calles produce a diario fenómenos psicológicos, como aquellos relacionados a la duda y a la curiosidad, que las computadoras jamás lograrán producir.

El trabajo principal de un maestro no es ofrecer respuestas, sino estimular a sus alumnos a que desarrollen el arte de pensar. Por otro lado, no hay manera de estimularlos a pensar si no aprenden a preguntar y a dudar constantemente. Cristo era un ilustrísimo interrogador. Era un maestro que estimulaba constantemente a las personas a dudar de sus dogmas y a desarrollar nuevas posibilidades de pensar. Quien analice con atención sus biografías descubrirá esa característica de su personalidad. A veces, él preguntaba más de lo que contestaba. Hubo varias situaciones donde él no respondió a las preguntas con respuestas, sino con más preguntas (Lucas 20.2-3).

¿Cómo podría Cristo abrir las ventanas de la mente de las personas para un proyecto tan sofisticado como el suyo, que implicaba una verdadera revolución interior? Él necesitaba libertar el pensamiento para que las personas, principalmente aquellas de mente abierta y espíritu sediento, pudieran comprenderlo. Sabía que el arte de la pregunta producía el arte de la duda y que la duda rompía la cárcel intelectual, abriendo los horizontes del pensamiento. Su procedimiento intelectual supera con ventajas las técnicas propuestas por muchas teorías educacionales.

Cierta vez, Cristo preguntó a sus discípulos: «¿Quién dice la gente que soy yo?» Él sabía lo que el pueblo decía de él, pero hacía preguntas para estimular sus discípulos a pensar. Otra vez, preguntó a la mujer adúltera: «Mujer, ¿dónde están los que te acusaban?» Él sabía que los acusadores ya se habían retirado, pues quedaron perturbados ante su inteligencia, pero quería que aquella mujer se interiorizase y recapitase su historia.

Un día, los fariseos preguntaron acerca de su origen, pues querían condenarlo por sus propias palabras. Y como Cristo conocía la intención de ellos, respondió con otra pregunta acerca del origen de Juan el Bautista. Para partir las raíces de la hipocresía de sus acusadores, él los condujo a que hablasen acerca de su famoso precursor, aquél que todo el pueblo consideraba como un profeta. Si los fariseos negaban a Juan, el pueblo se rebelaría contra ellos; si lo reconocían, tendrían que aceptar al maestro que él anunciaba, Cristo. Entonces, constreñidos, los fariseos

prefirieron desentenderse y dijeron que no sabían. Con eso, Cristo, que estaba en una situación difícil y que no quería sobresalirse, no se sintió obligado a contestar acerca de su origen. Así, como muchas otras veces hizo, impactó la inteligencia de los fariseos con el arte de la pregunta. Muchos quedaban admirados con su sabiduría.

Cristo constantemente proponía parábolas. Él se preocupaba más por el arte de la pregunta que por satisfacer la ansiedad con la respuesta. A nadie le gusta la duda, a nadie le gusta sentir inseguridad. A todos nos gusta la seguridad, la respuesta completa. Sin embargo, nadie logra el éxito intelectual, social o aun espiritual si no aprende a vaciarse y cuestionar su rigidez dudando de sí mismo. Una persona autosuficiente endurece su inteligencia, permanece en una rutina sin fin.

Cristo quería que sus discípulos asumiesen otra naturaleza y fueran transformados en sus raíces más íntimas. Él discurría acerca del «Consolador », el «Espíritu Santo». La psicología no tiene elementos para estudiar este tema, pues esto entra en la esfera de la fe. Pero, ella puede estudiar los objetivos de la escuela de la existencia de Cristo.

El Maestro de los maestros ofrecía pocas reglas y pocas enseñanzas religiosas. Su preocupación fundamental era conducir a hombres y mujeres a recorrer los caminos de su propio ser y a ampliar su visión de los amplios aspectos de la inteligencia. Las acciones sorprendentes de Cristo, en una época donde no había recursos pedagógicos, revaloriza mucho el papel de los maestros en la sociedad moderna.

Los profesores son héroes anónimos, hacen un trabajo clandestino. Ellos siembran donde nadie ve, en los bastidores de la mente. Aquellos que cosechan los frutos de esas semillas raramente recuerdan sus orígenes, el trabajo de los que las plantaron. Ser un maestro es ejercer uno de los más dignos papeles intelectuales de la sociedad, aunque sea uno de los menos reconocidos. Los alumnos que no saben evaluar la importancia de sus maestros en la construcción de la inteligencia nunca llegarán a ser maestros en el arte de vivir.

La historia de Cristo demuestra que los maestros no son sustituibles en una educación profunda, en una educación que promueve el desarrollo de la inteligencia múltiple, abierta y amplia, y no limitada, cerrada y restricta.

Un agradable narrador de historias

Cristo era un agradable narrador de historias, paciente y carismático en el arte de enseñar. Era un privilegio estar a su lado. Cautivaba hasta a sus oponentes. Transmitía enseñanzas complejas con historias simples. Estaba siempre contando una historia que pudiera atraer a las personas y estimularlas a pensar.

Un maestro eficiente no solo cautiva la atención de sus alumnos y no provoca enfado cuando enseña, sino que los conduce a profundizar en el conocimiento que expone. Por eso, un maestro eficiente necesita ser más que elocuente, necesita ser un buen narrador de historias. Como tal, Cristo estimulaba el placer de aprender, sacaba a los alumnos de la condición de espectadores pasivos del conocimiento para que se tornaran agentes activos del proceso educacional, del proceso de transformación.

Cristo no frecuentó una escuela de pedagogía, pero poseía una técnica excelente. Enseñaba de forma interesante y atractiva, narrando historias. Su creatividad era impresionante. En las situaciones más tensas, él no se impresionaba, pues siempre encontraba espacio para pensar y contar una historia interesante que involucrara las personas que lo cercaban (Lucas 15.1-32). Un buen contador de historias es insustituible e insuperable por ninguna técnica pedagógica, aunque ella eche mano de recursos modernos.

En muchas escuelas, los alumnos, los profesores y el conocimiento que transmiten están en mundos diferentes. Unos no entran en el mundo de los otros. Los alumnos no entran en la historia del profesor, los profesores no entran en la historia del conocimiento, o sea, en las dificultades, en los problemas, en las dudas que los científicos y pensadores enfrentaron para producir el conocimiento que es transmitido fríamente en las aulas. La escuela de la existencia de Cristo era diferente. Él conseguía transportar a sus alumnos dentro del conocimiento que transmitía. Ellos penetraban en la historia de Cristo y viceversa.

Analizando los detalles de las biografías de Cristo, constatamos que él conocía muy bien los papeles de la memoria. Sabía que la memoria no es depósito de datos. Sabía que lo mejor era estimular a sus discípulos a desarrollar el arte de pensar y no darles una inmensa cantidad de datos «secos» que tendrían poca relación con las experiencias de vida y luego serían olvidados.

Si Cristo fuera un profesor de biología de la actualidad, seguramente no gastaría mucho tiempo dando innumerables detalles «fríos» acerca de las células. Él contaría buenas historias que pudieran conducir a los alumnos a entrar «dentro» de ellas. Si fuera un profesor de física, de química o hasta de idiomas, también contaría historias que conducirían los alumnos a sumergirse en el conocimiento expuesto por él. Con el

tiempo, como sucede normalmente en la educación clásica, los alumnos perderían diversos detalles de lo que él expuso, pero nunca más se olvidarían de la esencia de la historia contada. Sus historias y el bosquejo que ellas producirían en la memoria de los alumnos funcionarían como base para que ellos se tornasen ingenieros de ideas.

El conocimiento en la boca de ese maestro cobraba vida, se personalizaba. Cristo usaba la memoria humana como una base intelectual para que sus discípulos se tornasen pensadores. No apreciaba una platea pasiva. Por eso, le gustaba instigar y provocar (Lucas 10.25-37).

Sus enseñanzas eran más difíciles de comprender que la matemática, física o química, pues involucraban cuestiones existenciales, ansiedades, expectativas de vida, inseguridades, solidaridad, cooperación social, en fin, incluían los pensamientos mezclados con las emociones. Ese era otro motivo por el cual él expresaba que era más importante transmitir datos cualitativos que cuantitativos. Por eso, en sus interesantes historias, él decía mucho con pocas palabras. A veces cuando quería hacer una crítica fuerte a sus oyentes, en lugar de no ser delicado con ellos, contaba una historia o una parábola para hacerlos pensar.

Cristo era un gran sembrador de principios, de pensamientos y de vida. La parábola del hijo pródigo, de las vírgenes insensatas y prudentes, la de los talentos y tantas otras, representaban una didáctica excelente de ese narrador de historias, de ese sembrador que quería que las personas se interiorizasen, reciclasen su postura superficial delante de la vida, se librasen de las preocupaciones exageradas de la existencia y se tornasen en tierra fértil, capaz de producir mucho fruto. Hay mucho que decir acerca del contenido de las historias de Cristo; no obstante, eso será en otra oportunidad.

Padres, ejecutivos, profesionales liberales, o sea, cualquier ser humano que comprenda mejor los papeles de la memoria y se torne un narrador de historias tendrá un desempeño intelectual más eficiente y un caminar más libre en las relaciones sociales. He buscado ser un narrador de historias para mis tres hijas. Todas las veces en que quiero vacunarlas contra el individualismo y contra la discriminación, les muestro la necesidad de valorar más el «ser» que el «tener», las estímulo a que venzan el miedo, a reconocer sus limitaciones y a traspasar sus puntos de tensión. Procuero hacer eso contándoles historias. Ellas han aprendido a apreciar tanto esas historias que, hasta cuando estoy dormitando, casi durmiendo, ellas me piden que se las cuente.

Un día, una profesora recién llegada de África fue bombardeada por la curiosidad

de los alumnos acerca de aquel continente. Le preguntaron cómo vivían las personas, qué países había visitado, qué experiencias había tenido. Pero, ella calló y se enojó con la invasión de su vida personal por sus alumnos. Aquella profesora solo estaba preparada para enseñar las materias programadas para aquel día. Conectar su historia con la de los alumnos era un absurdo para ella. El conocimiento que transmitía era impersonal, no tenía cara, no tenía historia. Para ella, la memoria de los alumnos funcionaba solamente como un depósito de datos.

Esa profesora no comprendió que la escuela clásica debe edificar un puente grande y largo con la escuela de la existencia. No comprendió que uno de los papeles fundamentales de la memoria no es recordar, sino reconstruir las informaciones, y que el objetivo fundamental de la memoria no es ser un depósito de ellas, sino preparar al ser humano para tornarse en un ingeniero de nuevas ideas, y no un albañil de las mismas obras. Seguramente ella perdió una gran oportunidad de cautivar a sus alumnos, estimularlos a pensar y mezclar el conocimiento frío con una bella historia.

Cristo rompía la impersonalidad y la frialdad del conocimiento. Las enseñanzas que transmitía cobraban vida y se mezclaban con su propia historia. Las personas se sentían privilegiadas en estar a su lado y oírlo. Los fariseos quedaban tan atraídos por la forma como expresaba sus ideas, que, aun siendo sus opositores, estaban siempre cerca a él. Es rarísimo que una persona experimente tanta oposición y, al mismo tiempo, despierte tanta curiosidad.

Jesús no tenía celos de hablar de sí mismo y de la historia de sus discípulos. Él dinamizaba las relaciones interpersonales. Para ese narrador de historias, enseñar no era una fuente de enfado, de estrés, de obligación, sino una aventura placentera.

El discurso de Cristo acerca de dar la otra mejilla

Cuando Cristo quería mostrar la necesidad de ser tolerante en las relaciones sociales, él no dictaba clases acerca del tema, sino que nuevamente usaba gestos sorprendentes. Él decía que, si alguien fuera agredido en una mejilla, debía ofrecer la otra, y en diversas ocasiones él dio la otra mejilla a sus oponentes, o sea, no respondía cuando lo agredían u ofendían. Él no se refería a la cara física, de la agresión física que puede amenazar la vida. Él hablaba de la cara psicológica.

Si hiciéramos un análisis superficial, nos podríamos equivocar y creer que dar la otra mejilla puede parecer una actitud frágil y sumisa. No obstante, cabe la pregunta:

¿dar la otra mejilla es señal de debilidad o de fuerza? Cuando alguien da la otra mejilla, ¿eso incomoda mucho o poco a la persona agresiva e injusta? Si analizamos la construcción de la inteligencia, constataremos que dar la otra mejilla no es señal de debilidad, sino de fuerza y de seguridad. Solo una persona fuerte logra tener ese gesto. Solo una persona segura de sus propios valores es capaz de elogiar a su agresor. Quien da la otra mejilla no se esconde, no se intimida, sino que enfrenta al otro con tranquilidad y seguridad.

Quien da la otra mejilla no teme al agresor, pues no se siente agredido por él, ni teme a sus propias emociones, pues no es esclavo de ellas. Además, nada perturba tanto a una persona agresiva como que alguien le dé la otra mejilla, no devolver su agresividad con agresividad. Dar la otra mejilla incomoda tanto, que puede provocar insomnio en el agresor. Nada incomoda tanto una persona agresiva como que la otra persona tenga actitudes complacientes hacia ella.

Dar la otra mejilla es respetar al otro, es buscar comprender los fundamentos de la agresividad, es no usar la violencia contra la violencia, es no sentirse agredido delante de las ofensas. Solamente una persona libre, segura y que no se mueve a causa de lo que hablan y piensan acerca de ella, es capaz de actuar con tanta serenidad.

La psicología de «dar la otra mejilla» protege emocionalmente a la persona agredida y, al mismo tiempo, provoca la inteligencia de las personas violentas, estimulándolas a pensar y reciclar su propia violencia.

Cristo era una persona audaz, llena de valentía, que enfrentaba sin miedo las mayores dificultades de la vida. Se oponía totalmente a todas las formas de violencia. No obstante, él no predicaba acerca de la pasividad. La humildad que proclamaba no era fruto del miedo, de la sumisión pasiva, sino de la madurez de la personalidad, fruto de una emoción segura y serena.

Con el discurso de dar la otra mejilla, Cristo quería proteger a la persona agredida, hacerla sobrepasar la agresividad recibida y, al mismo tiempo, educar al agresor, llevarlo a percibir que su agresividad es una señal de fragilidad. ¡Nunca el agresor fue combatido de forma tan intensa y tan elegante!

En la propuesta de Cristo, el agresor pasa a revisar su historia y a comprender que se está ocultando detrás de la violencia.

Con esas palabras, Cristo destruyó paradigmas que hasta hoy tienen lugar en

nuestra sociedad, que proclaman que la violencia debe ser combatida con violencia. El maestro de la escuela de la existencia demostró que la fuerza está en la tolerancia, en la complacencia y en la capacidad de conducir el otro a recapacitar.

Recuerdo de un paciente que fue agredido verbalmente por un familiar. Ese paciente no ofreció motivos importantes para haber sido agredido. Su agresor fue injusto y muy duro con él. Pero, mi paciente fue hasta su familiar y se disculpó por haberlo herido de alguna forma. Su reacción de humildad cayó como una bomba en lo íntimo del agresor, que enmudeció y quedó perturbado. En aquel momento, él cayó en sí, se interiorizó y contempló su propia agresividad. Eso lo capacitó a admitir su error y a disculparse. De esa forma, ambos reataron la relación que podría llevar años para ser reparada y que, tal vez, nunca más fuese igual. La relación que volvieron a tener se volvió más abierta y más rica que antes.

Muchas personas temen la reconciliación, estirar la mano hacia el otro, pedir disculpas, sentirse tontas, y por eso defienden sus actitudes y sus puntos de vista con uñas y dientes. Ese comportamiento no trae alivio, sino angustia y sufrimiento. Los padres que aprenden a pedir disculpas a sus hijos no pierden la autoridad, antes se vuelven personas admiradas y respetadas por ellos. Somos óptimos en detectar fallas en los otros, pero miopes para ver las nuestras.

Jesús combatía la violencia con la no violencia. Él apagaba la ira con la tolerancia, desafiaba las relaciones personales usando la humildad.

Con sus gestos, él marcó para siempre la historia de sus discípulos e hizo que el mundo, aunque no practique todas sus enseñanzas, lo admire profundamente. Desgraciadamente, aunque haya leyes, batallones de soldados y sistemas penales, la violencia física y psicológica es parte del día a día de la sociedad moderna.

El mundo en que vivimos es violento. La televisión trasmite programas violentos. La competencia profesional es violenta. En muchas escuelas clásicas, donde debía reinar el saber y la tolerancia, ha sido cultivada la violencia. La violencia produce más violencia. Spinoza, uno de los padres de la filosofía moderna, que era judío, declaró que Jesucristo era sinónimo de sabiduría y que las sociedades involucradas en guerras de espadas y guerras de palabras podrían encontrar en él una posibilidad de fraternidad.

Un poeta de la inteligencia que utilizaba con gran habilidad el fenómeno RAM

Un cuadro habla más que mil palabras. Hemos visto que la memoria sufre un registro automático por medio del fenómeno RAM (registro automático de la memoria). Vimos también que el registro es más privilegiado cuando las experiencias contienen más emociones, más estrés, sea positiva o negativa.

Cristo usaba con habilidad el fenómeno RAM. Sus gestos marcaron para siempre la memoria de los discípulos y cruzaron las generaciones. Él usaba el arte de pensar con una habilidad increíble. Prefirió usar gestos sorprendentes para educar, transformar y ampliar la visión de sus discípulos. Sus gestos produjeron impactos inolvidables en las memorias de sus íntimos y eran más eficaces que miles de palabras.

Sus biografías retratan un hombre que hablaba poco, pero decía mucho. Cuando deseaba demostrar que no anhelaba el poder político, que más le importaba el interior del ser humano que la estética social, elegía no hacer grandes reuniones o conferencias para discutir el tema. Como comenté, usaba simplemente un gesto sorprendente, que era mucho más representativo y eficiente que las palabras. En el auge de su popularidad, montó un pequeño animal y fue hasta Jerusalén. Nadie pudo olvidar aquel gesto osado, intrépido, raro, y el complejo mensaje que transmitió. El fenómeno RAM lo registró de forma privilegiada, dejando huellas en la trayectoria existencial de sus discípulos.

Ahorrando palabras y predicando con gestos

Padres, profesores y ejecutivos raramente logran sorprender a las personas a su alrededor para que abran las ventanas de sus mentes. Un padre cuyo hijo sufre problemas con la adicción de narcóticos o agresividad queda perdido, sin saber cómo penetrar en el interior del hijo y contribuir para reorganizar su vida. La mejor manera de conquistar a alguien es romper la rutina y sorprenderlo seguidamente con gestos inesperados.

Si un padre es repetitivo, racional, crítico y pesado con el hijo, él empobrece la relación interpersonal y se vuelve poco eficiente como educador. Pero, si lo sorprende seguidamente con gestos inesperados, con momentos de silencio, con diálogos inteligentes, con elogios agradables, seguramente a lo largo de los meses él conquistará a ese hijo y lo ayudará a reconstruir su historia. Muchos padres nunca entraron en el mundo de sus hijos, y muchos hijos nunca tuvieron el placer de conocer a sus padres íntimamente. Salir de una relación superficial y previsible y

construir una relación que tenga raíces es una brillante tarea. Conquistar al prójimo es un arte, principalmente si el prójimo es una persona difícil.

Los comportamientos de Cristo echaban raíces profundas en la intimidad de las personas. Eran más elocuentes que decenas de charlas acerca de la necesidad de uno entregarse mutuamente, de buscar ayuda mutua, cooperación social, solidaridad. Cuando él actuaba, la memoria de los que le rodeaban quedaba profundamente impregnada con sus hechos.

Cuando quería demostrar que se oponía a todo tipo de discriminación, se ahorra las palabras de un discurso y mostraba actitudes inesperadas. Si quería demostrar que estaba en contra de la discriminación por razones estéticas o enfermedades contagiosas, iba a comer en casa de Simeón, el leproso.

Cuando quería demostrar que estaba en contra de la discriminación de las mujeres, tenía paciencia y gestos amorosos para con ellas delante de las personas más rígidas. Si estaba en contra de la discriminación social, iba cenar en la casa de recolectores de impuestos, que eran la «raza» más odiada por los líderes judíos.

Cristo era un poeta de la inteligencia. Utilizaba el fenómeno RAM con extrema habilidad. Sabía que la memoria humana no funciona como un depósito de datos, sino como un soporte para que el ser humano se convierta en un pensador creativo. Sus actitudes sorprendentes producían cuadros psicológicos que eran registrados de forma especial en la memoria de los discípulos. Ese registro era rescatado y retroalimentado continuamente por ellos, enriqueciendo el espectáculo de la construcción de pensamientos y dirigiendo la trayectoria de sus vidas.

Mucho ya se escribió acerca de Cristo, también se han producido varias películas y obras teatrales acerca de él. Varias obras retrataron al maestro de la escuela de la existencia de forma muy superficial, sin considerar su extraordinaria inteligencia. Él es el personaje más comentado del mundo. Pero, muchos no comprendieron que él transmitió ricos mensajes no solo por lo que habló, sino por lo que no habló, por la elocuencia de sus gestos y por sus momentos de silencio.

11

Superando la soledad: haciendo amigos

La soledad social y la soledad interpsíquica

En estos tiempos de intensa crisis social y educativa, es bueno romper con nuestra vieja forma de pensar y abrirnos a otras posibilidades. Estudiar la inteligencia de Cristo puede proveer principios sociológicos, psicológicos y psicopedagógicos muy útiles.

¿Qué diremos acerca de la paradoja del florecimiento de la soledad en las sociedades intensamente pobladas? La soledad, como comenté, es un fenómeno oculto, traicionero, pero muy presente. Vivimos en sociedad, pero la soledad crece rápidamente. Nos encontramos a diario con muchas personas, pero permanecemos aislados dentro de nosotros mismos. Participamos de eventos sociales, jugamos, sonreímos, pero frecuentemente estamos solos. Hablamos mucho acerca del mundo en que vivimos, sobre la política, economía, y hasta sobre la vida de muchos personajes sociales, pero no hablamos de nosotros mismos, no intercambiamos experiencias existenciales.

El ser humano moderno es solitario, aislado dentro de su propia sociedad, un ser que sabe que tiene fragilidades, dudas, temores, momentos de aprensión, pero tiene miedo de reconocerlas, de asumirlas y de hablar acerca de ellas. Tiene conciencia de la necesidad de hablar de sí mismo, pero elige el silencio y hace de él su mejor compañero. Como dije, muchos acuden al psiquiatra y al psicoterapeuta no porque están enfermos, o por lo menos seriamente enfermos, sino porque no tienen con quién hablar abiertamente acerca de sus crisis existenciales.

Realmente es difícil hablar de nosotros mismos. El miedo de hablar de sí mismo no está relacionado solamente con bloqueos íntimos que las personas tienen para comentar sus historias, sino también con la dificultad de encontrar alguien que haya desarrollado el arte de oír. Alguien que oiga sin prejuizar y que sepa ponerse en nuestros zapatos y no dar consejos superficiales. Es más fácil desarrollar el arte de hablar que el arte de oír. Aprender a oír implica aprender a comprender a la otra persona dentro de su contexto histórico. Aprender a respetar sus fragilidades, a percibir sus sentimientos más profundos, a captar los pensamientos que las palabras no expresan. El arte de oír es una de las más ricas funciones de la inteligencia.

Muchos no solo desarrollan la soledad social, la soledad de estar cerca físicamente y, al mismo tiempo distante interiormente de las personas que los rodean, sino también la soledad interior, de abandonarse a sí mismos, de no dialogar consigo mismos, de no discutir los propios problemas, dificultades, reacciones.

Quienes no se interiorizan y no aprenden a discutir con libertad y honestidad sus propios conflictos, dificultades, metas y proyectos se abandonan a sí mismos en la trayectoria existencial. Vivimos en una sociedad tan rara que no encontramos tiempo ni para nosotros mismos; una persona que no recapacita y no dialoga consigo misma pierde los parámetros de la vida y consecuentemente se puede volver rígida e implacable con sus propios errores. Se impone metas inalcanzables, que la hunden en una esfera de sentimientos de culpa o, por lo contrario, se puede aislar y no formular metas ni proyectos sociales o profesionales.

El ser humano tiene la necesidad intrínseca de superar la soledad en sus más amplios aspectos; aunque no es muy eficiente en esa superación. Cristo tenía momentos preciosos donde practicaba la introspección. Sus meditaciones frecuentes indicaban que él atribuía una importancia significativa al hecho de caminar en las trayectorias de su propio ser. Siempre encontraba tiempo para quedarse a solas (Lucas 6.12). Entre tanto, es difícil de investigar qué pasaba dentro de él en esos momentos. Si tenemos dificultad de comprender ese aspecto de la vida de Cristo, podemos entre tanto, tener más facilidad de comprender su pensamiento acerca de la soledad social. Pero antes de comentar ese tema, me gustaría hacer un abordaje sobre el misterioso origen de Cristo. Estudiar parcialmente su origen nos puede llevar a comprender mejor su pensamiento sobre el complejo fenómeno de la soledad.

El misterioso origen de Cristo

El origen de Cristo es muy complejo. Algunos temas referentes a él trascienden la investigación científica. De acuerdo con su biografía, su origen biológico tuvo solamente el material genético de María. La ciencia no puede comprobar eso, pues no hay manera de estudiar el material genético de Cristo y de María. Creer en este hecho entra en la esfera de la fe y, por lo tanto, trasciende el campo de la ciencia. Si por un lado la ciencia no puede estudiar el proceso de la formación biológica de Cristo a partir de la carga genética de su madre, por otro no puede decir que eso es imposible. ¿Por qué? Porque la ciencia está comenzando ahora a comprender algunas características de la clonación, tanto sus riesgos como beneficios.

De acuerdo con los evangelios, el origen biológico de Cristo es misterioso. Él decía que tenía un origen diferente, que no era de este mundo (Juan 8.23). Decía que había venido del cielo. Decía hasta que era el pan que había descendido del cielo para alimentar al ser humano con otro elemento, con otra naturaleza (Juan 6.51). ¿Qué cielo es ese al cual se refería? En el universo hay billones de galaxias. ¿A qué punto del universo él se refería? ¿Sería otra dimensión? No sabemos; apenas suponemos que probablemente Cristo se refería a otra dimensión. Pero, el hecho es que él proclamaba claramente no ser de este mundo, y pertenecer a otro mundo, reino o esfera. Otra vez digo que la ciencia no tiene manera de discutir ese tema con precisión; solo puede hacerse en el campo de la fe. Creer en el origen celestial de Cristo es una cuestión personal.

En cuanto a su origen terrenal, o sea, a su humanidad, Cristo decía ser el hijo del hombre. En cuanto a su origen celestial decía ser el hijo de Dios. Aunque tenemos limitaciones científicas para discutir sobre ese doble origen, podemos por lo menos hacer algunos análisis implícitos.

Permítanme usar el origen de Cristo para hacer una crítica a la necesidad paranoica de poder que tiene el ser humano. El ser humano ama el poder. Si fuera posible le gustaría ser superhumano, un semidios. Si tomamos como verdad la palabra de Cristo de que él no era de este mundo, podemos observar que, si por un lado él afirmaba tener origen extrahumano, por otro valoraba intensamente su condición humana.

¿Qué esperamos de una persona con origen distinto al nuestro? Naturalmente esperamos algunos comportamientos diferentes de los nuestros, que vayan más allá de los patrones de nuestra inteligencia. Cristo exhibía tales comportamientos. Pero, necesitamos comprender la otra faceta de Cristo, la humana, pues, aunque afirmara ser el hijo de Dios, era extremadamente humano. Él amaba relacionarse íntimamente y entrar en la historia y hasta en el dolor particular de las personas con quienes convivía.

Cristo tenía el lado humano más desarrollado que la gran mayoría de las personas. Muchos terrícolas quisieran ser extraterrestres, casi dioses, pero Cristo quería ser hombre, quería mezclarse con las personas, convivir con ellas y tener amigos íntimos. Podemos afirmar que, si por un lado sus comportamientos escapan a los patrones de nuestra inteligencia, por otro eran más humanos y más sencillos que los nuestros.

Disfrutando de su humanidad

El ser humano se involucra en una escalada paranoica rumbo al poder. Muchos hombres quieren ser políticos poderosos. Muchos políticos quieren ser reyes. Muchos reyes quieren o quisieron ser dioses a lo largo de la historia. Con todo, ese Cristo que afirmaba ser Dios y tener el secreto de la vida eterna quería ser un hombre, amaba la condición humana. ¡Qué contraste!

¿El lector ya admiró la especie humana? ¿Ya sintió una pasión poética por el ser humano, independientemente de quién sea él? Cristo sentía tal pasión por la humanidad. A él le gustaba tanto ser humano, apreciaba tanto su origen humano, que usaba una expresión romántica y rara para exaltar ese origen. El decía ser el «hijo del hombre» (Mateo 8.20; 9.6; 12.8). Es raro, pero un ser humano no usa la expresión «hijo del hombre» para exaltar su origen. Esa expresión está de acuerdo con el pensamiento de Cristo acerca de su doble naturaleza. Apreciaba ser reconocido por su naturaleza humana, y no solo como hijo de Dios. Observe cuántas veces en los cuatro evangelios Cristo dijo ser el «hijo del hombre». El respiró, durmió, comió, se angustió, sufrió, lloró y se alegró como hombre.

Muchos comunican el equipo deportivo del cual son hinchas, la ideología política a la cual se adhieren, la corriente psicoterapéutica o educativa que siguen, pues les gusta exaltarlos. A Cristo le gustaba exaltar su origen humano, pues lo apreciaba. Es muy raro oír a alguien decir que se siente alegre por ser humano, pero él proclamaba eso con satisfacción: ser el «hijo del hombre». Partiendo del estudio de los comienzos de las violaciones de los derechos humanos, llegué a cuestionar la viabilidad psicosocial de la especie humana en algunos textos que publiqué. Con todo, Cristo, a pesar de ser tan crítico de la superficialidad, de la hipocresía y de la intolerancia humana, apreciaba la humanidad y, además de eso, su historia revela que albergaba la esperanza de transformarla.

Cristo no era un extraño en la multitud, no se portaba como un «extraterrestre», al contrario, le gustaba mezclarse e involucrarse con todas las clases de personas. Quería tanto tener amigos que preparó un complejo plan para ello. Construyó poco a poco una atmósfera interpersonal para que sus discípulos se tornasen no solamente alumnos o siervos, sino también sus amigos. No bastaba que lo admirasen, él quería que fuesen amigos. Los discípulos lo ponían en un pedestal inalcanzable, pero Cristo quería entretener su historia con la de ellos.

El anhelaba que los galileos, hombres toscos y sin estudios, se tornasen compañeros suyos en una relación interpersonal, sin distancia. ¿Qué representaba ser un amigo para Cristo? Para él los amigos poseían intimidad, conocían los secretos ocultos del corazón, intercambiaban experiencias existenciales (Juan 15.15).

Crisis en las relaciones sociales: los amigos se están muriendo

En las sociedades modernas, hacer amigos se está tornando en algo muy difícil. El ser humano perdió el aprecio por las relaciones fraternales. A las personas les gusta anularse entre sí y tener el mundo a sus pies, pero Cristo en los últimos días de su vida en esta tierra, expresa que quería mucho más que admiradores, quería amigos. No hay relación más noble que la de amistad. Los amigos se juntan, confían uno en el otro, disfrutan placeres juntos, se confían cosas íntimas, se animan unos a los otros. Los amigos no se anulan, se complementan.

Quien vive sin amigos puede tener poder y palacios, pero vive solo y triste. Quien tiene amigos, aunque no tenga estatus y viva en una casita, no se sentirá solo. La falta de amigos deja un vacío que dinero, poder, estudio o éxito no pueden llenar.

Todos necesitamos de amigos, los cuales no los compramos, sino que los conquistamos, los cultivamos. Muchos quieren tenerlos, pero no saben cómo conquistarlos. Amigos no son aquellos que nos rodean, que viven a nuestro alrededor por lo que tenemos. En el mundo biológico, los animales se agrupan por la necesidad instintiva de supervivencia. En nuestra especie las amistades surgen por necesidades más íntimas, como intento de superar la soledad.

La comunicación interpersonal realizada por medio de sonidos (palabras) y de imágenes (gestos, expresiones faciales) es deficiente y limitada. Si no construimos una relación abierta sin preconcepciones y sin intereses, las personas no comprenderán nuestros sentimientos y pensamientos más íntimos, los cuales quedarán encerrados dentro de nosotros y nos hundirán en una soledad social. Por estar aislados dentro de nosotros mismos, necesitamos tener amigos, necesitamos superar una de las características más fuertes de nuestra especie: la soledad.

Los padres que no tienen como meta transformar a sus hijos en amigos poseen un proyecto educativo superficial. Aquellos que desean hacer de sus hijos sus amigos, que intercambian experiencias, entretejen sus historias, reconocen sus errores, piden disculpas y buscan vivir una vida alegre y abierta con ellos alcanzan un éxito existencial mucho más noble.

Los padres que solo ofrecen a los hijos buenas escuelas y reglas de comportamiento, no logran establecer con ellos una relación más profunda. Por otro lado, los hijos que no buscan tener a sus padres como amigos, pierden una de las más

ricas experiencias existenciales. Los hijos que aprenden a abrirse con sus padres, a desarmarlos, conocer su historia, sus placeres, fracasos, éxitos y temores, terminan tornándose arquitectos de una relación dulce y placentera.

Los maestros también deben tener una relación más próxima con sus alumnos. El tiempo puede no permitir tal proximidad y la estructura educativa puede no facilitarla, pero en la medida de lo posible, los maestros deberían tener como meta ser amigos de sus alumnos, participando de la historia de ellos. Los maestros buscan obtener silencio y atención de los alumnos. Con todo, ¿cómo un desconocido puede hacer exigencias tan grandes? Aquellos que invierten tiempo en ser amigos de sus alumnos, aun los más agresivos y rebeldes, los conquistan, ganan su respeto. El silencio y la atención de ellos despiertan otro placer.

Respetar a los alumnos como seres humanos y buscar conocer, aunque con limitaciones, algunas angustias y sueños de su mundo, se convierte en un bálsamo intelectual, un perfume emocional que satura la relación. Las escuelas deberían tornarse en albergues no solo de sabiduría, sino también de amigos. Pero, desgraciadamente, a veces imperan la agresividad y la rigidez.

Un día, una profesora me dijo que había perdido el placer de dar clases, no soportaba más a sus alumnos. Yo la animé a penetrar en el mundo de ellos y percibir que aún los más rebeldes tienen una personalidad compleja, un mundo a ser descubierto. Le dije que luego se tornarían adultos y que ella no podría perder la oportunidad de contribuir para enriquecer la historia de ellos. Animada, ella comenzó a entrar en el mundo de sus alumnos y logró conquistarlos.

Aún en el ambiente de la psicoterapia, la relación terapeuta-paciente debe construirse en una atmósfera con el más alto nivel de respeto, empatía y confiabilidad. Si un psicoterapeuta construye una relación distante e impersonal con su paciente, la terapia tiene grandes posibilidades de tornarse artificial y poco eficiente.

Recuerdo a una cliente que me contó una historia vivida por ella, antes de venir a tratarse conmigo, que la hirió mucho. Dijo que se trataba con una psicoterapeuta muy rígida, cuyo consultorio quedaba en un alto edificio. Algunas veces ellas se encontraban en el ascensor. Cuando eso ocurría, ella saludaba a la terapeuta, pero ésta nunca contestaba, pues no quería crear ningún vínculo personal con sus pacientes. Mi cliente era cajera de un banco en el cual la terapeuta tenía cuenta, pero la terapeuta nunca la saludaba, ni siquiera cuando era atendida por ella. Angustiada por la frialdad y la impersonalidad de la terapeuta, la paciente decidió someterla a prueba: le contó en dos días distintos, dos historias de su infancia totalmente

diferentes. Primero, dijo que su padre había sido agresivo, distante, frío, o sea, un verdadero ogro. El otro día dijo que su padre siempre había sido amable y tolerante. La terapeuta, que estaba distraída y tenía una relación impersonal con la paciente, no reparó en la contradicción de las historias relatadas e interpretó el comportamiento de ella como si fuera de dos personas distintas.

Indignada la paciente interrumpió la sesión de psicoterapia y nunca más regresó a aquel consultorio. Días después, la terapeuta apareció en el banco e, intentando aproximarse, gentilmente le preguntó como estaba. La paciente le devolvió su maltrato y le contestó de la misma forma como la terapeuta acostumbraba hacerlo: le dijo que no la conocía. La respuesta no fue adecuada, pero ella le hizo un gran favor a la terapeuta, pues la llevó a recapacitar respecto a su desempeño profesional frío y sin empatía. ¿Cómo puede alguien pensar en ayudar a una persona a interiorizarse, a autoevaluarse y a controlar sus pensamientos en los momentos de estrés si la relación que mantiene con ella es distante, sin empatía y sin confianza?

El maestro de la escuela de la existencia era diferente. Tenía una relación estrecha con sus discípulos, era agradable y confiable. Como si fuera terapeuta, lograba con éxito, percibir sus conflictos más ocultos y estimularlos a reevaluarlos. Él, más que ningún terapeuta, podría exigir distancia y hasta reverencia por parte de sus discípulos, pues ellos lo consideraban el hijo del Dios Altísimo. Entretanto, hacía lo posible por romper todas las barreras y todas las distancias entre ellos. Cristo quería que las relaciones con sus discípulos fuesen regadas con empatía, confiabilidad y proximidad.

Buscando amigos y no siervos

Tanto el más despreciado siervo como el más poderoso rey pueden sufrir soledad. El primero, por ser rechazado por todos; el segundo, por ser supervalorado por todos y, consecuentemente, nadie se aproxima a él con naturalidad y sinceridad. Cristo fue tanto drásticamente rechazado como profundamente admirado. Ninguna de las dos posiciones le agradaba. Muchos aman el trono, aman el sonido de los aplausos, pero Cristo era diferente. Al final de su vida, en la cumbre de su relación con sus discípulos, él los sacó de la condición de siervos y los colocó en la posición de amigos. Era como si quisiera vacunarlos contra una relación impersonal y distante tan común en la relación del pueblo de Israel con Dios, expresada en los libros de Moisés y de los profetas.

Cierta vez él afirmó que muchos lo honraban con la boca, pero tenían el corazón lejos de él (Mateo 15.8). Parecía decir que toda aquella forma distante de honrarlo,

adorarlo y supervalorarlo no le agradaba, pues no era íntima y abierta.

Cristo se preocupaba porque las relaciones con sus discípulos a pesar de físicamente cercanas, se mantenían distantes en lo íntimo. Su preocupación era legítima y fundamentada. Sabía que sería fácil que le admiraran y, que por ello, las personas se tornarían distantes, perderían el contacto directo, abierto, simple y placentero con él. De hecho, eso ocurrió con frecuencia a lo largo de la historia. Pretendiendo dar tributo a Cristo, se han desarrollado guerras en su nombre. Eso sucede hasta hoy. En Irlanda del Norte, católicos y protestantes vivieron por muchos años en guerra con sangrientos conflictos. ¿Cómo es posible hacer guerra en el nombre de aquél que daba la otra mejilla, que era el ejemplo más vivo contra la violencia e intolerancia? Muchos hablaron acerca de él y lo admiraron como un gran personaje, pero se alejaron de sus características fundamentales.

Juan, el discípulo, fue un amigo íntimo de Cristo. Disfrutó el placer y la proximidad de su amistad. El deseo del maestro por tener amigos lo impactó tanto que, aun a edad avanzada, no se olvidó de registrar en su evangelio los tres momentos en que Cristo llamó amigos a sus discípulos (Juan 15.13-15). Muchos de los que lo siguieron a lo largo de las generaciones no vieron esa característica. No comprendieron que Cristo buscaba más que siervos, más que admiradores, más que personas postradas a sus pies; él buscaba amigos que amasen la vida y se relacionasen íntimamente con él.

Disfrutando la vida: cenas, fiestas y convivencia social

Se equivoca quien piensa que Cristo tenía una vida encarcelada, cerrada, tímida y triste. Él era totalmente sociable. Con todo, en algunos momentos, él necesitaba aislarse socialmente. Pero eso solo ocurría cuando él sentía una íntima necesidad de meditar.

Quienes no tienen esos momentos encierran sus emociones y no superan la soledad intrapsíquica. Una de las más bellas aventuras que el ser humano puede hacer es viajar dentro de sí mismo y explorar sus territorios más ocultos. Cristo era un viajero en las trayectorias de su propio ser. Tenía largos momentos de reflexión, meditación y oración (Lucas 6.12). Es difícil para la psicología emitir una opinión acerca de lo que ocurría con él en esos momentos, pero, probablemente, ocurría un reencuentro consigo mismo, con el Padre que él afirmaba estar en su interior, con su historia, con su propósito transcendental. En esos momentos el restablecía sus fuerzas y recuperaba sus energías para enfrentar las inmensas turbulencias de la vida (Lucas 11.11).

Aparte de sus momentos de interiorización y meditación, él estaba siempre buscando la convivencia social. He atendido a muchas personas sociables y puedo garantizar que Cristo fue una de las más sociables que he estudiado. Disfrutaba de la convivencia con los demás, estaba siempre cambiando de ambiente a fin de establecer nuevos contactos (Marcos 6.6), frecuentemente tomaba la iniciativa de charlar con las personas. Las dejaba curiosas y llamaba su atención. Le gustaba dialogar con todos, hasta con los menos recomendables, los más inmorales. Los buscaba y establecía una relación con ellos (Lucas 5.27-32). Por eso escandalizaba a los religiosos de su época, y eso comprometía su reputación delante de los líderes religiosos de Israel. Pero el placer que sentía al relacionarse con el ser humano era superior a las consecuencias de su actitud, de la mala fama que pudiera adquirir y a la cual no daba importancia; lo que importaba era ser fiel a su propia conciencia.

Cristo no rechazaba ninguna invitación para cenar. Hacía sus comidas hasta en la casa de leproso. Había una persona llamada Simeón que tenía lepra, conocida en nuestros días como enfermedad de Hansen. El que padecía de esa enfermedad en aquella época era muy discriminado, pues muchos de ellos quedaban con los cuerpos mutilados y eran obligados a vivir fuera de la sociedad.

Simeón era tan rechazado en su época que era identificado con un nombre peyorativo: «Simeón, el Leproso». Pero, como Cristo abolía cualquier clase de preconcepción, hizo amistad con Simeón. En los últimos días de la vida de su amigo, frecuentó su casa probablemente participando de una comida (Mateo 26.67). Si Cristo hubiera vivido en los días de hoy, no dude que sería amigo de los que padecen de SIDA. Su delicadeza de incluir y cuidar de las personas excluidas socialmente representaba una bella muestra de su elevada humanidad.

Aunque los fariseos tenían preconcepciones en contra de Cristo, él no los tenía en contra de los fariseos. Si era invitado, cenaba en la casa de los fariseos, aunque fueran sus críticos (Lucas 7.39). Él tenía una característica que se destacaba claramente en todas sus biografías, pero que muchos no lograban ver. Era tan sociable que participaba frecuentemente de fiestas. Participó de las bodas en Caná de Galilea, la fiesta de Pascua, la fiesta de tabernáculos y muchas otras.

Cristo se alegraba cuando estaba a la mesa. Extendía los brazos sobre ella, lo que indica que no tenía muchas formalidades, buscando siempre ser natural, auténtico (Lucas 5.29).

En aquella época no había restaurantes, pero, si él hubiera vivido en los días de hoy, seguramente visitaría muchos de ellos con sus amigos y provecharía el ambiente

informal que las comidas proporcionan para declarar algunas de sus más importantes palabras. De hecho, algunos de sus más profundos pensamientos y algunos de sus gestos más importantes no ocurrieron en las sinagogas judías sino junto a una mesa.

Cristo se mezclaba tanto con las personas y disfrutaba tanto comer y convivir con ellas que recibió el apodo peyorativo de: «comilón y bebedor de vino» (Mateo 11.19). Él llegó a comentar sobre esa fama. Dijo que su antecesor, Juan el Bautista, comía miel silvestre y langostas y se ganó la fama de raro, loco, alguien que vivía fuera de la convivencia social. Ahora, había venido el «hijo del hombre» que sentía placer en comer y convivir con las personas y, por ese comportamiento tan sociable y sencillo, se ganó la fama de glotón. Una fama injusta pero que era reflejo de su gran capacidad de relacionarse socialmente. Cristo era un excelente catador de comida. También le gustaba preparar los alimentos (Juan 21.9-10).

Aunque injusta, yo personalmente me alegro que tuviera fama de omilón. No me gustaría que Cristo hubiera tenido la fama de persona socialmente diferente, encerrada, distante. Él no sería tan accesible y atractivo si las personas tuviesen que hacer reverencia, cambiar el tono de voz y modificar su comportamiento para acercarse a él.

Cristo era sencillo y sin formalidades, por eso encantaba a cualquier clase de personas en cualquier ambiente. Muchos no logran, ni saben, cómo hacer amigos, pero el maestro de Nazaret era un especialista en construir relaciones sociales saludables. Atraía a las personas y las transformaba en amigos íntimos por sus ricas características de personalidad principalmente su amabilidad, sociabilidad e inteligencia sagaz.

Las relaciones sociales han sido marcadas por ser frías e impersonales. Todos tenemos necesidad de construir relaciones sin maquillaje, abiertas y sin intereses ocultos. Tenemos una necesidad vital de superar la soledad. Es más, el placer del diálogo se está muriendo, la industria del entretenimiento nos ha encarcelado dentro de nuestras propias casas, dentro de nuestras oficinas. Estamos aislados por los DVD, por la televisión y por las computadoras. Nunca hubo una generación como la nuestra, que, aunque tiene amplio acceso a distintas formas de entretenimiento, conoce como ninguna otra la soledad, la ansiedad y la insatisfacción.

12

Preservando la unidad y enseñando el arte de amar

Preservando la unidad

Uno de los objetivos más fuertes de las enseñanzas de Cristo era alcanzar la unidad entre sus discípulos. Antes de su muerte, en aquel momento cuando estaba emocionalmente triste por dejarlos, hizo una ardiente petición. Una persona, cuando se esta despidiendo de la vida, revela los secretos de su corazón. En ese momento, no queda nada que ocultar, todo lo que está guardado clandestinamente en los pensamientos sale a la luz.

¿Qué estaba oculto dentro de Cristo y salió a la luz poco antes de su muerte? Fueron por lo menos cuatro deseos extremadamente sofisticados: a) la creación de una relación interpersonal abierta e íntima capaz de producir amigos genuinos y de superar la raíces de la soledad; b) la preservación de la unidad entre los discípulos; c) la creación de una esfera sublime de amor; d) la producción de una relación libre de la competencia predatoria y del individualismo. Como ya hemos comentado en cuanto el primer punto, comentaremos en esta ocasión sobre los demás.

Cristo no quería que sus discípulos estuviesen siempre juntos en el mismo espacio físico, sino que compartieran un mismo sentir, la misma disposición intelectual, los mismos objetivos. Anhelaba una unidad que todas las ideologías políticas han soñado y jamás lograron. Una unidad que toda empresa, equipo deportivo, universidad y sociedad desea, pero nunca alcanza. Anhelaba que fueran unidos en la esencia intrínseca de su ser.

La unidad que Cristo proclamaba elocuentemente no anulaba la identidad, la personalidad. Las personas solo sufrirían un proceso de transformación interior que sería la base para una unidad tan elevada que detendría el individualismo y sobreviviría a todas su diferencias. Juntas, unidas ellas desarrollarían las nobles funciones de la inteligencia. Cada persona seguiría siendo un ser complejo, con características particulares, pero en su interior ellas serían solo una. En esa unidad se ayudarían mutuamente, servirían la una a la otra, se harían sabias y llevarían a cabo el cumplimiento del propósito de su maestro.

Para preservar la unidad propuesta por Cristo, es necesario abandonar las

disputas y las discriminaciones. Además de eso, sería necesario aprender a sufrir pérdidas por causa de ella. Ninguna unidad sobrevive sin que las personas que la buscan estén dispuestas a sufrir determinadas pérdidas para sostenerla. Porque no es posible que haya relaciones humanas sin que haya también desilusiones. Por lo tanto, para que la unidad tuviese raíces, era necesario trabajar las pérdidas y las frustraciones y apreciar los objetivos colectivos por encima de los individuales.

Excluir, discriminar, dividir y romper son habilidades intelectuales fáciles de aprender. Un niño de cinco años de edad ya tiene todas esas habilidades en su personalidad. Pero, incluir, cooperar, considerar las necesidades de los demás y preservar la unidad exige madurez de la inteligencia, exige comprender que el mundo no debe girar en torno de uno mismo, exige desarrollar un paladar emocional refinado, en el cual haya placer en entregarse por los demás.

El individualismo es un fenómeno intelectual espontáneo que no requiere esfuerzos para ser alcanzado. Además de eso, no produce un placer tan rico como el placer colectivo de estar entre amigos, cuando la unidad es fortalecida. Quien preserva la unidad se vuelve especial por dentro y común por fuera. Quien ama el individualismo se vuelve especial por fuera pero superficial por dentro.

En la unidad propuesta por Cristo los discípulos conquistaron una esfera afectiva tan sofisticada que recibieron el nombre de hermanos. Es muy raro aplicar el término «hermanos» a personas que no participan de los mismos vínculos genéticos o de la misma historia familiar desde la más temprana edad. Pues bien, el clima producido entre los discípulos de Cristo era irrigado con un amor tan sublime y difícil de ser explicado que los hizo ser miembros de una misma familia. Una familia que está más allá de los límites del parentesco genético, que no es un simple grupo social reunido, que posee la misma historia interior, en la cual cada miembro anima el otro y contribuye para promover su crecimiento interior.

Aquellos hombres que nunca pensaron en entregarse a desconocidos y que eran tan individualistas pasaron a llamarse cariñosamente hermanos. Pedro, inicialmente tan tosco en su personalidad, llamó a Pablo su amado hermano en su segunda epístola. Ellos aprendieron poco a poco a superar las dificultades y a preservar la unidad, que es como un jardín cultivado por la práctica del amor trascendental, que comentaré más adelante.

Una de las más grandes fallas de los millones de personas que siguieron a Cristo a través de los siglos fue no caminar por la avenida de la unidad que él deseaba, dejándose dominar por las diferencias, por los problemas, por las peleas.

Cristo, mientras estaba con sus discípulos, les enseñó a superar el miedo, los dolores, a invertir en sabiduría, a desarrollar el arte de pensar y muchas otras funciones ricas de la inteligencia. Ahora ellos tenían bases para caminar por los caminos de la unidad, debiendo seguir por ellos.

Las necesidades universales del ser humano y el arte de amar

De todas las características de la escuela de Cristo, la del amor es la más elevada y la más noble y, contrario a lo que pudiéramos pensar, una de las más difíciles de comprender, pues sobrepasa los límites de la razón lógica. Amarse unos a otros era un principio fundamental. Estamos acostumbrados con la cultura cristiana y por eso no nos sorprendemos tanto con esas palabras. Desde el punto de vista psicológico, amarse los unos a los otros es una exigencia poética y bella pero, al mismo tiempo, altísima y difícil de alcanzar.

Freud, en la teoría del psicoanálisis,* dio énfasis a la sexualidad. El instinto sexual y los conflictos que produce están en el centro de muchos textos sobre el psicoanálisis. No cabe duda de que determinados conflictos sexuales son la base de algunas enfermedades psíquicas. Pero la tesis freudiana de que todos los fenómenos inconscientes se explican por experiencias infantiles relacionadas con la libido (energía sexual) es limitada e inaceptable. Debemos considerar al ser humano más allá de los límites de la sexualidad, más allá de los límites de la relación hombre-mujer, y comprenderlo en su totalidad, para poder encontrar sus necesidades universales.

¿Qué es lo que somos durante la mayor parte del día? ¿Hombres o mujeres, machos o hembras? Si estudiamos la construcción de la inteligencia y las necesidades psíquicas fundamentales, constataremos que en la mayor parte de nuestro tiempo (probablemente el noventa por ciento) no somos ni machos ni hembras, hombres o mujeres, sino seres humanos, que poseen necesidades universales.

¿Cuáles son esas necesidades universales? Necesidades de placer, de entretenimiento, de soñar, de tener sentido existencial, de superar las angustias existenciales, de superar los estrés psicosociales, de superar la soledad, desarrollar la creatividad, trabajar, alcanzar objetivos, alimentarse, reponer las energías durante el sueño, amar y también de satisfacción sexual. Cuando buscamos evidenciar excesivamente nuestra masculinidad o feminidad, probablemente hemos sufrido un

quebranto de la salud psíquica.

Amar es probablemente la necesidad universal más sublime y más difícil de ser atendida. Los románticos disertaron acerca del amor, los poetas lo proclamaron, pero en la práctica no es fácil conquistarlo.

Cristo predicaba acerca de un amor impactante, un amor que produce una fuente de placer y de sentido existencial. Aquel simple hombre de Nazaret, que tuvo tantas dificultades en la vida, que sufrió desde la niñez y, cuando adulto, no tenía dónde reposar la cabeza, no solo sacó sabiduría de su dolor y poesía de su miseria, sino que encontró aliento para hablar de un amor arrebatador: «Que os améis unos a otros; como yo os he amado» (Juan 13.34).

En su último viaje a Jerusalén poco antes de ser crucificado, él sufrió intensa persecución por parte de los herodianos, de los fariseos y de los saduceos, integrantes de partidos religiosos. Todos buscaban probarle para hacerle caer en alguna contradicción. Esperaban que Cristo dijera alguna herejía en contra de las tradiciones judías o que dijera algo en contra del régimen de Roma. Sin embargo, él silenció a todos con su inteligencia. A pesar de silenciarlos y provocar gran admiración en sus opositores, tenía consciencia de que pronto iría a morir. Era solo una cuestión de tiempo hasta que fuera arrestado lejos de la multitud; por eso hablaba sin temor acerca de su juicio y de los dolores que padecería.

El clima era amenazador, capaz de quitarle el sueño a cualquiera. La cúpula judía había armado diversas trampas para arrestarlo y matarlo. Desde el punto de vista lógico, no había espacio para que Cristo se preocupara con otra cosa sino con su propia seguridad. Sin embargo, a pesar del estrés exterior, él no se dejaba perturbar. El mundo a su alrededor estaba trastornado, pero él se mostraba tranquilo y aún tenía tiempo para comentar con sus íntimos acerca de un amor trascendental, un amor que echa fuera todo miedo. ¿Cómo es posible que alguien que está rodeado por odio hable sobre el amor?

Cristo estaba a punto de ser quitado de la tierra de los vivientes, pero aún así cuidaba cariñosamente de aquellos galileos que tantas veces lo desilusionaron. Los estaba preparando para que fueran fuertes y unidos, a pesar del drama que él pasaría. Los estaba preparando para que aprendiesen el arte de amar.

El hablaba acerca de un amor difícil de ser investigado, que está mucho más allá de los límites de la sexualidad y de los intereses particulares. Un amor que se entrega y que se preocupa más por los demás que por sí mismo.

El más alto nivel de amor, tolerancia y respeto humano

Ponga a diez alumnos en una universidad. Durante tres años y medio, que fue el tiempo que Cristo pasó con sus discípulos, e intente enseñarles a que se amen los unos a los otros. Dicte charlas, promueva debates y conduzca esos alumnos a leer toda clase de literatura acerca del amor. Vea el resultado. Probablemente, al final de ese tiempo, ellos no estarán amándose, sino guerreando los unos contra los otros, discutiendo quién tiene más conocimiento acerca del amor, quién habla mejor sobre el tema. Serán maestros en hablar sobre el tema «amor», pero difícilmente aprenderán la más difícil de todas las artes, la del amor. Aprenderlo exige más que cultura y elocuencia.

Cristo tenía un concepto tan elevado del amor, que tanto sus palabras como sus actitudes rebasaban los límites de la lógica psicológica. Cierta vez dijo: «Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen» (Mateo 5.44). Con esas palabras Cristo tocó los límites más altos y, al mismo tiempo más impensables del amor, de la tolerancia y del respeto humano.

¿Cómo es posible amar a los enemigos?, ¿Quién tiene estructura emocional para eso? ¿Cómo es posible amar a alguien que nos frustró, nos decepcionó, habló injustamente contra nosotros? Algunas personas no logran amarse ni a sí mismas pues no tienen el mínimo de autoestima, viven destruyéndose con sentimientos de culpa e inferioridad. Otras aman a sus enemigos, pero con un amor frágil y sin raíces, pues, ante la más mínima señal de frustración, los excluyen de sus vidas. Otros aún tienen una emoción más rica y estable y construyen amistades duraderas que soportan los inviernos existenciales. Aunque son incapaces de amar a alguien fuera de su círculo de amigos, por eso son exclusivistas, no aceptan intrusos en su grupo social.

Si nuestro amor es muchas veces condicional, inestable y exclusivista, ¿Cómo será posible amar a los enemigos? Ningún humanista llegó a tal ambición. Probablemente nadie que proclamó la necesidad de preservar los derechos humanos fue tan lejos como Cristo, estableció un patrón de relacionamiento tan alto como lo que él propuso.

Con motivo del aumento de la población en la actualidad, así como de la competitividad, del individualismo y de la superficialidad en las relaciones socio-profesionales, es más fácil hacer «enemigos» que amigos. No enemigos que nos quieren destruir, sino personas que nos decepcionan, nos frustran, nos critican justa o injustamente, que hablan mal de nosotros por la espalda, que no corresponden a nuestras expectativas.

Solamente una persona que es apasionada por la vida y por el ser humano y, además de eso, es tranquila y segura, supera con dignidad las frustraciones sociales y logra gobernar con extrema habilidad sus pensamientos en los momentos de estrés. Solamente alguien así puede vivir el patrón propuesto por Cristo, puede ser libre en sus emociones, puede lograr amar a las personas que lo enojan. Ni la psiquiatría moderna ha soñado con un ser humano con un patrón tan alto en su personalidad.

Si tuviéramos la capacidad de amar a las personas que nos frustran, nos haríamos un gran favor a nosotros mismos. Dejaríamos de estar angustiados por ellas y las veríamos bajo otra perspectiva, no más como enemigas. Disminuiríamos los niveles de estrés y evitaríamos algunos síntomas psicósomáticos. El diálogo, el respeto, el afecto y la solidaridad florecerían como en un jardín. La comprensión del comportamiento de los demás sería más noble. ¿Qué técnicas de psicología nos podrían llevar a tal calidad de vida si, con frecuencia, queremos que el mundo gire primero en torno de nuestras necesidades, para después considerar las necesidades de los demás?

Las limitaciones de la emoción humana

Muchos padres pasan toda la vida enseñando a sus hijos a seguir los caminos del amor, a cultivar un rico afecto entre ellos, y el resultado no pocas veces es el desamor, la disputa y la agresividad. No es fácil enseñar el camino del amor, pues está más allá de la simple adquisición de enseñanzas éticas y de reglas de comportamiento.

Los discípulos de Cristo, cuando él los llamó, se portaban como cualquier otro ser humano: discutían, se irritaban y vivían solo para satisfacer sus necesidades. Pero el maestro quería que ellos reescribiesen lentamente sus historias, una historia sin disputas, sin discriminación, sin agresividad, una historia de amor.

Cristo tenía metas osadísimas, pero solo proponía aquello que vivía. Él amó al ser humano incondicionalmente. Fue dócil, gentil y tolerante con sus más ardientes opositores. *Amó a quien no lo amaba y se entregó a quienes lo aborrecían.* El amor era la base de su motivación para aliviar el dolor de los demás. ¿Quién posee una emoción tan desprendida?

Las grandes empresas de todo el mundo tienen respetables equipos de recursos humanos, que buscan entrenar a sus trabajadores para que aprendan a tener un mejor

desempeño profesional, más creatividad y espíritu de equipo. Los resultados no siempre son los deseados, pero el propósito de Cristo además de incluir el espíritu de equipo y el desarrollo del arte de pensar, requería la creación de una esfera de amor mutuo.

Nadie logra preservar una forma de placer en los mismos niveles por mucho tiempo. Con el paso de los años, por el proceso de psicoadaptación, el amor disminuye invariablemente de intensidad y, si todo sigue bien, es posible reemplazarlo lentamente por amistad y compañerismo.

La psicoadaptación es un fenómeno inconsciente que ayuda a disminuir la intensidad del dolor o del placer a lo largo de la exposición a un mismo estímulo. Una persona, al colgar un cuadro en la pared, lo observa y lo contempla por algunos días, pero, con el paso del tiempo, se adapta psicológicamente a la imagen y poco a poco se siente menos atraída por ella. Al comprar un automóvil, después de algunos meses la persona se mete en él como se mete al baño de su casa, o sea, sin el mismo placer que tenía cuando lo adquirió, pues se psicoadaptó a él. Cuando sufrimos una ofensa, al principio ella nos perturba, pero con el tiempo nos adaptamos y poco sufrimos con ella. Lo mismo puede ocurrir con el afecto en las relaciones humanas. Con el paso del tiempo, si el amor no se cultiva, nos adaptamos los unos a los otros y dejamos de amar.

La energía emocional no es estática, sino dinámica. Ella se organiza, se desorganiza y se reorganiza en un flujo vital seguido y continuo. Nuestra capacidad de amar es limitada. Amamos con un amor condicional y sin estabilidad. Las frustraciones, los dolores existenciales, las preocupaciones diarias sofocan los rasgos de amor que poseemos. Por lo tanto, el secreto del limitado amor humano no solo está en conquistarlo, como también en cultivarlo.

A pesar de todas las limitaciones de la emoción en crear, vivir y cultivar una esfera de amor, amar es una de las necesidades vitales de la existencia.

Quien ama vive la vida intensamente.

Quien ama saca sabiduría del caos.

Quien ama tiene placer en entregarse.

Quien ama aprecia la tolerancia.

Quien ama no conoce la soledad.

Quien ama supera los dolores de la existencia.

Quien ama produce un oasis en el desierto.

Quien ama no envejece, aunque el tiempo marque su cara.

El amor transforma miserables en ricos.

La ausencia del amor transforma ricos en miserables.

El amor es una fuente de salud psíquica.

El amor es la expresión máxima del placer y del sentido.

El amor es la experiencia más bella, poética e ilógica de la vida.

Cristo predicaba acerca de la revolución del amor...

Una posición destacada para las mujeres en la escuela de la existencia

En el proyecto de Cristo no había lugar solo para los hombres, los apóstoles y líderes masculinos, aunque la sociedad de la época supervalorase al hombre. En él, las mujeres tuvieron una posición destacada fundamental. Ellas siempre han aprendido con más facilidad el lenguaje del amor que los hombres. Además, los gestos más sublimes prodigados a Cristo fueron producidos por mujeres, de las cuales destacaré dos.

Una de ellas fue María, hermana de Lázaro, uno de los amigos de Cristo. Ella poseía un vaso de alabastro que contenía un precioso perfume (Mateo 26.7). Aquel perfume era carísimo, tal vez la posesión más costosa de aquella mujer. María amaba mucho a su maestro. Había sido tan cautivada por él y por sus palabras poco comunes que no sabía cómo expresar su gratitud. Además de eso, estaba muy triste porque, a diferencia de los discípulos, había entendido que Cristo estaba próximo a su muerte. Ante tanto amor y tanto dolor, ella actuó de manera inesperada: le dio lo

más caro que tenía. Rompió el vaso de alabastro y derramó su perfume sobre la cabeza de Cristo, en preparación para su muerte, pues los antiguos acostumbraban perfumar los cadáveres.

Algunos discípulos consideraron su actitud un desperdicio. Sin embargo, para ella, al contrario de un desperdicio, aquello era muy poco comparado con el amor que sentía por él, con el dolor de su partida. Cristo entendió la dimensión de su gesto y quedó tan conmovido que afirmó que dondequiera que se predicaran sus palabras, el gesto de María sería divulgado en memoria de ella (Mateo 26.13). El gesto de aquella mujer fue un memorial de amor que llegó hasta nuestros días.

Hubo otra mujer que también hizo algo sublime para Cristo. Ella no poseía recursos financieros ni un perfume tan caro para derramar sobre él. Pero poseía otro líquido no menos precioso: sus lágrimas. Esa mujer era despreciada socialmente y reprochada moralmente, pero Jesús había pasado por ella y transformado su historia.

Cristo fue invitado a participar de una comida en la casa de un fariseo. De repente, entró una mujer llorando y derramó lágrimas sobre los pies de Cristo. Y como no disponía de una toalla, constreñida ella los secó con sus propios cabellos (Lucas 7.38).

A pesar de Cristo nunca haber exigido que las personas se postrasen a sus pies, muchos lo hicieron. Los dictadores siempre han usado la fuerza para conseguir tal reverencia. Pero, las que se postraron a los pies de Cristo no lo hacían por miedo ni presión, sino por amor. Ellas se sentían tan comprendidas, amadas, perdonadas e incluidas, que eran atraídas por él.

Aquella mujer era famosa por su inmoralidad. El fariseo anfitrión conocía la historia de ella. Al verla llorar a los pies de Cristo, comenzó a criticar a los dos en sus pensamientos. Para aquel fariseo moralista y rígido, el gesto de la mujer era un escándalo y la actitud complaciente de Cristo, inadmisibles. No concebía que alguien que tuviese dignidad se mezclase con aquella clase de gente.

El fariseo era óptimo para juzgar, pero su juicio era superficial, pues no lograba percibir los sentimientos más profundos del ser humano, no lograba comprender que las lágrimas de aquella mujer no expresaban un llanto común, que eran resultado de una profunda reflexión de vida. Las palabras de Cristo habían cambiado su vivir. Ella había aprendido a amarlo profundamente y había encontrado un nuevo sentido para su vida, y por eso, sin pedir permiso invadió la casa de aquel fariseo y se arrodilló a los pies del maestro, sin importarles la opinión que tendrían de ella.

Cristo quedó tan conmovido con el gesto de aquella mujer que, a pesar de estar en una situación difícil, rodeado por tantos opositores, no le importó disminuir una vez más su imagen social. Aquella escena era comprometedora, podría generar interpretaciones equivocadas. Cualquiera que se preocupase con su propia imagen quedaría incomodado por la forma en la cual aquella mujer llegó y por los gestos que hizo. Pero, para aquel maestro afectuoso, los sentimientos de ella eran más importantes que cualquier cosa que las personas pudieran pensar y hablar al respecto.

Cristo no le hizo preguntas, no preguntó sobre sus errores, no cuestionó su historia, sino que comprendió y trató a la mujer gentilmente. En seguida el maestro de la escuela de la existencia se volvió hacia el fariseo, instigó su inteligencia y refutó las bases de su juicio y de su moralidad superficial con una historia. Jesús habló acerca de dos personas que tenían deudas. Una era aquella mujer y la otra, el propio fariseo. Las dos personas tuvieron sus deudas perdonadas. Cristo lo llevó a concluir que aquella mujer, por tener conciencia de que su deuda era más grande, había valorado el perdón, quedando más aliviada y amado más a aquél que la perdonó.

Con esa historia Cristo hizo que aquel crítico fariseo comprendiera que, por el hecho de que aquella mujer había hecho una profunda revisión de su historia, ella había aprendido a amar más que él, que se consideraba justo. También con esa historia lo llevó a concluir que, aunque conociera toda la ley judía y se enorgulleciese de su justicia y moralidad, él se sentía infeliz, vacío y vivía una vida teatral, pues no lograba amar. Así, quedó demostrado que donde la autosuficiencia y la arrogancia imperan, el amor no logra ser cultivado. Y, por otro lado, donde impera la humildad y se hace una revisión sin miedo y sin preconcepciones de la historia de la vida, el amor florece como en un jardín. El orgullo y el amor nunca florecen en el mismo suelo.

Las dos mujeres, con sus gestos delicados, sorprendieron a aquel maestro que vivía sorprendiendo a las personas. Gestos así demuestran que, cuando las mujeres entran en escena, consiguen ser más sublimes que los hombres. Ellas siempre fueron más rápidas para comprender e incorporar el lenguaje sofisticado del amor del Maestro de los maestros.

El amor siempre produjo gestos más nobles y más profundos que el poder y la justicia moralista masculina.

El amor y el perdón

Jesús proponía a sus discípulos que se perdonasen los unos a los otros, que se libertasen de sus sentimientos de culpa y que tuviesen una vida emocional suave y tranquila como solamente una persona que ama a su prójimo como a si misma puede tener. La psicología de Cristo era profunda, el amor y el perdón se entrelazaban. Era de hecho una psicología transformadora, y no reformadora y moralista. Él decía que había venido para perdonar, para aliviar el peso de la existencia y tornar la vida más complaciente, tolerante y emocionalmente serena. Animaba a sus discípulos a que observaran su vida y a tomarla como modelo existencial. Por eso, decía: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón» (Mateo 11.29).

Cristo deseaba aliviar la emoción del peso de los disgustos, de los rencores, de los complejos de inferioridad, de los sentimientos de culpa y del autocastigo. A pesar de tener todos los motivos para ser rígido y hasta juzgar a las personas, en él solo había lugar para el perdón, lo cual no es una señal de debilidad, sino de grandeza emocional. Perdonar es expresar el arte de amar.

En la escuela de la existencia de Cristo, perdonarse los unos a los otros es un principio fundamental. Perdonar alivia tanto los sentimientos de culpa como los disgustos. El sentimiento de culpa hiere las emociones. La culpa corroe la tranquilidad.

El perdón que Cristo propone es liberador. La mayor venganza contra un enemigo es perdonarlo. Al perdonarlo, nos libramos de él, pues deja de ser nuestro enemigo. El mayor favor que hacemos a un enemigo es odiarlo o quedarnos enojados con él. El odio y el enojo cultivan los enemigos dentro de nosotros.

Cristo vivió el arte del perdón. Perdonó cuando fue rechazado, cuando fue ofendido, cuando fue incomprendido, cuando fue herido, cuando sufrió injusticia; perdonó hasta cuando estaba muriendo en la cruz. En el apogeo de su dolor, dijo: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lucas 23.34). Ese procedimiento hizo que la trayectoria de Cristo fuera libre y suave.

Es muy difícil vivir con tranquilidad las relaciones sociales, pues fácilmente nos frustramos con los demás. Es más fácil convivir con mil animales que con dos seres humanos. A veces nuestras más amargas frustraciones provienen no de desconocidos, sino de las personas más íntimas,

A pesar de hallarse rodeado de enemigos y de tener discípulos que frecuentemente lo decepcionaban, el maestro de la escuela de la existencia conseguía vivir

tranquilo. El arte del perdón era uno de sus secretos. El ejercicio de ese arte lo ayudaba a no vivir en función de los demás, ni esperar nada a cambio cuando se entregaba. Eso no significa que él no esperase nada de sus discípulos; al contrario, proponía metas elevadísimas para ellos. También tenía plena consciencia de que esas metas no podrían ser conquistadas por medio de la presión, de exigencias, ni en poco tiempo. Él esperaba que, lentamente, sus discípulos fuesen transformados interiormente de manera libre y espontánea.

Por amar al ser humano y ejercitar continuamente el arte del perdón, Cristo preparaba el terreno para trascender, superar todo tipo de frustración con cualquier tipo de persona. Ni la vergonzosa negación de Pedro le desanimó.

Pedro anduvo mucho tiempo con su maestro, presencié gestos y oyó palabras poco comunes. Aún así, él lo negó tres veces delante de personas humildes, delante de los siervos de los sacerdotes. Cuando Pedro lo negó por tercera vez, Cristo, aunque estaba siendo herido e injuriado, se volvió hacia él y lo alcanzó con una mirada... una mirada acogedora, no de juicio.

En aquel momento, Pedro estaba diciendo con todas sus fuerzas que no conocía al maestro de Nazaret. Pero el maestro de Nazaret, con su mirada arrebatadora, estaba expresando que conocía a Pedro y lo amaba. Pedro podía negar a Cristo, pero Cristo no negaría a Pedro; el amor de Pedro por su maestro podía ser limitado y circunstancial, pero el de Cristo por él era ilimitado, pues, a pesar del dolor causado por los líderes judíos y por la propia negación de Pedro, lograba abrir una ventana para acogerlo.

Cristo estaba preso y siendo herido, mientras Pedro estaba libre en el patio, mirando de lejos cómo su maestro era agredido. El Cristo preso y herido tuvo tiempo para acoger al Pedro libre en el patio. ¿Quién estaba preso, Cristo o Pedro? Pedro estaba preso y Cristo estaba libre. Pedro estaba libre exteriormente, pero preso interiormente por el temor y por la inseguridad. Cristo estaba preso exteriormente, pero libre interiormente en sus pensamientos y emociones, en su espíritu.

Pedro no pidió perdón a su maestro, pero la mirada acogedora y consoladora de él ya lo estaba perdonando en el momento en que él lo negaba por la tercera vez. Cristo, con su mirada penetrante, parecía decir elocuentemente: «Pedro, puedes renunciar a mí, puedes negar todo lo que viviste conmigo, pero no hay problema, yo aún te amo, no renuncio a ti...». Ante de eso, Pedro volvió en sí y se retiró para llorar. Aquel hombre fuerte y tosco, que difícilmente vertía lágrimas, comenzó a aprender a llorar y a ser sensible. Lloró intensa y amargamente. Mientras lloraba, probablemente recapacitaba sobre su comportamiento y su historia, meditaba acerca

de la profunda mirada de Cristo, reflexionaba sobre los pensamientos de él y, tal vez comparaba su pobre y limitada emoción, sojuzgada por el miedo y por la inseguridad, con el amor incondicional de su maestro.

A todos nosotros nos gusta criticar, juzgar y condenar a las personas que nos rodean y hasta aquellas que están lejos de nuestra convivencia. Cristo tenía todos los motivos para juzgar, pero no lo hacía, ni condenaba; él acogía, incluía, valoraba, consolaba y animaba.

Pedro dijo una vez que, aunque todos negasen a Cristo él no lo negaría y, si fuera necesario, hasta moriría con él. Fue muy grave el error de Pedro al negar, aunque fuera por un momento, a Cristo y la historia que vivió con él. Además de eso, por negarlo, fue infiel a su propia conciencia. Con todo, Cristo no lo condenó, no lo cuestionó, no lo criticó, no lo reprochó, solo lo acogió. Cristo le conocía más de lo que el propio Pedro se conocía a sí mismo. Él anticipó su comportamiento. Su vaticinio no fue una condenación, sino un acogimiento, una señal de que no renunciaría a Pedro por ninguna situación, un indicio de que el amor que sentía por él estaba por encima de lo que pudiera recibir a cambio, por encima de sus gestos y acciones.

Cierta vez, Cristo dijo que toda persona que viniese hasta él no sería echada fuera, sin importar su historia ni sus errores (Juan 6.37). Él veía los errores no como motivos de castigo, sino como una posibilidad de transformación interior.

La práctica del perdón de Cristo era fruto de su capacidad ilimitada de amar. Con esa práctica, todos disfrutaron de muchas oportunidades de revisar sus historias y crecer delante de sus errores. El amor de Cristo es singular, nadie jamás podrá explicarlo.

El beso de Judas Iscariote y la amabilidad con que Cristo trata al que le traicionó

Antes de que Cristo fuera juzgado, se habían hecho varios intentos para arrestarlo, todos sin éxito. En uno de ellos, los sacerdotes y los fariseos quedaron indignados con los soldados que regresaron con las manos vacías. En esa ocasión el intento no fue frustrado por temor a la reacción de la multitud, que no aceptaría el arresto de Cristo, sino por los soldados, que quedaron impactados con sus palabras. Ellos dijeron a los sacerdotes que: «¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!» (Juan 7.45-49). Los sacerdotes, indignados con los soldados, los reprendieron y

dijeron que nadie de la cúpula judía había creído en él, solo el «pueblo» inculto. Cosa que no era verdad, pues varios sacerdotes y fariseos admiraban a Cristo y creían en él, pero tenían miedo de declarar eso en público.

A pesar de varios intentos frustrados, llegó el momento en que fue traicionado, arrestado y juzgado. Cristo impresionó a los soldados que lo arrestaron por haberse entregado espontáneamente, sin ofrecer resistencia. Además de eso, intercedió por los tres discípulos que lo acompañaban, pidiendo a los guardias que no los prendieran. Así, en el momento en que fue arrestado, siguió con acciones poco comunes; aún había en él disposición de velar por la seguridad de sus amigos.

Cuando sufrimos, solo pensamos en cómo aliviar nuestro dolor, pero cuando él sufría, aún había en él disposición de cuidar de los demás. Y no solo eso. La noche en que fue traicionado, su amabilidad y gentileza eran tan elevadas que reaccionó de modo inimaginable con el propio traidor. Veamos.

Cristo fue traicionado y arrestado en el huerto de Getsemaní. Era una noche densa y él estaba orando y esperando ese momento. Entonces, apareció Judas Iscariote con un gran número de guardias. Cristo tenía todos los motivos para reprender, criticar y juzgar a Judas. Según dice la narración de Mateo, hasta en ese momento de profunda frustración, fue amable con el traidor llamándole amigo, dándole así otra oportunidad para que él se interiorizase y repensase sus acciones.

Judas se acercó e hizo un falso elogio: «Salve, maestro», y lo besó. Pero Jesús le dijo: «Amigo, ¿a qué vienes?» Aquí hay algunas importantes consideraciones que deben hacerse.

El beso de Judas indica que Cristo era sumamente amable. Aunque estaba traicionando a su maestro, aunque poco lo conociera, Judas lo conocía lo suficiente para saber que él era amable, dócil y tranquilo. Sabía que no sería necesario el uso de ninguna agresividad, ninguna trampa para arrestarlo. Un beso sería suficiente para que Cristo fuese reconocido y arrestado en aquella noche oscura en el huerto de Getsemaní.

Toda persona traicionada tiene reacciones de odio y de agresividad. Por eso, para traicionarla y arrestarla se necesitan medios agresivos de seguridad y contención. Sin embargo, Cristo era diferente. Como Judas sabía que él no reaccionaría, que no usaría de violencia ni tampoco huiría de aquella situación; un beso sería suficiente. En toda la historia de la humanidad, ¡nunca alguien, por ser tan amable fue traicionado de forma tan pacífica!

Cristo sabía que Judas lo traicionaría y lo estaba esperando. Cuando Judas llegó, Cristo, por increíble que parezca, no lo criticó ni se irritó con él. Tuvo una reacción totalmente distinta a nuestro patrón de inteligencia. Lo normal sería ofender al agresor con palabras y gestos o enmudecer por el temor de ser arrestado. Pero, Cristo no reaccionó de esa forma. Tuvo el valor y el desprendimiento de llamar amigo al que lo traicionaba y la amabilidad de llevarlo a examinar su interior y a repensar sus acciones. Perdemos con facilidad la paciencia con las personas, hasta con aquellas que más amamos. Dificilmente actuamos con gentileza y tranquilidad cuando alguien nos lastima y nos irrita, aunque sea nuestro hijo, alumno, amigo, o compañero de trabajo. Renunciamos fácilmente a aquellos que nos frustran, nos decepcionan.

Judas renunció a Cristo, pero Cristo no renunció a Judas. Hasta el último momento le dio una preciosa oportunidad para que él reescribiera su historia.

¿Qué amor es ese que irriga la emoción de Cristo con manantiales de tranquilidad en un ambiente desesperante? ¿Qué amor es ese que lo conducía, aun en la cumbre de su frustración, a llamar amigo al que lo traicionó y a estimularlo a revisar su vida? ¡Nunca, en la historia, un traidor fue tratado de modo tan amable y elegante! Nunca el amor llegó a niveles tan elevados y sublimes.

Metas tan osadas para una humanidad tan limitada

Cristo hablaba acerca de un amor impactante. Un amor que da sentido a la vida y placer a la existencia. Un amor que se entrega, que vence el miedo, que supera las pérdidas, que trasciende los dolores, que perdona.

Él vivió esa historia de amor. El amor alisaba sus caminos, le hacía sentirse satisfecho, sereno, tranquilo, seguro, estable, a pesar de los largos y dramáticos inviernos existenciales que vivió.

A unos él decía: «no llores», a otros «no temas», y aún a otros «tened buen ánimo». Estaba siempre animando, consolando, comprendiendo, y estimulando a las personas a superar sus temores, desesperaciones, fragilidades, ansiedades. Cristo demostró una disposición inimaginable para amar, aun en el apogeo del dolor.

Sus palabras y acciones son como un sueño para las sociedades modernas que mal logran subir algunos peldaños de la ciudadanía y del humanismo. Si trasportamos el pensamiento de Cristo hacia la actualidad, podemos concluir que él quería construir

en la especie humana una esfera tan rica en lo afectuoso que el ser humano dejaría de ser un simple nombre, una «cuenta bancaria», un «título académico», un «número de identificación», y pasaría a ser una persona insustituible, única y verdaderamente amada.

Solamente el amor torna a las personas en seres insustituibles, especiales aunque carezcan de estatus social o hayan cometido errores y experimenten fracasos a lo largo de la vida.

Todo maestro desea que sus discípulos se vuelvan sabios, tolerantes, creativos e inteligentes. La bella academia de Platón tenía por lo menos esas exigencias. Las teorías educativas y psicopedagógicas de nuestros días tienen una exigencia aún más limitada, pues no incluyen la conquista de la tolerancia y de la sabiduría en su pauta. Ni el inteligente Piaget propuso tales metas en su modelo intelectual. Con todo, Cristo fue mucho más lejos que la academia de Platón y las metas educativas de la era moderna.

Los seguidores del Maestro de los maestros tenían que aprender a no solo sacar sabiduría en los inviernos de la vida, a caminar por las avenidas de la tolerancia y a expandir el arte de pensar, sino también aprender la más noble de todas las artes, el arte de amar. Nadie tuvo metas tan elevadas para una humanidad tan limitada.

*Freud, Sigmund. *Obras psicológicas completas de Sigmund Freud* (Buenos Aires: Ed. El Ateneo, 1948).

13

Introduciendo las funciones más importantes de la inteligencia

Reciclando la competencia predatoria

Las metas de Cristo no podrían ser cumplidas si hubiese un clima de competencia predatoria y de individualismo entre sus discípulos. La existencia de ese clima destruiría completamente la construcción de la historia de amor, de unidad, de sabiduría y de solidaridad que él proponía. ¿Cómo podría Cristo transformar interiormente al ser humano, si la inclinación natural de éste es ponerse por encima de los demás y querer que el mundo gire primeramente en torno a sus propias necesidades? Revertir ese cuadro fue uno de los desafíos más grandes y difíciles que Cristo enfrentó.

El pensamiento del maestro invierte los paradigmas del mundo moderno. En él no hay lugar para la competencia predatoria. En su proyecto, el individualismo es una actitud poco inteligente. Él establece caminos para un nuevo modelo de relaciones. Entre sus principios fundamentales está aprender a cooperar mutuamente y aprender a entregarse sin esperar nada a cambio.

El capitalismo se alimenta de la competencia. Sin ese proceso, el capitalismo estaría muerto. La competencia estimula el desempeño intelectual y mejora la calidad de los productos y servicios. Pero cuando es predatoria, o sea, cuando considera las metas a lograrse como más importantes que el proceso utilizado para alcanzarlas, se vuelve inhumana y destructiva. La competencia predatoria anula los valores altruistas de la inteligencia, anula la humanidad de los competidores.

En la escuela de Cristo no se admite ninguna forma de competencia destructiva que anule o perjudique a los demás. Existe una competencia totalmente diferente de la que estamos acostumbrados a vivir, una competencia saludable y sublime, o sea, una competencia por servirnos los unos a los otros, por promover el bienestar de los demás, por honrarlos, por cooperar mutuamente, por ser solidario. Podemos decir que la escuela de la existencia de Cristo es tan admirable que sus principios son los de una anticompetencia, donde imperan la preservación de la unidad y el estímulo del crecimiento mutuo.

Cristo no descartaba la búsqueda de metas personales, la conquista de una recompensa más elevada. Él declaraba que había una recompensa superior para aquellos que alcanzasen la madurez interior. Las metas siguen existiendo, pero los procesos para alcanzarlas son contrarios a los que aprendemos.

Aquel que quiera ser el mayor deberá primero ser el más pequeño. Aquel que quiera ser grande deberá primero servir al prójimo. Aquel que quiera tener un puesto privilegiado debe ser el que más valore y honre a las personas marginadas. ¿Dónde vemos un modelo social como este? Ni los socialistas, en el auge de sus pensamientos, soñaron con una sociedad tan solidaria.

El ser humano ama ser servido y reconocido por los demás. Ama estar arriba de sus semejantes, aprecia el brillo social. Algunos usan hasta la práctica de la «falsa humildad» para obtener privilegios. Usan la humildad como pretexto, aunque inconsciente, para que las personas giren en torno a ellas por la miseria o lástima que inspiran. Esa práctica cierra la inteligencia. Y, cuando se presenta en los pacientes con trastornos psíquicos, dificulta hasta la sanidad de enfermedades totalmente tratables. Por eso, acostumbro decir que el gran problema no es la enfermedad del enfermo, sino el enfermo de la enfermedad, o sea, la actitud frágil del «yo» ante las enfermedades psíquicas.

Cristo se oponía a la práctica de la «falsa humildad». Rechazaba toda forma de sentimientos de lástima que las personas tuviesen en relación a él (Juan 18.11). Su humildad y su sencillez eran conscientes. Él no quería formar hombres dignos de lástima, sino hombres lúcidos, seguros y coherentes (Lucas 21.15).

El maestro asusta a sus discípulos con procedimientos impensables

Cristo actuaba como un arquitecto de nuevas relaciones sociales. No solo la solidaridad, la capacidad de entregarse, de cooperar mutuamente, de considerar las necesidades de los demás debían regular las relaciones humanas, sino también la tolerancia, que era considerada por él como uno de los sentimientos más nobles, capaz de regular y hasta controlar dichas relaciones. La tolerancia es una de las características más sofisticadas y difíciles de ser incorporadas a la personalidad.

Es más fácil adquirir conocimientos que aprender a ser tolerante. Una persona tolerante es comprensiva, abierta y paciente. Mientras que la intolerante es rígida, implacable, tanto con los demás como consigo misma. Es placentero convivir con

una persona tolerante, pero es angustiante convivir con una persona rígida y excesivamente rítica.

En el proyecto de Cristo, se mantienen las funciones sociales. Los políticos, los empresarios, los intelectuales y los trabajadores siguen desarrollando sus actividades profesionales. A pesar de la preservación de las actividades sociales, todos debían aprender a despojarse de la necesidad de estar unos por encima de los otros. Todos debían aprender a ejercer la ciudadanía y la solidaridad en sus más amplios aspectos. Los cambios que él propone son de adentro hacia afuera. Cristo indicaba claramente que un cambio exterior sin una reorganización interior era mero maquillaje social (Mateo 23.26-27).

Su objetivo no era reformar la religión judía. Su proyecto era mucho más ambicioso. Cristo deseaba causar una profunda transformación en lo íntimo del alma humana, un profundo cambio en la forma en la cual el hombre concibe al mundo y a sí mismo. ¿Cómo podría Cristo enseñar lecciones tan refinadas a aquel grupo tosco, indocto e impetuoso de jóvenes galileos? ¿Cómo podría tener éxito en esa tarea si, pasados tantos siglos, nosotros, que vivimos en sociedades tan llenas de conocimientos, saturadas de universidades e información, no logramos subir a los primeros niveles de esa jornada? Es posible hablar por muchos años acerca de solidaridad, ciudadanía, amor al prójimo, capacidad de entregarse y, aún así, generar personas individualistas, incapaces de ponerse en el lugar del prójimo. Veamos cómo actuó ese maestro sofisticado.

Cierta vez, todos sus discípulos estaban reunidos charlando. El ambiente parecía normal. No había nada diferente en el aire, entonces, de repente, Cristo realizó una acción que dejó a todos sus discípulos perplejos. Conviene decir que el hecho que relataré ocurrió al final de su vida, y que él tenía consciencia de que su muerte se aproximaba. Entonces, necesitaba entrenar a sus discípulos para que aprendieran las más profundas lecciones de la existencia.

En ese tiempo, Cristo era profundamente exaltado y admirado por los discípulos. Toda persona superadmirada procura estar muy distante de aquellos que la exaltan. Él gozaba de gran popularidad; las multitudes lo seguían atónitas. Los discípulos, por su parte estaban extasiados por seguir a un hombre tan poderoso, a quien conferían el estatus de Dios. Los emperadores romanos querían desesperadamente un poco de ese estatus y, para ello, usaban la violencia. Cristo adquirió ese estatus espontáneamente. Sus discípulos lo consideraban tan grande, que para ellos Cristo estaba en los «cielos» y ellos estaban aquí en la tierra solo como aprendices, siervos.

Ante eso, llegó el momento para que ese maestro intrigante les diera una lección inolvidable. Cuando todos lo ponían por las alturas, intocable, él de modo repentino se inclinó en silencio llegando al nivel de los pies de los discípulos. Tomó calmamente una toalla, la puso en sus hombros, cogió una vasija de agua y, sin decir ninguna palabra comenzó a lavarles los pies (Juan 13.4-5). ¡Qué escena impresionante! ¡Qué valor y desprendimiento!

Nunca hubo quien, siendo considerado tan grande, se hiciera tan pequeño. ¡Nunca nadie con el indescriptible estatus de Dios había hecho un gesto tan humilde y sencillo! Nunca el silencio fue tan elocuente. Todos los discípulos quedaron perplejos con aquella acción.

En Roma, los emperadores querían que los siervos se postrasen a sus pies y los considerasen divinos. En Jerusalén había alguien que fue reconocido como «Dios», pero, en lugar de exigir que los discípulos se postrasen a sus pies, él se postró a los pies de ellos. ¡Qué contraste! No son solamente las palabras de Cristo que no tienen precedente histórico, sino también sus gestos.

En aquella época, los zapatos no eran cerrados, la higiene era poca y el polvo intenso, pues no había pavimento en las calles. La gruesa camada de mugre de los pies de aquellos pescadores no era problema para alguien que conocía el arte de la humildad en su más alto nivel. Cristo tenía un valor poco común tanto para vencer el temor y el dolor como para ser humilde e involucrarse con las personas.

Imagínese un gran empresario que demostrara una actitud como esa delante de sus empleados. Imagínese a un juez lavando los pies de un reo o a un rector de una universidad con una toalla en los hombros buscando los novatos de su escuela, aún inhibidos con el nuevo ambiente, para lavarles los pies. Es difícil de imaginar. Los gestos de Cristo son inimaginables, sorprendentes.

Pedro quedó tan perplejo que quiso impedir el gesto. No comprendió ni soportó la humildad del maestro. Poco tiempo antes, el propio Pedro lo había reconocido como el hijo del Dios vivo que era «uno con el Padre». Él podría preguntarse: «¿Cómo puede alguien que se considere como Dios infinito lavar los pies de un pequeño hombre finito?» Cristo revolucionó las bases de su mente. Y, sin decir nada, hizo que Pedro y sus amigos repensasen profundamente sus historias de vida. Pedro estaba tan atónito que dijo que era él quien debía lavar los pies de Cristo. Sin embargo, Cristo fue incisivo, diciendo que si no lavaba los pies de Pedro, éste no tendría parte con él.

Los discípulos de Cristo no poseían prestigio social. Eran de lo peor en cuanto a

cultura y educación en su época. A pesar de la descalificación sociocultural, el honró y cuidó intensamente de esos galileos.

Cristo tuvo el desprendimiento de lavar los pies a sus discípulos. Solo una madre es capaz de un gesto tan amable y espontáneo. Con esa acción elocuente, él se ahorró millones de palabras y se hizo notable no solo como un maestro inteligente y sofisticado, sino también como el «Maestro de los maestros» de la bella e imprevisible existencia humana. Silenciosamente, vacunó a sus discípulos contra la dictadura de las preconcepciones, contra toda forma de discriminación, así como contra la competencia predatoria, el individualismo y la paranoia compulsiva de ser el número uno, que es uno de los fenómenos psicosociales más comunes y poco saludables de la sociedad moderna. Tal paranoia, en lugar de contribuir con la eficiencia intelectual, tanto puede interrumpir la creatividad como generar una disminución del placer por la existencia. Es posible ser el número dos, cinco o diez con dignidad en cualquier actividad social y profesional. Es posible que el ser humano se despreocupe de todo tipo de clasificación y ejerza con naturalidad sus actividades dentro de las propias limitaciones que cada uno posee. Es posible, en algunas esferas ir aún más lejos, o sea, poner las metas colectivas por encima de las individuales. Ese era el ardiente deseo de Cristo.

Abriendo las ventanas de la mente de sus discípulos

Los discípulos también vivían bajo la paranoia de ser el número uno. No mucho tiempo antes de que Cristo les enseñara esa profunda lección, ellos se hallaban disputando para ver quién sería el mayor entre ellos (Marcos 9.34). Santiago y Juan por intermedio de su madre, llegaron a hacer una petición osada al maestro: que uno se sentara a la derecha y otro a la izquierda cuando él estuviese en su reino, el cual inicialmente pensaban que se trataba de un reino político (Marcos 10.35-38). Con su gesto impactante, el maestro penetró en lo más íntimo de sus seres y los vacunó con suma inteligencia contra las raíces más íntimas de la competencia predatoria. Al bajar al nivel de los pies de sus seguidores, él golpeó profundamente el orgullo y la arrogancia de cada uno de ellos.

Los pies nos conducen por la trayectoria de la existencia. Cristo quería expresar que en esa sinuosa y turbulenta trayectoria de la vida los seres humanos debían lavarse los pies los unos a los otros, o sea, debían cooperar, ser tolerantes, perdonar, soportar, cuidar, proteger y servirse los unos a otros. Son lecciones profundas y difíciles de ser aprendidas.

Después de lavar los pies a los discípulos, Cristo rompió su silencio y comenzó a

exteriorizar sus intenciones. No necesitaba hablar mucho, pues con su gesto sorprendente ya había hablado casi todo. Hizo críticas contundentes a las superficialísimas relaciones sociales y políticas y declaró que, contrario a lo que pensaban, aquel que desease ser el mayor entre ellos debía hacerse menor que los demás, debía aprender a servir (Juan 13.1-17). Si él como maestro se despojaba de su posición y los servía, ellos, que eran sus discípulos, debían hacer lo mismo los unos con los otros.

La jerarquía propuesta por Cristo era, en realidad, una antijerarquía, una defensa de la tolerancia, de la solidaridad, de las metas colectivas, de la cooperación y de la integración social. El mayor es aquel que más sirve, que más honra, que más se preocupa por los demás.

En todo ambiente social, el mayor recibe más honra, más privilegios, más atención que el menor. Todos resaltan a las personas eminentes. La estética vale más que el contenido. El «estornudo» intelectual de un gran político, de un empresario, de un artista famoso, de un jefe de departamento de una universidad produce más impacto que los brillantes pensamientos de una persona sin expresión social. Pero, las características de la escuela de Cristo son tan inigualables que impactan el mundo moderno. Impactan tanto el capitalismo como el socialismo.

Toda persona (hasta los científicos) que intente estudiar la inteligencia de Cristo quedará intrigada y al mismo tiempo encantada con las paradojas que la rodean.

¿Cómo es posible alguien que tuvo un sencillo oficio de carpintero, que necesitaba entallar madera para poder sobrevivir, ser considerado como el autor de la existencia, como el arquitecto del universo? La narración de Juan dice que: «Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho» (Juan 1.3).

¿Cómo puede alguien decir que posee el secreto de la eternidad y humillarse al punto de lavar los pies de sencillos pescadores galileos que carecían de toda calificación social o intelectual?

¿Cómo puede alguien que superaba toda forma de temor, que era tan valiente e inteligente, haberse permitido pasar por el caos indescriptible de la cruz, por la lenta deshidratación, por el dolor y por la extenuación física y psicológica provocada por ella?

La historia de Cristo es admirable.

El osado proyecto transcendental

No debemos pensar que Cristo estaba produciendo un grupo de personas frágiles y sin personalidad. Al contrario, él, por medio de sus principios inteligentes y diferentes, estaba transformando a aquel grupo de incultos galileos en la más fina estirpe de líderes. Líderes que no tuviesen necesidad de que el mundo girase en torno de ellos, vacunados contra la competencia predatoria y contra las raíces del individualismo. Líderes que sintiesen más placer en servir que en ser servidos, que aprendiesen a entregarse sin esperar nada a cambio, que estimulasen la inteligencia los unos a los otros y abriesen las ventanas del espíritu humano. Líderes que no fuesen controlados por la dictadura de las preconcepciones, sino que fuesen abiertos y receptivos. Líderes que supiesen humillarse, que se pusiesen como aprendices delante de la vida y que se protegieran de la autosuficiencia. Líderes que reconocieran sus limitaciones, que enfrentasen sus temores, que vieran sus problemas como desafíos. Líderes que fuesen fieles a sus conciencias, que aprendiesen a ser tolerantes y solidarios. Líderes que fuesen ingenieros de ideas, que supiesen trabajar en equipo, que expandiesen el arte de pensar e fuesen coherentes. Líderes que trabajasen con dignidad en sus inviernos existenciales y sacasen sabiduría del caos, que considerasen sus dolores y dificultades como oportunidades para transformarse interiormente. Líderes que por encima de todo, se amasen mutuamente, que tuviesen una emoción saturada de placer y viviesen la vida con gran significado existencial.

Las palabras son insuficientes para describir la complejidad y la osadía sin precedentes tanto de la inteligencia como del propósito transcendental de Cristo. Los textos de sus biografías son claros: él no quería mejorar ni reformar al ser humano, sino producir un nuevo ser humano.

No hay equipo en recursos humanos, ni teoría educacional, ni teoría psicológica, ni escuela de pensamiento filosófico o universidad que tenga la amplitud y la complejidad de la escuela de la existencia de Cristo. Él sentía una pasión indescriptible por la especie humana.

Los profesores renuncian con facilidad a sus alumnos rebeldes. Los padres se desaniman ante los hijos problemáticos. Los ejecutivos excluyen a funcionarios que no encajan en su filosofía de trabajo. En fin, nos alejamos de las personas que frustran nuestras expectativas, que nos causan sufrimiento. Pero, el comportamiento de Cristo era diferente. Las personas podían negarlo, como Pedro, traicionarlo por treinta monedas de plata, como Judas, rechazarlo, herirlo, renunciar a él y solamente

preocuparse por sus propias necesidades materiales y por su imagen social, pero él nunca desistía, despreciaba o excluía a nadie.

Su amor era incondicional. Su motivación para abrir las ventanas de la mente y del espíritu humano era fuerte y sólida e iba mucho más allá de la motivación proferida por los conferencistas del área de recursos humanos de la actualidad. Su esperanza se centraba en la transformación del prójimo, independientemente de quien fuera, era arrebatadora y rompía con la lógica. Él deseaba poner a todo ser humano en una academia de inteligencia, en una escuela de sabios y de líderes.

Las complejas características de la personalidad de Cristo evidencian claramente que ella no podría haber sido construida por la creatividad intelectual humana. La inteligencia de Cristo rebasa los límites de nuestra imaginación. El mundo se detiene en la conmemoración de su nacimiento al final de diciembre, pero la mayoría de las personas no tienen conciencia de cómo él fue una persona magnífica y sorprendente.

Aunque Cristo no hubiera hecho ningún milagro, sus gestos y pensamientos fueron tan elocuentes y sorprendentes que, aún así, él habría dividido la historia. Después de haber pasado por esa sinuosa y turbulenta existencia, la humanidad nunca más fue la misma. Si el mundo político, social y educativo hubiese vivido mínimamente lo que Cristo vivió y enseñó, nuestras miserias hubieran sido extirpadas, y habiéramos sido una especie más feliz.

Acerca del autor

Augusto Cury es médico, psiquiatra, psicoterapeuta y escritor. Posee un posgrado en Psicología Social, y desarrolló la teoría de la inteligencia multifocal, acerca del funcionamiento de la mente y el proceso de construcción del pensamiento.

Sus libros ya vendieron más de dos millones de ejemplares en Brasil y en más de cuarenta países, destacándose entre ellos: *A ditadura da beleza e a revolução das mulheres* [La dictadura de la belleza y la revolución de las mujeres]; *O Futuro da humanidade* [El futuro de la humanidad]; *Padres brillantes, maestros fascinantes*; *Nunca renuncies a tus sueños*; *Tú eres insustituible*, y la colección *Análisis de la Inteligencia de Cristo*.

Cury también es autor de *Inteligência Multifocal* [Inteligencia Multifocal]; *Doze semanas para mudar uma vida* [Doce semanas para cambiar una vida] y *Superando o cárcere da emoção* [Superando la cárcel de la emoción].

Conferencista en congresos nacionales e internacionales, es también director de la Academia de Inteligência, instituto que promueve el entrenamiento de psicólogos, educadores y del público en general.

Para hacer contacto con la Academia de la Inteligencia,
acceda al sitio Web www.academiadeinteligencia.com.br.

OTROS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN ANÁLISIS DE LA INTELIGENCIA DE CRISTO

El Maestro de las emociones

El segundo volumen de la colección hace un análisis de cómo Cristo navegó las aguas de los sentimientos e investiga por qué, a pesar de haber tenido todos los motivos para padecer de depresión y ansiedad, fue un ser alegre, libre y seguro.

El Maestro de la vida

En el tercer libro de la colección, Augusto Cury nos presenta las bellísimas lecciones de vida que Jesús nos dio en toda su historia, principalmente ante las dramáticas sesiones de tortura y humillación que ocurrieron en su juicio.

El Maestro del amor

En el cuarto volumen, conocemos el amor incondicional que Jesús tenía por el ser humano. Augusto Cury revela las reacciones y las profundas palabras declaradas por el maestro en su lecho de muerte.

El Maestro inolvidable

El último libro de la colección estudia la fantástica transformación de la personalidad de los discípulos durante su peregrinación con Jesucristo y cómo desarrollaron con excelencia las inteligencias espiritual, multifocal, emocional e interpersonal.